LOS INDOEUROPEOS Y LOS ORÍGENES DE EUROPA

LENGUAJE E HISTORIA

Francisco Villar



GREDOS

Francisco Villar

LOS INDOEUROPEOS Y LOS ORÍGENES DE EUROPA

LENGUAJE E HISTORIA

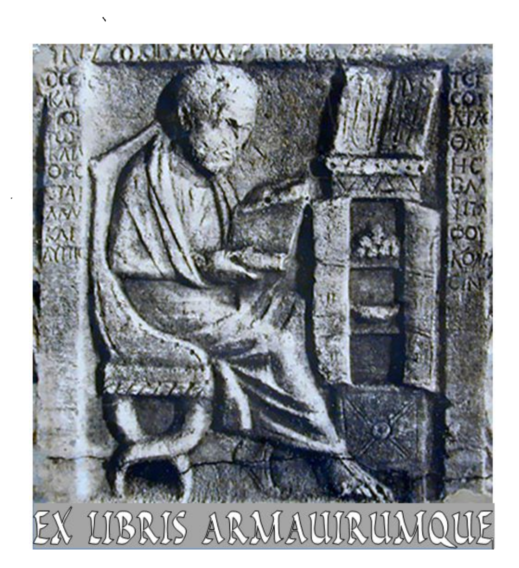
SEGUNDA EDICIÓN CORREGIDA Y MUY AUMENTADA



EDITORIAL GREDOS, S. A.
Sánchez Pacheco, 81, Madrid.

PRIMERA EDICIÓN, 1991.
SEGUNDA EDICIÓN.

Diseño de cubierta: Manuel Janeiro.



Depósito Legal: M. 2177-1996.
ISBN 84-249-1787-1.
Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1996.—6738.

PRÓLOGO

Usted, que ha comenzado a leer estas líneas movido quizá por la curiosidad de conocer quiénes son los indoeuropeos y aprender algo de su historia, probablemente no sepa que usted mismo es uno de ellos. Independientemente de que sea alto o bajo, rubio o moreno; de que tenga los ojos azules o negros; de que hable gallego o castellano, bable o catalán, usted, aunque no lo sepa, es seguramente un indoeuropeo. Porque la condición de indoeuropeo no consiste en otra cosa que en tener como lengua materna una lengua indoeuropea. Nada más. Y nada menos.

Nada más, porque no parece existir ningún rasgo físico asociado permanentemente desde antiguo a ese pueblo —excepto ser de raza blanca—. Y nada menos, porque la lengua, que constituye el único requisito esencial de la indoeuropeidad, no es precisamente una característica menor.

Probablemente la revolución más decisiva en la historia de la Humanidad no fue ni la francesa ni la neolítica; ni su avance más decisivo la invención de la rueda o de la imprenta. Tal vez el paso crucial en la historia del hombre, el logro que marcó su destino, alejándolo para siempre de las restantes especies animales, fue el desarrollo de un lenguaje articulado. Probablemente nuestro antepasado el homínido sólo se convirtió en hombre cuando consiguió desarrollarlo. El proceso de humanización es sinónimo de instauración del lenguaje que caracteriza a nuestra especie.

La lengua es el logro más insigne de la humanidad. Con más matices que cualquier obra de arte. Más versátil que cualquier instrumento. Más complejo y sutil que cualquier otro sistema, es capaz de convertirse en seña de identidad por la que la gente está dispuesta a matar y a morir. Porque cada pueblo tiene su peculiar formar de hablar, que le confiere su identidad y lo diferencia de otros pueblos. La lengua es uno de los rasgos primeros, y más evidente, de entre los que otorgan a otra persona la condición de miembro de nuestra propia comunidad o ajeno a ella. Pocos factores colaboran tanto a crear concien-

cia de comunidad diferente como el hablar una lengua distinta. Casi todos los nacionalismos modernos, de dentro y de fuera de nuestras fronteras, tienen como substrato —aunque no necesariamente exclusivo— una minoría hablante de una lengua distinta de la que habla la mayoría.

En España, los nacionalismos con algún arraigo son aquellos en que se ha mantenido, en mayor o menor medida, la utilización de una lengua distinta del castellano (catalán, vasco, gallego). Y fuera de nuestras fronteras, el esquema se repite entre flamencos y valones en Bélgica, irlandeses e ingleses en Irlanda, turcos y griegos en Chipre, kurdos en distintos puntos del Oriente Medio.

Puede decirse que entre dos poblaciones hablantes de lenguas diferentes existirá con gran probabilidad conciencia de ser dos pueblos diferentes. Y por el contrario, cuando hay una forma homogénea de hablar en una comunidad, no será difícil que se sientan un pueblo único, una sola nación. No hay medida más eficaz para erradicar los nacionalismos que el suprimir las diferencias lingüísticas. Ni forma más eficaz de potenciarlos que el mantenerlas o acentuar las. Y eso lo saben muy bien los políticos de uno y otro signo.

Esa capacidad diferenciadora o unificadora de la lengua tiene motivos profundos. La lengua es la ventana por la que el hombre contempla su mundo. Aprehendemos y aprendemos la realidad mediatizados por la lengua que nuestros padres nos legan en herencia. Cuando enseñamos a hablar a un niño, no sólo le proporcionamos un instrumento de comunicación con sus semejantes. También le imponemos un determinado análisis e interpretación de la realidad que lo rodea. La concepción que cada hombre tiene de la divinidad, de sus semejantes, de las relaciones de familia, del mundo, está indisolublemente implicada en la lengua materna en que rompió a hablar. Puede decirse que si conociéramos la lengua de un pueblo, aunque ninguna otra cosa supiéramos de él, estaría a nuestro alcance una buena parte de sus opiniones, creencias, concepciones; en una palabra, de su *Weltanschauung*.

Pues bien, el hecho de que usted y yo seamos indoeuropeos implica que un día, en un pasado remoto, fuimos, o mejor: nuestros antepasados y los antepasados de todos los demás pueblos indoeuropeos fueron un solo pueblo; un pueblo que hablaba una misma lengua, tenía conciencia de comunidad y compartía una misma concepción del mundo.

Hoy los indoeuropeos estamos esparcidos por los cinco continentes y hablamos multitud de lenguas variadas, que no nos permiten entendernos entre nosotros. Y por ello hemos perdido hace mucho tiempo la conciencia de nuestra unidad.

El pueblo indoeuropeo se ha extendido por toda la tierra en mayor medida que ningún otro. Ha provocado la desaparición de numerosos pueblos y culturas. Pero, a su vez, él ha desarrollado culturas diferentes en países y épocas distintos. Para bien y para mal, es el principal responsable (con la colaboración de ciertos pueblos semitas), de la cultura occidental, que parece llamada a imponerse como

estándar para toda la humanidad. Con la colaboración también de elementos semitas, es el creador de la ciencia y de la técnica moderna. Ha sido el causante de la mayoría de las guerras que han afligido a la especie humana. Y en su seno han surgido los movimientos pacifistas. Ha provocado genocidios y muertes. Pero también ha inventado la medicina científica. Está esquilmando los recursos naturales del planeta y deteriorando su ecología. Pero son algunos de sus miembros los pioneros del movimiento ecologista. Podría decirse que en lo bueno y en lo malo los indoeuropeos han sido, desde hace al menos dos mil quinientos años, vanguardia de la Humanidad y motor de su progreso.

Pero no ha sucedido así desde siempre. Originariamente nuestros antepasados ocupaban un espacio geográfico pequeño y hablaban una lengua regional. Tenían una cultura rudimentaria. Adoraban a unos dioses locales. Carecían de escritura. La sociedad indoeuropea contaba con una peculiar estructura familiar y una más que limitada organización política. Eran tan sólo unos bárbaros, ajenos al desarrollo cultural que por entonces gestaban otros pueblos.

Sin embargo, en aquel lejano pasado están nuestras raíces más profundas. Entre ellos y nosotros hay una continuidad en el uso de una misma lengua, ininterrumpida, generación tras generación. Nosotros nos entendemos con nuestros padres en una lengua que tenemos por la misma que hablan ellos. Y nuestros padres se entendieron así con los suyos y creyeron igualmente hablar su misma lengua. Y, con la salvedad de las excepcionales ocasiones en que una comunidad abandona su lengua para aceptar una nueva, así ha ocurrido generación tras generación, sin solución de continuidad, hasta remontarnos a los integrantes de aquel pueblo bárbaro que resultan ser los antepasados más lejanos que la ciencia es capaz, por el momento, de identificar en nuestro árbol genealógico. De lo que ellos pensaban y creían, de sus costumbres y valores queda en nosotros mucho más de lo que a primera vista se pudiera sospechar.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

La relativa lentitud con que progresan o evolucionan las ciencias implicadas en este libro supone que en los pocos años transcurridos entre su primera aparición y esta segunda edición no se hayan producido transformaciones radicales que exijan una revisión a fondo de su contenido. No obstante, he introducido numerosas novedades y mejoras de diversa índole. He añadido índices que facilitarán su utilización. He incorporado algunas aportaciones de diferente calado que o bien son posteriores a la primera edición o bien, siendo ligeramente anteriores, no tuve ocasión de utilizar. He procurado mejorar el aspecto de muchos mapas y he añadido algunas ilustraciones nuevas. Debo agradecer a numerosos colegas y lectores en general las observaciones y sugerencias que me han hecho a lo largo de estos años, movidos por el propósito

de perfeccionar el libro o cubrir facetas desatendidas o menos atendidas. Hubiera sido imposible dar satisfacción a todos. Pero he recogido las que me han parecido más interesantes y en consonancia con la orientación general de la obra. Finalmente he unificado grafías y sistemas de transcripción, he corregido erratas, y subsanado errores materiales y otras deficiencias, si no inevitables, sí fáciles de acumular en un libro en el que se mezclan en una alta proporción alfabetos diversos, ortografías varias y numerosos signos diacríticos. En la tarea de detectar esas deficiencias me han sido igualmente de gran ayuda varios colegas, amigos y colaboradores. A todos ellos expreso mi sincero agradecimiento. Igualmente agradezco a B. Prósper la ayuda prestada en la preparación de los índices y la corrección de pruebas.

Madrid, 17 de Marzo de 1995

PARTE I

QUIÉNES SON LOS INDOEUROPEOS

CAPÍTULO I

QUIÉNES SON LOS INDOEUROPEOS

No han tenido fortuna en el nombre con que son designados. El de «indoeuropeos» es un término demasiado largo y poco eufónico. Y sin embargo parece haberse impuesto de forma casi general a costa de otras designaciones alternativas. En los ambientes académicos de Alemania se les llama «indogermanos». Y hace unas décadas, tanto en Alemania como en el resto de Europa se extendió la denominación de «arios», aunque más en los medios políticos y periodísticos que en los científicos.

El nombre con que suele conocerse a los pueblos puede ser bien el que cada uno de ellos se da a sí mismo (endoétnico), bien el que le dan sus vecinos (exoétnico). Lo que no siempre coincide. A los habitantes de Alemania, por ejemplo, nosotros los llamamos *alemanes*, los ingleses *Germans*, los italianos *tedeschi* y los polacos *niemcy*. Pero ellos se llaman a sí mismos *Deutsche* y a su país *Deustschland.*

En lo que a los indoeuropeos se refiere, desconocemos tanto la forma en que ellos se llamaban a sí mismos, como el nombre o los nombres que les dieron sus vecinos cuando eran todavía un pequeño pueblo unitario. Como tal, los indoeuropeos vivieron en una época prehistórica y ningún resto escrito por ellos ha podido llegar hasta nosotros para informarnos directamente sobre ése y otros aspectos.

Todo lo que sabemos sobre aquellos remotos antepasados nuestros lo conocemos a partir de elementos que han sobrevivido en la lengua de los pueblos históricos que de ellos descienden, mediante un proceso deductivo que se parece en muchos aspectos a la solución de un problema policial. Pues bien, hay quienes creen que existen determinados indicios que podrían revelarnos el nombre que ellos se daban a sí mismos.

En el extremo oriental del ámbito ocupado históricamente por los pueblos indoeuropeos encontramos un grupo de ellos que se llaman a sí mismos *aryās.* Se trata de los habitantes de la India, Pakistán, Afganistán y Persia. Desde la

más antigua literatura de la India, el libro sagrado del Rig-Veda, hay constancia de que se designaban a sí mismos con ese nombre. Siglos más tarde, durante el Imperio Aqueménida (s. v a. C.) los habitantes de Persia se llamaban a sí mismos con idéntica denominación; y de algunos personajes se decía que eran *ariya-cica* «de origen ario». Esa designación se encuentra también en el nombre propio del bisabuelo de Darío, *Ariyaramna* (Ariaramnes). Y por lo demás, con las naturales modificaciones que las lenguas experimentan con el trascurso del tiempo, el término ha quedado en el nombre moderno del *Irán* y sus habitantes los *iraníes* o *iranios.*

Si su presencia se limitara a ese grupo de pueblos no habría razón alguna para suponer que tal era el nombre con que los indoeuropeos se llamaban a sí mismos. Si ha habido especialistas que así lo han pensado se debe a que han creído encontrar en el extremo occidental del mundo indoeuropeo un conjunto de hechos muy similar. Como elemento integrante de antropónimos encontramos *Ariomano* entre los celtas y *Ariovisto* entre los germanos (aunque este último es el nombre del célebre caudillo de los suevos que tan en contacto estuvo con las tribus celtas de secuanos y eduos, a quienes sometió en época de César). Y como nombre que un pueblo se da a sí mismo y a su país, se aduce *irlandés, Irlanda (Eire)*, que en su forma medieval es *Ériu* en lengua irlandesa.

Al estar testimoniado el mismo hecho a la vez en los más orientales y en los más occidentales de entre los pueblos indoeuropeos, debe concluirse que ésa era la denominación originaria del pueblo indoeuropeo, que han conservado en herencia celtas, indios o iranios. Si no fuera así, habría que admitir el hecho improbable de que dos pueblos tan alejados entre sí en el tiempo y en el espacio, sin poder ponerse de acuerdo, ni tomar contacto, habrían coincidido casualmente en llamarse cada uno de ellos a sí mismo con idéntico nombre.

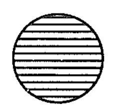
Basados en la equiparación *Arya/Ériu*, esos mismos especialistas concluyeron que los indoeuropeos se llamaban a sí mismos **aryōs*, palabra común de la que derivarían las formas históricas de uno y otro rincón de Eurasia. Pero sucede, por otro lado, que aparte del nombre que se dan esos pueblos, el término subsiste como palabra de uso común en sánscrito, donde *arya-* significa también «señor», «persona perteneciente a la nobleza o a las castas superiores». Y eso disparó la imaginación de muchos, que se creyeron descendientes de un pueblo de «señores», pueblo superior a otros pueblos, que ya en sus raíces se sabía destinado a dominarlos y a señorear el mundo.

El razonamiento en que se basó esa conclusión es, en sí mismo, impecable, y se fundamenta en uno de los criterios más sólidos del método comparativo: el de las *áreas laterales*, que en su momento explicaré. Pero la exactitud de las deducciones obtenidas mediante su aplicación depende, entre otros factores, de que los términos comparados sean realmente comparables. En nuestro caso, depende de que *arya, Iran* y *Ériu* sean términos emparentados, efectivamente descendientes de una misma palabra indoeuropea. En cambio, todo el razo-

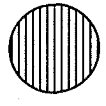
namiento se derrumbaría si resultara que no son términos emparentados, sino que originariamente eran ajenos entre sí. Pues bien, hay razones para pensar que ése es el caso.

En plena efervescencia del nacionalismo «ario», Julius Pokorny observó con razón que el término irlandés *Ériu* (acusativo *Érin)* para designar a Irlanda, debe ponerse en relación con la palabra que esa misma isla recibe en galés.

Mar de Aral
Mar Caspio
Mar Negro



La «patria originaria», enclave de los indoeuropeos hacia 5000-4500 a. C. (La Cultura de los Kurganes en las estepas rusas)



Núcleo más antiguo desde donde comenzó probablemente la expansión

Y a su vez, ambas denominaciones, con las distintas variantes empleadas por los geógrafos griegos y romanos, que conocieron Irlanda con los nombres de *Hibernia, Iouernia, Hiberio* e *Ierne.* Galés e irlandés son dos lenguas muy próximas (ambas célticas) y es razonable pensar que las palabras para designar *Irlanda* en una y otra estén relacionadas. Pues bien, en galés el término empleado es *Ywerddon*, cuya fonética está más cerca que la irlandesa *Ériu* del *Hibernia* clásico. Y Pokorny demostró que tanto *Ériu* como *Ywerddon* proceden por la evolución fonética regular propia de cada

una de esas dos lenguas de una antigua palabra compuesta **epi-weryo(n)* que significaba precisamente «La Isla». De modo que aunque en la actualidad *ario* e *Irán* presentan un parecido indudable con *Ériu* e *Irlanda*, sin embargo tienen una prehistoria muy diferente, ya que derivan de formas y significados sin ninguna relación, respectivamente **aryo-* «señor» y **epiweryon* «La Isla».

No hay razón, pues, para pensar que los celtas se llamaran a sí mismos con el nombre de **aryōs*. Y por lo tanto, de los datos que se aducían para demostrar que los indoeuropeos se llamaban a sí mismos **aryōs*, tan sólo quedan en pie dos: 1) la presencia de ese término en antropónimos celtas y germanos como los arriba citados y 2) que los habitantes de la India y el Irán se daban a sí mismos ese nombre. Pero la única conclusión correcta que de ellos cabría inferir es que en indoeuropeo había un adjetivo **aryo-* que significaba «señor», o algo similar, que se utilizaba en la onomástica personal, y que uno de los grupos de pueblos indoeuropeos históricos (los indios e iranios) eligieron ese antiguo adjetivo como denominación nacional.

La historia tiene a veces amargas ironías. Hace unos pocos años O. Szemerényi encontró que en ugarítico existe el término *àry-* con el significado de «pariente, miembro de la propia familia, compañero», que estaría relacionado a su vez con egipcio *ìry* «compañero». De donde resulta que el término *ario*, que en su momento fue usado como bandera para el exterminio de la raza judía, tiene precisamente una procedencia semita y en las lenguas indoeuropeas es tan sólo un préstamo.

El resultado de todo lo que precede es que nos quedamos sin el más leve indicio sobre el nombre que los indoeuropeos se daban a sí mismos. Y, ya que tampoco sabemos cómo los llamaban sus vecinos, resultó necesario improvisar alguno. De hecho han sido al menos tres los términos acuñados para designar a ese pueblo, y los tres basados en el mismo principio: crear una palabra compuesta cuyo primer miembro contenga la designación del pueblo histórico más oriental de la familia indoeuropea, y el segundo el más occidental.

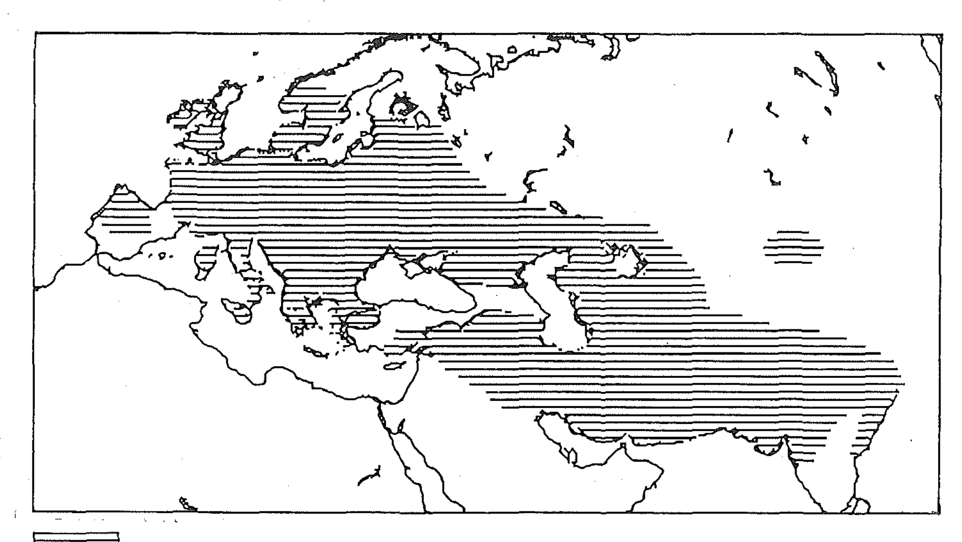
El más antiguo remonta al siglo XVII y es por consiguiente anterior a la fecha del nacimiento de esta ciencia, que en general situamos en el primer tercio del XIX. Lo propuso Andreas Jäger en un libro que apareció con el nombre de *De Lingua Vetustissima Europae* («Sobre la lengua más antigua de Europa»), publicado en la ciudad alemana de Wittenberg (1686).

Jäger tenía ideas extraordinariamente claras para su época. En su opinión, en un pasado remoto se habría hablado en el Cáucaso una lengua que más tarde habría desaparecido, pero no sin dejar un buen número de herederas contemporáneas: el griego, el latín, las lenguas eslavas, el celta, todo el conjunto de las lenguas germánicas y el persa. Jäger no conocía el sánscrito, que tan sólo en el siglo XVIII, con la colonización inglesa de la India, se pondría al alcance de los estudiosos europeos.

De las lenguas emparentadas que podía manejar el erudito alemán, la más oriental era la persa y las más occidentales el celta y el germánico. Pero al persa lo llamaba él con el nombre de «escita». Y como, por otra parte, opinaba que el gótico y las restantes lenguas germánicas eran formas modificadas del celta, propuso como nombre de la lengua ancestral el de «Escito-celta».

Estas ideas de Jäger, como ocurre con casi toda nueva concepción de cierta entidad, no surgieron de la nada. Antes que él hay toda una tradición centroeuropea de pensadores que persiguieron el esclarecimiento de los orígenes de nuestras lenguas y de nuestros pueblos. Hacía siglos que los espíritus más curiosos y menos conformistas daban vueltas a un problema que les inquietaba: el de la heterogeneidad de las lenguas habladas. Pues en la Europa de la época era creencia —inducida por la mitología judeocristiana— que todos los hombres procedían de una sola pareja y, por consiguiente, era presumible que todas las lenguas procedían de una sola lengua. Y como los estudiosos no habían descubierto todavía el hecho de que las lenguas evolucionan y se alteran con el paso de los siglos, eso chocaba con la constatación de que sólo en Europa se hablaban incontables lenguas diferentes. Y ese choque se hizo dramático tras la era de los descubrimientos, cuando pudo constatarse que la variedad de las lenguas humanas era muy superior a cuanto podía haberse imaginado.

La explicación de la variedad de las lenguas que circulaba por la época era también de origen judío. Se trataría de un castigo divino a la soberbia del hombre, narrado en la Biblia y conocido como el episodio de la Torre de Babel. Pero contra esa explicación legendaria se habían rebelado, al menos desde el siglo XVI, las mentes más críticas de Europa, dando lugar a esa corriente de opinión que culminó en la figura de A. Jäger. En ella se incluyen nombres



Extensión de los indoeuropeos en Europa y Asia hacia el s. V a. C.

como J. Goropius Becanus en el s. XVI, y A. Mylius, A. Rodornius Scrieckius, J. Georgius Schottelius, J. de Laet y O. Rubdeckius en el XVII.

El segundo nombre propuesto fue el de «Indogermano», surgido ya en el siglo XIX en Alemania, tras el descubrimiento científico de la existencia de esta gran familia lingüística. Como miembro más oriental elige a los habitantes de la India y como miembro más occidental al pueblo germánico del que los alemanes forman parte. Ése es, como ya he dicho, el término que sigue vigente en los países de lengua alemana.

El tercero es el de «Indoeuropeo». Lo introdujo —o al menos lo empleó por vez primera en forma escrita— el británico Th. Young en una reseña al *Mithridates* de Adelung aparecida en la *Quarterly Review* de 1813 (pág. 255): «Another ancient and extensive class of language... may be denominated the Indo-European». El azar, ayudado quizás por una cierta prevención de los investigadores no alemanes contra una utilización abusivamente nacionalista de «Indogermano», ha hecho de «Indoeuropeo» el término agraciado con la generalización de su empleo.

* * *

Es difícil establecer cuándo se produjeron los primeros atisbos de la existencia de algún tipo de relación entre las lenguas que hoy llamamos indoeuropeas. No hay indicio alguno de que los griegos percibieran ningún parecido entre su propia lengua y la de otros pueblos indoeuropeos con los que se relacionaron. En uno u otro momento entraron en contacto con los macedonios, los persas, los gálatas (celtas), los tracios, los romanos e incluso los indios en la campaña de Alejandro. Pero ellos miraron siempre con desdén altanero cualquier lengua que no fuera griega. A todas genéricamente motejaron de *bárbaras,* término que, dicho sea de paso, tiene un origen onomatopéyico: con él se remedaban los sonidos de «balbuceo». Y ése es precisamente el sentido con que se encuentra esa palabra —a veces con pequeñas variantes— en otras lenguas indoeuropeas: en sánscrito *barbara-,* significa «balbuciente»; y se trata en definitiva de la misma raíz que, a través del latín, encontramos en la palabra castellana *«balbucir»,* con la pequeña diferencia de /l/ por /r/. Eso refleja que efectivamente a los griegos les sonaba toda lengua no helénica como un conjunto de sonidos desmañados, reiterativos y balbucientes.

También los romanos tomaron contacto con diversos pueblos indoeuropeos. Y resulta chocante que no percibieran la gran proximidad que había entre su lengua y la de los celtas, con quienes estuvieron en contacto desde el siglo IV a. C. Sí percibieron, en cambio, un cierto parecido de su lengua con la de los griegos. Pero eso les resultaba natural: en su concepción legendaria de los orígenes de Roma, habrían sido los griegos Eneas o Evan-

dro sus fundadores y en consecuencia imaginaban que el latín procedía del griego.

En la Edad Media hay algunas intuiciones esporádicas y de alcance limitado. Pero lo que sembró en Europa la semilla del interés y la curiosidad por el inexplicado parecido de lenguas distantes fueron los relatos de los viajeros y mercaderes que visitaron la India en el s. XVI, Thomas Stephens, Filippo Sassetti o Bonaventura Vulcanio. En medio de tantas y tan profundas diferencias, climáticas, religiosas y culturales, quedaban sorprendidos por los inexplicables parecidos que encontraban con las lenguas de Europa, particularmente con el griego y el latín.

Hoy sabemos que debajo de una capa de diferencias que con el paso de los siglos se ha ido haciendo cada vez más densa, subyace un fondo cultural religioso y lingüístico común. Pero los viajeros del s. XVI no podían sospechar que entre las divinidades hindúes y los dioses greco-romanos había una amplia coincidencia. Ni que los *brahmanes* indios y los *flamines* romanos pudieran tener profundas raíces comunes. Ni que la estructura de la familia, en apariencia tan alejada, pudiera haber sido alguna vez la misma. Todo eso no estaban en situación de sospecharlo. Y sin embargo, pudieron captar entre el sánscrito, el latín y el griego coincidencias que encendieron en Europa la llama de la curiosidad y desencadenaron esa especie de dulce zozobra que se genera las vísperas de los descubrimientos inquietantes sobre nuestro propio pasado.

A F. Sassetti, en concreto, le pareció particularmente llamativo el conjunto de similitudes que encontró en el terreno de los numerales. Si bien para decir «uno» se utilizan palabras aparentemente sin relación (latín *unus,* griego εἷς, sánscrito *ékas),* para otros la semejanza es palmaria. Así, para «dos» hay en latín *duo,* en griego δύω, en sánscrito *dvā́(u);* para «tres» hay *trēs*, τρεῖς y *tráyas* respectivamente; para «seis», *sex,* ἕξ y *ṣáṣ;* para «siete», *septem,* ἑπτά y *saptá;* para «ocho», *octō,* ὀκτω y *aṣṭā́(u)*; para «nueve» el latín tiene *novem* y el sánscrito *náva* (el griego le parecía a Sassetti que se apartaba en esta ocasión con ἐννέα); y para «diez» hay *decem,* δέκα y *daśa.*

La importancia de la observación de F. Sassetti no se comprendió en su época. Habrían de pasar casi tres siglos para que adquiriera toda su significación el hecho de que tal cantidad de coincidencias se produjeran en un ámbito tan restringido como el de los numerales: a saber, que no se trataba de coincidencias ni fortuitas ni esporádicas, sino amplias y *sistemáticas* por afectar al *sistema* mismo de los numerales.

Pero estas tempranas constataciones no se limitaron a los numerales. Hubo al menos otra zona del vocabulario, constitutiva también de un pequeño sistema, que llamó igualmente la atención a los viajeros del XVI: los términos de parentesco. En efecto, para «padre» hay en latín *pater,* en griego πατήρ y en sánscrito *pitā́(r);* para «madre» hay respectivamente *māter,* μάτηρ, *mātā́(r);* para «hermano», *frāter,* φράτηρ, *bhrā́tā(r);* para «nuera», *nurus,* νυός, *snuṣā́;*

para «viuda», hay *vidua* en latín y *vidhávā* en sánscrito (esta vez falta el testimonio del griego).

Como decía, paralelamente a las curiosidades que los viajeros venían contando de Oriente, se gestaba entre los eruditos una corriente de pensamiento que se preguntaba por los orígenes de las lenguas y los pueblos de Europa. Pero las ideas vigentes en los siglos XVI y XVII sobre las lenguas eran más bien precarias y sucintas. La tradición grecolatina no se había preocupado demasiado de las lenguas que hablaban los numerosos pueblos conquistados y romanizados. Y las circunstancias religiosas y sociales de la Edad Media no habían sido precisamente propicias para subsanar esas deficiencias. En efecto, durante todo el Medievo hubo en Europa occidental dos grandes lenguas de cultura: el latín que, aunque no se hablaba ya como lengua materna en ninguna parte, se continuaba utilizando como vehículo de toda actividad intelectual, y el hebreo (por razones religiosas). Y las dos eran aparentemente inmutables e inalterables. El latín, como lengua de escuela, se seguía hablando y escribiendo en forma substancialmente idéntica desde la época de Cicerón (o al menos eso se creía). Y nadie parecía tener conciencia de que en realidad era precisamente el latín el que había cambiado tanto y tan diversamente como para dar lugar a toda la variedad de las lenguas romances. Las lenguas habladas por el pueblo eran tenidas por formas corruptas e indeseables, debidas a la ignorancia del vulgo. Y, por su parte, el hebreo era considerado nada menos que como la lengua que Dios entregara a los hombres en el Paraíso, obra divina, y como tal, eterna e inmutable, raíz quizás de todas las lenguas gracias tan sólo a un nuevo milagro divino: la confusión de Babel. De modo que, en realidad, ni tan siquiera se tenía una conciencia exacta de que todas las lenguas cambian inexorablemente con el paso del tiempo.

Pero —lo supieran o no las gentes de la época— el correr de los siglos había ejercido sobre el latín su tarea de evolución inexorable. De su relativa homogeneidad durante el Imperio Romano había ido emergiendo paulatinamente la diversidad de las lenguas vernáculas. Y, por otra parte, los pueblos germanos no latinizados se habían comenzado a incorporar a la cultura grecolatina a lo largo de la Edad Media.

En ese ambiente intelectual, muchos de los estudiosos por lo que se preocupaban en realidad era por los orígenes de su propia lengua y en definitiva de su propio pueblo. Significativo resulta en ese sentido el título mismo de la obra de J. G. Becanus *(Origines Antwerpianae,* Amberes, 1569), o la de A. Mylius *Lingua Belgica,* Leiden, 1612), o la de A. R. Scrieckius (sobre el origen de los primeros pueblos de Europa y en particular sobre el surgimiento del holandés). En la misma línea de intereses, J. G. Schottelius se ocupaba de la lengua alemana, G. Stierhielm del sueco y del gótico, etc.

Interés por el origen de las lenguas de Europa y sorpresa por el parecido de las lenguas occidentales con el sánscrito fueron, pues, las dos ideas motrices

que habrían de generar, cuando finalmente confluyeron, el descubrimiento científico de la existencia de nuestra familia lingüística y el desarrollo de la Lingüística Histórico-Comparativa. Pero para ello tendría que transcurrir todavía más de un siglo.

La primera parte del siglo XVIII no ofreció avances de importancia. Las ideas adquiridas durante la centuria anterior siguieron vigentes, como demuestra el hecho de que la obra de A. Jäger se reeditara cuando el siglo estaba ya muy avanzado (1774). Pero en su última parte y en el tránsito del XVIII al XIX concurrieron dos circunstancias que resultaron capitales para el descubrimiento de nuestra familia lingüística y que marcaron los primeros rumbos por los que habría de discurrir su estudio.

En efecto, ésa fue la época en que, por una parte, los eruditos europeos comenzaron a conocer con verdadero detalle la lengua sagrada de la India, como resultado de la colonización británica. Y por otra, ése fue el momento en que se desarrolló el Romanticismo.

La primera gramática de sánscrito en una lengua europea fue obra del misionero carmelita fray Paulino de San Bartolomé, publicada en Roma en 1790 y basada en gramáticas indígenas. Pero la primera obra de calidad y con un enfonque acorde con la tradición gramatical europea, fue la de H. Th. Colebrooke *(A Grammar of the Sanscrit Language,* Calcuta, 1805) que se convirtió en el manual al uso de todos los eruditos europeos interesados en la lengua sagrada de la India.

Colebrooke fue el mejor conocedor de la lengua sánscrita de entre los europeos de su época. Y a él se debe la traducción de una compilación de leyes indias *(Colebrooke's Digest)* realizada por el anciano *pandit* Jagannatha Tarkapañcanana, bajo los auspicios de Sir William Jones, que fue juez del Tribunal Supremo de Calcuta, entre los años 1793 y 1794.

Tal vez sean los hermanos Schlegel las figuras de aquella época que mejor reúnen y amalgaman en sus personas ambos factores. Estos alemanes, naturales de Hannover, fueron personas cultivadas que, al igual que diversas otras figuras de su tiempo, cifraron la quintaesencia de la educación esmerada en el conocimiento de la filosofía y la cultura griega. El mayor de ellos (August Wilhelm) tuvo una vida activa y sentimentalmente agitada. Se casó con Carolina de Michaelis, una mujer de fuerte personalidad, atractiva y admirada, que terminó abandonándolo para unirse a F. W. J. Schelling. Él, a su vez, se unió afectivamente a Madame de Staël a quien acompañó en sus prolongados viajes por Europa. Cuando esta mujer murió en 1817, August Wilhelm von Schlegel tenía 51 años, lo que no le impidió enamorarse de nuevo apasionadamente y casarse, para volverse a separar un año después.

Ni esa inestabilidad sentimental, ni alguna esporádica irrupción en el mundo de la política —fue secretario de prensa al servicio de la Corona sueca— sirvieron de obstáculo para su actividad intelectual. Dejando al margen otros

aspectos de su obra, August Wilhelm von Schlegel puede considerarse el introductor de los estudios de sánscrito en Alemania. Publicó, con finalidad académica, la *Indische Bibliothek.* Y editó el *Bhagavadgita* con una traducción latina y, años más tarde, el *Ramayana.*

El menor de los hermanos —Friedrich von Schlegel— es, sin embargo, el que tiene mayor interés para la historia de la Indogermanística. Él fue el autor de buen número de las ideas que informaron el movimiento romántico alemán y, junto a su hermano, a Novalis y a Schleiermacher, formó el grupo que definió y formuló la estética romántica. También, como su hermano, conoció diversas alternativas en su vida sentimental y realizó alguna incursión en el mundo de la política. Educado en la Iglesia Luterana, se convirtió al Catolicismo cuando tenía treinta y seis años. Se erigió en uno de los ideólogos de la resistencia antinapoleónica y terminó aceptando un cargo en la Corte de Viena.

En los primeros años del siglo XIX la gramática de Colebrooke no había aparecido todavía y la del carmelita fray Paulino de San Bartolomé era incómoda y difícil de encontrar. Friedrich von Schlegel se había reunido con su hermano en Jena el año 1796 y a su lado habría podido iniciarse en el conocimiento de la lengua sánscrita. Pero su estancia en Jena duró poco. Por aquellos días se encontraba allí como *Privatdozent* de Historia J. Ch. F. Schiller, que había alcanzado esa plaza por recomendación de Goethe. Y los caracteres de Schiller y del más joven de los Schlegel resultaban prácticamente incompatibles, lo que les llevó a una pronta ruptura.

En 1803, F. von Schlegel viajó a París y allí tuvo la fortuna de encontrarse con Alexander Hamilton, un heroico miembro de la Royal Navy, hijo de una noble familia que, como tantos otros militares británicos, había servido a la Corona en la inmensa colonia asiática. Hombre culto y sensible, se sintió fascinado por aquella cultura y frecuentó el trato con los brahmanes, de quienes aprendió directamente la lengua sagrada de la India. Hamilton estaba hacia 1803 en París por haber sido hecho prisionero en la guerra con Francia. Y más tarde (1808) se convirtió en profesor de sánscrito en Londres.

El mismo año en que A. Hamilton se convertía en profesor de sánscrito en Londres, aparecía en Heidelberg la más conocida obra de F. von Schlegel, *Über die Sprache und Weisheit der Indier* («Sobre la lengua y la sabiduría de los indios»). En esta obra se encuentra tanto el germen de los futuros estudios de tipología lingüística, como uno de los pasos importantes hacia el descubrimiento de la familia lingüística indoeuropea. En efecto, por lo que a la tipología se refiere, F. von Schlegel clasifica, rudimentariamente todavía, las lenguas por su morfología en dos tipos: *afijantes* y *flexivas.* Más adelante, por la contribución de su hermano y de W. von Humboldt, la clasificación se había de completar primero en *aglutinantes, aislantes* y *flexivas* y finalmente en *aglutinantes, aislantes, flexivas* y *polisintéticas* (o *incorporantes).*

En cuanto a la familia indoeuropea, Schlegel encuentra ya algunas coincidencias precisas con el apoyo de las cuales postula la existencia de un parentesco entre el sánscrito, persa, griego, latín y germánico. Ciertamente no fue el primero en afirmarlo. Ni fue tampoco el primero en encontrar y aportar la prueba científica. Lo importante de su obra consiste en que al proceder de una persona con el prestigio de Schlegel y aparecer en un libro que tuvo una amplia fortuna en toda Europa, el conocimiento de la existencia de un parentesco entre todas esas lenguas rebasó por vez primera la limitada esfera de los científicos y eruditos para extenderse entre todo el público culto de la época.

En efecto, como decía, F. von Schlegel no fue ni el primero en afirmar la existencia de nuestra familia lingüística ni el primero en demostrarla. Naturalmente es difícil saber quién fue el primero que llegó a comprender la comunidad de origen de las lenguas que llamamos indoeuropeas. Incluso resulta difícil rastrear las primeras afirmaciones escritas. Ya hemos visto, sin embargo, que una de las primeras manifestaciones en ese sentido había sido la de A. Jäger en las postrimerías del siglo XVII. Pero su obra —y por lo tanto su aserto— no había logrado rebasar el ámbito de los eruditos especialistas, y en consecuencia, no contribuyó a crear opinión entre el gran público.

El año 1786 fue clave para la difusión de estas ideas. Ese mismo año, Coeurdoux, en París, y W. Jones, en Bengala, afirmaron oralmente en sendos discursos el parentesco de las lenguas indoeuropeas. Pero fue el segundo de ellos el que causó mayor impacto, por lo que suele ser considerado como el punto de partida de la hipótesis indoeuropea.

Coeurdoux, en la línea de sus predecesores, seguía aportando paralelos entre el vocabulario de las lenguas clásicas y el del sánscrito. Como novedades, incorporó elementos ajenos al ámbito de los numerales o los términos de parentesco: «regalo» se dice en sánscrito *dānam* y en latín *dōnum;* «fuego» *agnís* e *ignis* respectivamente; «nuevo» *návas* y *novus.* Sin embargo, sus ideas no aparecieron por escrito hasta 1808, fecha en que no sólo se habían difundido las de W. Jones, sino en que apareció también la obra de F. Schlegel, lo que hizo que su aportación adquiriera menos relieve.

Sir William Jones había nacido en Londres en 1746. Tuvo una formación humanística y se distinguió en su época de estudiante por una cierta precocidad y una memoria fuera de lo común. Se inclinó por el camino de la orientalística: aprendió hebreo de una manera autodidacta y, ya en la Universidad de Oxford, estudió árabe y persa. Y, cuando apenas tenía veintidós años, tradujo del persa al francés, para el rey Cristián VII de Dinamarca, una vida del Shah Nadir, cuyas brillantes hazañas militares debieron fascinar, sabe Dios por qué razones, al incompetente y corrompido monarca.

Tras una breve experiencia docente —llegó a ser *fellow* de un College— decidió emprender rumbos mejor remunerados. Estudió entonces leyes y se entregó a una cierta actividad pública, que no le hizo olvidar, sin embargo, su

aficiones originarias. Conjugando ambas dedicaciones, fue nombrado juez del Tribunal Supremo de Calcuta y ya permaneció en la India hasta su muerte en 1794. Allí fundó la Royal Asiatic Society of Bengala, de la que fue presidente. Y fue precisamente en el discurso presidencial de esta sociedad en 1786 donde pronunció las célebres palabras que suelen considerarse el precedente próximo de la ciencia de la Indogermanística:

> El sánscrito, sea cual fuere su antigüedad, es una estructura maravillosa, más perfecta que el griego, más abundante que el latín y más exquisitamente refinada que una y otra; además, presenta respecto a ambas tanto en las raíces de los verbos como en las formas de la gramática una afinidad demasiado estrecha como para ser fruto del azar; tan fuerte, que ningún filólogo podría examinar las tres sin pensar que han surgido de una fuente común que, quizás, no exista ya. Hay razones similares, aunque no tan forzosas, para suponer que tanto el gótico como el celta, aunque mezclados con un idioma diferente, tienen también el mismo origen que el sánscrito. El persa antiguo debe ser añadido también a la misma familia.

Como puede verse, la idea estaba ya en el ambiente. Y con las palabras de Sir W. Jones la convicción de la unidad familiar de nuestras lenguas se extendió por Europa. Pero intuir o estar convencido no es lo mismo que demostrar científicamente. Y para que la Indogermanística se convirtiera en una verdadera ciencia faltaba todavía encontrar esa demostración.

El ya citado carmelita fray Paulino de San Bartolomé (que antes de sus votos se llamaba J. Ph. Wesdin) publicó en 1798 su *Dissertatio de antiquitate et affinitate linguae zendicae, samscridamicae et germanicae* (Padua). Pero, aunque su obra no carece de méritos, no logra todavía, como no logró tampoco F. von Schlegel, encontrar el camino de la demostración científica. Ese mérito, que comporta como veremos un enfoque sistemático del problema, se atribuye merecidamente a la mente bien organizada de un teutón: Franz Bopp. Pero desde hace algún tiempo, gracias sobre todo a la labor reivindicativa de algunos indoeuropeístas daneses, ha comenzado a decirse que ese mérito debe compartirlo Bopp con el danés Rasmus Rask.

Cuando el 14 de septiembre de 1791 nacía Bopp en Mainz, una hermosa localidad en la ribera del Rin, había transcurrido ya un lustro del célebre discurso de W. Jones. Su adolescencia transcurrió en la localidad bávara de Aschaffenburg, donde tuvo como maestro a K. J. Windischmann, que lo aficionó al estudio de las lenguas orientales. Y más tarde contribuyó a robustecer su afición el libro de F. Schlegel, que a tantos jóvenes de la generación de Bopp llegó a fascinar. En 1812, con veintiún años, se trasladó a París para estudiar lenguas orientales. Allí encontró buenos maestros para el árabe y el persa. Pero para el sánscrito hubo de contentarse con un aprendizaje autodidacta, guiado por la gramática de Colebrooke, aparecida unos años antes.

La gran novedad de Bopp respecto a sus predecesores consiste en que busca y encuentra coincidencias entre las lenguas indoeuropeas en el terreno de los *sistemas gramaticales.* Como hemos visto, los viajeros italianos del XVI, Coeurdoux, Schlegel y tantos otros, limitaron sus hallazgos al terreno del *vocabulario.* Y eso nada probaba científicamente. Las palabras, en efecto, se prestan con facilidad de unas lenguas a otras. Y el compartir una determinada cantidad de vocabulario no supone necesariamente que las dos o más lenguas que lo comparten estén genéticamente emparentadas. En cambio, la gramática tiene dos rasgos de los que carece el vocabulario: constituye un sistema y se presta de una lengua a otra con gran dificultad. De forma que al encontrar Bopp que también en el terreno de los *sistemas morfológicos* presentan las lenguas indoeuropeas coincidencias abundantes, estableció con rigor científico que tales lenguas estaban genéticamente emparentadas: los parecidos *sistemáticos* no pueden ser fruto ni de la casualidad ni de préstamos e intercambios. Sobre esto volveré en un capítulo posterior.

Probablemente Bopp logró su prueba sin pretenderlo. Por su época estaba en efervescencia otra curiosidad científica de la que se ocuparon —a veces con apasionadas polémicas— tanto filósofos como lingüistas: Humboldt, Steinthal, J. Grimm, Herder, Hamann, Renan, Noiré, Max Müller, y tantos otros. Y en Bopp prendió también la llama de esa curiosidad. A. Meillet, el gran maestro de la Indogermanística francesa, decía que Bopp era comparable a Cristóbal Colón: ambos realizaron un formidable hallazgo cuando estaban buscando en realidad una cosa distinta. Y lo que verosímilmente buscaba Bopp no era la prueba científica que faltaba, ni el establecimiento del *Método Comparativo,* sino el origen del lenguaje.

La fecha fundacional de la Lingüística Indoeuropea suele situarse (todo lo convencionalmente que se desprende de las páginas que preceden) en 1816 con la aparición de la obra de Bopp, *Über das Conjugationssystem der sanscrit Sprache in Vergleichung mit jenem der griechischen, lateinischen, persischen und germanischen Sprachen,* editada en Frankfurt. Pocos años después (1821) Bopp obtuvo la Cátedra de Sánscrito y Gramática Comparada en la Universidad de Berlín. Y en los años siguientes amplió su esfuerzo comparativo a los restantes sistemas gramaticales en su *Vergleichende Grammatik des Sanskrit, Zend, Griechischen, Lateinischen, Litauischen, Altslawischen, Gothischen und Deutschen,* que fue traducida al inglés y al francés. Murió en Berlín a la edad de setenta y seis años, cargado de prestigio y de honores.

Si F. Bopp pertenece a la corriente sanscritista, el otro fundador, Rasmus Christian Rask, se incardina en el movimiento surgido en el centro y norte de Europa tendente a indagar el origen de la propia lengua materna. Hablante nativo de una lengua germánica, Rask fue ante todo un germanista. Fue autor de gramáticas de nórdico antiguo, islandés, inglés antiguo y frisón; y editó algunas partes de los *Edda.*

Rask había nacido el 22 de noviembre de 1787, un año después del célebre discurso de W. Jones. Era, por lo tanto, cuatro años mayor que Bopp. Estudió en la Universidad de Copenhague, en la que fue nombrado ayudante del bibliotecario en 1808. Tres años después, cuando Rask tenía 24 años, la Academia Danesa de Ciencias convocó un concurso cuyos términos literales, redactados en latín, resultan reveladores de los intereses de la época:

> Investiguetur crisi historica, accedente exemplorum idoneorum luce, ex quonam fonte lingua vetus scandinavica rectissime deducatur. Explicetur huius linguae ingenium nexusque et mutua ratio, quae ex antiquissimo tempore et medio quod dicitur aevo ei cum dialectis siue septentrionalibus siue germanicis intercesserit. Certaeque constituantur regulae quas in omni horum idiomatum derivatione et comparatione sequi oporteat.
>
> [Investíguese con criterio histórico, aportando los ejemplos adecuados, de qué fuente surgió de forma directa la primitiva lengua de Escandinavia. Explíquese el carácter específico de esa lengua, así como el nexo y la mutua relación que desde la época más antigua y la llamada Edad Media la une a los dialectos ora septentrionales ora germánicos. Y establézcanse las reglas seguras a que haya que atenerse en toda derivación y comparación de esos idiomas.]

En 1814 Rask obtuvo el premio con un trabajo redactado en danés que llevaba por título *Undersøgelse om det gamle Nordiske eller Islandske Sprogs Oprindelse* («Investigaciones sobre el origen de la lengua nórdica antigua o islandés»). Pero por falta de medios económicos su trabajo no se vería publicado hasta 1818, fecha en que ya había aparecido y se había difundido la obra de Bopp.

El hecho de que Rask proceda de esta otra corriente de pensamiento hace que en realidad su descubrimiento sea en amplia medida complementario con el de Bopp. Rask, cuando redactó su trabajo, no conocía ni el sánscrito ni el persa, por lo que sus comparaciones se basan primordialmente en el griego y el latín. Al igual que Bopp, llegó a reconocer que la prueba decisiva del parentesco genético de las lenguas está en las *correspondencias sistemáticas*. Y para Rask *sistemáticas* tenía una primera acepción: que las palabras en que se parece una lengua a otra se den en tal cantidad que resulte factible encontrar las reglas sistemáticas de trasposición de la una a la otra. Y eso nos introduce en la más importante aportación de Rask en relación con Bopp: la incorporación de la fonética. En efecto, la *ratio* que solicitaba el concurso la aportó Rask con la formulación de la rotación consonántica del germánico, compleja ley fonética que explica *sistemáticamente* las diferencias entre las consonantes de las lenguas germánicas y las restantes lenguas indoeuropeas.

Poco después Rask obtuvo la Cátedra de Historia Literaria en la Universidad de Copenhague. Pero en 1816 emprendió un viaje a Oriente con el

doble propósito de aprender sánscrito y persa y de adquirir manuscritos para la biblioteca de su Universidad. Regresó siete años después con el doble propósito cumplido. Pero murió pronto, en 1832, cuando le faltaban unos días para cumplir los 45 años.

Con las figuras de Bopp y Rask terminó el período de tanteos y elucubraciones sobre el origen de las lenguas de Europa y su parentesco profundo. Gracias a ellos se supo con la seguridad del conocimiento científico que el griego, el latín (y por lo tanto todas las lenguas romances: italiano, francés, español...), todas las lenguas germánicas (gótico, alemán, inglés...), todas las eslavas (ruso, polaco, checo...), en una palabra, prácticamente todas las lenguas de Europa, proceden por evolución en el tiempo de una lengua única hablada en una época prehistórica. Que, por lo tanto, todos sus pueblos fueron una vez el mismo pueblo. Que la actual diversidad de las lenguas y los pueblos de nuestro continente es un fenómeno relativamente reciente. Y que a ese pueblo común pertenecieron también los antepasados de los indios y los iranios, hermanos de los europeos alejados en el Oriente. Y, como corolario, quedó científicamente demostrado que las lenguas evolucionan y cambian con el paso del tiempo en forma tan natural como inexorable. Pero ni todas las preguntas quedaban con ello respondidas, ni todos los enigmas de nuestro pasado descifrados. Faltaban por saber muchas cosas y algunas de ellas capitales: ¿cómo eran aquellos lejanos antepasados comunes? ¿en qué región del mundo vivieron?, ¿a qué dioses adoraron?, ¿cómo era realmente aquella lengua ancestral?

Las generaciones siguientes de indoeuropeístas continuaron indagando para dar respuesta a esas y otras preguntas. Y aún hoy proseguimos la tarea, porque muchas de ellas distan todavía de estar científicamente resueltas.

CAPÍTULO II

CUÁNDO VIVIERON, DÓNDE HABITARON

La Lingüística fue capaz de descubrir con sus métodos específicos que la mayoría de los pueblos de Europa y algunos de Asia pertenecen a una misma familia. Lo que equivale a decir que en algún momento del pasado fueron un solo pueblo.

Pero, si bien es cierto que el concepto de «indoeuropeo» es fundamentalmente lingüístico, su hallazgo y establecimiento tuvieron repercusiones decisivas para la ciencia de la Historia. Lo que sucedió en el siglo XIX fue que los lingüistas señalaron a los historiadores el camino por el que debían conducir sus indagaciones. Fue ése un logro espectacular, que llevó a algunos a valorar tal vez en demasía lo que la ciencia de la Lingüística podría seguir aportando a la ciencia de la Historia.

Cuando los científicos supieron que todos los pueblos de Europa y una parte de los de Asia habían sido una vez un solo pueblo, no pudieron evitar preguntarse —¿quién podría? — dónde habría habitado ese pueblo. Porque ello equivale a preguntarse de dónde procedemos todos nosotros en último extremo, cuáles son nuestras verdaderas raíces, cuál es nuestra patria originaria *(Urheimat),* como entonces se decía.

Es ésa una pregunta mucho más trascendente de lo que a primera vista pudiera parecer. Porque el establecer su sede originaria conlleva el determinar cuándo, cómo y por qué ese pueblo se extendió por Europa. Cómo era Europa y quiénes la habitaban antes de que ellos llegaran. En una palabra, nos estamos planteando el problema de la «europeización» de Europa. Y en la medida en que Europa es la cuna de la civilización occidental, nos estamos planteando la historia de nuestra civilización.

Tan magna tarea no podría ser llevada a cabo sólo por los lingüistas. Es éste un terreno abonado para la colaboración de lingüistas, arqueólogos e his-

toriadores —o, mejor, prehistoriadores, puesto que de etapas prehistóricas se trata—. Pero esa colaboración se ha revelado difícil en la experiencia de estos casi dos siglos. Una y otra ciencia hablan idiomas diferentes. La Arqueología exhuma edificios e instrumentos; determina medidas cefálicas; descubre costumbres funerarias; establece cada vez con más precisión la cronología. Pero nada puede decirnos de la filiación étnica de los propietarios de las culturas que desentierra. Carece de toda capacidad para determinar si eran eslavos o fineses; celtas o iberos; indoeuropeos o mediterráneos.

Lo contrario sucede con la Lingüística. Tan pronto como aparecen restos escritos o, a falta de escritura, con la sola ayuda de la toponimia y la onomástica, el lingüista puede ponerse en marcha para determinar la filiación étnica. Pero, por el contrario, carece de criterio intrínsecamente lingüístico para establecer la cronología de una cultura por el estado de desarrollo de la lengua que hablaban sus portadores, o para fechar con precisión la toponimia.

De modo que ambas disciplinas son en cierta medida complementarias. La Arqueología proporciona la cronología, pero es incapaz de establecer la identidad de un pueblo. La Lingüística establece la identidad pero ignora la cronología. Pero complementariedad, desgraciadamente, no es sinónimo de facilidad para la colaboración. Los arqueólogos ignoran con frecuencia el verdadero alcance de los argumentos del lingüista. Es frecuente encontrar grandes arqueólogos moviéndose en precario tan pronto como rebasan los límites de su disciplina. Y viceversa, los lingüistas suelen perderse en la jungla de las variedades culturales de la Prehistoria.

Hay, sin embargo, un punto en que unos y otros pueden coincidir. Si los arqueólogos exhuman objetos materiales, los lingüistas —o algunos de ellos— creen haber encontrado un camino genuinamente lingüístico para establecer diversos elementos de la cultura de un pueblo prehistórico. Esa vía la conocemos con el nombre de *Paleontología Lingüística,* asociado a A. Pictet. No fue él quien la utilizó primero. Argumentos de ese tipo fueron empleados un poco antes por Grimm y Kuhn en el ámbito de la Indogermanística. Y J. Crawford la había usado previamente para reconstruir la cultura prehistórica de los pueblos polinesios. Pero fue A. Pictet quien, con su libro *Les Origines Indo-Européennes* (1859-1863), hizo un uso sistemático de ese método para el establecimiento de la cultura prehistórica del pueblo originario. El nombre de *Paleontología Lingüística* no es muy afortunado. En realidad su cometido, en la medida en que puede cumplirlo, se parece más al de la Arqueología que al de la Paleontología, por lo que en adelante utilizaré el nombre de *Arqueología Lingüística.*

La Arqueología Lingüística opera mediante una utilización del léxico común (reconstruido a partir del de las lenguas históricas), con el propósito de establecer elementos de la cultura, la religión o el hábitat indoeuropeos. Tuvo su momento de apogeo con la obra del citado A. Pictet. El segundo tercio del

siglo xx fue en cambio un período de crítica y revisión, que llevó a extremar las posiciones, como tantas veces en los movimientos pendulares, mucho más allá de lo que una actitud crítica bien fundada exige razonablemente. Las principales objeciones que se le hicieron son otras tantas variantes de un argumento central, que podríamos llamar «la deriva semántica». En efecto, por razones de índole muy diversa, la significación de las palabras cambia con el paso del tiempo de forma irregular e imprevisible, como en una especie de deriva sin rumbo predeterminado. De manera que una palabra que signifique, pongo por caso «haya», puede pasar a significar «encina», «roble», o cualquier otra especie, si la cambiante y aleatoria realidad circundante lo impone o lo necesita. Si mediante el Método Comparativo reconstruimos una palabra indoeuropea cualquiera, por ejemplo la del haya (**bhāgós*), estaríamos seguros de su forma porque ésta cambia según pautas regulares, pero no tanto de su significación, susceptible de cambios aleatorios e imprevisibles. Con lo cual, el paso siguiente en la Arqueología Lingüística, que consiste en inferir que los indoeuropeos conocieron el haya en su hábitat ancestral, quedaría en entredicho porque realmente no sabemos si bajo la forma de esa palabra los indoeuropeos designaban realmente un haya u otra especie arbórea cualquiera.

A ese tipo de crítica contra la Arqueología Lingüística se unían otros de índole diversa: el peligro de atribuir a la lengua común palabras que nunca existieron en ella, sino que fueron tomadas en préstamo tardíamente por las lenguas históricas a partir de fuentes similares. Y otras cosas así. Todo ello llevó a muchos indoeuropeístas a un rechazo desmedido de los argumentos dimanantes de la Arqueología Lingüística. Y lo que debió haberse substanciado en la adopción de un rigor y una cautela necesarios, se trocó para muchos en un escepticismo global, sin duda injustificado.

Con los argumentos de naturaleza arqueo-lingüística sucede como con todos los que dimanan del Método Comparativo y sin duda con cualquier clase de argumentación científica: su validez depende en gran medida del rigor con que se monten y de la competencia del científico que los utilice. El punto fuerte de la Arqueología Lingüística es consecuencia, paradójicamente, de la misma realidad en que veíamos radicar su debilidad: el carácter aleatorio de la deriva semántica. Es muy probable que una palabra indoeuropea cualquiera haya cambiado su significado, de forma que en las lenguas indoeuropeas históricas signifique algo muy diferente de lo que en la lengua común significó. Sería incluso posible, aunque ya no tan probable, que todo el léxico común haya cambiado en su paso a las lenguas históricas hasta el punto de que no podamos atisbar nada o casi nada de la significación común del léxico indoeuropeo en su conjunto. Pero lo que es de todo punto imposible, precisamente por el carácter aleatorio de la deriva semántica, es que todo el léxico indoeuropeo haya cambiado, de manera independiente en todas las lenguas históricas, en la misma dirección coherente de reflejar falazmente un hábitat septentrional, una

cultura pastoril, una familia patriarcal y una religión basada primordialmente en la adoración de los fenómenos celestes. Sobre todo teniendo en cuenta que las lenguas indoeuropeas históricas se encuentran ubicadas en los ambientes geográficos y culturales más heterogéneos (desde la India hasta Europa nórdica, pasando por el Mediterráneo, etc.).

En consecuencia, el argumento arqueolingüístico montado sobre una palabra aislada tiene escaso valor. Pero el conjunto del léxico común constituye un argumento insoslayable, que los arqueólogos deben tener en cuenta para montar sus teorías históricas sobre la extensión de las lenguas indoeuropeas.

Faltos, pues, de buenas perspectivas para trabajar codo a codo, lingüistas y arqueólogos deben trabajar al menos en paralelo. Quiero decir que ninguna solución dada al «problema indoeuropeo» —como ha dado en llamarse al de la indagación del originario emplazamiento— puede considerarse adecuada si no satisface simultáneamente las exigencias de ambas disciplinas y se apoya a la vez en argumentos coincidentes de la una y la otra.

Los lugares que se han señalado como candidatos para ser la patria originaria son innumerables. Si tomamos el mapa de Eurasia y señalamos al azar un punto cualquiera, hay muchas probabilidades de que alguien alguna vez lo haya propuesto como sede ancestral de los indoeuropeos. Eso quiere decir, por lo pronto, que nadie ha encontrado nunca probable un emplazamiento en otros continentes. En efecto, ni África, ni América, ni Oceanía podrían entrar en consideración.

En la búsqueda de la patria originaria se han utilizado los más variados argumentos, desde lo ingenioso a lo descabellado. Por lo que no todas las propuestas gozan del mismo favor ni cuentan con el mismo fundamento.

En los primeros momentos dominó la idea de que la India era la patria originaria y el sánscrito la lengua ancestral. Esa creencia —que como veremos carece de cualquier fundamento— marcó sin embargo con su impronta la historia subsiguiente de la Lingüística Indoeuropea, cuyo progreso durante muchas décadas ha sido en gran medida sinónimo de lo que podríamos llamar «des-sanscritización». El *pansanscritismo* es el pecado original de la Indogermanística, del que no está todavía enteramente redimida y que aflora una y otra vez a la superficie en las formas más sutiles.

Todo contribuía en aquellos primeros momentos a aceptar como un dogma que la India era la sede ancestral de la familia indoeuropea. La gran antigüedad del sánscrito como lengua de cultura; el ambiente romántico —Schlegel fue maestro en ambos campos— que tendía a preferir y admirar ambientes lejanos y exóticos; el dogma secular «ex oriente lux»; la creencia de que Asia era una especie de matriz de pueblos que periódicamente anegaban Europa con sus invasiones. Y dentro de la India, algunos preferían el Indostán noroccidental (Schlegel) y otros Cachemira (Th. Young).

Bien es verdad que desde muy pronto comenzaron a sugerirse otros emplazamientos fuera de la India. Pero siempre dentro de Asia, e igualmente carentes de cualquier fundamento científico. Baste citar como ejemplos a Renan, que situaba el hogar ancestral en Asia Central, apoyado en argumentos tan arbitrarios como el de que la Biblia enseña que esa zona fue la cuna de la Humanidad.

Dejaré a un lado las hipótesis de escaso fundamento para centrarme en las que tienen alguna verosimilitud. Pero no me resisto a la tentación de mencionar dos particularidades pintorescas y reveladoras de los errores de método que se han cometido y de la ligereza en que se ha incurrido al alcanzar conclusiones en la búsqueda de una solución.

En los últimos años del siglo pasado J. Schmidt propuso los alrededores de Babilonia, basándose en la existencia de supuestos restos de un sistema duodecimal en los numerales de algunas lenguas indoeuropeas. Como ése era el sistema babilonio, suponía Schmidt legítimo concluir que la patria originaria de los indoeuropeos habría estado allí.

Más pintoresca resulta aún la idea de Tilak, estudioso indio que creía encontrar en los Vedas y el Avesta indicios o reminiscencias de una época en que el sol salía por el Sur en vez de por el Este; las estrellas trazaban círculos en el cielo en lugar de salir por el Este y ocultarse por el Oeste; y un año consistía en una sola noche de seis meses y un solo día de otros seis. Y como esas condiciones se dan únicamente en el Polo Norte, ése habría sido nuestro hogar ancestral en un momento de benignidad climática interglacial. Habrían sido los fríos subsiguientes los que habían empujado a nuestros antepasados a emigrar hacia el Sur.

Los candidatos tradicionales que a la postre han resultado más firmes son dos: Europa, y las estepas del sur de Rusia. A ellos hay que añadir algunos más, surgidos en estos últimos años.

1. EUROPA

En 1851, en pleno apogeo de la corriente de opinión que situaba la patria originaria en la India, R. G. Latham se atrevió a discrepar y propuso Lituania y sus alrededores. Fue la primera voz que sugirió un emplazamiento europeo. Algunas décadas después Europa se convertiría en el más firme candidato. Pero en 1851 era prematuro. Y, como toda opinión que se adelanta a su tiempo, no encontró ninguna acogida. Por lo demás, los argumentos en que apoyaba su propuesta resultan hoy carentes de fundamento.

En torno a 1870 disponían ya los estudiosos de importantes descubrimientos que demostraban una gran antigüedad de la presencia de hombres en Euro-

pa. Y ello, dentro del substrato de creencias y convicciones de la época, mermaba la fuerza de los argumentos en favor de Asia, que en los años anteriores se creía habitada antes que Europa, que supuestamente habría sido colonizada desde allí. Por eso no es de extañar que en aquella década surgieran ya diversas opiniones que propugnaban un emplazamiento europeo.

Buscando argumentos que demostraran el origen europeo de los indoeuropeos, Th. Poesche introdujo en la discusión un elemento nuevo, llamado a adquirir una importancia capital. Qué lejos estaba Poesche de sospechar en 1878 las trágicas consecuencias que sesenta años después —manejado insensatamente por políticos— iba a tener ese argumento.

Poesche se dio cuenta de que a los historiadores griegos y romanos no había pasado por alto la rubicundez de los pueblos indoeuropeos con quienes habían entrado en contacto, fundamentalmente celtas y germanos. Y, por otra parte, observó que en los enterramientos excavados por los arqueólogos, los antiguos celtas y germanos resultaban ser dolicocéfalos. El hilo de su razonamiento le llevó entonces al Báltico, cuya región es incuestionablemente el epicentro de la gente de cabello rubio.

Por otra parte, en 1878 había disminuido ya un tanto la hegemonía del sánscrito y su prestigio como la lengua más antigua —y más arcaica a la vez, lo que no siempre se da junto—. Y algunos lingüistas se atrevían ya a opinar que el sánscrito era más innovador —más «moderno» en algunos de sus rasgos, por ejemplo el vocalismo— que las lenguas de Europa. Concretamente Poesche era de la opinión —ampliamente extendida en el pasado, e incluso hoy sostenida por algunos— de que la lengua indoeuropea más arcaica es el lituano.

Con esa convicción, realizó un razonamiento montado sobre otra premisa falsa: que la lengua más arcaica ha de ser aquélla ubicada históricamente en la región donde prehistóricamente se encontraba la patria originaria. En realidad era la misma premisa que antes había servido para defender la hipótesis de la India por ser el sánscrito la lengua más antigua.

Eso tenía unas consecuencias incalculables. Porque si los lituanos (como antes los indios) eran tenidos por los descendientes de la población indoeuropea que nunca llegó a moverse de su patria ancestral, resultaba que eran los lituanos los «verdaderos indoeuropeos», cuya raza no se habría mezclado con otras razas, ni su lengua se habría contaminado con otras lenguas: por ello había permanecido más fiel a sus orígenes y en consecuencia resultaba más arcaica. Por el contrario, los restantes pueblos indoeuropeos serían los descendientes de aquellos grupos que habían emigrado, colonizando las diferentes regiones del mundo. E inevitablemente su sangre se habría mezclado con la sangre de otras razas. Y su lengua se habría visto alterada por el influjo de las poblaciones sometidas que hubieron de aprender la lengua de los conquistadores indoeuropeos.

En todo este razonamiento de Poesche había una cosa que no casaba: los lituanos no son dolicocéfalos, sino más bien braquicéfalos. Así lo vio K. Penka, con quien se consagra la ecuación de *indoeuropeo = rubio dolicocéfalo de ojos azules*. Pero para Penka no podía ser el Báltico la patria originaria porque los lituanos no eran «verdaderos arios», sino braquicéfalos racialmente inferiores. Y por añadidura la región de los pantanos del Báltico, que Poesche había elegido como epicentro, le parecía inadecuada: una zona pantanosa resulta demasiado insalubre para ser la cuna de una «raza poderosa y enérgica como es la raza rubia». Había que buscar otro emplazamiento para el hogar ancestral. Y en su búsqueda utilizó una mezcla de argumentos lingüísticos y arqueológicos.

Penka creía que el primitivo pueblo indoeuropeo debió ser sedentario, agrícola y autónomo. Lo que implicaba a su entender una ocupación permanente del territorio desde el Paleolítico, posibilidades del terreno para la agricultura y un desarrollo autónomo de la cultura, no interferida por invasiones de otros pueblos.

Escandinavia satisfacía a su entender todas las exigencias. La Arqueología mostraba allí una permanencia ininterrumpida desde el Paleolítico del rasgo de la dolicocefalia, a la vez que es otro centro histórico de gentes de cabello rubio y ojos azules. Su paso del Paleolítico al Neolítico se había producido sin interferencias externas: la cultura nórdica era autóctona y no había derivado de otra cultura extranjera.

Por otra parte, la Lingüística aportaba argumentos contra la zona báltica y a favor de la escandinava, o así lo creía Penka. Excluía Lituania porque el lituano era una lengua *satəm* —ya veremos más abajo lo que eso significa— y el «verdadero indoeuropeo» no podría haber sido *satəm*. De haberlo sido lo serían la totalidad de las lenguas indoeuropeas históricas. Naturalmente ese argumento es incorrecto incluso en el marco de sus premisas. Pero Penka era un arqueólogo que, como tantos otros, no terminaba de comprender el verdadero alcance de los argumentos lingüísticos.

Para excluir otras regiones y defender el emplazamiento escandinavo, Penka utilizó varios argumentos de la Paleontología Lingüística, el del «mar» y el del «haya».

En la lengua de los indoeuropeos —razonaba Penka, como otros que han manejado este argumento— existió un término para designar el mar, concretamente **mori*, según podemos reconstruirlo en detalle a partir de las correspondientes formas en las lenguas indoeuropeas históricas: en latín se dice *mare* (de donde nuestra palabra castellana *mar);* en celta la encontramos en irlandés antiguo *muir* «mar», y en el nombre propio de un pueblo, los *Aremorici,* y de una región, la Bretaña francesa, la *Aremorica,* que significa «junto al mar, costa»; en germánico la encontramos en gótico *marei* «mar»; en lituano hay *mãrė* «mar» y *pa-mãrė* «costa, litoral», forma paralela y de igual signifi-

cado que la eslava *po-morije,* reflejada en el nombre de otra región: la *Pomerania.*

Pues bien, —razonaba Penka—, si los indoeuropeos tenían una palabra para designar «el mar» hay que concluir que en su entorno físico, en su hábitat, existía el mar. Y en consecuencia, creía con ello poder excluir otros emplazamientos continentales que se defendían ya en su época y abonar en cambio la hipótesis escandinava.

El «argumento del mar», en sí mismo, tiene escaso o nulo valor, como le sucede a todos y cada uno de los argumentos de la Arqueología Lingüística tomados aisladamente. En efecto, como puede observarse en los ejemplos que he citado, la supuesta palabra indoeuropea para «mar» no está presente más que en las lenguas indoeuropeas de Europa, mientras que falta en griego y en las lenguas de Asia (sánscrito, persa), lo que debilita la fuerza del argumento. Porque el lingüista en este caso carece de criterios decisivos para saber si las lenguas indoeuropeas de Asia han dejado de usar y perdido una palabra que tenía la lengua ancestral, o si por el contrario, las lenguas de Europa han incorporado a su vocabulario una palabra nueva que en aquélla nunca había existido.

Pero aunque diéramos por probado que la palabra **mori* existió en la lengua común no podríamos estar seguros de que hubiera significado «mar» y no, por ejemplo, «lago», o cualquier otro tipo de masa de agua, en cuyo caso la patria originaria podría haber estado en una región continental y los pueblos indoeuropeos de Europa habrían utilizado para designar el mar, cuando emigraron hasta sus riberas, la palabra que en la lengua común significaba «lago». Y no faltan, por cierto, razones para pensar así. De hecho **mori* aparece en hetita en una formación reduplicada, *marmara-* con el significado de «pantano». Y no es infrecuente encontrarla en nombres de ríos, como el *Marassanta*, el principal río del reino hetita, que se corresponde con el *Halys* de la época clásica (actualmente el *Kizil Irmak* turco); o diversos ríos europeos, como los varios *Morava* de los Balcanes y Centroeuropa.

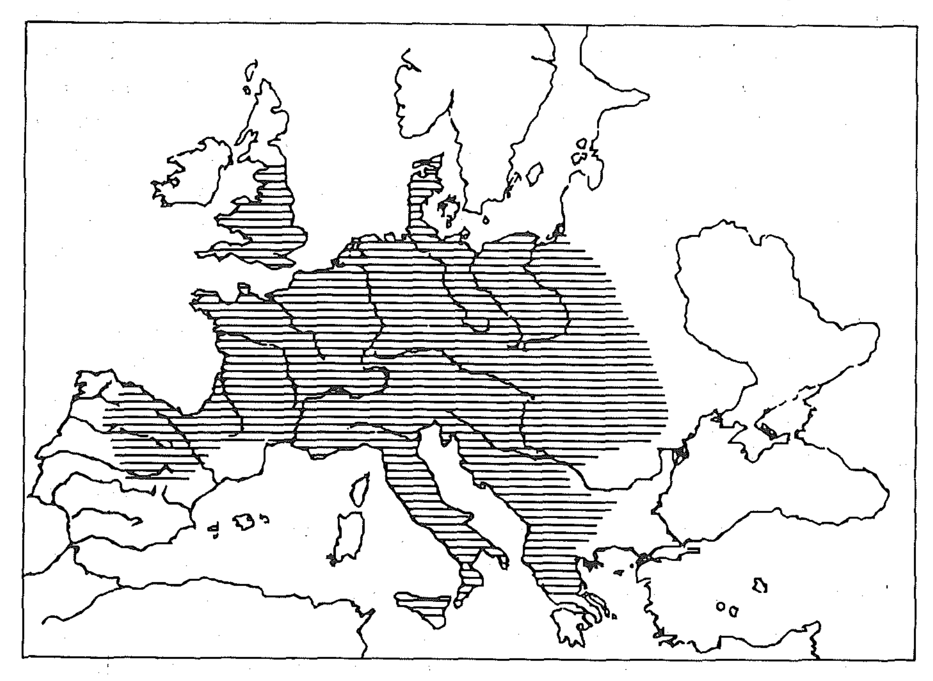
Finalmente, aunque diéramos por hecho que en la lengua ancestral existió **mori* y significó «mar», tampoco eso demostraría necesariamente que nuestros antepasados hubieran vivido en sus orillas. Frecuentemente las lenguas disponen en su léxico de palabras que designan realidades conocidas por referencias y no por experiencia inmediata.

Valor similar tiene el argumento «del haya». A partir del testimonio de las lenguas históricas establecemos la palabra indoeuropea **bhāgos,* que se encuentra en latín *fāgus,* celta (galo) *bāgos,* y germánico (alemán) *Buche* con el significado de «haya». Por cierto que la palabra inglesa y alemana para decir libro (respectivamente *book* y *Buch)* es la misma del «haya»: probablemente antes que «libro» significó «tablilla de madera (de haya) para escribir».

De todo ello deducía Penka —como otros que le precedieron en la utilización del argumento— que en el hábitat originario de los indoeuropeos debió haber hayas. Y sucede que ese árbol no se encuentra al sur de una determinada línea, que excluye por ejemplo los dos tercios meridionales de España, Grecia y Turquía. Y tampoco penetra demasiado hacia el Norte ni hacia el Este de Eurasia. Una tal distribución del haya parecía favorecer el emplazamiento e candinavo contra el asiático, ya que en Escandinavia hay hayas, al menos en su parte meridional.

Sin embargo, las cosas son algo más complicadas de lo que la simplicidad de ese argumento podría sugerir. En varias otras lenguas históricas hay reflejo de la palabra indoeuropea **bhāgos,* pero con un significado diferente al de «haya»: en griego φāγός significa «roble»; en ruso *buz* «saúco»; y en kurdo —lengua indeuropea del grupo iranio— hay *būz* con el significado de «olmo», si bien se trata con toda verosimilitud de un préstamo de una lengua eslava al kurdo.

¿Qué debemos concluir? No es seguro. En efecto, podría ser verdad —como quería Penka— que en el hábitat originario de los indoeuropeos hubiera hayas y que los griegos, los indios y los iranios, emigrados a regiones desprovistas de ese árbol, hubieran perdido la palabra o la hubieran aplicado a los nuevos árboles que encontraron al llegar a las tierras colonizadas. Pero el argumento es reversible: es igualmente posible que la palabra **bhāgós* hubiera



Área de implantación del haya (*Fagus Silvatica*)

significado cualquier otro árbol existente en la patria originaria y que los latinos, celtas y germanos la habilitaran para designar el haya cuando llegaron a los países colonizados en que existía tal árbol.

¿Qué tenemos en definitiva para defender un origen europeo de los indoeuropeos? Si consideramos infundada la pretensión de que nuestros antepasados indoeuropeos fueran rubios, de ojos azules y dolicocéfalos; si consideramos poco concluyentes los argumentos del haya y del mar; si tenemos por arbitraria y de cariz mítico la pretensión de que la cultura indoeuropea surgiera de sí misma, sin mezcla ni contaminación de otras culturas, apenas queda ninguna razón para tener por probado el emplazamiento nórdico.

Quiero aclarar que no debe descartarse por principio cualquier argumentación basada en la Arqueología Lingüística. Como veremos más adelante, del vocabulario indoeuropeo en su conjunto se infieren efectivamente algunos indicios sobre el emplazamiento geográfico del hogar ancestral. Pero más bien tomado en su conjunto que basándonos en tal o cual rasgo aisladamente. Y tal vez, tan sólo una orientación general, más que una ubicación precisa.

En los primeros años del siglo XX el *problema indoeuropeo* cayó en manos de un germanista, G. Kossinna, que había dedicado sus primeros trabajos al origen y la prehistoria del pueblo germánico, cuyo emplazamiento ancestral situó en la zona que abarca el norte de Alemania y el sur de Escandinavia. En el trabajo de 1902 Kossinna llegó a la conclusión de que ésa era precisamente la patria originaria de los indoeuropeos.

Entraban así en juego los terceros candidatos a ser los «verdaderos indoeuropeos». Primero habían sido los indios, luego los lituanos y ahora los germanos. Pero a diferencia de los anteriores candidatos, éstos últimos se lo creyeron realmente. De repente, resultaba falso el aforismo de *ex oriente lux*. La luz de la civilización no había llegado a Europa desde las salvajes tribus asiáticas, sino que sería autóctona. Sería la propia Europa la que habría expandido la luz hacia otros continentes. Y no ya Europa, sino el pueblo germánico, tenido por bárbaro frente al Imperio Romano, podía ahora afirmar su precedencia ya que todos los pueblos indoeuropeos —incluidos los romanos— habían salido un día de su suelo. Tanto halagaban esas ideas al nacionalismo alemán que la opinión de Kossinna fue una especie de dogma apenas contradicho por los arqueólogos teutones durante varias décadas, y fue el caldo de cultivo sobre el que se asentaron los ideales racistas del Nacional Socialismo.

En 1922, cuando la euforia nacionalista alemana estaba en su apogeo, P. Giles que, como británico, era en realidad tan germano como los alemanes, introdujo otra línea de razonamiento que le llevó a una patria originaria diferente. Desde los tiempos de A. Pictet y los primeros pasos firmes de la Arqueología Lingüística se había constatado que nuestros ancestros indoeuropeos habían conocido y practicado la ganadería. Y algunos habían opinado que la indoeuropea había sido una sociedad de pastores nómadas. En ello ha-

bía un error de apreciación, fruto de un cierto razonamiento circular. Que los indoeuropeos conocían la ganadería puede tenerse por asegurado gracias a la Arqueología Lingüística. Pero de ahí no se infiere inevitablemente que fueran pastores nómadas, ya que podían haber sido perfectamente ganaderos sedentarios. Los que pensaban en una sociedad nómada lo hacían desde el presupuesto de que la patria originaria hubiera estado en Asia, inducidos por el modelo de las tribus de mongoles nómadas. Pero Giles hizo ver que la Arqueología Lingüística demostraba igualmente que la sociedad indoeuropea fue también agrícola. Bien es verdad que un cierto tipo de agricultura es compatible con el nomadismo. Pero hay otros diversos indicios que llevan a pensar que la sociedad indoeuropea no era nómada. En efecto, existen palabras para designar «casa» , «aldea», «ciudadela fortificada» que revelan un asentamiento estable, mientras que ningún indicio hay en el vocabulario indoeuropeo que revele nomadismo.

P. Giles pensaba que nuestros antepasados indoeuropeos habían sido agricultores y ganaderos sedentarios. Y esos dos rasgos podían ayudar a establecer el emplazamiento del hogar ancestral, que debía ser apto para ambas actividades: debía ser lo suficientemente llano para permitir la agricultura con los medios rudimentarios de la época, y disponer de abundantes pastos.

Ambos requisitos creyó Giles encontrarlos en Hungría, en las llanuras de Panonia, ubicación que proporcionaba a la vez la explicación de la facilidad migratoria que revela la difusión indoeuropea por Eurasia. Habría sido el Danubio la ruta seguida en sus desplazamientos.

Muchos años después, en 1960, P. Bosch-Gimpera, arqueólogo español exiliado tras la Guerra Civil, defendió el emplazamiento danubiano-centroeuropeo con argumentos de naturaleza arqueológica. Y de la misma opinión se mostró el lingüista G. Devoto en 1962.

Ésos son casi los últimos defensores del emplazamiento europeo del hogar ancestral de nuestros antepasados. En los últimos años ha habido nuevas propuestas, algunas muy convincentemente diseñadas. Pero todas ellas buscan la patria originaria en otros rincones de Eurasia, excepto alguna que vuelve a apuntar hacia la región Báltica, si bien con argumentos de índole muy diferente de los utilizados previamente, que valoraré en un próximo capítulo.

2. ASIA Y LAS ESTEPAS DEL SUR DE RUSIA

Dejando a un lado los tanteos iniciales carentes de cualquier fundamento que situaban la cuna de los indoeuropeos en la India o en otras regiones de Asia, como Bactria o el Asia Central, puede decirse que fue A. Pictet el primero que intentó hallar fundamento científico a la ubicación asiática.

Los argumentos con que Pictet intentó demostrarlo fueron de naturaleza arqueo-lingüistica, método que, como ya he dicho, él fue el primero en emplear de forma sistemática. Pero en su utilización había un error de método que invalida la mayoría de sus conclusiones. En efecto, él partía de la convicción apriorística de que el sánscrito era la lengua más antigua. Y por consiguiente, en todas las discrepancias que encontraba entre el sánscrito y las lenguas de Europa, en lo que se refiere al léxico para designar la flora y la fauna, consideraba que era el sánscrito el que conservaba la situación indoeuropea. Y el resultado ya puede imaginarse. La fauna y la flora que él atribuía a la patria originaria coincidía exactamente con la asiática, por lo que también él ubicó la patria originaria en Bactria.

Con Pictet se inaugura también la tendencia a idealizar a nuestros antepasados indoeuropeos, que habrían sido un pueblo «privilegiado entre todos los pueblos por la calidad de su sangre y por los dones de su inteligencia». Esa ingenua tendencia a la idealización hizo que años más tarde Cuno ironizara acusando a sus colegas de estar buscando el paraíso terrenal, más que la patria originaria. Pero a pesar de esas y otras críticas, la insistencia en la supuesta bondad de la sangre y en los dones de la inteligencia comenzaron a engendrar el mito de la superioridad de la raza aria.

El lugar llamado a convertirse en el más firme candidato asiático a ser la cuna de los indoeuropeos son las estepas del sur de Rusia. Y fue O. Schrader quien la propuso por vez primera en los últimos años del siglo pasado con argumentos exclusivamente lingüísticos, si bien utilizados con más cautela que sus predecesores y como criterio más bien negativo que positivo.

Ya he dicho que cualquier solución que se ofrezca al problema indoeuropeo deberá contar a la vez con argumentación lingüística y arqueológica. Pues bien, a la hipótesis del sur de Rusia le faltaban por completo argumentos arqueológicos. Y Schrader lo sabía. Y lo que es peor, algunos lingüistas estimaron que tampoco satisfacía las exigencias lingüísticas. En efecto —le objetaron algunos contemporáneos—, las estepas del sur de Rusia carecen de hayas, sauces, robles y abedules, árboles que, de acuerdo con la Arqueología Lingüística, caracterizan la flora del hábitat originario de los indoeuropeos. E igualmente carecen de osos, tortugas, salmones y anguilas, que integran su fauna.

Veinte años después de los trabajos de Schrader, las estepas del sur de Rusia tuvieron un nuevo defensor en la persona de S. Feist, otro lingüista que se esforzó en mitigar el rigor de los argumentos arqueo-lingüísticos contra ese emplazamiento. Pero el apoyo arqueológico seguía faltando.

En 1926 apareció un libro importante en la historia del problema indoeuropeo: *The Aryans,* del australiano Childe. Vere Gordon Childe había nacido en Sidney en 1892, casi a la vez que, por obra de Schrader, veía la primera luz la hipótesis de las estepas del sur de Rusia. Formado en Oxford, se inició en el tra-

bajo arqueológico de la mano de Arthur Evans, el descubridor de la civilización minoica de Creta, y llegó a convertirse en un clásico de la prehistoria europea.

Childe es uno de los pocos estudiosos del problema indoeuropeo que dominaron simultáneamente las dos disciplinas implicadas: Lingüística y Arqueología. Y, aunque su dedicación profesional fue permanentemente prehistórica y arqueológica, otorgaba enorme relevancia a la Lingüística. Hasta el punto de que el material arqueológico utilizado en su razonamiento es más bien escaso. Con criterios arqueo-lingüísticos creyó poder determinar que la ganadería la habían practicado en su prehistoria la totalidad de las ramas de la familia indoeuropea, mientras que la agricultura tan sólo los pueblos de emplazamiento europeo. De lo que dedujo que el pueblo indoeuropeo originario no había conocido la agricultura; y había sido ganadero sedentario, no nómada. Y, en conjunto, creyó que la cultura indoeuropea no casaba con lo que se sabía de las culturas de la cuenca del Danubio, donde habitó un pueblo sedentario, agrícola, pacífico, poco dado a guerras e incursiones armadas; conquistado más que conquistador; y adorador de una diosa madre que nunca existió en el panteón indoeuropeo. Pero el argumento arqueológico en favor de las estepas del sur de Rusia estaba todavía por aportar.

Una arqueóloga lituana de nacimiento, alemana de formación académica y norteamericana de adopción, Marija Gimbutas, se encargó de encontrarlo. M. Gimbutas, a partir de su primer trabajo sobre el tema en 1960, ha sido la gran protagonista de estas investigaciones. Y gracias a ella el emplazamiento de la patria originaria en las estepas del sur de Rusia ha gozado entre los lingüistas de una aceptación tan generalizada que parecía llevar camino de convertirse en opinión unánimemente aceptada. Pero ¡ay! nada parece resultar en este tema definitivo y, como luego veremos, los últimos años han visto aparecer nuevos argumentos que han llevado a algunos investigadores por otros caminos.

Uno de los grandes atractivos de las tesis de M. Gimbutas es que no se limita a proponer un lugar como patria originaria de los indoeuropeos. Además, y siempre con argumentos arqueológicos de primera mano, encuentra restos de la cultura material y el hábitat que se corresponden ampliamente con lo que nos enseña la Arqueología Lingüística; asigna una cronología absoluta al pueblo originario; establece toda una historia de las migraciones de los indoeuropeos por Europa y Asia; y describe el estado cultural en que se encontraban los primitivos habitantes de Europa antes de la llegada de los indoeuropeos. Como, a pesar de las hipótesis más recientes a que luego aludiré, ésta me parece la alternativa mejor fundada, la expondré con algún detalle.

M. Gimbutas propone las estepas del sur de Rusia como el hogar ancestral de los indoeuropeos. Como arqueóloga, excavó en esa zona yacimientos correspondientes a la *Cultura de los túmulos,* que ella ha preferido llamar *Cultura de los kurganes,* utilizando el término eslavo.

La Cultura de los kurganes se desarrolló desde el V milenio a. C. y manifestó una acusada tendencia expansiva que se tradujo en varios movimientos migratorios de su población, constatables arqueológicamente, que se pueden situar en tres momentos sucesivos. Ya en el V milenio tuvo lugar una primera expansión que se sitúa entre 4400 y 4200 a. C. y alcanzó a Europa en las zonas danubiana y balcánica. La zona danubiana-centroeuropea, que para otros investigadores habría sido la patria originaria, se revela así como tempranamente alcanzada por los indoeuropeos, pero no como el hogar ancestral.

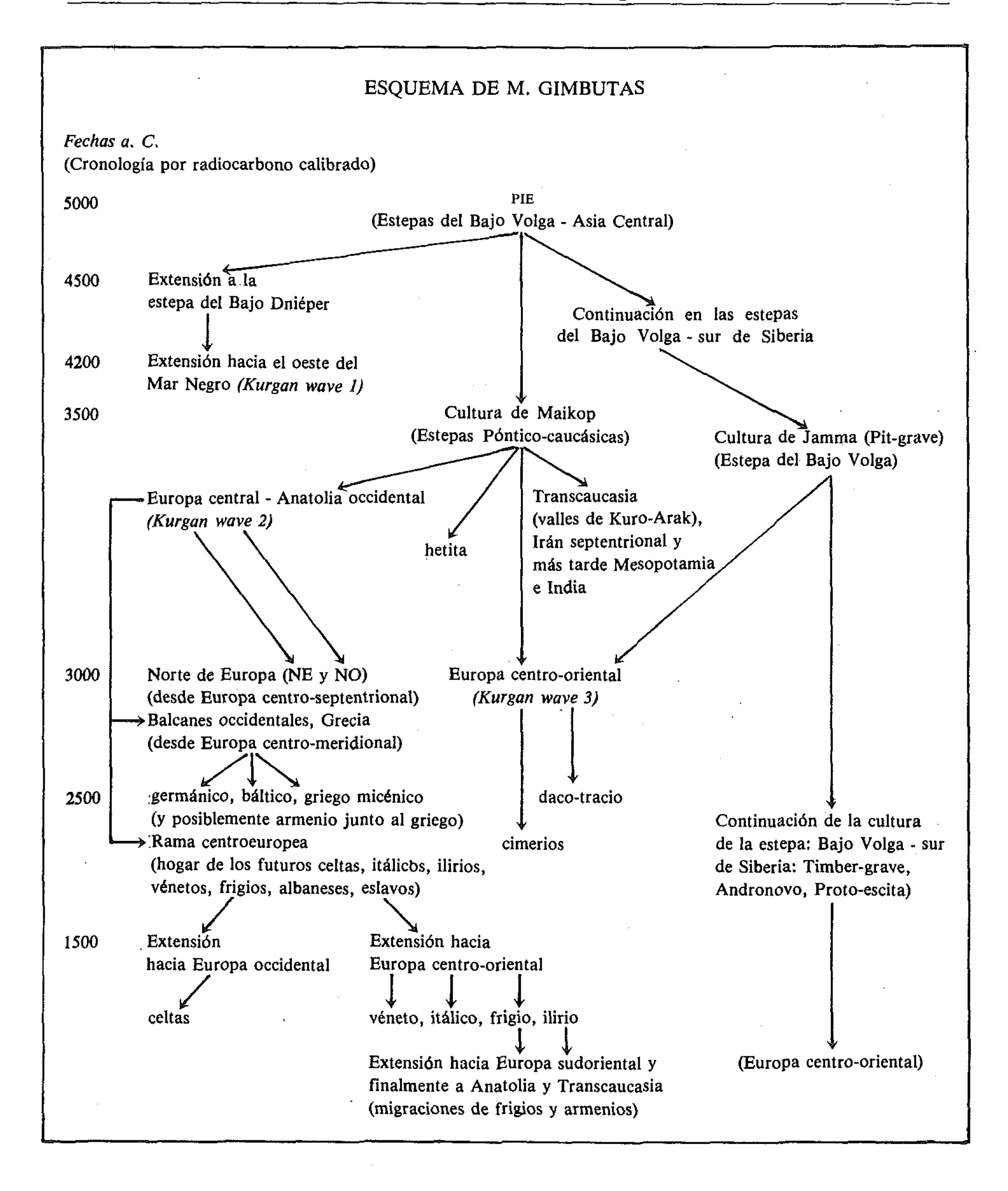
En el milenio siguiente se produjeron nuevos movimientos expansivos en diferentes direcciones. Entre 3500 y 3000 elementos de los kurganes penetraron en Transcaucasia, Irán y parte de Anatolia. Casi simultánemente —entre 3400 y 3200— tuvo lugar una segunda penetración en Europa central.

Finalmente, en el III milenio (entre 3000 y 2800) tuvo lugar una penetración hacia el Egeo y el Adriático y tal vez también hasta Egipto y Palestina, aunque ello no supuso una indoeuropeización permanente de estos dos últimos territorios.

La gente de los kurganes llevaba una vida seminómada. Conocía desde luego los poblados y era capaz de establecer alturas fortificadas, que aparecen de hecho en varios puntos de sus zonas de expansión. Pero ordinariamente vivían en casas semisubterráneas, de estructura y construcción muy sencilla, que eran abandonadas con suma facilidad, para volverlas a construir en otro lugar. Debían ser aquéllas unas condiciones de vida y una movilidad muy parecida a la que milenios después exhiben los herederos históricos de las estepas: escitas, sakas y sármatas, aunque sin la velocidad y la agilidad de movimiento que la monta a lomos del caballo proporcionó a esas gentes desde mediados del II milenio a. C.

Quiero recalcar que esa condición seminómada les permitiría cambiar con facilidad de territorio y desplazarse a largas distancias. Por lo que, sin negar que las oleadas señaladas por M. Gimbutas debieron ser momentos de movilidad particularmente acusada, hay que suponer que el proceso de penetración de Europa (y de otros lugares como Asia Menor y el Irán) debió ser un goteo casi ininterrumpido, jalonado por momentos de verdaderas avalanchas, que son los que de ordinario pueden ser detectados por la Arqueología.

La indoeuropeización de Europa es, por lo tanto, el resultado de un proceso que duró milenios y está constituido por una maraña inextricable de movimientos de población, de avances y retrocesos de lenguas. Europa es el resultado de una intensa hibridación y mestizaje de razas, lenguas y culturas. Y en esas condiciones resulta difícil establecer de manera precisa qué lenguas y qué pueblos indoeuropeos históricos proceden de cada una de aquellas grandes expansiones. Pero algunas líneas generales sí pueden ser trazadas.



Probablemente ninguna lengua indoeuropea histórica puede considerarse heredera directa de aquella primera expansión del V milenio. Verosímilmente las lenguas que de ella resultaran en su momento fueron luego sumergidas por las nuevas poblaciones indoeuropeas que se fueron incorporando a Europa a lo largo de los dos milenios siguientes.

Los pueblos históricos de Europa, que conocemos ya con nombres y apellidos (germanos, celtas, bálticos, eslavos, ilirios, latinos...) son probablemente

herederos de penetraciones más recientes, quizás de las que detecta M. Gimbutas en el IV milenio o quién sabe si, al menos en parte, de otras menores más recientes y no detectadas.

El norte de Alemania y Escandinavia fueron a su vez indoeuropeizados secundariamente por los grupos centroeuropeos. Y fue en ese proceso donde coincidieron por vez primera los rasgos físicos de los cabellos rubios y los ojos azules con los lingüísticos de la indoeuropeidad. No es que los indoeuropeos ancestrales fueran rubios. La rubicundez fue un rasgo físico de las poblaciones preindoeuropeas del norte de Europa, cuya indoeuropeización fue parcial, ya que afectó a los grupos de población de que descienden germanos y celtas, pero no a los antepasados de los actuales finlandeses que nunca llegaron a adoptar una lengua indoeuropea.

No parece arriesgado pensar que las lenguas anatolias proceden de expansiones a través del Caúcaso. La principal de ellas la detecta M. Gimbutas a mediados del IV milenio. Pero, dada la proximidad de ambas zonas, hay que pensar en frecuentes filtraciones menores no necesariamente detectables por la Arqueología.

Probablemente haya que identificar el germen de los futuros griegos con la expansión hacia el Egeo detectable en III a. C. Pero de todo esto hablaré más detenidamente hacia el final del libro, cuando hayamos incorporado nuevos y diferentes argumentos de naturaleza lingüística.

La Arqueología ha desenterrado en las estepas del sur de Rusia una cultura, la de los kurganes, que cuenta con la mayoría de los elementos que la Arqueología Lingüística considera característicos del hogar ancestral. La economía de los kurganes se basaba preponderantemente en la ganadería, aunque hay una cierta actividad agrícola de importancia menor. En los yacimientos arqueológicos excavados se encuentran restos de ovejas, vacas, caballos y cerdos. Para todos ellos existen palabras comunes en nuestra familia lingüística, que revelan que efectivamente tales animales pertenecían a la economía indoeuropea. Y el polen de los yacimientos revela la existencia, en aquel hábitat y en la época de la cultura de los kurganes, de robles, abedules, abetos, saúcos, olmos, álamos, hayas y sauces. Todos ellos tienen también nombre ancestral y su presencia en la patria originaria era una exigencia de la Arqueología Lingüística.

«Oveja» se decía en la lengua de nuestros antepasados indoeuropeos **owis*, que permanece en sánscrito como *ávis,* en griego como οἶς, en irlandés como *ōi,* en lituano *avìs;* en eslavo se ha impuesto una forma de diminutivo: *ovĭ-ca* (búlgaro antiguo). En latín se decía exactamente igual que en indoeuropeo: *ovis.* Pero nuestra forma castellana *oveja* procede también de un diminutivo: *ovicula.* En las lenguas germánicas la palabra indoeuropea **owis,* en su utilización ordinaria para «oveja» ha sido reemplazada por otra de origen des-

conocido: **shæpa*, de la que derivan el inglés *sheep* y el alemán *Schaf*. Pero la palabra antigua ha subsistido en usos marginales, como por ejemplo en gótico *awistr* («corral para ovejas»), o inglés *ewe* «hembra de oveja». El testimonio de las lenguas anatolias (luvita *ḫawi-* «oveja» y licio *χawã* [acus.] «id.»), así como del armenio *hoviw* «pastor» nos permite recuperar una forma aún más antigua de esta palabra que, un tanto convencionalmente podríamos representar como *H_3owis*.

Para «vaca» tenían los indoeuropeos la palabra **g^w^ōus*, conservada en sánscrito *gáus*, griego βοῦς (del que deriva, por ejemplo, nuestro *bucólico)*, irlandés antiguo *bó*, letón *gùovs*, tocario *kau* y, entre las lenguas germánicas, inglés *cow*. En esta ocasión el español, aunque conserva la palabra antigua en usos marginales (generalmente cultismos) como *bovino*, en el uso ordinario la ha substituido por *vaca*, que existía en latín *(vacca)* y que debe remontar igualmente a la lengua indoeuropea, ya que tiene también un paralelo en sánscrito *vaśā́* «vaca». No sabemos con precisión si ambos eran términos sinónimos en indoeuropeo o tenían significado diferenciado (por ejemplo «vaca»/«novilla», o algo similar). De lo único que podemos estar seguros es de que no se trataba de palabras diferentes para distinguir el macho de la hembra porque los indoeuropeos no solían distinguir con dos palabras diferentes los sexos de sus animales domésticos.

El caballo es un animal importante en la historia de los indoeuropeos, como explicaré más adelante. Naturalmente no podía faltar una palabra común para designarlo (aunque presente ciertos problemas fonéticos de detalle): **ekwos*. Se conserva esa palabra en sánscrito *áśvas*, en griego ἵππος, irlandés antiguo *ech*, latín *equus*. Las lenguas románicas y germánicas han substituido la antigua palabra por las correspondientes innovaciones. La palabra inglesa *horse* y su correlato alemán *Ross* derivan de una forma común a todas las lenguas germánicas, pero de origen desconocido: **χorsaz*. Y nuestro *caballo* es heredero del latín *caballus*, cuyo origen también ignoramos. Sin embargo, nuestro término para la «hembra», *yegua* (< *equa*), conserva testimonio de la palabra ancestral.

Cuando de una de estas palabras que designan animales, plantas u otros elementos del hábitat decimos que es «de origen desconocido» queremos indicar que no sabemos de qué lengua concreta procede específicamente. Pero tenemos una idea genérica. Tales palabras suelen proceder de lo que los lingüistas llamamos *substrato*, término con el que designamos las lenguas de las poblaciones autóctonas (preindoeuropeas en nuestro caso) que fueron sometidas por los indoeuropeos y se vieron en la necesidad de aprender la lengua de sus conquistadores. Esas lenguas de substrato terminaron por desaparecer, pero no sin dejar algunas huellas en forma de palabras, y eventualmente otros elementos, incorporados a las lenguas colonizadoras.

Pero sigamos con los animales domésticos indoeuropeos. Para «cerdo» hay también dos palabras: **porkos,* que se encuentra en iranio (kurdo *purs,* kotanés *pasa),* en lituano *paršas,* en búlgaro antiguo *prasę,* en irlandés *orc;* en una lengua indoeuropea prerromana de la Península Ibérica ubicada en Lusitania tenemos *porcom;* y en castellano *puerco,* heredado a través del latín *porcus.* La otra es **sūs,* presente en iranio (avéstico) *hū,* griego ὗς, alemán *Sau* «cerda, porcino hembra», y latín *sūs.* Sobre la posible diferencia de significación entre ambas, volveré más abajo.

Sin duda conocieron los indoeuropeos la ayuda del perro domesticado en su actividad de ganaderos. Naturalmente, carecemos de indicios para saber sus variedades o razas. La palabra común es **kwṓn,* presente en sánscrito *śvā́(n),* en armenio *šun,* en griego κύων, en irlandés antiguo *cu,* en lituano *šuõ(n),* alemán *Hund* y latín (aunque con problemas en el detalle fonético) *canis.* En inglés antiguo se conservaba todavía la palabra ancestral *hound* en su valor apelativo heredado. Pero el inglés moderno la ha substituido en esa función por *dog,* probablemente en su origen designación de un tipo o raza concreta de perros. Del inglés *dog* deriva por préstamo, nuestra palabra *dogo.*

Finalmente, el vocabulario indoeuropeo conocía un término genérico para «ganado»: **peku,* que encontramos en sánscrito *páśu,* lituano *pekus,* gótico *faíhu,* alemán *Vieh,* latín *pecū* del que deriva *pecunia* «dinero» y *peculio.*

En los yacimientos arqueológicos de la Cultura de los kurganes han aparecido también huesos de animales salvajes utilizados como alimento. Por lo que se ve nuestros antepasados indoeuropeos —como durante tantas épocas ha hecho el hombre— practicaron la caza para complemento cárnico de los animales de cría. Los principales son el toro salvaje (auroch), alce, jabalí, caballo salvaje, oso, lobo, zorro, castor, tejón, ardilla, serpientes y ranas. De la mayoría de ellos existe palabra común. Algunas ya las he mencionado al hablar de los domésticos, por ejemplo el caballo, para el que no hay dos palabras distintas según se trate del salvaje o del doméstico.

Sí hay, en cambio, una segunda palabra para el cerdo salvaje o jabalí. O al menos ésa es una de las posibles interpretaciones de los dos términos indoeuropeos para el porcino. El uno es **porkos.* El otro es **sūs.* En general se entiende que éste último designaba al jabalí, y el primero al cerdo doméstico. Aunque algunos piensan que **porkos* significaría «cochinillo, cría del cerdo» y **sūs* «cerdo adulto».

Para el toro salvaje los indoeuropeos utilizaron la palabra **tauros,* que está representada en las lenguas históricas por griego ταῦρος; latín *taurus,* del que deriva nuestra palabra *toro;* lituano *taũris* aplicado al bisonte; búlgaro antiguo *turŭ;* celta (galo) *tarvos;* etc. Algunos pueblos indoeuropeos utilizaron esta palabra como nombre propio de persona, bien para sugerir en su portador la fuerza del animal, bien por razones totémicas, pues el toro es un animal sagra-

do entre pueblos diversos. Así sucedía, por ejemplo, en la cultura cretense y entre las poblaciones célticas que había en la Península Ibérica antes de la llegada de los romanos. En la Península Ibérica confluyeron quizá dos corrientes de adoración al toro de orígenes diferentes. La una protagonizada por los celtas. Y la otra de entronque mediterráneo, preindoeuropeo, relacionado con la cultura neolítica y los ritos agrícolas de fecundación de la tierra. Y quizás a ello se debe el arraigo popular y la tenacidad con que han sobrevivido a la cristianización los cultos paganos del toro, todavía hoy presentes en casi toda la geografía peninsular en múltiples fiestas que van desde las corridas de toros oficiales, hasta el toro de fuego y numerosos otros juegos y celebraciones locales. Lo que aquellos antepasados nuestros encontraban admirable en el toro era su fuerza, su potencia sexual, su fecundidad. Y ese rasgo ha dado lugar precisamente al nombre de este animal que ha substituido al viejo término indoeuropeo en las lenguas germánicas: inglés *bull,* alemán *Bulle,* holandés *bul* derivan de la raíz indoeuropea **bhel-* «hincharse», de la que con formación muy similar deriva también nuestra palabra *falo* (préstamo culto del griego φαλλός). Sin embargo, hay sospechas de que el nombre indoeuropeo de este animal, el ya citado **tauros,* pudiera no ser una palabra genuinamente indoeuropea, sino un préstamo incorporado desde las lenguas semíticas —lo que, de ser cierto, no dejaría de tener significación para establecer el emplazamiento de la patria originaria, al menos en opinión de algunos especialistas, como luego veremos—.

La palabra para «oso» tiene también algunos problemas. Suele decirse que en indoeuropeo era **ŕ̥kþos.* Pero históricamente ese término falta en muchas lenguas. Sus principales testimonios son sánscrito *ŕ̥kṣas,* armenio *arǰ,* griego ἄρκτος, albanés *ari,* irlandés *art* y latín *ursus,* de donde deriva nuestro *oso.* A pesar de que la palabra falta en muchos e importantes grupos como el germánico, el báltico y el eslavo, no puede ponerse en duda su ascendencia indoeuropea al estar testimoniada en ambos extremos —oriental y occidental— del conjunto de las lenguas indoeuropeas. La explicación de su ausencia en tantas lenguas hay que buscarla por otros derroteros. También entre los indoeuropeos era el oso un animal sagrado, totémico, cuya figura inspiraba respeto y temor, hasta el punto de que incluso se evitaba pronunciar su nombre. Ese tipo de comportamiento nos es conocido en otros ámbitos religiosos y culturales. Los judíos, por ejemplo, evitaban pronunciar el nombre de su dios, que terminaron substituyendo por una perífrasis: *Yaveh* «el que es». El carácter sagrado del oso entre los indoeuropeos se ha conservado hasta épocas históricas en algunos pueblos. Entre los celtas de las Galias existía una diosa «osa» de la que ha dejado testimonio una inscripción latina *Deae Artioni* «a la diosa osa». Pues bien, entre los indoeuropeos existió la tendencia a evitar el nombre del oso. Y conocemos incluso la perífrasis —o, mejor, una de las perífrasis— con que se substituía: consistía en una palabra compuesta, que entre los indoeuropeos

eran frecuentes, con el significado de «el comedor de miel». En sánscrito se ha conservado tanto el nombre que ya he citado, como la perífrasis: *madhvád.* Entre los eslavos la tendencia a evitar el nombre del animal debió convertirse en una completa prohibición, de forma que el nombre se perdió y sólo subsistió la perífrasis: *medv-ědĭ,* «el comedor de miel». Por razones similares debió ser substituida la vieja palabra indoeuropea del «oso» en las lenguas germánicas, donde inglés *bear* y alemán *Bär* derivan de un adjetivo indoeuropeo de color, **bheros* «castaño, pardo», que se aplicaba a diversos animales con ese color de pelaje. Por el contrario, el nombre indoeuropeo del oso se encuentra en vasco *hartz* «oso», a pesar de que el vasco, como es sabido, no es una lengua indoeuropea. Igualmente se encuentra como nombre propio de persona —*Harsus*— en la Aquitania prerromana que, según sabemos hoy, estaba poblada por antepasados de los vascos y hablaban una lengua que podemos llamar simplemente vasco antiguo. En vasco debió entrar esa palabra como préstamo de las lenguas celtas por las que estaba rodeado tanto en las Galias como en Hispania.

Para el lobo es difícil determinar la forma exacta de la palabra ancestral, aunque suele representarse como **wl̥kʷos.* Históricamente hay: sánscrito *vŕ̥kas,* lituano *vil̃kas,* eslavo antiguo *vlĭkŭ,* irlandés antiguo *olc,* albanés *ulk,* inglés *wolf,* alemán *Wolf,* griego λύκος y latín *lupus* (de donde nuestro español *lobo).* Todos estos animales de los que nuestros antepasados se alimentaban o con los que se veían obligados a competir para alimentarse solían tener —con uno u otro matiz— carácter totémico o religioso. Concretamente, el lobo debía ser admirado por su fiereza, su ordenada jerarquía social, su disciplina de manada. Y el nombre del lobo lo utilizaron con frecuencia como antropónimo. Entre otros tenemos los nombres *Ulcudius* y *Ulcirus* entre los ilirios, *Olcán* entre los irlandeses, *Lovernios* entre los celtas de las Galias, *Ulpius* y *Lupius* entre los romanos. Pero en un pueblo ganadero como era el indoeuropeo, la imagen del lobo también debió estar asociada al robo y a los destrozos que provoca en las manadas. Y su forma de actuar silenciosa y nocturna hizo que se lo asimilara a algo misterioso y perverso. Así lo atestiguan dos lenguas ubicadas en el extremo oriental y occidental del mundo indoeuropeo, en las que la palabra para el lobo ha pasado a designar esos conceptos: en sánscrito *vr̥kāyús* es un adjetivo que significa «perverso, que se regodea en el crimen»; y en irlandés *olc,* como adjetivo, tiene aproximadamente el mismo significado y, como substantivo, designa simplemente «el Mal». Por otra parte, debió existir entre los indoeuropeos una frase hecha, algo así como «te has convertido en lobo». Aunque desconocemos el sentido exacto de su empleo, sin duda aludía a una conducta reprobable. Ecos de esa frase podrían encontrarse históricamente en hetita, armenio, griego y germánico.

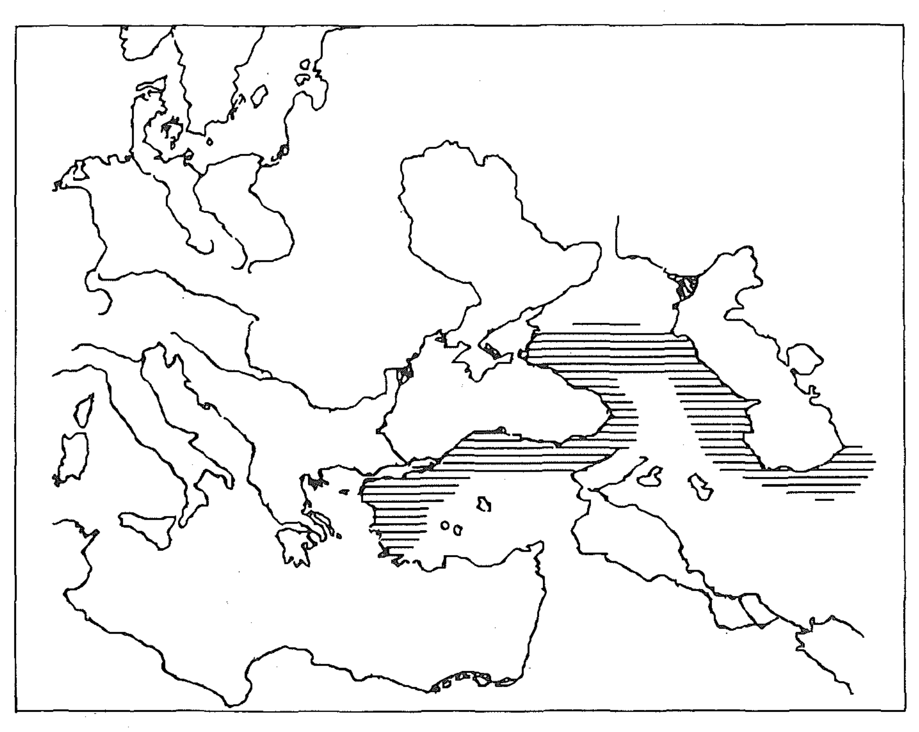
Otro importante animal con nombre indoeuropeo conocido es el «ciervo». Para éste parecen haber existido dos términos alternativos **elen-* y **kerəwos.*

Tanto el uno como el otro son adjetivos que aluden a rasgos físicos del animal. Probablemente el verdadero nombre antiguo se ha perdido por haberse llegado a convertir en tabú, como sucede con frecuencia con los animales salvajes que el hombre cazaba. La substitución por estas designaciones alternativas para el ciervo parece haber estado muy avanzada en la lengua ancestral. El primero de ellos es un adjetivo de color que significaría «el rojo, el rubio». Se encuentra por ejemplo en alemán *Elentier* y en inglés *elk* «alce». Por cierto, nuestra palabra *alce,* que en primera instancia deriva del latín *alx* (acusativo *alcem),* entró en la lengua de Roma desde algún dialecto germánico antiguo, de forma que César la menciona ya en *La Guerra de las Galias* como palabra germánica. En cuanto al segundo, en realidad se trata de una adjetivo que significa «cornado» y tiene un lejano parentesco con diversas palabras aparentemente muy distintas, como *cerviz, cerebro, cara, cárabo* y *cuerno.* Debió aplicarse a diferentes animales provistos de cornamenta. En las lenguas históricas hay κεραός en griego, que conserva el viejo sentido de «provisto de cuernos»; en la antigua lengua de Prusia (báltico) hay *sirvis* con el significado de «corzo». De los prusianos tomaron esta palabra los fineses, entre quienes *hirvi* significa «ciervo». En las lenguas eslavas y en alguna báltica el término presenta históricamente el sentido de «vaca», como en ruso *koróva,* y polaco *krowa.* En las lenguas célticas está bien representado en galés *carw,* córnico *carow* y bretón *karo,* todos ellos con el significado de «ciervo». Y celta es el topónimo *Karavanken* con el que se conoce una región alpina de Yugoslavia en su frontera con Austria, que probablemente pareció a los pobladores celtas de la antigüedad particularmente rica en estos animales. En latín la palabra evolucionó hasta dar *cervus,* de la que deriva nuestro castellano *ciervo.* Del nombre del ciervo deriva igualmente nuestra palabra *cerveza,* que entró en latín como *cervēsia* (y *cerevīsia)* a través de las Galias. Designaba originariamente a la cerveza por su color rubio, que debía evocar a los galos el color del ciervo.

De entre los árboles cuya coexistencia con la Cultura de los kurganes en las estepas rusas ha demostrado la Arqueología gracias al hallazgo de su polen, el haya tiene un valor casi emblemático. Ya vimos más arriba que Penka y otros partidarios del emplazamiento norte-europeo utilizaron el argumento del haya para descartar las estepas y otros lugares asiáticos, y para abonar su tesis europea. Desde luego, el hallazgo de su polen parece zanjar la cuestión. Pero, en realidad, ni siquiera eso era imprescindible. Al parecer Penka y sus seguidores no se percataban de algo muy simple, que la flora y la fauna actual en una región determinada no tiene por qué ser idéntica a la existente allí mismo hace seis o siete mil años. Los episodios de extinciones locales de especies por cambio de clima o diversas otras causas son bien conocidos. De modo que la inexistencia actual de hayas y salmones en las estepas del sur de Rusia, aun de ser cierta, nada demostraría sobre la etapa indoeuropea. Pero es que, además,

parece no serlo. En efecto, existen dos especies del género *fagus: fagus silvatica* y *fagus orientalis,* muy parecidas entre sí. Y la limitación de la presencia del haya a Europa se refiere a *fagus silvatica,* porque la otra *—fagus orientalis—* recibe su nombre precisamente por el hecho de que su hábitat natural son las regiones ribereñas de los mares Negro y Caspio y el Cáucaso, de cuya población arbórea ella sola constituye una cuarta parte. Por lo demás sabemos por el polen de los yacimientos excavados en la zona que su presencia en el Cáucaso está asegurada desde la era Terciaria.

Por otra parte, para **bhāgós,* la palabra indoeuropea del «haya» cuyos testimonios históricos he dado más arriba, se ha propuesto una curiosa etimología. Sería un derivado de la raíz **bhag-* «comer» (recuérdese por ejemplo



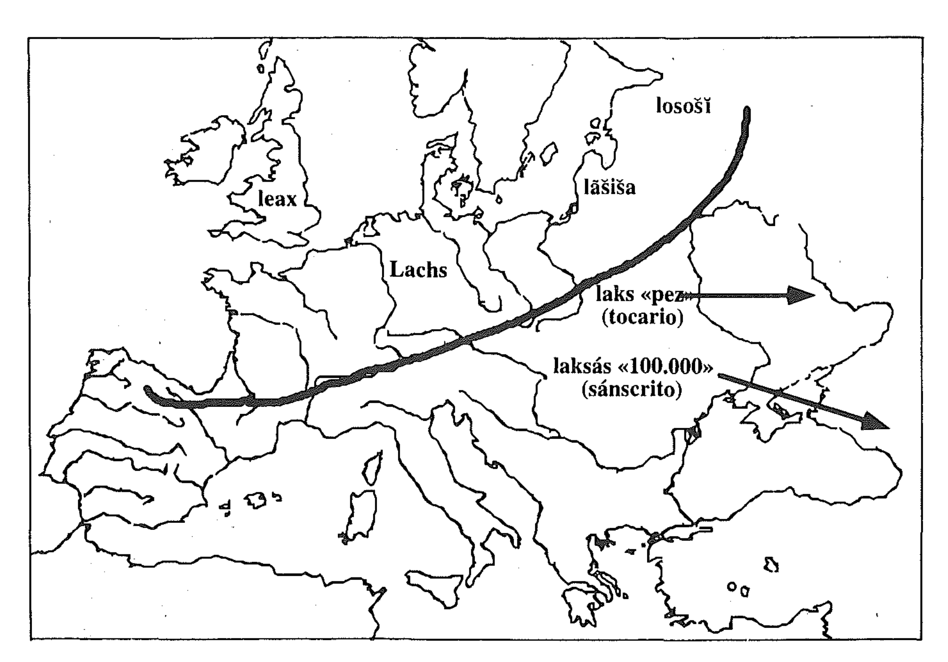
Zona de implantación de la variedad oriental del haya *(Fagus orientalis)*

el cultismo *antropó-fago),* lo que no tiene nada de inverosímil. El haya produce una especie de fruto, el hayuco, que puede haber servido de alimento a nuestros antepasados antes de la difusión de la agricultura y los cereales. De ser cierta esa etimología, puede pensarse que la designación de este árbol mediante un término que alude a la comestibilidad de sus frutos coloca el argumento del haya bajo una luz distinta: es posible que *bhāgós* no se aplicara sólo al haya sino a varios árboles de fruto comestible y que el término se haya apli-

cado luego a la especie que cada pueblo encontró en sus emplazamientos históricos.

Un razonamiento similar al del haya se había utilizado, también en favor del emplazamiento europeo de la patria originaria, a propósito de la palabra para «salmón». En las lenguas germánicas (alemán *Lachs*, inglés antiguo *leax),* en báltico (lituano *lãšiša)* y eslavo (ruso *lososĭ)* encontramos una palabra para ese pez que remonta a un prototipo prehistórico **laksos* que, si se considera perteneciente al vocabulario común, implicaría la existencia de ese animal entre la fauna del hábitat indoeuropeo. Eso favorecía su emplazamiento en el norte de Europa, donde abundan los ríos salmoníferos y militaba contra el emplazamiento asiático en general y en las estepas en particular donde, se decía, ese pez es desconocido.

Sin embargo, la palabra **laksos* falta en latín y celta, por una parte, y por otra en indio e iranio. Eso permitía invertir todo el razonamiento: la escasa difusión dialectal de esa palabra podría deberse a que en realidad los indoeuropeos no tuvieron término para el salmón y **laksos* podría haberse incorporado secundariamente al léxico de las lenguas asentadas en zonas salmoneras (germánico, báltico, eslavo) como préstamo tomado de quién sabe qué lengua de substrato. Y a esa explicación se atuvieron quienes defendían posiciones contrarias al emplazamiento norte-europeo. Ese razonamiento era estrictamen-



Línea divisoria de la presencia en Eurasia del salmón atlántico *(salmo salar).* Presencia del término indoeuropeo para «salmón» *(*laksos)* con ese significado en las lenguas de la zona salmonera y con otros significados fuera de ella

te lingüístico, y los arqueólogos Penka y Kossinna no se mostraron sensibles a él. Y creyeron encontrar una salida insistiendo en que la palabra **laksos* sería genuinamente indoeuropea, pero los pueblos indoeuropeos que emigraron a regiones fuera de la zona salmonera del norte de Europa la habrían perdido.

Cuando a principios de siglo se descubrió el tocario, resultó que tenía esa palabra *(laks)* con el significado genérico de «pez». Y como el tocario está históricamente asentado fuera de las zonas salmoneras del norte de Europa, pareció por un momento que iban a tener razón Kossinna y sus adeptos.

Pero todo el sentido de este argumento vino a cambiar con dos constataciones. La primera, aducida por P. Thieme en 1953, parecía reforzar aún más las tesis de Kossinna. Se dio cuenta Thieme de que en las lenguas de la India había una palabra que sonaba igual que la del salmón, aunque tenía un significado realmente sorprendente. Se trata de *lakṣás,* que resulta ser en sánscrito el nombre del numeral «100.000». Y a pesar de su significado —opinaba Thieme— podría ser efectivamente la antigua palabra del salmón. Para hacerlo creíble, recordó que en diversas lenguas orientales había precedentes de numerales muy altos representados por animales que se dan en gran número: en los jeroglíficos egipcios 100.000 se representa mediante un renacuajo (lo que casi inevitablemente nos hace pensar en las plagas de Egipto); en chino, el signo para 10.000 era una hormiga; y en iranio la palabra para 10.000 se formaba sobre la raíz de «abeja». Parecía definitivamente demostrado con ello que el término **laksos* «salmón» era indoeuropeo y que, por lo tanto, la patria originaria tenía que haber estado enclavada en una zona salmonera, lo que equivalía a decir en el norte de Europa. Pero esta vez fueron los partidarios de las estepas del sur de Rusia los que no se resignaron, y en 1957, R. A. Crossland demostró que se había detectado la presencia de salmones a menos de 100 kilómetros del Mar Negro. La indoeuropeidad de la palabra del salmón no está, pues, contra la ubicación de la patria originaria en las estepas, porque al menos en los bordes de ese hábitat se ha detectado la presencia de ese pez.

Tomado en su conjunto, que es como la Arqueología Lingüística puede tener alguna fuerza argumental, el vocabulario indoeuropeo parece abonar la idea de que nuestros antepasados vivieron en una región provista de una fauna de tipo septentrional, al contar con palabras comunes para oso, lobo, ciervo, castor, etc., mientras que carece, en general, de términos para los animales característicos de regiones más meridionales: no existen palabras ancestrales para el tigre, el camello, el león y similares. Bien es verdad que los argumentos *ex silentio* tienen en la Arqueología Lingüística un valor muy relativo. Si los empleáramos mecánicamente tendríamos que concluir, por ejemplo, que lo indoeuropeos no tenían manos, porque no conocemos

una palabra común para la mano. Pero en lo que a la fauna se refiere, no se trata aquí de la ausencia o la presencia de una palabra aislada, que podría tener diversas explicaciones. Se trata de la presencia de numerosos términos de la fauna y la flora septentrional junto a la ausencia en conjunto de toda palabra común para fauna o flora meridional. Eso sí tiene un valor indudable.

La Arqueología ha sacado también a la luz otros aspectos materiales de la Cultura de los kurganes que se acomodan bien con lo que la Arqueología Lingüística nos enseña sobre la cultura de nuestros antepasados indoeuropeos. Entre ellos está la agricultura, la existencia de plazas fortificadas y la utilización del carro. Y por otra parte, hay diversos aspectos de la cultura de un pueblo que no dejan huella arqueológica, o que dejando alguna, directa o indirecta, no han resultado útiles para establecer el hogar ancestral. De todos ellos me ocuparé en otro capítulo.

3. ASIA MENOR Y LOS BALCANES

El emplazamiento de la patria originaria en las estepas del sur de Rusia, la identificación de los indoeuropeos con la Cultura de los kurganes y de la indoeuropeización de Europa con su «kurganización» ha disfrutado durante casi dos décadas de un asentimiento generalizado entre los lingüistas, gracias a la confortable coincidencia de los datos arqueológicos suministrados y las exigencias de la Arqueología Lingüística. Pero, un tanto paradójicamente, han sido lingüistas —y con argumentos lingüísticos— los primeros en poner en duda esa doctrina y postular un emplazamiento diferente.

Th. V. Gamkrelidze y V. V. Ivanov, dos estudiosos que suelen realizar sus investigaciones conjuntamente, emitieron en 1980 una hipótesis que —publicada originariamente en la antigua Unión Soviética— no tuvo en un primer momento demasiado eco entre los especialistas occidentales. La Arqueología Lingüística —el deducir rasgos de la cultura o el hábitat ancestral a partir del vocabulario— había caído en un cierto descrédito, en parte como resultado de las críticas teóricas de que había sido objeto, y en parte por un cierto cansancio y escepticismo en el que todos habíamos incurrido, quien más quien menos, ante la disparidad de conclusiones que un mismo material lingüístico podía patrocinar, manejado por unos o por otros. La obra de Gamkrelidze-Ivanov constituye una verdadera reacción ante ese desaliento y se erige en vanguardia del uso más optimista y confiado de ese método.

Basados siempre en el vocabulario supuestamente indoeuropeo, comienzan por pergeñar un retrato robot del hábitat ancestral. En su opinión se trataría de un territorio montañoso, cubierto de encinas y robles, con lagos de

montaña, ríos de rápida corriente, cielos cubiertos, tormentas y ventarrones frecuentes, lluvioso, frío y con copiosas nevadas, pero también con el contraste estacional de veranos calurosos.

Una vez establecidas tales características geográficas y climáticas de la patria originaria, quedan descartadas con toda naturalidad las llanuras de Europa central y las estepas rusas por carecer de grandes cadenas montañosas. Pero el problema está en la razón que asista a esos lingüistas para establecer características tan precisas. Todo el argumento que exhiben para demostrar el carácter montañoso del terreno es que la lengua ancestral disponía de términos para designar «montaña, «cima» y «altura». Los lagos de montaña, por el hecho de que hay palabra para lago. Que las montañas estaban cubiertas de encinas y robles, por el hecho de que ambos árboles cuentan con palabra indoeuropea. Y lo mismo el viento, la lluvia, las tormentas. Con el mismo derecho podría concluirse casi todo lo contrario: que era una amplia llanura, porque la lengua común tenía palabras para «llanura» y para «ancho, abierto»; que estaba cubierta de hayas y abedules, que sus ríos eran de corriente lenta y su clima muy caluroso, aunque con el natural contraste estacional en invierno.

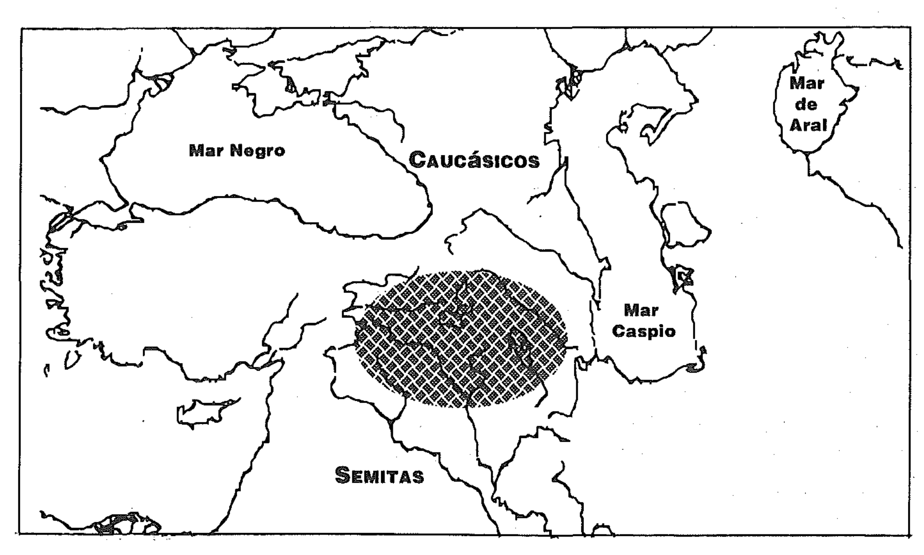
Los sucesivos razonamientos que añaden los autores para ir definiendo la localización de la patria originaria son de la misma naturaleza y cuentan con el mismo fundamento. Particularmente significativa es su determinación de la fauna. A los animales indiscutiblemente indoeuropeos (lobo, oso, ciervo, jabalí, etc.) añaden ellos la pantera, el león, el elefante y el mono. Y de ahí deducen que la fauna indoeuropea es específica de regiones meridionales. Sin embargo no hay ningún fundamento serio para pensar que nuestros antepasados conocieran esos animales ni tuvieran palabras para designarlos.

La palabra para el león, por ejemplo, está solo en griego λέων y latín *leo* (de donde nuestro «león»). Y del latín pasó como préstamo al celta (de donde irlandés antiguo *leon)* y al germánico (de donde inglés *lion* y alemán *Löwe).* A su vez, del germánico pasó al eslavo (ruso *lev)* y al lituano *Levas* (y *liūtas*). Su presencia en griego y latín se tiene normalmente por préstamo de una lengua no identificada. Pero se citan paralelos indiscutibles en hebreo *lābi',* asirio *labbu* y egipcio *labu.*

Aún menos base hay para «elefante» y «marfil». En griego hay ἐλέφας, en latín *ebur,* en sánscrito *íbha-,* que en modo alguno pueden ser derivados de una palabra común indoeuropea. Son, sin duda, también préstamos para los que se citan como fuentes o paralelos, camita *elu* y de ahí a través del egipcio con prefijación del artículo [p-], persa *pīl,* y árabe *fīl.* Las formas germánicas y románicas derivan del latín *elephas,* que es a su vez préstamo del griego. No hay, pues, razón convincente para suponer una fauna meridional en el hábitat indoeuropeo.

No obstante Gamkrelidze-Ivanov establecen sobre esa base que la patria originaria debió estar por debajo de la zona ponto-caucásica comprendida entre los Balcanes y Mesopotamia. Y para precisar el lugar exacto dentro de esa zona acuden a un nuevo argumento lingüístico: los préstamos entre el indoeuropeo y otras familias lingüísticas.

Cuando dos culturas están en contacto es inevitable que se produzcan intercambios entre las respectivas lenguas, que afectan primordialmente al léxico. Esos intercambios, que solemos llamar préstamos, se producen sobre todo, aunque no exclusivamente, desde la cultura superior hacia la inferior. O así lo admiten Gamkrelidze e Ivanov, de acuerdo con la opinión generalizada a partir de Bloomfield, que hoy sin embargo no carece de contestación. De siempre hemos sabido de esos préstamos entre, por ejemplo, el indoeuropeo y el semítico. Pero Gamkrelidze-Ivanov han tenido la ocurrencia de reunir los más significativos entre el indoeuropeo y varias otras familias para con ello buscar el lugar del mapa donde resultaban posibles esos contactos a varias bandas.




Emplazamiento de la patria originaria, según T. V. Gamkrelidze y V. V. Ivanov

En concreto, encuentran relaciones de préstamo del indoeuropeo con el semítico y el kartvélico (Caucásico meridional cuyo representante contemporáneo más conocido es el georgiano). Como préstamos del semítico tiene el

indoeuropeo los nombres del toro (latín *taurus,* español *toro),* del cordero (latín *agnus,* francés *agneau),* de la cerveza (inglés *ale,* que sin embargo puede admitir etimología indoeuropea, como se verá más abajo), de la miel o el hidromiel (griego μέθυ), del hacha (griego πέλεκυς), de la llave (latín *clavis,* español *clave* y *llave),* del barco (latín *navis,* español *nave),* del numeral «siete» (latín *septem,* español *siete).* Aunque hay algún caso de préstamo del indoeuropeo al semítico, la mayoría son en sentido contrario, a causa de la superioridad cultural de los semitas en aquella época. Lo contrario sucede, en cambio, con el kartvélico. Como léxico indoeuropeo prestado a ese grupo hay los nombres del yugo, del cerdo, del conocimiento, de la sangre, del numeral «seis», etc.

Estas relaciones de préstamo con el semítico y el kartvélico llevan a Gamkrelidze-Ivanov a buscar una zona donde los indoeuropeos pudieran haber estado en contacto con ambos pueblos. Y creen encontrarla en lo que ellos llaman «la periferia norte del Próximo Oriente», es decir, la zona que va desde el sur de Transcaucasia hasta la alta Mesopotamia.

Sucede, sin embargo, que muchos de los presuntos préstamos son más que discutibles, tal como hizo ver el lingüista ruso I. M. Diakonov. Y, por añadidura, el emplazamiento por ellos deducido plantea un problema: que en ese lugar en la fecha apetecida (en torno al V milenio a. C.) no existe ninguna cultura que justifique arqueológicamente la presencia de los indoeuropeos.

Los contactos con semitas y caucásicos son indudables. Pero hay también intercambios de todo el indoeuropeo (no sólo de algunas de sus lenguas, concretamente las europeas) con lenguas finougrias y uralo-altaicas, que se explican mejor en las estepas rusas que en Asia Menor. El haber elegido como significativas —abultándolas un tanto en exceso— tan sólo las del semítico y el kartvélico es otra debilidad de la tesis de los soviéticos.

Véase de todas formas que, a pesar de las discrepancias, la polémica se ha centrado ya en unos márgenes bastante estrechos en comparación con las divagaciones de etapas anteriores. Resulta por una parte que las culturas danubianas-centroeuropeas, que para muchos habrían sido la cuna de los indoeuropeos, son efectivamente indoeuropeas. Pero no la patria primera de todos los indoeuropeos, sino una segunda patria de los indoeuropeos de Europa.

Por otra parte, Gamkrelidze-Ivanov no discuten tampoco la indoeuropeidad de los kurganes. Simplemente opinan que es una patria de los indoeuropeos de Europa, intermedia entre la primitiva de Asia Menor y la centroeuropea. E igualmente, M. Gimbutas no pone en duda la temprana presencia de indoeuropeos en Asia Menor: sólo que considera Asia Menor como una patria secundaria de los indoeuropeos anatolios.

En definitiva, como decía, la discrepancia entre ambas posturas se limita geográficamente a dos territorios distantes tan sólo unos cientos de kilómetros,

y separados por el macizo montañoso del Cáucaso. Aunque ello comporte diferencias mayores en diversos aspectos culturales.

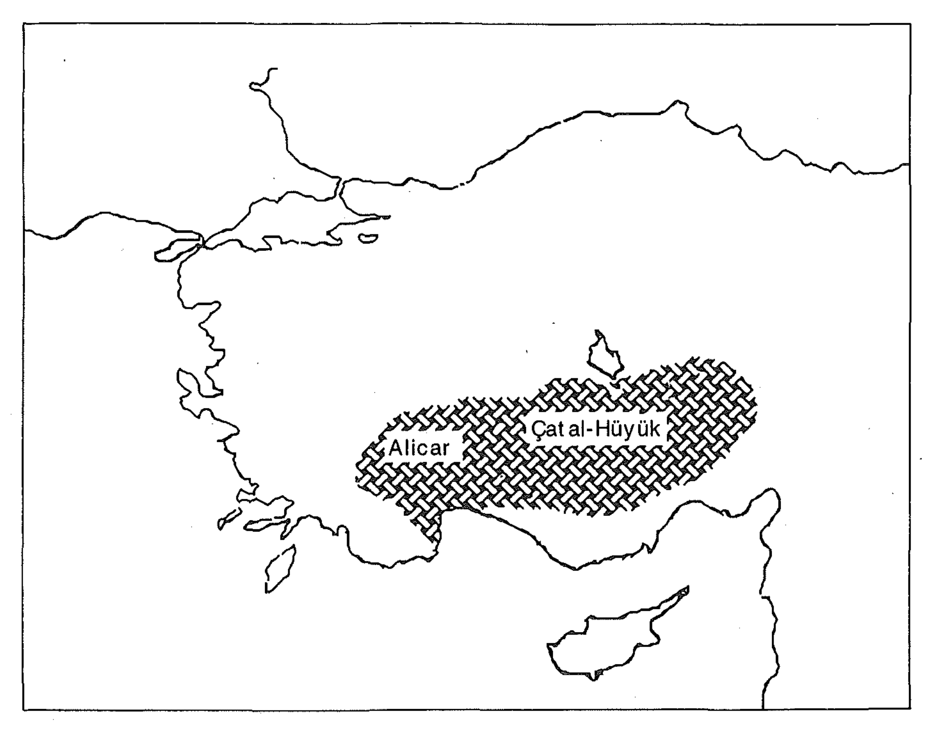
Como en otras ocasiones, la Lingüística fue aquí por delante de la Arqueología. Los soviéticos Gamkrelidze-Ivanov propusieron su doctrina del emplazamiento minorasiático con argumentos meramente lingüísticos. Faltaban para esa hipótesis los apoyos arqueológicos. Porque no pueden considerarse tales la opinión de V. G. Childe que en los últimos años de su vida, impresionado por la plena indoeuropeidad de las lenguas anatolias de la que todavía dudaba en su célebre libro *The Aryans,* pasó a inclinarse en favor de Asia Menor como el hogar ancestral. Esa idea postrera de Childe puede tenerse más bien por un simple precedente. El argumento arqueológico en favor de Asia Menor lo ha aportado, o ha creído aportarlo, recientemente el arqueólogo británico C. Renfrew. Pero sus ideas suponen no sólo un mero cambio de emplazamiento, sino toda una nueva perspectiva sobre la indoeuropeización de Europa.

Dicho en forma simplificada, en la tesis de los kurganes los indoeuropeos son ganaderos seminómadas con un conocimiento muy rudimentario de la agricultura que cuando entran en Europa (V-III milenios) la encuentran neolitizada, es decir: con la práctica de la agricultura implantada. Todas las costumbres, tradiciones, ritos típicamente agrarios serían preindoeuropeos. Ellos habrían traído a Europa otras formas de cultura.

Renfrew invierte toda esa visión. El hogar de los indoeuropeos sería la cuna misma de la agricultura: Asia Menor, exactamente en los emplazamientos históricos de hetitas y luvitas. Serían los indoeuropeos los inventores mismos de la agricultura y el proceso de indoeuropeización de Europa sería simplemente sinónimo del de su neolitización. Los indoeuropeos serían, pues, también los responsables de los ritos, costumbres y celebraciones típicamente agrarias, que antes designábamos con el nombre opaco de «mediterráneas». Y como consecuencia de ello, nada sabemos de los habitantes preindoeuropeos de Europa.

Propiamente hablando nada habría que saber en realidad de ellos. Europa, antes de su neolitización, cuando sus poblaciones paleolíticas tenían que vivir tan sólo de la caza, estaría muy débilmente poblada. Y esos elementos preneolíticos-preindoeuropeos, relegados a áreas marginales no apetecidas por las pujantes colonias agrícolas, sin capacidad expansiva de su población por escasez alimentaria, habrían terminado por extinguirse sin dejar ningun huella, o por ser absorbidos por parte de los agricultores indoeuropeos, no sólo superiores culturalmente, sino mucho más numerosos. Como consecuencia, los escasos elementos no indoeuropeos de Europa (los iberos de la antigüedad, los vascos) no serían preindoeuropeos, sino inmigrantes establecidos en Europa con posterioridad a su indoeuropeización.

La ubicación de la patria originaria en Anatolia supone que un grupo histórico —ahora obviamente el grupo anatolio— es el de los «verdaderos indoeuropeos». Naturalmente esta vez ello no tiene repercusión nacionalista alguna. Los actuales habitantes de Anatolia, los turcos, proceden de una invasión muy posterior, mientras que el pueblo hetita (y los restantes indoeuropeos anatolios) desaparecieron en la Antigüedad sin dejar herederos históricos. Pero en cualquier caso eso pertenece al ámbito de las discusiones de los académicos y no al mundo apasionado de los sentimientos patrióticos.



Zona originaria de implantación de la agricultura en Anatolia, que según C. Renfrew sería la patria originaria de los indoeuropeos

Pero si no tiene repercusiones nacionalistas, las tiene —y de importancia— lingüísticas. Si los anatolios fueron los indoeuropeos que permanecieron en su patria, su lengua resultará ser la heredera del indoeuropeo menos alterado por substrato. Y, como además es la lengua de testimonio escrito más antiguo, resultará el reflejo más aproximado de la lengua ancestral. Naturalmente esto no lo postulan tan explícitamente los defensores del emplazamiento minorasiático. Pero es algo implícito en su pensamiento. Y si apenas tiene repercusión concreta en la obra del arqueólogo Renfrew, la tiene en la de los lingüistas Gamkrelidze-Ivanov. En no pocos aspectos el hetita y el luvita han pasado

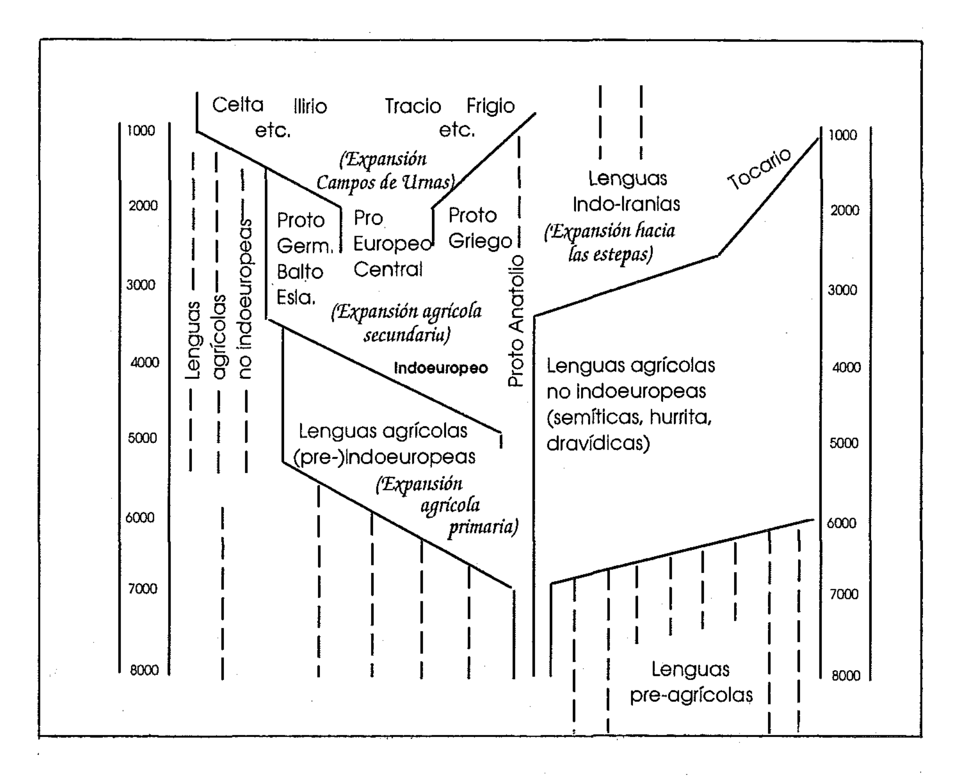
tácitamente a ocupar para ellos la misma posición que el sánscrito ocupaba en la primera época de la Indogermanística. Con frecuencia les basta para considerar como perteneciente a la lengua común un rasgo o un término, de cuya ascendencia indoeuropea se dudaba por escaso testimonio histórico, el que aparezca en alguna lengua de la rama anatolia. No pocos de sus argumentos sobre la fauna, la flora o el clima ancestrales tienen esa peculiaridad.

Hay que tener en cuenta que entre las propuestas de Gamkrelidze-Ivanov de una parte y las de Renfrew por otra hay una diferencia esencial, como es la cronológica. Mientras que los primeros sitúan cronológicamente la *Urheimat* y la lengua común entre los milenios V-IV, el segundo la hace retroceder al menos en dos milenios. I. M. Diakonov aceptó la cronología del V-IV milenio, que es en definitiva la cronología kurgánica, pero rechazó el emplazamiento minorasiático. Y con argumentos predominantemente lingüísticos hizo ver que la patria originaria podría haber estado situada en algún punto entre los Balcanes y los Cárpatos. Por esas fechas florecían en ese territorio diversas culturas, especialmente la de Vinča, que en las tesis kurgánicas pertenecía a gentes preindoeuropeas. Y Diakonov, invirtiendo los términos, postuló que esa cultura habría sido desarrollada por gentes indoeuropeas.

Sin embargo Diakonov no descarta del todo un origen minorasiático de los indoeuropeos. En efecto, admite la posibilidad de que la cultura de Çatal-Hüyük en el Asia Menor central fuera en el VII milenio a. C. el hogar ancestral de la comunidad Indo-Kartvélica. Es decir: los indoeuropeos y los caucásicos (o al menos una parte de ellos) procederían de un pueblo común, hablante de una misma lengua (el proto-indo-kartvélico en terminología de Diakonov), que ulteriormente se habría escindido tras emigrar una parte de ellos a la región al norte de los Balcanes donde se formó el pueblo indoeuropeo propiamente dicho.

Las tesis de la indoeuropeización neolítica han tenido una acogida dispar entre arqueólogos e historiadores de una parte y lingüistas de otra. Entre estos últimos la versión de Renfrew que lleva la lengua común indoeuropea al VII milenio a. C. no ha levantado un entusiasmo indescriptible. Choca con tantas cosas, es ajena a tantas exigencias, vulnera tantas convicciones con las que operan los indoeuropeístas que en general no ha sido aceptada. Algo muy distinto ha ocurrido entre historiadores y arqueólogos. Al calor de las ideas difusionistas reinantes, ha tenido un amplio eco, aunque también entre ellos haya habido voces discrepantes, como es natural. Merecen citarse las posturas de quienes, como Sherratt y Sherratt de una parte y Zvelebil y Zvelebil de otra, han aceptado la idea básica de Renfrew, de asociar la indoeuropeización con la difusión de la agricultura, pero la han matizado, a veces muy profundamente. Concretamente las tesis de Sherratt y Sherratt, aunque tampoco son fácilmente asumibles para los indoeuropeistas, carecen de algunos de los inconvenientes que encontramos en la formulación original de C. Renfrew al situar el in-

doeuropeo común hacia el V milenio a. C. Y en el árbol genealógico de las lenguas que ofrece hay concomitancias, conscientes o inconscientes, con las ideas de Diakonov, si bien Sherratt y Sherratt prefieren vincular el indoeuropeo con las lenguas semíticas, las dravídicas y el hurrita en vez de con las caucásicas.



Dispersión de las lenguas desde el Neolítico (según Sherratt y Sherratt)

En cualquier caso, la asociación de la invención y difusión de la agricultura con el problema indoeuropeo parece ganar adeptos de muy diversa orientación entre los historiadores y arqueólogos. Citaré el caso de V. A. Safronov, que desde posiciones migracionistas intenta una síntesis entre las principales alternativas que se disputan el terreno en la actualidad. Para ello postula tres patrias originarias sucesivas, correspondientes cada una de ellas a otros tantos estadios culturales: 1) La «cultura indoeuropea primitiva» se habría desarrollado entre los milenios VII y VI a. C. en Anatolia, y sería exactamente la de Çatal-Hüyük (Renfrew); 2) La «cultura indoeuropea media» se habría desarrollado en los Balcanes septentrionales entre los milenios V-IV, y sería la de Vinča (Diakonov); 3) La «cultura indoeuropea tardía» habría tenido su asiento en Europa Central entre el IV y el III milenio, correspondiendo a dos culturas:

la de Lengyel y la de los vasos de embudo (tesis danubiano-centroeuropea de P. Bosch-Gimpera y G. Devoto).

Aunque las tesis de Safronov coinciden con las de Renfrew en considerar indoeuropea la cultura de Çatal Hüyük, el resto del desarrollo es muy diferente. Por ejemplo, mientras para C. Renfrew las lenguas anatolias serían el resultado de la permanencia en Anatolia de los indoeuropeos de Çatal Hüyük, para Safronov, la «cultura indoeuropea tardía» en Europa central sería la sede de la lengua común indoeuropea de la que partieron todos los dialectos, incluidos los anatolios, que resultan ser así inmigrantes en Asia Menor llegados en el II milenio a. C.

Según Safronov, punto en el que coincide con Diakonov, la cultura de Vinča sería la verdadera cuna de la primera civilización, que habría nacido, pues, no en Asia sino en Europa; y sus creadores no serían ni los sumerios ni los egipcios, sino los indoeuropeos. Posteriormente esa civilización comenzó a decaer. El clima se había hecho más seco hacia principios del III milenio a. C. con los consiguientes efectos negativos para la agricultura. Se pasó entonces paulatinamente a una economía basada en la ganadería, que favoreció la primera gran migración hacia el este en busca de las praderas de las estepas del sur de Rusia.

La migración hacia el sur de los proto-griegos, junto con otros pueblos hablantes de lenguas paleobalcánicas, dieron lugar a la aparición del Heládico primitivo I. Los hetitas son en Anatolia inmigrantes llegados desde las costas septentrionales del Mar Negro. Y su migración, ocurrida hacia 2400-2300 a. C. sería más o menos contemporánea de la de los indo-iranios, que habrían tenido su sede y cultura ancestrales en la de Kuban-Dnieper, zona que había sido previamente identificada con argumentos lingüísticos como la cuna de los proto-indo-iranios por O. N. Trubačev.

La teoría de V. A. Safronov y Diakonov se diferencia radicalmente de las tesis kurgánicas de M. Gimbutas. En efecto para ésta última las estepas están indoeuropeizadas, mientras que las culturas de Vinča, Lengyel, etc. al norte de los Balcanes son preindoeuropeas. Y cuando esas zonas se indoeuropeízan lo hacen como resultado de la irrupción en ella de población y cultura kurgánicas procedente de las estepas. La inversa sucede para Safronov: mientras que Vinča, Lengyel, etc. son indoeuropeas, las estepas no están indoeuropeizadas. Y sólo secundariamente son indoeuropeizadas desde ellas.

Desde un punto de vista meramente lingüístico, la teoría de V. A. Safronov se reduce a efectos prácticos a postular un emplazamiento nord-balcánico de la patria originaria hacia el IV milenio a. C., como hiciera Diakonov, de donde habrían partido en sucesivos impulsos grupos de colonizadores indoeuropeos en las diferentes direcciones, que serían los antepasados de los hablantes de la totalidad de las lenguas indoeuropeas históricamete conocidas. El que los habitantes de Anatolia en la época de Çatal-Hüyük fueran indoeuropeos y que la

indoeuropeización de los Balcanes partiera de allí resulta un postulado que se añade a la teoría, tan indemostrable como prescindible. Como indemostrable es igualmente la pretensión de Diakonov de que Çatal-Hüyük sea el hogar ancestral de la supuesta comunidad indo-kartvélica.

4. LA LINGÜÍSTICA HISTÓRICO-COMPARATIVA Y EL PROBLEMA INDOEUROPEO

Como ya he dicho de varias formas en lo que precede, el concepto de indoeuropeo es meramente lingüístico: son pueblos indoeuropeos aquellos que hablan una lengua indoeuropea, independientemente de sus medidas cefálicas, su cultura material, sus creencias religiosas o su ubicación geográfica. Sólo los indoeuropeístas (que son en consecuencia lingüistas) están capacitados para establecer qué lenguas son o no son indoeuropeas, mediante la utilización de un método exclusivamente lingüístico, que llamamos Método Comparativo.

La primera consecuencia, todavía estrictamente lingüística, del parentesco genético entre las lenguas indoeuropeas consiste en que todas ellas son transformaciones en el tiempo de una lengua más antigua que está respecto a ellas en la misma o parecida relación que el latín lo está respecto a las lenguas romances. En este punto la generalidad de los indoeuropeístas está de acuerdo. Podemos discrepar (y de hecho lo hacemos) sobre la forma precisa en que se concibe la lengua común ancestral (más o menos unitaria, más o menos reconstruible, más o menos dialectalizada desde el principio, conglomerado de dialectos contiguos, etc.). Pero es necesario partir de un estado de lengua más homogéneo que el histórico. Y esa misma homogeneidad prehistórica implica un espacio geográfico originario mucho más limitado que el históricamente ocupado por las lenguas de la familia. No hay ningún indoeuropeísta que no lo acepte así: es la base misma de la Lingüística Histórico-Comparativa. Y por ello resulta chocante ver a ciertos historiadores o arqueólogos que para defender meras hipótesis personales se permiten desenfadadamente negar ese principio, invocando a veces alguna propuesta más bien excéntrica sobre el carácter no genético (o no necesariamente genético) de la indoeuropeidad de una lengua, o apelando a alguna hipótesis no mejor fundada como la del *pidgin,* a la que luego aludiré. (Creo necesario aclarar que ese principio, como cualquier otra cosa, podría ser legítimamente puesto en duda con una argumentación adecuada y por obra de especialistas en Lingüística Histórico-Comparativa. Lo que resulta inaceptable es el escepticismo gratuito en boca de historiadores o arqueólogos sin otro bagaje argumental que el mencionado.)

Pero, obviamente, esa primera consecuencia lingüística tiene una importante implicación histórica, que podría formularse así: los pueblos indoeuropeos se encuentran desde los albores de la historia ocupando casi toda Europa,

Asia Menor, Oriente Medio, buena parte de la India, más algún otro enclave asiático. Como no es posible imaginar que han estado en todos esas regiones desde *siempre,* resulta obligado pensar que han llegado hasta ellas desde algún lugar y en algún momento. El encontrar el lugar de origen de los indoeuropeos *(dónde)*, fijar el momento (o los momentos) en que se produjo su expansión *(cuándo)* y establecer la forma en que ésta se produjo *(cómo),* constituye la vertiente histórica del problema indoeuropeo.

Lo que inicialmente era una cuestión de lingüistas (indoeuropeístas por más señas) transciende así ese ámbito, ya que la respuesta a esas tres preguntas necesitará poner a contribución métodos, técnicas y conocimientos de otras disciplinas, concretamente la Historia y la Arqueología, o si se quiere, la Arqueología Prehistórica. Se convierte así el problema en interdisciplinar: arqueólogos y lingüistas, andando por caminos diferentes y empleando métodos heterogéneos, necesitan llegar a soluciones aceptables para unos y otros. Pero como cada uno de esos grupos suele trabajar con las perspectivas y los métodos de su sola disciplina, los tratamientos del problema resultan de ordinario parciales. Y cuando algún científico, consciente de la insuficiencia de todo conato unidisciplinar, intenta atacar el problema simultáneamente por ambas vías y con ambos métodos, los resultados suelen ser calamitosos, tanto si se trata de un arqueólogo que se atreve a ejercer de lingüista, como si es un lingüista que se atreve a ejercer de arqueólogo.

Inexorablemente todos —arqueólogos y lingüistas— tenemos el foco puesto sobre nuestra propia especialidad. Y ello nos induce a supervalorar su papel a expensas de la otra. Y a ser bien sensibles a los argumentos pertenecientes a la nuestra, pasando por alto o minusvalorando con ligereza las objeciones y exigencias de la otra, cuyos datos no tenemos competencia suficiente para controlar de manera personal y efectiva.

Los aspectos históricos y arqueológicos del problema indoeuropeo son competencia exclusiva de historiadores y arqueólogos. Pero con la condición (sé muy bien cuán difícil de cumplir) de que se atengan al panel de exigencias inexcusables que la Lingüística Histórico-Comparativa impone. Como digo, esa condición es difícil en primer término, porque la Lingüística Histórica no es una ciencia exacta. Y ello tiene como resultado el que no todos los indoeuropeístas estén de acuerdo en el inventario preciso de esas exigencias. Y, en consecuencia, historiadores y arqueólogos no disponen de un elenco de criterios unívocos. Naturalmente, cuando tienen que decidir a qué atenerse en los casos de conflicto de opinión entre lingüistas, al carecer de criterios personales sólidos, caerán fácilmente en la tentación de elegir aquella opción que resulte favorable a sus tesis, aunque sea una teoría lingüística caduca, rebasada o desacreditada, circunstancias que ellos normalmente no estarán en buena situación para valorar.

De lo que precede se deduce que no es posible ofrecer para uso de arqueólogos e historiadores una lista completa de *las exigencias* mínimas que debe

cumplir cualquier teoría sobre la difusión de las lenguas indoeuropeas. Pero sí daré *algunas* de ellas. Y añadiré otras, que si no a todos los lingüistas, parecen imprescindibles al autor de este libro.

Cualquier teoría histórico-arqueológica que pretenda explicar la extensión de las lenguas indoeuropeas en Eurasia ha de dar respuesta a las tres cuestiones capitales: *cuándo*, *dónde* y *cómo*. Y la Lingüística Histórico-Comparativa tiene ciertas exigencias sobre cada una de ellas.

1. — *Cuándo*. La fecha en que se sitúe el inicio del proceso deberá encontrarse dentro de unos límites que resulten congruentes con los fenómenos lingüísticos implicados. En concreto, es imprescindible un marco cronológico dentro del que sea posible la transformación de una lengua común indoeuropea (concíbase como se conciba) en la colección de lenguas históricas con un grado muy concreto de alejamiento dialectal. Y ello implica unas limitaciones temporales por arriba y por abajo.

Por abajo hay un límite objetivable en términos de cronología absoluta: la etapa de comunidad tiene que ser necesariamente anterior a la existencia de cualquiera de las lenguas históricas diferenciadas. En el siglo pasado ese límite mínimo se ubicaba en el tránsito entre el II y el I milenio a. C., con los Vedas y los poemas homéricos como primeras lenguas atestiguadas. En la actualidad ese límite objetivo mínimo tiene que situarse mil años más atrás a causa del micénico y, sobre todo, de las lenguas anatolias del II milenio a. C. Es decir: en el año 2000 a. C. aproximadamente. Pero tomando en cuenta los nombres de reyes anatolios contenidos en las tablillas capadocias, a las que luego me referiré con mayor detenimiento, la prudencia invita a pensar que hacia 2300-2200 a. C. hay ya al menos una variedad de lengua indoeuropea diferenciada (la variedad anatolia) y, por lo tanto, esa última fecha es el límite mínimo objetivo que hoy tenemos que tomar en consideración.

Cuando en el siglo pasado se tenía como límite objetivo mínimo el tránsito entre el II y el I milenios a. C., los indoeuropeístas situaban la unidad indoeuropea hacia 2500 a. C. (III milenio), en la idea de que el paso entre la lengua común y las más antiguas formas históricas diferenciadas que entonces se tenía como referencia (griego y sánscrito) exige un considerable lapso de tiempo. El estado de las lenguas anatolias, que hoy nos sirven de referencia para este propósito, exige sin duda también un cierto tiempo para su diferenciación. Pero aquí tengo que advertir que existe una disparidad de opinión entre los lingüistas, que se dividen en dos grandes grupos. Unos, los más tradicionales, condicionados acaso por ciertos atavismos de la propia disciplina que luego trataré de explicar, siguen ubicando la unidad indoeuropea, a pesar de las lenguas anatolias, en el III milenio a. C., igual que se hacia el siglo pasado. Otros opinamos que es necesario un mayor espacio de tiempo, de forma que hacemos retroceder la unidad indoeuropea previa a la separación de la rama anatolia a una etapa anterior.

Pero junto al mínimo posible hay también un máximo posible. En efecto, el estado de proximidad dialectal que las lenguas indoeuropeas muestran hacia el principio de la era cristiana no permite un período de desarrollo por separado ilimitadamente largo. Las lenguas evolucionan y se transforman de manera ininterrumpida. Y ese cambio, si se produce acompañado de distanciamiento geográfico, se traduce en alejamiento dialectal. Es cierto que no existe una *ratio* constante en la evolución lingüística ni por lo tanto en el alejamiento entre lenguas emparentadas. Por el contrario, los ritmos pueden ser muy diferentes, y de hecho hay períodos de mayor celeridad que otros. Pero no por ello deja de ser cierto que hay determinados límites en las posibilidades. En concreto, el estado de las lenguas indoeuropeas en su conjunto, tal como las conocemos en la Antigüedad, no podrían tener el punto de partida común más allá de del V-IV milenios a. C. en la estimación de los indoeuropeístas más proclives, como lo soy yo, a aceptar fechas tempranas. No conozco ningún indoeuropeísta que admita de forma razonada que la lengua común de la que proceden las lenguas históricas pueda haberse hablado antes del V milenio. Y un grueso número de los indoeuropeístas actuales encuentran inaceptable una fecha anterior al III milenio a. C. Para ellos son excesivamente largas incluso las cronologías kurgánicas.

Podíamos encontrar entonces una fórmula que suscribiría la práctica totalidad de los indoeuropeístas: El período común anterior a la extensión de las lenguas indoeuropeas no puede haber tenido lugar en ningún caso antes del 4500 a. C. ni después del 2500. Cualquier tentativa por parte de arqueólogos o historiadores de elucubrar fechas mucho más altas (VI, VII, VIII milenio a. C.) especulando sobre la variable velocidad de la evolución lingüística resultará a cualquier indoeuropeísta, sean cuales sean sus convicciones, una fantasía de diletante. En este punto es del todo inaceptable la tesis de la indoeuropeización neolítica en la versión original de Renfrew. En cambio, el juicio que merece a ese respecto la versión modificada de Sherratt & Sherrat, o las propuestas de Safronov es bastante menos adverso. Y la inverosimilitud general de las cronologías que propone Renfrew para la indoeuropeización, resulta particularmente acusada cuando se aplica a casos particulares, como el griego y el sánscrito, o a la dialectalización en el interior de la rama céltica. En efecto, el estado de proximidad entre el griego homérico (e incluso el clásico) y el védico (o sánscrito) es de los más estrechos en el conjunto de las lenguas indoeuropeas. Es difícil pensar con conocimiento de causa que puedan haberse separado mucho antes del 2400 a. C. Son lenguas realmente muy próximas entre sí. Y, sin embargo, la tesis neolítica de Renfrew obliga a suponer una separación muy temprana entre ambas, al haber sido en su hipótesis los protoarios quienes crearon la cultura del valle del Indo. Eso por no mencionar el hecho de que el griego, con quien realmente se relaciona desde un punto de vista técnico en el aspecto dialectal es con el indo-iranio y no con las lenguas de Europa como

resultaría necesario para que los planteamientos de Renfrew pudieran aspirar a la verosimilitud en este punto concreto. Por su parte, los diferentes dialectos celtas están en el s. I a. C. lo suficientemente cercanos como para hacer del todo imposible una larguísima andadura por separado, concretamente desde el neolítico, como exigirían las tesis de Renfrew.

2. — *Dónde.* La Arqueología lingüística, sobre cuyo valor he hablado más arriba, apoya la ubicación de la patria originaria en una región con fauna y flora de tipo septentrional, lo que sería compatible tanto con las tesis centroeuropeas como con las kurgánicas. En cambio lo son difícilmente con la fauna y flora minorasiática, a pesar de los esfuerzos realizados por Ivanov-Gamkrelidze para hacerlo verosímil, cuyos principales argumentos he valorado ya en las páginas que preceden.

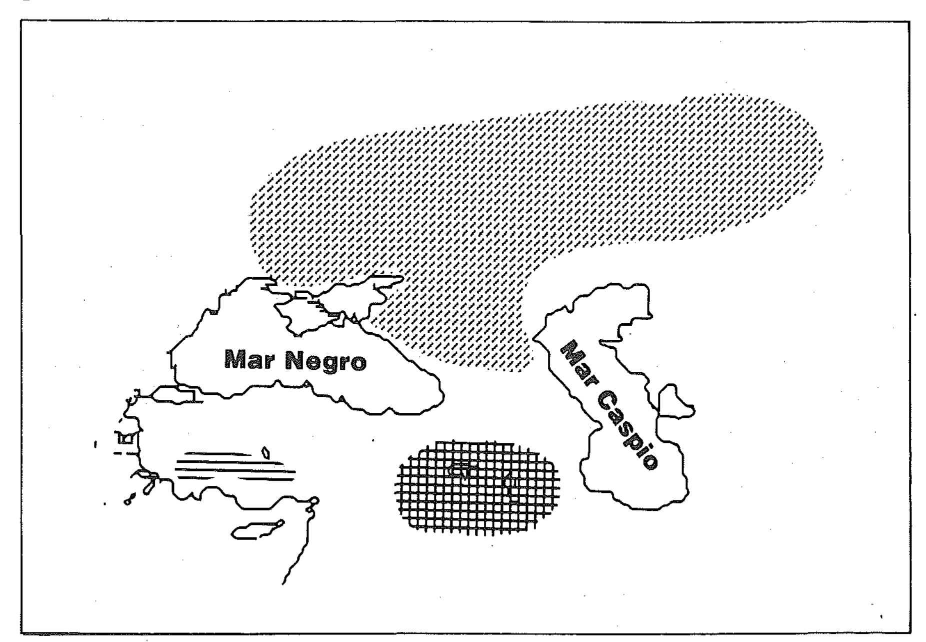
Pero, hay otro argumento dimanante del vocabulario común, que resulta tan decisivo como el de la fauna y la flora. Me refiero al hecho de que en la lengua común no exista o apenas exista un léxico relacionado con la agricultura. En efecto, en un próximo capítulo vamos a comprobar que la terminología común indoeuropea para la actividad agrícola es tan escasa que de hecho el dilema planteado ha sido el de si los indoeuropeos conocían una modesta actividad agrícola, que de ninguna manera habría constituido un componente esencial de su economía, o si no conocieron la agricultura en absoluto. Ese hecho choca frontalmente con las tesis neolíticas minorasiáticas según las cuales los indoeuropeos serían esencialmente los inventores de la agricultura, actividad que habría sido el rasgo más importante y característico de su sociedad.

Que el pueblo inventor y difundidor de la agricultura careciera de un vocabulario abundante y específico para designar los elementos y técnicas de la actividad agraria sería tan impensable como que en inglés, lengua del país en que se han inventado la mayoría de los deportes modernos, no existieran términos para designar los diferentes deportes así como los utensilios y demás elementos de la actividad deportiva. Muy al contrario, si la agricultura hubiera sido inventada y extendida por los indoeuropeos, el vocabulario agrícola no sólo sería abundante y rico en las lenguas indoeuropeas, sino que las lenguas no indoeuropeas de los pueblos que fueron aprendiendo y adoptando la agricultura hubieran adoptado ese vocabulario de origen indoeuropeo, de la misma manera que *fútbol, paddle, golf, corner* o *penalty* son anglicismos en la mayoría de las lenguas modernas.

3. — *Cómo.* El cómo se refiere obviamente a la forma en que las lenguas indoeuropeas se han extendido de hecho por toda Eurasia. Inicialmente, en el siglo XIX, se imaginaba invariablemente el proceso como resultado de grandes migraciones. Y ya en el XX, el arqueólogo alemán G. Kossinna representó la posición extrema, en la que cada cambio cultural habido en un territorio se explicaba co-

mo resultado de la migración de un nuevo pueblo. Una acertada reacción de arqueólogos posteriores ha llevado a desvincular cambio cultural de migración, de forma que se admite hoy comunmente que las innovaciones culturales y los progresos técnicos pueden difundirse de un pueblo a otro sin necesidad de que ello implique traslados significativos de población. Esa idea es tan razonable que parece de sentido común. Y uno más bien se pregunta cómo ha podido operar la Arqueología del pasado durante décadas sin tenerla presente. Pero el aceptar como obvio que las innovaciones culturales y los progresos técnicos *pueden* difundirse sin migración no implica que tales cambios y progresos no se deban *nunca* a migración. Y, sin embargo, alguien ajeno a la Arqueología, como yo, tiene la impresión de que en esa ciencia está operando desde hace tiempo la al parecer inevitable ley del péndulo que la está llevando desde la vieja posición de Kossinna (todo es migración) hasta la igualmente extrema de no pocos arqueólogos que parecen negar en la práctica toda migración, apoyados en el supuesto de que en las zonas involucradas por la expansión indoeuropea no se han dado desde el Neolítico alteraciones culturales lo suficientemente drásticas y profundas que exijan un cambio de población y de lengua.

Esa premisa, que es el fundamento mismo de las tesis de la indoeuropeización neolítica, no parece una verdad incuestionable. Migraciones masivas de pueblos enteros se han dado en épocas en que ya no son objeto de conjetura



El emplazamiento de la patria originaria de los indoeuropeos según:

 M. Gimbutas · Ivanov-Gamkrelidze  C. Renfrew

sino hechos comprobados; y tenemos igualmente certeza de traslados de importantes contingentes de población guerrera acompañados por mujeres, hijos, esclavos y ganados. Y a la luz de ese tipo de hechos, comprobados históricamente (véase, por ejemplo, lo que diré en el correspondiente capítulo sobre la emigración del pueblo germano de los anglos), parece que la posición razonable sería admitir que los cambios culturales y técnicos detectados en el registro arqueológico pueden ser resultado en unas ocasiones de difusión y otras de migración. Naturalmente, entiendo que el establecer cuándo se ha producido lo uno y cuándo lo otro es competencia exclusiva de arqueólogos e historiadores y que los lingüistas nada o muy poco tenemos que decir sobre ese particular.

Un requisito esencial para asentar la discusión sobre bases sólidas sería determinar si en Europa, en las etapas implicadas (digamos entre los milenios V y III a. C.) hubo o no hubo en verdad cambios culturales profundos y si esos cambios se debieron a la irrupción de nuevas poblaciones. Ya he dicho que la premisa esencial de la teoría de la indoeuropeización neolítica es que no hubo cambios radicales que hayan supuesto una ruptura con lo aterior, ni por lo tanto existe prueba de que irrumpieran poblaciones nuevas. Desde luego, los lingüistas carecemos de competencia para poner en duda tales asertos. Pero cuando leemos opiniones tan contrarias a esos planteamientos como la de C. Ehret, inevitablemente nos sentimos en la misma perplejidad en que sin duda se sentirán los arqueólogos e historiadores ante nuestros desacuerdos. Según el citado historiador, entre el final del V y el III milenio a. C., primero en Europa oriental y central y luego en otras partes de Europa, se produjeron en la cultura material cambios tales que sólo pueden ser razonablemente atribuidos a amplias alteraciones en las etnias y las lenguas. Y concluye significativamente: «Si las lenguas indoeuropeas no estaban extendiéndose entonces en aquellas áreas, algunas otras lenguas tenían que estar haciéndolo».

Cuando en el ámbito de la Arqueología reinaba en general el modelo de las migraciones, los lingüistas no encontraban graves reparos que hacer en ese punto concreto a las sucesivas propuestas de arqueólogos e historiadores. En cambio, me temo que tenemos dificultades mayores con las hipótesis surgidas en el seno de la corriente arqueológica difusionista. Naturalmente, insisto una vez más, son los arqueólogos los únicos capacitados para explicar el cuadro histórico de la extensión de las lenguas indoeuropeas. Pero, como también he advertido ya, con la condición de que respeten ciertas exigencias que impone la Lingüística Histórico-Comparativa, y a veces la naturaleza misma del lenguaje humano. Los hechos culturales —pongo por caso una técnica metalúrgica— pueden difundirse sin ningún traslado significativo de población. Bastaría con que uno o unos pocos artesanos procedentes de alguna región minorasiática se establecieran en Europa central y ejercieran allí su técnica pa-

ra que algún tiempo después esa técnica metalúrgica estuviera extendida por Europa sin que se hubiera producido ningún cambio en la composición étnica ni lingüística. Pero cuando se trata no de una técnica, sino de una lengua, las cosas son muy diferentes. La lengua materna no se abandona fácilmente, ni por parte de los individuos ni por parte de las poblaciones. El hipotético artesano o pequeño grupo de artesanos habría sido capaz de extender su técnica metalúrgica en Europa; pero habría tenido que aprender la lengua de la comunidad en que se hubiera asentado. La comunidad, en cambio, no habría aprendido la de ellos. Todo lo más habría aceptado en su vocabulario determinadas palabras de la de los artesanos, particularmente las relativas a la nueva técnica.

Aunque contraríe las tendencias antimigracionistas actuales de la Arqueología, la extensión a toda Eurasia de lenguas indoeuropeas desde una zona limitada exige, por la naturaleza misma del lenguaje humano y por la forma en que éste se aprende o se adopta, numerosos y considerables movimientos de población. Y cualquier teoría arqueológica que intente obviar esa exigencia contará con la desconfianza o el rechazo de la mayoría de los indoeuropeístas.

Una de las alternativas que se han propuesto para explicar el *cómo* con el propósito de eliminar la necesidad de traslados de población ha sido lo que podíamos llamar teoría del *pidgin*. El punto central de esa doctrina, a la que se sienten inclinados muchos más arqueólogos e historiadores que indoeuropeístas, consiste en suponer que el indoeuropeo se difundió por haberse convertido en una especie de lengua franca para el comercio o el intercambio. No voy a entrar en consideraciones de verosimilitud histórica, de la que tal vez podrían deducirse también algunas objeciones, y me limitaré a señalar los inconvenientes meramente lingüísticos que hacen de esa posibilidad una mera especulación de escaso fundamento. Los *pidgin* comportan como rasgo anejo a su propia naturaleza una simplificación brutal de las estructuras de la lengua base, y su uso está restringido a las necesidades del comercio y el intercambio elemental inmediato. Todo lo contrario sucede en el proceso de indoeuropeización: la riqueza de la morfología común conservada en etapas históricas por todas las lenguas indoeuropeas antiguas (complejidades flexionales como las alternancias vocálicas, los desplazamientos del acento, la variedad de modos, de aspectos, la riqueza y variedad de los sistemas flexivos nominales y verbales) hacen casi ridícula la apelación a un fenómeno *pidgin* como mecanismo general de la extensión de las lenguas indoeuropeas por Eurasia. Y por otra parte, el vocabulario común conservado, que contiene incluso un lenguaje poético, metáforas elaboradas, etc., lo hace igualmente inverosímil. Finalmente, la correspondencia fonética entre todas las lenguas indoeuropeas es de la clase que se da en los procesos de derivación genética ordinaria, y no de los que se originan en los casos de *pidgin*. La teoría del *pidgin* no parece, pues, un buen refugio para antimigracionistas empedernidos.

Pues bien, la teoría kurgánica satisface las exigencias de la Lingüística Histórico-Comparativa también en lo tocante al *cómo*. Por su parte, el crecimiento celular del núcleo neolítico originario desde la Península Anatólica hasta indoeuropeizar Eurasia, en la forma en que lo propone C. Renfrew, al comportar un avance lento de la propia población, satisface también esa exigencia primaria. Pero, de haber sucedido así las cosas de hecho, ello tendría unas implicaciones lingüísticas de otra índole que, en cambio, no satisface. En efecto, esa especie de avance celular de la indoeuropeidad, como una lenta ola, exigiría una conexión dialectal inmediata, grupo a grupo, de todos los dialectos indoeuropeos, en un gradiente continuo, con zonas de transición entre una y otra lengua, de forma que la mayor proximidad lingüística se daría entre las lenguas geográficamente más cercanas, y el mayor alejamiento dialectal se encontraría entre las lenguas físicamente más distantes. Y, por otra parte, implicaría la práctica inexistencia de substratos pre-indoeuropeos, dada la baja densidad de población en etapas pre-neolíticas. Examinemos ambas cuestiones.

El mapa dialectal de las lenguas indoeuropeas dista mucho de ofrecer el citado gradiente. Las lenguas dialectalmente más próximas entre sí están en ocasiones muy distanciadas geográficamente. Y, en cambio, a veces hay en vecindad lenguas bien diferentes. Así, por ejemplo, en contigüidad, según la hipótesis de Renfrew, estarían las lenguas anatolias (hetita, luvita, etc.) con las indo-iranias (persa, avéstico, sánscrito). Pues bien, entre ellas no hay una zona de transición, sino un verdadero abismo dialectal. Otro ejemplo: en la teoría de Renfrew, el griego debería ser un dialecto próximo a los de Europa occidental que, en rigor, de alguna forma habrían salido de aquél. Sin embargo, desde un punto de vista dialectal el griego se aleja fuertemente de las lenguas occidentales, para vincularse con el indo-iranio, como ya he dicho más arriba. Un último ejemplo: recientemente el celtista K. H. Schmidt ha puesto de manifiesto con sólidos argumentos que el celta no tiene vinculaciones dialectales especiales con ninguna de las lenguas de Europa central ni occidental y que, en cambio se conecta lingüísticamente con el griego e indo-iranio.

En realidad las relaciones dialectales de las lenguas indoeuropeas son enormemente complejas. Constituyen una verdadera maraña de nexos multilaterales. Y todo ello sugiere un proceso de indoeuropeización complejo, resultado de múltiples sucesos en etapas cronológicas varias, y no de un suceso único como la neolitización. También en esto es preferible la teoría kurgánica, o la variante de la indoeuropeidad neolítica sostenida por Safronov.

Y, por otra parte, tenemos el testimonio difícilmente preterible de los substratos preindoeuropeos, que constituye un argumento adicional contra la indoeuropeización neolítica, particularmente en la versión original de C. Renfrew. En efecto, lenguas real o supuestamente de substrato pre-indo-

europeo de las que tenemos noticia hay bastantes en el conjunto de los zonas implicadas. Enumeradas de oriente a occidente, y limitándome a aquellas de las que hay testimonio escrito, tenemos (sin contar obviamente las semíticas): la de la civilización del Indo, el elamita, el sumerio, el hurrita, el hati, las tres de la Grecia prehelénica (lineal A, disco de Festos, estela de Lemnos), escritura de la cultura de Vinča (H. Haarmann), etrusco, ibero, tartesio y picto. Una colección impresionante, que en conjunto ofrece un testimonio irrebatible, aunque a juzgar por algunos trabajos recientes haya que disminuir el inventario, o al menos poner en cuarentena algunos de sus miembros. Según J. Best y F. Woudhuizen el lineal A es una lengua semítica, tal como quería C. H. Gordon, concretamente fenicio arcaico con influencias acadias; el disco de Festos y la estela de Lemnos contienen, según los mismos autores, una lengua indoeuropea de tipo anatolio, cercana al luvita; el etrusco ha sido reiteradamente en los últimos tiempos identificado también como indoeuropeo anatolio; la lengua de las inscripciones tartesias ha sido considerada indoeuropea por dos estudiosos: como anatolio por S. Wikander; y como probablemente celta por J. A. Correa. Pero aunque prescindamos de éstas últimas, cuya indoeuropeidad es cuando menos hipotética, no parece cuestionable (al menos no es cuestionado) el carácter no-indoeuropeo del picto, el ibérico, el hati, el hurrita, el elamita, el sumerio y la lengua del valle del Indo.

Y luego están los hechos de substrato reflejados bien en la toponomástica, bien en el vocabulario común. Tales elementos son particularmente detectables en Grecia, donde las condiciones históricas fueron especialmente favorables para su registro. Remito al capítulo dedicado a los griegos en este mismo libro para comprobar la existencia y complejidad de tales elementos de substrato.

En resumen, el poblema indoeuropeo ha recuperado protagonismo en los últimos años gracias a la irrupción en escena de la tesis de la indoeuropeización neolítica de C. Renfrew, que ha avivado la polémica. Una revisión de los argumentos, el contraste de las opiniones, la introducción de nuevos elementos de juicio ha resultado, como siempre, positiva. El problema indoeuropeo, naturalmente, no puede considerarse resuelto. Y probablemente ninguna de las hipótesis alternativas que concurren esté en posesión de toda la verdad. Por otra parte, las posiciones se han acercado ya bastante en el aspecto *geográfico*. En efecto, las tesis actualmente más aceptadas ubican la patria originaria en zonas relativamente próximas: Asia Menor central, Asia Menor oriental, la estepa al norte del Mar Negro.

Sin embargo, aunque escasa en kilómetros, la alternativa entre Asia Menor o las estepas no es intranscendente: el vocabulario común se acomoda con la fauna y la flora de este último hábitat y muy difícilmente con el primero. Pero

las dificultades actualmente son mayores en el plano cronológico que en el geográfico.

Desde la aparición de la obra de Ch. Darwin el *Origen de las Especies* en 1859 el horizonte de la prehistoria humana no ha hecho sino crecer y ensancharse. El esquema cronológico vigente con anterioridad era muy corto. No se basaba en realidad en ninguna consideración científica. Más bien era el fruto de la visión bíblica de la creación del mundo y de la historia del pueblo judío. Se ha hecho tristemente célebre el arzobispo anglicano James Ussher (1581-1656) —por lo demás un hombre culto y competente en su época— por haber fijado la fecha del inicio del mundo por creación divina en el año 4004 a. C., basándose en cálculos rigurosos realizados a partir de los relatos bíblicos. Los primeros indoeuropeístas hubieron de hacerse a un marco cronológico achatado, a tenor de los esquemas vigentes en los primeros años del s. XIX. Y eso ha marcado nuestra ciencia, que se debate arduamente contra la inercia de las convicciones adquiridas para lograr retrotraer la cronología del pueblo originario. Porque las nuevas ideas no se imponen con facilidad. Y mucho menos sus consecuencias indirectas. Hoy disponemos de datos que hacen insostenible la vieja cronología del III milenio. En efecto, de los últimos siglos de ese milenio datan ciertas tablillas en lengua asiria, las tablillas capadocias, procedentes de las colonias asirias de Asia Menor, que contienen nombres propios etimológicamente analizables como pertenecientes a lenguas anatolias perfectamente diferenciadas (principalmente hetita/luvita). Eso supone un largo período de dialectalización de las lenguas anatolias. Por otra parte, la hidronimia anatolia demuestra que gran parte del proceso de diferenciación dialectal dentro de la rama anatolia tuvo lugar en el interior de Asia Menor: hay hidrónimos que tienen forma explicable como anatolio común, y no como ninguno de sus dialectos. Con ello coincide la necesidad de un período más dilatado para explicar el desarrollo de los sistemas morfológicos indoeuropeos, tal como hoy los concebimos tras la irrupción del hetita y el luvita como elemento de juicio para la reconstrucción de la lengua común.

Todo ello hace que el III milenio resulte ahora una cronología inaceptable. Muchos lingüistas tendemos a creer que es necesario al menos un milenio más. Tal vez incluso más. Y ése es otro de los aspectos en que la teoria kurgánica es compatible con las exigencias de Lingüística Histórico-Comparativa.

En cambio, la indoeuropeización neolítica, al menos en su versión original, obligaría a alargar la cronología de la lengua común en dos milenios más, llevándola hasta el VII milenio a. C. Y eso a muchos lingüistas —yo diría que a casi todos— nos parece un plazo excesivo, imposible de asumir hoy por hoy. En qué medida seamos también ahora víctimas del temor sacral heredado del siglo pasado a ensanchar las cronologías cada vez más, sólo

los años venideros podrán aclararlo. Pero esta vez parecen estar involucrados elementos de juicio muy precisos relacionados con la naturaleza misma de los cambios lingüísticos que difícilmente podrían llegar a ser razonablemente obviados.

De unos años a esta parte la Genética se brinda al prehistoriador como una prometedora ayuda para el estudio de migraciones y poblamientos. En el más reciente y completo trabajo hecho con ese propósito L. L. Cavalli-Sforza, P. Menozzi y A. Piazza establecen varios panoramas genéticos de Europa, que reflejarían el punto desde el que partieron diversos episodios de su poblamiento. Pues bien, ninguno de esos panoramas favorece exactamente la tesis de Renfrew. Uno de ellos podría reflejar una irrupción en Europa desde Oriente Medio, pero no partiendo de Anatolia, sino de zonas próximas a Mesopotamia. Otro reflejaría una expansión de poblaciones desde las estepas kurgánicas hacia Europa. Los autores, en un intento de conciliar esos datos genéticos con la idea de la indoeuropeización neolítica, sugieren que las estepas habrían sido indoeuropeizadas en época neolítica desde el Oriente Medio y que, una vez indoeuropeizadas, desde ellas habrían partido los episodios de indoeuropeización que refleja el segundo de los panoramas genéticos mencionados. Sin embargo, esos episodios no resultan admisibles para Renfrew porque, según él, en las fechas requeridas por M. Gimbutas la cultura de los kurganes no había alcanzado suficiente madurez para imponer las lenguas indoeuropeas en Europa por el modelo de la élite dominante. Y más tarde, cuando alcanzó dicha madurez (hacia principios del II milenio a. C.), sería ya una fecha demasiado tardía para el proceso.

Si los panoramas genéticos reflejaran en verdad la dirección de los procesos de poblamiento y migración, cosa que por el momento es tan sólo una posibilidad, habríamos de aceptar que los dos mencionados (cuyos mapas pueden verse más abajo, en el apartado dedicado a los vascos) son el reflejo de otros tantos episodios mayores del poblamiento de Europa. Y, como parece haber un alto grado de correlación entre el primero de ellos y los correspondientes indicios arqueológicos, quizás sería también obligado aceptar que fueron los agricultores del neolítico quienes llevaron consigo ese componente genético. Pero el que los agricultores neolíticos fueran hablantes de lenguas indoeuropeas, es tan sólo una conjetura de C. Renfrew que la genética no es capaz de confirmar ni desmentir. Y una eventual relación de parentesco —a un nivel filogenético más profundo— entre las lenguas de los protagonistas de uno y otro episodio sólo puede ser por ahora objeto de conjetura.

CAPÍTULO III

LA VIEJA EUROPA

Todos nosotros somos hijos del mestizaje. Nuestros rasgos físicos, el color de nuestra piel y nuestro pelo, nuestras medidas cefálicas, en una palabra: todo lo que integra eso que se llama *raza,* es el resultado de un reiterado y complejo proceso de hibridación. Como lo es también nuestra cultura. En cambio, no nuestra lengua, que a lo sumo lo sería en una forma mucho más superficial y limitada.

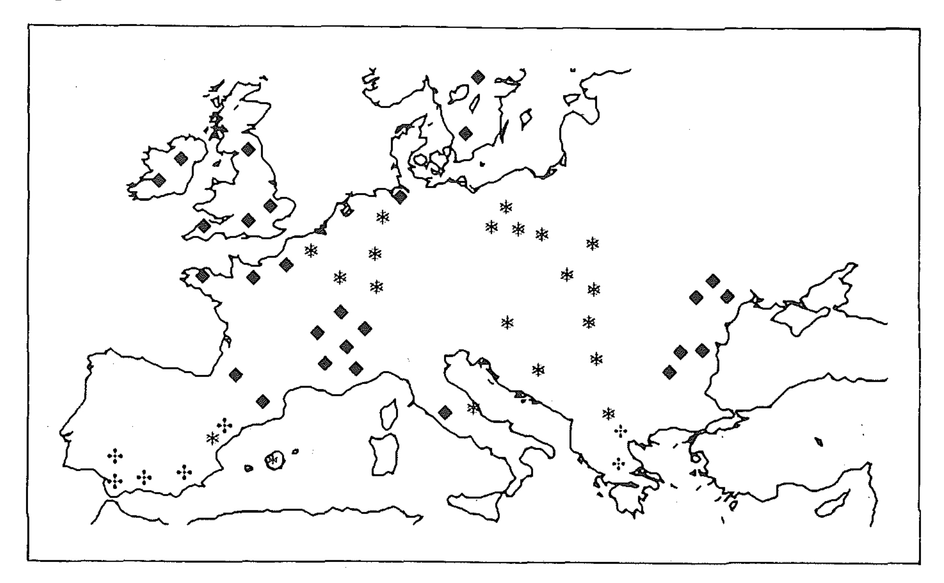
La mezcla de razas, credos, lenguas y culturas ha sido abundante en toda Europa. Y verosímilmente lo ha sido mucho más en España, donde tenemos diferentes irrupciones de elementos africanos (el de la invasión musulmana fue tan sólo el último) que no afectaron —o lo hicieron en medida mucho menor— a zonas más septentrionales de Europa. Pero hubo un episodio de mestizaje —quizás el primero de una cierta importancia sucedido en Europa— que marcó los derroteros de nuestro continente, y a la larga de buena parte del mundo.

Esa primera hibridación ocurrió en la Prehistoria. Y, lo que de ella sabemos, es de nuevo a través de la Lingüística y de la Arqueología como podemos atisbarlo. Aunque nosotros somos herederos tanto del uno como del otro, no conocemos en la misma medida los dos elementos que se mezclaron. El componente indoeuropeo, que resultó el dominante en lo que a lengua y cultura se refiere —probablemente mucho menos en material genético—, nos es bien conocido por fuentes muy variadas. En cambio, del elemento pre-indoeuropeo tenemos conocimientos más bien limitados y vagos. Precisamente, uno de los lugares en que han dejado más huellas de su paso por la historia ha sido en la Península Ibérica, como veremos en un capítulo posterior.

La Europa pre-indoeuropea fue todo un mundo complejo, multiforme, abigarrado, con miles de años de tradiciones, costumbres y creencias. Todo un continente cultural que se hundió sin dejar apenas el recuerdo. A aquel lejano

mundo ha llamado M. Gimbutas la «Vieja Europa» *(Old Europe)*. Y nadie ha hecho tanto como ella para recuperarlo.

El rasgo esencial que permitió el desarrollo de la Vieja Europa fue sin duda la agricultura. Por vez primera, la Humanidad había dejado de depender para su subsistencia del azar cotidiano de encontrar alimentos. Ahora, en la benignidad del clima postglacial, pudo comenzar a producirlos y almacenarlos.



Cronología de la introducción de la agricultura en Europa según estimaciones de J. G. D. Clark. Las dataciones de los más antiguos asentamientos hispanos está tomada de A. Montenegro.

·:· Asentamientos anteriores al 5200 a. C.

⁑ Asentamientos datables entre 5200 y 4000 a. C.

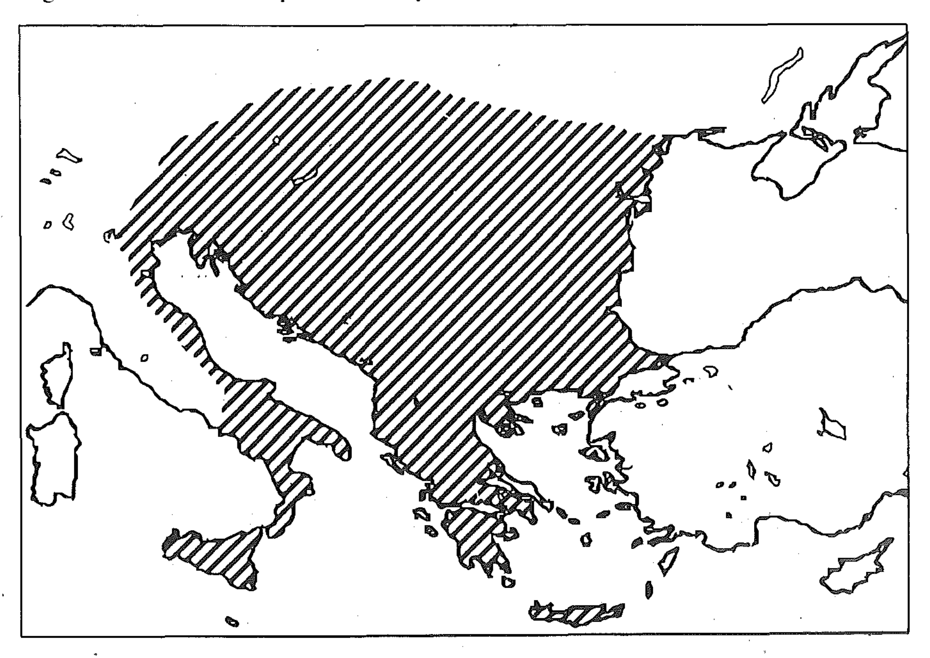
◆ Asentamientos datables entre 4000 y 2800

Esa actividad, cuya implantación conocemos como revolución neolítica, comenzó en el Oriente Próximo y pronto —seguro hacia el año 7000 a. C., probablemente antes— estuvo bien establecida al menos en tres puntos: en Anatolia, en Mesopotamia y en la cuenca del Nilo. Y de ahí comenzó a extenderse hacia Oriente y hacia Occidente.

En Europa, llegó primero a su zona centro-oriental y balcánica. Hacia el 5000 a. C., la agricultura tenía ya una larga tradición en la cuenca del Danubio, Grecia continental, Creta, los Balcanes y la costa oriental de Italia. En todo ese ámbito se desarrolló la civilización de la Vieja Europa, que no era en modo alguno uniforme en todas sus regiones, aunque tenía en común no pocos rasgos característicos, muy distintos de los que luego traerían consigo los indoeuropeos desde las estepas. Más hacia Occidente y más hacia el Norte

(Francia, Alemania, Escandinavia, Islas Británicas, Península Ibérica), por su mayor lejanía del lugar de la invención, tardó más en llegar la agricultura. Unos milenios después, también llegaría más tarde la indoeuropeización.

En los primeros años del V milenio, la civilización de la Vieja Europa había cristalizado en diferentes variedades regionales. Entre ellas debemos mencionar las culturas de Cucuteni y Lengyel en la parte septentrional de la zona, ocupando territorios que hoy pertenecen a Austria, Hungría, Eslovaquia, la República Checa y Polonia; Tisza y Vinča algo más al Sur; y la que llamamos *Egea* en Grecia y sus islas. Comenzaron a formarse núcleos urbanos, algunos de los cuales alcanzaron las dimensiones de pequeñas ciudades, lo que normalmente lleva consigo la institucionalización de sistemas de gobiernos locales. En las regiones ocupadas por las culturas de Cucuteni, Lengyel y Vinča los poblados son espaciosos, de 200.000 m^2 y más, ubicados sobre amplias terrazas fluviales. En cambio, las de la cultura Egea son más bien compactas, en superficies en torno a los 5.000 m^2.



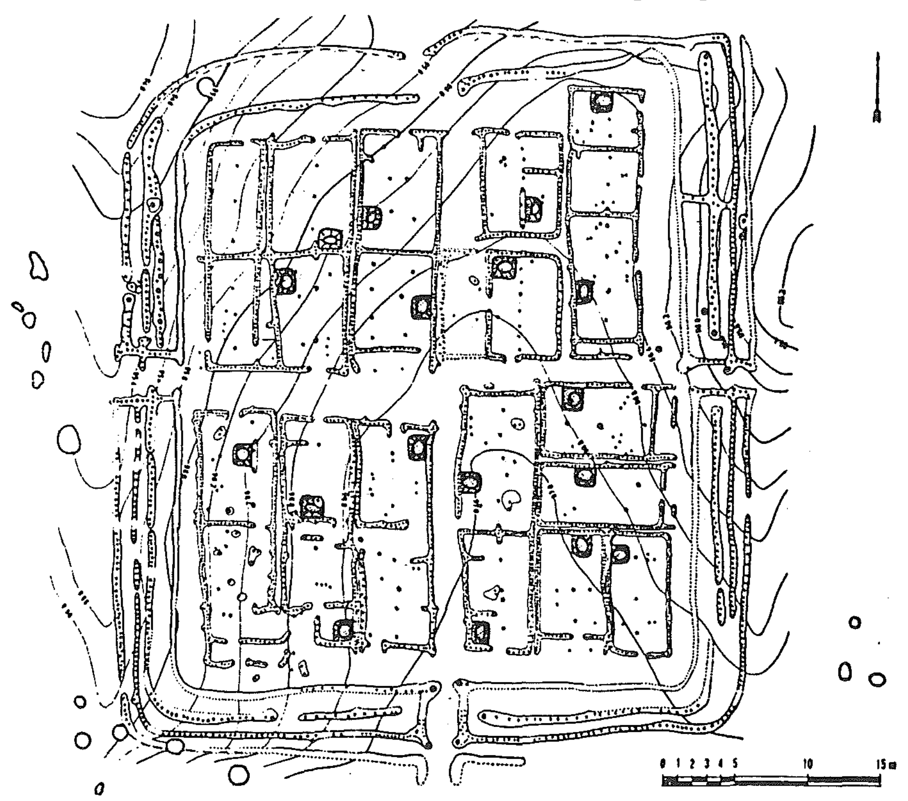
La civilización neolítica de la Vieja Europa *(Old Europe)* hacia el 5500 a. C.

Aquellos antiguos habitantes de Europa no elegían para sus ciudades lugares elevados o de difícil acceso, como harían más tarde los indoeuropeos. Las ciudades de la Vieja Europa estaban situadas normalmente en lugares que destacan por su belleza y por la abundancia de agua y suelo de buena calidad. A veces se ubicaban en pequeñas elevaciones aptas para una buena visión de

los alrededores, pero sin condiciones para la defensa. Porque aquélla era una cultura de gentes esencialmente pacíficas, más amantes de las artes que de la guerra, que carecía de grandes fortificaciones y de armas. A veces pequeñas empalizadas sugieren medidas de protección contra animales salvajes o forasteros. Pero no medidas severas con propósitos bélicos.

Habitaban casas de dos o tres habitaciones, rectangulares, de entre 40 y 100 m^2. A la entrada había una zona no cubierta donde cocinaban y trabajaban la piedra para confeccionar sus instrumentos (hojas, cuchillos, raspadores, puntas de flecha).

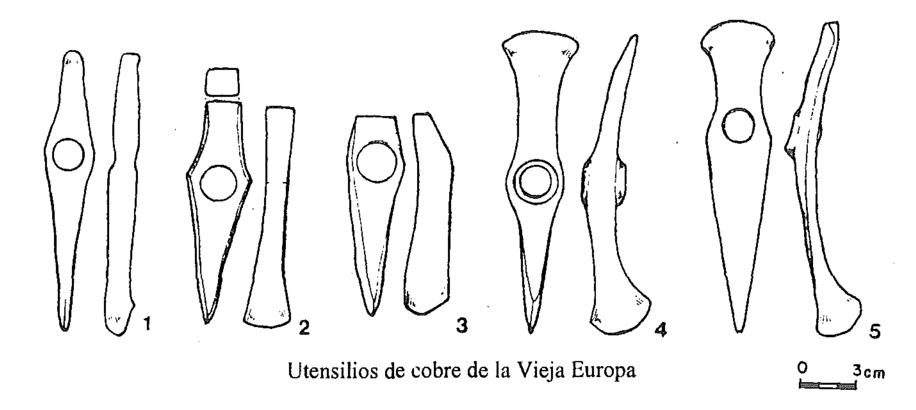
Aunque la Vieja Europa poseía una economía y una estructura típicamente agraria, sus gentes disponían de animales domésticos, principalmente ovejas,



Plano de una ciudad de la Vieja Europa (Karanovo, Bulgaria), según H. Todorova.

cabras y cerdos. Y para completar la dieta, pescaban la carpa o el esturión, y cazaban —tal vez con ayuda de perros— el ciervo, el jabalí o el toro salvaje.

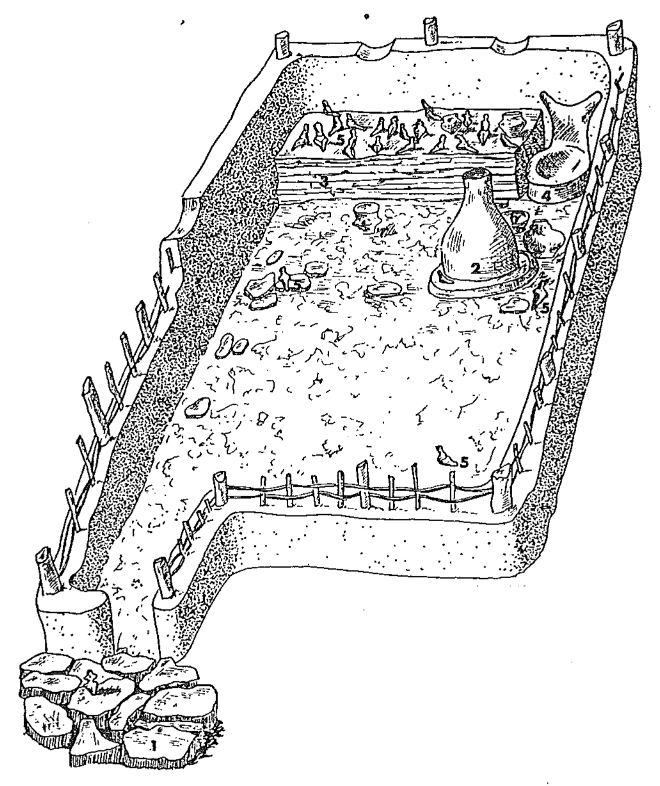
Es difícil decidir si llegaron a descubrir por su cuenta el uso de los metales. Pero por esa época utilizaban el cobre (quizás desde el 5500 a. C.) y algo más tarde el oro (desde el 4000) en la confección de instrumentos y de adornos.



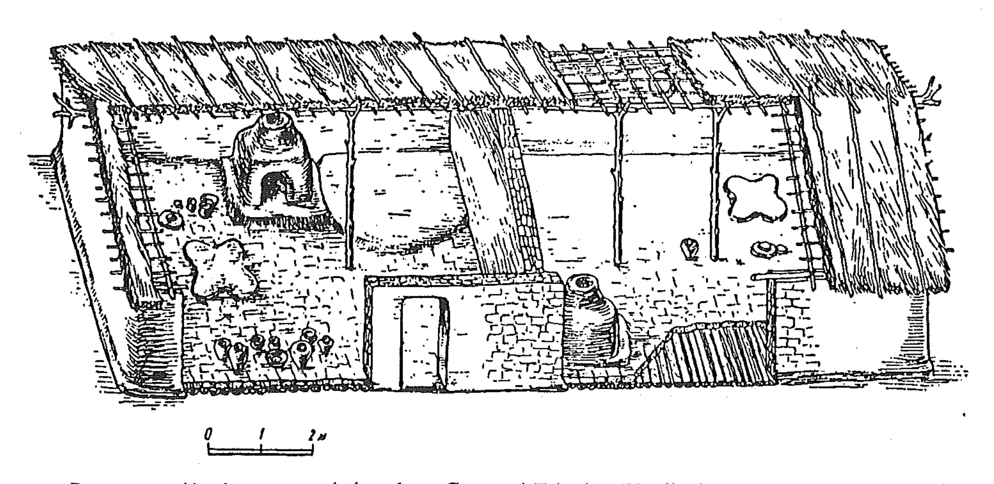
Utensilios de cobre de la Vieja Europa

En cambio, nunca utilizaron el bronce ni conocieron la aleación del cobre con el arsénico, el cinc o el estaño para producirlo. Con el cobre puro pueden confeccionarse utensilios domésticos o rituales. Pero es demasiado blando para fabricar armas.

Área metalúrgica de la Vieja Europa durante el V milenio (línea continua) con sus tres principales focos I: (Bulgaria central), II (Vinča), III (Polgár carpático). La línea discontinua muestra las regiones kurgánicas donde penetraron importaciones del cobre europeo durante la etapa Kurgan I (según M. Gimbutas)



La capilla de Sabatinivka (Vieja Europa), correspondiente al V milenio a. C. (Cucuteni.Tripolye), según M. L. Makarevich

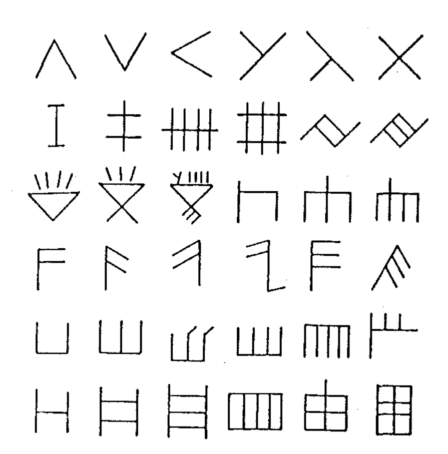


Reconstrucción de una casa de la cultura Cucuteni-Tripolye (V milenio a. C.), según T. S. Passek

Desarrollaron cerámicas de exquisita forma y policromía. Y el comercio del oro y del cobre se extendió a centenares de kilómetros. Probablemente los atractivos metales y otros lujos de aquella antiquísima Europa llegaron hasta las estepas y se convirtieron en uno de los alicientes que a la postre desencadenarían la irrupción de los indoeuropeos en su territorio.

Ningún indicio arqueológico, de los que tanto abundan en otras sociedades, hace pensar que la sociedad de la Vieja Europa conociera una división de clases entre gobernantes y gobernados o entre dueños y trabajadores. No hay palacios mucho más ricos que las viviendas comunes, ni enterramientos reales o principescos. Lo que sí hay en abundancia son templos con gran acumulación de riquezas —oro, cobre, mármol, cerámicas— que sugieren una teocracia o una monarquía teocrática.

En cualquier caso, la religión ocupaba un lugar central en aquella sociedad. Los europeos de entonces construían numerosos templos y lugares diversos para el culto. Cerca del Danubio, al sureste de Bucarest, los arqueólogos rumanos han desenterrado uno de los más antiguos templos conocidos en Europa. Y otros diversos han sido excavados en los Balcanes. Contaban con un complicado ceremonial y variados instrumentos para el culto. Entre su decoración hay dibujos de espirales en rojo y verde. Abundan vasos con forma humana, de pájaro y de otros animales, lámparas, cucharas, diferentes ornamentos para las sacerdotisas, peinados cuidadosos en las figurillas que representan a la diosa pájaro o a la diosa serpiente; todo habla de un lugar preponderante de la religión en aquella sociedad, así como de una gran complejidad ritual.



Algunos signos de la escritura de la Vieja Europa
(según M. Gimbutas)

Para profundizar en los diferentes aspectos de la sociedad de la Vieja Europa no contamos con la ayuda de la Arqueología Lingüística: nada ha queda-

do de sus lenguas que nos pueda proporcionar información. Y, sin embargo, es posible que ya entonces existiera una forma de escritura. De la cultura de Vinča proceden vasos destinados al culto, figurillas y diversos otros objetos rituales, inscritos con lo que parece ser una escritura a base de signos rectilíneos, de los que pueden identificarse un buen número, pertenecientes a la etapa comprendida entre los milenios VI y IV a. C. Pocos son los especialistas que dudan ya del carácter de verdadera escritura de esos signos. Algunos prefieren hablar de *pre-escritura.* Pero después de las interesantes observaciones de H. Haarmann parece indudable que de verdadera escritura se trata. Su naturaleza es pictográfica y su uso exclusivamente religioso y cultual, al contener, según todos los indicios, fórmulas rituales y el nombre de divinidades sobre objetos votivos. Haarmann ha hecho ver la identidad o estrecha similitud entre más de medio centenar de esos signos con otros tantos de la escritura lineal A



Diversos objetos con escritura de la Vieja Europa, correspondientes a la primera mitad del V milenio a. C. (según M. Winn y B. Nikolov)

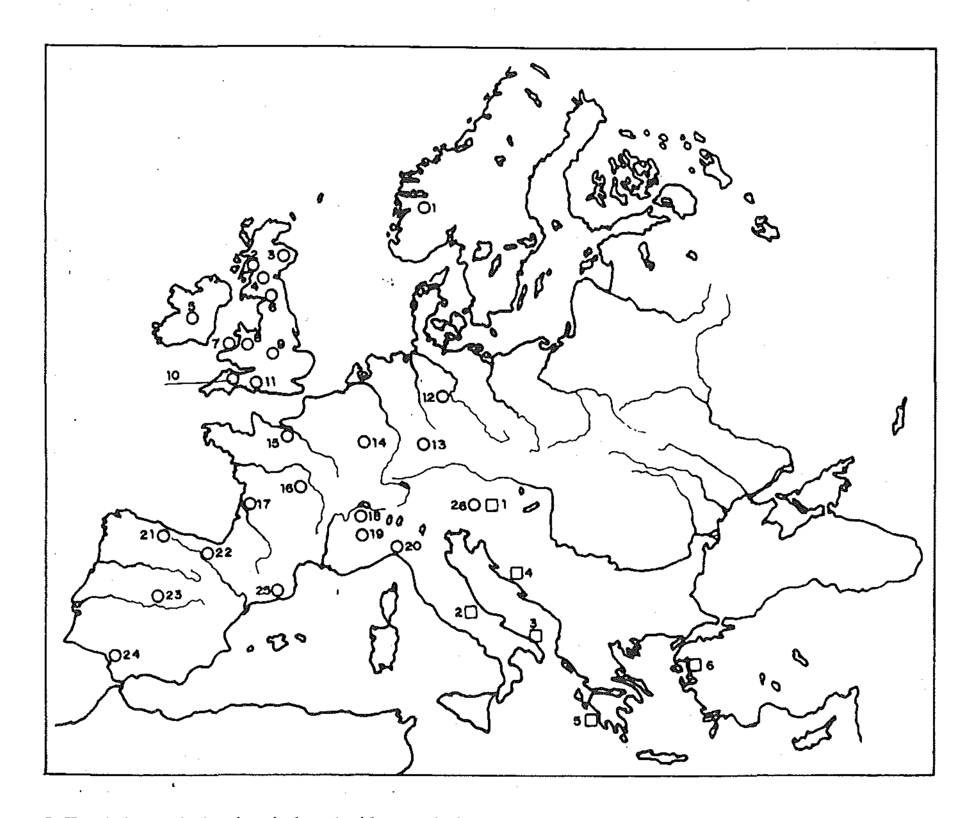
de Creta. Una coincidencia que no puede ser casual y que, al integrarse en todo un amplio sistema de otras similitudes culturales, lleva a la obvia conclusión de que esa escritura cretense es heredera de la de la Vieja Europa.

Esto supone una profunda revisión de las ideas generalizadas sobre el origen de la escritura. Hasta hace bien poco parecía asegurado que la pictográfica sumeria, que se inicia a partir del IV milenio, fue la primera escritura de la Humanidad. Pues bien, la europea la precedió en unos 2.000 años, convirtiéndose así en la más antigua de todas. Según parece, la escritura ha sido inventada independientemente en seis ocasiones: la Vieja Europa, Sumeria, Egipto, el Valle del Indo, China y la Mesoamérica precolombina. Entre algunas de ellas parece haber ciertas afinidades estructurales, lo que en sí mismo no implica necesariamente contactos o influencias históricas. Pero el inicio de la escritura en Sumeria y en el Valle del Indo durante el IV milenio coincide cronológicamente con su cese en la Vieja Europa. Y, como el IV milenio es el momento crucial en que la presión indoeuropea estaba estrangulando a la Vieja Europa, no sería inverosímil que se hubieran producido movimientos de huida de aquellos europeos hacia diferentes puntos, que pudieran haber influido así en el surgimiento de esas otras escrituras, como sucedió probablemente en Creta. Por el momento no podemos asegurar nada. El carácter totalmente independiente o la posible conexión entre esas escrituras está por establecer.

La escritura de la Vieja Europa resulta por ahora impenetrable y, por lo tanto, nada sabemos por ese conducto de aquella lengua o quizás mejor, de aquellas lenguas. Pero, aunque escasísimos, algunos datos nos proporcionan la toponimia por una parte, y los préstamos a las lenguas indoeuropeas históricas por otra.

Al tratarse de una cultura neolítica, es de fácil conjetura que dispusieran de un abundante vocabulario para designar la piedra en sus diferentes manifestaciones. Y, efectivamente, son varias las raíces real o supuestamente pre-indoeuropeas que se suelen mencionar para «piedra». Tenemos en primer lugar **kar-* en diferentes topónimos, reflejados en el mapa que sigue. Por otro lado está **mal-*, alguno de cuyos ejemplos presento también en el mismo mapa. Finalmente mencionaré **lap-/*lep-*, presente en latín *lapis* y griego λέπας. Suele decirse que a veces las raíces pre-indoeuropeas podían invertir el orden de sus elementos consonánticos, y también que las oclusivas podían cambiar su modo de articulación. Según eso la citada raíz *lap-* podría reaparecer con la modalidad sonora de la oclusiva labial **lab-* en griego λάβρυς «hacha» (sin duda hacha de piedra en su origen); y con el orden de sus consonantes invertido en la palabra *pala* «piedra, losa sepulcral» en las inscripciones lepónticas del norte de Italia. Sin embargo, esa palabra *pala* es muy difícil de etimologizar, e incluso simplemente de clasificar como indoeuropea o no indoeuropea (de hecho para ella se han propuesto no menos de media docena de posibilidades). Pero esas fluctuaciones del consonantismo acaso no se deban tanto a ca-

racterísticas intrínsecas de aquellas lenguas cuanto a avatares en su transmisión y adopción por parte de las gentes de lenguas indoeuropeas. Por otra parte a veces esas raíces pretendidamente no indoeuropeas aparecen integradas en un sistema de derivación netamente indoeuropeo que hacen pensar o bien que en realidad son indoeuropeas o bien que, siendo pre-indoeuropeas en su origen, fueron tomadas en préstamo por los indoeuropeos y utilizadas libremente después en paridad con las raíces patrimoniales. Así sucede de hecho con **kar-* y probablemente también con **mal-*.



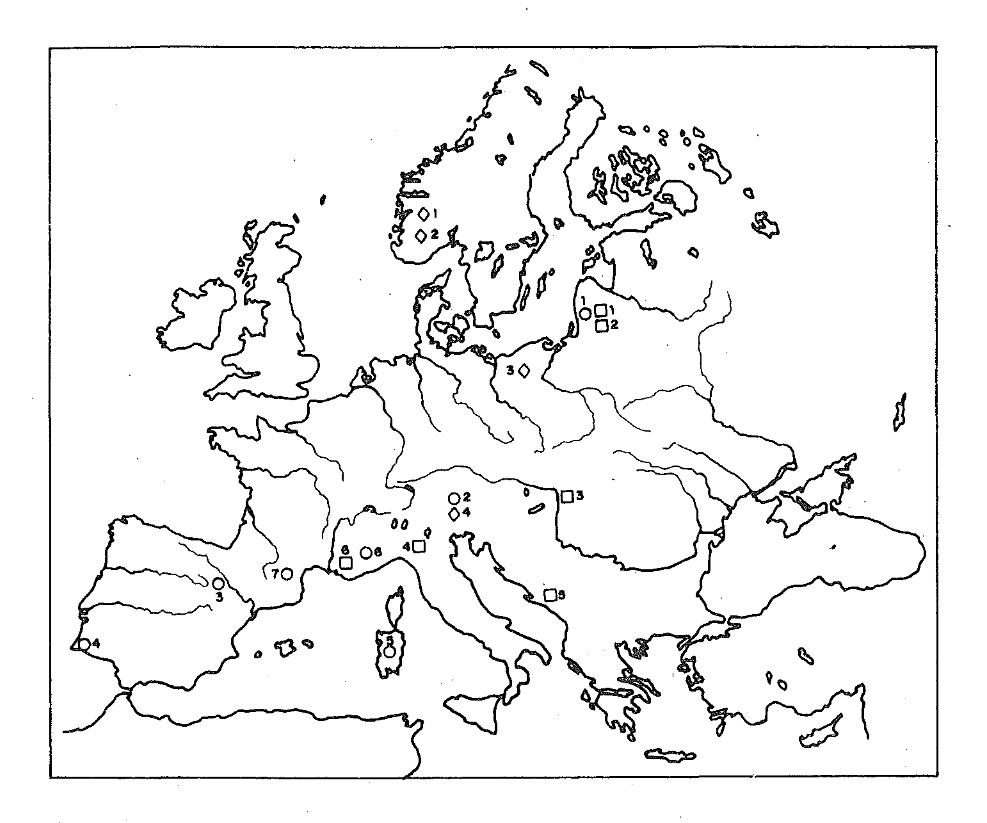
O Topónimos derivados de la raíz **kar-* «piedra»:

1) Harund, 2) Kar(r)ona > Carron, 3) Carron, 4) Carron, 5) Carad, 6) Cart Water, 7) *Karīsa > Ceri, 8) Ceri, 9) Car(r)ant, 10) Carey, 11) Cary, 12) *Karista > Harste, 13) *Karisia > Körsch, 14) *Kara > Chiers, 15) Charentonne, 16) Carus > Cher, 17) Charante, 18) Chéran, 19) Carusius > Chéruis, 20) Carusa, 21) Carranzo, 22) Carranza, 23) Car(r)antona, 24) Carisa, 25) Carant, Caranta, Carantó, 26) Carantania > Kärnten

□ Topónimos derivados de la raíz **mal-* «roca»:

1) Maltein, 2) Malventum, 3) Malasca, 4) Malontum, Malumtum, 5) Μαλοῦς,
6) Μαλοῦς (Según A. Tovar)

Quizás pueda tenerse en consideración la propuesta hecha por algunos, de que «ciudad» se diría en una o varias de aquellas lenguas con la raíz **ur*, que se atestigua en vasco *uri, iri*, y en sumerio *Ur, Uruk.* Podría estar esa palabra como elemento de substrato en la base de latín *urbs* «ciudad». Y se ha sugerido su presencia en la palabra griega λαβύρινθος (laberinto), en que se da junto a la raíz **lab-*, ya citada. Y, en general, tenemos en nuestras lenguas, aún hoy, diferentes palabras de origen pre-indoeuropeo, frecuentemente ese tipo carac-



Topónimos frecuentemente considerados de origen pre-indoeuropeo (según A. Tovar)

○ *Balsa:*

1) Balsé. Balsiai, 2) Balsenz, 3) Balsio, Belsinon, 4) Balsa, 5) *balsa, baltza*, 6) Balzaguiis, 7) Balsitges

□ *Katar:*

1) Katrà, 2) Katāre, 3) Catari?, 4) Catarona, 5) Katarbates, 6) Cadarac

◇ *Radantia:*

1) Radund, 2) Randalselven, 3) Radęca, 4) Radantia > *Rednitz, Regnitz*

terístico de palabras que los invasores suelen tomar de la lengua de los indígenas: nombres de animales, plantas y eventualmente productos y técnicas que previamente no conocían, como *menta, orégano, rosa, lirio, higo, violeta, laurel, asno, mulo, liebre, plomo, hierro, vino.*

El problema del substrato en las lenguas indoeuropeas cobra así una luz diferente. Antes, cuando se creía en un emplazamiento centroeuropeo y norte- europeo de la patria originaria, se suponía que las estirpes indoeuropeas asentadas en el Mediterráneo (fundamentalmente latinos y griegos) habrían encontrado en las tres penínsulas mediterráneas habitantes no indoeuropeos que le habrían servido de substrato. Y por ello se hablaba de *substrato mediterráneo.* Naturalmente, un substrato pre-indoeuropeo se suponía igualmente para las lenguas de la India y el Irán. Y, más tarde, también para las lenguas de Anatolia. Incluso se extendió para esos territorios el término de *substrato mediterráneo.* Pero ahora sabemos que también la Europa central y nórdica estuvo ocupada por pobladores no indoeuropeos. Y por consiguiente, *todas* las lenguas indoeuropeas han tenido de hecho substratos. Por lo tanto, el término de «mediterráneo», aplicado al substrato pre-indoeuropeo, ha dejado de tener significación. Porque en realidad sabemos muy poco de la variedad o uniformidad de las lenguas habladas en toda la Europa neolítica, así como de sus posibles interconexiones. Aunque hay inventarios de raíces y otros elementos de substratos pre-indoeuropeos, es éste un terreno aún sin organizar. Y nada hace pensar que el del Mediterráneo fuera un conjunto homogéneo y diferenciado del de otros puntos de Europa. Es posible que en décadas venideras una exploración más sistemática, seguida de una paciente labor comparativa, pueda proporcionar interesantes informaciones.

Pero aunque nos falta la ayuda de la Arqueología Lingüística, la Arqueología nos proporciona, como hemos visto, diversos indicios sobre la religión, así como sobre ciertos aspectos de la ideología y de la sociedad de la Vieja Europa. Su divinidad central era femenina, la Gran Madre dadora de la vida, asimilada a la tierra que genera el fruto de la cosecha, proceso esencial en una cultura agrícola como aquélla. La mayoría de los símbolos están asociados con la tierra húmeda y las aguas vivificadoras, con los órganos femeninos; se basan en elementos cíclicos como la luna o el cuerpo de la mujer. Es verosímil que el nombre, o uno de los nombres de la Gran Diosa de la Vieja Europa, al menos en Occidente, fuera *Ana* o *Dana,* que ha persistido como epíteto de ciertas divinidades femeninas en diferentes lugares de la Europa posterior ya indoeuropeizada (latín, mesapio, celta).

La imagen de la vida llevaba implícita la de su regeneración tras la muerte, a semejanza de la semilla que se entierra y renace en la nueva cosecha. Por ello son frecuentes las sepulturas ovales o antropomórficas, que evocan el úte-

ro o el cuerpo de la Gran Madre. Y en la decoración abundan imágenes de la diosa, laberintos, vulvas, senos.

Concebían este mundo separado del más allá por una barrera de agua que los muertos atraviesan en barco. El otro mundo lo situaban en el Oeste y la vida tras la muerte la concebían como algo placentero y alegre.

Aquélla fue en verdad la era de la mujer. En consonancia con la concepción de los dioses y los seres sobrenaturales, la sociedad humana de la Vieja Europa era matriarcal. La mujer ocupaba en ella el papel central. La herencia se transmitía por línea femenina y lo mismo el nombre y el reconocimiento de la estirpe. Pero eso no parece haber implicado una subordinación del hombre a la mujer. En realidad, la sociedad de la Vieja Europa parece haber sido muy igualitaria. No había grandes diferencias de clase ni tampoco de sexos. Existía ciertamente una especialización en las funciones y ocupaciones de hombres y mujeres. Pero una igualdad en la estima se deja traslucir en la riqueza pareja de los enterramientos de unos y otras.

En un sistema matriarcal, como el de la Europa primitiva, la mujer suele ser libre de elegir el marido que quiera, o mejor, los maridos que quiera. No existe el concepto ni la penalización del adulterio, que obedece a la necesidad de garantizar en los sistemas patriarcales la pureza de la sucesión por vía paterna. Ni la virginidad suele ser valorada. Y naturalmente es la madre —el padre no tiene por qué ser siquiera conocido— la que mantiene a su lado y educa a sus hijos.

El V milenio constituyó el momento de máximo esplendor de la civilización de la Vieja Europa. Pero fue también el del principio de su ruina. A partir de 4400 a. C., aquella hermosa cultura se convirtió en el objetivo de los pastores bárbaros de las estepas, que la alcanzaron en una serie interminable de incursiones y de razzias a lo largo de casi dos milenios, con tres etapas de particular intensidad. La primera entre 4400 y 4200; la segunda entre 3400 y 3200; y la tercera entre 3000 y 2800. Esos dos milenios que median entre el V y el III a. C. fueron para Europa una etapa convulsa, en la que se produjeron cambios profundos y traumáticos. En ellos se gestaba agónicamente la personalidad étnica, religiosa y cultural de nuestro continente y, por lo tanto, de la cultura occidental. Aquélla fue quizás la época más crítica en su desarrollo.

Las civilizaciones superiores, con su bienestar y el brillo de sus lujos, han sido reiteradamente el señuelo que ha atraído a pueblos menos civilizados para conquistarlas e inexorablemente destruirlas. El esquema se ha repetido innumerables veces. En esta ocasión, la primera que podemos testimoniar, aquella vieja civilización europea fue paulatinamente penetrada y virtualmente arrasada. Y —tal como en esos casos es normal que suceda— sobrevino una larga edad oscura. Durante ella los vencedores impusieron su lengua, su organiza-

ción social, su religión, sus costumbres. Pero ello no supuso el genocidio de la población anterior. Por el contrario, las dos estirpes terminaron por mezclarse. Y algo de aquella vieja civilización quedó para siempre integrado en la nueva síntesis que con el paso de los siglos de allí surgiría. Y lo que de allí surgió fue en realidad la Nueva Europa, que en esencia pervive aún en nuestros días, si bien matizada por nuevos y reiterados procesos locales de mestizaje.

La indoeuropeización de la Europa centro-oriental, iniciada en el V milenio, quedó consolidada con las invasiones del IV (lo que M. Gimbutas llama *kurgan wave* 2). Y ella misma se convirtió en foco secundario de indoeuropeización para la Europa septentrional y occidental ya desde principios del III milenio.

Los estudiosos que habían fijado las culturas danubiano-centroeuropeas como la *Urheimat* (la primera patria) indoeuropea no estaban después de todo tan equivocados. No es desde luego la primera patria de todos los indoeuropeos. Pero es el hogar donde cristalizó la indoeuropeidad de Europa por la confluencia de dos estirpes: los agricultores civilizados de la Vieja Europa y los pastores bárbaros de las estepas. Una vez indoeuropeizada, de esa patria segunda partieron a su vez incursiones y razzias que llevaron la indoeuropeización del continente cada vez más al Norte, hasta alcanzar el Báltico y Escandinavia, y cada vez más hacia el Oeste, hasta llegar a Francia, España y las Islas Británicas. Los últimos episodios de ese magno proceso sucedieron ya ante los ojos de la Historia.

En el Occidente europeo, como en cualquier otro lugar donde ha ocurrido este proceso, antes de que aprendieran a producir alimentos mediante la agricultura y la ganadería, sus habitantes eran cazadores-recolectores. Y en esa situación debía de seguir la mayor parte de Europa mientras que la agricultura y la civilización de la Vieja Europa se desarrollaba en la cuenca del Danubio y en los Balcanes.

Los cazadores-recolectores necesitan enormes cantidades de terreno para subsistir y su población suele ser en consecuencia de muy escasa densidad. Verosímilmente el proceso de neolitización de Europa occidental no consistió tanto en que su escasa población paleolítica asimilara la revolución neolítica, cuanto en el avance paulatino de los agricultores desde la Europa centro-oriental. A. J. Ammerman y L. L. Cavalli-Sforza han calculado el ritmo de crecimiento y expansión de una comunidad de agricultores, que avanza en forma pacífica, simplemente colonizando las tierras adyacentes sin encontrar oposición por parte de la población autóctona, escasa y en estado salvaje. Naturalmente, los agricultores van eligiendo los terrenos más favorables y las comunidades de cazadores-recolectores van siendo relegadas a las zonas marginales de condiciones más adversas donde, paulatinamente, se ven condenadas a la extinción.

Del Occidente agrícola pre-indoeuropeo no sabemos demasiado. Pero no pocos de los rasgos enumerados como propios de la civilización de la Vieja Europa en la cuenca del Danubio y los Balcanes se repiten en forma más o menos modificada en el Occidente, como de hecho nos consta con el matriarcado, la Diosa Madre y los rituales de orientación agrícola. El concepto de la Vieja Europa admite, así, dos acepciones. La primera, restringida, se aplica a la zona centro-oriental y balcánica. Ése fue el núcleo originario, la zona de gestación e irradiación de su civilización característica. La segunda, ampliada, incluye también la Europa occidental neolítica, que fue la zona natural de expansión de la primera. Y sobre ese substrato occidental neolitizado e impregnado de la vieja cultura europea, pero carente de grandes focos de civilización urbana al modo oriental, se realizó la indoeuropeización de Europa occidental.

La Arqueología detecta la intrusión del pueblo «de las hachas de combate» en el norte de Europa durante el III milenio. Y probablemente las características étnicas y lingüísticas de Alemania, Holanda y sur de Escandinavia cristalizaron como resultado de la mezcla del substrato previo allí existente —verosímilmente de tipo finés— con el pueblo «de las hachas de combate» que procedía de regiones más orientales de Europa, previamente indoeuropeizadas, como sabemos.

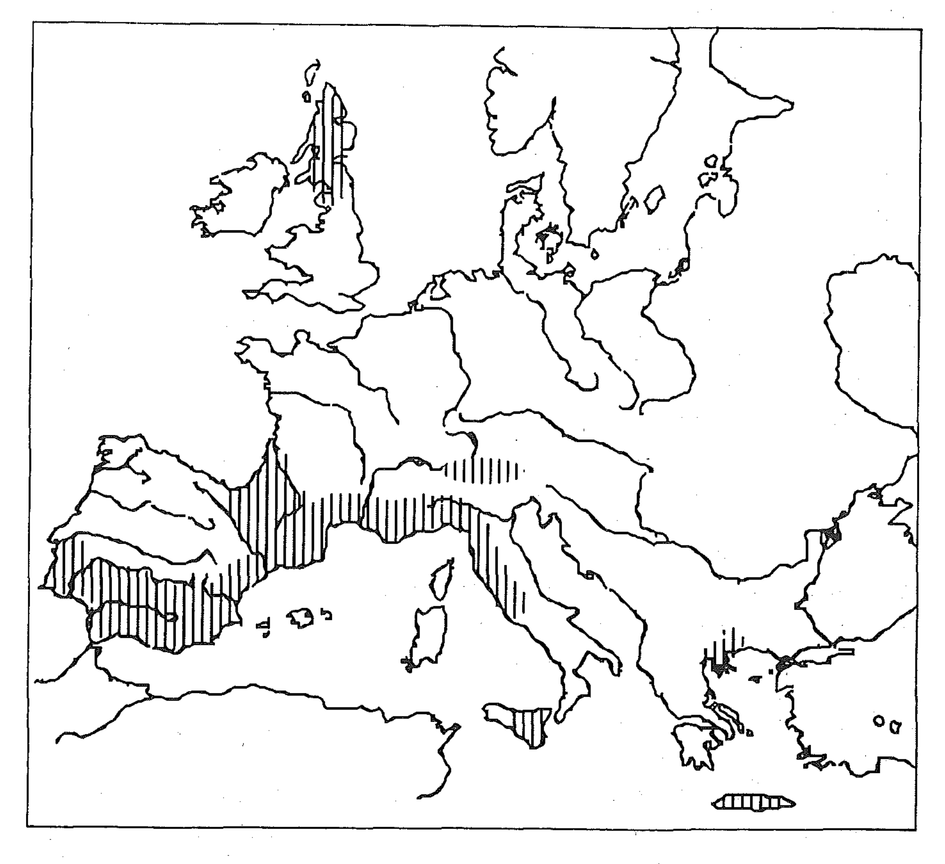
Aún más tardía fue la indoeuropeización del Oeste y Suroeste. Hacia 1500 a. C. casi toda Francia, buena parte de las Islas Británicas y de la Península Ibérica habían sido alcanzadas por elementos indoeuropeos, pero en modo alguno estaban plenamente indoeuropeizadas.

Cuanto más tardía ha sido la indoeuropeización de una zona, más probabilidades existen de que hayan pervivido hasta épocas plenamente históricas núcleos de población preindoeuropea con su lengua más o menos intacta o, cuando menos, se conserven ciertos elementos culturales —ritos, costumbres, instituciones— pertenecientes a la Europa preindoeuropea.

Hoy, en el siglo xx, la indoeuropeización de Europa es *casi* completa. Pero en el extremo Norte y en el extremo Occidente han logrado pervivir considerables núcleos de población preindoeuropea. En el Norte los finlandeses y estones, emparentados entre sí y pertenecientes a la familia fino-ugria. Y en el Occidente los vascos, ubicados en ambas vertientes de los Pirineos, de quienes me ocuparé con más detenimiento en otro lugar de este libro. Incidentalmente diré que los húngaros —pertenecientes a la misma familia fino-ugria— tampoco son indoeuropeos. Pero su presencia en Centroeuropa no es un residuo que haya sobrevivido a la indoeuropeización, sino el resultado de una emigración tardía desde el Norte.

Tanto en el Occidente como en los Balcanes aún subsistían en la Antigüedad varios núcleos más que han ido desapareciendo a lo largo de estos dos mil últimos años. Entre ellos están en primer lugar los etruscos, ubicados en Italia, al norte del Lacio. Habían desarrollado una notable cultura a la que con fre-

cuencia se le ha querido encontrar concomitancias orientales. Y no es seguro que no hayan sido a su vez inmigrantes relativamente tardíos desde algún otro punto que desconocemos. A decir de historiadores antiguos, tenían las mujeres en común, de forma que los niños no sabían quién era su padre. La posición de las mujeres era sorprendentemente elevada y libre. Y dedicaban mucha atención al cuidado de su persona. Frecuentemente en Roma todo ello se interpretaba como signo inequívoco de una vida corrupta y licenciosa. El sistema era matrilineal, lo que no dejó de influir en la propia Roma: durante la etapa monárquica que precedió a la República, la transmisión de los derechos sucesorios de los reyes se producía por línea materna, por influencia del matriarcado etrusco. Un reflejo visible de la diferencia entre ambos mundos puede encontrarse en las costumbres onomásticas de Etruria en comparación con las romanas. Los etruscos mencionaban el nombre de su madre en la fórmula onomástica. En cambio, las mujeres romanas no tenían originariamente más nombre que el de su padre o su marido.



Zonas de Europa en las que tenemos constancia de que en la Antigüedad subsistían aún restos de poblaciones pre-indoeuropeas

También dentro de Italia podría haber otras huellas de lenguas preindoeuropeas en la toponimia de Liguria, Retia y Sicilia. Y tal vez en alguna pequeña inscripción, obscura y poco informativa. Los ligures, que dan nombre a la primera de esas regiones, son citados por algunas fuentes clásicas como los habitantes de la ribera noroccidental del Mediterráneo, principalmente en el sur de Francia y norte de Italia. Poco a poco fueron absorbidos por los celtas y más tarde latinizados con ellos. En cuanto a la Retia, está situada en el norte de Italia, en la región montañosa del Tirol. De sus habitantes habla Tácito en varias de sus obras y debían de estar ya bajo influencia celta, porque, según cuenta Plinio, el nombre de la Retia se debe al de un rey galo llamado Reto.

En Escocia existía un pueblo que las fuentes latinas llaman *picti* «los pintados». Y, aunque es un tema debatido, probablemente es el mismo pueblo que los irlandeses llamaban *cruithin* y los galeses *prydyn*. Tanto los nombres celtas como el latino responden a la costumbre peculiar de tatuarse que ese pueblo practicaba. Aunque los pictos abrazaron el cristianismo en el siglo VI, subsistieron como grupo diferenciado algún tiempo más y en el VIII llegaron a poseer un reino independiente, unido en el IX a Escocia por el rey Keneth I MacAlpin. De su lengua han llegado hasta nosotros los nombres de algunos de sus reyes en fuentes latinas y medievales, diversos topónimos y, sobre todo, una serie de inscripciones. Se trata de textos muy breves que resultan del todo impenetrables a pesar de estar escritos en un alfabeto conocido: el ogámico, que fue creado en Irlanda en el siglo IV d. C., e introducido en Escocia en el siglo V. La lengua de los pictos parece contener algunos préstamos celtas, cosa que no es de extrañar, al haber convivido con ellos durante siglos. Pero no se trata de una lengua celta, ni tampoco, según parece, indoeuropea. Fuera de eso poco más puede decirse.

Antes de la llegada de los helenos, habitaban en Grecia gentes conocidas por los nombres de *pelasgos, léleges* y *carios,* que las tradiciones griegas consideraban los primitivos habitantes de la Hélade y de las islas. De ellos me ocuparé en otro lugar. En las islas de Naxos, Cos y Lesbos subsistían todavía en el siglo XVIII vestigios del matriarcado y de la sucesión matrilineal. Pero, sin ninguna duda, el testimonio histórico más brillante, el reflejo más informativo de lo que fue la civilización de la Vieja Europa, lo encontramos en Creta. Cuando los indoeuropeos, a partir del V milenio, comenzaron a penetrar en la cuenca del Danubio, aquella atractiva civilización comenzó a desintegrarse en su zona continental. Pero en Creta, tal vez por su posición periférica que retardó la llegada de los indoeuropeos, tal vez por haberse convertido en refugio de la gente del continente que huía de la presión kurgánica, mantuvo hasta la mitad del II milenio a. C. los rasgos esenciales de la Vieja Europa. Su gran sensibilidad artística se siguió manifestando en los frescos cretenses de mujeres adornadas con elegantes atavíos, que protagonizaban juegos y ceremonias. Y cuando finalmente fue indoeuropeizada por los griegos, mantuvo

todavía una parte de sus hábitos tradicionales. Estrabón describía rasgos matriarcales en la Creta de su tiempo, como el matrimonio matrilocal, mencionado por las leyes de Gortina. En Creta hay dos variedades de escritura. La una, de tipo pictográfico, utilizada entre 2000 y 1600 a. C., solemos llamarla escritura jeroglífica cretense. La otra, que llamamos lineal A, se utilizó entre 1600 y 1450, fecha en que fue reemplazada por la escritura micénica. Ésa segunda es la que ofrece concomitancias con la escritura de la Vieja Europa asociada a la cultura de Vinča. Recientemente ha habido ciertos intentos de desciframiento de la escrituras cretenses, sobre los que hablaré más adelante, en el capítulo dedicado a los griegos.

El paso del tiempo obraba a favor de la conservación hasta épocas históricas de poblaciones no indoeuropeas, o al menos de muestras de sus lenguas. Cuanto más tardía fue la indoeuropeización de una zona, más probabilidades hay de que a ella hubiera llegado la invención de la escritura antes de la erradicación de las viejas lenguas. Es por ello que la Península Ibérica resulta uno de los lugares más favorables para el estudio de las lenguas y los pueblos preindoeuropeos de Europa. Aquí llegaron muy tarde los indoeuropeos y ello permitió que se transmitieran hasta nosotros restos escritos en varias lenguas no indoeuropeas, como el ibero y acaso la lengua de Tartesos, aparte naturalmente del vasco. Pero de ello me ocuparé en otra parte de este libro.

Capítulo IV

LA PRIMERA EUROPA INDOEUROPEA

Como ya hemos dicho, la Arqueología detecta dos momentos de máxima intensidad de la penetración kurgánica en Europa centro-oriental. La una hacia 4400 y la otra hacia 3400. Aunque sin duda hubo otros períodos de actividad migratoria en esa misma dirección a lo largo de todo el IV milenio y buena parte del III. Entre los primeros inmigrantes indoeuropeos y los últimos puede haber existido una distancia de entre 1.500 y 2.000 años. Y sucede que ése es mucho tiempo en la historia de cualquier lengua. Hace ahora 2.000 años en Roma gobernaba Augusto. La era cristiana no había comenzado. Y nuestra propia tradición lingüística se encontraba inmersa en la etapa que conocemos como latín clásico.

Quiero señalar con ello que, a falta de términos adecuados, nosotros nos vemos forzados a llamar *indoeuropeo* a la lengua que hablaban los primeros invasores de las estepas hacia 4400 a. C., lo mismo que a la que hablaban los del año 3000, o 2800. Pero probablemente, en el caso imposible de que unos y otros hubieran tenido la oportunidad de hablar entre sí, no habrían sido capaces de entenderse. Los del año 3000, hablaban ya una lengua distinta de la de sus antepasados de 4400, aunque derivada de la misma tradición de una a otra generación.

Probablemente, aunque los detalles de un proceso tan complejo y tan lejano se nos escapan, las lenguas indoeuropeas históricas proceden más bien del habla de los invasores más recientes, que debieron de hacer con los descendientes de los primeros lo mismo que los primeros habían hecho a su vez con las poblaciones de la Vieja Europa: vencerlos, someterlos e imponerles su lengua.

Entre las lenguas indoeuropeas históricas normalmente tenidas por tales no hay ninguna que derive directamente de los primeros episodios de penetración (los invasores del V milenio). La lengua indoeuropea común que nosotros re-

construimos basándonos en los testimonios históricos es la de los protagonistas de episodios más recientes de la indoeuropeización. De la lengua de aquellos primeros invasores no ha quedado ninguna heredera histórica que pueda ser identificada con certeza como tal. Y si ha quedado algo, no estamos en condiciones de reconocerlo. En el capítulo anterior he mencionado una serie de pueblos (etruscos, ligures, retos, pictos, pelasgos, léleges, carios, paleocretenses, vascos, iberos, tartesios) que suelen ser considerados como islotes supervivientes de aquel continente lingüístico de la Vieja Europa, sumergido por la gran oleada indoeuropea. Pero ¿son realmente todas ellas lenguas no indoeuropeas, o mejor, preindoeuropeas?

De vez en cuando hay algún estudioso que propone, respecto a una u otra de las mencionadas, que en realidad se trata de una lengua indoeuropea. Unos con más y otros con menos insistencia, unos con más y otros con menos fundamentos, al menos los ligures, los etruscos, los pelasgos, los carios y los tartesios han sido considerados indoeuropeos por algún que otro autor. Pero la escasez de sus restos y nuestro desconocimiento de su significado hace que esos intentos queden la mayoría de las veces sin posibilidad de verdadera demostración. Y sin embargo, nada más lógico que el que alguna de esas lenguas fuera en realidad miembro no reconocido de nuestra familia lingüística.

En efecto, las lenguas indoeuropeas históricas universalmente reconocidas como tales proceden con toda verosimilitud, como ya he dicho, del habla de los invasores indoeuropeos del IV milenio en adelante. Pero esos invasores más recientes no erradicaron por completo las lenguas que se hablaban en Europa desde el primer momento de su llegada. Y esas lenguas debían de ser en parte variedades indoeuropeas derivadas de la lengua de los invasores más antiguos —que les había precedido en mil años o más— y en parte lenguas preindoeuropeas en sentido estricto, que habían sobrevivido a las sucesivas etapas de indoeuropeización.

Es por consiguiente posible que algunas de las lenguas normalmente tenidas por pre-indoeuropeas sean en realidad indoeuropeas. Pero en ese caso sus rasgos morfológicos y fonéticos pudieran ser muy distintos de lo que nos es familiar por proceder de un prototipo indoeuropeo muy antiguo y presumiblemente muy arcaico. Hasta tal punto pudiera ser distinto, que los sistemas morfológicos que sirvieron de criterio decisivo en el descubrimiento de la familia indoeuropea no fueran de aplicación en el caso de esas lenguas. Porque esa morfología, tan característica de la indoeuropeidad, pudo haberse desarrollado precisamente en el largo espacio de tiempo que media entre los primeros y los últimos episodios de la migración.

Es éste un terreno sumamente resbaladizo, en el que por el momento muy poco cabe afirmar, pero tampoco descartar. Desgraciadamente, es mucho lo que ignoramos todavía —lo que tal vez ignoremos siempre— de nuestra propia historia.

Muy poco sabemos de las primeras fases de la indoeuropeización de Europa. Las noticias explícitas más antiguas de que disponemos son, como es natural, posteriores a la introducción de la escritura, concretamente del II milenio a. C. para Asia Menor y los Balcanes, y del I milenio para el Occidente europeo. De la larguísima época comprendida entre el IV milenio y los albores del I poco podemos decir excepto que el grandioso proceso de la gestación de Europa y la adquisición de su identidad estaba ya en marcha.

Pero cuando la documentación escrita de una época falta, el lingüista encuentra todavía un instrumento al que recurrir: la toponimia. Por tal entendemos la ciencia que estudia los nombres propios de lugar, como *Alpes, Torredonjimeno* o *Alcántara.* La toponimia es una rama de una ciencia más general, la onomástica, que versa sobre todo tipo de nombres propios, incluidos los antropónimos, como *Isidoro, Francisco* o *Isaac.* A su vez, la toponimia se divide en varios capítulos, de entre los cuales tiene para nosotros particular interés la hidronimia, que se ocupa de los nombres de ríos.

Los nombres con que designamos los lugares no cambian con facilidad. Pero tampoco son inmutables. Causas diversas pueden hacer que sean substituidos por otros nuevos. Una renovación a gran escala del sistema toponímico de una región no se produce si no es por causas graves, como puede ser la substitución en medida más o menos completa de sus pobladores por otros nuevos, que tenderán a poner a los lugares nombres nuevos a partir de su propia lengua. Sin embargo, ni siquiera la substitución de una lengua por otra distinta en una región suele conllevar una erradicación a gran escala de la toponimia anterior. A nada que haya contacto o convivencia entre los pobladores anteriores y los siguientes, éstos tomarán de aquéllos muchos de los nombres de lugar con que los nativos designaban sus ciudades, sus montañas o sus ríos.

Pues bien, se ha observado en diversas circunstancias históricas que de entre los topónimos, son los nombres de ríos (hidrónimos) los más tenaces, los que mayor resistencia ofrecen a la renovación. En efecto, los nuevos pobladores fundarán sin duda ciudades nuevas a las que impondrán nombres de su propia lengua. Y también podrán prescindir de la denominación indígena de una montaña e imponerle una nueva. Pero difícilmente podrán hacer lo mismo con un río, el detalle de cuyo curso sólo conocen los nativos. Para referirse a los ríos de la región, los nuevos pobladores necesitarán informarse y dejarse guiar por los pobladores autóctonos que, naturalmente, lo mencionarán con el nombre con que tradicionalmente venían llamándolo. Sin embargo, eso tampoco quiere decir que la hidronimia sea inmutable. A lo largo de los milenios y tras sucesivos episodios de cambios de lengua puede ser ampliamente renovada. Piénsese, por ejemplo, en la substitución de *Baetis* por *Guadalquivir,* con la invasión árabe. Pero eso no elimina el hecho de su mayor persistencia en relación con otras variedades de topónimos.

La tenacidad de la hidronimia la convierte, pues, en un instrumento precioso para estudiar la identidad de las antiguas poblaciones de cualquier territorio. Y, en particular, resulta de sumo interés para entrever algo sobre las antiguas poblaciones de Europa.

Los topónimos suelen ser originariamente palabras corrientes de la lengua de sus pobladores. Piénsese en nombres como *Riotinto, Despeñaperros* o *Villanueva.* Pero con el paso del tiempo diversas causas contribuyen a que el sentido originario se diluya y termine perdiéndose por completo, proceso que se consuma inevitablemente cuando el topónimo sobrevive a la lengua en que se originó. Entonces se convierte en un mero nombre propio, sin valor apelativo alguno. Tal ocurre con los citados *Guadalquivir* o *Alcántara,* para nosotros meros nombres propios, que sin embargo significaban en árabe «río grande» y «puente», respectivamente. Con mucha frecuencia los topónimos sobreviven tan largo tiempo que ya no nos queda ni el recuerdo de los pueblos que pudieron imponerlo, o al menos nada sabemos de sus lenguas, de manera que ignoramos por completo su primitivo significado. Así sucede con *Baetis, Tosiria* o *Castulo.*

Como los topónimos sobreviven con frecuencia a los pueblos que los impusieron y a las lenguas de que derivaron, se convierten en testigos de los distintos pobladores que han poseído sucesivamente una región cualquiera a lo largo de los siglos. Y al llevar en sí mismos, como cualquier otro tipo de palabra, las señas de identidad de la lengua a que pertenecieron, a veces los topónimos nos permiten identificar con bastante precisión la filiación étnica de esos pobladores

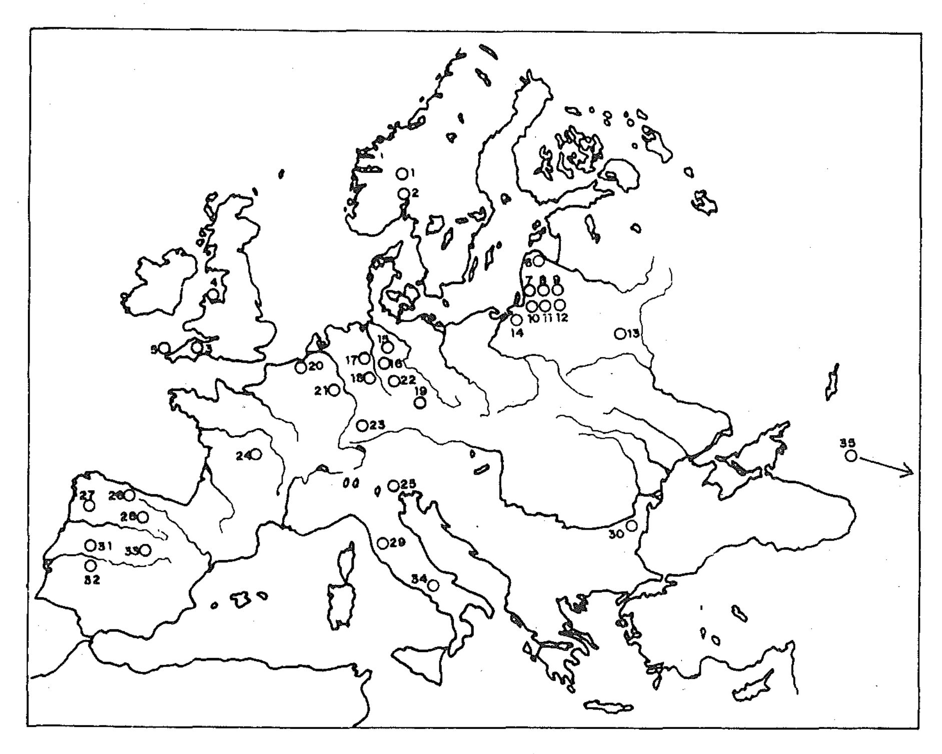
En una amplia zona de Europa comprendida entre los Países Bálticos y las costas occidentales del Atlántico (incluidas las Islas Británicas), y entre Escandinavia y el sur de Europa existe una clase de toponimia relativamente homogénea que no puede ser explicada a partir de las diferentes lenguas conocidas históricamente en esas amplias regiones. Parcialmente ese material había sido estudiado por diferentes lingüistas. Pero fue el indoeurpeísta alemán H. Krahe quien la abordó sistemáticamente y la puso a contribución para el esclarecimiento de la prehistoria de nuestro continente.

H. Krahe creyó poder establecer que la implantación de esa clase de hidrónimos no era homogénea en las tres penínsulas mediterráneas. De entre ellas la más afectada sería Italia y la que menos Grecia. Sin embargo el conocimiento que H. Krahe tenía de esta clase de toponimia en la Península Ibérica era muy somero. Y ahora, tras varios años de haberme dedicado a estudiarla, estoy en disposición de asegurar que tanto en nuestro país como en Portugal es enormemente abundante.

Estos nombres de río están formados a partir de raíces frecuentemente conocidas en usos apelativos de diferentes lenguas indoeuropeas históricas, bien sea relacionadas con el agua como **war-* «agua, río», **pal-* «agua estancada,

charco», **mar-* «laguna, mar», bien sea indicando cualidades o características de las aguas o sus corrientes como **tar-* «fuerte, penetrante», **albho-* «claro, blanco», **ais-* «rápido», etc. E igualmente los sufijos utilizados en la derivación de los correspondientes nombres coinciden con conocidos sufijos de la derivación indoeuropea: -**o-*, -**yo-*, -**wo-*, -**ro-*, -**lo-*, -**nto-*, -**so-*, -**to-*, -**mo-*, -**no-*, -**ko-*. Es frecuente que dos de estos sufijos (a veces más de dos) aparezcan combinados en los topónimos de esta clase.

A la combinación de esas raíces con algunos de los sufijos enumerados debemos los nombres de numerosos ríos europeos, más o menos conocidos. Con frecuencia sucede que el antiguo nombre de un río sirve para designar la región por la que discurre, convirtiéndose en esa otra variedad de topónimo. Y, como los topónimos generan con cierta frecuencia antropónimos o etnónimos, podemos encontrar antiguos nombres de ríos en cualquiera de esas modalidades onomásticas. Quiero advertir que en los ejemplos que voy a citar



O Hidrónimos paleoeuropeos *(alteuropäische)* formados sobre la raíz **al-* «fluir, manar»: 1) Alma, 2) Ala, 3) *alma > Yealm, 4) *alava > Alaw, 5) * alava > Alaw, 6) *alantas > Alande, 7) 'Almajà, 8) Almenas, 9) Alme, 10) Alanta, 11) Alantà, 12) Alantà, 13) *ala > Ola, 14) Alantas, 15) Almana > Alme, 16) Almara > Alme, 17) *ala > Ahla, 18) Aller, 19) Alantia > Elte, 20) Alm, 21) *alantia > Elz, 22) *almana > Alme, 23) Alantia > Eltz, 24) Aumance, 25) Ala, 26) Aller, 27) Alenza, 28) Almanza, 29) Alma, 30) Almos, 31), Almar, 32) Almonte, 33) Almantes (montaña), 34) Alento, 35) Alontas (según A. Tovar)

habrá gran predominio de ríos españoles. Se debe únicamente al mayor interés que para los lectores sin duda tendrán nuestros propios hidrónimos. Pero en modo alguno guarda proporción con el testimonio real.

De la raíz **al-* «fluir, manar» (con valor apelativo está en letón *aluõts* «fuente») tenemos el arroyo *Álava*, afluente del Narcea (Salas, Oviedo); *Alence* (Los Nogales, Burgos); río *Alenza* (Montederramo, Orense); *Alantone* (cerca de Pamplona); el río *Almar*, afluente del Tormes; *Almonte* (Cáceres). A este grupo pertenece el topónimo que designa la provincia de *Almería*. Y fuera de nuestras fronteras hay por ejemplo el río *Alave* en Letonia o el *Almė* en Lituania.

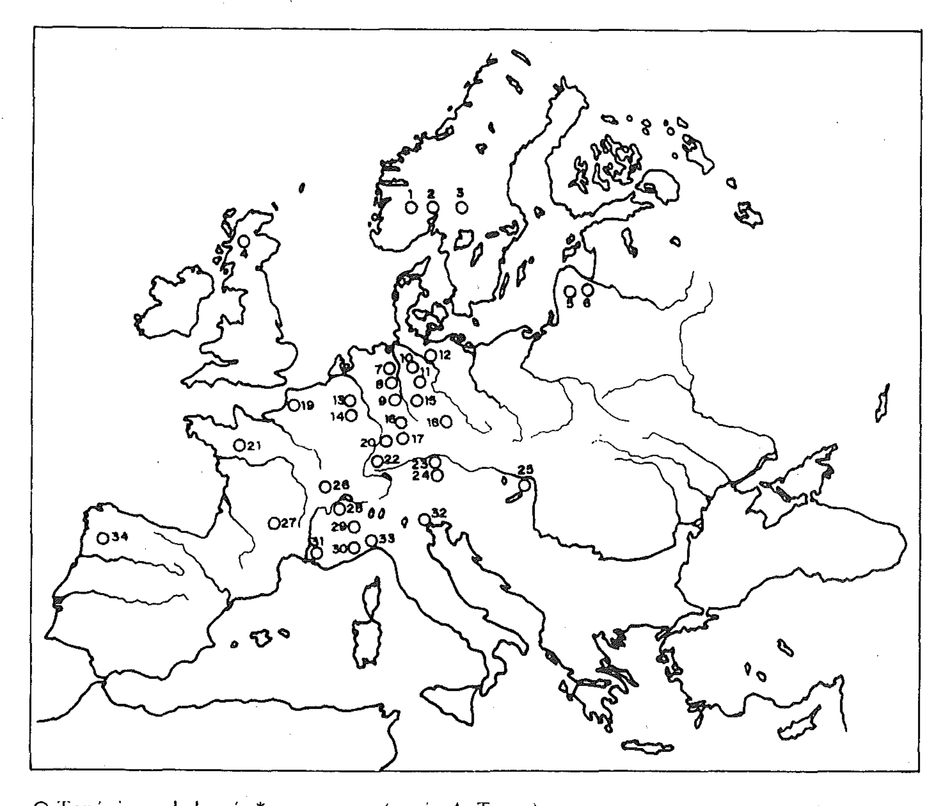
La raíz **sar-* «fluir, discurrir» da apelativos en diferentes lenguas indoeuropeas, como sánscrito *sará-* «líquido, fluido», *sarít-* «arroyo», *sarā́* «río, arroyo», griego ὀρός y latín *serum* «líquido lechoso». Como hidrónimos derivados de esa raíz encontramos la fuente *Sar* (Santa María del Campo, Burgos); el arroyo *Sarrión* (Coaña, Asturias); Arroyo de *Sarrón* de la Forada (Boñar, Asturias); el arroyo *Sarave* (Bacáicoa, Navarra); la balsa *Sarasa* (Urdiáin, Navarra); el barranco de *Sarnes* (Lascurre, Huesca); el río *Sor* (entre Coruña y Lugo); el arroyo de la *Sara* (Rodeiro, Pontevedra); *Sarria* (Lugo); la fuente de *Sora* (Langás, Zaragoza). Y con alteración árabe de la /s/ inicial hay *Jarama* (Madrid) y *Jaramillo* (Valladolid). Fuera de nuestras fronteras tenemos el río *Sarno* en el golfo de Nápoles o el célebre afluente del Rin que se llama *Sarre* en francés y *Saar* en alemán.

La raíz **mar-* «agua quieta, lago, mar», que da en numerosas lenguas indoeuropeas el nombre del «mar» (irlandés antiguo *muir*, alemán *Meer*, lituano *mãrė*, latín *mare*, de donde nuestra palabra *mar*), no ha sido hasta ahora bien estudiada en la Península. Sin embargo su testimonio hispano es mucho mayor de lo que generalmente se imagina: *Marantes* (Enfesta, Santiago de Compostela, Coruña); *Marrancos* (Braga, Portugal); *Maranza* (Santiago de la Espada, Jaén); *Maris*, (Frades, Coruña); el arroyo *Morata* (León); *Marata* (Las Franquesas del Vallés, Barcelona); *Marrada* (Castellón); etc. Fuera de la Península cuenta con no pocos representantes, algunos muy conocidos: *Mammaranda* (en la Anatolia antigua), *Morava* (*Moravia*), *Marne*.

De la raíz **tar-* «penetrante, fuerte» (con valor apelativo en ai. *tará-* «fuerte» y gr. τορός «penetrante»; sánscrito *tarantá-* «mar») hay *Taranco* (Valle de la Mena, Burgos); *Tarancón* (Cuenca); *Tarrentos* (Añá, Frades, Coruña); arroyo *Tarata* (La Guardia, Toledo); *Taroda* (Soria); *Tarruza* (Laredo, Cantabria); el arroyo *Taramas* (Quintana de la Serena, Badajoz); *Taramancos* (Boa, Noya, La Coruña); *Tierga* (Zaragoza); *Tiermes* (Soria); el río *Tormes;* el río *Turia;* y el topónimo *Torcal*, repetido en diversos puntos de la Península. De la misma raíz proceden dos apelativos hispanos (*torca, tormo*) que hubieron de ser tomados en su momento del substrato prerromano. Fuera de la Península esta raíz es también pródiga en topónimos: el río *Tarus*, nombre latino

del actual *Taro,* afluente del Po en Italia; el Τάρα en Iliria; y el *Tara* (actual *Thérain),* afluente del Oise en Francia; *Tarento; Tarâmas* (Lituania) etc.

La raíz **war-* «agua, río» es una de las más fecundas en topónimos, aunque su implantación en la Península no está detenidamente estudiada. A ella pertenecen entre muchos otros el topónimo compuesto *Talabara* testimoniado en una inscripción latina y sin duda emparentado con los modernos *Talavera;* el topónimo prerromano *Baria,* correspondiente al moderno *Vera* del Almanzora (Almería); el arroyo *Varazas* en la provincia de Salamanca; *Barantes* (Sober, Lugo); la cañada *Baranza* (Librilla, Murcia); el río *Barrantes* (Saviñao, Lugo); el barranco *Barnes* (L. Río, Murcia); la cañada *Barnes* (L. Río, Murcia). Y de ella procede el apelativo *vera,* existente también en gallego y portugués (*beira*). Fuera de la Península hay *Varenne* (Francia), *Varma* (río de Noruega), *Wohra* (Alemania), etc.



O Topónimos de la raíz *war- «agua» (según A. Tovar):
1) Varma, 2) Verma, 3) Vermund, 4) Varar > Farar, 5) Vãrmė, 6) Veretà, 7) Warme Aue, 8) Warmenau, 9) Wörmke-Bach, 10) Warnau, 11) Waren, 12) *Varina > Werre, 13) Warica > Warche, 14) Warchenne, 15) *Varusa > Werse, 16) Wara > Wohra, 17) *Warisa > Wörsbach, 18) Werre, 19) Verenne, 20) Wern, 21) Varenne, 22) Würm, 23) *Varantia > Wörnitz, 24) Wirm, Würmsee, 25) *Varika > Währing, 26) Vayre, Veyre, 27) Vère, 28) Varisia > Var(r)èze, 29) Vaire, 30) Varus > Var, 31) Verre, 32) Varamus, 33) vara, 34) Barbantes?

A la limpidez o transparencia de las aguas hacen referencia las raíces **albh-* (cf. latín *albus*, griego ἀλφός «blanco») y **arg-* (sánscrito *árjuna-* «luminoso», griego ἀργός «blanco», raíz que da el nombre de la «plata» en varias lenguas: latín *argentum,* griego ἄργυρος). De la primera de ellas tenemos el topónimo e hidrónimo *Alba* repetido varias veces en España. Y fuera de la Península hay el muy conocido *Elba.* De la segunda hay *Arga* (Navarra), *Arganda* (Madrid), *Argentona* (Barcelona), *Arganzo* (Mañón, La Coruña), arroyo de *Arganza* (León), río *Arganza* (Asturias), éstas últimas con una correspondencia exacta en Francia (Aquitania): *Argence* (de una forma más antigua *Argantia*).

H. Krahe y sus continuadores han entendido que ese conjunto hidronímico constituye un sistema bastante homogéneo de nombrar los ríos: se utiliza un inventario constante de raíces (alrededor de una treintena recogió Krahe, pero sin duda hay más) y unos cuantos sufijos (una docena larga, enumerados más arriba). Y una tal homogeneidad sugería a Krahe —y a muchos tras él— que el responsable de esos hidrónimos habría sido un pueblo concreto, hablante de una lengua relativamente homogénea que, de una u otra forma, simultánea o sucesivamente, se extendió en algún momento por casi toda Europa.

Esa vieja hidronimia encierra la clave de tantos enigmas, contiene la respuestas a tantas preguntas, que difícilmente podría exagerarse su importancia para esclarecer la historia de nuestro continente. En lo que se refiere a las etapas prehistóricas, resulta ser la única fuente de información sobre la identidad étnica de sus pobladores. Pero desgraciadamente la hidronimia tiene severas limitaciones como fuente de información histórica. Veamos qué podemos y qué no podemos saber con su concurso.

La primera información que proporcionan es la de la indoeuropeidad de las gentes que crearon esos nombres. A lo largo de los años 30 y 40 una parte de este material hidronímico había sido considerado pre-indoeuropeo (o «mediterráneo», como solía decirse entonces) por varios estudiosos, sobre todo italianos. Pero a partir de los estudios de H. Krahe se ha alcanzado un amplio consenso sobre su indoeuropeidad, que ha llegado casi a la unanimidad. Tan sólo recientemente Th. Vennemann la ha puesto en duda con argumentos que no estimo pertinente discutir aquí. Según Vennemann se trataría de una lengua pre-indoeuropea que habría colonizado Europa de Sur a Norte tras la ultima glaciación. Sin ser exactamente vasco, sería un pariente lejano, con quien compartiría amplias afinidades tipológicas. Sin embargo sus argumentos son en conjunto bastante inconsistentes. Y, en mi opinión, la indoeuropeidad de la hidronimia paleoeuropea difícilmente podría ser puesta en duda en forma consistente.

La primera información que nos suministran los hidrónimos es, pues, que sus creadores fueron gentes indoeuropeas. Tanto las raíces involucradas son por lo general raíces indoeuropeas, como lo son igualmente los proce-

dimientos de derivación: además de los sufijos ya citados, tenemos un recurso genuinamente indoeuropeo como es la alternancia vocálica en sus grados e/o/ø.

El conjunto de rasgos fonéticos (y eventualmente morfológicos o sintácticos) que caracteriza a una lengua cualquiera constituye lo que podíamos llamar sus señas de identidad, algo así como sus huellas dactilares. Pero hay que tener en cuenta que en la caracterización de una lengua tiene relevancia tanto lo que en ella ocurre como lo que no ocurre. Quiero decir que si la *Lautverschiebung* —de la que hablaré en otro lugar de este libro— caracteriza a las lenguas germánicas, tan significativa resulta su presencia como su ausencia: aquella lengua en que se dé ese fenómeno será clasificada sin lugar a dudas como germánica, y aquélla en que no se dé será catalogada como no-germánica.

Uno de los rasgos característicos de la lengua de los hidrónimos europeos es la ausencia generalizada de la vocal /ŏ/, que aparece reemplazada por /ă/. Esa /ă/ se detecta con mayor fidelidad en las raíces, ya que sufijos y desinencias suelen sufrir en los topónimos procesos de adaptación a las lenguas de los sucesivos pobladores de la región que los van adoptando. Esos procesos pueden afectar esporádicamente también a las raíces, por etimología popular u otros mecanismos similares. Pero la adaptación de sufijos y desinencias es sistemática, mientras que la de las raíces es esporádica.

Pues bien, la combinación de la presencia de ese rasgo fonético (/ă/ en vez de /ŏ/) con la ausencia de determinados otros que caracterizan a las diferentes lenguas indoeuropeas históricamente conocidas constituye la huella dactilar de la lengua de los hidrónimos. Y resulta que esa huella no coincide con la de ninguna lengua indoeuropea conocida. Por ejemplo: no es germánico porque, aunque éste presenta también /ă/ en vez de /ŏ/, la lengua de los hidrónimos no tiene la *Lautverschiebung* que caracteriza a las lenguas germánicas. Tampoco puede ser báltico porque, aunque éste presenta también /ă/ por /ŏ/, la lengua de los hidrónimos carece de la palatalización de las velares (**k* > **k'* > *š*) típica de las lenguas bálticas. Ni puede ser tampoco latín o celta porque estas lenguas presentan /ŏ/ allí donde los hidrónimos tienen /ă/ Y así sucesivamente.

Si no es, pues, ninguna de las lenguas indoeuropeas históricamente conocidas, ¿qué es? Y ¿quiénes eran ese pueblo otrora tan extendido en Europa, del que la historia no ha guardado ni el nombre ni el recuerdo?

Una primera tentativa de respuesta consistió en atribuir esa hidronimia a los ligures. Y, poco después, las preferencias de los estudiosos se inclinaron hacia los ilirios, alternativa con la que el propio Krahe comulgó durante algún tiempo. La existencia de los ilirios es bien conocida por las fuentes clásicas; pero de su lengua sabemos más bien poco. Y su elección —como antes la de los ligures—, a más de ser arbitraria, tenía el inconveniente de que —según lo que de ellos sabemos— eran un pueblo de proporciones más bien modestas, ubicado en la anti-

güedad en la zona noroccidental de la Península Balcánica, en territorios correspondientes en su mayor parte a la antigua Yugoslavia y Albania.

El atribuir a los ilirios la hidronimia presente en toda Europa implicaba que en algún momento ese pueblo hubo de estar extendido por todo el continente. Y la consecuencia fue la tendencia a exagerar injustificadamente su importancia en la prehistoria europea, tendencia que mereció el nombre despectivo de «panilirismo». Por otra parte, a pesar de la escasez de datos, los indoeuropeístas creyeron encontrar pruebas de que el ilirio, al igual que las lenguas bálticas, palatalizó las velares. Es decir, de que era una lengua *satəm*, como solemos llamar en la jerga de la Lingüística Histórico-Comparativa. Por el contrario, la lengua de la hidronimia no las palataliza. La atribución a los ilirios se hizo por lo tanto cada vez más inverosímil y hoy está definitivamente abandonada, a pesar de que, como veremos en su momento, no es del todo seguro que el ilirio sea realmente una lengua *satəm*.

El propio Krahe ofreció una explicación alternativa. Puesto que la lengua de los hidrónimos no tenía los rasgos distintivos ni del germánico, ni del celta, ni del báltico, ni de las lenguas itálicas, ni de ninguna otra de las lenguas indoeuropeas históricas asentadas en el Occidente europeo, sería en realidad el antepasado prehistórico de todas ellas. Una especie de lengua común intermedia entre el indoeuropeo propiamente dicho y las lenguas históricas, de la que habrían derivado todas las lenguas indoeuropeas del norte y oeste de Europa. Y por tal razón llamó en alemán a esa lengua *Alteuropäisch*, que podríamos traducir literalmente por «antiguo europeo» o «paleoeuropeo». Pero ese término se ha hecho ambiguo desde que M. Gimbutas ha llamado en inglés *Old European* al pueblo no-indoeuropeo que habitaba nuestro continente antes de la llegada de los primeros indoeuropeos. En este libro yo empleo *Vieja Europa* para la fase pre-indoeuropea, y *antiguo europeo* o *paleoeuropeo* para la lengua indoeuropea de la hidronimia.

La idea de Krahe es que, mientras que otras lenguas indoeuropeas (hetita, griego, indio, iranio) estaban ya separadas y perfectamente diferenciadas del tronco común indoeuropeo, las restantes constituían aún una misma lengua, ubicada primordialmente en las regiones del norte y el oeste de Europa. Pero antes de su diferenciación en los distintos pueblos históricos, diversos núcleos de aquellas gentes desbordaron esa región, infiltrándose hacia el Sur e hicieron acto de presencia con intensidad mayor o menor en las penínsulas mediterráneas. Y más tarde, quizás ya en las postrimerías del II milenio a. C. y los albores del I, se produjo la definitiva desmembración de aquella lengua en las lenguas indoeuropeas históricas de Europa: germánico, celta, latín, osco-umbro, báltico, ilirio...

Como puede comprobarse, el emplazamiento de esa especie de *europeo común* que postula Krahe coincide en buena medida con la *patria originaria* de toda la familia indoeuropea postulada por Penka y Kossinna, localización

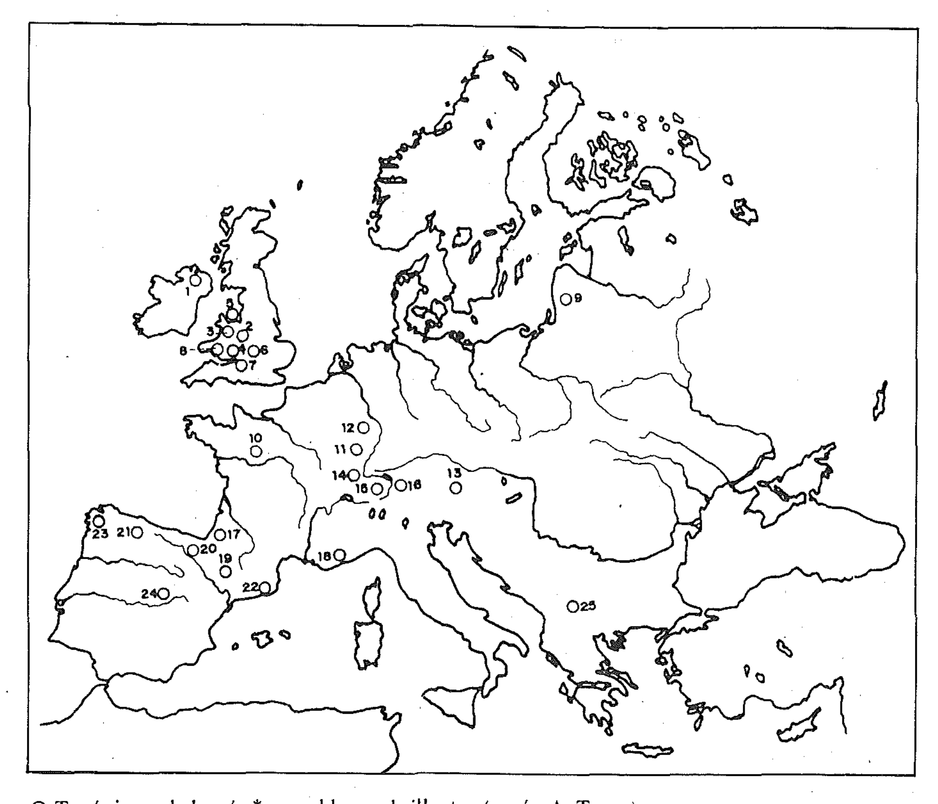
tan estimada en general por la tradición alemana. De modo que, así las cosas, no había que dar más que un pequeño paso para pensar que la lengua de los hidrónimos es simplemente la lengua común indoeuropea, de la que se habrían separado tempranamente para emigrar hacia el Este el griego, el hetita, el indio y el iranio. Y ese paso lo dio efectivamente un discípulo de H. Krahe, W. P. Schmid, si bien la versión del discípulo no ha tenido en general una amplia acogida, quizás por haberse visto enfrentada a la opinión en boga en los años setenta y ochenta: la ubicación de la patria originaria en las estepas. Para Schmid, sería en concreto la región báltica, a la vez, la tan buscada *patria originaria* y el núcleo primitivo de la hidronimia *antiguo-europea*. El *antiguo europeo* sería simplemente el *indoeuropeo*. Y las lenguas bálticas constituirían el núcleo originario del pueblo indoeuropeo que nunca se movió del hogar ancestral. Y ello resultaría, a su entender, congruente con el carácter particularmente arcaico de las lenguas bálticas, que se habrían conservado más cercanas a la lengua común por no haberse mezclado —al contrario que todas las demás ramas de la familia— con substratos de poblaciones no indoeuropeas. Todo un *revival* de las viejas ideas que Latham y Poesche habían introducido desde mediados del s. XIX, sustentadas ahora con argumentos lingüísticos.

Tanto en la versión de Krahe como en la de Schmid, esa teoría choca con un severo problema: la presencia de */ă/* en vez de */ŏ/* en la lengua de los hidrónimos. En efecto, según la doctrina generalmente admitida, lo más antiguo en la familia indoeuropea, y lo que en cualquier caso habría tenido el indoeuropeo común es */ŏ/,* que algunas lenguas individuales (hetita, indio, iranio, germánico, báltico) habrían alterado en */ă/,* mientras que otras (celta, latín, osco-umbro, armenio, griego) habrían conservado como */ŏ/.* Y resulta imposible que la supuesta lengua común (la lengua de los hidrónimos) hubiera introducido ya una innovación (la alteración de */ŏ/* en */ă/)* que no esté presente luego en todas y cada una de las lenguas de ella derivadas. La dificultad la vio bien Krahe, que consideraba incomprensible la */ă/* de los hidrónimos y como salida a la aporía dijo, con tan magro fundamento como escasa convicción, que podría deberse a influencias no indoeuropeas.

Pero hay otras dos dificultades anejas no a esta o aquella identificación concreta, sino a cualquiera que se haga de la lengua de los hidrónimos con una lengua unitaria cualquiera. Una de ellas, según apreció otro discípulo de Krahe —J. Untermann— es la circunstancia de que la hidronimia que nos ocupa no se extiende de forma homogénea por el mapa de Europa, sino que forma determinadas agrupaciones entreveradas de vacíos en el mapa. Y esa figura no propicia la atribución de esa hidronimia a un solo pueblo unitario.

La otra dificultad radica, a mi juicio, en la multiplicidad de formas en que aparece derivada una misma raíz. En efecto, la existencia en una lengua de un «sistema de denominación de corrientes de agua» es algo bastante inverosímil. Las lenguas no suelen tener tal sistema, sino que simplemente denominan a

sus ríos con palabras ordinarias del vocabulario existente en la lengua. Lo que no excluye la difusión limitada de algún sufijo que pueda llegar a hacerse característico de nombres de río. Si los habitantes de cualquier región deciden llamar «blanco» a un río por el color de sus aguas, lo normal es que le apliquen simplemente la palabra para «blanco» que exista en su lengua, y no que se tome la raíz para ese color y se la alargue *ad libitum* con cualquiera de los sufijos disponibles para derivar hidrónimos, obteniendo una palabra que no existía antes en la lengua como apelativo o adjetivo. En ese sentido es interesante el esfuerzo que hizo A. Scherer para establecer el léxico real que de la hidronimia puede deducirse como existente en *antiguo europeo.*



O Topónimos de la raíz **arg-* «blanco, brillante» (según A. Tovar):
1) Argit, 2) Erge > Arrow, 3) Argantella > Yranell, 4) Argantella > Yranell, 5) Argantella > Arianell, 6) Argantella > Arianell, 7) Arannell, 8) Argantella > Ranallt, 9) Argà, 10) Argenton, 11) Argenza > Ergers, 12) Argenz > Ahrigsbach, 13) Arguna > Argenm, 14) Argantia > Ergolz, 15) Arga, 16) Arguna > Argen, 17) Argence, 18) Argens, 19) Arga, 20) Arganzón, 21) Arganza, 22) Argentona, 23) Argonte, 24) Arganda, 25) Argay.

Pues bien, parece poco probable que una lengua tenga para un mismo adjetivo apelativo tantas palabras de la misma raíz como las que hay que admitir para explicar todas las variedades hidronímicas testimoniadas con frecuencia.

Por ejemplo, de la raíz **eis-/ *ois-/ *is-* tenemos *Aisa, Eisa, Isa, Eisia, Aisia, Isna, Aisena, Isana, Isina, Eisra, Eisara, Isara, Aisaros, Eisla, Aisontios, Aista, Aiseta.* Tal variedad de formas de una misma raíz para el adjetivo «rápido», resulta inadmisible para una lengua real, aunque se conceda que pudo estar más o menos dialectalizada. Y las cosas no cambiarían demasiado aunque descontáramos de ese inventario algunas formas, pensando que pudieron ser creadas o modificadas específicamente para el uso hidronímico.

La heterogeneidad de las formas sugiere más bien la existencia de muchas lenguas diferentes, aunque con el denominador común de ser todas de la familia indoeuropea y compartir ciertos rasgos, debido tal vez al hecho de que todas pertenecen a un estadio cronológico similar dentro de la dilatada historia de nuestra familia lingüística. Entre las lenguas indoeuropeas históricas de las diferentes ramas, se produce con frecuencia una variabilidad equivalente en la sufijación de palabras de la misma raíz y con idéntico o similar contenido semántico. Así, por ejemplo, para el ordinal «tercero» hay lenguas que parten de **tr̥̥tyo-* (sánscrito *tr̥tiyá-)*, otras de **trityo-* (gótico *Þridja),* otras de **trito-* (griego τριτός), etc. Para «cuarto», unas lenguas tienen **k^{w}eturyo-* (galo *petuarios),* otras **turyo-* (sánscrito *túrya-),* otras **k^{w}eturto-* (griego τέταρτος, lituano *ketvir̃tas),* otras **turto-* (griego *τυρτος, indirectamente testimoniado en el nombre propio Τυρταῖος = Tirteo).

La abigarrada variedad de formas de una misma raíz que con frecuencia ofrece la hidronimia antiguo-europea sólo puede comenzar a explicarse si hacemos entrar en juego un número considerable de lenguas, junto a una posible especialización de algunos sufijos como propios de hidrónimos. Pero ¿tiene algún sentido hablar de una considerable variedad de lenguas de la familia indoeuropea en tan remota antigüedad?

Sin duda, con las viejas cronologías limitadas al III milenio a. C. con que antes se operaba, tal perspectiva carecería de todo sentido. Pero con las cronologías que hoy se barajan, situando los primeros movimientos de los pueblos de las estepas hacia Europa en el V milenio, todo esto puede tener una satisfactoria explicación. De la misma forma que los indoeuropeos que protagonizaron las últimas etapas de la indoeuropeización dieron lugar a la rica variedad de las lenguas indoeuropeas históricas, no hay razón alguna para negar la posibilidad de que hubiera sucedido lo mismo con sus predecesores. De forma que la hidronimia *antiguo-europea* constituye verosímilmente el testimonio de múltiples lenguas, pertenecientes a diversos pueblos indoeuropeos surgidos a partir de anteriores episodios del proceso de indoeuropeización. Lo diré en otras palabras: la vieja hidronimia europea no es tanto el legado de una lengua indoeuropea concreta, cuanto el testimonio de toda una época perdida de la indoeuropeidad.

Por otra parte, la aporía de la vocal */a/* en vez de */o/* puede resolverse. Probablemente, no se trata de una deficiencia de la doctrina del *Alteuropäisch*, sino de un error de la opinión generalizada sobre el vocalismo indoeuropeo. En

efecto, al contrario de lo que en general se tiene por averiguado, el timbre */a/* de esa vocal es más antiguo que el */o/,* de modo que el arcaísmo es */a/* y la innovación */o/* (una demostración meramente fonética de esa doctrina mía la encontrará el lector en el capítulo que trata de la fonética indoeuropea). Y por consiguiente, las lenguas que generaron la hidronimia contaban con el arcaísmo (conservación inalterada de */a/),* lo que resulta perfectamente congruente con su gran antigüedad.

Algunos indoeuropeístas han creído detectar la presencia de hidrónimos del tipo paleoeuropeo en regiones fuera de Europa. Por ejemplo, el soviético Th. V. Gamkrelidze cree encontrarlas en Anatolia (Turquía) en formas como *Marassanta* que contiene la raíz **mar-* (recuérdese la presencia en Europa de los ya citados *Morava, Marne,* de la misma raíz). Sin embargo, tal presencia extra- europea no tiene un volumen comparable a la europea y también es diferente el detalle de la morfología. En conjunto su significación no es fácil de valorar por el momento.

Un hecho muy interesante es que en la zona nuclear de la hidronimia paleoeuropea hay muy poca hidronimia no indoeuropea, si es que hay alguna, pues no faltan quienes afirman que no la hay en absoluto. Naturalmente, el significado que pudiera tener el que no la haya en absoluto o el que solamente la haya en muy escasa medida no es el mismo.

Si no la hubiera en absoluto podría significar que los indoeuropeos han sido los primeros pobladores de ese territorio, que lo habrían ocupado cuando sus ríos carecían de cualquier nombre por el mero hecho de que no había previamente habitantes para designarlos. O, dicho de otra forma: que en Europa centro-septentrional no habría ningún substrato pre-indoeuropeo. Esta alternativa hace felices a los defensores de Europa como patria originaria de todos los indoeuropeos. Nuestros antepasados estarían establecidos allí desde tiempo inmemorial, quién sabe si como primeros y únicos pobladores postglaciares, y allí se habrían desarrollado y evolucionado como tal pueblo.

En cambio, si existe algún resto de hidronimia no indoeuropea, por pequeña que sea, el cuadro puede cambiar radicalmente. En efecto, como tal hidronimia no podría ser explicada a partir de poblaciones no indoeuropeas posteriores, habría que admitir que los indoeuropeos se asentaron en Europa centro-septentrional sobre un estrato previo no indoeuropeo. Y en consecuencia habría que descartar Europa como patria originaria.

Tovar encontraba huellas de la existencia de una hidronimia preindoeuropea en nombres como *Harund* (Escandinavia), *Carron, Cart Water, Cary* (Gran Bretaña), *Carad* (Irlanda), *Harste* (Alemania), *Chiers* (Bélgica), *Charentonne, Cher, Charante* (Francia), *Carusa* (Italia), *Carranzo, Carranza, Carisa* y *Carantó* (España), todos ellos de una raíz no indoeuropea **kar(r)a* «piedra», conservada en vasco *(h)arri* «piedra». Se trata de una raíz de la que

derivan numerosos nombres de lugar, como *Carrara,* tan famosa precisamente por su *piedra* de mármol. Como hidrónimo, se explica a través de un sentido originario de río pedregoso, o que discurre por un pedregal. Ya me he pronunciado más arriba sobre la indoeuropeidad de esta raíz **kar.*

Pero los hidrónimos de este tipo ni son muy abundantes ni están ubicados con exactitud en el territorio del *antiguo europeo.* En efecto, aunque no faltan allí del todo, son más abundantes en zonas marginales, como las Islas Británicas, y las regiones mediterráneas. Y, por otra parte, aunque se basan en raíces no indoeuropeas, la sufijación coincide con la típica del *antiguo europeo.*

Pero para valorar con justeza el peso de estos argumentos no puede olvidarse que los territorios del norte y el centro de Europa, aun en el caso de que hayan tenido una población pre-indoeuropea, no debieron de contar con gran densidad de habitantes antes de la llegada de los indoeuropeos. Al contrario sucede en las regiones mediterránea, danubiana y balcánica. Su mejor clima y mayor cercanía a los grandes centros de civilización hicieron que su densidad de población fuera muy superior, y que en consecuencia sea de esperar allí, al contrario que en las regiones más características del *paleoeuropeo,* una mayor abundancia de la hidronimia no indoeuropea.

Todo ello hace que el problema de la existencia o no de un substrato de población pre-indoeuropea en la zona típicamente *paleoeuropea* no pueda razonablemente ser tenido por resuelto en ninguna dirección.

Si bien la hidronimia europea, como acabamos de ver, nos suministra cierta información sobre la prehistoria de nuestro continente, el alcance de esa información tiene severas limitaciones, como antes advertí. La primera de ellas, la cronología. El lingüista está en condiciones de afirmar que habitó Europa un pueblo indoeuropeo (o más bien, como ya he dicho, una serie de pueblos indoeuropeos), que no son los que emergen en época histórica como ocupantes de esas regiones. Y puede añadir que algunos de los rasgos que caracterizan a la lengua de esos pueblos son de un arcaísmo mayor que el de las lenguas históricas. Pero carece de todo medio para establecer la fecha precisa en términos de siglos y ni siquiera de milenios, en que esas gentes llegaron a Europa, ni precisar durante cuánto tiempo la ocuparon. La datación exacta es cosa de arqueólogos y prehistoriadores. Pero ellos, a su vez, carecen de cualquier posibilidad de establecer cuáles de las culturas materiales que excavan y datan corresponden a las gentes de los hidrónimos.

Tampoco podemos esperar de la hidronimia información alguna sobre la cultura material, las instituciones sociales o las concepciones y creencias de ese pueblo. Todo lo más que permite entrever es que su patria ancestral (¿la primera o la segunda?) pudo haber sido una región de variada riqueza en accidentes acuíferos (ríos, arroyos, torrenteras, lagos), como parece sugerir la rica

variedad de raíces implicadas en la hidronimia. Es sabido que cuanto mayor presencia e importancia tiene en una sociedad un fenómeno cualquiera más abundante y variado es el vocabulario de que dispone la lengua de ese pueblo para designarlo, introduciendo variedades, divisiones y matices allí donde otros pueblos carecen de distinciones, limitados a una terminología más reducida y genérica.

En definitiva, la hidronimia *antiguo-europea* nos informa de que los pueblos indoeuropeos históricos de Europa (latinos, celtas, germanos, baltos...) no han sido sus primeros agentes indoeuropeizadores. Antes de ellos hubo otro conjunto de pueblos de la misma filiación, que luego serían absorbidos por los históricos y les servirían de substrato en muchos lugares de Europa. Pero no es posible establecer en qué fecha se asentaron en nuestro continente los *antiguo-europeos,* ni cuántas veces se reprodujeron en la Prehistoria similares procesos de reindoeuropeización. Ni tampoco podemos establecer con seguridad la conexión precisa entre los *antiguo-europeos* y sus sucesores históricos. Únicamente, de forma genérica, parece lógico pensar que los *antiguo-europeos* deban ser relacionados con estadios más arcaicos de nuestra familia lingüística.

PARTE II

¿SABEMOS ALGO DE CÓMO VIVÍAN Y CÓMO PENSABAN?

Capítulo I

UNA SOCIEDAD GUERRERA

Es un tópico ampliamente difundido y rara vez discutido que los indoeuropeos eran un pueblo belicoso, que se extendió por Eurasia gracias a sus habilidades y técnicas guerreras, idea que, a la vista de los acontecimientos históricos, difícilmente podría ser puesta en duda. Y, sin embargo, llama la atención la notable penuria de términos específicos para la guerra y su técnica que existe en el ámbito del vocabulario común. Entre lo poco que hay, tenemos **n̥si-* «espada», conservada en latín *ensis,* sánscrito *así-* y, algo modificada, también en avéstico *aŋhū-*. Aunque el término no está en ningún otro grupo de lenguas indoeuropeas, debemos tenerlo por perteneciente a la lengua común al aparecer simultáneamente en los extremos oriental y occidental del mundo indoeuropeo (áreas laterales). Sin embargo, junto al sentido de «espada» presenta en sánscrito y avéstico el menos específicamente militar de «cuchillo para sacrificar animales». Y sería gratuito afirmar que no es éste último el valor semántico más antiguo.

Mucho menos fundamento tiene la reconstrucción de una palabra común para el «hacha». Y no parece que los indoeuropeos hayan practicado la lucha con flechas, que despreciaban como propia de gente cobarde y sin honor. La lucha con lanza está muy extendida entre los pueblos indoeuropeos históricos y protohistóricos. Pero tampoco parece haber palabra común para designarla. El término griego δόρυ es de indudable raigambre indoeuropea, pero con el significado de «madera, árbol». Y no hay pruebas de que su aplicación por sinécdoque a la lanza (con vara de madera) rebase el ámbito griego.

Tampoco hay grandes probabilidades de que pertenezca al vocabulario común la palabra griega λαϝός «pueblo, pueblo en armas», a pesar de la tentadora aproximación etimológica con hetita *laḫḫa-* «expedición militar». Y aunque perteneciera, muchos etimologistas convienen en suponer que el sentido antiguo sería el de «multitud, pueblo».

Indudablemente indoeuropea es la raíz **g*ʷ*hen-* «golpear, matar a golpes, matar». De ella derivan palabras muy conocidas de nuestra propia lengua como *o-fender* o *de-fender,* así como del griego θείνω «matar», φόνος «asesinato» y ruso *gonĭbá* «caza», entre otras. Pero la existencia de un verbo de significado tan genérico no permite deducir legítimamente la naturaleza belicosa de los indoeuropeos.

Y no hay mucho más en el vocabulario común que demuestre por el método de la Arqueología Lingüística que los indoeuropeos eran efectivamente gentes guerreras, poseedoras de técnicas militares especialmente destacables.

Sin embargo, es indudable que un pueblo que logró extenderse por toda Europa y gran parte de Asia hubo de ser un pueblo guerrero. Y de hecho, los primeros testimonios históricos de los diferentes grupos indoeuropeos, desde el Oriente hasta el Occidente, nos revelan a las gentes indoeuropeas como altamente capacitadas para la guerra. Tanto la India védica como los poemas homéricos, la épica germánica o las tumbas de Hallstatt o La Tène, revelan una sociedad imbuida de valores como el arrojo en el combate, la fuerza física, la destreza en el manejo de las armas, en la que el honor, la lealtad y el heroísmo ocupaban los lugares de privilegio en la estimación. Una sociedad de príncipes guerreros con tumbas dotadas de espléndidas armas y brillantes ajuares.

Es éste un buen ejemplo de los múltiples problemas que plantea el uso de la Arqueología Lingüística, ejemplo que debería servirnos para extremar nuestra cautela a la hora de hacer deducciones sobre ese tipo de argumentos. Desde luego este divorcio entre la conducta histórica —y protohistórica— de los indoeuropeos y su vocabulario común puede recibir varias explicaciones. Pero no resulta tan fácil decidir cuál de ellas es la correcta: ¿han renovado los diferentes pueblos históricos el vocabulario bélico y militar como consecuencia de la renovación constante de la técnica y el progreso del armamento? ¿O, por el contrario, es que los indoeuropeos carecían de un extenso vocabulario bélico porque inicialmente, allá en las estepas, no fueron un pueblo particularmente inclinado a la guerra y solamente con su migración a los diferentes rincones de Eurasia se vieron en la necesidad de adquirir costumbres y hábitos más agresivos? Ninguno de los dos caminos carece de dificultades.

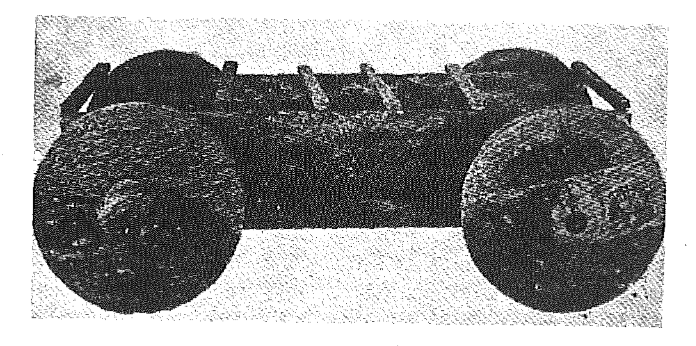
Por otra parte, la existencia de determinados clichés poéticos, a los que aludiré más abajo, sugiere la existencia de una cierta épica común. Y es obvio que una sociedad en la que se desarrolla una poesía épica ha de tener héroes que glorificar y cuyas hazañas guerreras inmortalizar. Pero a su vez, dista de ser un tema averiguado el que tales fórmulas épicas deban atribuirse a la lengua común y no sean más bien un desarrollo secundario de algunos de los pueblos individuales, particularmente del griego y el indo-iranio, que tantas otras afinidades presentan.

Como decía previamente, el carácter guerrero de los indoeuropeos es algo que puede deducirse más de su comportamiento histórico o protohistórico que

del vocabulario común. Pero para completar el panorama, debo tratar todavía algunos aspectos que no carecen de interés.

El recurso bélico más poderoso y característico de los pueblos indoeuropeos históricos es el de la utilización del caballo en los campos de batalla. Pero, aunque probablemente los indoeuropeos dispusieron de caballos desde que este animal fue domesticado (hacia el V milenio, acaso antes), su uso militar puede no haber sido tan antiguo. El arte figurativo no ofrece muestras de guerreros a caballo hasta épocas bastante tardías, como el arte escita, o los relieves asirios. La causa parece ser clara: no es posible para un jinete conducir y dominar a su cabalgadura suficientemente como para poder a la vez combatir si no es gracias al bocado. Y ese artilugio, aunque utilizado ya en Ucrania desde principios del III milenio a. C., según D. Anthony y D. Brown, parece haberse perfeccionado y difundido realmente en las estepas entre 2000 y 1500 a. C. Hacia 1500 debió de llegar al Oriente Próximo y tan sólo en el I milenio a. C. a Europa.

Eso no implica, sin embargo, que el pueblo originario no practicara en absoluto la monta del caballo. Sin bocado también es posible montar équidos. Es probable, pues, que antes del perfeccionamiento de ese artilugio los utilizaran como animales de tiro y monta, aunque sin un rendimiento del todo eficaz para usos bélicos. Pero eso les permitió acometer largos desplazamientos en su camino hacia Europa. Parece claro que, aunque el carro de guerra y el bocado son más recientes, el disponer de caballos concedía a los indoeuropeos cierta superioridad frente a las pacíficas comunidades neolíticas, cuyas conquistas acometieron a lo largo del V y IV milenios. Por cierto, que la época de la difusión del caballo en Europa, al menos en alguna de las hipótesis, parece coincidir con esas mismas fechas, que son las primeras etapas de su indoeuropeización.



Carro de cuatro ruedas encontrado en Kudinov (cuenca baja del Don) en un sepulcro de catacumba excavado por Melentiev, datable entre 2300 y 2200 a. C.

El uso del carro de guerra tirado por caballos parece haber sido un poco anterior a la monta directa como procedimiento bélico en toda su eficacia. Es sabido cómo determinados pueblos históricos —hetitas, micénicos, indios de época védica— tuvieron en el carro su principal arma de choque que les permitió disfrutar de una cierta supremacía militar. La invención del carro como instrumento de guerra es, sin duda, una consecuencia derivada de su uso como vehículo de transporte, que parece haberse iniciado también en las estepas del sur de Rusia desde el V milenio. Y en este caso la Arqueología Lingüística sí que nos ofrece su apoyo: toda la terminología técnica de los carros tiene indudable raigambre indoeuropea. Para la «rueda» hay dos palabras: 1) _*k^wolos_ (con una variante reduplicada _*k^wek^wlos)_ en griego κύκλος (de donde, por préstamo, nuestra palabra _ciclo),_ sánscrito _cakrá-_ e inglés _wheel;_ y 2) _*rot-_ en latín _rota_ (de donde nuestra _rueda),_ lituano _rãtas,_ alemán _Rad_ y védico _rátha-_ que en esa lengua sirve para designar el «carro» (el de guerra, o cualquier otro vehículo rodado). Para el «yugo» la palabra era _*yugom,_ bien atestiguado por doquier: griego ζυγόν, sánscrito _yugám,_ alemán _Joch,_ lituano _jùngas_ y latín _iugum_ (de donde nuestro _yugo)._ Para el «eje» había _*aks-,_ muy bien representado también: griego ἄξων, lituano _ašìs,_ alemán _Achse,_ sánscrito _ákṣa-_ y latín _axis_ (de donde nuestro término _eje)._

Así como no hay, según hemos dicho ya, palabra común para «montar a caballo», sí que la hay para el trasporte rodado. Se trata de la raíz _*wegh-,_ muy fecunda en derivados tanto en las lenguas indoeuropeas antiguas como en las modernas. Entre ellas, latín _veho, vehiculum_ (de donde español _vehículo), via;_ y como el transporte en vehículo de ruedas era evidentemente más rápido, encontramos latín _vēlox_ [< _*wegh-slo-_] (de donde español _veloz)_ y _vehemens_ (español _vehemente)._ En lenguas germánicas hay varios derivados interesantes: alemán _Weg_ e inglés _way_ «camino». De esa misma raíz es, finalmente, la palabra común para el «carro»: griego ὄχος, sánscrito _vahana-,_ eslavo antiguo _vozŭ,_ inglés _waggon_ (que a través del francés _wagon_ hemos tomado en español como _vagón)._

Pero el término común para el «carro» y el «transporte rodado» tiene un carácter genérico, en modo alguno limitado al carro de guerra. Probablemente los primeros carros de los indoeuropeos en las estepas eran muy poco adecuados para una utilización bélica. Inicialmente fueron vehículos de carga tirados por ganado vacuno. Y todo parece apuntar a que la variedad más antigua es la de cuatro ruedas macizas. Sólo la invención de las ruedas con radios, que redujo el peso de la estructura, posibilitó la substitución de los bóvidos por équidos. Y ambas cosas otorgaron al carro una velocidad que permitió ya un uso militar. Pero, como sabemos históricamente, ese desarrollo técnico es un hecho tardío, lo que resulta congruente con la circunstancia de que no existe palabra común para el «radio».

Carros de guerra con cuatro ruedas se documentan hacia 2700 a. C. en Uruk. Pero cuando se convirtieron los carros en un arma decisiva fue cuando adquirieron la forma de vehículo ligero y rápido con dos ruedas provistas de radios. Tal vehículo aparece por vez primera en Mitanni, introducido al parecer por la aristocracia indoeuropea de tipo indo-iranio que dominaba ese imperio. Y como también los griegos de época micénica aparecen provistos de ese mismo instrumento de guerra, se tiene la impresión de que pudiera tratarse de un desarrollo compartido inicialmente tan sólo por griegos e indo-iranios. Bien es verdad que también los hetitas combatieron en esa clase de carro. Pero todo hace pensar que pudieron haber tomado esa técnica de Mitanni, como sugiere el célebre tratado hetita de hipología, firmado por Kikuli de Mitanni.

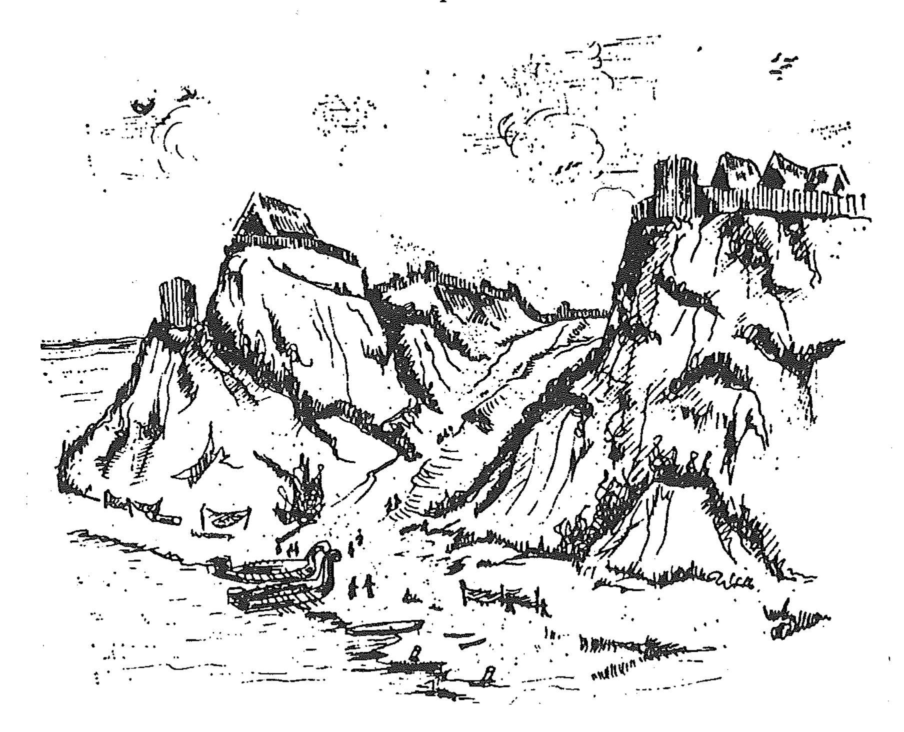
De modo que tampoco parece que el carro de guerra haya sido un instrumento militar desarrollado por el pueblo originario. Aunque eso no obsta para seguir considerando en general que la cría y utilización del caballo es una actividad característica de las gentes de las estepas. Por cierto, que algunos estudiosos han creído poder distinguir dos variedades de caballos, una propia de las estepas y la otra de Europa. La europea estaría detectada en nuestro continente desde el final del Paleolítico, y de ella derivarían los caballos europeos del Bronce y del Hierro. Pues bien, allá por los años 30, G. Neckel creyó ver en Persépolis —donde se encuentra una de las primeras representaciones plásticas de la asociación de indoeuropeos con caballos— la variedad europea de este animal (no la esteparia). Pero es obvio que lo precario de una tal apreciación no justifica la conclusión de Neckel de que los indoeuropeos en general y sus caballos tienen su patria originaria en Europa y no en las estepas.



Estela procedente de Micenas, correspondiente al s. XVI a. C.

Así pues, los pueblos indoeuropeos históricos aparecen asociados a la utilización del caballo como instrumento de guerra. Pero mientras que algunos de esos pueblos emergen en la historia luchando sobre el carro tirado por caballos (hetitas, indios, griegos), otros lo montan, dominándolo mediante el bocado (iranios en Oriente; latinos, germanos y celtas en Occidente). Y no deja de ser chocante que dos pueblos tan cercanos por su lengua y su cultura como el indio y el iranio discrepen en este punto: en época histórica, los iranios (medos, persas, escitas) montan el caballo para combatir, mientras que los indios, tal como reflejan los Vedas, combaten en carro y sólo en forma excepcional montan a la grupa. Y como ambas invenciones —carro de combate y técnica perfeccionada del bocado— parecen haberse instaurado en las estepas en épocas sucesivas, ello podría servir quizás, al menos en parte, de orientación cronológica respecto al entronque de unos y otros. Aunque el detalle de un proceso tan complejo se nos escapa, alguna orientación en ese sentido daré más adelante.

Uno de los puntos en que hay pleno acuerdo entre la Arqueología, la Historia y la Arqueología Lingüística es en la existencia entre los indoeuropeos de ciudadelas o lugares de habitación en elevaciones fortificadas. En efecto, en toda la extensión de la cultura de los *kurganes* los arqueólogos han excavado lugares de esa clase: plazas fuertes construidas en alturas naturales que facilitaban su defensa.



Altura fortifica de Vucedol, en el norte de Yugoslavia, según reconstrucción de R. R. Schmidt, datable hacia 3000 a. C.

Como es evidente, ese tipo de construcción sugiere, más que una especial agresividad bélica de esas gentes, unas determinadas condiciones de vida: vecinos hostiles, amenazas de ataques desde el exterior, etc. Y los pueblos indoeuropeos históricos han continuado construyéndolas o no, según las condiciones en que cada cual se debió ver inmerso. Características son las *acrópolis* griegas y los *castros* celtas, por poner dos ejemplos bien conocidos.

Tales ciudadelas tenían en la lengua común un nombre que podemos establecer como _*pl̥H-s,_ representado históricamente por sánscrito *pūr* «ciudad», griego πόλις «ciudad» y lituano *pilìs* «castillo». Otros pueblos indoeuropeos han substituido el término antiguo, aun conservando la fórmula defensiva. Entre ellos, los celtas y los germanos han recurrido a una vieja palabra indoeuropea que significaba «alto», «elevado»: _*bhr̥gh-._ Con frecuencia esas palabras, desprovistas con el paso de los años de su matiz defensivo originario, han quedado en las respectivas lenguas como término genérico para «ciudad», o como recurso estereotipado para derivar topónimos. Tal ocurre, como todo el mundo sabe, con griego πόλις: *Decápolis, Persépolis, Constantinópolis,* etc. Lo mismo sucede en sánscrito: *Singapur, Jodhpur, Nagpur.* En lenguas germánicas, la correspondiente forma es *burg,* de donde nuestros *Burgos, Burgo de Osma, Burguillo,* y tantos topónimos de países germánicos, como *Luxemburgo, Hamburgo, Lüneburg, Wolfsburg,* etc. En la España prerromana tuvo una amplia difusión esa misma palabra en su variante céltica *(brig-): Nertobriga, Segobriga, Nemetobriga, Arcobriga,* etc.

En resumen, en sus primeros pasos por la historia y la protohistoria, los indoeuropeos se revelan como un pueblo fuerte para la guerra, que utiliza el caballo, bien montándolo, bien haciéndole arrastrar sus carros de guerra. La épica india, griega, germánica y celta refleja una sociedad dominada por los valores del heroísmo, la fuerza, la destreza en el manejo de las armas, el honor en el combate frente al enemigo. Y la arqueología del I milenio a. C. en Europa pone de manifiesto espléndidos ajuares dotados de armas de varios tipos en las tumbas de los príncipes, lo que transluce una sociedad jerarquizada y dominada por una nobleza guerrera.

Sin embargo, el vocabulario común es muy escaso en terminología militar. Y cabría preguntarse hasta qué punto toda esa conducta remonta en realidad a la más antigua cultura indoeuropea de las estepas (digamos en el V milenio a. C.) o se trata de desarrollos más tardíos y limitados ya a algunos de los grupos, que fueron posibilitados por la adquisición de las técnicas primero del carro de guerra tirado por caballos y luego del uso eficaz del bocado.

CAPÍTULO II

LA RELIGIÓN

También en otros ámbitos de la Indogermanística, pero de forma muy particular en lo que a la religión se refiere, hay dos tendencias bastante contrapuestas, que podíamos llamar respectivamente pesimista y optimista. Mientras que los optimistas —entre los que destaca quizás de forma señera Dumézil— hacen descripciones pormenorizadas de múltiples dioses indoeuropeos, de sus funciones, de su organización estructurada, los pesimistas (entre ellos B. Schlerath y S. Zimmer) opinan que nada o casi nada podemos conocer de la religión indoeuropea o de sus dioses.

Uno de los argumentos más llamativos de los pesimistas consiste en hacer ver que las lenguas históricas tan sólo tienen en común el nombre propio de un dios, lo que no permitiría, mediante el recurso a la Arqueología Lingüística, más que el reconocimiento de una sola divinidad del pueblo originario. Se trata de **dyḗus,* presente en sánscrito como *dyā́us,* griego Ζεύς y latín *Iovis* (genitivo; *Diovis* en latín arcaico). A veces, en conexión con esas formas se citan nórdico antiguo *Tȳr* (dios de la guerra), sajón antiguo *Tiwes* (genitivo), antiguo alemán *Zio.* Pero, como luego veremos, estas últimas, aunque relacionadas con las del sánscrito, griego y latín, no son idénticas y su significado es también algo diferente.

El nombre de este único dios común testimoniado *(*dyḗus)* suele ir acompañado de la palabra indoeuropea para «padre» *(*patḗr),* en la fórmula **dyḗus patḗr:* sánscrito *dyauṣpitā́,* griego Ζεὺς πατήρ, latín *Iūpiter* (umbro *Iupater),* ilirio (trasmitido a través del lexicógrafo griego Hesiquio) Δειπάτυρος. De modo que, según los pesimistas, de la religión indoeuropea apenas podríamos conocer más que el nombre de uno de sus dioses, y acaso alguna de sus funciones gracias principalmente al epíteto de «padre» con que suele ser designado.

Ese argumento, sin embargo, no arredra a los optimistas. Dumézil, por ejemplo, contraatacaba diciendo que el nombre de los dioses no es al fin y al cabo tan importante. Con frecuencia en las religiones una misma divinidad

puede recibir varios. Para los cristianos —continúa diciendo—, la segunda persona de la Santísima Trinidad es llamada Jesús, Cristo, el Salvador, el Hijo de Dios, el Señor. Y sería posible que lo mismo sucediera con las divinidades indoeuropeas, de modo que, si cada uno de los pueblos indoeuropeos históricos hubiera elegido una denominación diferente de cada una de ellas, nosotros ahora no podríamos recuperar los nombres originarios. Por lo tanto, según Dumézil, habría que reconstruir la religión indoeuropea no ateniéndonos a los nombres de las divinidades sino más bien a sus respectivas funciones.

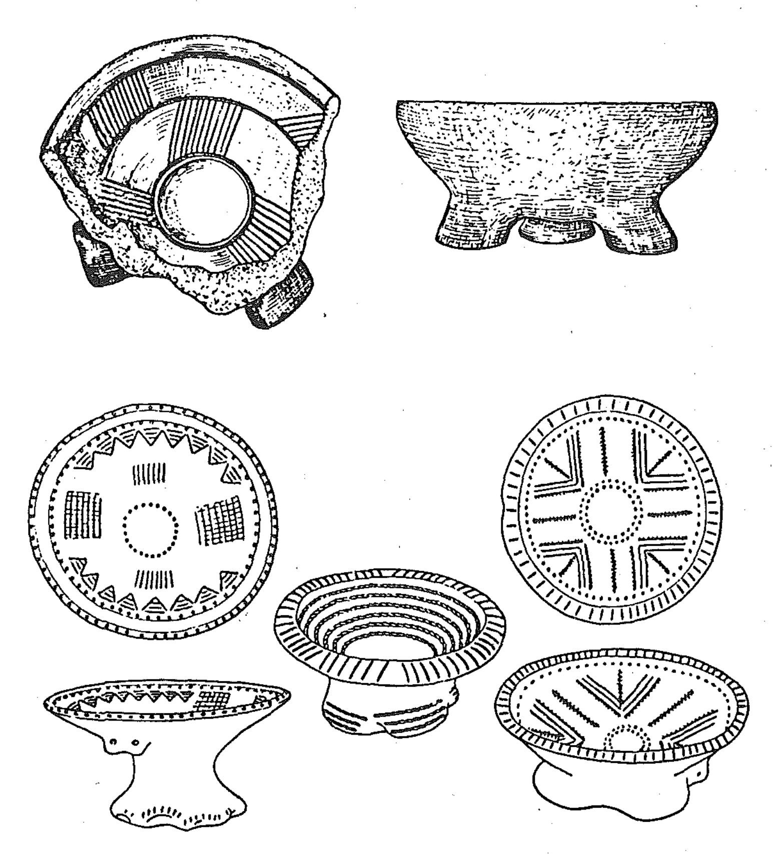
El método así propuesto no carece de graves peligros, y presenta una indudable analogía con el procedimiento empleado por la etimología precientífica, que se basaba primordialmente en el significado, tomando a la ligera la correspondencia de los significantes. Hoy, cualquier lingüista sabe que lo que garantiza la comunidad de origen de un elemento comparado es no tanto su significado cuanto su forma. No podríamos atribuir, por ejemplo, la categoría del *aspecto verbal* a la lengua común por el hecho de que exista aspecto verbal en determinado número de lenguas históricas, sino por el hecho de que tal categoría se exprese en ellas mediante una forma común. Y, paralelamente, el hecho de que exista un dios de la guerra en los panteones germánicos (Tȳr), latino (Marte), griego (῎Αρης) y védico (Indra) no tiene una fuerza probatoria concluyente. Dioses de la guerra los hay y los ha habido en pueblos muy heterogéneos, por lo que la única prueba que resultaría decisiva sería la existencia de un teónimo que fuera común a todas esas figuras.

Por otra parte, Dumézil incurre para la reconstrucción de la religión indoeuropea en un segundo vicio en que también incurrió la Lingüística Comparativa en sus primeras épocas y de la que tanto trabajo le está costando liberarse. Me refiero a una injustificada prioridad otorgada al testimonio sánscrito, de modo que con frecuencia basta que un hecho religioso cualquiera esté en los Vedas, y poco más, para atribuirlo sin vacilar al mundo indoeuropeo. Ese proceder tiene en Dumézil el carácter de principio programático:

> Y, como en Lingüística, es la India de los vedas, tanto por la riqueza como por la antigüedad de la información que presenta, la que suministra a la encuesta los primeros y más útiles elementos.

Pero en la tarea de la reconstrucción de la religión indoeuropea —como de la lengua y de la cultura en general— nos topamos ahora con una dificultad nueva. La elevación de todas las cronologías relacionadas con el pueblo originario hasta el V milenio a. C. hace que debamos primero preguntarnos qué religión indoeuropea queremos reconstruir: si la del V milenio o la del III, porque es evidente que en dos mil años la religión pudo haber sufrido cambios o evoluciones substanciales; si la del pueblo originario de las estepas o la de las agrupaciones intermedias de Europa centro-oriental y balcánica, surgidas por la fusión con elementos no indoeuropeos.

Como fondo más antiguo de las concepciones religiosas de los indoeuropeos parece revelarse un cierto tipo de religión naturalista en que son venerados ciertos fenómenos naturales como el sol, el fuego, el rayo, el trueno, los vientos, las aguas..., divinidades por lo general celestes o, más exactamente, atmosféricas. Es claro que en medio de la estepa un pueblo de pastores está a merced, él y su ganado, de la lluvia, de los vientos huracanados, del rigor de los rayos solares; que el fuego le será primordial para calentarse y protegerse de los carnívoros que acechan al ganado durante las noches. No es, pues, de extrañar que tales pueblos dispongan de dioses capaces de administrar favorablemente la lluvia, de controlar el viento, de iluminar las tinieblas.



Objetos decorados con motivos solares procedentes de diversos asentamientos kurgánicos

La adoración del disco solar por parte de los indoeuropeos parece haber perdurado más entre los germanos que entre otros pueblos, de forma que hay entre ellos numerosas huellas históricas o protohistóricas de ese culto: el carro del sol de Trundholm; la mención expresa que hace César del culto solar entre

los germanos; los discos solares grabados en rocas de Escandinavia, etc. Pero no faltan representaciones del disco solar, más o menos esquematizadas, en otros ámbitos del mundo indoeuropeo, como son las espirales y las *svastikas*, conocidas éstas últimas con un nombre sánscrito que significa «bienestar», convertidas en una mera superstición (un signo quizá asociado con la buena suerte o algo similar), olvidada ya su primitiva significación solar.

Igualmente el culto del *fuego* ha dejado huellas en ambos extremos del mundo indoeuropeo, tanto en la India, donde el dios Agnis («el fuego») tiene un papel predominante en el ritual védico, como en Roma, donde entre otros indicios encontramos el fuego sagrado mantenido por las vestales. Aunque la concepción del fuego y su posición ritual es muy diferente en las religiones de uno y otro pueblo.

Es verosímil, sin embargo, que en época de comunidad se haya iniciado un proceso de personalización de los dioses. Como dato seguro en ese sentido contamos con la existencia de la divinidad común **dyḗus pətḗr,* probablemente resultado de la personificación del cielo o de la bóveda celeste, concebido en consecuencia como «padre de todos los dioses» —sin duda inicialmente de todos los dioses-fenómenos atmosféricos que en ella nacen y tienen lugar—.

Si la bóveda celeste fue personificada como «padre» es lógico pensar que los diferentes fenómenos atmosféricos pudieron ser personificados a la recíproca como «hijos». Y la existencia del nombre común para «dios»: **deiwos* (y su plural correspondiente **deiwōs)* podría ser un indicio de que, efectivamente, existieron esas otras personificaciones.

Ese nombre genérico de «dios» *(*deiwos)* está ampliamente atestiguado en el mundo indoeuropeo. Lo encontramos en sánscrito *devás,* avéstico *daeva,* latín *deus* (de donde nuestro *dios),* celta antiguo *Deva* (que sirve de nombre a varios ríos españoles), lituano *diẽvas,* nórdico antiguo (plural) *tīvar.* Y su etimología parece efectivamente confirmar que se trata de diferentes personificaciones de fenómenos atmosféricos. En efecto, **deiwos* no es sino una formación adjetiva, derivada del nombre del dios (padre) = bóveda celeste **dyḗus,* que podríamos traducir en su sentido originario como «celeste», de modo que los «dioses» son «los celestes», no en el sentido transcendente del término, sino en sentido atmosférico.

Pero poco o nada podemos asegurar con verosimilitud sobre otros hipotéticos dioses personales. En ese punto no les falta su dosis de razón a los pesimistas. Las descripciones complejas y detalladas de amplios panteones corren el peligro de incurrir en el anacronismo de atribuir al pueblo originario lo que no son más que desarrollos secundarios o síntesis tardías de algunos de los pueblos individuales.

La de Dumézil, favorecida con una cierta popularidad, es un ejemplo de ese tipo de reconstrucción: un panteón indoeuropeo, estructurado en tres

grupos de dioses con funciones diferentes, que se articula en su teoría general de la trifuncionalidad de la sociedad indoeuropea. De ello hablaré más abajo.

Algunos pueblos indoeuropeos, como consecuencia de las vicisitudes de sus concepciones religiosas, han substituido el nombre ancestral de «dios» o le han dado acepciones nuevas. En eslavo (eslavo antiguo *bogŭ)* e iranio (persa antiguo *baga)* es substituido por un derivado de la raíz **bhag-* «distribuir, repartir». En eslavo antiguo el nombre viejo *(divŭ)* pasa a significar «milagro».

En otras lenguas, el viejo nombre genérico se transforma en un teónimo, como en nórdico antiguo y en sajón antiguo, donde *Týr* y *Tīg* (gen. *Tīwes)* es el nombre propio del dios germánico de la guerra, que Tácito identificaba con el *Marte* romano. Algo parecido sucede en nuestra lengua, donde en plural «dioses» conserva su valor genérico, pero en singular *Dios* se ha convertido en el nombre propio de la única divinidad de los cristianos.

No parece que los indoeuropeos construyeran templos, pero sí tenían lugares sagrados al aire libre. Y hay indicios de que las ofrendas a los dioses se efectuaban mediante combustión, como parece sugerir la correlación sánscrito *ā́sa-* «ceniza», hetita *ḫašaš* «horno», latín *āra* «altar», osco *aasai* «en el altar».

Hay motivos bien fundados para pensar que entre los ritos de la religión indoeuropea debió existir uno consistente en la ofrenda sacrificial de diferentes animales, particularmente la oveja, el cerdo y el toro. Nada más natural en pueblo de pastores ganaderos. En Roma ese ritual se conoce como *suovetaurilia.* Y también entre los lusitanos (indoeuropeos de la Península Ibérica) existía un ritual de esa naturaleza, reflejado en una inscripción en que se conmemora o describe la ofrenda de esos tres animales, y al parecer alguno más, a varias divinidades. Una de ellas, *Trebopala,* tiene un sorprendente paralelo en sánscrito *Viśpala,* ambos nombres compuestos nominales cuyos primeros elementos respectivos (**trebho-* y **wik-*) significan «aldea, poblado, lugar de habitación».

La inscripción lusitana en que se describe el citado ritual, con toda verosimilitud, reliquia superviviente de un antiquísimo ritual indoeuropeo, está grabada sobre piedra en el Cabeço das Fraguas (Portugal). Su texto dice:

> Oilam Trebopala
> indi porcom Laebo...
> indi taurom ifadem Reve Tre...

en que puede reconocerse la oveja (*oilam*), el cerdo (*porcom*) y el toro (*taurom*), por cierto, todos ellos con palabras muy cercanas a las que para esos mismos animales utilizamos todavía hoy en nuestra lengua.

Un tema difícil es el de la existencia de sacerdotes en la religión de los indoeuropeos. Naturalmente, hay estudiosos que hablan no ya de sacerdotes, sino de una verdadera clase sacerdotal cerrada. Pero como eso interfiere con otros diversos aspectos del modelo de sociedad indoeuropea, lo discutiré más abajo. Aquí me limitaré a decir —aunque ello no podría ser tomado como prueba concluyente— que no existe palabra común antigua para «sacerdote», ya que la correlación latín *flamen,* sánscrito *brahmán-* —y mesapio βλαμινι (las tres con el significado de «sacerdote»)— parece corresponder a un antiguo neutro **bhlaghmn̥* «ofrenda».

Finalmente, existe también un limitado inventario de correspondencias que pueden revelar en medida desigual algo sobre actitudes religiosas o rituales de los indoeuropeos. En ese orden de cosas está la raíz utilizada para designar «la plegaria»: **meldh-,* que se encuentra con usos en parte sagrados y en parte ordinarios en diversas lenguas indoeuropeas: hetita *mald-* «rezar, orar», armenio *malt'em* «pedir», lituano *meldžiù* «orar, pedir», checo *modla* «templo», polaco *modła* «oración», alemán *melden* «anunciar».

Aunque sólo presente en las lenguas itálicas y en hetita, la raíz **sak-* podría representar la forma indoeuropea de llamar a lo «sagrado», dado que son dos áreas dialectales alejadas y una de ellas (el hetita) de gran antigüedad. En hetita hay *šaklaiš* «rito, costumbre», y en latín da lugar a toda esa familia que va desde *sacer, sacerdos,* hasta *sanctio, sanctus* (en español *sacro, sagrado, sacerdote, sanción, santo...).*

Interesante resulta la equiparación del griego χέω «derramar, verter» y χεῦμα «libación, ofrenda de una bebida a los dioses», con sánscrito *juhóti* «ofrecer una bebida vertiéndola (en el fuego)», grupo de que deriva el nombre genérico de «dioses» en las lenguas germánicas: **ghutóm* «al que se ofrece la libación» > inglés *god,* alemán *Gott,* gótico *guþ.* (Una etimología alternativa lo hace derivar de una raíz **ghau-* «llamar», cuyo participio sería homófono con el anterior *[*ghutóm].* En este caso, «dios» en germánico habría significado originariamente «invocado, llamado», mientras que la correlación griego χέω, sánscrito *juhóti,* al quedar limitada a esos dos dialectos, perdería su significación como indicio de un elemento ritual del pueblo originario.)

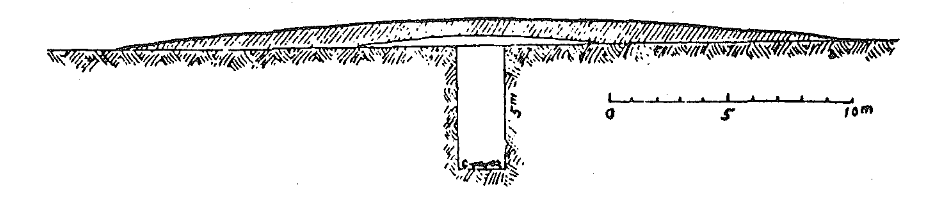
La correlación hetita *šipant-* «libación», griego σπονδή «ídem», latín *spondeo* «prometer solemnemente» puede revelar también algo sobre los usos y los ritos indoeuropeos.

Sin duda, ustedes podrán encontrar en otros autores descripciones más detalladas y coloristas de los dioses y los rituales indoeuropeos. Yo, sin embargo, no me atrevería a llegar mucho más allá de lo hasta aquí expuesto, por miedo a incurrir, mediante errores y anacronismos, en la descripción de un sistema que en realidad nunca ha existido como tal.

Un elemento central en la religiosidad de cualquier pueblo son sus ritos funerarios, su concepción de la otra vida, su actitud ante la muerte. En esta ocasión son la Arqueología por una parte, y determinadas tradiciones de pueblos históricos por otra, más que la Lingüística, las que pueden darnos algunas indicaciones al respecto.

Precisamente, como ya hemos visto, lo que da nombre a la cultura de las estepas —los *kurganes*— es un elemento relacionado con las costumbres funerarias, característico tanto de la región originaria (las estepas) como de las zonas de expansión subsiguiente (Europa centro-oriental). El túmulo (o *kurgán)* cubría de hecho una sepultura construida a modo de vivienda, a veces con paredes decoradas.

Mientras que los habitantes de la Vieja Europa practicaron la inhumación, los indoeuropeos han vacilado constantemente entre la cremación y la inhumación. Y a veces sucede que en regiones habitadas por indoeuropeos en las que se practicaba la cremación, las cenizas eran depositadas en urnas con figura de vivienda.



Corte vertical de un kurgán cercano al Mar Negro, en Rumanía

La tendencia a concebir el sepulcro como una vivienda resulta congruente con la costumbre de incluir presentes en las tumbas: armas, riquezas, instrumentos y animales sacrificados. La abundancia y variedad de esos presentes cambia a tenor del rango social del difunto.

Frente a ello, los habitantes de la Vieja Europa eran inhumados en enterramientos someros, hoyos de forma ovoide en los que como mucho se incluían unos pocos objetos, aparentemente de la propiedad del difunto y de su uso cotidiano.

Estos dos comportamientos rituales sugieren notables diferencias en la concepción de la muerte y de la vida que, por lo que a los indoeuropeos se refiere, se ven corroboradas por lo que sabemos de los pueblos históricos.

Pieza esencial del sentimiento religioso es la necesidad que el hombre experimenta de que no acabe todo con la muerte, la angustia que lo atenaza ante la idea de la propia aniquilación, el miedo inevitable ante un inquietante más allá, en el mejor de los casos incierto y desconocido. Para confortarse de ame-

nazas e incertidumbres, resulta un buen remedio el imaginar la otra vida lo más parecida posible a ésta. Pero, como esta vida al fin y al cabo no es perfecta, abrumada de carencias, jalonada de enfermedades, ensombrecida por el dolor, disminuida por la brevedad de su curso, se imagina la otra vida igual que ésta, pero perfecta, interminable, feliz, sin ninguna de sus privaciones. Y ésa, que es naturalmente tan sólo una de las respuestas posibles ante el misterio, parece haber sido la vía por la que han discurrido las concepciones indoeuropeas.

En efecto, la otra vida —y por consiguiente el sepulcro que constituye su primera etapa— aparece concebida como una continuación de ésta, para la que sería deseable conservar el rango, los privilegios, las ocupaciones. Para que el difunto lo consiga, se incluyen en su tumba las armas, las riquezas, los animales que lo harán posible. Cuando esa costumbre llega al extremo, se sacrifica sobre la tumba a las esposas, los esclavos, las concubinas, siempre con el mismo propósito.

Todo ello significa no sólo que en esta vida la sociedad indoeuropea estaba fuertemente jerarquizada: señores y esclavos; mujeres que se tratan como los objetos de la propiedad del varón; etc. Además nos indica que existía la creencia de que todas esas diferencias de rango y relaciones de dependencia se iban a perpetuar en la otra vida.

Si el más allá era concebido como una réplica feliz y perfecta de este mundo, su imagen concreta ha debido variar con el paso de los siglos, según los diferentes hábitats que los indoeuropeos fueron ocupando. Es evidente que la concepción del infierno cristiano como un lugar torturado por el calor se explica bien por haber surgido en un pueblo ubicado en una zona caliente y con una tradición de travesía penosa de un desierto. En cambio carecería de todo contenido amenazador entre los esquimales, que ante él no podrían quizás evitar una apacible sensación de confort. En ese sentido hay una cierta variabilidad entre los diferentes pueblos históricos. Los griegos y los indoiranios (que tantas otras cosas comparten) parecen haberse imaginado el más allá como un mundo de praderas verdes e inacabables, llenas de rebaños de vacas, lo que sugiere una prolongada tradición común de pastores-ganaderos. Frente a eso, los germanos concebían su paraíso —el Valhala— como un festín inagotable, con todos los manjares, bebida abundante y hermosas mujeres, donde los guerreros inmortales se resarcían del esfuerzo de batallas interminables. Lo que nos habla de un pueblo esencialmente belicoso.

Pero antes de alcanzar el otro mundo, el espíritu del difunto tenía que realizar el viaje que cubre el trayecto desde éste. Y en tal punto parece haber algunos elementos que podrían tener antigüedad indoeuropea. Hay que cubrir una jornada de camino, para la que son necesarias determinadas provisiones. De una forma un tanto difusa se entrevé que en la ruta existían determinados obstáculos que el espíritu había de salvar. Y hay razones para pensar que esos

obstáculos —o al menos algunos de ellos— estaban relacionados con el agua. Quizás el dato más evidente en ese sentido nos lo proporciona la mitología griega, con la figura de Caronte, que ayuda a los muertos a atravesar en su barca un obstáculo de agua (la laguna Estigia o el río Aqueronte). Bien es verdad que la figura de Caronte es probablemente tardía —posterior a Homero—, pero es igualmente cierto que en Homero, cuando Ulises quiere visitar el Hades se ve obligado a atravesar el océano. Hay ecos de algo parecido en la India. Y en Europa se encuentra, sobre todo en el mundo vikingo, el motivo del barco asociado a los funerales. Sin embargo, en otros pueblos indoeuropeos (como los escitas) el caballo resulta un modo de trasporte adecuado para ese postrer viaje.

No hay un lugar concreto donde podamos decir que los indoeuropeos situaban el otro mundo. Ulises se vio obligado a navegar hacia el Norte. En cambio, los vikingos lo situaban hacia el Sur. Y otras referencias podrían hacer pensar en una ubicación en el cielo, como es la creencia de que en las cremaciones el espíritu podría subir inmediatamente, junto con el humo, hacia arriba.

En general, la muerte es concebida entre los pueblos indoeuropeos como el final irreversible de algo (esta vida) y el principio incierto de otra en un lugar distinto. Y ese carácter de final irreversible le confiere un componente trágico, doloroso, que se refleja en las manifestaciones de duelo y en las lamentaciones, a veces desaforadas, que acompañaban a los rituales fúnebres. No parece que la promesa de otra vida mejor sea suficiente para aceptar con naturalidad —y mucho menos con alegría— la muerte. En ese contexto tienen su explicación costumbres tan pintorescas como la de las plañideras y otras manifestaciones de dolor que, en ocasiones, llegaron a adquirir una envergadura tan exagerada que, por ejemplo en Grecia, hubieron de ser limitadas legalmente.

Los pocos indicios que nos quedan de las costumbres funerarias de la Vieja Europa nos sugieren un cuadro muy diferente. La concepción cíclica de la vida, característica de la civilización agrícola del neolítico preindoeuropeo, y la creencia en sucesivas reencarnaciones a ella asociada, llevan a sentir la muerte como tan sólo una etapa en el ciclo inacabable, que conduce a un nuevo estado, al resurgir a la vida en la estación siguiente. El cuerpo se entrega sin más a la tierra, la Gran Diosa, la dadora de la vida toda, lo mismo que la simiente a cuya imagen se asimila la regeneración futura. Al igual que la sementera, es tan sólo un paso más en el ciclo de la vida, un eslabón más de la cadena.

Capítulo III

FAMILIA Y SOCIEDAD

Las palabras que designan las relaciones de familia —los llamados *términos de parentesco*— pertenecen a uno de esos estratos más estables del vocabulario de las lenguas, que suelen estar al abrigo de cambios inducidos por la moda, y resulta reacio a ser renovado o substituido por préstamos u otras innovaciones. Y efectivamente, en la familia indoeuropea existe un importante acervo de esta clase de términos, que remontan a la más alta antigüedad y están representados ampliamente en todos los ámbitos dialectales.

Es, pues, éste un campo prometedor para penetrar mediante la Arqueología Lingüística en las instituciones familiares de nuestros antepasados indoeuropeos. Y esa expectativa no es del todo fallida, como vamos a ver ahora. Pero es oportuno advertir que con frecuencia se ha pretendido llegar demasiado lejos, más allá de lo que un sensato análisis lingüístico permite establecer con rigor.

En efecto, en el manejo de la Arqueología Lingüística existen dos niveles sucesivos, que hay que aprender a diferenciar con precisión. El primero consiste en el establecimiento de los parentescos que existían y que no existían entre los indoeuropeos, mediante su reflejo en el correspondiente vocabulario común. Este paso, ejemplificado con el ámbito de la religión ya analizado, consistía allí en la detección de los dioses concretos para los que existía nombre indoeuropeo común, cosa que según vimos sólo sucedía con un dios individual *(*dyēus)* y con el nombre genérico de «dios» *(*deiwos)*.

En el segundo nivel se intenta extraer, a partir de la etimología de la correspondiente palabra, la información pertinente sobre la naturaleza, funciones, etc. del elemento por ella designado. En el caso de los dioses llegábamos en este segundo nivel a inferir su naturaleza originariamente atmosférica.

Operar en estos dos niveles no resulta siempre factible ni, de serlo, proporcionan ambos el mismo grado de garantía. Obviamente sin el primero no es

posible el segundo: si no hay palabras comunes para las relaciones de parentesco no hay nada que etimologizar. Pero puede ocurrir que tras establecer con mayor o menor seguridad un determinado vocabulario común, resulte imposible o arbitraria la ulterior indagación etimológica. Y esto último es en cierta medida lo que ha ocurrido con los términos de parentesco.

El inventario de esos términos quedó establecido ya a finales del siglo pasado en un conocido trabajo del alemán B. Delbrück, en la forma que aún hoy podemos considerar *grosso modo* vigente. Con posterioridad se han dedicado algunos estudios de conjunto a este tema —no demasiados en realidad—. En ellos se mejoran (y a veces se empeoran) algunos aspectos, o se añaden ciertas cuestiones de detalle. Pero la idea general de la estructura familiar indoeuropea sigue manteniéndose la misma. Ni siquiera el descubrimiento del hetita ha venido en este punto a imponer la revisión de la doctrina anterior: en hetita muchos nombres de parentesco están representados mediante ideogramas, lo que nos encubre la forma fonética concreta de las correspondientes palabras.

Desde la obra de Delbrück se ha incrementado sin duda nuestro conocimiento en este terreno. Pero no ha sido tanto gracias a la Lingüística Histórico-Comparativa cuanto a la Etnología y a la Antropología, que han profundizado en el análisis del tipo de sociedad que revela el léxico indoeuropeo.

Para el «padre» utilizaron nuestros antepasados el término **pətḗr* representado en sánscrito *pitā́,* griego πατήρ, alemán *Vater,* tocario (A) *pācar,* celta (irlandés antiguo) *athir* y latín *pater* (de donde la forma española *padre).*

Pero los indoeuropeos, como tantos otros pueblos, tenían dos clases de términos para expresar ciertos parentescos, especialmente «padre» y «madre». El uno corresponde al vocabulario adulto, y está representado en nuestra lengua por los términos *padre* y *madre.* El otro, pertenece al vocabulario infantil (y afectivo), y cuenta en español con *papá* y *mamá* (o *papa* y *mama).*

El término **pətḗr* pertenece al vocabulario adulto. Las formas indoeuropeas infantil-afectivas eran **atta/*tata* (hetita *attaš,* griego ἄττα y τατᾶ, latín *atta* y *tata,* gótico *atta,* sánscrito *tatás)* y **papa/*appa* (palaíta *papaš,* griego πάπ(π)α y ἄππα, latín *pap(p)a,* tocario (B) *appa(-kke).*

Para «madre» el término adulto era **mātēr* igualmente bien testimoniado: sánscrito *mātā́,* griego μάτηρ, celta (irlandés antiguo) *māthir,* ruso *matĭ,* lituano *mótė (mótina),* alemán *Mutter,* inglés *mother,* tocario (B) *mācer,* latín *mater* (de cuyo acusativo *matrem* procede el término castellano *madre).*

Como palabra infantil para «madre» encontramos **mă,* frecuentemente reduplicada como **māma:* persa moderno *māmā,* griego μάμμα, lituano *mamá,* ruso *máma,* alemán *Mamme,* etc.

Para «hija» tenemos la correlación griego θυγάτηρ, sánscrito *duhitā́,* persa moderno *duxt,* lituano *duktė̃,* ruso *dóčeri,* alemán *Tochter,* inglés *daughter,*

que sugiere una forma común **dhug(h)ətḗr,* que fue substituida en latín y por lo tanto no tiene heredera en nuestra lengua.

Para «hijo» no hay, sin embargo, una forma tan generalmente atestiguada. El término más extendido, que pasa por ser la forma indoeuropea, es **sū̆nus:* sánscrito *sūnúṣ,* lituano *sūnùs,* ruso *syn,* alemán *Sohn,* inglés *son.* Pero aparece reemplazado en no pocas lenguas históricas por formaciones varias de raíces que significan «pequeño, joven» *(*ku-:* griego κοῦρος, iranio *Kuruš),* «cría, animal joven» *(*pōu-:* griego παῖς, latín *puer),* «crecer, llegar a ser» *(*bhū-:* latín *filius,* de donde español *hijo,* aunque para *filius* se ha propuesto otra posible etimología a partir de la raíz **dhē-* «amamantar» a la que pertenecen también *fēmina* y *fēcundus).*

Para «hermano» hay un término de amplia difusión: **bhrā́tēr,* testimoniado en sánscrito *bhrā́tā,* griego φράτηρ, irlandés antiguo *brāth(a)ir,* alemán *Bruder,* inglés *brother,* tocario (B) *procer,* lituano *broterė̃lis,* ruso *brat,* latín *frater.* Aunque la palabra latina seguimos usándola como cultismo en *fraterno, fraternal,* etc., el español ha innovado adoptando el término *hermano,* del latín *germanus,* por elipsis a partir de la expresión latina *frater germanus* «hermano auténtico» (sc. «de padre y madre»).

Para «hermana» la palabra indoeuropea era **swesōr:* sánscrito *svásā,* griego ἔορ, lituano *sesuõ,* ruso *sestrá,* tocario (B) *ṣer,* alemán *Schwester,* inglés *sister,* celta (irlandés antiguo) *siur,* latín *soror.* La forma española *hermana* es heredera, paralelamente, de la expresión latina *soror germana.*

Los que preceden son los términos de parentesco más claramente atribuibles a la lengua común. Otros probables, aunque de menor testimonio, son «abuelo» *(*awos,* como en latín *avus);* «abuela», quizás la forma femenina correspondiente del anterior (gótico *awo,* latín *avia,* de cuyo diminutivo *aviola* procede nuestro *abuela),* aunque hay huellas de una forma algo diferente: **anos* como en latín *anus* «anciana», alemán antiguo *ana,* prusiano antiguo *ane* y hetita *ḫannaš* «abuela»; «nieto» **nepōs* (del que queda un uso residual en nuestro *nepotismo);* «nieta», que presenta formas femeninas del anterior; para «tío» (= hermano de la madre) aparecen formas derivadas —a veces diminutivas— de **awos* «abuelo» (como latín *avunculus).*

En cambio para «tía» no parece haber una forma común. Nuestros *tío, tía* son un préstamo a partir del griego tardío θεῖος, θεία. E igualmente faltan términos para «sobrino»/«sobrina» y para «primo»/«prima», si bien para «sobrino» algunas lenguas históricas emplearon el mismo término indoeuropeo que para «nieto» *(*nepōs).* Como veremos más abajo, tienen significación para el conocimiento de las instituciones familiares indoeuropeas tanto los parentescos que nuestros antepasados distinguían como los que no distinguían.

Hasta aquí los términos de la familia consanguínea. Y junto a ellos hay varios que designan diversos grados de «parentesco político». Para «suegro» y «suegra» existían dos palabras muy relacionadas, si bien no regulares desde el punto de vista de la derivación masculino/femenino: **swékuros* «suegro» y

**swekrū́s* «suegra». Del masculino derivan sánscrito *śváśuras,* griego ἑκυρός, alemán *Schwieger(-vater),* inglés antiguo *swēor* (en inglés moderno substituido por la fórmula general inglesa para parentesco político de *father-in-law),* lituano *šẽšuras*, eslavo antiguo *svekrŭ,* latín *socer* (de donde nuestro *suegro).* Del femenino tenemos sánscrito *śvaśrū́ṣ,* latín *socrus,* inglés antiguo *sweger,* eslavo antiguo *svekry.*

La «nuera» dispone de un término de extensión igualmente generalizada: **snusos:* sánscrito *snuṣā́,* griego νυός, alemán *Schnur,* inglés antiguo *snoru* (también reemplazado en inglés moderno por *daughter-in-law),* antiguo eslavo *snŭxa.* En cambio, para «yerno» no hay una palabra común que pueda ser establecida con la misma precisión. Un conjunto de lenguas (no todas) tienen palabras, aunque diferentes, derivadas de la raíz **gem-* «desposar, casar». Entre ellas, latín *gener* (de un más antiguo **gemer,* modificado por etimología popular según *genus, gens),* de donde nuestro español *yerno.*

Otro término importante en el vocabulario de la familia es el de «viuda», **widhewā,* conservado en casi todos los grupos históricos: sánscrito *vidhávā,* avéstico *viδavā,* prusiano antiguo *widdewū,* ruso *vdová,* eslavo antiguo *vĭdova,* irlandés antiguo *fedb,* alemán *Witwe,* inglés *widow* y latín *vidua* (de donde nuestro *viuda).* No existe, en cambio, término indoeuropeo para «viudo».

Para «esposo» y «esposa» no parece haber existido términos indoeuropeos específicos. Con toda probabilidad usaban para ambos los términos genéricos de «hombre» *(*nḗr* o **wiros,* cf. latín *vir)* y «mujer» *(*[e]sōr* o **g*^{w}*enā).*

«Cuñado» (= «hermano del marido») cuenta con el término **daiwḗr* que, aunque con diversas dificultades en el detalle de la fonética puede considerarse como palabra indoeuropea gracias a los siguientes testimonios: sánscrito *devár-* griego δαήρ, latín *lēvir,* lituano *díeveris,* eslavo antiguo *děverĭ,* alemán antiguo *Zeihhur,* inglés antiguo *tacor.*

«Cuñada» (= «hermana del marido») cuenta igualmente con un término común *(*glṓ[u]s),* presente en griego γάλως, latín *glōs,* ruso *zolov-(ka),* eslavo antiguo *zŭlŭva.* Y también «cuñada(s)» (= mujer(es) de los hermanos del marido), que era **yenətḗr:* sánscrito *yātár-,* griego ἐνάτηρ, lituano *jentė,* ruso *jatrovĭ,* latín (pl.) *ianitrices,* transformado por etimología popular en *genetrices.* No hay en cambio términos para las modalidades de «cuñados» por parte de la esposa, como «hermano de la mujer», y «hermana de la mujer».

De este conjunto de términos, tanto por los que existen como por los que no existen, en el primer nivel de deducción puede considerarse sólidamente establecido desde Delbrück que la familia indoeuropea era de régimen patriarcal. Y, como puede comprobarse, a primera vista abundan los términos que nombran las relaciones entre la esposa y la familia del marido, mientras que faltan por completo o tienen una presencia muy restringida los que describen las relaciones del marido con la familia de la esposa. De hecho, hasta mediados de este siglo fue doctrina unánimemente admitida que la lengua de los in-

doeuropeos carecía prácticamente por completo de términos para designar a los parientes de la esposa, lo que se consideraba razonable, dadas las características de la familia indoeuropea que ahora enunciaré.

El tipo de la familia indoeuropea era la que se conoce con el nombre de «gran familia» *(joint family)*. Los parientes se agrupaban bajo la autoridad de un cabeza de familia, el **pətḗr*. Los descendientes varones, al casarse, no abandonaban la unidad familiar, ni fundaban familia nueva. Normalmente al tomar esposa la introducían en el seno de la gran familia.

Los matrimonios eran exógenos, es decir: los varones concertaban los esponsales con una mujer de otra familia y la *conducían* (en latín *ducere uxorem)* a la suya. Eso explica perfectamente el sistema de nombres de parentesco que acabamos de enumerar. Para la recién llegada, el padre y la madre de su marido ocupaban desde ese día un lugar importante en sus relaciones, y por ello constituían un grado de parentesco dotado de términos propios. Lo contrario sucedía con los padres de la esposa, con quien el marido normalmente no volvía a tener una relación sostenida. De modo que los términos **swékuros* «suegro» y **swekrū́s* «suegra» en la sociedad indoeuropea designaban primordialmente al padre y la madre del marido, o al menos así se piensa normalmente, salvo lo que al respecto añadiré más abajo.

Por igual razón hay términos para «hermano del marido» y «hermana del marido», pero no para «hermano/hermana de la mujer». En realidad, al casarse, las mujeres dejaban en la práctica de pertenecer a su familia de sangre para integrarse en la familia del marido, que, cuando moría, dejaba a su esposa *viuda (*widhewā)*, aislada y sin amparo en una familia que después de todo no era la suya. Es por eso que no hay palabra indoeuropea para «viudo». El hombre cuya esposa moría, simplemente tomaba otra. Y en cualquier caso permanecía en el mismo *status* familiar y social sin dar lugar a una figura que exigiera una palabra especial.

La indefensión en que quedaba la mujer cuando moría el marido y, en cualquier caso, su precaria situación en medio de una familia ajena exigía que alguien se ocupara de defender sus derechos y los de su descendencia en caso de conflicto. Ese cometido lo asumía naturalmente el padre de la esposa o, si se quiere, el **pətḗr* de su familia de origen. Ésa es la figura que recibía el nombre de **awos*, y que por su función mantenía una vinculación afectiva y de tutela tanto con su hija como con los descendientes de ella.

Pero el **awos*, perteneciente a la generación anterior, moría normalmente antes que su hija. Y tras su muerte alguien debía seguir ocupándose de protegerla. Normalmente ese alguien era su hermano, sucesor frecuentemente en la jefatura de la familia. La igualdad de función hacía que a él se le aplicara el mismo nombre de **awos*. Y nada más natural que, para distinguirlo del viejo, se le aplicara eventualmente algún sufijo diminutivo, como sucede en latín *avunculus* «tío» (originariamente materno).

Sobre la base principalmente de que los términos **awos* y **nepōs* significan «abuelo» y «nieto», pero también sirven para «tío [materno]» y «sobrino», el antropólogo norteamericano F. G. Lounsbury encontró que el sistema de parentesco de varios pueblos indoeuropeos (latino, germánico) coincidía con el modelo llamado *Omaha III.* H. Ph. Gates deducía que el mismo tipo habría existido en la Grecia homérica. Y P. Friedrich concluyó que ése era simplemente el modelo de familia indoeuropea. O. Szemerényi, autor de uno de los más completos estudios sobre la familia indoeuropea, rechazó con abundantes argumentos la indoeuropeidad del modelo *Omaha III,* afirmando que para explicar el comportamiento de **awos* y **nepōs* basta con admitir la existencia del *avunculado* en la familia indoeuropea.

En 1959 otro antropólogo, J. Goody, hizo ver que la ausencia de términos para designar a los parientes de la esposa en la sociedad indoeuropea es simplemente absurda desde el punto de vista de la Antropología. Y, de hecho, en los inventarios de sistemas de terminología de familia reunidos por Morgan no hay uno solo que carezca de términos para los parientes de la esposa, sean cuales sean los correspondientes sistemas familiares. En ésta, como desgraciadamente en tantas otras ocasiones, los indoeuropeístas pecamos de un exceso de confianza en las deducciones efectuadas por métodos exclusivamente lingüísticos, omitiendo, unas veces por ignorancia y otras por desprecio, el contrastar el resultado de nuestras indagaciones con la información que nos ofrecen otras ciencias involucradas. Por fortuna, en esta ocasión no resulta difícil conciliar la terminología de la familia indoeuropea con las exigencias de la Antropología. Aparte de que podrían haber existido algunos de ellos, como el de «yerno», que en todas las lenguas presenta una secuencia inicial común **gem-*, basta con entender —como sugirió Szemérenyi— que algunos de los términos que se consideraban de uso exclusivo para los parientes del varón se utilizarían también para los parentescos equivalentes de la familia de la esposa, como por ejemplo **swékuros* «suegro» y **swekrū́s* «suegra».

Si pasamos al segundo nivel de indagación, el de la etimología de las correspondientes palabras, debemos extremar la cautela para no incurrir en arbitrarias ingenuidades como ha ocurrido frecuentemente, y no sólo en el pasado. En ese sentido, una primera observación es que gran parte de esos términos de parentesco presentan un sufijo *-*ter (*pətḗr, *mā́tēr, *bhrā́tēr, *dhug(h)ətḗr *yenətḗr)* o al menos *-*r (*swesōr, *daiwḗr).* Y, como para derivar nombres de agente los indoeuropeos utilizaban precisamente el sufijo *-*ter,* desde el siglo pasado se llegó a la conclusión de que los nombres de parentesco eran nombres de agente que podrían revelarnos mediante la correspondiente etimología las funciones que realizaba en la sociedad indoeuropea cada miembro de la familia.

Para el nombre del «padre» se buscaba etimología en una raíz *pā-* «proteger», bien conocida en sánscrito, que en fonética indoeuropea habría que simbolizar como **pō(i)-*pə(i)-*. De ella derivan el nombre del «pastor» en varias lenguas indoeuropeas: sánscrito *pālás, (go-)pā́-,* griego ποιμήν (y, probablemente, latín *pastor)*. De modo que los indoeuropeos habrían llamado al padre «el protector», o si se quiere «el pastor» de los miembros de su familia, en metáfora apropiada para un pueblo de pastores y ganaderos.

Para «madre» *(*mā́tēr)* se recurría a la raíz sánscrita *mā-* «medir», de lo que resultaba «la medidora», no sabemos bien de qué. Pero esta etimología se abandonó tan pronto como resultó evidente que la forma indoeuropea de esa raíz había sido **mē-* (de donde latín *metiri,* español *medir)* y no **mā-*. De análisis similares resultaba que **bhrā́tēr* «el hermano» era «el que transporta, el que lleva», y **dhug(h)ə-tḗr* «la hija», habría sido «la ordeñadora».

Todo el cuadro así obtenido partía de un error inicial: el considerar que el sufijo -**ter* en los términos de parentesco tiene significado de agente. Es cierto que ese sufijo presenta en derivados de raíces verbales ese valor. Pero es igualmente cierto que los sufijos de cualquier lengua no constituyen sistemas regulares y cerrados con usos exclusivos o unívocos. Por el contrario, es frecuente que un mismo sufijo tenga en una lengua determinada más de una función. Por ejemplo, *-ero* tiene en español la función de derivar nombres de profesiones como *camarero, carcelero, enfermero* o *marinero*. Pero también puede aparecer dando nombres de objetos, como *cenicero, candelero, plumero* o *perchero*. O determinadas condiciones, cualidades y propensiones, como *pinturero* y *chocarrero*. Y en otras ocasiones puede derivar palabras aisladas, no encuadrables en ninguno de esos grupos, como *calvero*.

No hay, pues, que partir del valor de agente para etimologizar todos los nombres de familia, sino que debemos considerar que el sufijo -**ter,* junto a la función de formar nombres de «agente» tenía tambíen la de derivar términos de parentesco. Es posible, aunque en modo alguno seguro, que en alguno de los términos de parentesco -**ter* tuviera originariamente el valor de agente, y desde él se haya extendido por analogía a los otros nombres de familia, llegando a caracterizarlos como clase. Pero es un error buscar para todos y cada uno de ellos valores de agente.

De ser esa explicación correcta, tal vez habría que pensar en que fuera **dhug(h)ətḗr* el punto de partida. La «hija» habría sido en ese caso la «ordeñadora», lo que parece estar de acuerdo con los usos habituales en las culturas de ganaderos de Europa oriental y Asia central, donde suelen ser efectivamente las hijas las encargadas de ordeñar el ganado.

Por el contrario, las etimologías como nombres de agente de **pətḗr* y *mā́tēr* carecen de todo fundamento. Su explicación debe buscarse en otra dirección, señalada por diversos estudiosos del lenguaje infantil y el aprendizaje de la lengua. Resulta que las sílabas */pa/* y */ma/* (vocal */a/,* nasal u

oclusiva labial, estructura silábica CV) forman las primeras combinaciones que los niños son capaces de realizar, independientemente de cuál sea la lengua de sus mayores. Y eso ha propiciado que en el vocabulario infantil de numerosísimas lenguas sean esas combinaciones u otras muy parecidas (/ta/, /da/) las que constituyen el nombre de los padres. El indoeuropeo habría sido en eso una lengua como tantas otras. Las formas **pətḗr* y *mā́tēr* son con toda verosimilitud el resultado de aplicar el sufijo de parentesco a esas estructuras silábicas, derivando así de ellas el nombre del «padre» y de la «madre» para la lengua de los adultos.

Es ése un proceso que se ha repetido en fechas más recientes, como se constata en dos grupos históricos, el báltico y el eslavo. En ellos la vieja palabra **pətḗr* ha sido substituida por derivados nuevos, también a partir de formas del lenguaje infantil. En lituano hay *tė̃vas* y en ruso *otéc,* ambas derivadas de las formas */ta/, /atta/.*

La palabra para «hermano» no tiene una etimología convincente, a pesar de algunas propuestas recientes, como la de Szemerényi, para quien sería un compuesto (no un nombre de agente), con el significado de «que transporta el fuego». En cambio, el término **swesōr* «hermana» ofrece una etimología atractiva y acorde con las condiciones de la *gran familia.* Sería un compuesto de **swe* «propia» y **sōr* «mujer», con el significado originario de «mujer propia», sc. «nacida en la familia». No aludiría, pues, en su origen a un grado determinado de parentesco consanguíneo, sino que designaría a toda la clase de las mujeres nacidas en la familia, por oposición quizás a las incorporadas a ella mediante matrimonio, que serían llamadas con el nombre de **snusos* «nuera» o **yenətḗr* «cuñada», según el punto de vista.

El nombre que los indoeuropeos daban a esa «gran familia» o «clan», que constituía su unidad esencial, no se deja establecer en forma inequívoca. O. Szemerényi ha postulado que el nombre más antiguo sería **sŭ̄,* que como tal no se encuentra en ninguna lengua indoeuropea histórica. No se trata en consecuencia, en esta ocasión, de la reconstrucción comparativa ordinaria de una palabra indoeuropea, sino de un procedimiento algo distinto, igualmente legítimo pero mucho más delicado y de resultados menos seguros, al que llamamos *reconstrucción interna.*

La forma en cuestión sería una palabra radical (es decir, igual a la raíz pura, sin sufijación) de **sŭ̄* «engendrar». Es frecuente que de las raíces con ese significado, además de verbos como «engendrar», «dar a luz» y similares, deriven los substantivos que designan al «hijo», la «familia», algunos otros grados de parentesco y eventualmente la cría de algunos animales. Tal sucede, por ejemplo, con **gen-* «engendrar», de la que deriva tanto el verbo latino *generare,* como *gens* «familia», *genus* «género, linaje», *genitus* «hijo» (cf. *primogénito),* etc.

Paralelamente, la raíz **sŭ-*, que se encuentra en sánscrito dando el verbo *sûte* «engendrar», estaría en la base de diversas palabras, como **sūnus* «hijo», **sū̆s* «cerdo» y **swesōr* «hermana». Unas líneas más arriba interpretábamos esta última como «mujer propia, de la propia tribu». Aquí tenemos ahora la explicación completa. Baste añadir que el tema del reflexivo indoeuropeo **sw(e)* parece haberse originado a partir de ese antiguo nombre de la «familia», en el contexto de un régimen de propiedad común a todo el grupo, más que individual de cada uno de sus miembros. El sentido de, por ejemplo, «mujer de la familia» = «mujer nuestra», pudo deslizarse semánticamente con facilidad hacia «mujer propia», lo que se encuentra ya inmerso en el terreno de los valores del reflexivo.

Sin embargo, como decía, ese viejo nombre **sū̆* «familia, clan» no ha perdurado en ninguna lengua histórica. Es posible que su uso como apelativo se haya visto desplazado por razones de índole social. Con la conquista de amplios territorios y la asimilación de culturas más desarrolladas, es indudable que las viejas instituciones familiares y las costumbres ancestrales se debieron ver inevitablemente alteradas. Con ello el antiguo término **sū̆* pudo ser substituido por otros, acordes con las nuevas costumbres, por lo que sólo ha llegado hasta nosotros en formas y usos marginales.

Hay tres términos bastante extendidos entre las lenguas históricas para designar el «clan», o la «tribu», o bien su lugar de habitación. Pues, en efecto, es sabido que frecuentemente estos términos sirven para designar tanto el conjunto físico de los edificios, como a sus moradores. Lo que no obsta para que, gracias a la etimología, podamos a veces deducir si en el origen se introdujo el término para lo uno o para lo otro. Así, «pueblo» es en nuestra lengua a la vez el lugar de habitación y la gente; «casa» es por una parte el edificio y por otra la estirpe de sus propietarios (como en «la casa de David» o «la casa de Austria»).

El primero de los términos indoeuropeos para «familia, clan» es **woik(o)s*. Lo tenemos en eslavo antiguo *vĭsĭ* «aldea», gótico *weihs* «aldea», sánscrito *viś-* «pueblo», persa antiguo *viþ-* «corte real, residencia», griego οἶκος «casa» y latín *vicus* «grupo de casas, aldea». Para Szemerényi, este término habría designado inicialmente al conjunto de los miembros del grupo familiar, aunque luego sirviera para designar su asentamiento, lo que se apoya en una etimología que él propone a partir de **weik-* «caminar, marchar», según la cual el «clan» habría sido originariamente designado como un grupo itinerante, nómada, seminómada, o quizás simplemente en busca de asentamiento. Sin embargo, el significado que Szemerényi atribuye a esa raíz como primario («caminar, marchar») no recibe apoyo en las diferentes lenguas indoeuropeas, en que parecen prevalecer los valores que aluden más bien a los edificios.

El segundo es un derivado de la raíz **trē̆b-/*tr̥b-* «edificio, habitación» que se encuentra en alemán *Dorf* «aldea», lituano *trobà* «casa, edificio» irlan-

dés medio *treb,* griego τέραμνον «casa, vivienda» *(< *ter°b-no-),* osco *tríibúm* «casa», latín *trabes* «viga» y *taberna (< *traberna)* «cabaña» (de donde nuestra palabra *taberna).* Es tentadora a primera vista la relación con esta raíz de la palabra latina *tribus* «tribu». Pero la fonética no permite tomarla en consideración, excepto que fuera un préstamo de otra lengua indoeuropea no identificada.

El tercer término parece claramente designación originaria del edificio, al ser un derivado de la raíz *dem-* «edificar, construir» (cf. griego δέμω «edificar», alemán *Zimmer* «habitación»). La encontramos bajo varias forma —radical o sufijada— en griego δεσ-πότης «señor de la casa», ἔνδον «dentro» (originariamente «en casa») y δόμος «casa», ruso *dom* «casa», lituano *nãmas* «casa», latín *domus* «casa» y *dominus* «señor [de la casa]» (de donde *dominar,* etc.).

Todo los términos que preceden *(*sū̆, *woik(o)s, *trē̆b- /*tr̥b-, *dem-)* parecen haber designado a la gran familia o clan y su correspondiente lugar de habitación, aunque no sabemos con exactitud la relación existente entre todos ellos, si eran (cuasi-) sinónimos, o si por el contrario aludían a la realidades o instituciones sociales diferenciadas.

A veces, para señalar el carácter cerrado del clan y su recelo a todo individuo ajeno a él, se menciona el hecho, sin duda interesante, de que una misma palabra *(*ghostis)* signifique por una parte «huésped» (gótico *gasts,* alemán *Gast,* eslavo antiguo *gostĭ*) y por otra «extranjero, enemigo» (latín *hostis).* Desgraciadamente, ninguna conclusión legítima puede inferirse de ello respecto a la sociedad indoeuropea. En primer lugar, porque la misma palabra **ghostis* cuenta con un testimonio muy limitado, sólo occidental, lo que no asegura su carácter antiguo en la familia indoeuropea. Los intentos de encontrar alguna huella de **ghostis* en griego ξένος «extranjero» son altamente especulativos. Pero en segundo lugar, y sobre todo, porque el sentido de «extranjero, enemigo» sólo se encuentra en latín y por consiguiente cualquier conclusión debe en rigor quedar limitada a los romanos.

Avanzando un paso más, es probable que entre los indoeuropeos existiera algún sentimiento de afinidad respecto a unidades mayores que la familia, como la tribu o la nación. Pero la existencia de unidades políticas superiores al clan, bien delimitadas y permanentes, no se deja establecer con precisión. Para designar una unidad superior a la familia, cuyo alcance y contenido sería arbitrario precisar, parece haber existido una palabra indoeuropea **teutā,* que encontramos en irlandés antiguo *tuath* «tribu, pueblo», osco *touto* «ciudad», gótico *þiuda* «pueblo», lituano *tautà* «pueblo», latín [*Roma*] *tota* «el pueblo de Roma» (que pasó a significar «toda Roma», de donde se deriva el adjetivo latino *totus,* español *todo).* De esa palabra deriva el nombre con que los alemanes se llaman a sí mismos *(Deutsch),* e igualmente el que le dan otros pueblos *(Teutones).*

La palabra para «rey», **rēks,* está representada en sánscrito *rāṭ,* irlandés antiguo *rī,* galo *rix* y latín *rēx* (español *rey).* Aunque no son muchas las lenguas en que aparece —podría estar también en germánico, pero los posibles testimonios tienen dificultades fonéticas—, su ascendencia indoeuropea es indudable al estar precisamente en áreas laterales: los extremos oriental y occidental de Eurasia.

Resulta, sin embargo, aventurado describir las funciones de la realeza, su modalidad o la extensión de su dominio en la sociedad indoeuropea. Por ejemplo: ¿era el **rēks* el jefe de una **teutā?,* ¿la sucesión era hereditaria o electiva? No podemos saberlo. En las lenguas históricas se aplica esa palabra al jefe de unidades de tamaño muy variable, y lo mismo a monarquías hereditarias que electivas. Pero en esta ocasión el segundo nivel de la Arqueología Lingüística, la etimología, nos ofrece al menos un entronque seguro de esa palabra. Pertenece a la raíz **reg-,* que en su sentido primaro y material significa «recto» (palabra española ésta que pertenece precisamente a esa raíz). Y en sentido metafórico se utiliza para designar lo «correcto», la «Ley», y el «derecho», etc.

Éste puede ser un buen ejemplo del peligro de extraviarnos por la senda de arbitrariedad en este segundo nivel. Si entendemos el nombre del «rey» en conexión con el sentido metafórico de su raíz, podríamos llegar a la conclusión de que el **rēks* indoeuropeo tenía como función el dictar la ley y garantizar su cumplimiento. Mientras que si nos inclináramos por su sentido material primario «tender una línea recta», podría haber sido el individuo responsable de trazar el emplazamiento de las ciudades, como ha pretendido Benveniste.

No hay ningún término común para designar al «esclavo» ni la institución de la esclavitud. Ni tampoco hay una palabra verdaderamente común para designar al «hombre libre». Para este último concepto hay al menos tres raíces, dialectalmente distribuidas y no siempre exentas de problemas fonéticos o morfológicos. Por una parte, el griego y el latín ofrecen un grado razonable de coincidencia en sus respectivos términos ἐλεύθερος y *līber* (de donde español *libre).* El sentido más antiguo para **leudheros* (la forma prehistórica de que derivan las palabras griega y latina) parece haber sido el de «perteneciente al pueblo», a juzgar por el sentido de varios substantivos derivados de esa raíz que se encuentran en diversas lenguas indoeuropeas, como lituano *liáudis* «pueblo», letón *làudis* «pueblo, gentes», inglés antiguo *lēod* «pueblo», alemán *Leute* «gente».

En las lenguas célticas y en las germánicas encontramos una forma **priyos,* que da galés *rhydd,* gótico *freis,* inglés *free,* alemán *frei,* todos ellos con el significado de «libre». Pero tampoco en esta ocasión es ése el sentido antiguo del término, sino una evolución semántica a partir de «tener o dar gusto», «apreciar», «querer», que es el valor general de la raíz **prāi-/*prī̆-* a la que pertenece.

El tercero de los términos es el de las lenguas indo-iranias, *arya-*, del que ya he hablado en otro lugar de este libro.

No hay en rigor, pues, términos antiguos para expresar las nociones contrapuestas y complementarias de la «esclavitud» y de la «condición de hombre libre», lo que permite deducir con razonable seguridad que el pueblo indoeuropeo originario ni practicó ni conoció la esclavitud. Naturalmente, sin embargo, la mayoría de los pueblos históricos indoeuropeos de la antigüedad la conocían y la practicaban. Y ambas circunstancias conjuntamente sugieren la posibilidad de que la esclavitud se introdujera en las costumbres indoeuropeas después de que nuestros antepasados abandonaran las condiciones de vida de las estepas, en las agrupaciones culturales de la Europa centro-oriental y minorasiáticas a que dieron lugar con su penetración, como consecuencia de haber sometido y subyugado a las poblaciones de la Vieja Europa.

No quiero concluir este capítulo sobre la sociedad indoeuropea sin aludir brevemente a la teoría de su división en tres estamentos o clases, de características muy diferenciadas y con una rígida repartición de funciones. Esa visión fue formulada por Dumézil y popularizada por la escuela francesa. La primera clase sería la sacerdotal, encargada del ritual, de la relación con la divinidad, de la conservación de las tradiciones. La segunda habría estado constituida por la nobleza guerrera. La tercera sería la de los artesanos y trabajadores de oficios varios. El panteón indoeuropeo habría estado estructurado a imagen y semejanza de la sociedad humana, con divinidades correspondientes a cada una de esas clases. A la sacerdotal corresponderían, por ejemplo, en el panteón védico, Mitra y Varuna, en el romano Júpiter y en el germánico Odín. A la nobleza guerrera corresponderían los dioses de la guerra: Indra, Marte, y Thor, respectivamente. A la clase humana de los artesanos harían paralelo divino los Nāsatya (o los Aśvin), Quirino y Freyr. Cada uno de esos conjuntos tendría asociada una función: la soberanía, la fuerza y la fecundidad (y salud, etc.).

Es cierto que sobre todo en la India védica se observa un sistema cerrado de castas y una cierta repartición de funciones entre los dioses. Pero en otros pueblos indoeuropeos las cosas son bastante menos claras. Y, en cualquier caso, es muy dudoso que pueda atribuirse al primitivo pueblo de pastores de las estepas un sistema tan rígido y elaborado. Si hay o ha habido en común algo de lo que quiere Dumézil, probablemente ha sido en épocas recientes, sin la participación de todos los grupos históricos.

G. Devoto, sobre la base de ciertas coincidencias, reales o supuestas, entre Roma y la India védica, supuso que la sociedad indoeuropea habría estado imbuida por una ideología y probablemente dominada por una clase sacerdotal. De aquella antigua etapa quedaría testimonio en las áreas laterales (Roma, la India). Posteriormente habría habido una verdadera revolución, entre social y

religiosa, que habría quebrantado el poder de los sacerdotes y habría introducido una concepción más laica del mundo. Otras estirpes indoeuropeas, como los germanos y los osco-umbros, procederían de la etapa posterior a la revolución y, por lo tanto, serían herederas de una sociedad más laica. Sin embargo, uno de los principales pilares lingüísticos para pensar con fundamento en la mera existencia del sacerdocio en la religión indoeuropea era la supuesta palabra para «sacerdote» común al latín, mesapio y sánscrito. Pero como ya he dicho más arriba, el sentido antiguo de la tal palabra _*bhlaghmn̥_ era el de «ofrenda». Y en consecuencia, no parece justificado deducir de ese argumento otra cosa que la existencia de un ritual de ofrenda a los dioses. Pero no la del sacerdote como institución, y mucho menos la de una casta sacerdotal poderosa.

Capítulo IV

ECONOMÍA Y DESARROLLO MATERIAL

Ya he dicho en páginas anteriores que el indoeuropeo era fundamentalmente un pueblo de pastores y ganaderos. El carácter predominante de la actividad ganadera se refleja en diversos aspectos específicamente lingüísticos. Por ejemplo, el vocabulario agrícola, si bien no del todo inexistente, es muy escaso y no permite pensar que tal actividad ocupara un papel preponderante en la economía indoeuropea. En cambio, ya hemos examinado un vocabulario variado para diferentes aspectos de la actividad ganadera: animales y sus crías, ordeñar, el pastor; hemos vislumbrado la existencia de sacrificios de animales a los dioses, y hemos visto una estructura patriarcal típica de una cultura de pastores-ganaderos, muy diferente de las que caracterizan a las sociedades agrícolas del Neolítico. Añadiré aquí un par de datos que resultan significativos en la misma dirección.

Los arqueólogos encuentran en diversos lugares de la Europa ya indoeuropeizada (a partir del IV milenio) ciertas construcciones de forma absidal, que en algunos puntos (Bulgaria) se continúan construyendo hasta nuestros días con la misma forma y utilizando con el mismo fin: refugio nocturno para el ganado y habitación del pastor. En búlgaro ese tipo de vivienda se llama *poljati.* Y ese nombre se ha puesto en relación con latín *palatium,* asociado a una de las colinas de Roma, que en época remota fue morada de pastores. Como en sánscrito existe *pālás* «pastor», parece que podemos tener aquí el nombre o uno de los nombres del aprisco en la lengua común. La etimología de esa palabra es bien conocida, y ya la di en el capítulo anterior. Por cierto, que a través de uno de esos vericuetos imprevisibles por los que a veces discurre la semántica, *palatium* ha pasado de designar la choza miserable del pastor a significar «palacio», por haberse hecho construir Augusto en aquella colina su imperial residencia, el *Palatium.*

La palabra indoeuropea para «campo» es **agros,* testimoniada tanto en Oriente como en Occidente; sánscrito *ájras,* griego ἀγρός, armenio *art,* latín

ager (de donde los derivados *agreste, agricultura, agrario,* etc.), gótico *akrs,* alemán *Acker,* etc. Pues bien, **agros* es derivado de la raíz bien conocida **ag-* «llevar», de donde resulta que **agros* «campo» parece haber sido en su origen el «lugar al que se lleva [a los animales a pastar]». No obstante, otros opinan que podría tratarse de un préstamo a partir del sumerio *agar* «terreno destinado al cultivo», lo que demostraría la influencia minorasiática en el surgimento de la agricultura indoeuropea.

Una actividad complementaria de la ganadería, y de ella derivada, es la industria de la lana. Existe una palabra común para la «lana» *(*wl̥ənā),* que encontramos en hetita *ḫulana-,* sánscrito *ū́rṇā,* griego (dorio) λᾶνος, gótico *wulla,* alemán *Wolle,* inglés *wool,* lituano *vìlna,* eslavo antiguo *vlŭna* y latín *lana.*

No resulta posible, a pesar del esfuerzo de algún especialista, restituir la palabra indoeuropea de la «leche». Para «ordeñar» se utiliza la raíz **melg-,* que junto al sentido específico de «ordeñar» (latín *mulgeo,* griego ἀμέλγω, y alemán *melken,* entre varios más) tiene otros genéricos, como «frotar, restregar». Y de ella deriva la palabra para «leche» en varias lenguas: inglés *milk,* alemán *Milch,* tocario (B) *malk(-wer).* Pero, por otra parte, griego γάλα y latín *lac* (del que deriva español *leche)* hacen pensar en una forma **g(a)lakt,* cuyo entronque con la raíz precedente —pretendido por algún indoeuropeísta— parece poco verosímil.

El hecho de que la cría de ganado fuera el elemento básico de la economía de nuestros antepasados de las estepas no supone obviamente que desconocieran por completo otras fuentes de alimento. Como decía, la agricultura no era la actividad esencial en la sociedad indoeuropea. No obstante, la Arqueología nos dice que en las estepas kurgánicas se practicó en medida limitada. Y la Arqueología Lingüística nos deja esta vez en una cierta aporía. En efecto el término más extendido entre las lenguas indoeuropeas referido a la agricultura es **arətrom* «arado»: griego ἄροτρον, latín *aratrum* (español *arado),* irlandés medio *airim,* nórdico antiguo *arðr,* lituano *árklas* (de una forma algo diferente, **arətlom),* tocario *āre.* Pero plantea el problema de que no está atestiguado en la rama asiática (indo-iranio), lo que ha hecho pensar a diversos lingüistas que la agricultura no era conocida por el pueblo originario, y que sólo se habría introducido entre los indoeuropeos de Europa. Sin embargo, el hecho de que esté en una lengua de emplazamiento asiático, como es el tocario, hace esa consideración discutible.

Existe un término para «semilla» *(*sēmen-),* derivado de la raíz **sē(i)-* «dejar caer, arrojar, sembrar», que, sin embargo —al igual que sucede con el «arado»— está solamente en las lenguas de Europa: latín *sēmen,* alemán *Same,* prusiano antiguo *semen,* eslavo antiguo *sěmę.*

Probablemente son comunes algunos términos para designar ciertos granos, como **yewo-* «cereal», «cebada» (sólo en indo-iranio, griego y báltico); **pūro-* «grano» (en griego, báltico, eslavo y germánico); y alguno más. Los

testimonios no son muy abundantes, ni las posibles palabras comunes del ámbito de la agricultura demasiado numerosas. Pero de ello no hay necesariamente que concluir su completo desconocimiento. Las técnicas de cultivo y las variedades de cereales pertenecen a una zona del vocabulario (términos «culturales») que se cambian o substituyen con facilidad, por lo que una cierta falta de acuerdo en las lenguas históricas sería en todo caso previsible.

Conocieron también los indoeuropeos la miel y la apicultura, lo que resulta congruente con el hecho de que las estepas meridionales de Rusia estén incluidas en el hábitat de las abejas. El término indoeuropeo para «miel» es **melit,* atestiguado en hetita *milit,* griego μέλι, gótico *miliþ,* inglés antiguo *milisc,* galés *mel,* irlandés antiguo *milis,* albanés *mjal* y latín *mel* (de donde español *miel).* Aunque en indo-iranio no está abundantemente atestiguado este término, tampoco falta por completo gracias al lexicógrafo griego Hesiquio, que nos ha conservado su forma escita: μελίτιον· πόμα τι σκυθικόν («melition: una bebida escita»).

No es segura, en cambio, la palabra indoeuropea para la «abeja». En lo que a veces llamamos *indoeuropeo noroccidental* (celta, germánico, báltico y eslavo) encontramos una raíz común, probablemente onomatopéyica, que podríamos representar como **bhei-.* Pero la formación concreta varía considerablemente de un grupo a otro. De ella derivan alemán *Biene,* inglés *bee,* lituano *bìtė,* antiguo eslavo *bŭčela,* irlandés antiguo *bech.* Es posible que también el latín haya participado en su prehistoria de esta denominación, si es verdad que entronca con esta raíz la palabra *fūcus* «abejorro, zángano». En otras lenguas hay o bien formas derivadas de la palabra «miel» (griego μέλισσα, armenio *mexu),* bien palabras de origen desconocido (como latín *apis,* de cuyo diminutivo *apicula* procede nuestra *abeja).*

Como la palabra para la «abeja» *(*bhei-)* está solamente en Occidente, no es legítimo inferir su ascendencia indoeuropea. Lo que relega al ámbito de la mera especulación la propuesta de algunos indoeuropeístas que opinan que **bhei-* sería un término originariamente egipcio (lengua en la que «abeja» se dice *bj't),* prestado al indoeuropeo común, quizás junto con la práctica de la apicultura, cuya existencia consta en Egipto desde el III milenio a. C.

Hay buenas razones para pensar que los indoeuropeos utilizaban la miel no sólo como alimento, sino que también obtenían de ella una bebida embriagadora. Se trata de una mezcla de agua y miel fermentada, a veces con ayuda de levadura. Eventualmente se le añadían diversas hierbas o especias (tomillo, romero, gengibre, clavo). La palabra indoeuropea para esa bebida era **medhu,* presente en sánscrito *mádhu,* avéstico *máδu,* griego μέθυ, inglés *mead,* alemán *Met,* irlandés antiguo *mid,* lituano *medùs,* eslavo antiguo *medŭ,* tocario (B) *mit.* Como puede apreciarse, el testimonio de esta palabra abarca casi todos los dialectos. Pero falta precisamente en latín, y en consecuencia en las lenguas romances. Por otra parte, ésta es una de esas palabras llamadas «viajera» —es

decir, que se transmiten de lengua en lengua junto con el uso de la realidad que sirven para designar—. La encontramos transmitida desde el indoeuropeo (o algunos de sus dialectos) a diferentes lenguas de otras familias. En concreto, está en finlandés *mete-*, en lapón *mītt* y verosímilmente en chino *mī.* Pero no es sólo la existencia de una palabra común. Además consta históricamente que en muchos pueblos indoeuropeos antiguos se utilizaba todavía esa bebida, el hidromiel, como sucedía en la India, en Grecia y en Roma. Celtas y anglosajones la utilizaron en las Islas Británicas hasta la Edad Media. Y en el poema *Beowulfo,* el hidromiel aparece como la bebida de los dioses.

Como bebida alcohólica, el hidromiel es inferior al vino y a la cerveza. Es propio de un pueblo que desconoce la viticultura y no dispone de cereal suficiente o adecuado para la producción de cerveza, por lo que utiliza la materia prima que le brinda la naturaleza. Es por ello natural que esa bebida ancestral haya sido paulatinamente substituida por otras de superior calidad preexistentes en los diferentes asentamientos históricos o desarrolladas después de acuerdo con las posibilidades de la agricultura. Los romanos, que ya disponían de excelentes vinos, continuaban usando la miel para mezclarla, pero ahora no ya con agua sino con vino, dando lugar a una bebida que llamaban *mulsum.* Y en las Islas Británicas fue el desarrollo de la cerveza lo que terminó por arrumbar el hidromiel.

A juzgar por el léxico común, el hidromiel es la única bebida alcohólica que conocieron nuestros antepasados de las estepas. No es verosímil que practicaran la viticultura. Las estepas no ofrecen condiciones propicias para el cultivo de la vid. Y no podemos saber si el vino llegaba esporádicamente hasta ellos, importado de regiones más meridionales. Lo que podemos decir es que no conocemos palabra indoeuropea para designarlo. En las lenguas históricas se utiliza para el «vino» otra palabra viajera. La viticultura y la producción de vino se originó, según parece, en la zona meridional del Ponto y Asia Menor. Por lo tanto, como ocurre en tales casos, la palabra debe proceder de alguna lengua de aquella zona, que no sabemos con exactitud. Fuera de la familia indoeuropea, concretamente entre las lenguas semíticas, está en árabe y etíope *wain,* asirio *īnu,* y hebreo *jajin,* que suponen una forma protosemítica **wainu.* El término está igualmente en las lenguas indoeuropeas de Asia Menor (hetita *wijana-,* luvita jeroglífico *waiana-)* y del Cáucaso (armenio *gini).* La palabra, junto con la viticultura, viajó hacia el Mediterráneo occidental, y se encuentra en griego οἶνος, albanés *vēnë* y latín *vinum* (de donde español *vino).* Del latín pasó al celta (irlandés antiguo *fin,* galés *gwin),* al germánico (gótico *wein,* alemán *Wein,* inglés *wine)* y al eslavo (eslavo antiguo y ruso *vino).* Y del eslavo pasó al lituano *vỹnas.*

Tampoco consta para la cerveza la existencia de un término común. Entre las lenguas indoeuropeas históricas existen tres denominaciones principales, dialectalmente repartidas. Por una parte, tenemos una forma celta (galo) trans-

mitida al latín: *cervēsia,* de donde nuestra *cerveza.* Este término es un derivado de la palabra para el ciervo **kerəwos,* que designa la bebida por su color semejante al del animal. En las lenguas germánicas encontramos formas como alemán *Bier,* inglés *beer,* que han pasado al francés *bière* e italiano *birra.* Su origen es discutido. Para unos sería un préstamo tomado por el germánico a partir del término latino monacal *biber* «bebida». Para otros partiría de una forma protogermánica **beuza,* de la raíz **bheu-* «hincharse», y designaría la bebida por su aspecto espumoso. Finalmente, también en lenguas germánicas hay otro término *(*alu)* representado históricamente en inglés *ale,* nórdico antiguo *ǫl* (danés *øl,* islandés *öl),* que designa la cerveza por su sabor amargo. De las lenguas germánicas ha pasado a las bálticas (prusiano antiguo *alu,* lituano *alùs)* y eslavo antiguo *(olŭ),* y también a finlandés *olut.*

Escaso debió de ser el conocimiento de los metales y el dominio de la metalurgia en la sociedad indoeuropea si nos atenemos a las indicaciones de la Arqueología Lingüística. En efecto, tan sólo hay un término común referido a los metales *(*ayos),* cuyo significado originario no es ni siquiera seguro. Por otra parte, se encuentra únicamente en indo-iranio, itálico y germánico; pero como se trata de áreas laterales, debemos tener la palabra por indoeuropea. El término en cuestión aparece en sánscrito como *áyas-* con un sentido genérico de «metal» y otro específico de «hierro». En germánico (gótico *aiz,* inglés *ore,* alemán *Erz,* sueco *ärg,* danés *ir)* el sentido oscila entre «cobre» y «metal tal como sale de la mina». En latín, *aes* significa lo mismo «cobre» que «bronce», y secundariamente adquiere el significado de «dinero».

Ese cuadro de correspondencias sugiere un estado de sociedad en la que los metales no ocupan un papel destacado y tan sólo dispone de un término genérico para cualquier tipo de mineral, siempre en estado natural, ya que no conocen ni el tratamiento de los metales ni objetos metálicos manufacturados. Los nombres de los diferentes metales en las lenguas indoeuropeas históricas (bronce, hierro, plata, oro) tienen orígenes muy diversos. A veces son palabras viajeras que se difundieron junto con una determinada técnica metalúrgica. Así sucede con el término de la «plata» más extendido en Europa: inglés *silver,* alemán *Silber,* ibero *śalir,* vasco *zilar,* eslavo antiguo *sĭrebro,* etc.), que parece derivar en último término del asirio *ṣarpu, ṣarpi,* donde habría significado «la purificada [al crisol]». Otras veces se improvisan denominaciones autóctonas a partir de las cualidades o características de los diferentes metales, como latín *argentum* «plata» (= «la blanca, la brillante»), inglés *gold,* alemán *Gold* «oro» (= «el dorado, el amarillo»). Para estos dos metales, el oro y la plata, no puede renonstruirse en sentido estricto una palabra indoeuropea. Pero hay una coincidencia relativamente amplia entre las lenguas histórica en utilizar esas dos raices (**ghel-* «amarillo» y **arg-* «blanco») para designarlos. Lo que sugiere la posibilidad de que tales denominaciones tengan una gran antigüedad. O, lo que es lo mismo, que los indoeuropeos a partir de un determina-

do momento tuvieran algún conocimiento, de esos dos metales, bien sea en sus forma natural, no tratada metalúrgicamente, bien ocasionalmente de algunos objetos manufacturados, traídos de otras regiones.

Ordinariamente tenemos a los indoeuropeos por un pueblo ágrafo. No solamente no conoció en su etapa común la escritura, sino que ninguna de sus diferentes ramas dialectales desarrolló nunca un alfabeto propio, excepto el armenio en el siglo v d. C. Es una constante que los pueblos indoeuropeos han ido tomando la escritura de otras culturas a las que han sometido o con las que han estado en contacto. Los micénicos tomaron su escritura (lineal B) de una fuente no indoeuropea que resultó poco apropiada para la estructura silábica de una lengua indoeuropea antigua. Los griegos la tomaron de los fenicios. Los latinos de los griegos, sin duda con intervención etrusca. Los hetitas adoptaron el silabario cuneiforme de sumerios y acadios. Y así sucesivamente.

Sin embargo es posible, tan sólo posible, que los indoeuropeos hubieran contado si no con un sistema de escritura propiamente dicho, sí al menos con la costumbre de grabar en madera determinados signos quizás para controlar algunos aspectos de la actividad económica. El indicio nos lo proporciona, como en tantas otras ocasiones, la Arqueología Lingüística. En efecto, «tablilla para la escritura» se dice en hetita mediante el compuesto *parkuituppi-*, cuyo primer elemento (hetita *parkuiš)* es el nombre ancestral del «abedul» (sánscrito *bhūrjás,* lituano *béržas,* alemán *Birke,* inglés *birch,* etc.). Y, como entre los hetitas históricos las tablillas eran de arcilla, ello nos permite deducir con razonable seguridad que previamente la escritura se había efectuado sobre madera de abedul. Y, por otra parte, sabemos que el sistema más antiguo de escritura entre las lenguas anatolias no es el cuneiforme, prestado, sino un procedimiento jeroglífico que probablemente es el único caso de una escritura desarrollada por y para una lengua indoeuropea antes de la era cristiana. Consta, por ejemplo, que muchos textos en hetita cuneiforme son copia de otros anteriores en jeroglífico, realizados en madera. A tales copias se las identifica gracias a la fórmula A.NA GIŠ. ḪUR(TE)-*kan handan* «según la inscripción en madera». No hay, sin embargo, verdadero fundamento para pensar que tal sistema de escritura jeroglífica en madera derive de un uso ancestral del pueblo de las estepas, y no sea más bien un desarrollo meramente anatolio, nacido en el emplazamiento minorasiático. Aunque es necesario recordar que también en otros pueblos indoeuropeos se registra el uso de la escritura sobre madera. Es sabido cómo el término alemán *(Buch)* e inglés *(book)* para «libro» procede del nombre indoeuropeo del «haya». Y entre los celtas de Irlanda se utilizó la escritura ogámica sobre tablillas de madera. Pero, en el caso de que un pueblo disponga de algún tipo de escritura, es tan natural que recurra inicialmente a tablillas de madera o troncos de árboles que no hay motivo serio para pensar en una herencia común indoeuropea de ese uso.

CAPÍTULO V

LITERATURA, POESÍA, ARTE

Desde la India hasta el occidente de Europa, entre el I milenio a. C. y la Edad Media, encontramos determinadas coincidencias en la literatura de diferentes pueblos, que inevitablemente llevan a preguntarnos si son meramente fortuitas o, por el contrario, se trata de ecos lejanos de una antigua herencia común.

El problema lo suscitó A. Kuhn a mediados del siglo XIX, al mencionar de pasada, en un trabajo que trataba de algo bien distinto, la exacta coincidencia de la expresión védica *ákṣitam śrávas* con la griega ἄφθιτον κλέος, que en ambas lenguas significa «gloria imperecedera».

Ya en la segunda mitad del siglo pasado diferentes lingüistas se interesaron por la posibilidad de que nuevas expresiones de esa naturaleza, y quién sabe si otros recursos de índole literaria, podrían ayudarnos a recuperar, siquiera en forma muy fragmentaria, algunos aspectos de la literatura y la poética indoeuropeas. Más tarde, ya en la segunda mitad del siglo XX, el tema ha experimentado un nuevo resurgimiento de la mano de autores como M. Durante, R. Schmitt, C. Watkins y E. Campanile.

La tarea de recuperar y describir algunos usos literarios indoeuropeos presenta problemas específicos, en buena parte diferentes de los que hemos sorteado hasta ahora cuando intentábamos hablar de la familia, la religión o el desarrollo material. En efecto, allí practicábamos un método, la Arqueología Lingüística, que no es a la postre sino una aplicación concreta del Método Histórico-Comparativo. En cambio, en el terreno de la poesía o la literatura, ese método resulta poco rentable por sí solo. Las expresiones materialmente idénticas del tipo de la que A. Kuhn adujo en su día son más bien escasas. Otra podría ser gr. ἱερὸν μένος = sánscrito *iṣirena manasā* «(con) ánimo vigoroso». Y si la indagación se ciñera a esos casos, apenas rebasaríamos el límite de la curiosidad anecdótica.

Sin embargo, hay toda una colección de expresiones, cuya forma material no es idéntica de una lengua a otra, pero cuyo significado es igual o equivalente, que forman toda una gama de situaciones graduales. Por ejemplo, las expresiones griego ὄνομα κλυτόν = sánscrito *śrútyam nāma* «el nombre famoso», son prácticamente idénticas aunque presentan ciertas pequeñas diferencias de detalle. Para «la ancha tierra» el griego tiene εὐρεῖα χθών y el sánscrito *pṛthuvī kṣām,* en que la palabra «tierra» es idéntica materialmente en ambas lenguas (χθών, *kṣām),* mientras que «ancha» se expresa en una y otra mediante términos no relacionados etimológicamente. Finalmente, para «fuego inextinguible» el griego tiene ἀκάματον πῦρ y el sánscrito *ajasraḥ agniṣ,* sin ninguna coincidencia formal entre ambas.

Es obvio que la Arqueología Lingüística, como el Método Comparativo mismo, se basa primordialmente en la identidad de la forma y resulta poco fiable cuando se trata de valorar las coincidencias meramente conceptuales para inferir de ellas cualquier reconstrucción. Es por ello que, en opinión de algunos especialistas, sólo sería legítima la reconstrucción de instituciones comunes cuando están expresadas por palabras comunes, lo que les ha hecho caer en un severo escepticismo sobre las posibilidades de rescatar del pasado ningún indicio sobre los usos literarios o poéticos de nuestros antepasados indoeuropeos. Sin embargo, hay otros indoeuropeístas que opinan que, a pesar de todo, las coincidencias meramente conceptuales también podrían tener significación en determinadas circunstancias. Y que habría que establecer unos criterios, distintos de los estrictamente lingüísticos, pero no por ello menos rigurosos, para abordar estos problemas.

Uno de esos criterios podría ser el hecho de que el cliché literario en cuestión resulte congruente con los aspectos de la realidad indoeuropea, conocidos por otros procedimientos. Por ejemplo, la expresión «lobo parduzco», presente en sánscrito *aurunas vṛkas* y griego πολιός λύκος, sería atribuible a la lengua común por tratarse de un animal típico de la fauna indoeuropea. O el cliché del rey «como pastor del pueblo»), que se encuentra en griego (Ἀγαμέμνονα ποιμένα λαῶν «Agamenón pastor de pueblos»), en sánscrito y en germánico, y resulta congruente con un pueblo de criadores de ganado.

Otro criterio es el aislamiento de uno de esos elementos en una o varias de las lenguas que lo atestiguan. Así la expresión homérica νυκτός ἀμολγός resulta difícil de comprender. Y aunque parece obvia la relación de ἀμολγός con ἀμέλγω «ordeñar», ello nos llevaría a entender la fórmula ἐν νυκτός ἀμολγῷ como «en la leche de la noche», lo que no resulta ciertamente trasparente. En cambio, en la literatura védica la noche y la aurora son llamadas y concebidas como «vacas que dan leche», lo que hace comprensible la metáfora griega. Pero esa metáfora es imposible que haya nacido en griego, donde no se dan las condiciones precisas para su surgimiento. Y por lo tanto su presencia en Ho-

mero hay que entenderla como herencia de un estadio anterior, mejor conservado en la literatura de los Vedas.

Un tercer criterio —compartido éste con la Lingüística— es el de las *áreas laterales*. Es decir, si un hecho de esta naturaleza se encuentra a la vez en los extremos oriental y occidental, es razonable considerarlo indoeuropeo por la imposibilidad de que se haya transmitido del uno al otro extremo sin afectar a las lenguas intermedias. En concreto, este criterio se ha aplicado con frecuencia a determinadas coincidencias entre el sánscrito y el germánico.

Naturalmente, hay que descartar por prudencia ciertas posibles coincidencias en conceptos demasiado obvios, que podrían haber surgido espontáneamente en más de un lugar. Cuando el concepto es demasiado obvio y además carece de una expresión formalmente idéntica, no hay razón alguna para suponerle ninguna ascendencia indoeuropea. Por ejemplo, a veces se ha citado como una posible expresión poética indoeuropea «el vestido resplandeciente» (gr. πέπλοιο φαεινοῦ, sánscrito *bhadrā vastrāṇi),* cuya obviedad conceptual unida a su heterogeneidad formal hacen arbitraria tal conclusión.

Otra precaución necesaria es la de distinguir las coincidencias que afectan tan sólo al griego y al sánscrito de las que ofrecen una difusión más amplia, alcanzando al Occidente europeo. La significación en uno y otro caso es indudablemente muy distinta.

Aun con las mayores precauciones, es probable que en más de uno de los elementos aducidos no tengamos sino espejismos. Lo que no obsta para que la existencia de un cierto fondo de coincidencias heredadas parezca innegable.

Los elementos de una posible poética común afectan tanto a metáforas y fórmulas conceptuales como a otros recursos literarios de varia índole. Entre las fórmulas aducidas, encontramos las siguientes, de valor variable: «dioses inmortales», «dioses dispensadores de bienes», «el sol que vigila sobre dioses y hombres», «el cielo que ve extensamente», «la aurora que ilumina (a los inmortales)», «la ancha tierra», «los perros ágiles», «el veloz mensajero», «la mujer de hermoso vestido», «el vestido resplandeciente», «los veloces caballos», «caballos de crines doradas», «el carro de bellas ruedas», «el fuego inextinguible», «la lluvia del cielo», «la noche benévola», «la noche inmortal», «bípedos y cuadrúpedos», «pastor del pueblo» (dicho del rey).

Entre los recursos formales, hay algunos elementos que son simples arcaísmos conservados en la lengua poética cuando ya han caído en desuso en el lenguaje ordinario. Así sucede con el empleo de formas verbales de pasados sin el llamado «aumento» (prefijo que marca el pasado) en griego y sánscrito. Y otro tanto hay que decir del empleo del nominativo por el vocativo, supervivencia de una etapa muy antigua en que ambos casos no tenían en la lengua común formas diferenciadas.

Un recurso estilístico de común herencia indoeuropea sería la afirmación de un concepto seguida de la negación de su contrario: *que viva, que no muera*

(sánscrito); *recitar versos, no no-versos* (avéstico); *esto es verdad, no mentira* (persa antiguo); *voluntariamente y no contra su voluntad* (griego); *exijo atención y prohíbo la no-atención* (germánico); *que me sobrevenga la vida, que no me sobrevenga la muerte* (celta).

Otro sería la llamada *ring-composition* («composición en anillo»), muy frecuente en las lenguas indoeuropeas antiguas y mucho menos en otros ámbitos. Consiste en terminar una unidad comunicativa superior a la frase utilizando una misma palabra, expresión o concepto que al inicio de la misma. Tiene su plena significación en la poesía oral, como elemento que marca o delimita en su principio y en su final un determinado segmento. Lo que nos lleva a una característica esencial de la poesía indoeuropea: se trata de una literatura meramente oral.

Ese tipo de poesía exige una cierta profesionalidad en los poetas, que han de memorizar grandes cantidades de fórmulas tradicionales, cargadas de connotaciones y valores consabidos que la audiencia comparte con el recitador. A juzgar por la coincidencia entre sánscrito, griego y celta, los poetas indoeuropeos se consideraban o se llamaban a sí mismos «artesanos de la palabra» (gr. ἐπέων τέκτονες). Y la sociedad les tributaba una alta estima, que sobrevive tanto en la India como en el mundo céltico, como depositarios que eran de las tradiciones y leyendas del pueblo.

Tampoco han faltado esfuerzos para establecer la métrica concreta de la poesía indoeuropea, terreno en el que se suceden los nombres de R. Westphal, A. Meillet, M. L. West, C. Watkins y G. Nagy. Pues bien, la métrica indoeuropea estaba basada en la igualdad del número de sílabas en los distintos versos, no en la duración de las sílabas al estilo del hexámetro greco-latino. Lo que, por lo demás, resulta congruente con el hecho de que las vocales largas constituyan un desarrollo relativamente reciente, de forma que el empleo métrico de la duración breve/larga de las vocales no puede ser demasiado antiguo. Es, por lo tanto, la métrica griega llamada *eolia* y los himnos védicos los que conservan vigente el principio básico de la métrica ancestral. Pero, aparte de la *isosilabia,* el verso indoeuropeo incluía otros recursos, como la *aliteración* y el *ritmo acentuativo.*

Finalmente, algunos han querido vislumbrar la existencia de dos modalidades de poesía, sagrada y profana. Y algunos incluso rastrean temas concretos, de índole cosmogónica u otra. Pero conviene no entregarse ingenuamente a esta aventura y practicar un cierto sano escepticismo. Por el momento al menos, parece que debemos contentarnos con simples atisbos de elementos parciales, supervivientes aislados del naufragio de todo un sistema cuyo panorama general resulta ya irrecuperable.

Por otra parte, para situar en su verdadero alcance y significación todo este conjunto de coincidencias, conviene tener presente que en las lenguas indoeuropeas más antiguas (hetita, luvita) apenas hay testimonio de esos elementos

de la poética indoeuropea. Lo que, una vez más, nos hace preguntarnos si la poesía indoeuropea que creemos atisbar es en realidad parte de la cultura ancestral del pueblo de las estepas o si, por el contrario, es en gran medida un desarrollo nacido con posterioridad. En cualquier caso, parece evidente que hay que establecer una escala en la participación de las diferentes lenguas. En un extremo están las anatolias que participan mínimamente. En el polo opuesto están griego e indo-iranio en las que se da la máxima participación. Entre las lenguas occidentales, el celta y, en menor medida, el germánico parecen disponer de esos elementos en mayor grado que, por ejemplo, el latín.

Si de la literatura pasamos a otras manifestaciones artísticas como la escultura, cerámica, joyería y el arte mobiliario en general, la Lingüística deja de tener utilidad, y todo queda en manos de la Arqueología. Pero como ya he advertido en más de una ocasión, la Arqueología carece del sentido de la etnicidad, de forma que es incapaz de asegurarnos si los objetos que desentierra pertenecieron a gentes indoeuropeas o a otras. Por eso, la posibilidad de hablar de un arte mobiliario indoeuropeo se basa en la presunción previa —en rigor ajena a la Arqueología— de que los yacimientos en que aparece corresponden al pueblo indoeuropeo.

Siguiendo diferentes razonamientos, vengo trabajando con la hipótesis de que la patria ancestral de los indoeuropeos son las estepas del sur de Rusia y que a ellos corresponden en consecuencia los yacimientos de la Cultura de los kurganes. Pero eso, aunque me parece lo más probable, no hay que olvidar que es tan sólo una hipótesis.

Quiero decir que, en el caso de que esa hipótesis se revelara falsa, toda la reconstrucción que he descrito de la sociedad, la familia, la técnica, la poesía, etc. mantendría intacta su validez. En cambio, lo que a continuación voy a decir sobre el posible arte indoeuropeo quedaría automáticamente desmentido.

Hecha esa advertencia, he de decir que los yacimientos de las estepas no son precisamente ricos en objetos artísticos. En las fases más antiguas (V milenio a. C.) ofrecen un aspecto llamativamente pobre: algo de cerámica, adornos de hueso, instrumentos de piedra y cobre. La única clase de objeto generado en las fases antiguas de la Cultura de los kurganes que pudiera ser considerada como artística son los llamados «cetros» con figuras zoomorfas. Se han encontrado alrededor de una docena de ellos entre la zona del Caspio y los Balcanes. Y algunos autores opinan que se trata de un objeto típicamente kurgánico, que se extiende de Este a Oeste como consecuencia de los movimientos hacia Occidente del pueblo de las estepas. Los cetros tienen entre 15 y 25 centímetros de largo, y frecuentemente se considera que representan la figura de un caballo («cabezas de caballo»), y se asocian al culto de ese animal. Aunque, a decir de algunos especialistas, no habría sólo caballos sino también cerdos, hipopótamos y perros.

Tal penuria de objetos artísticos ha hecho decir a un estudioso del tema, S. M. Alexander, que «aunque no podemos saber si [las gentes de las estepas] producían objetos de materiales perecederos como madera, piel o textiles, es probablemente acertada la impresión que nos asalta de un pueblo poco inclinado a expresarse en forma visual».

CAPÍTULO VI

SISTEMA ONOMÁSTICO

Un rasgo característico de cualquier pueblo es su sistema onomástico, es decir, el procedimiento que se utiliza para dar nombre propio a las personas. Es por ello natural que nos preguntemos por los nombres que utilizaban los indoeuropeos para ellos y para sus hijos.

Los antropónimos constituyen uno de los elementos más fácilmente renovables de las lenguas, a impulsos de modas pasajeras y gustos momentáneos. Incluso puede decirse que frecuentemente existe una preferencia por nombres novedosos o exóticos, sobre todo si pertenecen a una cultura con algún prestigio o ascendiente sobre la propia. Por eso es fácil imaginar que ha debido sobrevivir muy poco de las costumbres onomásticas ancestrales tras una historia de varios milenios, jalonada de numerosos cambios de escenario y frecuentes absorciones y convivencias con pueblos heterogéneos y culturas multiformes. Aun así, algo podemos entrever, aunque más del sistema mismo utilizado que de nombres propios concretos.

Una de las piezas del sistema que se deja recuperar con más seguridad es un tipo de antropónimo, consistente en un compuesto nominal, que normalmente tiene un significado propio. Este procedimiento no se encuentra históricamente vivo en todos los ámbitos dialectales. En medida mayor o menor está testimoniado en griego, indio, iranio, báltico, eslavo, celta y germánico. Y como está presente a la vez en Oriente (indio, iranio) y Occidente (celta, germánico), tiene buenas probabilidades de ser un recurso de notable antigüedad.

Este tipo de nombre compuesto no es frecuente en latín ni, por lo tanto, en la lenguas romances. Pero nos resulta familiar por su carácter usual en griego. He aquí algunos: Θεό-δωρος (Teodoro) «regalo de dios»; Ἀρχέ-λαος (Arquelao) «que manda sobre el ejército»; Περι-κλῆς (Pericles) «que tiene fama a su alrededor». Entre los persas, quizás el nombre más conocido sea *Dārayavauš* (Darío) «que posee el bien». Y como ejemplo indio puede servir *Indra-*

dattas «regalo del dios Indra», que está muy próximo al griego *Teodoro,* que acabamos de ver, y al iranio **Miθra-dāta-* (Mitrídates) «regalo del dios Mitra».

Entre los nombres germánicos de esta naturaleza tenemos algunos que aún hoy son de uso común. El nombre español *Roberto* es de origen germánico y su forma antigua es *Hruod-berht* «que brilla por su gloria»; *Eber-hart* significa «fuerte como un jabalí»; y *Bern-fried* «que tiene la paz del oso».

Como puede comprobarse, los antropónimos de esta clase son *parlantes,* es decir: informan, real o supuestamente, sobre las cualidades personales o las características sociales del individuo. Es posible que en el origen del sistema, efectivamente, tales nombres aludieran a rasgos de sus propietarios. Si alguna vez fue así, hay que imaginar que se impondrían a los individuos cuando ya tenían la edad adulta, porque muchos de ellos atribuyen cualidades impredecibles en la infancia. Pero, en cualquier caso, parece que desde pronto el procedimiento debió convertirse en un mero recurso sin mayor relación con el significado concreto de cada nombre. Aristófanes presenta en una de sus comedias (*Las Nubes*) una significativa caricatura. Un padre y una madre discuten sobre el nombre que van a poner a su hijo recién nacido. La mujer, con manías de grandeza, quería ponerle uno que incluyera «caballo», que le parecía conferir tintes de nobleza (Ξάνθιππος «Jantipo», Χάριππος «Caripo», o Καλλιπίδης «Calípides). El padre, un campesino sin pretensiones, deseaba que contuviera el concepto de «ahorrar», para lo que proponía Φειδωνίδης «Fidónides». Y como ninguno de los dos convenció al otro, llegaron como solución de compromiso a Φειδίππιδης «Fidípides», literalmente «[hijo de] Ahorrador-de-caballos».

Otra particularidad de esta clase de antropónimos es que no se aplicaba más que a los varones y probablemente en origen sólo a los de clase elevada. Para el resto (mujeres, hombres de clase inferior), se utilizaba un nombre simple alusivo igualmente a algún rasgo del individuo, a veces a algún defecto físico o aspecto ridículo. Y también era frecuente utilizar nombres de animales como antropónimos (por ejemplo, *Tauros* «Toro» entre los celtas de la Península Ibérica). El animal cuyo nombre es más utilizado para esta función es el caballo, como no podía ser menos. Pero también son frecuentes los del toro, el oso y el lobo.

Una variedad de estos nombres de un solo miembro son los ordinales, que se imponía a los sucesivos hijos según el orden de su nacimiento. Están presentes un poco por todo el ámbito indoeuropeo (gr. Τυρταῖος «Tirteo» («el cuarto»); sánscrito *Tritás* («el tercero»). Pero es en latín donde esta modalidad presenta históricamente un uso más intenso, y a ella corresponden nombres como *Quintus, Sextus, Octavus* (del que a su vez deriva *Octavius).*

Uno de los pocos nombres concretos que, de acuerdo con los principios del Método Comparativo, tienen posibilidad de ser indoeuropeos es uno de mujer:

*Bhr̥ghn̥tī́ «alta, eminente», conservado en los extremos oriental y occidental: sánscrito *Br̥hatī́*, alemán *Purgunt*, irlandés antiguo *Brigit* (de donde nuestra *Brígida)*.

Tanto los nombres solemnes compuestos, como los más humildes simples, puede ser abreviados, o derivados mediante determinados sufijos para dar lugar a diminutivos e hipocorísticos. También en los procedimientos formales para derivarlos se encuentran elementos comunes entre las lenguas históricas. Se trata generalmente de una derivación temática principalmente en las modalidades -**o/e*, -**yo/e*, -**ko/e*, -**lo/e* y -**no/e-*, varios de los cuales dan también diminutivos o cosas similares para los nombres comunes de diversas lenguas indoeuropeas.

Un rasgo frecuente en diminutivos e hipocorísticos, al igual que en otras zonas de la lengua en que intervienen elementos afectivos y expresivos, es la geminación de alguna de sus consonantes (germánico *Otto* frente a *Odo;* griego ʼΑγαθθώ de ἀγαθός «bueno»; etc.).

Para terminar, añadiré unas breves consideraciones sobre la *fórmula onomástica.* Lo normal en cualquier época o civilización es que un solo nombre no resulte suficiente para identificar a una persona, y sean necesarias en consecuencia ulteriores precisiones. Ésa es la función que para nosotros desempeñan los apellidos, y que en diversas lenguas indoeuropeas antiguas cumplía la fórmula onomástica.

En las lenguas históricas pueden aparecer fórmulas más o menos largas, que incorporen datos informativos de variable amplitud. Pero la modalidad más general, que es a la vez la más simple, consiste en el nombre del individuo, acompañado del nombre de su padre. Pero eso, a su vez, admite ciertas variantes:

1) *Con el nombre del padre en genitivo:*

Griego: Σωκράτης τοῦ Σοφρωνίσκου («Sócrates de Sofronisco»)

Dada la equivalencia funcional entre genitivo y adjetivo, existe una variante de esta modalidad que consiste en substituir el genitivo por un adjetivo derivado del nombre del padre mediante ciertos sufijos (-ιος, -ίδης, -ιάδης). El uso del adjetivo patronímico, aparte del eslavo donde es habitual, está limitado prácticamente a ciertos dialectos griegos, incluido el micénico, y tiene por lo tanto escasas probabilidades de representar un procedimiento usual indoeuropeo, a pesar de la opinión de J. Wackernagel:

Homero: Αἴας Τελαμώνιος («Ayante hijo de Telamón»).

2) *Con el nombre del padre en genitivo y presencia de «hijo»:*

Latín:	*Aemilius Lucii filius* («Emilio hijo de Lucio»).
Griego:	Δημοσθένης Δημοσθένους υἱός («Demóstenes hijo de Demóstenes»).
Persa:	*Dārayavauš Vištāspahyā puça* («Darío hijo de Istaspes»).
A. Alemán A.:	*Hadubrant Hiltibrantes sunu* («Hadubrant hijo de Hiltibrant»).

Probablemente estamos en presencia de la modalidad de fórmula indoeuropea más antigua, que se limitaría al nombre del individuo acompañado del de su padre en genitivo. La presencia o ausencia del término «hijo» bien pudo ser opcional en origen, para luego fijarse dialectalmente con ella o sin ella. En una sociedad como la que hemos descrito más arriba, con la gran familia como núcleo fundamental de convivencia y de relación, sin duda debía ser necesaria la mención del padre. Y ella, junto al nombre del individuo, bastaría para una eficaz identificación.

Con el paso del tiempo, a medida que fueron cambiando las formas de vida y las estructuras sociales se hicieron más complejas, pudieron llegarse a introducir ulteriores datos en la fórmula onomástica, que informarán sobre la pertenencia a otros grupos, tribus o linajes. Sirva como ejemplo de modalidad más complicada la siguiente fórmula onomástica celtibérica:

tirtanos abulokum	*letontonos ke*	*belikios*
Tirtano, de los Abulocos,	de Letontu hijo,	Belicio.

Capítulo VII

SISTEMA DE NUMERACIÓN

Sin duda, a todos nosotros nos parece la cosa más natural el que nuestras lenguas occidentales dispongan de un sistema de numeración con base «diez». Y, sin embargo, de suyo no es ni mejor ni peor que otros posibles. De hecho, uno de los rasgos que contribuyen a caracterizar a las diferentes culturas humanas es el sistema de numeración que utilizan.

No todos los números son, sin embargo, empleados como bases para un sistema. Al parecer hay unos que pueden y otros que no pueden ser elegidos. Sin lugar a dudas el más frecuente es el sistema decimal. Pero otros posibles son:

Sistema binario (con base 2): Empleado actualmente en lenguas aborígenes de Australia, en Nueva Guinea por las tribus Papúas, por los Pigmeos en África y por varias tribus en América del Sur. Con un sistema tan corto no puede llegarse demasiado lejos y por ello no es de extrañar que sólo aparezca vigente en pueblos de civilizaciones muy primitivas y sociedades muy cerradas en que usualmente no es necesario el empleo de grandes cifras.

Sistemas con base 3 y 4: Tienen, en medida algo menor, los mismos inconvenientes que el sistema binario, por lo que tampoco son demasiado frecuentes. En la actualidad parecen limitados a varias tribus de la Tierra del Fuego.

Sistema con base 5: En forma pura parece que en la actualidad se utiliza tan sólo por la tribu de los Saraveca, en América del Sur. Pero a veces se emplea asociado a otros sistemas (decimal o vigesinal). Y ha dejado pequeñas huellas, que testimonian quizás una mayor utilización en el pasado.

Sistemas con base 6: Tampoco es un sistema frecuente, pero se encuentra en forma pura en África Noroccidental. Y tiende a dar sistemas mixtos, asociado al duodecimal o al sexagesimal.

Sistema duodecimal (base 12): Todo apunta a que éste era el sistema de numeración más frecuente en la Vieja Europa preindoeuropea. El sistema decimal que ahora está firme y generalmente implantado resulta ser una más de las consecuencias de la indoeuropeización. Pero el último episodio del proceso de substitución del duodecimal por el decimal es muy reciente: se produjo con la reforma del sistema inglés para su adaptación al resto de Europa. Aun así, el sistema de la Vieja Europa sigue vigente todavía en pequeñas parcelas donde ha quedado enquistado. Una es la costumbre de contar por «docenas» ciertos elementos como los huevos o los dulces. Otra es la convención de dividir el día en dos series de 12 horas.

Sistema vigesimal (20): Fue muy empleado en la América central precolombina. Y en Europa sigue siendo el utilizado en vasco, a cuya influencia quizás se debe la forma de decir «ochenta» en francés: *quatre-vintgs.*

Sistema sexagesimal: Es otro de los que han dejado una cierta huella en nuestra cultura, esta vez procedente de sumerios, acadios y babilonios. En virtud de un cómputo según ese sistema, la hora se divide en 60 minutos y el minuto en 60 segundos, y los ángulos se miden en grados sexagesimales. Adicionalmente, en francés «setenta» se dice *soixante-dix* («sesenta-[y]-diez»).

Otros números no son elegidos de hecho como base de sistemas. La razón de que unos lo sean y otros no, parece radicar en ciertas características de la anatomía humana. Entre nosotros es corriente contar ayudados por los dedos de las manos. Pero otros pueblos utilizan otros apoyos anatómicos: las dos manos (sistema binario), las dos manos y la cabeza (base tres), los dedos de una sola mano (5), los dedos de las manos más los de los pies (20), etc. Por su parte, el sistema sexagesimal parece fruto de la contaminación entre el de base seis y el de base diez.

En consecuencia, parece que el sistema de numeración de cada pueblo es un resultado de la costumbre ancestral de contar apoyándose en unos determinados elementos de la anatomía. Y dadas las características somáticas del hombre, los diez dedos resultan particularmente adecuados para ese propósito y, como consecuencia de ello, el sistema decimal resulta el más frecuente en términos generales.

Los numerales son un componente del léxico que no se renueva con facilidad. Y, en consonancia con ello, las lenguas indoeuropeas presentan unas formas ampliamente comunes, lo que nos permite inferir con bastante precisión el sistema de numeración indoeuropea. De hecho fueron los numerales —junto con los términos de parentesco— los primeros rasgos de coincidencia que se detectaron entre el sánscrito y las lenguas de Europa.

Como ya he dicho, el sistema era decimal. Los elementos comunes más firmemente establecidos son los diez números básicos y la primera unidad múltiplo de diez (el «cien»). No parece que las necesidades contables de una sociedad como la primitiva de las estepas fueran mucho mayores. En cualquier caso el múltiplo siguiente («mil»), y mucho menos los múltiplos superiores, no aceptan reducción a una forma común. Naturalmente, a medida que la civilización de los diferentes pueblos históricos lo fue requiriendo, se han ido introduciendo nombres nuevos para múltiplos superiores: el millón (aumentativo de *milla,* del latín *milia* «mil»), y las formaciones construidas por analogía con él (billón, trillón, etc.) son por ahora los episodios últimos de la ampliación del sistema.

Para «uno» la raíz indoeuropea es **oi,* que en todas las lenguas presenta una forma sufijada, de aspecto adjetival, si bien el sufijo cambia dialectalmente: **oinos* es la modalidad más extendida: germánico (gótico *ains,* alemán *eins),* celta (irlandés antiguo *ān),* báltico (prusiano antiguo *ains),* eslavo (eslavo antiguo *inŭ),* armenio *-in)* y latín *(ūnus,* de donde español *uno); *oiwos* es la forma del iranio (persa antiguo *aiva-);* y **oikos* la del indio (sánscrito *éka-).* En griego están presentes las dos primeras formas: **oinos* en οἶνος y οἴνη «el 'uno' del dado»; **oiwos* en οἶος «único, solo». Sin embargo, se ha recurrido a una raíz diferente para el numeral propiamente dicho: **sem-* «unidad, conjunto homogéneo», que proporciona una forma de aspecto irregular εἷς (masc.), μία (fem.), ἕν (neut.).

El «dos» resulta un término propicio para establecer una verdadera estratigrafía de las formas que ha ido teniendo sucesivamente en indoeuropeo. La más antigua de ellas que nos es dado establecer es **du,* conservada tan sólo en ciertos compuestos del latín *(du-centi* «doscientos»; *du-plex* «plegado en dos») e indio (prácrito *du-jihva-* «que tiene dos lenguas»). En ella no hay marca gramatical de número. Quiero decir que se comporta como nuestro numeral «cinco», que carece de la marca de plural española *-s,* al contrario que *dos* y *tres* que sí la tienen. La siguiente forma que se utilizó en indoeuropeo para «dos» fue **dwoi* y **dwi,* que se diferencian de la primera únicamente por haber añadido la marca de plural *-i.* De ella queda abundante testimonio, sobre todo en composición y derivación: **dwis* (adverbio) «dos veces» que aparece en griego como δίς, en sánscrito como *dví-ṣ* y en latín como *bis.* Finalmente, la forma más moderna es **dwō(u),* en conexión con la forma del número dual, que es la que presentan históricamente la inmensa mayoría de las lenguas: sánscrito *dvắ(u),* griego δύω, latín *duo* (en español *do-s* tenemos esa misma forma recaracterizada con la *-s* de plural), irlandés antiguo *dā,* lituano *dù,* albanés *dü,* etc. Más detalles sobre este numeral pueden encontrarse en el capítulo dedicado al número gramatical.

Para el «tres» la forma común es **trei,* que con la desinencia de nominativo de plural adopta la forma **treyes* de la que derivan sánscrito *tráyas,* arme-

nio *erek'*, griego τρεῖς, lat. *trēs*, irlandés antiguo *tri*, gótico *Þreis* (alemán *drei*, inglés *three)*, lituano *trỹs*, eslavo antiguo *trije*. Para la composición nominal suele utilizarse el tema **tri-: *tri-pod-* «que tiene tres pies», sánscrito *tripád-*, griego τρίπους, latín *tripes*. Pero, al igual que en el «dos», también en el «tres» encontramos huellas de una forma más antigua sin *-i: *tr-*, como en el ordinal sánscrito *tṛtīyá-* «tercero». También aquí se trata de la presencia de la marca de número plural *-i (*tri-)* o de su ausencia *(*tr-)*. Un rasgo característico de la familia indoeuropea en su conjunto es precisamente ése: que en la serie de los numerales se usa la marca de plural sólo en los inferiores («dos» y «tres»; más raramente «cuatro»; prácticamente nunca en los demás).

La forma común de «cuatro» puede simbolizarse un tanto convencionalmente como **kʷetwor;* pero de hecho ofrece una notable variabilidad. En algunas lenguas aparece provista de marca de plural: sánscrito *catvār-as*, armenio *čork'*, griego τέτταρ-ες, lituano *keturì*, eslavo antiguo *četyre*. En otras carece de ella: irlandés antiguo *cethir*, gótico *fidwor* (alemán *vier*, inglés *four)*, latín *quattuor* (de donde español *cuatro)*. En composición suele presentar la forma **kʷetur-* o **kʷetru-*, como en latín *cuadru-pes* «cuadrúpedo».

Con «cinco» entramos ya en los numerales que consisten en una palabra invariable, sin moción de género, ni número, ni caso. Concretamente «cinco» tiene la forma **penkʷe*: sánscrito *páñca*, griego πέντε, latín *quinque*, galés *pimp*, gótico *fimf* (alemán *fünf*, inglés *five)*. Para «seis» la forma indoeuropea más antigua parece haber sido **weks*, que por influencia del «siete», que comenzaba por *s-*, se vio remodelada en **seks* o **sweks*. Restos de la *w-* inicial se encuentran en griego (dialecto de Delfos) ϝέξ, báltico (lituano antiguo) *ušios* y celta (galo) *suexos* «sexto»; quizás también en celtibérico *sues*. De la forma **seks* derivan sánscrito *ṣáṣ*, irlandés antiguo *sē*, gótico *saíhs* (alemán *sechs*, inglés *six)*, lituano *šešì*, tocario (A) *säk*, y latín *sex* (de donde español *seis)*. Para «siete» la forma indoeuropea **septm̥*, que aparece históricamente como sánscrito *saptá*, griego ἑπτά, armenio *evt'n*, gótico *sibun* (alemán *sieben*, inglés *seven)*, galés *saith*, lituano *septynì*, eslavo antiguo *sedmĭ*. Para «ocho» la forma indoeuropea era **oktō(u)*, que históricamente da sánscrito *aṣṭá(u)*, griego ὀκτώ, gótico *ahtau* (alemán *acht*, inglés *eight)*, tocario (B) *okt*, lituano *aštuonì*, eslavo antiguo *osmĭ*, y latín *octō* (de donde español *ocho)*. «Nueve» era en indoeuropeo **newn̥*, de donde sánscrito *náva*, griego ἐν-νέα, gótico *niun* (alemán *neun*, inglés *nine)*, tocario (A) *ñu*, latín *novem* (de donde español *nueve)*. Finalmente, el «diez» era **dekm̥(t):* sánscrito *dáśa*, griego δέκα, gótico *taíhun* (alemán *zehn*, inglés *ten)* lituano *dẽšimt*, eslavo antiguo *desętĭ*, latín *decem* (de donde español *diez)*.

Aunque el sistema indoeuropeo es indudablemente decimal, él mismo presenta en sus primeros números ciertos indicios —aunque no indicios ciertos— de que previamente, en un pasado más remoto, pudo haberse utilizado uno diferente con base cinco y quizás todavía antes otro de base tres.

Fundamentalmente se trata, por una parte, de la más que verosímil presencia de la conjunción copulativa **k^{w}e*, integrada en la forma de dos numerales: **k^{w}etwor* «cuatro» y **penk^{w}e* «cinco». La conjunción copulativa **k^{w}e* era en indoeuropeo —y normalmente lo es también en la lenguas históricas— enclítica. Es decir: se ponía detrás del último elemento de una serie (no entre el penúltimo y el último, como nuestra *y* en español). Quiere ello decir que en el «cuatro» **k^{w}e-tuor* pudiera haber unido la serie de *uno, dos y tres,* que en consecuencia parece culminar ahí. Luego, por falso corte, se atribuiría al numeral siguiente (el «cuatro») cuando se amplió el sistema. Por su parte, en el «cinco» **penk^{w}e,* parece estar culminando y cerrando la serie de los cinco primeros números, como si el cómputo se terminara con ellos. Pero insisto en que se trata de un análisis razonablemente verosímil. No de un hecho comprobado.

Las decenas («veinte, «treinta», etc.) no tienen forma indoeuropea común. Para los números entre «diez» y «veinte» se encuentran en las lenguas históricas dos modalidades. La más extendida dialectalmente es la que consiste en la unión de la decena («diez», «veinte», «treinta», etc.) con el numeral básico correspondiente. Así «once» será: sánscrito *eka-daśa,* griego ἕν-δεκα, latín *undecim* (de donde nuestro *once)* [literalmente «uno-diez»]. El otro procedimiento, más limitado dialectalmente, consiste en poner el numeral básico seguido de un elemento de la raíz **leik^{w}-* «dejar, sobrar». Se da en germánico (gótico *ain-lif,* alemán *e-lf,* inglés *e-leven* «once»; gótico *twa-lif,* alemán *zwö-lf,* inglés *twe-lve* «doce») y en báltico (lituano *vienúo-lika, dvý-lika, trý-lika,* etc.). Y refleja, por otro conducto, un hábito de contar con los dedos: cuando se acababan los diez de las dos manos decían *sobra uno* (= «once»), *sobran dos* (= «doce»), etc.

Para «cien» el indoeuropeo disponía del término **km̥tóm,* que aparece en sánscrito *śatám,* avéstico *satəm,* lituano *šim̃tas,* eslavo antiguo *sŭto,* griego ἑ-κατόν, galés *cant,* tocario (A) *känt,* gótico *hund* (alemán *hund-ert,* inglés *hund-red),* latín *centum* (de donde español *cien y ciento).* Como dije, la lengua común carecía de término para «mil». Y en la lenguas históricas aparecen dos posibilidades diferentes, incorporadas sin duda al sistema, tanto la una como la otra, en etapas dialectales. En unas hay **gheslóֹ-* (sánscrito *sahásram,* griego χίλιοι y latín *mille* [de **sem-gheslóֹ-* «un millar», al igual que el sánscrito]; y otras tienen **tu(s)-km̥t-* germánico **þūshuntī* (gótico *þusundi,* alemán *tausend,* inglés *thousand),* eslavo antiguo *tysęšta,* prusiano antiguo *tusimtons.* La etimología de este último es interesante: el primer elemento **tu(s)-* es de la raíz **teu-* «inflar, hinchar», de la que deriva, por ejemplo **teutā* «muchedumbre, pueblo»; y el segundo elemento es la forma del numeral «cien», de forma que **tu(s)-km̥t-* es literalmente «una multitud de centenas».

Los ordinales indoeuropeos eran en términos generales adjetivos derivados del cardinal correspondiente mediante procedimientos ordinarios para la creación de adjetivos denominativos, excepto para «primero», que se derivaba de una raíz **pr-* (como en griego πρῶτος y latín *prīmus),* que todavía figura en español *primero* e inglés *first.*

Capítulo VIII

LA RAZA

El componente racial de los indoeuropeos, que otrora fue considerado parte esencial de su identidad, ha ido perdiendo importancia hasta haberse convertido en una cuestión menor. Y eso ha sucedido no sólo como rechazo de anteriores excesos. También ha contribuido el hecho de que la definición misma de «raza» se ha ido haciendo problemática y en cierto modo se ha difuminado.

Por otra parte, con la raza sucede lo mismo que con otros aspectos de la cultura y de la lengua. Ya no podemos hablar de la «raza de los indoeuropeos», ni siquiera de sus características físicas, de una forma unívoca, que resultaría una ingenua simplificación. Al igual que para otras facetas, debemos establecer diferencias cronológicas.

Las razas, al contrario que las lenguas, son capaces de mezclarse fácilmente entre sí dando lugar a tipos físicos mixtos. Y, cuando se produce una mezcla racial entre dos poblaciones numéricamente desiguales, puede predecirse que, en líneas generales, entre los mestizos resultantes abundarán más los tipos propios de la población mayoritaria. Como digo, todo lo contrario sucede con las lenguas. Ellas no se mezclan normalmente entre sí —salvo los casos de *pidgin,* excepcionales, y que requieren condiciones muy especiales para su desarrollo—. Y cuando se mezclan dos poblaciones, la lengua resultante no siempre es la de la población mayoritaria. Sucede a veces que la lengua que se impone en la población mestiza es precisamente la del componente minoritario. Y eso no constituye en modo alguno un hecho excepcional.

Si tomáramos convencionalmente como un tipo racial puro el de los indoeuropeos de las estepas —que no debe haberlo sido en realidad, como luego diré— hay que pensar que desde el momento en que comenzaron a esparcirse por toda Europa y Asia, generalmente como minorías que conquistaban territorios e imponían sus lenguas a poblaciones mayoritarias en número, aquellos

rasgos raciales originarios se debieron ir diluyendo en las poblaciones mestizas. Esas gentes, indoeuropeas ya por su lengua, resultaron en sus rasgos físicos muy diferentes según el tipo de población con el que se fueron mezclando en cada lugar las distintas estrirpes indoeuropeas. En el norte y centro de Europa, probablemente mezclados con elementos raciales similares a los actuales finlandeses, resultó un tipo rubio como son los germanos y como eran los celtas de la antigüedad. En las penínsulas mediterráneas, mezclados con una población de características físicas diferentes, resultó el tipo que aún hoy abunda en ellas. En la India, mezclados a poblaciones drávidas y mundas resultó ese tipo de piel obscura, de matices tan característicos.

No puede, en consecuencia, hablarse de «razas indoeuropeas» en el mismo sentido en que hablamos de lenguas indoeuropeas. Tras la mezcla de poblaciones, las lenguas resultantes siguieron siendo indoeuropeas en el sentido más riguroso del término. En cambio, la raza resultante no puede pretenderse indoeuropea en ningún sentido objetivable.

Como decía, hablar de «raza indoeuropea» tendría sentido a lo sumo refiriéndonos al tipo físico de aquellos antepasados nuestros de las estepas, anteriores a los movimientos migratorios. Y a eso me voy a referir. Pero antes quiero advertir que un lingüista nada tiene que decir sobre este particular, por no ser las características físicas objeto posible de la Arqueología Lingüística, sino de la Arqueología convencional. Y de hecho, han sido los arqueólogos, especialmente los de la antigua Unión Soviética, quienes han estudiado con detalle los esqueletos de la gente de los kurganes. A sus conclusiones me remito en las líneas que siguen.

El rasgo dominante en los esqueletos de aquellos antiguos antepasados nuestros es la robustez de los huesos. El cráneo resulta largo y ancho. Y la estatura elevada. Este tipo racial permaneció más o menos estable a lo largo de las diferentes fases de la Cultura de los kurganes. Entre los arqueólogos suele conocerse con el nombre de *protoeuropeo* o *cromañoide*. No es un tipo exclusivo de las gentes de las estepas, sino que se encuentra también en Europa oriental e incluso, aunque con menor abundancia, en Europa meridional y occidental. Y, como decía más arriba, verosímilmente no se trata de un tipo racial puro. Él, a su vez, es fruto de mezclas de poblaciones anteriores con características físicas heterogéneas. Y así sucesivamente hacia atrás, en una larga cadena de mestizajes cuyos episodios concretos se nos escapan.

Racialmente, pues, no parece que los indoeuropeos tengan ninguna característica especial, de la que no hayan participado de una u otra forma miembros de otras familias lingüísticas. De modo que el liderazgo, la primacía en los logros técnicos, científicos y culturales de los pueblos indoeuropeos, que en el pasado se tendía a atribuir a una superioridad racial de este pueblo, necesita hoy buscar otras vías de explicación.

PARTE III

CÓMO ERA SU LENGUA

INTRODUCCIÓN

Como hemos visto en el capítulo anterior, no parece que los indoeuropeos tengan ninguna característica racial uniforme de la que no hayan participado en una u otra medida los hablantes de otras familias lingüísticas. De modo que el liderazgo, la primacía en los logros técnicos, científicos y culturales de los pueblos indoeuropeos, que en pasadas décadas se tendía a atribuir a una superioridad racial de este pueblo, necesita hoy encontrar otras vías de explicación. Y algunos han creído encontrarla en las características de su lengua.

A mediados de este siglo V. G. Childe, quizás el arqueólogo que más ha apreciado la contribución de la Lingüística y mejor ha comprendido la importancia del lenguaje, se manifestaba en estos términos:

> El progreso del hombre desde el estado salvaje hasta la civilización está íntimamente asociado con el avance del pensamiento abstracto, que lo capacita para elevarse sobre el caos de las sensaciones particulares hasta construir a partir de ellas un cosmos ordenado. El crecimiento del razonamiento avanza de la mano con el desarrollo del lenguaje. El substrato de las actividades intelectuales modernas se compone ampliamente de esa síntesis de sensaciones auditivas y musculares que representan las palabras. Ellas son no sólo medios de comunicación, sino también vehículo de nuestras ideas abstractas. Las palabras son la verdadera materia prima del pensamiento. De ello se deduce que una lengua común implica una perspectiva mental común en sus hablantes; no sólo refleja, sino que condiciona caminos del pensamiento peculiares para quienes utilizan tal lengua. Por añadidura, el progreso intelectual puede en amplia medida ser evaluado por el refinamiento de la lengua. De ahí que el heredar una estructura lingüística excepcionalmente delicada, da a un pueblo ventaja en el camino del progreso... [Los indoeuropeos], cualquiera que fuese la raza o las razas a las que pertenecían, debieron de poseer una cierta unidad espiritual reflejada en y condicionada por su comunidad de lengua.

A esas premisas, cuya exactitud difícilmente podría ser negada, añade esta otra, cuyo fundamento no resulta ya tan obvio:

> Las lenguas indoeuropeas y la que consideramos su lengua madre han sido instrumentos de pensamiento excepcionalmente delicados y flexibles. Son,

> por ejemplo, casi las únicas que tienen un verbo substantivo y una maquinaria al menos rudimentaria para construir oraciones subordinadas, capaces de expresar relaciones conceptuales en una cadena de raciocinios.

De esas premisas concluye Childe que fue gracias a las posibilidades que les ofrecía su lengua por lo que fueron los griegos y los hindúes —y no los babilonios o los egipcios— quienes realizaron el primer gran avance hacia la ciencia abstracta. Por lo que fueron los iranios y los indios quienes, mediante las reformas de Zoroastro y de Buda, realizaron los primeros el progreso decisivo de dirigir su mensaje religioso a todos los hombres, sin distinción de razas o nacionalidades. Por lo que fueron los indios y los griegos quienes desarrollaron la poesía lírica...

Sin embargo, en contra de lo que Childe opinaba, si hay alguna relación —y acaso la haya— entre la lengua de los indoeuropeos y su liderazgo cultural a lo largo de la historia, está por averiguar cuáles eran los rasgos o las cualidades que lo propiciaron. E incluso en qué dirección han operado desde el principio las relaciones de causa y efecto. Sea de ello lo que fuere, los escasos rasgos que apuntaba Childe (existencia de un verbo 'ser', desarrollo de la subordinación) son, o discutibles en la realidad de su presencia en la lengua común, o dudosos como instrumentos capaces de las virtualidades que se les atribuye.

CAPÍTULO I

CÓMO PODEMOS CONOCER SU LENGUA

El indoeuropeo, lengua común origen de todas las lenguas indoeuropeas históricas, que no son sino sus transformaciones, es ella misma una lengua prehistórica. Dicho de una lengua, «prehistórica» quiere decir que no existen de ella domumentos escritos, por la simple razón de que se habló en una época anterior a la invención de la escritura, o al menos a su adopción por ese pueblo.

Afortunadamente eso no nos impide conocerla en cierta medida. Los historiadores de las lenguas disponemos de un método científico —el Método Comparativo— que nos permite penetrar en cierta medida en la prehistoria de las lenguas hasta reconstruir fases por lo demás perdidas. Pero no debemos llamarnos a engaño. El resultado de nuestra reconstrucción es muy esquemático, y en modo alguno permitiría un uso práctico de la lengua reconstruida. En este punto somos hoy harto menos optimistas que nuestros predecesores del siglo XIX.

Bopp nunca pensó en la posibilidad de reconstruir el indoeuropeo. Pero A . Schleicher, miembro ya de la que podríamos llamar segunda generación de indoeuropeístas, se dio cuenta de que si las lenguas evolucionaban de forma regular, bastaría encontrar las pautas de evolución de una determinada lengua para recuperar sus fases perdidas. Y su confianza en esta posibilidad era tanta —y, hoy diríamos, su ingenuidad tan primeriza— que una vez realizada su tarea de reconstructor se creyó en disposición de traducir textos al indoeuropeo. Y de hecho propuso esta versión indoeuropea de una fabulilla:

> Avis, jasmin varnā na ā̦-st, dadarka akvams, tam, vāgham garum vaghantam, tam, bhāram magham, tam, manum āku bharantam. Avis akvabhjams ā vavakat: kard aghnutai mai vidanti manum akvams agantam.
>
> Akvāsas ā vavakant: krudhi avai, kard aghnutai vividvant-svas: manus patis varnām avisāms karnauti svabhjam gharmam vastram avibhjams ka varnā na asti.
>
> Tat kukruvants avis agram ā bhugat.

[*Una oveja esquilada vio a unos caballos, uno de los cuales tiraba de un carro pesado, otro llevaba una gran carga y otro transportaba a un hombre. La oveja dijo a los caballos: se me aflige el corazón al ver cómo trata el hombre a los caballos.*

Los caballos le dijeron: escucha oveja, el corazón se nos aflige a nosotros por haber visto que el hombre nuestro señor se hace un vestido abrigado con la lana de las ovejas mientras que las ovejas se quedan sin lana.

Tras oír eso, la oveja huyó al campo.]

La ingenua confianza en las posibilidades de la reconstrucción se mantuvo durante mucho tiempo. En el primer tercio de este siglo H. Hirt intentaba una nueva versión indoeuropea de la misma fábula, a la que incorporó los progresos logrados en el conocimiento de la fonética:

owis, jesmin vьlənā ne ēst, dedork'e ek'wons, tom, woghom g^{w}ьrum weghontm̥, tom, bhorom megam, tom, g'hьmonm̥ ōk'u bherontm̥. owis ek'womos ewьwek^{w}et: k'ērd aghnutai moi widontei gh'ьmonm̥ ek'wons ag'ontm̥.

ek'ōses ewьwek^{w}ont: k'ludhi, owei!, k'ērd aghnutai widontmos: g'hьmō, potis, wьlənām owjôm k^{w}r̥neuti sebhoi gh^{w}ermon westrom; owimos-k^{w}e w lənā ne esti.

Tod k'ek'ruwos owis ag'rom ebhuget.

Hoy sabemos —a pesar de no pocas actitudes ingenuas que todavía se siguen encontrando— que las cosas son harto más complicadas. Incluso ha habido en años pasados una cierta polémica sobre la realidad, y lo que es más, sobre la posibilidad misma de reconstruir proto-lenguas. Y a ese respecto conviene hacer algunas reflexiones para clarificar los conceptos. En realidad hay dos cuestiones distintas, aunque sin duda relacionadas. La una es si podemos de hecho reconstruir lenguas perdidas y en qué medida podemos. Y la segunda qué es lo que en realidad obtenemos cuando reconstruimos una lengua.

En respuesta a la primera de esas cuestiones se encuentran dos posturas, la una pesimista y la otra optimista. Los más pesimistas opinan que nada se puede reconstruir, simplemente porque no hay nada que reconstruir. Es decir: no existen ni han existido nunca lenguas comunes. Tal concepto es para ellos una falacia. Si por lengua común se entiende una forma de hablar idéntica, compartida por una comunidad, no existen lenguas comunes porque cada región, cada ciudad e incluso cada individuo utiliza en realidad variedades de lengua en mayor o menor medida diferentes. Y como tendríamos que reconstruir la pretendida lengua común partiendo de variedades muy alejadas, el resultado sería un término medio absurdo, que nunca ha sido hablado por nadie.

Es ésa una postura extrema que, sin embargo, no carece por completo de todo fundamento. Es verdad que no podrían encontrarse dos personas que hablaran exactamente igual. Y sin duda existen por doquier, y han existido siempre, variedades locales, regionales y sociales de las lenguas. Pero es igualmen-

te cierto que junto a los elementos diferenciales, las lenguas contienen otros que son comunes a todas sus variedades, que constituyen precisamente el núcleo que permite la mutua comprensión entre los hablantes de lo que normalmente se entiende por una misma lengua. Sin duda, el Método Comparativo no sería capaz de reconstruir una lengua con todas sus variedades dialectales y matices locales o individuales. Tan sólo puede aspirar a reconstruir ese núcleo de elementos comunes a todas las variedades. Por eso advertía líneas más arriba que el resultado de la reconstrucción es siempre inevitablemente esquemático.

Pero hay otras razones adicionales para que lo sea. Si la anterior obedecía a la naturaleza de las lenguas comunes, estas otras derivan de las limitaciones del método. En efecto, hay rasgos de la lengua común que nunca podrán ser recuperados por haber sido eliminados de todas las lenguas históricas sin que de ellos haya quedado ningún rastro. De todos es sabido que si no conserváramos testimonio de la lengua latina, no podríamos ni sospechar la existencia de diversas categorías gramaticales, como por ejemplo el ablativo.

Por la naturaleza del método, el producto de nuestras reconstrucciones corre también el peligro contrario: atribuir a la lengua común rasgos que nunca existieron. Tal riesgo se produce cuando por desarrollos paralelos, o por préstamos entre ellas, las lenguas hijas ofrecen hechos comparables que nunca se dieron en la lengua madre. Pondré un ejemplo que se ha hecho clásico en este tipo de discusiones. Si aplicáramos ingenuamente el Método Comparativo a:

español:	*veo*	*dos*	*gendarmes a caballo*
francés:	*je vois*	*deux*	*gendarmes à cheval*

probablemente nos sentiríamos tentados a reconstruir una frase latina: *video duas gentes de armas ad cavallum,* que jamás ha sido posible en latín. Naturalmente el comparatista está avisado contra tales ingenuidades y evita incurrir en ellas. Pero nada nos asegura que lo consiga siempre.

En segundo lugar nos preguntábamos qué cosa era en realidad el producto de nuestras reconstrucciones. Porque hay lingüistas que opinan que el resultado de la comparación lingüística ni es ni puede ser una lengua real. Sería simplemente un sistema de correlaciones o correspondencias abstractas entre lenguas emparentadas. Algo más cercano a una ecuación matemática que a una lengua real. Veámoslo con un ejemplo.

Para la noción «humo (y espíritu)» el griego tiene θυμός, el latín *fūmus* y el sánscrito *dhūmás.* Si comparamos la primera consonante de las tres palabras tenemos: griego *th,* latín, *f,* sánscrito *dh.* Y como tal correspondencia se repite en toda una serie de palabras, establecemos la correlación significativa *th/f/dh.* Significativa quiere decir en Gramática Histórico-Comparativa que bajo esa correlación subyace un fonema de la lengua madre que ha evolucionado —en

nuestro caso en forma divergente— en las diferentes lenguas hijas. Pero la reconstrucción lingüística no consiste solamente en detectar que ahí existió un fonema indoeuropeo. Además hay que averiguar qué fonema era en concreto.

Y en este punto hay de nuevo dos corrientes de opinión que podríamos llamar respectivamente *algebraica* y *realista.* Para la algebraica las correlaciones serían como ecuaciones que podrían simbolizarse así: *th/f/dh* = *x,* siendo la incógnita *x* el fonema de la lengua común. Una vez establecida todas las ecuaciones mediante la comparación, lo que tendríamos es exactamente eso: un sistema abstracto de ecuaciones. Pero sólo eso: no habríamos recuperado una lengua real, ni siquiera un inventario más o menos completo de fonemas reales. Tan sólo un conjunto de ecuaciones abstractas.

La otra corriente de opinión estima que se puede y se debe avanzar más. Que hay que despejar una a una las incógnitas, identificando los diferentes fonemas —y ascendiendo en la escala de las unidades lingüísticas superiores— hasta alcanzar la reconstrucción de una lengua real, si bien con las limitaciones antedichas.

Resulta innecesario encarecer la importancia que tiene ese dilema. Si la Lingüística Histórico-Comparativa sólo pudiera establecer un sistema abstracto de correlaciones, dejaría de ser en rigor una ciencia histórica: su trascendencia se reduciría a la de un mero *jeu d'esprit* sin verdadero significado histórico. El gran interés de la Lingüística Histórica reside en su capacidad para recuperar una lengua real, hablada por un pueblo real, en un país real y en un tiempo real. ¿Pero se encuentra capacitada verdaderamente para ese apasionante cometido?

A pesar del pesimismo de los algebristas, a pesar de la dificultades ciertas que entraña la empresa, sin duda el Método Comparativo dispone de criterios y recursos para la reconstrucción de lenguas reales, no de meros sistemas de ecuaciones algebraicas.

Tales recursos son de muy variada condición, y se han ido acumulando y explicitando a lo largo de los casi dos siglos de vida que tiene nuestra ciencia. Por su naturaleza van desde los que derivan del mero sentido común hasta los que se fundamentan en las leyes internas del lenguaje humano.

Entre los de mero sentido común está, por ejemplo, el criterio del *área mayor.* En sánscrito *pitá(r),* griego, πατήρ, latín *pater,* gótico *fadar* y antiguo irlandés *athir* encontramos la correlación *t/t/t/d/t.* De ella deducimos la existencia de un fonema indoeuropeo *x.* Y si avanzando un paso más queremos establecer cuál era la naturaleza concreta de ése fonema indoeuropeo nos encontramos con tres posibilidades: 1) que sea una */t/,* como en sánscrito, griego irlandés y latín; 2) que sea */d/* como en gótico; 3) que sea una tercera posibilidad no representada en ninguno de los testimonios históricos. Pues bien, el criterio del área mayor consiste en establecer que el fonema indoeuropeo será el mismo que está representado en el área mayor. En nuestro caso, el fonema

indoeuropeo sería /*t*/. Se trata de una mera deducción de sentido común: es poco probable que si la lengua madre hubiera tenido una cosa distinta de /*t*/ se hubiera dado la coincidencia de que tantas lenguas hijas hubieran innovado por separado con resultado idéntico. Las probabilidades están a favor de que la mayoría coincida por el hecho de conservar intacta la herencia y de que sea una sola lengua (en nuestro caso el germánico) la que haya innovado convirtiendo la /*t*/ heredada en /*d*/.

Otros criterios derivados del mero sentido común son el de la *antigüedad* de los textos, aplicable sobre todo a hechos de una sola lengua (será más antiguo el rasgo que está en los textos más antiguos); el de las áreas laterales (será más antiguo el rasgo que se encuentre en lenguas ubicadas en áreas laterales sin posibilidad de intercomunicación, frente a lo que se encuentre en áreas centrales); etc.

Un segundo tipo de criterios incluye los que derivan del funcionamiento de la lengua misma cuya (pre)historia se pretende indagar. A la modalidad de reconstrucción que se basa en este tipo de criterios solemos llamar *reconstrucción interna* ya que, a diferencia de la *reconstrucción comparativa*, no se basa primordialmente en el testimonio externo de otras lenguas sino en el interno de su propio proceder. El primer ejemplo señero de este tipo de reconstrucción se debe a H. Grassmann con el descubrimiento de la disimilación de aspiradas en griego, llamada también *ley de Grassmann*. Los lingüistas de su época constataban que la reduplicación en el verbo griego no es siempre igual. La mayoría de las veces se forma con la misma consonante con que comienza la raíz: de λυ-, λέλυκα-; de δω-, δίδωμι. Pero a veces la consonante que constituye la reduplicación es otra: de φυ-, πέφυκα-; de θη- τίθημι; etc. Grassmann reflexionó sobre el mecanismo de la reduplicación y comprendió que se trataba en principio de una repetición total o parcial de la raíz. Por lo tanto, concluyó que lo que históricamente era en griego πέφυκα-, τίθημι, tuvo que haber sido anteriormente *φέφυκα- y *θίθημι. Y que si *φέφυκα- se había transformado en πέφυκα- y *θίθημι, en τίθημι es porque se había producido una *disimilación* de la primera de las dos aspiradas en su sorda correspondiente: *ph-ph* > *p-ph; th-th* > *t-th;* etc.

Sin embargo, la mayor parte de los criterios de que dispone el comparatista, y sin duda los de mayor importancia, son los que derivan de las leyes universales que rigen el ser y el devenir del lenguaje humano. Criterios de esta índole se han utilizado desde siempre, naturalmente en la medida mayor o menor en que en cada época se han conocido tales leyes. Uno de los criterios más antiguos y representativos de esta modalidad es el del *cambio fonético usual*. Tomemos como ejemplo la pareja de palabras emparentadas, griego ἑπτά (fonéticamente /*heptá*/) frente a latín *septem* «siete». Si pretendemos saber la forma indoeuropea de ese numeral, el primer problema al que nos enfrenta-

remos será al establecimiento de su primer fonema sobre la base de la correspondencia griego /*h*/ = latín /*s*/. Si supusiéramos que es el griego quien conserva inalterado el fonema indoeuropeo (/*h*/) habríamos de admitir que en latín /*h*/ se ha convertido en /*s*/, lo que constituye un cambio fonético prácticamente inexistente (tan sólo, de entre las lenguas del mundo, se cita el caso de un dialecto japonés en que ante vocal /*i*/ una /*h*/ se ha convertido en /*s*/ (/*hi*/ > /*si*/). No se trata, pues, de un *cambio fonético usual*. Por el contrario, si suponemos que es el latín quien conserva el arcaísmo /*s*/, ello supondría que el griego ha alterado la /*s*/ indoeuropea en /*h*/. Y ese cambio fonético (/*s*/ > /*h*/) es precisamente un *cambio fonético usual*, ya que se repite históricamente una y otra vez en numerosas lenguas conocidas. Un buen ejemplo lo tenemos en diversos dialectos españoles, como el andaluz, donde ocurre en posición final (/*los andares*/ > /*loh andareh*/). Pues bien, la regla del *cambio fonético usual* nos señala que hemos de preferir las reconstrucciones que dan lugar a cambios fonéticos usuales antes que aquéllas que obligarían a admitir cambios fonéticos inverosímiles.

Otros criterios de esta índole tradicionalmente utilizados son, por ejemplo, el de la *tendencia a abreviar las palabras* o el de la *imposibilidad de escisión espontánea de un fonema*. Pero quizás el más famoso e importante de ellos sea el de *las formas anómalas*, que nos informa de que las irregularidades morfológicas suelen ser arcaísmos. Las lenguas tienden siempre a establecer la regularidad en sus sistema mediante un mecanismo que solemos llamar *analogía*. Y ésa es una de las fuerzas motrices de la innovación y renovación de las lenguas. En español tenemos un sistema verbal regular en *yo amo / tú amas* pero uno irregular en *yo soy / tú eres*. Esas irregularidades puede perdurar indefinidamente. Pero también puede generarse en un momento dado una tendencia que lleve a regularizarlas, sometiéndolas al mecanismo habitual. Normalmente los niños, cuando están aprendiendo a hablar, captan el mecanismo general del sistema (regular) antes de aprender las excepciones (irregularidades). De forma que hay un período en el aprendizaje de la propia lengua en que tendemos a introducir la regularidad en el sistema. Por ejemplo, mi hijo cuando aprendía a hablar había trasformado el irregular *soy/eres* en el regular *ero/eres*. Naturalmente a los niños se les corrige y terminan por incorporar las irregularidades. Pero algunas de esas regularizaciones consiguen triunfar en la lengua de los adultos y terminan por imponerse definitivamente. Por ejemplo, en español la fonética introdujo una anomalía en el sistema de derivación de ciertos superlativos. Cuando la /ŏ́/ diptongó en /ué/ el latín /*fŏ́rtis*/ se transformó en el español *fuerte*. Pero el correspondiente superlativo latino *fortissimus*, del que procede el superlativo español *fortísimo*, no tenía /ŏ́/ sino /ŏ/, no susceptible de diptogancíón. La irregularidad está en que en el positivo y el superlativo del mismo adjetivo aparezcan dos vocalismos distintos (ue/o) siendo así que en la mayoría de las ocasiones la vocal es la misma para ambos (*grande/gran-*

dísimo, caro/carísmo, fresco/fresquísimo). La tendencia entonces será a llevar el vocalismo del positivo *fuerte* al superlativo, originándose *fuertísimo,* que ya se escucha entre adultos de según qué nivel de cultura, aunque *fortísimo* es todavía mayoritario. En cambio, ya casi no se escucha *novísimo* (de *nuevo)* que tiende a ser reemplazado por *nuevísimo,* o incluso *nuevecísimo* (aparte naturalmente del otro superlativo *muy nuevo).* En un tercer caso la forma regular *buenísimo* (de bueno) es la única que se utiliza, siendo *bonísimo* prácticamente inusitada. Obviamente las formas irregulares *fortísimo, novísimo* y *bonísimo* son arcaísmos, y las regulares *fuertísimo, nuevísimo* y *buenísimo* las innovaciones.

Como decía más arriba, el conocimiento de las leyes generales del funcionamiento de las lenguas en época de Meillet, cuando él formuló una versión del Método Comparativo que se ha hecho clásica, era muy inferior al que hoy tenemos. En las dos últimas décadas ha experimentado un desarrollo espectacular la rama de la Lingüística conocida con el nombre de Tipología, que consiste precisamente en una comparación por una parte de los *tipos* existentes y por otra sus pautas *universales* de comportamiento. Y, si bien esas pautas universales no tienen una fuerza o validez absoluta al modo de las leyes físicas, sí que establecen con claridad cómo funcionan realmente las lenguas y delimitan lo que es y lo que no es posible, lo que es y lo que no es probable, lo que es y lo que no es frecuente, etc.

Resulta palmaria la importancia que para la reconstrucción de estadios prehistóricos tiene el conocimiento de cómo funcionan realmente las lenguas y de los mecanismos internos por los que se rigen su ser y su devenir. O lo que es lo mismo: la importancia que para el historiador de las lenguas tiene la Tipología. Y sin embargo, increíblemente, hay un cierto número de indoeuropeístas que no sólo renuncian personalmente a su ayuda, sino que pretenden fundamentar en el plano de la teoría la ilegitimidad de su utilización.

El principal argumento contra el empleo de los criterios tipológicos en la reconstrucción de la historia de las lenguas, consiste en decir que al fin y al cabo los *Universales* que establece la Tipología no tienen un valor absoluto y que por lo tanto el historiador no tiene por qué someterse a las exigencias del tipólogo. Pasaré sin comentar detenidamente que tal actitud parece motivada más por una cierta orgullosa autosuficiencia que por un humilde deseo de utilizar todos los medios a nuestro alcance —aunque nos los brinde otra disciplina— para lograr una mayor fiabilidad en el resultado de la tarea científica. Destacaré, en cambio, que quienes así argumentan parecen olvidar que los criterios tradicionales del Método Comparativo adolecen de las mismas limitaciones. Por ejemplo, el criterio del *cambio fonético usual* lleva incluso en su propio enunciado el *caveat* sobre su validez no absoluta: de hecho vimos que lo inusual [/h/ > /s/] ha sucedido al menos una vez. Y sin embargo, los indoeuropeístas contrarios al uso de la Tipología utilizan habitualmente en su trabajo

esa clase de criterios tradicionales. Pues bien, la única diferencia entre esos criterios tradicionales y los nuevos que nos brinda la Tipología radica en que éstos últimos cuentan con una base empírica muy superior y en consecuencia con un rigor científico mucho más fiable.

Hay un sector entre los indoeuropeístas que reniega de la reconstrucción interna, opinando que sólo la reconstrucción basada en datos comparativos inmediatos tiene validez. Siempre es bueno para el comparatista trabajar con la vista puesta en lo que la Tipología nos enseña sobre lo que es y no es verosímil en el comportamiento de las lenguas. Pero para quienes creen en la posibilidad y la viabilidad de la reconstrucción interna, y de hecho la practican, la Tipología es un artículo de primera necesidad. Al faltar otra clase de datos (los comparativos), las leyes generales del lenguaje humano, sus comportamientos *universales* (con todas sus limitaciones), se convierten en el *único criterio objetivo* capaz de evitar que el lingüista se hunda en el subjetivismo y la arbitrariedad. Y sin embargo, hay indoeuropeístas que se entregan sin restricciones a la reconstrucción interna de etapas profundísimas de la familia indoeuropea, a la vez que rechazan y condenan cualquier criterio que ponga freno a su personal fantasía. Creo que no exagero al decir que la reconstrucción interna sin Tipología se encuentra sumida en el mismo subjetivismo y arbitrariedad precientífica en que se encontraba la etimología y la reconstrucción comparativa antes del establecimiento de la regularidad de los cambios fonéticos. Sus resultados no merecen ningún crédito por carecer de cualquier apoyo científico.

El término de *reconstrucción interna* se utiliza en realidad con una cierta imprecisión. O, si se prefiere, su prístino significado ha sido objeto de una cierta ampliación. El calificativo de *interna* aludía originariamente a que se obtiene mediante criterios intrínsecos a la propia lengua cuya historia se pretende trazar. Y sin embargo, ahora solemos utilizarlo también para la reconstrucción basada en criterios extrínsecos a la especificidad de esa lengua, como son los relativos a las leyes internas del lenguaje humano en general, que nos suministra la Tipología. En realidad está siendo usado para incluir todo lo que no es reconstrucción comparativa *sensu stricto.*

En rigor hay que saber que nunca, ni siquiera cuando disponemos de datos comparativos, puede prescindirse, ni se prescinde de hecho, de los internos al realizar la reconstrucción. En esos casos, ambos tipos de criterios (comparativos y no comparativos) colaboran. Pero llega un momento en que los datos comparativos se agotan. No obstante, aun entonces podemos seguir adentrándonos todavía en el pasado de las lenguas, ahora gracias a otro tipo de criterios, de índole no comparativa. Y en este último caso es cuando hablamos de *reconstrucción interna.*

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que el resultado de la reconstrucción meramente interna (es decir: obtenida a partir del momento en que cesan

los datos comparativos) presenta características peculiares. Por una parte, sin duda permanece en un grado de certeza inferior a la obtenida cuando existen datos comparativos. Y, por otra, es capaz de seguir hacia atrás la evolución de cada uno de los subsistemas uno a uno, aisladamente; pero normalmente carece de la posibilidad de interconectar en cuadros de conjunto sucesivos los distintos estadios evolutivos de los diferentes subsistemas.

Tomemos algunos ejemplos. Por reconstrucción comparativa se obtiene tradicionalmente un sistema indoeuropeo de 10 vocales (a/e/i/o/u/ā/ē/ī/ō/ū). Pero por *reconstrucción interna* diversos indoeuropeístas han creído poder avanzar hacia atrás en la prehistoria de ese sistema vocálico, reduciéndolo primero a 5 vocales por eliminación de las de cantidad larga (/a/e/i/o/u/); eliminando luego del inventario las vocales /a/, /i/ y /u/; y reduciendo finalmente las dos restantes (/e/ y /o/) a una sola. Por otra parte, el sistema de géneros indoeuropeos obtenido por reconstrucción comparativa consta de tres miembros (masculino/femenino/neutro). Pero ciertos indoeuropeístas pensaron que el género femenino era relativamente reciente y por razonamientos fundamentalmente de tipo interno dedujeron un estadio más antiguo en que sólo habría dos géneros (animado/inanimado). Finalmente, por reconstrucción comparativa se ha establecido tradicionalmente un sistema verbal indoeuropeo con tres temas aspectuales (presente/aoristo/perfecto). Pero de nuevo hay quienes creen que tal sistema es igualmente reciente y que antes ha habido etapas con sólo dos temas e incluso con uno solo.

Pues bien, prescindiendo del acierto de cada una de esas hipótesis en concreto, aunque fueran ciertas, lo que resulta imposible al historiador de las lenguas es correlacionar sincrónicamente las diferentes fases evolutivas de unos sistemas con otros. Concretamente, es imposible saber cuántos miembros tenía el sistema vocálico cuando se creó el femenino y a su vez cómo era entonces el sistema de aspectos. Quiero decir que lo que obtenemos por este procedimiento es trazar, aisladas unas de otras, las líneas evolutivas de los diferentes subsistemas, sin poder obtener los sucesivos estados de lengua en su conjunto.

La piedra angular del Método Comparativo ha sido y sigue siendo *la regularidad del cambio fonético.* Como todo el mundo sabe, la principal diferencia entre las ciencias físicas y las humanas radica en la exactitud y el rigor de las primeras, características que no son sino la consecuencia de la diferente naturaleza del objeto de unas y otras. El mundo físico se rige por leyes inviolables y permanentes a cuyo imperativo *ningún individuo* puede substraerse. La ley de la gravitación determina la atracción recíproca de dos cuerpos en función de sus masas y del cuadrado de la distancia entre ambos. Eso permite predecir la caída hacia la tierra de todo objeto más pesado que el aire. Y tal predicción es aplicable a todos y cada uno de los objetos pasados, presentes y futuros. El cumplimiento de esa ley arroja un índice de certeza tan sólido que sobre él

está basada en gran medida nuestra civilización, desde la arquitectura hasta la aeronáutica, pasando por el deporte, la industria o la balística.

Es obvio que no sucede así con las ciencias que tienen como objeto la conducta del hombre en cualquiera de sus manifestaciones. Ni la sociología, ni la psicología, ni la economía logran niveles comparables de certeza en la predicción. Y, sobre todo, sus generalizaciones son susceptibles de ser contradichas por comportamientos individuales diferentes a los previstos.

Pues bien, la Lingüística tiene también por objeto un aspecto concreto de la conducta humana, como es el lenguaje. Y es por ello que casi todas sus ramas sufren, en grado mayor o menor, la misma servidumbre que las otras ciencias humanas. Por ejemplo, las generalizaciones y predicciones de la Tipología sobre el comportamiento de las lenguas tienen de ordinario tan sólo un valor estadístico, es decir: un porcentaje mayoritario (más o menos elevado, según los casos) tiene efectivamente el comportamiento *x* previsto en esas generalizaciones que llamamos normalmente *Universales*. Pero puede haber —y frecuentemente hay— una o más lenguas que no se atienen a esa pauta.

Pero las lenguas, en su evolución, cuentan con un elemento que no depende de la voluntad de los hombres y que precisamente por ello ofrece unas características bien distintas de los restantes comportamientos humanos. Me refiero a la evolución fonética. Las lenguas cambian y se transforman con el tiempo. Y una de las principales vías de transformación es lo que llamamos *cambio fonético*. Por ejemplo la *-t-* latina entre dos vocales, en su paso al español se transformó en *-d-*: ama*t*us > ama*d*o; **p-* inicial indoeuropea se transformó en *f-* germánica: **p*ətḗr > *f*ather (inglés); **p* inicial indoeuropea se dejó de pronunciar, perdiéndose por completo en celta: *p*ətḗr > athir (irlandés antiguo).

Pues bien, los cambios fonéticos sobrevienen en las lenguas de una manera ajena a la voluntad individual de los hablantes, de forma que se imponen de un modo regular y universal, sin excepciones individuales. La *regularidad del cambio fonético* no se comprendió desde los primeros momentos de la Gramática Comparativa. Habían de pasar casi 60 años desde el descubrimiento de la familia indoeuropea y la fundación de la Lingüística Histórico-comparativa por parte de Bopp y Rask antes de que se formulara teóricamente y se valorara el alcance de su importancia.

Si Bopp y Rask fundaron la ciencia a principios del siglo XIX, podemos decir que la escuela *Neogramática* le confirió su verdadero carácter científico en la década de los 70 de ese mismo siglo. Sus miembros, A. Leskien, H. Osthoff, K. Brugmann y D. Delbrück, junto con algunos contemporáneos que desde pronto se les unieron incondicionalmente, como H. Paul, parecieron a sus colegas contemporáneos un conjunto de jóvenes intransigentes y radicales. En el año 1875, fecha clave en la fundación de la escuela, A. Leskien, el mayor de ellos, tenía 35 años; K. Brugmann, el más joven, 26. El término con

que se les conoció en Alemania, *Junggrammatiker,* que significa en principio «gramáticos jóvenes», unos dicen que se lo aplicó por vez primera Curtius y otros el germanista F. Zarncke, aludiendo en cualquier caso un tanto irónicamente a sus escasos años y corta experiencia. Aunque tal vez no dejara tal nombre de tener resonancias y connotaciones inducidas por diferentes movimientos intelectuales y políticos del siglo pasado como *Junges Deutschland, Das jüngste Deutschland,* o el comité de los *Jóvenes Turcos* de Niazi y Enver.

Pocos años después de las obras fundacionales de Bopp y Rask, se había producido un hallazgo que contribuyó a incrementar la confianza de los lingüistas en el rigor del método. En 1822, J. Grimm formuló de manera precisa la correspondencia de las consonantes del germánico con la de las restantes lenguas indoeuropeas. En la obra de Rask había ya un intento, pero con varias inexactitudes. Como resultaba que el germánico había dado la vuelta a todo su sistema de consonantes oclusivas, el fenómeno fue bautizado en alemán con el nombre de *Lautverschiebung,* que solemos traducir por *rotación consonántica.* Y en honor a su descubridor también lo conocemos con el nombre de *ley de Grimm.* Por cierto que de un tiempo a esta parte, algunos indoeuropeístas daneses han reivindicado para Rask el honor de haber sido también su descubridor y han propuesto la denominación de ley de Rask-Grimm.

La tabla de correspondencias de las consonantes germánicas respecto a las indoeuropeas, tal como estableció Grimm, es la siguiente:

Indoeuropeo	*Germánico*	*Indoeuropeo*	*Germánico*	*Indoeuropeo*	*Germánico*
(b)	p	p	f	bh	ƀ
d	t	t	þ	dh	đ
g	k	k	x (h)	gh	g
g^w	k^w	k^w	x^w(h^w)	g^wh	g^w

Esta tabla de correspondencias presenta, sin embargo, ciertas deficiencias que en su momento se interpretaron como excepciones. Y por culpa de tales supuestas excepciones la formulación de Grimm no fue suficiente por sí sola para que los indoeuropeístas descubrieran que los cambios fonéticos se cumplen con toda regularidad. A veces, en efecto, las sordas indoeuropeas (p, t, k, k^w) no aparecen en germánico como fricativas sordas (f, Þ, h, h^w) sino como sonoras (ƀ, đ, g, g^w). En otras ocasiones se daban entre el germánico y el griego o el sánscrito correspondencias no predichas por el sistema de Grimm. Y finalmente, parecía que para las sordas la rotación quedaba a veces sin cumplimiento, apareciendo la consonante indoeuropea inalterada.

Numerosos indoeuropeístas se dedicaron en las décadas siguientes a estudiar más de cerca la rotación germánica. Y como fruto de tales esfuerzos, debajo de las aparentes excepciones se fueron revelando nuevas regularidades

más sutiles. Así resultó que cuando la rotación parece no cumplirse se debe a un condicionamiento fonético muy preciso: una sorda indoeuropea no se altera en fricativa sorda cuando va inmediatamente precedida por otra fricativa sorda (tanto indoeuropea como fruto de la propia rotación): **esti* «él es» da en gótico *ist* (no **isþ*, porque la sorda indoeuropea /t/ va precedida de la fricativa /s/).

Las correspondencias anómalas entre germánico y griego o sánscrito fueron igualmente reducidas a regularidad cuando H. Grassmann descubrió que estas dos últimas lenguas disimilaban la primera de una secuencia de dos aspiradas. Por ejemplo, una /bh/ indoeuropea debía arrojar la siguiente correspondencia histórica: germánico /b/, sánscrito /bh/, griego φ (/ph/). Y sin embargo, de la raíz indoeuropea **bheudh-* se obtiene en proto-germánico **beud-*, de donde gótico *-biudan* —frente a sánscrito /b/ (bodhāmi) en vez de /bh/ y griego π (πεύθομαι) en vez de φ— precisamente porque la segunda aspirada indoeuropea de esa raíz (/dh/) había provocado la disimilación de la primera aspirada, de la que resultó /b/ en sánscrito y /p/ en griego.

Finalmente, en 1877 publicó K. A. Verner un breve artículo en la principal revista científica de la especialidad *(KZ)* en la que explicaba mediante una nueva regularidad la última de las aparentes excepciones. Observó el autor danés que cuando una sorda indoeuropea no aparecía en germánico como una fricativa sorda sino como una fricativa sonora se debía a que se había sonorizado secundariamente por asimilación entre dos elementos sonoros, excepto en los casos en que el acento iba en la vocal que precedía inmediatamente a la fricativa en cuestión.

Por las mismas fechas en que Verner terminaba de poner orden en el consonatismo germánico, H. Osthoff descubría la existencia de las sonantes indoeuropeas /r̥/, /l̥/ y la regularidad de sus correspondencias en las lenguas históricas. Y K. Brugmann hacía otro tanto con /n̥/ y /m̥/. Y la euforia que todo este conjunto de hallazgos produjo en los neogramáticos culminó con la primera formulación del principio de *regularidad del cambio fonético,* realizada por A. Leskien en 1876. Después se produjeron otras formulaciones y matizaciones diferentes. Tal principio, que eleva cada cambio fonético al rango de una ley sin excepciones, viene a decir que en una *misma época, en el mismo dialecto y en las mismas condiciones la alteración o cambio de un fonema se produce siempre con el mismo resultado, y sin excepciones.*

Los propios neogramáticos se dieron cuenta de que, sin embargo, en la historia de cualquier lengua hay ocasiones en que los cambios fonéticos no se producen aparentemente con la regularidad postulada. Y eso los llevó a formular dos principios complementarios, igualmente capitales para el Método Comparativo: la *analogía* y el *préstamo*.

Cuando en una lengua se da un tratamiento irregular de un fonema o grupo de fonemas, la anomalía puede deberse al hecho de que la palabra en que se produce se haya introducido en la lengua en una época posterior a

aquélla en que la alteración fonética se produjo, como *préstamo* a partir de otra lengua o dialecto desconocedor de tal alteración. Esta cautela era tenida en cuenta ya implícitamente en la formulación misma del principio de regularidad, cuando se incluía la condición de *en una misma época*. Como ejemplo puede servir la sonorización de la sorda intervocálica en castellano que convierte, por ejemplo, la palabra latina *mica* en la castellana *miga* (la sorda *c* = /*k*/ pasó a sonora /*g*/). El principio de regularidad del cambio fonético exige que todas las oclusivas sordas latinas que estuvieran en posición intervocálica tendrían que convertirse en sonoras. Lo que en rigor llevaría a que en español no hubiera ninguna palabra que contuviera una sorda entre vocales, o hubiera muy pocas. Y sin embargo, hay muchísimas que la tienen: ca*c*a*t*úa, ca*c*ahue*t*e, me*t*eoro, pla*t*a, etc. Pero sucede que gran número de esas palabras españolas con una sorda intervocálica son efectivamente *préstamos* de lenguas de la América precolombina, del griego o incluso del mismo latín por la vía del cultismo, que ha entrado a formar parte del vocabulario español siglos después de que la ley de la sonorización intervocálica dejara de operar.

Los neogramáticos concebían la *analogía* como una especie de interferencia de la mente humana en la implantación regular del cambio fonético, que puede llegar a estorbarlo e impedirlo en cierta medida. El fenómeno analógico tiene lugar cuando una palabra en que concurren todas las condiciones necesarias para sufrir un determinado cambio fonético, aparece sin que éste se produzca o bien con otro diferente del previsto. Así, sabemos que las labiovelares indoeruropeas (k^w, g^w, g^wh) palatalizan en sánscrito (k^w > c, g^w > j, g^wh > h) cuando van seguidas de vocales anteriores _(*ē̆, *ī̆)_, mientras que se resuelven en velares (k, g, gh) en los demás contextos fonéticos. La implantación regular de esa ley *fonética* daba lugar a paradigmas *morfológicamente* irregulares en que la última consonante de la raíz o tema cambiaba para una misma palabra según la desinencia casual correspondiente comenzara o no comenzara por _*ē̆_, _*ī̆_. Por ejemplo, de _*wōk_^{w}- «voz» debería producirse un acusativo _*vākam,_ un genitivo de plural _*vākām,_ un locativo de plural _*vākṣu,_ un nominativo-acusativo dual _*vākā(u),_ etc. Y en cambio, un dativo de singular _vāce,_ un locativo de singular _vāci,_ un nominativo de plural _vācas,_ etc. Pero la irregularidad de la alternancia *k*/*c* en el interior del paradigma se resolvió mediante la generalización por analogía del resultado /c/ a todos los casos.

La analogía se dibuja así como otro de los grandes motores de la evolución de las lenguas. Generalmente tiende a introducir la regularidad y la proporcionalidad en los sistemas. Pero, paradójicamente, a diferencia del cambio fonético, su actuación no es regular. Quiero decir que puede imponerse la regularización analógica en unas palabras sí y en otras que estén en las mismas circunstancias no. Que su actuación resulta imprevisible: puede actuar o no actuar, hacerlo antes o después, etc.

Finalmente, hay cierto tipo de cambios fonéticos que suelen llamarse *cambios fonéticos menores,* generalmente muy condicionados por el contexto —aunque ya sabemos que en mayor o menor medida muchos o casi todos lo están—. Para ellos los neogramáticos no postularon la regularidad, sino que los consideraban más bien fenómenos esporádicos. Tales son la *metátesis, asimilación, disimilación* y *haplología,* fundamentalmente.

El postulado teórico de la inexcepcionabilidad de las leyes fonéticas suscitó una candente polémica desde el primer momento de su formulación neogramática, de la que han llegado hasta nosotros a veces ecos lejanos o episodios fugaces. Algunos —como Ascoli— le achacaban falta de originalidad, arguyendo que todo ello podía encontrarse ya, al menos implícitamente, en los indoeuropeístas anteriores. Otros, como el romanista Schuchardt, atacaban el principio mismo de la regularidad, bajo el peso de un material abundante y complejo del que los romanistas —a diferencia de los indoeuropeístas— tienen la suerte o la desgracia de disponer. Ellos observan paso a paso la dificultad con que los cambios fonéticos se imponen, las múltiples vacilaciones, la abundancia de dobles formas con distinto tratamiento, etc. Y el concepto de regularidad sin excepciones les resulta con frecuencia excesivo.

El enunciado neogramático de «en una misma época, en un mismo dialecto y en unas mismas condiciones» es en sí mismo inatacable, pues a la postre no es más que una aplicación concreta del principio «las mismas causas producen los mismos efectos». Sin embargo, su misma letra deja abierto un portillo a un cierto margen de incertidumbre al hablar de «las mismas condiciones». En efecto, nunca hay dos palabras que estén exactamente en las mismas condiciones. Si lo estuvieran tanto en el plano fonético como el semántico no serían dos palabras sino una y la misma. Y de ahí surgen con frecuencia las dificultades tanto en la aplicación concreta como en la defensa teórica del postulado. Pero hoy, apagado ya el ardor polémico, los indoeuropeístas sabemos bien a qué aludimos cuando hablamos de la regularidad del cambio fonético. Y conocemos tanto su importancia esencial para el Método Comparativo como los límites de sus exigencias.

Decía más arriba que la existencia de *leyes fonéticas* sin excepciones confiere a la Lingüística Histórica un rigor que la aproxima a las ciencias de la naturaleza. Tengo ahora que terminar de precisar esa afirmación. De una parte, acabo de matizar el alcance de esa regularidad. Y, de otra, hay factores adicionales que, en cambio, la aproximan a las restantes ciencias humanas. En efecto, la lengua no es solamente un conjunto de fonemas que se rijan por leyes cuasi-físicas. Además, es un sistema de signos portadores de significado. Cada palabra, cada signo, tiene dos caras: la fonética y la semántica. Y si la composición fonética de una palabra evoluciona según leyes regulares, su contenido semántico cambia en una especie de deriva imprevisible, donde tiene su influencia ocasional la imaginación, la ironía, las creencias individuales o co-

lectivas, lo mismo que en cualquier actividad intelectual o artística. La palabra latina *caput* tiene como composición fonética la secuencia /kaput/ y como contenido semántico primordial la noción de «cabeza». Basta con conocer las leyes fonéticas que rigieron la evolución del latín al español para predecir sin margen para el error que la secuencia fonética latina /kaput/ dará la española /kabo/. Pero es absolutamente imprevisible qué sucederá con el contenido semántico «cabeza». Tanto podría haberse mantenido, como haber evolucionado en direcciones insospechables. En nuestro ejemplo, el español *cabo* ha llegado a significar por una parte una graduación militar, por otra el extremo de una cuerda y por otra un accidente geográfico. Mientras que el sentido central de «cabeza» no se ha conservado.

Recuérdese, por otra parte, que la analogía, otra de las fuerzas motrices del cambio lingüístico, tampoco actúa con la regularidad previsible de las leyes fonéticas. Todo esto hace que la Lingüística Histórico-Comparativa sea una ciencia en cierto modo híbrida en sus características, un tanto a mitad de camin entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias humanas. Lejos ya hoy de un cierto triunfalismo ingenuo propio de algunos lingüistas del siglo pasado, podría decirse que la Lingüística Histórico-Comparativa es la menos exacta de las ciencias de la naturaleza. Aunque probablemente sea más adecuado definirla como la más exacta de las ciencias humanas.

Una cuestión pertinente en este punto es la de si ya, en la década de los 90 del siglo xx, tras más de 150 años de Lingüística Indoeuropea, podemos considerar que la lengua común de la que partieron las distintas modalidades históricas está íntegramente reconstruida, sabemos definitivamente cómo era. O lo que es lo mismo, si nuestra ciencia se ha agotado como campo de investigación, alcanzando la solución de todos los problemas o al menos de los capitales, —tal como ha ocurrido con diversas ciencias a lo largo de la historia—, o si, por el contrario, no hemos encontrado aún respuesta satisfactoria a problemas centrales y en consecuencia sigue viva la posibilidad y la necesidad de la investigación.

K. Brugmann, el más ilustre de los neogramáticos, emprendió una magna empresa de reconstrucción que se substanció en una obra de varios volúmenes a la que dio por título *Grundriss der vergleichenden Grammatik der indogermanischen Sprachen.* Las líneas maestras de la doctrina allí incluida fueron consideradas por muchos en su época como el resultado incontrovertible y definitivo de nuestra ciencia. La reconstrucción de la lengua común podía considerarse básicamente concluida, a falta de tan sólo pequeños detalles marginales o complementarios. Y para varias generaciones de especialistas el *Grundriss* de Brugmann fue algo así como la Biblia de la Indogermanística. Para los más conservadores aún continúa siéndolo.

En el primer tercio de este siglo surgió la figura de A. Meillet, el gran maestro de la escuela francesa. Su obra ofrece aún hoy un aire de frescura in-

novadora frente al dogma brugmanniano. Pero Meillet, avanzada ya su edad, incurrió en el mismo error: también él creyó que gracias a su obra personal la reconstrucción de la lengua común estaba definitivamente lograda, muriendo en 1936, sin haber llegado a comprender el enorme potencial renovador que para nuestra ciencia traía consigo el desciframiento del hetita y el concurso de sus datos en la comparación lingüística. Y en efecto, las últimas décadas han visto el desmoronamiento de casi todos los dogmas tradicionales. Por el momento no se ha llegado a una nueva síntesis que concite los asentimientos que en su día mereció la obra de Brugmann. Y probablemente tardará todavía mucho tiempo en alcanzarse. En la actualidad conviven dos tendencias dentro de la Indoeuropeística. Están, de un lado, los partidarios de las ideas tradicionales, que se resiten con tenacidad a modificar el legado brugmanniano. Como suelen hacer todos los conservadores, insisten en que no todos los puntos de la tradición son rechazables y abogan por introducir a lo sumo pequeñas modificaciones, arreglos de detalle que permitan mantener intacto lo esencial del edificio construido en el siglo XIX. El núcleo principal de esa tendencia inmovilista se encuentra en Alemania, condicionada tal vez por su colosal tradición. De otro lado, está la corriente renovadora, convencida de la necesidad de construir un edificio nuevo. Y a esa labor se dedican sobre todo indoeuropeístas de países incorporados más recientemente a esta ciencia, como pueden ser Estados Unidos, la antigua Unión Soviética o la propia España.

Uno de los rasgos más novedosos, introducido por las corrientes renovadoras, a impulso de los datos aportados por las lenguas anatolias, es el de diferenciar etapas sucesivas en la reconstrucción de la lengua común. No se trata ahora de reconstruir una lengua única, situable en una determinada época, sino varios estados de lengua sucesivos. Unos hablan de indoeuropeo I, II y III. Otros de indoeuropeo pre-anatolio y post-anatolio. Y así sucesivamente. Ya he dicho más arriba que penetrar en sucesivos estadios evolutivos de nuestra tradición lingüística es científicamente legítimo y metodológicamente factible. Pero la reconstrucción va adquiriendo características diferentes de la meramente comparativa a medida que profundizanos más hacia atrás, generalmente con la ayuda de críterios de índole *interna.* Y uno de esos rasgos diferenciales es precisamente la dificultad de trazar sucesivos panoramas del conjunto de la lengua. En mi opinión, el precio que hay que pagar por adentrarse en la prehistoria profunda de nuestra familia lingüística es precisamente el de ver disminuido el grado de certeza de nuestras conclusiones y el de tener que contentarnos con visiones parcializadas de los diferentes subsistemas.

La decisión más difícil a la que me he tenido que enfrentar durante la redacción de este libro es la de elegir entre los distintos caminos posibles para describir la lengua común indoeuropea. En abstracto, la decisión parecería simple: en una ciencia cualquiera lo más conveniente sería limitarse a exponer la *communis opinio,* reservando para otra clase de obras las innovaciones in-

vestigadoras que aún no han sido aceptadas mayoritariamente. Sin embargo, eso no resulta fácil en el ámbito de la Lingüística Indoeuropea de estos años finales del siglo XX porque para una buena parte de los problemas esenciales involucrados en estos momentos no hay una opinión común. La única opinión común que ha habido en esta ciencia fue la que se creó hacia finales del siglo pasado en torno a la escuela Neogramática, y muy particularmente en torno a la obra de K. Brugmann. Pero esa doctrina, que podríamos llamar *vulgata,* dejó hace muchos años de merecer el asentimiento de un amplio porcentaje de indoeuropeístas. De manera que si me limitara a exponerla, en buena medida estaría introduciendo a los lectores no en el estado actual de la disciplina sino en el que tuvo durante los años que median entre el último cuarto del siglo XIX y, digamos, los primeros cuarenta años del XX. El problema está en que las corrientes renovadoras son por el momento multiformes y están lejos de haber logrado una versión unitaria de una *vulgata* reformada. En pocas palabras: no me parece aceptable limitarme a presentarles la tradicional *communis opinio,* venerable pero pretérita, de la que por lo demás no participo, ni tampoco puedo ofrecerles la *communis opinio* actual, simplemente porque no existe ninguna.

Así las cosas, me parece lo más oportuno —y si ustedes me lo permiten, también lo más honesto— exponerles mi propia concepción de la lengua indoeuropea común. Concepción propia que está integrada por elementos de una triple procedencia: 1) doctrinas pertenecientes a la *vulgata* tradicional (sin duda los conservadores tienen razón al decir que en la tradición hay muchas cosas que siguen siendo válidas); 2) ideas innovadoras procedentes de otros investigadores, que al resultarme convincentes quedan incorporadas aquí; 3) ideas y soluciones propias, fruto siempre de investigaciones llevadas a cabo por mí y desarrolladas en trabajos ya publicados, que el lector podrá encontrar en la bibliografía. Todas ellas aparecerán integradas en un sistema que, obviamente, es el que yo propugno y sostengo en su conjunto.

En general no dejaré de explicitar como punto de referencia las doctrinas conservadoras, aunque a continuación las critique y proponga soluciones nuevas. Y cuando acepte ideas innovadoras de cualquier origen, las expondré razonadamente con los argumentos que a mi juicio las hacen convincentes.

CAPÍTULO II

LAS VOCALES

La doctrina tradicional atribuye a la lengua común las vocales (a/e/i/o/u). Un sistema integrado por cinco vocales, precisamente con esos mismos timbres, constituye el modelo de vocalismo más frecuente en términos absolutos entre las lenguas del mundo. Pero, más exactamente, en indoeuropeo el número de vocales se elevaría a diez, ya que para cada uno de esos cinco timbres habría dos variedades distintas por su duración (breve/larga): ă/ā, ĕ/ē, ĭ/ī, ŏ/ō, ŭ/ā.

Para explicar ciertas correspondencias anómalas entre las vocales de timbre /a/ y /o/ de algunas lenguas, Brugmann llegó a proponer dos vocales indoeuropeas más, concretamente un nuevo timbre /å/ en las dos citadas cantidades. Pero esa propuesta, a pesar de la autoridad de su autor, no logró pasar a la doctrina comúnmente admitida, y las anomalías en que Brugmann se apoyó han continuado sin una explicación razonable.

El sistema de las diez vocales (a/e/i/o/u/ā/ē/ī/ō/ū) se basa en los datos comparativos más inmediatos de la totalidad de las lenguas indoeuropeas, excepción hecha de las anatolias. Cuando gracias a F. de Saussure y a la Escuela Neogramática se llegó a esa reconstrucción de las vocales indoeuropeas, las lenguas anatolias no eran aún conocidas. Pero cuando años más tarde lo fueron, tampoco sirvieron para corroborar —aunque en rigor tampoco para infirmar— esa imagen del vocalismo común. En efecto, las deficiencias de sus sistemas de escritura incluyen la falta de distinción sistemáticas de las cantidades vocálicas. Y en consecuencia no sabemos de una manera cierta en qué medida las lenguas anatolias contaban o no contaban históricamente con dos series de vocales opuestas por la cantidad. Otra cosa diferente son las conclusiones a que cada uno llegue indirectamente sobre el particular. Para unos —los de tendencias conservadoras— las lenguas anatolias tendrían ambas series de vocales (largas y breves), heredadas de la lengua común. Y sería sólo

un problema de deficiencias de grafía. Para otros, las lenguas anatolias ni tenían vocales largas ni las habrían llegado a desarrollar nunca, al menos completamente. Por lo que el sistema de diez vocales se revelaría como un hecho relativamente reciente, concretamente posterior a la separación de las lenguas anatolias. Antes, la lengua común pre-anatolia habría tenido tan sólo cinco vocales, sin distinciones de cantidad.

Así, sobre el sistema tradicional de 10 vocales comenzó a operar una tendencia que algunos han llamado *reduccionista,* de la que la *reducción* a 5 timbres sin diferencias de cantidad es tan sólo un primer paso. Un segundo paso —cuyos fundamentos están ya puestos por De Saussure y Meillet— consistió en la eliminación del timbre /a/, con el argumento de que la tal /a/ no tiene una buena base comparativa, pues su presencia en palabras de la lengua común es escasa, y tan sólo se encuentra en términos del vocabulario infantil, onomatopeyas y préstamos. Eso dejaría el sistema de vocales indoeuropeas reducido a cuatro: e/i/o/u. Pero la Tipología nos informa de que tal conjunción de timbres es altamente improbable. De hecho, de entre los miles de lenguas presentes y pasadas que conocemos sólo se encuentra descrita en arapahoe, que tiene 8 vocales (e/i/o/u/ē/ī/ō/ū).

Pero en cualquier caso, tampoco se detuvieron en ese punto los reduccionistas. También /i/ y /u/ se vieron eliminadas con el argumento de que en indoeuropeo no serían verdaderas vocales, según se desprendería de su distribución: constituyen los elementos permanentes (inicial y final) de las raíces, al igual que las sonantes y las consonantes, y no el elemento central cambiante, como las «verdaderas» vocales /e/ y /o/. Obsérvese que la eliminación de /i/ y /u/ del inventario de vocales indoeuropeas no se apoya en argumentos de naturaleza comparativa. Por el contrario, en las lenguas indoeuropeas históricas existen ejemplos de esas vocales abundantes e incontrovertibles desde el punto de vista del Método Comparativo. El descarte se basa en un razonamiento de índole interna: en los márgenes de las raíces indoeuropeas sólo aparecen consonantes y sonantes; y como /i/ y /u/ aparecen en esos márgenes, no pueden ser vocales.

El inventario de vocales indoeuropeas que de esa nueva reducción resulta se limita a dos miembros: e/o, y entre sus defensores se encuentran J. Kuryłowicz y F. R. Adrados. Sin embargo, un sistema tal es sencillamente inverosímil. Viola todas las pautas de conducta a que de hecho se atienen los sistemas vocálicos reales. Y de hecho no hay ni una sola lengua real que cuente con él.

Algunos indoeuropeístas han llegado incluso más lejos. Con el argumento de que /e/ y /o/ son vocales que alternan en raíces y sufijos sin alterar la identidad de los mismos, concluyen que en algún momento pasado debieron ser variantes alofónicas del mismo fonema. Y con ello llegan al indoeuropeo de una sola vocal, llevando la tendencia reduccionista hasta sus consecuencias

más extremas. Uno de los más significativos representantes de este modelo de vocalismo es A. Martinet.

En los años 60, cuando la polémica sobre el vocalismo indoeuropeo estaba en su momento más caliente, muchos lingüistas se preguntaban si era viable una lengua con una sola vocal. Y Martinet sostenía que funcionalmente era posible con tal de que la lengua en cuestión tuviera un número de consonantes lo suficientemente elevado como para obtener una variedad de combinaciones silábicas adecuadas a las necesidades de la comunicación. Y la conclusión de su razonamiento era que puesto que el indoeuropeo tuvo una sola vocal, debió disponer de un número de consonantes muy superior al que tradicionalmente se le atribuye. Y esa exigencia de sus propias convinciones lo lanzó a la búsqueda de nuevas consonantes indoeuropeas. En una de sus últimas obras llega a postular cerca de treinta, entre las que habría nada menos que diez laringales (χ, ʁ, χ^{w}, ʁ^{w}, ḥ, ʕ, ḥ^{w}, ʕ^{w}, ʔ, h), varias prenasalizadas (^{m}ph, ^{n}t, ^{n}th, ^{n}tʔ), etc. Pero todo ese razonamiento tiene mucho de *wishful thinking*. En su defensa de la viabilidad del vocalismo de un solo miembro, Martinet se mueve en el terreno del mero poder ser, sin lograr demostrar que fue de hecho así. Hoy, sin embargo, sabemos sobre sistemas vocálicos mucho más de lo que se sabía hace veinte años. Incluso las dos lenguas caucásicas que se aducían en lo años 60 como supuestos ejemplos de sistema con una sola vocal tienden hoy a ser consideradas como poseedoras de tres vocales. Y en cualquier caso, aunque tuvieran menos de tres vocales, se trata de una situación realmente única entre las lenguas del mundo. El número mínimo de vocales que de ordinario tienen las lenguas es de tres. Y por lo tanto reconstruir un indoeuropeo con menos de ese número, siendo así que tampoco hay verdaderos apoyos comparativos para esa reconstrucción, resulta al menos temerario, cuando no abiertamente gratuito.

¿Qué debemos pensar entonces? ¿Hemos de mantener el inventario tradicional de las diez vocales indoeuropeas? En el proceso reduccionista no todos los pasos están apoyados en argumentos de igual peso ni merecen, en consecuencia, el mismo crédito. En concreto, el sistema de las diez vocales parece efectivamente haber surgido en una época relativamente reciente, posterior al proceso de eliminación de ciertos fonemas que solemos llamar convencionalmente *laringales,* cuya desaparición fue efectivamente la causa que dio origen a la mayor parte de las vocales largas históricas. Eso nos permite aceptar que en un estadio anterior no existieron las vocales largas lo que constituye uno de los pasos más seguros en la búsqueda de estadios más antiguos del vocalismo indoeuropeo. Y aun así no está exento de obscuridad. Por una parte, no todas las vocales largas históricas proceden de grupos de vocal + laringal. Un cierto número de ellas no derivan de esas combinaciones ni resulta evidente para ellas ningún otro origen fonético. Como suelen estar cargadas de valores morfológicos (nominativo frente a vocativo; aoristo frente a presente; perfecto frente a presente-aoristo) suele pensarse que fueron introducidas con posterio-

ridad a la creación de la oposición breve/larga por la vía fonética antes citada. Y aunque no se ve bien el detalle de ese mecanismo ni su alcance dialectal, no es inverosímil tal explicación. Y por otra parte está la dificultad de establecer la medida en que la rama anatolia participó o no participó del proceso de creación de las vocales largas. Aunque en ella las laringales se conservan en cierta medida, su eliminación está en marcha, no sabemos desde cuándo. Y por lo tanto tampoco tenemos una información precisa de su consecuencia inmediata, la creación de vocales largas. En cualquier caso, sean cuales fueren los detalles, parece razonable pensar que antes de una etapa con dos clases de vocales, largas y breves, la familia indoeuropea atravesó por una etapa sin oposiciones de cantidad.

En segundo lugar, la tendencia reduccionista parece tener también buenos argumentos para la eliminación de la vocal /a/. En efecto, las razones aquí son de índole estrictamente comparativa. El cuadro de correlaciones de las vocales breves entre las lenguas indoeuropeas, que dio origen a la reconstrucción de los cinco timbres a/e/i/o/u es el siguiente:

	Sánscrito	Persa	Griego	Armenio	Latín	Celta	Gótico	Lituano	Eslavo	Hetita
1	a	a	e	e	e	e	i(ai)	e	e	e(i)
2	a	a	o	o	o	o	a	a	o	a
3	i	i	i	i	i	i	i(ai)	i	i	i
4	u	u	u	u	u	u	u(au)	u	u	u
5	a	a	a	a	a	a	a	a	o	a

Mediante la aplicación de los criterios usuales del Método Comparativo se obtenía una /e/ indoeuropea para la correlación 1 (área mayor); una /i/ para la 3 y una /u/ para la 4 (con práctica unaminidad en el testimonio de las lenguas). Para la 5 se atribuía una /a/ también mediante el criterio del área mayor: todas las lenguas atestiguan /a/, menos el eslavo. Finalmente, la correlación 2 es en sí misma bastante conflictiva, porque el testimonio de las lenguas se reparte casi por igual entre /a/ y /o/: no hay por lo tanto área mayor. Ni tampoco es aplicable cualquier otro de los criterios usuales. Si la Escuela Neogramática —y toda la tradición posterior— se inclinó sin vacilar a elegir como fonema indoeuropeo subyacente bajo la correlación 2 una vocal /o/ fue por el hecho de que entre las dos únicas posibilidades que ofrecía el testimonio de las lenguas históricas (/a/ y /o/) había que elegir /o/, porque ya existía una /a/ gracias a la correlación 5. Es decir: el atribuir una /o/ (en vez de /a/) al indoeuropeo a partir de 3 sólo tiene como apoyo la existencia de la correlación 5.

Cuando los reduccionistas niegan la existencia de la /a/ indoeuropea, lo que están diciendo es que la correlación 5 en que se apoya no es significativa. Es decir: que bajo ella no subyace ningún fonema indoeuropeo. Y en ese argumento, estrictamente comparativo, tienen toda la razón. En efecto, si descontamos las palabras con una /a/ a todas luces secundaria, producto de la alteración de una antigua /e/ u /o/ por una laringal contigua, los testimonios de que se extrae esa correlación son muy escasos, y todos de un carácter muy particular. Por una parte están las onomatopeyas o imitación de ruidos naturales: sánscrito *kákhati* «él ríe», griego καχάζω, latín *cachinno* «reír a carcajadas», armenio *xaxank'*, eslavo antiguo *xoxotŭ* «risa estrepitosa», antiguo alto alemán *huoh* «broma, burla», que supone una forma indoeuropea **khakha*; sánscrito *balbala- karoti* «balbucear», esl. ant. *bĭbati,* «balbucear», inglés *babble,* latín *balbus* «balbuciente, tartamudo», griego βάρβαρος suponen una onomatopeya indoeuropea **balbal,* **barbar* para imitar el hablar balbuciente. Por otra el vocabulario infantil: **tata* «padre» en sánscrito *tatás,* griego τάτα, ruso *tata,* latín *tata,* albanés *tatɛ,* celta (córnico) *tat.* Finalmente una serie de palabras que designan animales, plantas y otras realidades del entorno: por ejemplo, para «haba» muchas lenguas indoeuropeas de Europa tienen una palabra que contiene una raíz **bhabh-* con variantes en la derivación (latín *faba,* prusiano antiguo *babo,* ruso *bob;* las formas germánicas, islandés antiguo *baun,* inglés *bean* y alto alemán antiguo *bōna* [de donde alemán *Bohne*] proceden de **ƀaƀnā* > **ƀaunā).*

Lo que tienen de particular todos esos tipos de palabras es que de ninguna de ellas puede inferirse la existencia de una /a/ indoeuropea. De las onomatopeyas, porque son imitaciones de sonidos naturales, que para mantener su carácter mimético suelen quedar a salvo de las leyes fonéticas que rigen para el vocabulario ordinario. De las palabras infantiles, porque suelen contener los sonidos que resultan más fáciles y naturales de pronunciar espontáneamente a los niños, sea cual sea la lengua de sus mayores, contenga o no contenga esos sonidos. Y de las palabras que designan animales o plantas, porque son característicamente las que las lenguas suelen tomar como préstamos del substrato cuando se instalan en un nuevo territorio. Es significativo a este respecto el hecho de que el nombre del «haba» que acabo de citar se encuentre en lenguas de Europa, pero no de la India o el Irán. Eso indicaría que el préstamo se efectuó ya en suelo europeo, tan sólo por las estirpes indoeuropeas que emigraron hacia nuestro continente.

Algunos indoeuropeístas, en su deseo de mantener inalterada la visión tradicional de los cinco timbres en la lengua común, se esfuerzan en encontrar palabras con /a/ que no pertenezcan a ninguno de esos tres grupos sospechosos. Una de las mejor respresentadas es **sal-* «mar, sal, agua salada» que se encuentra en sánscrito *salilá-,* armenio *aɫ,* griego ἅλς, latín *sal,* irlandés antiguo *salann,* ruso *solĭ.* Por lo demás esa palabra está bien representada en la hi-

dronimia antiguo-europea. Esa circunstancia, junto con su extensa representación dialectal que abarca a las lenguas de la India, hace que deba ser considerada una antigua y genuina palabra indoeuropea.

No son muchos los ejemplos así reunidos. Los más seguros son: **kas-* «gris» (el derivado latino **kasnos* > *cānus* es el origen de nuestra palabra *cana*); **kap-* «coger» (del que derivan en última instancia nuestras palabras *captura, cautivo*); **ghans-* «ganso» (que en latín ha dado *ansar*; también de esa raíz deriva nuestro *ganso,* pero por préstamo del gótico); **mag-* «amasar» (de donde latín *maceries, maceratus*); **nas-* «nariz» (de donde nuestros *nariz* y *nasal*).

Sin embargo, la media docena larga de palabras con /a/ que se logra reunir tampoco demuestra el carácter significativo de esta difícil correlación. Y ello por dos razones complementarias. La una es que la vocal /a/, según nos dice la Tipología, es de ordinario una vocal de amplio rendimiento funcional. Nunca tiene un carácter tan restringido como el que su escasez indoeuropea revela. Y la otra es que en la mayoría de las palabras citadas la /a/ aparece precedida o seguida de una oclusiva velar, lo que sugiere un proceso fonético condicionado.

El dilema, sin embargo, es difícil. Si suponemos que bajo la correlación 5 había un fonema indoeuropeo /a/, hemos de admitir que tal vocal era en indoeuropeo de uso minoritario y condicionado ampliamente por un contexto, cosa inusual para la vocal que suele ser la más o una de las más frecuentes en las lenguas reales. Pero si negamos que bajo la correlación 5 haya un fonema indoeuropeo, de momento nos quedamos con un vocalismo de cuatro timbres (e/i/o/u) que ya hemos visto igualmente poco verosímil. De la /a/ indoeuropea basada en la correlación 5 parece que tendríamos que decir lo de la copla popular: ni contigo ni sin ti tienen mis males remedio.

Es posible que después de varias páginas dedicadas a la vocal /a/ algún lector se pregunte si no es un tema demasiado técnico, sin interés más que para indoeuropeístas y sin ninguna trascendencia fuera del campo estricto de la Lingüística Histórico-Comparativa. La respuesta, sin embargo, es rotundamente negativa. Como vamos a ver a continuación, la solución del problema de la /a/ indoeuropea trasciende a otras disciplinas, concretamente a la Historia, y se convierte en un dato fundamental para aclarar determinados aspectos de la prehistoria de Europa.

La cuestión podría plantearse de esta otra forma. Ciertas lenguas indoeuropeas (hetita, sánscrito, iranio, báltico, eslavo, germánico, tracio, ilirio) presentan una sola vocal (generalmente /a/, por lo que desde ahora las llamaré *lenguas /a/*) allí donde otras lenguas (armenio, griego, frigio, latín, osco-umbro, celta, albanés) presentan dos, concretamente /a/ y /o/ (desde ahora las llamaré *lenguas a/o*). ¿Qué tenía el indoeuropeo? ¿Sólo /a/ como el hetita, sánscrito, etc., o /a/ y /o/ como el griego, latín, etc.?

La respuesta generalmente asumida desde los neogramáticos es que el indoeuropeo tenía /a/ y /o/ diferenciadas, que se han conservado así en griego, armenio, frigio, latín, celta, osco-umbro y albanés, y que se han confundido en /a/ en hetita, sánscrito, iranio, báltico, germánico, tracio e ilirio (pero en /o/ en eslavo). Sin embargo, esa doctrina no casa bien con los datos históricos y además tiene ciertos inconvenientes comparativos. En toda Europa hay un estrato hidronímico que en un capítulo anterior he llamado *antiguo-europeo*, cuyo responsable es un pueblo indoeuropeo que, a la manera del hetita o del sánscrito, es una lengua /a/. Y, sin embargo, ese pueblo es anterior a los indoeuropeos históricamente conocidos en la zona, varios de los cuales (celta, latín, osco-umbro) son lenguas a/o. Los autores que, como H. Krahe, W. P. Schmid o A. Tovar, creen que los pueblos históricos de Europa (celtas, germanos, bálticos, latinos, osco-umbros) no son sino los descendientes de aquellos habitantes prehistóricos de Europa (los hablantes del *antiguo-europeo)*, se topan con el imposible de que en una misma tradición lingüística el rasgo que se supone más arcaico (/a/ y /o/ diferenciadas) se dé en la fase más reciente (latín y celta), mientras que el rasgo que se tiene por moderno (/a/ y /o/ confundidas) se dé ya en una fase de un milenio anterior. Es obvio que algo falla. O los pueblos indoeuropeos históricos de Europa no proceden de los hablantes del *antiguo-europeo,* sino de otras estirpes o migraciones diferentes; o las dos vocales diferenciadas (a/o) constituyen un estadio más reciente que la vocal única (/a/); o ambas cosas a la vez.

Una circunstancia similar a la del *antiguo-europeo* se produce al menos en una segunda ocasión: el ilirio, que es una lengua /a/, mientras que su probable descendiente moderno el albanés es una lengua a/o. En cambio lo inverso, es decir: que una misma tradición lingüística esté atestiguada primero como lengua a/o y luego como lengua /a/, no se da en ninguna ocasión conocida.

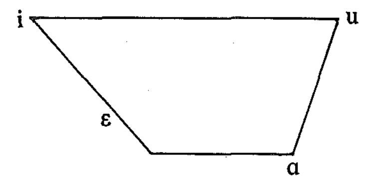
El inconveniente comparativo que tiene suponer que el indoeuropeo contaba con a/o diferenciadas, es la falta de un motivo para que una innovación tan poco predecible como es la confusión de ambas tenga lugar en tantos dialectos y tan alejados entre sí. Que yo sepa es éste un inconveniente en el que aparentemente nadie ha reparado o al menos nadie ha denunciado. Desde el extremo oriental (indio, iranio) al occidental (germánico) numerosísimas lenguas habrían confundido ambas vocales. Y ni hay una conexión dialectal entre todas ellas capaz de explicar el fenómeno como un hecho esporádico, sucedido sólo una vez, ni hay razón fonológica o fonética que predetermine la realización de ese mismo hecho de forma independiente en tantos dialectos. Más bien al contrario, porque el sistema de cinco timbres del que supuestamente se parte es el más estable, equilibrado y frecuente de todos los sistemas vocálicos.

En la cuestión de la vocal /a/ se ven implicados, por consiguiente, problemas comparativos, dialectales, tipológicos e históricos. Es obvio que la solución correcta habrá de satisfacer simultáneamente a todos ellos. En un trabajo reciente

yo he propuesto una solución que cumple esos requisitos. El punto de partida consiste en aceptar el argumento de que la correlación 5, sobre la que se reconstruía la vocal /a/ tradicional, no tiene significación comparativa. En consecuencia, sólo hay cuatro correlaciones significativas y por lo tanto tan sólo cuatro vocales indoeuropeas. Pero, una vez eliminada la quintal vocal (/a/), hemos de replantearnos la naturaleza fonética de la vocal que subyace a la correlación 2: a | a | o | o | o | o | a | a | o | a. Como dije más arriba, si eliminamos la correlación 5 nada nos obliga a mantener /o/ como substancia fonética de la correlación 2 para diferenciarla de la correlación 5, ya que ésta última es no significativa y por lo tanto no supone la existencia de ningún fonema indoeuropeo.

Y, una vez eliminada la correlación 5, aunque no hay argumentos comparativos decisivos para resolver la correlación 2 como /a/ ni como /o/, los que hay favorecen más bien /a/ que /o/. En efecto, las lenguas que tienen una sola vocal son algo más numerosas que las que tienen en su lugar dos diferenciadas. De forma que el *área mayor* sería en todo caso la formada por las *lenguas /a/.* Y ellas son también las que constituyen la *fase más antigua.* Pero, junto a esas razones comparativas, no decisivas, pero que de favorecer a alguna de las dos alternativas, favorecen más bien a la /a/, resulta que tanto las leyes del funcionamiento del lenguaje humano como las consideraciones históricas favorecen igualmente la misma reconstrucción. En efecto, si entre las dos opciones elegimos /o/, como se hace tradicionalmente, obtenemos un sistema de cuatro timbres e/i/o/u que sólo se encuentra, como ya hemos visto, en una lengua, lo que supone una probabilidad de 0,1%. Y, por otra parte, tampoco quedan resueltos los problemas históricos: es /a/ y no /o/ lo que hay en *antiguo-europeo* y en general en las lenguas más antiguas. En cambio, si elegimos /a/ obtenemos para el indoeuropeo un sistema a/e/i/u que resulta contener la combinación de timbres más frecuente para los sistemas de cuatro miembros. Y, simultáneamente, los datos históricos obtienen óptima satisfacción.

Sea cual sea el número de vocales que tenga una lengua, tienden a distribuirse en el espacio disponible de forma que se obtenga la máxima distancia articulatoria y acústica. En concreto, para un sistema de cuatro timbres como el que propongo para el indoeuropeo, el resultado de esa distribución es

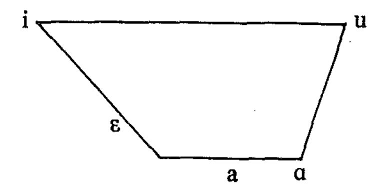


en que la /e/ adquiere una articulación algo más abierta (/ɛ/), y la /a/ se hace posterior (/ɑ/) en vez de central, con un timbre similar al que tiene en la palabra francesa *pâte* «pasta».

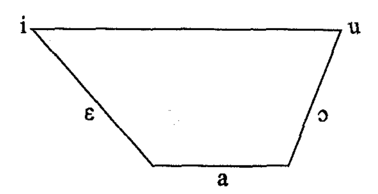
Si se genera un nuevo sonido /a/ central en una lengua que tenga un sistema como ése, pueden suceder dos cosas:

1) Que la nueva /a/, aunque de sonido no idéntico originariamente, se confunda con el fonema más próximo preexistente en la lengua (en nuestro caso /ɑ/). Si eso sucede, el sistema no se altera. Tan sólo se incrementa la frecuencia de /ɑ/.

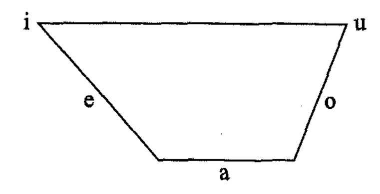
2) Que la nueva /a/ central fonologice como un quinta vocal, con lo que inicialmente se obtendría un sistema



en el que, en virtud de la tendencia a repartir el espacio articulatorio, la /ɑ/ sería desplazada aún más hacia atrás, hasta una articulación cercana a /o/, transformándose en



para estabilizarse finalmente como



Pues bien, la eliminación de las laringales proporcionó fonéticamente una nueva /a/, como resultado de los grupos *H_2e,* que al irrumpir en el sistema pudo obtener cualquiera de las dos respuestas descritas. Pero es evidente que, como el proceso de eliminación de las laringales es, al menos en parte, dialectal, sus consecuencias lo son también. Con ello quiero decir que en la lengua común indoeuropea probablemente no se dieron nunca las condiciones necesarias para la creación de la quinta vocal. Ése es un proceso que tuvo lugar ya en las lenguas individuales.

Es claro que el celta, latín, osco-umbro, griego, armenio y frigio crearon la quinta vocal a partir de *H_2e.* Con ello la nueva /a/ < *H_2e* emergió históricamente como /a/, mientras que la primitiva /a/ indoeuropea (de articulación /ɑ/) emergió como /o/. En cambio, no resulta evidente si alguna de las *lenguas /a/* siguió inicialmente la misma senda y sólo posteriormente confundió /a/ y /o/, tras haberlas previamente diferenciado. Lo más probable es que la mayoría de las lenguas /a/ la reacción del sistema fuera la de asimilar la nueva /a/ a la ya existente /ɑ/, con lo que ambas emergieron en ellas confundidas, sin haber nunca llegado a diferenciarse. Esta última hipótesis es la más económica. Pero ello no puede considerarse argumento decisorio. Desgraciadamente lo más simple no es siempre lo que más se asemeja a la verdad.

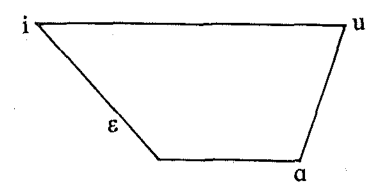
Es posible, por lo demás, que no todos los dialectos que históricamente tienen sólo /a/ hayan seguido el mismo camino. Probablemente lo más prudente es considerar cada caso aisladamente, intentando buscar indicios específicos. Así, por ejemplo, en lo que al grupo anatolio se refiere, la laringal se conserva con frecuencia en los antiguos grupos *H_2e.* Así, cuando el hetita tiene *ḫanti,* allí donde el griego ἀντί o el latín *ante,* vemos que la antigua /e/ *(*H_2enti)* presenta ya alterado su timbre. Pero no podríamos decir si esa articulación abierta de la antigua /e/ es todavía un alófono condicionado por la presencia de la laringal. En cualquier caso, precisamente por el escaso margen de tiempo existente, al no haberse completado todavía la eliminación de las laringales, parece seguro que las lenguas anatolias del II milenio a. C. nunca llegaron a desarrollar una /o/.

En eslavo hay también razones para pensar que no se creó la quinta vocal. Me refiero al tratamiento como /o/ tanto de las vocales de la correlación 2 como de la correlación 5. Ese tratamiento, bastante difícil de explicar a partir de los presupuestos tradicionales, resulta sencillo si se admite que en eslavo la nueva /a/ central (< *H_2e) se confundió con la previamente existente /ɑ/, con lo que el eslavo inicialmente fue una lengua /a/ a todos los efectos. Sólo mucho más tarde esa /ɑ/ (fruto de la fusión de la vieja /ɑ/ indoeuropa y de la resultante del grupo *H_2e)* se alteró en /o/ por razones ya estrictamente eslavas. La pérdida de las oposiciones de cantidad hizo irrumpir en el sistema una nueva /a/ (la antigua larga), que planteó de nuevo el mismo dilema, aunque esta vez se adoptó la solución contraria: la creación de /o/ a partir de la /a/ breve.

El proceso fue tan tardío que hay préstamos latinos y griegos al eslavo que tuvieron todavía ocasión de sufrir el paso de /a/ a /o/: latín *pagānus* aparece en eslavo antiguo como *poganŭ;* griego σατανᾶς, como *sotona.*

Como digo, no encuentro razones para negar por completo la posibilidad de que alguna lengua inicialmente a/o, haya procedido secundariamente a la confusión de ambas vocales. Pero tampoco encuentro ningún argumento sólido que haga pensar que eso haya sucedido de hecho en ninguna. Los casos que se aducen como la transcripción latina de unos pocos nombres germánicos (Ariovistus, Cariovalda, Langobardi, hlewagastiʀ) y los nombres del Maas (Mosa) y Mosel (Mosela) son confusos y pueden explicarse más por los problemas característicos de transposición de fonemas entre lenguas con sistemas diferentes o como transmisión de toponimia entre estratos sucesivos que como reflejo de la verdadera situación del sistema germánico en una u otra época.

En resumen, la colaboración de los datos comparativos con la reconstrucción interna nos permiten establecer varios estadios sucesivos en el vocalismo de la familia indoeuropea. El más antiguo que podemos reconstruir consta de cuatro vocales (a/e/i/u), que verosímilmente, a juzgar tanto por el comportamiento general de las lenguas como por los desarrollos dialectales subsiguientes, se realizaba efectivamente en la forma que refleja el esquema



En consecuencia la fase más antigua que nos es dado alcanzar de nuestra familia lingüística carece de vocal /o/ y en su lugar hay /a/. Esto puede servir de criterio en ocasiones para diferenciar estratos cronológicos de poblaciones indoeuropeas. A ese modelo arcaico de indoeuropeo pertenecen, como es lógico, casi todos las lenguas procedentes de estratos muy antiguos de la familia, como el *antiguo-europeo* y las lenguas anatolias.

La eliminación de las laringales, en gran medida de fecha dialectal, dio origen a la creación de una nueva /a/ a partir de *H_2e*, así como de vocales largas a partir de grupos del tipo **eH.* Las consecuencias de ambas innovaciones son igualmente dialectales. Verosímilmente el indoeuropeo pre-anatolio no llegó a efectuar ninguna de ellas. Y tampoco hay indicios ciertos de que las lenguas anatolias del II milenio lo hubieran hecho por su cuenta. Todo el indoeuropeo post-anatolio coincide en la creación de vocales largas, que pudie-

ran en consecuencia haber sido creadas en la lengua común post-anatolia, pero también podía ser un desarrollo paralelo. En cambio parece seguro que en ella no se produjo la creación de la /o/. Lo más probable es que su desarrollo haya sido plenamente dialectal, aunque no sabríamos asegurar en todos los casos qué camino siguió cada dialecto.

El sistema tradicional de diez vocales (a/e/i/o/u/ā/ē/ī/ō/ū) nunca se dió en ninguna de las fases sucesivas de la lengua común, siendo tan sólo un desarrollo de algunos de los dialectos (griegos, latín, celta, etc.).

CAPÍTULO III

SONANTES, DIPTONGOS Y LARINGALES

1. LAS SONANTES

Las sílabas se componen de dos fonemas o grupos de fonemas con funciones diferentes. Uno de ellos constituye el núcleo, su elemento esencial. Sin él la sílaba no sería posible, pero él solo bastaría (y frecuentemente basta) para constituir una sílaba. El otro actúa como elemento concominante, incapaz de sonar por sí solo, necesitado de la presencia de otro para *sonar* junto *con* él: por eso lo solemos llamar *consonante.*

La capacidad para actuar como centro de sílaba depende de la abertura del fonema. Cuanto más abierto, es decir, cuantas menos restricciones se oponen a la salida del aire en su articulación, tanto más fácilmente puede asumir esa función. Y como las vocales son los sonidos más abiertos, ellas son los centros de sílaba prototípicos. En cambio, los elementos más cerrados son las consonantes *oclusivas.* Como su nombre indica, en su articulación se produce un cierre total u *oclusión,* que las incapacita para esa función. Pero entre las vocales y las consonantes oclusivas hay toda una gama de fonemas de abertura intermedia, algunos de los cuales pueden actuar alternativamente como lo uno y como lo otro. En ese punto hay notables diferencias entre las lenguas. Por ejemplo, la /l/ y la /n/ no actúan nunca en español como vocales, mientras que en inglés o en alemán pueden hacerlo. Normalmente las lenguas que aceptan la función vocálica para esos fonemas los utilizan también como consonantes. Por lo que, para diferenciar ambas funciones, acostumbramos a escribir /l/r/m/n/ cuando actúan como consonantes y /l̥/r̥/m̥/n̥/ cuando son vocales. Y dada la frecuente ambivalencia de estos fonemas, solemos designarlos con el nombre de *sonantes.*

El indoeuropeo resulta ser una de esas lenguas que admiten ambas funciones para varios de esos fonemas, concretamente para /l/r/m/n/. Y ése es uno de

los puntos de la fonética indoeuropea unánimemente admitidos. Prácticamente es seguro, a juicio de todos, que en indoeuropeo esas cuatro sonantes cumplían alternativamente ambas funciones y que se mantuvieron así hasta etapas plenamente dialectales. Pero luego prácticamente todas las lenguas eliminaron la posibilidad de su actuación como vocal, si bien de forma independiente y con resultados diferentes. Tan sólo en sánscrito parecen haber conservado **l̥* y **r̥* durante algún tiempo la posibilidad de su articulación silábica.

El mecanismo que utilizaron todas las lenguas en ese proceso consistió en el desarrollo de una verdadera vocal que asumió la función de centro de sílaba, quedando relegada la sonante a la función consonántica. A ese proceso lo solemos llamar *vocalización de las sonantes.* Éste es el cuadro de tratamientos históricos de las sonantes indoeuropeas, que constituyen uno de los factores fonéticos más últiles para la caracterización e identificación de las diferentes lenguas

	Sánscrito	Avéstico	Griego	Armenio	Latín	Galo	Gótico	Lituano	Eslavo	Hetita
*r̥	ṛ	ərə	αρ/ρα	ar	or	ri	aur	ir/ur	rĭ	ur
*l̥	ṛ	ərə	αλ/λα	al	ol (>ul)	li	ul	il/ul	lĭ/lŭ	ul
*m̥	a	a	α	am	em	am	um	im/um	ę/ŭ	un/an
*n̥	a	a	α	an	en	an	un	in/un	ę/ŭ	un/an

En una combinación silábica como /pro/ es obvio que la vocal es /o/ y que la /r/ cumple una función consonántica. Sin embargo en esa posición *(consonante + sonante + vocal)* a veces, en circunstancias no fáciles de determinar, se ha desarrollado una vocal entre la consonante y la sonante. El proceso parece independiente del anterior, probablemente más antiguo, y con resultados que con frecuencia difieren. Para simbolizar esa posición especial de las sonantes solemos representarlas como °*r,* °*m,* etc. He aquí los resultados históricos:

	Sánscrito	Avéstico	Griego	Armenio	Latín	Irlandés	Gótico	Lituano	Eslavo
*°r	ir/ur	ar	αρ	ar	ar	ar	aur	ir/ur	ĭr/ŭr
*°l	ir/ur	ar	αλ	al	al	al	ul	il/ul	ĭl/ŭl
*°m	?	?	αμ	am	am/im	am	um	im/um	ĭm/ŭm
*°n	?	?	αν	an	an/in	an	un	in/un	ĭn/ŭn

De la misma forma que los fonemas /r/, /l/, /m/ y /n/, que son primordialmente consonantes, podían en indoeuropeo actuar como vocales, /i/ y /u/, que eran primordialmente vocales, podían actuar como consonantes en un entorno silábico adecuado. Cuando /i/ y /u/ actúan como consonantes solemos repre-

sentarlas como *y, w.* Y en la tradición de la Filología Clásica solemos llamarlas *yod* y *digamma* respectivamente. Este último nombre es el de la letra del alfabeto griego con que se escribía ese sonido en los dialectos que no lo habían perdido en época histórica: F. Como su nombre indica, la *digamma* consistía en (o al menos se interpretó como) *dos gammas* (Γ) superpuestas.

En función vocálica /i/ y /u/ son muy estables y de hecho se mantuvieron inalteradas en la mayoría de las lenguas hasta época histórica. En cambio, en función consonántica sufrieron diversas alteraciones que frecuentemente condujeron a su completa eliminación en varias lenguas.

2. LOS DIPTONGOS

Los diptongos, al igual que todos los elementos complejos, constituyen uno de los puntos difíciles del análisis fonológico porque admiten siempre al menos dos interpretaciones: o como secuencia de dos unidades independientes o como una sola unidad compleja. Concretamente los diptongos, según condiciones cuyo establecimiento requiere un análisis muy fino, admiten tres análisis fonológicos alternativos: 1) una verdadera unidad fonológica, 2) una secuencia de vocal y consonante (o mejor *y* o *w* consonánticas), 3) una secuencia de dos vocales.

La reconstrucción tradicional suele atribuir al indoeuropeo los diptongos *ei, oi, ai, eu, ou, au.* Diversas consideraciones de índole funcional hacen pensar que no se trata de unidades fonológicas, sino que admiten el segundo de los análisis posibles. Es decir: esos diptongos no serían en indoeuropeo unidades fonológicas, sino secuencias de vocal + *y/w* consonánticas. El cuadro de correlaciones en que se asienta su reconstrucción es

	Sánscrito	Persa	Griego	Armenio	Latín	Irlandés	Gótico	Lituano	Eslavo
*ei	e	ai	ει	ay	ī	ae	ei(/ī/)	ei/ie	i
*oi	e	ai	οι	ē?	oe/ū/ī	ē	ai	ai/ie	ě
*ai	e	ai	αι	ē	ae/ī	oe	ai	ai/ie	ě
*eu	o	au	ευ	aw	ū	ō	iu	jau	ju
*ou	o	au	ου	oy	ū	ō	au	au	u
*au	o	au	αυ	oy	au	ō	au	au	u

De esos seis diptongos, sin embargo, probablemente hemos de eliminar para una fase antigua /ai/ y /au/, por la misma razón que eliminábamos la vocal /a/ sobre la base de la correlación 5. Cuando forman estos diptongos, las vocales /a/ y /o/ cuentan con la misma historia evolutiva ya examinada para ellas solas.

Normalmente se dice que, además de los seis diptongos que preceden, el indoeuropeo habría tenido otros seis, diferenciados por la cantidad larga de su primer elemento: ēi/ōi/āi/ēu/ōu/āu. Éste es probablemente uno de los puntos más obscuros del fonetismo indoeuropeo, en el que se conjugan todo tipo de deficiencias. Por una parte, los inventarios de sistemas vocálicos que reúne la Tipología no incluyen ninguna lengua real que disponga de diptongos largos en ninguno de los análisis posibles. Por otra, de hecho casi ninguna lengua indoeuropea presenta históricamente dos tipos distintos de diptongo, quizás con la excepción sobre todo del persa y el avéstico. Pero, incluso en esas lenguas, la realidad fonética de esta segunda clase de diptongo dista de ser clara. El sánscrito, la lengua de testimonio más extenso para la reconstrucción de esta segunda serie de diptongos, lo que presenta históricamente son diptongos normales en el lugar de los diptongos largos, y vocales larga en el lugar de los diptongos normales.

Y si obscura es su realidad fonética, no menos obscuro es su comportamiento y su origen, problemas ambos ligados entre sí sin lugar a dudas. Verosímilmente nunca han constituido una verdadera segunda serie de diptongos en la lengua común. En el mejor de los casos, su existencia debe recibir la misma explicación que dimos para las vocales largas. Probablemente su origen haya que buscarlo en el encuentro de una de ellas con una /i/ o /u/, bien como consecuencia de la caída de un fonema que previamente los separaba, bien como resultado de la adición a una vocal larga de un elemento desinencial /i/ o /u/. Sin duda, no pocos de los casos que se citan como supuesta pérdida del segundo elemento de tales diptongos, son lisa y llanamente morfemas desinenciales que podían añadirse o no. Somos los lingüistas los que interpretamos erróneamente como pérdida no pocos casos en que el supuesto segundo elemento en realidad nunca se añadió. Tal sucede, por ejemplo con la /i/ del dativo de singular temático *(*ō[i])* o con la /u/ del morfema de dual *(*ō[u])*.

En concreto, el tipo de fonema cuya eliminación ha generado el mayor número de estos grupos parece haber sido las laringales, por lo demás responsables también del surgimiento de las meras vocales largas. En consecuencia, probablemente —al margen de las otras deficiencias anejas a tal reconstrucción— es un anacronismo hablar de una lengua indoeuropea común en la que hay simultáneamente laringales y diptongos de primer elemento largo. Ambas cosas nunca han podido coexistir por constituir en su mayor parte dos estadios sucesivos en el desarrollo de un mismo grupo. Cuando, como resultado de procesos fonéticos o de caracterizaciones morfológicas, se han creado esas secuencias de *vocal larga + /i/, /u/,* verosímilmente han operado como segmentos fónicos independientes, y en la medida en que su articulación se fuera haciendo más ligada hasta llegar a convertirse en un verdadero diptongo fonético, en esa misma medida se debió ver abreviada la cantidad del primer miembro, dando como resultado un diptongo normal. De hecho, la inmensa

mayoría de las lenguas asimila esas secuencias con los verdaderos diptongos indoeuropeos, emergiendo históricamente confundidos. La sola excepción es el indo-iranio, en la forma y medida arriba mencionada y quizás, en medida muy limitada, el griego.

3. LAS LARINGALES

Este apartado de la fonética indoeuropea fue otro de los puntos calientes en los años 50 y 60. Hoy el tema parece un tanto dormido, aunque en modo alguno pueda decirse que esté resuelto. A su olvido, probablemente momentáneo, no debe ser ajeno un cierto cansancio de los investigadores, que en el ámbito de la fonética han ido desplazando su interés hacia los problemas relacionados con las oclusivas, como luego veremos.

El capítulo de las laringales, como varios otros de la Lingüística General e Indoeuropea —estructuralismo, teoría de la raíz, eliminación de la vocal /a/— lo abrió F. de Saussure. Todo el mundo conoce la figura de De Saussure en su faceta de creador del estructuralismo lingüístico. Pero son muchos menos los que saben que él fue de profesión indoeuropeísta, disciplina a la que hizo aportaciones de trascendencia. Hombre no demasiado prolífico, no demasiado constante, fue más propenso a abrir caminos nuevos que a recorrerlos hasta el final. En el terreno del vocalismo indoeuropeo en general, las perspectivas que abrió con su aportación son de primera magnitud.

De Saussure se apoyó en tres conjuntos de anomalías, aparentemente inconexas. Por una parte existen ciertos tipos de correlación entre vocales breves, diferentes de las que dieron lugar al inventario de las cinco vocales clásicas. Las dos que él tuvo en cuenta son:

Sánscrito	Persa	Griego	Armenio	Latín	Celta	Gótico	Lituano	Eslavo
i	i	α	a	a	a	a	a	o
i	i	o	a	a	a	a	a	o

Antes de F. de Saussure, sobre la base de tales correlaciones se había imaginado una nueva vocal indoeuropea, un tanto especial, de duración ultrabreve y de timbre poco definido, que H. Hübschmann escribía como *A,* pero para la que terminó por imponerse el signo *ə*, utilizado por Brugmann. Esta vocal adicional recibió el nombre de *schwa,* palabra que en hebreo significa «nada» y se utiliza para designar la falta de vocal en las raíces hebreas. Al parecer lo aplicó al indoeuropeo por vez primera el danés H. Møller, semitista a

la vez que indoeuropeísta. Y para distinguirlo de su paralelo hebreo algunos lo llamaron *schwa indogermanicum.* Pero esa sola vocal no era suficiente para explicar las distintas correlaciones de esta clase que se detectaban, lo que llevó a algunos a postular un segundo *schwa (schwa secundum).* Uno y otro se distinguieron mediante la notación $ə_1$, $ə_2$.

Un segundo grupo de anomalías se encontraba en las *alternancias vocálicas.* El procedimiento así llamado constituye un recurso de índole gramatical que contribuía en indoeuropeo a caracterizar unas categorías frente a otras. El procedimiento es bastante original y contiene potencialmente importante información sobre la prehistoria de la lengua indoeuropea tanto en su vertiente fonética como morfológica, e incluso sobre su más antigua modalidad tipológica. Aunque por el momento tan sólo hemos sido capaces de extraer una parte probablemente pequeña de tal información.

La alternancia vocálica consiste en que las diferentes unidades morfológicas (raíces, sufijos y desinencias) tienen a las sonantes y consonantes como constituyentes fijos, mientras que las vocales son elementos cambiantes. Si se substituye o suprime una sola de las sonantes o consonantes que la integran, se altera la identidad de la raíz, sufijo o desinencia. En cambio, las vocales pueden alterarse o substituirse sin otra consecuencia que un cambio de la función morfológica de esa misma unidad. Por ejemplo, **weid-* es la raíz que significa «ver» (de ella deriva el verbo latino *videre,* del que a su vez procede nuestro *ver).* Si a esa raíz le quitamos o le substituimos cualquiera de sus elementos sonánticos o consonánticos (/w/, /y/, /d/) dejará de ser la raíz «ver» y se convertirá en otra diferente: si se suprime la /d/ obtendremos **wei-* «girar, torcer»; si la substituimos por /s/ resultará **weis-* «fluir»; si cambiamos /w/ por /bh/ la raíz será **bheid-* «escindir, rajar» (al que remonta en definitiva español *fisura);* y así sucesivamente. En cambio, si substituimos la vocal /e/ por /o/ obtendremos **woid-,* que es la forma que adopta esa misma raíz «ver» para el perfecto; y si la suprimimos quedará **wid-,* forma que caracterizará las personas de plural o al participio pasivo.

Alternancia vocálica significa, pues, la capacidad que tienen las vocales de alternarse en un mismo elemento morfológico sin que éste pierda su identidad. Sin embargo, no todas las vocales están capacitadas para formar parte de ese juego alternativo. La modalidad básica, que podríamos llamar estándar, incluye e/o/ē/ō/ø, que debe entenderse como el inventario máximo. Pero no para todos los elementos morfológicos tenemos siempre testimonio de todas las posibilidades.

Pues bien, junto a esa serie estándar, había otras de frecuencia menor:

1) a/o/ā/ō/: de **ag-* «llevar, conducir» hay *ago* (de donde nuestro *acto)* / griego ὄγμος «sendero» / latín (y español) *amb-āges* / griego ἀγωγός «conductor».

2) ā/ō/ə: de **stā-* «estar de pie» latín *stāre* (de donde español *estar)* / griego στοά (< * στωFιά) «pórtico» / sánscrito *sthitás* «inmóvil, que está en pie».

3) ō/ə: de **dō-* «dar»: latín *dōnum* (de donde español *don)* / latín *dămus* (= español *damos*), sánscrito *ditís* «posesión».

Finalmente, el tercer conjunto de anomalías se encuentra en la estructura de ciertas raíces. En efecto, para las raíces indoeuropeas también hay un tipo estándar, que contiene como mínimo CVC (en que C = cualquier consonante o sonante [incluidas /*y*/ y /*w*/] y V = cualquier vocal de la serie alternante). Por ejemplo **reg-* «regir, enderezar», **men-* «pensar», **meg-* «grande», **bher-* «llevar», **dek-* «tomar», etc. Sin embargo, hay raíces en que falta una de las sonantes/consonantes, unas veces la primera como en **ag-* «llevar, conducir» y **od-* «oler», y otras la segunda como en **dō-* «dar» y **bhā-* «hablar».

La intuición lúcida de Saussure consistió en darse cuenta de que los tres tipos de anomalías estaban conectadas entre sí y eran susceptibles de una explicación conjunta. En efecto, las raíces en las que falta la consonante primera son las mismas en que se da el tipo de alternancia vocálica anómala que yo he ejemplificado bajo el número 1. Y las raíces en que falta la segunda consonante son las mismas en que se da el tipo de alternancias anómalas ejemplificadas más arriba en los números 2 y 3. Finalmente, las correspondencias vocálicas anómalas que daban lugar a la reconstrucción del o de los *schwa* son también las mismas en que se dan las alternancias anómalas y en las que falta sobre todo la segunda consonante.

La hipótesis de F. de Saussure es que el responsable de los tres tipos de anomalías fue un antiguo fonema, que luego se vio eliminado. Éste es uno de los casos más conspicuos de lo que ha dado en llamarse *reconstrucción algebraica*. Y eso por dos motivos. Por un lado, porque realmente la deducción de la existencia se parece mucho a una ecuación algebraica: **reg-* = **dō-* (< **de + x)*. Y en segundo lugar porque De Saussure operó siempre para los fonemas indoeuropeos así deducidos con un nombre convencional y una idea abstracta. Su reconstrucción no se basó en la comparación de esos fonemas en las diferentes lenguas históricas por el simple hecho de que se habían perdido en todas ellas. Y por lo tanto faltaban esos criterios que normalmente permiten al comparatista dotar de substancia fonética a las unidades indoeuropeas reconstruidas.

Como eran dos las correlaciones anómalas entre vocales breves (los antiguos $ə_1$, $ə_2$) y dos las series de alternancias vocálicas anómalas (en raíces carentes de su segunda consonante o sonante) con que De Saussure operaba, fueron dos los fonemas de esta naturaleza que atribuyó a la lengua común. De su realidad fonética nada sabía. Pero algunos rasgos fonéticos o funcionales podía deducir a partir de su comportamiento. Si las raíces **ag-*, **dō-*, **stā-* derivaban de **xeg-*, **dex-*, **stex-*, quedaban perfectamente asimiladas al tipo de raíz estándar. Y resultaba de ello que la función en las raíces de los fonemas

representados por x era comparable a la de las sonantes y consonantes: ocupar los márgenes permanentes, no el centro vocálico mutable.

Simultáneamente, las series alternantes irregulares quedaban igualmente reducidas al tipo estándar: ā/ō/ə habría sido en un estadio anterior ex/ox/øx; y a/o/ā/ā habría sido xe/xo/xē/xō. De ahí resultaban varias deducciones: 1) que las vocales largas de las series irregulares 2 y 3 (/ā/, /ō/) procedían de la contracción (¿o alargamiento compensatorio?) de una antigua vocal breve de la serie regular (/e/, /o/) con los fonemas en cuestión; 2) que tales fonemas podían alterar el timbre de tales vocales (por ejemplo **ex > ā);* 3) que en el grado ø de la alternancia regular (es decir: cuando no hay vocal alguna) *x* era capaz de asumir la función de vocal, apareciendo de hecho en las lenguas históricas transformada en una vocal, generalmente /a/, pero en sánscrito /i/ y en griego a veces /a/ y a veces /o/, tal como reflejé en los correspondientes cuadros páginas arriba.

Debido a su posición en la raíz y a su capacidad de asumir la función vocálica, De Saussure llamó a estos nuevos fonemas *coeficientes sonánticos.* Y para reflejar que algo debía haber en su naturaleza fonética que tendiera respectivamente a los timbres /a/ y /o/, los representó como Ą, Ǫ. Hay en este comportamiento de F. de Saussure un primer esbozo de lo que luego A. Martinet ha llamado *análisis componencial,* y que consiste en deducir algunos de los rasgos del fonema reconstruido a partir de la influencia que ha ejercido antes de desaparecer en los fonemas de su entorno.

En resumen, De Saussure postuló para el indoeuropeo dos nuevos fonemas a los que llamó *coeficientes sonánticos* y representó como Ą y Ǫ. Antes de desaparecer habrían tenido la capacidad de alterar el timbre de las vocales que lo precedían o lo seguían. Y al desaparecer se habría producido un alargamiento de la vocal anterior: **Ąe > a, *Ǫe > o; *eĄ > ā, *eǪ > ō.*

Estas propuestas de De Saussure, hechas en 1879, no tuvieron audiencia en su época. En los años subsiguientes tan sólo el lingüista danés H. Møller las asumió, y realizó dos aportaciones que se integraron definitivamente en la teoría laringal. Por una parte, percibió que junto a las dos correlaciones anómalas de vocales consideradas por De Saussure había una tercera:

Sánscrito	Persa	Griego	Armenio	Latín	Celta	Gótico	Lituano	Eslavo
i	i	e	a	a	a	a	a	o

y que, paralelamente, existe una tercera modalidad de alternancia vocálica anómala en raíces en que falta la última consonante: **dhē-/*dhō-/*dhə-:* latín *fēci* «hice» / griego θωμός «montón» / latín *făctus* «hecho» / griego θετός «puesto» / sánscrito *hitás* «puesto». A partir de estos hechos estableció la

existencia de un tercer fonema indoeuropeo que, siguiendo las pautas de De Saussure, representó como E̯.

La segunda aportación de H. Møller fue precisamente el término *laringal,* como denominación fonética concreta de estos fonemas. Su propuesta se basó en la identificación que él hizo en 1917 de los coeficientes sonánticos con las consonantes *laringales* del protosemítico (', ', h, ḥ), que se conservan en algunos dialectos arameos, en hebreo clásico y en árabe. Como H. Møller estaba convencido de la comunidad originaria del semítico y el indoeuropeo, le pareció encontrar en la identidad de estos fonemas entre una y otra familia un buen argumento para la causa. Naturalmente tal identificación es meramente elucubrativa y hoy pocos serían quienes estuvieran dispuestos a sostenerla. Sin embargo, el nombre de *laringales* —a falta de otro mejor— hizo fortuna, y se sigue utilizando de forma general.

Las ideas de H. Møller tampoco gozaron de popularidad. Tan sólo dos lingüistas las aprobaron. Por una parte el italiano A. Trombetti, que estaba convencido de la unidad originaria de todas las lenguas. También a él le resultaba reconfortante encontrar un argumento que parecía avalar una relación suprafamiliar. Por otra, el francés A. Cuny, que sería uno de los que, junto a E. Benveniste y J. Kuryłowicz, comenzaron a llevar las ideas de F. de Saussure y H. Møller hasta sus últimas consecuencias.

Pero habían de pasar todavía diez años hasta que se produjera un hallazgo sensacional, que demostró el acierto básico de la hipótesis de De Saussure. En 1915 B. Hrozný había descifrado el hetita y había demostrado que, contra lo que se presuponía, se trataba de una lengua indoeuropea. Pero, naturalmente, serían necesarios no pocos años hasta que la filología hetita se desarrolló lo mínimo imprescindible como para que los indoeuropeístas pudieran utilizar sus datos en la comparación. Y uno de los primeros rendimientos de trascendencia fue la confirmación de la teoría laringal. Kuryłowicz consiguió aislar algunos casos como éste: latín *ante,* osco *ant,* griego ἀντί, sánscrito *ánti* presuponen una forma indoeuropea **anti* «contra, ante, frente a» que, como la raíz **ag-* puesta antes como modelo, exigía una forma anterior **A̯enti.* Pues bien, resultó que en hetita esa palabra tenía de hecho la forma prevista por la hipótesis de Saussure-Møller: *ḫanti.*

Tales formas hetitas parecieron confirmar dos cosas. La primera, que allí donde F. de Saussure había previsto la existencia de un fonema luego desaparecido, tal fonema había existido efectivamente. La segunda, que —independientemente del valor que se dé a la relación del semítico y el indoeuropeo— Møller parecía haberse acercado a la verdadera identidad fonética de esos fonemas. La predicción de De Saussure y su confirmación gracias al descubrimiento de Kuryłowicz ha sido comparada con la hecha en 1846 por Le Verrier sobre la posición del hasta entonces desconocido planeta Neptuno, confirmada poco después por la observación directa de Galle desde el observatorio de Berlín.

Kuryłowicz, en virtud de ciertos tratamientos fonéticos que creo innecesario detallar aquí, elevó el número de laringales a cuatro, por lo que la coincidencia con el protosemítico parecía incrementar. Y, por otra parte, recuperó los viejos símbolos del *schwa* para notarlas como $ə_1$, $ə_2$, $ə_3$, $ə_4$.

Pero la versión que podríamos llamar *clásica* de la teoría laringal ha quedado vinculada al nombre de un francés, E. Benveniste, discípulo predilecto del gran maestro A. Meillet. Benveniste fue un lingüista de fino ingenio y brillante exposición, aunque no tan original, al menos en las teorías que más fama le han otorgado, como normalmente se supone. En efecto, lo esencial de su versión de la teoría laringal, así como de sus ideas sobre la raíz y sobre las llamadas *oclusivas velares de explosión silbante* se encuentra previamente publicado por otro francés, A. Cuny, que, sin embargo, no ha merecido ni el reconocimiento general ni la mención suficiente de Benveniste.

La versión clásica retornó al inventario de tres laringales, representadas como $ə_1$, $ə_2$, $ə_3$, con los efectos fonéticos resumidos en: $ə_1e > e$, $ə_2e > a$, $ə_3e > o$; $eə_1 > ē$, $eə_2 > ā$, $eə_3 > ō$. Y en la obra de Benveniste se complementa con una determinada visión de la raíz indoeuropea que describiré más adelante.

Con posteridad han surgido desarrollos nuevos. El número de las laringales aceptadas cambia de un autor a otro. Hay quienes piensan en una sola, que no alteraría el timbre de las vocales, postura que tiene su punto de partida en H. Pedersen. Otros prefieren dos. La mayoría de los laringalistas europeos operan con las tres de la versión clásica. Entre los americanos, en cambio, es más frecuente la modalidad de cuatro. Y hay inventarios mayores. F. R. Adrados opera con seis, resultado de desdoblar cada una de las tres clásicas en una variedad labializada y otra palatalizada (H^w_1, H^w_2, H^w_3, H^y_1, H^y_2, H^y_3). Puhvel adopta ocho (cuatro simples, dos labializadas y dos palatalizadas). Y A. Martinet, que por el momento mantiene el récord —salvo error por mi parte—, postula diez laringales ($χ$, $ʁ$, $χ^w$, $ʁ^w$, ḥ, ʕ, $ḥ^w$, $ʕ^w$, ʔ, h).

Ha transcurrido un siglo desde que F. de Saussure pusiera en marcha la cuestión laringal. Pero un siglo no ha sido por el momento suficiente para resolver el problema de forma que resulte convincente para la generalidad de los estudiosos. Las posturas están todavía muy distantes y se observa un cierto resugir de un nuevo escepticismo, si no sobre la existencia misma de tales fonemas, sí sobre la posibilidad tanto de establecer su inventario como de definir sus verdaderos rasgos fonéticos.

Capítulo IV

LAS CONSONANTES

1. LAS OCLUSIVAS

La reconstrucción neogramática de las consonantes oclusivas atribuía a la lengua común cinco puntos de articulación (llamados *órdenes)* en cuatro modalidades articulatorias (llamadas *series):*

	I	II	III	IV
	Sonora	Sorda	Sonora Aspirada	Sorda Aspirada
Labial	b	p	bh	ph
Dental	d	t	dh	th
Velar	g	k	gh	kh
Palatal	g'	k'	g'h	k'h(?)
Labiovelar	g^w	k^w	g^wh	k^wh(?)

Desde el punto de vista tipológico este sistema es en sí mismo inobjetable. Aunque fue concebido en el siglo pasado, resulta atenerse a todas las pautas de comportamiento de los sistemas de oclusivas en las lenguas reales. Sin embargo, en las décadas posteriores fue también objeto de la tendencia *reduccionista*, que logró poner de manifiesto diversos puntos débiles debidos a un insuficiente fundamento comparativo para algunos de sus componentes.

Uno de los primeros pasos hacia su reducción lo dio, una vez más, F. de Saussure. En una breve comunicación hecha en 1891 a la «Société Linguistique de Paris» hizo ver que en algunas ocasiones las sordas aspiradas no habrían tenido en indoeuropeo una existencia autónoma, sino que habrían surgido del encuentro de una sorda simple con uno de los *coeficientes sonánticos,* que hoy llamamos *laringales.*

Independientemente de tal observación de De Saussure, las sordas aspiradas no tienen buena base comparativa. Por una parte, no son muy frecuentes; y en concreto lo son mucho menos que las sonoras aspiradas (serie III), lo que resulta contrario al comportamiento usual de los miembros marcado/no marcado de una oposición. Esa baja frecuencia se convierte para el miembro palatal y labiovelar simplemente en inexistencia.

En segundo lugar, algunos de los más fiables ejemplos de estos sonidos se dan en onomatopeyas, lo mismo que sucede con la vocal /a/, según vimos en su momento. Así, de la imitación de la risa [*ja, ja*...] tenemos la correlación sánscrito *kákhati* «él ríe», griego καχάζω, latín *cachinno* «reír a carcajadas», armenio *xaxank'*, eslavo antiguo *xoxotŭ* «risa estrepitosa», antiguo alto alemán *huoh* «broma, burla». Por cierto, nuestra palabra española *carcajada* obedece a un proceso onomatopéyico similar, aunque independiente genéticamente del paralelo indoeuropeo.

Finalmente, el testimonio de estos fonemas es inconstante e incongruente: el mismo elemento etimológico contiene en unas lenguas una sorda simple y en otras una sorda aspirada. Por ejemplo, en el correlato griego ἵστημι, sánscrito *tíṣṭhāti*, el griego haría pensar en una raíz indoeuropea **stā-*, mientras que el sánscrito llevaría a **sthā-*. A veces, incluso la misma lengua atestigua aleatoriamente lo uno o lo otro: en sánscrito hay de la misma raíz *rapas-* «enfermedad» (con /p/ de la serie II) y *raphitá-* «enfermo» (con /ph/ de la serie IV). En griego hay por ejemplo ἀμυκάλαι «punta [de las flechas]» (con /k/ de la serie II), pero ἀμυχή «desgarro» (con /kh/ de la IV). Y en avéstico incluso una misma palabra tiene en algunos casos de su declinación /t/ (nominativo *pantå*) y en otros el resultado del alófono aspirado (gen. *paþo*, inst. *paþa*).

Ese comportamiento sugiere que *p* y *ph*, *t* y *th*, etc., no eran dos tipos de fonemas distintos, sino dos posibles pronunciaciones (es decir: dos alófonos) del mismo tipo de fonema. Y la sugerencia de De Saussure no hacía sino determinar las condiciones contextuales que condicionaban la pronunciación aspirada. Años más tarde Kuryłowicz llevó hasta sus últimas consecuencias la sugerencia de De Saussure y negó toda existencia de la serie IV en indoeuropeo. Y algo después R. Hiersche encontró que no sólo una laringal siguiente sino también una /s/ precedente era capaz de condicionar el surgimiento de la articulación aspirada de una sorda simple.

En la actualidad, la mayoría de los indoeuropeístas han excluido la serie IV del inventario de fonemas indoeuropeos. Tan sólo los muy conservadores se aferran contra viento y marea a mantenerla. Su eliminación, justificada sin duda desde el punto de vista comparativo, crea en cambio problemas tipológicos que luego examinaré.

La tendencia reduccionista llevó, pues, a eliminar una serie de oclusivas (la IV). Pero también excluyó un orden: el de las palatales. Sobre la representación de tales fonemas en las lenguas históricas se había basado una de las

divisiones dialectales de mayor abolengo en la familia indoeuropea: la que dividía a las lenguas en un grupo oriental (*satəm*) y otro occidental *(centum)*. En efecto, las palatales aparecen en algunas lenguas como fricativas o silbantes y en otras como velares:

	LENGUAS SATəM (ORIENTALES)					LENGUAS CENTUM (OCCIDENTALES)			
	Sánscrito	Persa	Armenio	Lituano	A. Eslavo	Griego	Latín	Celta	Gótico
*g'	j	z	c	ž	z	g(γ)	g	g	k
*k'	ś	s	s	š	s	k(κ)	k	k	h/g
*g'h	h	z	j	ž	z	kh/(χ)	h	g	g

Por el contrario, las velares aparecen como velares en todas las lenguas, tanto *centum* como *satəm*

	LENGUAS SATəM (ORIENTALES)					LENGUAS CENTUM (OCCIDENTALES)			
	Sánscrito	Avéstico	Armenio	Lituano	A. Eslavo	Griego	Latín	Celta	Gótico
*g	g	g	k	g	g	g(γ)	g	g	k
*k	k	k	k'	k	k	k(κ)	k	k	h/g
*gh	gh	g	g	g	g	kh/(χ)	h	g	g

De ello resulta que, en las lenguas occidentales, palatales y velares se habrían confundido en un solo orden velar. En cambio, en las *satəm* se habrían confundido las velares y las labiovelares con resultado velar. En realidad, ninguna lengua indoeuropea testimonia, pues, simultáneamente los tres órdenes que se atribuyen a la lengua común: $*k'$, $*k$, $*k^w$. En las lenguas *satəm* $*k$ y $*k^w$ se habrían confundido en /k/, mientras que en las lenguas *centum* serían $*k'$ y $*k$ las que se habrían confundido en /k/.

El punto débil de esa doctrina tradicional es también comparativo. Los resultados de los órdenes *palatal/velar* pretendidamente distintos no siempre se atienen a la regularidad esperable. Y sucede que con frecuencia, sobre la base de los resultados históricos, no sabríamos si estamos ante una velar o una palatal indoeuropeas. Por ello algunos lingüistas, entre los que cabe destacar la figura de Meillet, excluyeron del inventario indoeuropeo el orden palatal. El indoeuropeo habría tenido entonces, al igual que las lenguas *centum,* sólo $*k$ y $*k^w$. Y la escisión en las lenguas *satəm* de $*k$, dando k/ś, k/s, k'/s, k/š, k/s se deberían inicialmente a razones contextuales, obscurecidas luego por una prolongada y profunda acción de la analogía.

La eliminación del orden palatal parece efectivamente bien fundada. Pero, para tortura del comparatista, hay una lengua —el albanés— que, en opinión de algunos, podría mostrar tres resultados distintos, uno para cada uno de los

tres órdenes tradicionales *k', *k*, *k^w*. En otro lugar valoraré el fundamento de ese pretendido testimonio. Aquí me limitaré a decir que en la actualidad las opiniones respecto a las palatales y velares están divididas. Obviamente la escuela alemana se mantiene también en este punto firme en las posiciones tradicionales. Mientras que la postura contraria es defendida por las escuelas menos conservadoras.

Por lo demás, el tratamiento *satəm*/centum ha perdido significación como indicio de una antigua escisión en un dialecto indoeuropeo oriental (= *satəm)* y otro occidental (= *centum).* Por una parte, la dos nuevas lenguas que se incorporaron a la comparación en el siglo xx (el hetita y el tocario) resultaron ser geográficamente orientales pero fonéticamente *centum,* lo que rompió el primitivo esquema. Y por otra, paulatinamente se ha ido rebajando la antigüedad atribuida a la palatalización (> asibilación) de las velares, de modo que hoy tendemos a pensar, si bien no en forma unánime, que se trata de un proceso realizado por cada rama de la familia de forma independiente y con diferente cronología. El latín es una lengua *centum,* es decir: no ha palatalizado las velares. Pero si careciéramos de su testimonio y sólo tuviéramos el de sus descendientes modernos, tales como el francés o el italiano, diríamos que se trata de una lengua *satəm,* como ejemplifica la pronunciación moderna del numeral latino *centum* en esas lenguas.

Con la eliminación de la serie IV (sordas aspiradas) y del orden palatal, el inventario de las oclusivas indoeuropeas queda establecido como:

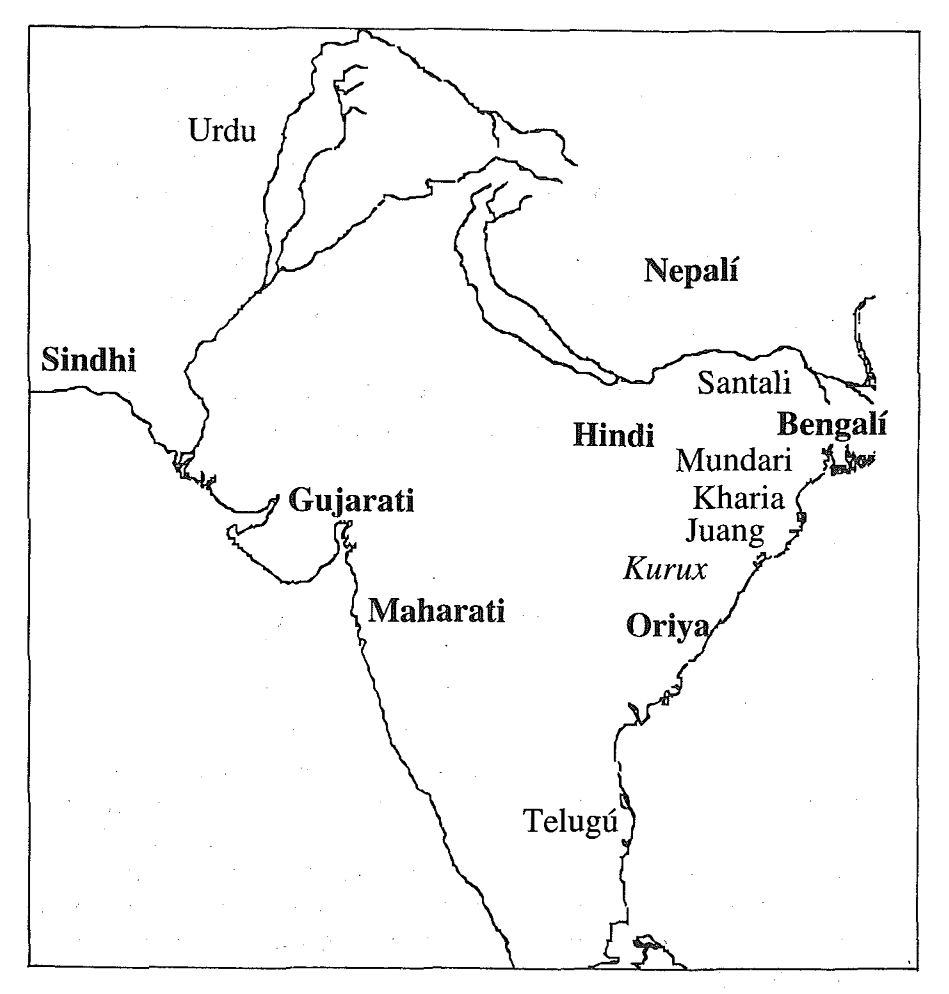
	I Sonora	II Sorda	III Sonora Aspirada
Labial	(b)	p	bh
Dental	d	t	dh
Velar	g	k	gh
Labiovelar	g^w	k^w	g^wh

Nadie ha llegado más allá en la tendencia a reducir el número de órdenes ni de series. Sin embargo, en un ámbito más limitado, pero no menos trascendente, algunos han encontrado razones para negar la existencia en indoeuropeo del fonema /b/, motivo por el que aparece entre paréntesis en el cuadro. Las causas son, una vez más, su escaso o nulo rendimiento. Apenas hay palabras en las lenguas históricas que ofrezcan la correlación que abonaría la atribución de /b/ al indoeuropeo:

Sánscrito	Persa	Griego	Armenio	Latín	Celta	Germánico	Báltico	Eslavo
b	b	β	p	b	b	p	b	b

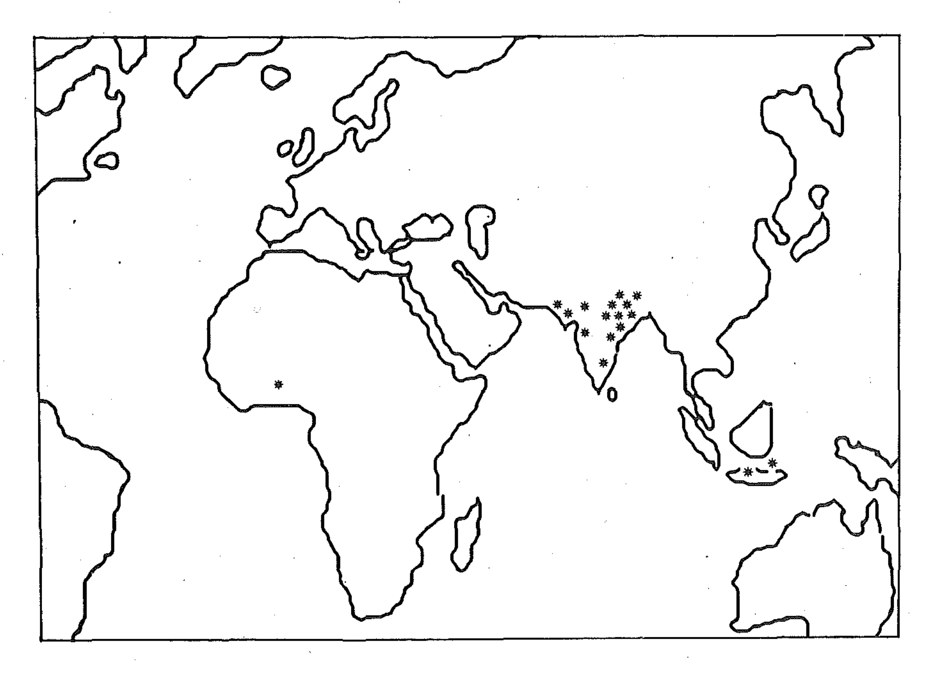
La de testimonio más amplio es la raíz **bel-* «fuerte», que se encuentra en sánscrito *bálam* «fuerza», griego βελτίων («más fuerte») > «mejor», latín (*dē-*) *bilis* «sin fuerza, débil», a. eslavo *bolijĭ* «más grande». Algún ejemplo más se cita, pero no muchos, y todos de testimonio dialectal más limitado. Para unos eso es prueba de que tal fonema no existía en indoeuropeo. Para otros significa que existía, pero con una frecuencia muy baja.

Si sometemos el nuevo inventario de oclusivas indoeuropeas que queda tras esas reducciones a su valoración tipológica, resulta constituir un sistema altamente improbable, por diversas razones, tanto estructurales como tipológicas. En general la serie I ([b], d, g, g^w) es de uso bastante menos frecuente que



Zona de sonoras aspiradas en la India
1) **Lenguas indoeuropeas**
2) Lenguas munda
3) *Lenguas dravídicas*

la III (bh, dh, gh, g^{w}h), siendo menos marcada. Normalmente sucede lo contrario. Y la ausencia de /b/ es por sí misma otra anomalía. Cuando una lengua cuenta con un orden labial (cosa que sucede casi siempre) el modo de articulación que no suele faltar es precisamente la sonora /b/. Además, la composición misma del sistema *sonora/sorda/sonora aspirada* es prácticamente desconocida entre las lenguas reales. Normalmente, las lenguas con sonoras aspiradas tiene simultáneamente también sordas aspiradas. Y los partidarios del inventario tradicional buscan en ello un argumento para mantener la IV serie indoeuropea. Pero, por desgracia, eso no resulta aceptable por razones comparativas. En cambio, los partidarios del sistema reducido intentan buscar paralelos en las lenguas reales. Y, tras mucho buscar, han encontrado dos: el celabit y el madurés (de la isla de Madura, cercana a Java). Que, por cierto, no son casos idénticos porque en ellas la /b/ existe y ocupa una posición funcionalmente normal. De todas formas, aunque se citen dos lenguas reales que lo tengan, la frecuencia de un sistema con esa configuración sigue siendo mínima y su improbabilidad alta.



Distribución de las sonoras aspiradas en el conjunto de las lenguas del mundo (cada * representa una lengua inventaria con esos fonemas):
1) En África 1 lengua (el igbo, del grupo niger-congo)
2) En la India (las enumeradas en otro mapa)
3) En Indonesia 2 lenguas, ambas del grupo austronesio (el javanés, en Java, y el madurés, en Madura)

Finalmente, es sabido que existen fenómenos lingüísticos presentes en determinadas áreas geográficas, que en cambio no se dan o apenas se dan fuera de ellas. Pues bien, resulta que las *sonoras aspiradas* —dejo de lado el problema de su naturaleza fonética real, de menor interés en este libro— no son fonemas frecuentes fuera de una zona de la India que se refleja en el mapa. Dentro de esa región, puede darse tal tipo de fonemas en lenguas de distintas familias (indoeuropea, drávida, munda). En cambio, fuera de allí apenas se encuentra más que en unas pocas lenguas de Indonesia y en una del África occidental (el igbo, de la familia niger-kordofania). De hecho, en la familia indoeuropea no hay ni una sola lengua histórica que tenga sonoras aspiradas más que las de la India. Ni tan siquiera las iranias, tan próximas por lo demás a ellas.

Naturalmente, existen lenguas reales con anomalías en sus sistemas, con situaciones excepcionales o con rarezas tipológicas. Pero difícilmente se encontraría ni una sola que acumule tantas improbabilidades simultáneamente en un solo sistema como se dan en éste de las oclusivas indoeuropeas. Y, por otra parte, si bien la reconstrucción de tres series y cuatro órdenes tiene una muy sólida base comparativa, la definición fonética tradicional de la III serie como sonoras aspiradas deja mucho que desear desde el punto de vista del método. Efectivamente, ejemplificando con las dentales, las correlaciones que dan fundamento a las tres series son:

	Sánscrito	Persa	Griego	Armenio	Latín	Celta	Gótico	Lituano	Eslavo
Serie I (*d)	d	d	δ(d)	t	d	d	t	d	d
Serie II (*t)	t	t	τ(t)	t'	t	t	þ/d	t	t
Serie III (*dh)	dh	d	θ(th)	d	f/d/b	d	d	d	d

La *serie II* tiene un excelente fundamento comparativo para ser definida como *sorda* (el área mayor). Igualmente, la *serie I* para ser definida como *sonora*. En cambio, para la *serie III* la mayoría de las lenguas testimonian una sonora simple. Pero el criterio del área mayor no puede llevarnos en esta ocasión a definirla como *sonora,* por una sola razón: que ya tenemos una serie *sonora* (la I). Es seguro que si no existiera la *serie I,* o hubiera recibido otra definición fonética, la *III* habría sido definida como *sonora*. La definición que de hecho se le dio como *sonora aspirada* no tiene buena base comparativa. Y si se impuso fue gracias al prestigio del sánscrito, porque como tal sólo está atestiguada en el grupo indio. Pero esa circunstancia es la que precisamente se vuelve hoy en su contra: significativamente el indio es el único grupo asentado en el área geográfica de las *sonoras aspiradas.*

Algunos indoeuropeístas creen encontrar apoyo comparativo para definir la *serie III* como *sonoras aspiradas* en el hecho de que, si bien sólo en sánscri-

to son tales, en muchas lenguas son *sonoras* (aunque simples), y en algunas otras *aspiradas* (aunque sordas), de forma que *sonoras aspiradas* es una especie de término medio. Pero ése es un razonamiento tan falaz como el del chiste estadístico: aunque *estadísticamente* cada ciudadano consuma un pollo por semana, es posible que *realmente* no haya ninguno que lo haga así: verosímilmente algunos consumirán dos y otros ninguno. En el comportamiento evolutivo de las lenguas, el término medio no tiene por qué ser la distancia más corta entre los diferentes resultados dialectales.

Obsérvese, por otra parte, que las anomalías tipológicas y funcionales denunciadas para el sistema de oclusivas se dan tan sólo en el sistema que atribuimos al indoeuropeo. Pero ni una sola de ellas se da en ninguna de las lenguas históricas. La /b/ no existe o tiene un rendimiento muy bajo en indoeuropeo. Pero todas y cada una de las lenguas históricas tienen su /b/, procedente de la transformación de otros fonemas, incorporadas en préstamos, etc. Las sonoras aspiradas se encuentran sin correlato sordo en el sistema atribuido al indoeuropeo; pero no en las lenguas de la India, donde hay de hecho d/t/dh/th. Ni tampoco se dan esos fonemas en ninguna lengua histórica fuera del área de las *sonoras aspiradas.*

Todo eso indica que el punto débil del sistema atribuido al indoeuropeo radica en una mala definición de una o varias de sus tres series. Y como respuesta a estos problemas surgió a mediados de los años 70 la que ha dado en llamarse *teoría glotálica.* Han sido tres las fuentes de que ha manado: el francés A. Haudricourt, V. V. Ivanov (ruso) y Th. V. Gamkrelidze (georgiano) y el norteamericano P. J. Hopper. Y aunque lo han hecho en fechas no lejanas entre sí, parece que sus autores han trabajado independientemente y con resultados que difieren en el detalle.

El elemento central en que coinciden todas las versiones y del que toma su nombre la *teoría glotálica* es que la *serie I,* tradicionalmente definida como sonora [(b), d, g, g^{w}], habría sido realmente en la lengua común *sorda glotalizada:* ($p^{ʔ}$), $t^{ʔ}$, $k^{ʔ}$, $k^{ʔw}$. El principal problema del consonantismo que eso resuelve es el de la ausencia o bajo rendimiento de la tradicional /b/ (ahora /$p^{ʔ}$/). En efecto, mientras que la ausencia o bajo rendimiento de una /b/ es algo desconocido en las lenguas reales, tal situación es previsible para /$p^{ʔ}$/ por razones intrínsecas a sus propias condiciones articulatorias. En efecto, las sordas glotalizadas son fonemas de doble punto de oclusión, concretamente la glotis y otros órganos que varían según se trate de *labial, dental* o *velar.* Articulatoriamente, al quedar ocluido el paso del aire en la glotis, es difícil mantener la suficiente presión como para obtener una buena explosión labial, dada la longitud de la cavidad entre ambas oclusiones y la flaccidez de las paredes que la delimitan. Acústicamente eso se traduce en que de la /$p^{ʔ}$/ resulta poco perceptible o imperceptible la oclusión labial, por lo que puede terminar convertida en una mera oclusiva glotal: /$p^{ʔ}$/ > /ʔ/. Por eso los sistemas de sordas glo-

talizadas son a veces defectivos de su miembro labial. Lo que no impide, sin embargo, que /pˀ/ esté representado de hecho en no pocas lenguas reales.

Pero la nueva definición de la *serie I* como *sorda glotalizada* no resuelve todos los problemas del consonantismo indoeuropeo. Y efectivamente, casi todas las versiones de la teoría glotálica proceden a redefinir también la *serie III*. Y es en ese punto donde difieren unas de otras. Para Ivanov-Gamkrelidze la *serie III* sería aspirada con dos alófonos posibles, sordos y sonoros ([ph] y [bh]), según contextos. Esa posibilidad tiene al menos dos inconvenientes. Uno, el que no hay ningún indicio histórico de que esa distribución de los supuestos alófonos haya sido efectiva en ninguna de las lenguas históricas. Y otro, el que la inmensa mayoría de las lenguas tienen históricamente fonemas no aspirados.

En la versión de A. Martinet la *serie III* sería simplemente sorda aspirada, dando un sistema muy común en las lenguas reales: tˀ/t/th. Pero tiene el inconveniente mismo que la anterior: la mayoría de las lenguas tiene resultados precisamente contrarios: sonoros y sin aspirar.

Probablemente la mejor es la propuesta de Haudricourt: se trataría de *sonoras*. Ya vimos que para los componentes de la *serie III* la definición natural por criterios estrictamente comparativos sería precisamente la de *sonoras*, ya que ése es el testimonio abrumadoramente mayoritario. Y decíamos que eso no había sido posible mientras se definía como *sonora* la *serie I*. Pues bien, eliminado ahora ese obstáculo, parece razonable atenerse a los criterios comparativos y definir la *serie III* como *sonora*. La dificultad de esta versión es la que entraña el explicar el paso de *sonora simple* a *sorda aspirada* en griego y en latín. Luego volveré sobre ese punto.

Una vez redefinidas las *series I* y *III*, el sistema indoeuropeo de oclusivas queda así:

	I Sorda Glotalizada	II Sorda	III Sonora
Labial	(pˀ)	p	b
Dental	tˀ	t	d
Velar	kˀ	k	g
Labiovelar	kˀʷ	kʷ	gʷ

Esta nueva definición satisface todas las condiciones con que operan las lenguas reales. Y de hecho la reunión de *sorda glotalizada/sorda/sonora* constituye uno de los sistemas más frecuentes entre las lenguas que tienen sordas glotalizadas. Las objeciones que muchos indoeuropeístas le hacen son de naturaleza comparativa: la reconstrucción de *sordas glotalizadas* es de índole interna, sin un verdadero fundamento comparativo, porque atribuye a la lengua común una modalidad de fonemas que no está atestiguado en ninguna de las lenguas históricas. Sin embargo, esa objeción no es del todo cierta. Por una

parte hay, al parecer, algún dialecto armenio que conserva todavía la articulación *sorda glotalizada* de la *serie I*. Y el indoeuropeísta holandés F. Kortlandt estableció comparativamente sobre la base de los diferentes dialectos armenios que el protoarmenio contó con *sordas glotalizadas* y no con sonoras, aunque estos extremos se hayan puesto luego en duda. Por otra parte, el alemán W. Winter explicó el alargamiento de ciertas vocales seguidas de consonantes de la *serie I* en las lenguas bálticas como resultado de su desglotalización. Concretamente en letón esas vocales comportan una articulación glotal. Por lo demás, en latín hay alargamientos vocálicos que probablemente tienen la misma explicación. Estos dos indicios comparativos se encuentran en áreas dialectales desconectadas entre sí: técnicamente, si no geográficamente, áreas laterales. Lo que conduce a considerar el carácter arcaico de ese rasgo.

Finalmente, es sabido que en las raíces indoeuropeas existen ciertas limitaciones en la distribución de las consonantes. Una de las más severas es que no pueden coexistir en la misma raíz dos oclusivas de la *serie I*. Es decir: no son posibles raíces como $*deg$-, $*g^{w}ed$-, etc. Pero, una vez definida como *sorda glotalizada*, esas raíces serían realmente $*t^{ʔ}ek^{ʔ}$-, $*k^{ʔw}et^{ʔ}$- cuya inexistencia en indoeuropeo se explicaría fácilmente: la secuencia de las dos glotalizadas habría producido la disimilación de la primera de ellas, dando lugar a $*t^{ʔ}ek^{ʔ}$- > $*tek^{ʔ}$-, que en la mayoría de los dialectos emergerá como $*teg$- «cubrir». Incompatibilidades similares se encuentran de hecho en lenguas reales que tienen glotalizadas.

La teoría glotálica, si es aceptada, resulta preñada de consecuencias para la historia de los dialectos indoeuropeos. Sirva esto como ejemplo: una ley fonética tan significativa como la de Grimm, debe ser simplemente olvidada. La rotación consonántica del germánico nunca habría tenido lugar. El germánico y el armenio no serían lenguas de consonantismo revolucionario. Partiendo de un sistema con tres miembros definidos como *sorda glotalizada/sorda/sonora* ($t^{ʔ}$/t/d), los dialectos indoeuropeos, de manera ya independiente, habrían tenido dos grandes vías de modificación, siempre a impulsos de la alteración de la serie glotalizada. Y, por otra parte, las glotales son en buena medida también un fenómeno de área. Ni en Europa ni en los asentamientos históricos de los indoeuropeos de Asia hay ese tipo de fonema. En cambio, los hay en el área del Cáucaso, vecina meridional de la patria originaria de las estepas. Probablemente hay que pensar que, dada la complejidad y dificultad de su articulación, las glotales fueron siendo eliminadas a medida que los indoeuropeos emigrantes se asentaban en sus sedes históricas europeas y asiáticas sobre substratos carentes de esa clase de fonemas.

Como decía, las vías de alteración previsibles para una sorda glotalizada son dos. La más sencilla es la pérdida de la glotalidad, con lo que la *serie I* se trasforma en una sorda simple, con riesgo de confusión con la *serie II*. Si es ése el camino seguido, caben a su vez dos variantes: que efectivamente se con-

fundan ambas series (tocario), o que se mantenga la distinción, a costa entonces de una alteración fonética de la *serie II* que se ve empujada por una nueva oclusiva sorda simple hacia una articulación fricativa (germánico: /t/Þ/d), o aspirada (armenio: t/th/d).

El otro camino consiste en un desajuste en la sincronía de la explosión glotal, que se adelanta a la del otro órgano. Eso hace que al estar la glotis en trance de abrirse, el aire que sale de los pulmones la haga vibrar, lo que *eo ipso* convierte en *sonora* a la otra oclusión. A ese tipo de fonema lo solemos llamar *sonora preglotalizada.* Esa glotalización previa a la explosión del otro órgano articulatorio puede llegar a sentirse parte de la vocal anterior alargándola o glotalizándola (latín, lituano, letón), o simplemente perderse sin más. En uno u otro caso, el resultado de la *serie I* será una nueva oclusiva sonora con riesgo de confusión con la *serie III.* Y también en esta ocasión esa confusión de las *series I* y *III* puede llegar a consumarse (iranio, eslavo, báltico, celta, etc. Éste es en realidad el resultado más frecuente en términos absolutos entre los dialectos históricos). O mantenerse diferenciadas (sánscrito, en que /d/ > /dh/ por influencia del substrato, con resultado d/t/dh/th). Y griego y latín, donde la *serie III* emerge históricamente como sorda aspirada (/d/ > /th/), con resultado d/t/th (y ulterior evolución a fricativa de /th/).

De este conjunto de evoluciones se deduce que el sistema tradicional en que las tres series se definían en términos de *sonora/sorda/sonora aspirada* no sólo no ha existido en indoeuropeo, sino que tampoco ninguno de los dialectos lo presenta históricamente ni ha atravesado en momento alguno de su prehistoria por él. Se trataba simplemente de un error de reconstrucción que ha costado siglo y medio detectar.

En resumen, la teoría glotálica explica efectivamente muchas cosas y contribuye a reconstruir como indoeuropeo un sistema de oclusivas verosímil. Sin embargo, no está exenta de dificultades. Una de ellas es la falta de explicación para la conversión en sorda aspirada de la *serie III* en latín y griego. Para soslayarla, Haudricourt apelaba a influencias de substrato. Pero, al contrario que sucede con la *sonoras aspiradas* del indio, para el que sabemos con certeza que existen esos fonemas en el substrato, como un hecho de área, aquí esa apelación carece de efectivo fundamento. No obstante en otro capítulo apuntaré una cierta posibilidad en ese sentido, en lo que al griego se refiere. Otro inconveniente de la nueva formulación es que con ella se elimina la primera rotación consonántica del germánico. Y los germanistas hacen ver que en todo caso es seguro que se produjo una segunda en alto alemán. Lo que se convierte en un indicio en favor de la primera, aunque no en un argumento decisivo.

Igual que sucedía con la vocal /a/, también aquí una cuestión técnica lingüística tiene un interés general para la Historia de los indoeuropeos. Como decía más arriba, la articulación glotalizada (llamada también eyectiva) es en buena medida un hecho de área. Concretamente, sólo hay tres lugares del

mundo en que se dé esa clase de fonemas: en la América precolombina, particularmente en el noroeste de Norteamérica y en América central; en la zona de Somalia; y en el Cáucaso. Y uno de los sistemas más comunes en que se integran es precisamente el de *glotalizada/sorda/sonora.*

En toda Eurasia la única zona de oclusivas glotalizadas es el Cáucaso. De manera que la existencia de tales fonemas en la lengua común indoeuropea se convierte así en un indicio razonable de que los indoeuropeos proceden de esa región, o sus alrededores, lo que cuadra perfectamente con la ubicación de la patria originaria en las estepas del sur de Rusia, entre los mares Negro y Caspio. Los caucásicos serían los vecinos meridionales de nuestros antepasados indoeuropeos, que a diferencia de ellos permanecieron en sus emplazamientos ancestrales y conservaron viva la clase de las oclusivas glotalizadas. Sin duda no es casual que sea el armenio la única lengua indoeuropea que pudiera haber conservado en alguno de sus dialectos esos fonemas. También es prácticamente la única lengua histórica ubicada en el área de las oclusivas glotalizadas. Es una verdadera pena que el hetita y las restantes lenguas de Anatolia, tan antiguas y tan cercanas al Cáucaso, no nos proporcionen más información fiable sobre su consonantismo por culpa de las deficiencias de su grafía.

2. LAS FRICATIVAS

El número posible de fricativas es muy variable en las lenguas reales. Puede haber desde ninguna hasta más de veinte en ciertos casos más bien excepcionales, como el shilha (del grupo bereber), o el árabe. Pero la mayoría de las lenguas oscila entre una y cuatro.

Probablemente el indoeuropeo tuvo tan sólo una fricativa, aparte de las laringales cuya naturaleza fonética desconocemos (y que tal vez fuera fricativa al menos para alguna de ellas). Y esa única fricativa no laringal es la /s/. Los intentos de añadir otras más pueden considerarse fracasados.

Uno de ellos pertenece a la escuela de pensamiento tradicional, y ha sido víctima justificada de las tendencias reduccionistas. En efecto, los neogramáticos atribuían a la lengua común no una, sino dos silbantes, diferenciadas por la sonoridad: la sorda /s/ y la sonora /z/. Pero ésta última se ha revelado como un sonido contextual (alófono) que sólo se da cuando a continuación sigue una consonante sonora. Hay que eliminarla, pues, del inventario de fonemas indoeuropeos.

Un segundo intento procede de Benveniste, que sobre un reducidísimo número de etimologías, pretendió detectar otra silbante, concretamente la africada /ts/. Ambas (/s/ y /ts/) se habrían mantenido diferenciadas en hetita y se habrían confundido en /s/ en el resto de las lenguas.

La tentativa más interesante es probablemente la de Brugmann, que atribuía al indoeuropeo dos fricativas interdentales /*Þ*/ y /*đ*/, respectivamente sorda y sonora. La sorda equivale al sonido que tiene normalmente en castellano la letra *z* en *zanahoria* y *zapato,* o *c* en *ciprés* y *César.* La sonora no constituye un fonema autónomo en español, pero es el sonido alofónico de /d/ en posición intervocálica, como en *adornar* y *molido.*

La base comparativa para atribuir al indoeuropeo esos dos nuevos fonemas no es demasiado sólida. Ni tampoco lo es la de, caso de reconstruirlos, definirlos concretamente como fricativas interdentales. Algunas de las correspondencias más interesantes son: 1) griego ἄρκτος, sánscrito *ṛ́kṣas,* latín *ursus* (de un más antiguo **urksos),* de donde nuestro *oso,* que es el significado de esta palabra en todas las lenguas; 2) griego χθών, sánscrito *kṣam-,* hetita *tekan,* tocario *tkam,* latín *hūmus* «tierra». Como puede verse, lo peculiar de estas correspondencias es que hay /t/ en griego frente a /s/ en sánscrito, sin entrar en el análisis pormenorizado de su forma en cada una de las otras lenguas. Y advierto que hay diversas otras modalidades de correspondencias. Naturalmente sobre esa base comparativa no puede pensarse que, por ejemplo, la palabra indoeuropea para «oso» contenga una dental como el griego *(*ṛ̥́ktos)* porque entonces tendría que haber también /t/ en sánscrito; pero tampoco que contenga una /s/ como en sánscrito *(*ṛ̥́ksos)* porque entonces tendría que tenerla también en griego.

La solución de Brugmann a ese problema es de tipo salomónico: si el griego tiene una dental /t/ y el sánscrito una fricativa /s/, el término medio que se atribuye al indoeuropeo es una *fricativa dental.* Pero ésa no ha sido la única propuesta de definición. Hay varias más. Una de ellas pertenece a E. Benveniste, con precedente inmediato en A. Cuny, y ha adquirido una cierta difusión en la escuela francesa. Se trataría de oclusivas velares de explosión silbante (/k^s/, /g^z/), fonemas que, cuando esa propuesta fue hecha, se acababan de detectar en ciertas lenguas de África.

Pero, en el problema que nos ocupa, no es esta o aquella definición concreta lo que resulta insatisfactorio, sino la existencia misma de tales fonemas, sea cual sea su definición. Las correspondencias en que se basan no son en verdad significativas de unidades fonológicas adicionales. Para algunos se trataría de soluciones dialectales a grupos consonánticos difíciles. Para otros, las palabras indoeuropeas que contienen esas extrañas correspondencias serían préstamos de lenguas extranjeras que contendrían fonemas ajenos al inventario indoeuropeo, que habrían sido asimilados como grupos de varia composición. De hecho, para algunas de ellas se encuentra incluso el modelo que habría sido tomado en préstamo, en la mayoría de las ocasiones a partir de lenguas caucásicas. Por ejemplo la palabra para el oso, que en griego es ἄρκτος, tiene un paralelo en tunguso *raketa.* La palabra griega κτείνω «matar» en georgiano *tkena;* griego χθές «ayer» en georgiano *dyes*; etc. Ciertamente, la coincidencia

de estas formas es llamativa, y difícilmente podría ser casual. Al tratarse de lenguas no emparentadas (caucásicas frente a indoeuropeas) la hipótesis explicativa más verosímil es el préstamo. Pero ni «matar» ni «ayer» son conceptos cuyas palabras sean característicamente objeto de préstamos. El de «oso» podría serlo a pesar de haber existido siempre ese animal en el hábitat indoeuropeo, gracias al carácter religioso, quizás totémico del animal, que de hecho había convertido su nombre en tabú también en algunos pueblos históricos.

Capítulo V

EL ACENTO

El acento es uno de los factores que suelen contribuir más fuertemente a darle su aspecto característico a cada lengua. Los acentos de las distintas lenguas pueden ser diferentes por su naturaleza, por su posición libre o fija; y en este último caso por la sílaba en que se presenta invariablemente. Incluso hay lenguas que al parecer carecen de él.

Normalmente entendemos por *acento* un conjunto heterogéneo de factores que confieren a una sílaba, dentro de cada palabra, una posición de mayor relieve que las restantes. La sílaba que recibe el acento se caracteriza respecto a las demás por una mayor intensidad, una mayor altura del tono y una mayor duración relativa. Esas prerrogativas ponen a la sílaba tónica en una situación de privilegio para su conservación poniéndola al abrigo del deterioro fonético que las palabras sufren en su evolución. En cambio, las sílabas átonas están menos protegidas de la erosión fonética y con frecuencia tienden a debilitarse y eventualmente a perder su componente vocálico e incluso la sílaba completa.

Sobre el acento indoeuropeo sabemos muy poco con seguridad. En la prehistoria del vocalismo hay diversos fenómenos que tradicionalmente se consideran efectos del acento, como las alternancias vocálicas. Y concretamente para el cambio de timbre e/o se ha tendido a pensar en un acento *musical,* mientras que para la creación del grado ø (ausencia de vocal) se pensaba en un acento de intensidad. Y como los dos fenómenos vocálicos son igualmente indoeuropeos, se suponía que la lengua común habría tenido sucesivamente ambos tipos de acento. O dicho en otros términos: que el indoeuropeo habría tenido sucesivamente dos clases de acento: primero intensivo y luego musical.

Sin embargo, hace ya tiempo que los fonetistas nos han informado de que en realidad no existen esas dos clases de acentos, uno meramente musical (basado en la altura del tono y sin el componente de la intensidad) y otro meramente intensivo (sin el componente del tono). Todo acento comporta siem-

pre ambos componentes y por lo tanto, el mismo acento es capaz de inducir tanto alteraciones de timbre, como reducción de la duración de las vocales hasta su eliminación. Lo que sí sucede es que en unas lenguas tiene mayor importancia el componente musical y en otras la intensidad. Esto nos ahorra la polémica sobre la naturaleza del acento indoeuropeo, en parte por innecesaria y en parte porque nos quedamos sin aquellos indicios de su efecto sobre las vocales. Tampoco tenemos elementos de juicio suficientes desde el punto de vista estrictamente comparativo. Unas lenguas emergen históricamente con un acento predominantemente musical (griego, védico), mientras que otras lo hacen con uno predominantemente intensivo (germánico). Y sobre otras no tenemos ninguna información, como sucede con las lenguas anatolias. La tentación tradicional de considerar que el último acento indoeuropeo era de tipo musical porque así es en griego y sánscrito, debe ser rechazada. Puede no ser otra cosa que una de tantas innovaciones particulares que ambas lenguas comparten sin la participación de otras.

Si sobre la naturaleza del acento poco podemos saber con seguridad, sobre su posición tenemos información más precisa. El acento indoeuropeo era libre. Con ello quiero decir que no estaba mecánicamente fijado por razones fonéticas. Una lengua con acento de posición fija es el francés, en que se acentúa invariablemente la última sílaba de cada palabra (acentos secundarios aparte). Otra es el latín, donde nunca podía ir ni en la última sílaba, ni antes de la tercera comenzando a contar por el final. Es decir, en latín el acento sólo podía ir en la penúltima o en la antepenúltima sílaba. Y aun entre esas dos, la elección estaba también mecánicamente fijada por la cantidad de la vocal penúltima, de modo que no había más que dos esquemas acentuativos: 1) ⏓ –́ ⏓ y 2) ⏓́ ⏑ ⏓.

La libertad del acento indoeuropeo le permitía ocupar cualquier sílaba en la palabra, lo mismo la primera que la última, o cualquiera de las intermedias. Con eso no quiero decir que cada hablante pudiera colocar el acento a su antojo en las palabras. Por el contrario, cada palabra tenía su propia ubicación del acento, que contribuía a caracterizarla como un componente más. Lo que sucede es que en el conjunto de la lengua todas las posiciones estaban admitidas.

Si la posición del acento no admitía restricciones fonéticas, en cambio comportaba información morfológica. Porque en determinados modelos flexionales, tanto en el nombre como en el verbo, el acento se desplazaba de una sílaba a otra a lo largo del paradigma. Por ejemplo, en el verbo el acento reposaba sobre la raíz (o sobre el sufijo) para el singular de la voz activa, mientras que iba sobre la desinencia en el plural y en toda la voz media: **éisi* «tú vas», **ité* «vosotros vais». En el nombre el acento cargaba sobre la raíz (o sufijo) en el nominativo y acusativo, mientras que lo hacía sobre la desinencia en el genitivo y dativo: sánscrito acusativo *vā́c-am*, genitivo *vāc-ás*.

Es cierto que la mayoría de la información sobre la posición del acento indoeuropeo y sus valores morfológicos proceden del griego y del sánscrito. En las demás lenguas o se carece de información (hetita), o se ha modificado la

posición antigua, generalmente mediante fijación secundaria (latín, germánico). Pero en este punto hay datos comparativos suficientes para saber que no se trata de un mero rasgo dialectal greco-indo-iranio. En efecto, la sonorización de ciertas consonantes germánicas que conocemos como *ley de Verner* se produce según la posición del acento, pero no la histórica del germánico, sino otra prehistórica que coincide con la del griego y el védico, por lo que indirectamente tal posición está atestiguada también en germánico. Y, por otra parte, en báltico y eslavo la posición del acento es históricamente diferente de la del griego, védico y germánico prehistórico. Pero también en esas lenguas puede restituirse una etapa prehistórica con una acentuación similar, que luego se modificó según unas leyes fonéticas regulares (Saussure, Fortunatov). Aunque de un tiempo a esta parte la realidad de esas leyes ha sido puesta en entredicho.

Probablemente el desplazamiento morfológico del acento entre singular/plural y nominativo/genitivo son supervivencias aisladas de un estadio muy arcaico de nuestra familia lingüística en que los recursos formales utilizados en la expresión morfológica debieron ser de índole muy distinta de lo que nos es familiar. Eso apunta quizás hacia un tipo lingüístico bastante diferente. Sería apasionante penetrar tan profundamente en la prehistoria de nuestra propia lengua. Pero desgraciadamente los indicios son muy escasos y se incurre fácilmente en la mera elucubración. Si es posible obtener de ahí alguna información válida, está todavía por conseguir.

Capítulo VI

IDEAS GENERALES SOBRE EL SISTEMA FONÉTICO

Para cerrar las cuestiones de fonética no queda más que presentar en forma conjunta el inventario completo de fonemas indoeuropeos. El sistema común del que derivan todos los dialectos históricos, incluidas las lenguas anatolias, es:

Vocales:	a, e, i, u	(o, e, i, u en la versión tradicional)
Diptongos:	ai, ei, au, eu	(oi, ei, ou, eu en la versión tradicional)
Sonantes:	l, r, m, n	
Laringales:	H_1, H_2, H_3	
Oclusivas:	($p^{ʔ}$), $t^{ʔ}$, $k^{ʔ}$, $k^{ʔw}$	(b, d, g, g^w en la versión tradicional)
	p, t, k, k^w	(p, t, k, k^w en la versión tradicional)
	b, d, g, g^w	(bh, dh, gh, g^wh en la versión tradicional)
Silbante:	s	

En todo sistema fonológico existen casos de *alofonía.* Es decir: siempre suele haber fonemas que tienen dos o más articulaciones distintas, dependientes del contexto fonético en que aparecen. Los casos de alofonía son importantes para la historia de las lenguas, porque uno de los sucesos que con frecuencia alteran los sistemas fonológicos es el desdoblamiento de los alófonos en otros tantos fonemas (lo que llamamos *fonologización* de alófonos). Naturalmente no podemos pretender conocer con detalle todos los casos de alofonía indoeuropea. Pero sí podemos detectar algunos de ellos precisamente por su ulterior comportamiento diacrónico.

Los fonemas /i/, /u/, /r/, /l/, /m/, /n/, /H_1/, /H_2/, /H_3/ tenían cada uno de ellos dos alófonos, uno vocálico y otro consonántico. Las velares tenían un alófono palatal [k', g'] ante las vocales /e/, /i/, y otro velar [k, g] en las demás posiciones. La serie sorda (p, t, k, k^w) tenía un alófono aspirado [ph, th, kh] cuando iba seguida de una laringal (quizás también en otros contextos). De [k^wh], sin embargo, tenemos menor constancia.

Todos esos casos de alofonía tendrán efectos diacrónicos importantes. Pero los acontecimientos mayores que presidirán la evolución del sistema fonológico indoeuropeo son otros dos, uno de ellos llamado a alterar el vocalismo y otro el consonantismo. El suceso que desencadena la transformación del vocalismo es la eliminación de las laringales, que tiene dos consecuencias potenciales:

1) incrementar el número de timbres de cuatro a cinco mediante la generación de una nueva /a/ que arrastrará en algunos dialectos a la antigua hacia el timbre /o/. Sólo en las lenguas en que eso se produce, se llega al inventario clásico de timbres (a/e/i/o/u). Paralelamente se introducen los diptongos /oi/, /ou/.

2) Crear las vocales largas. El sistema clásico de diez vocales (a/e/i/o/ /u/ā/ē/ī/ō/ū) resulta ser, en consecuencia, meramente dialectal. No todos los dialectos han atravesado por esa fase.

En el consonatismo, el suceso que desencadena la evolución del sistema antiguo es la pérdida de la glotalidad, probablemente como consecuencia de la emigración de los hablantes indoeuropeos fuera del área geográfica de estos fonemas y su asentamiento sobre substratos que carecían de tan compleja articulación. Eso da lugar a varios prototipos dialectales:

1) El más frecuente es el que reduce las series a dos por confusión de la I con la III:

b, d, g, g^w
p, t, k, k^w

De él parten la mayoría de los dialectos: báltico, eslavo, iranio, etc.

2) Con mantenimiento de las tres series hay dos modalidades:

a) Armenio, Germánico:

(p), t, k, k^w
ph/f, th/þ, kh/x, k^wh/x^w
b, d, g, g^w

b) Griego, Latín:

b, d, g, g^w
p, t, k, k^w
ph, th, kh, k^wh

3) Con incremento a cuatro series: el sánscrito, por influjo del substrato (y con fonologización de los alófonos aspirados de las sordas):

b, d, g, g^w
p, t, k, k^w
bh, dh, gh, g^wh
ph, th, kh, k^wh

Como puede verse, el sistema convencional con las tres series *sonora/sorda/sonora aspirada* no es el de la lengua común, ni tampoco un prototipo por el que haya atravesado en su prehistoria ningún dialecto ni conjunto de dialectos. Simplemente no ha existido nunca.

Naturalmente, a esos diversos prototipos sobrevinieron nuevas alteraciones fonéticas propias de cada dialecto. Pero también aquí hay varias grandes pautas de evolución. Una será la eliminación, antes o después, con uno u otro resultado, de la otra articulación compleja: las labiovelares. Otra la fonologización de los alófonos palatales de las velares. Finalmente, diversos procesos relacionados con la /s/: creación de nuevas silbantes, distintas por su localización: s/ʃ; introducción de la sonoridad: s/z; aspiración de /s/ (> /h/); etc.

Para resumir en dos palabras la línea evolutiva del consonantismo indoeuropeo, tendríamos que decir que el tipo antiguo en la familia se caracteriza por su abundancia en articulaciones posteriores (glotales, velares, labiovelares, y quizás las llamadas *laringales)* y en oclusivas de doble punto articulatorio. El paso a los tipos modernos consistirá generalmente en la eliminación de las articulaciones complejas: primero las glotales, eliminadas prácticamente por todas las lenguas antes de su irrupción en la historia. Y luego las labiovelares, con cronología muy variable según los dialectos. Y en segundo lugar, se producirá un progresivo desplazamiento de las articulaciones desde atrás hacia delante: desaparece la articulación glotal, se eliminan las laringales, se pierden las labiovelares y en cambio, se crean palatales, nuevas silbantes, etc., con lo que la balanza se inclina hacia un predominio de los órganos articulatorios anteriores (labios, dientes, paladar duro, punta de la lengua).

Capítulo VII

RAÍCES Y PALABRAS

En nuestra propia lengua española, lo mismo que en su forma antigua el latín y en su más remoto antepasado el indoeuropeo, la unidad significativa esencial y más característica es la palabra. Es la que con más facilidad aísla el hablante espontáneamente (lo que no quiere decir que sea capaz de hacerlo siempre de una forma infalible). Las otras unidades, inferiores y superiores, normalmente sólo son perceptibles gracias a un grado mayor o menor de reflexión gramatical.

Una palabra es, por lo general, el resultado de la unión de dos tipos de morfemas, portadores de funciones muy diferentes. Por una parte está la raíz (o morfema semántico) y por otra están los sufijos, prefijos, desinencias, etc. (morfemas gramaticales). La raíz es la responsable del sentido básico de cada palabra. Por ejemplo, ella es la que hace que *perro* signifique «un determinado animal de cuatro patas», mientras que *rojo* signifique «un determinado color». Por su parte, los morfemas gramaticales son aquellos que hacen que el sentido básico de cada palabra se vea ligeramente modificado dentro de la variabilidad gramatical. Por ejemplo, *perro* puede ser modificado en *perro-s* «determinados animales de cuatro patas» gracias al morfema gramatical *-s*.

Hay dos grandes grupos de lenguas: las que añaden los morfemas gramaticales (desde ahora *morfemas* a secas) tras la raíz y aquéllas que los ponen ante la raíz. Nuestra familia lingüística pertenece típicamente a las primeras: los morfemas se sitúan tras la raíz, con mínimas excepciones, generalmente implantadas en épocas más o menos recientes.

Un hecho interesante, cuya causa y origen ignoramos, es que en indoeuropeo había dos tipos de raíces, muy diferentes en forma y comportamiento. Por una parte están las que llamamos nominal-verbales, porque con ellas se construyen nombres, adjetivos y verbos. De otra las pronominales, que se encuen-

tran en los pronombres, y frecuentemente —no siempre— en las preposiciones, adverbios y partículas. De éstas últimas hablaré cuando trate de los pronombres.

En conjunto, las raíces nominal-verbales tenían una forma bastante homogénea. No podían terminar en vocal. Toda raíz terminaba necesariamente en consonante o sonante (incluidas /i/ y /u/). Cuando aparentemente una raíz termina en vocal larga, se reduce al tipo ordinario en virtud de la existencia previa de una laringal final: **dō-* «dar» era realmente en indoeuropeo **deH*$_3$*-*. Normalmente tampoco podían comenzar con vocal. Una raíz como **ag-* «llevar» tenía en realidad la forma **H*$_2$*eg-*. Hay algunas, muy pocas, que comienzan por vocal y sin embargo no ofrecen ningún indicio de que delante hubiera nunca una laringal, excepto el hecho de comenzar por vocal. La más característica es **es-* «ser». Postular para ellas una antigua laringal inicial sería incurrir en una verdadera petición de principio. Pero ese tipo de raíz es realmente excepcional, por lo que, aun aceptando su existencia, puede mantenerse la afirmación de que normalmente la raíz indoeuropea comenzaba y terminaba por consonante o sonante.

El inventario mínimo de fonemas que integran, pues, una raíz indoeuropea es C(onsonate) + V(ocal) + C(onsonante), bien entendido que aquí «consonante» cubre por igual oclusivas, fricativas, laringales y sonantes. E. Benveniste pretendió que ese inventario que yo he llamado *mínimo* constituía el *único* esquema posible entre las raíces indoeuropeas, de modo que todo fonema que excediera ese número debía ser considerado, sin excepción, un morfema adicional. Son muchos los indoeuropeístas que actualmente operan con ese presupuesto que, sin embargo, es probablemente demasiado esquemático. De hecho Benveniste manejaba en su argumentación un elenco bien limitado de raíces indoeuropeas: apenas setenta, cuando en el diccionario etimológico indoeuropeo de J. Pokorny pueden contabilizarse en torno a las dos mil, gran parte de las cuales no se atiene fácilmente a tal esquema sin forzar la artificialidad del análisis morfológico.

Raíces con el inventario mínimo (CVC) son, entre muchas otras, **bher-* «llevar, (so)portar», **men-* «pensar», **g*^{w}*hen-* «golpear, matar», **dheH*$_1$*-* «amamantar», etc. Con una tercera consonante (CCVC/CVCC) encontramos por ejemplo **geus-* «gustar, saborear», **gerbh-* «rayar», **gneH*$_3$*-* (> **gnō-*) «conocer», **gembh-* «morder», etc. Para cualquiera de estas últimas, afirmar —como hace Benveniste— que la verdadera raíz es respectivamente **geu-*, **ger-*, **gen-*, **gem-*, y que la tercera consonante de cada una *(-s, -bh, -H*$_3$*, -bh)* es un sufijo, carece de verdadero fundamento y es incurrir también en petición de principio.

No todas las consonantes y sonantes del sistema indoeuropeo que hemos inventariado aparecen con la misma frecuencia en las raíces. Y, por otra parte, si tomamos el conjunto de las dos primeras consonantes de cada raíz, no todas

las combinaciones son posibles. Tanto en un sentido como en el otro existen importantes restricciones de distribución. Por ejemplo, las labiovelares son en general escasas. La /s/ es enormemente más frecuente en la posición de primera consonante que en la de segunda. Las oclusivas en su conjunto presentan una frecuencia normal en la primera posición, mientras que en la segunda son bastante escasas. Exactamente al contrario que las sonantes, cuya frecuencia en primera posición es normal, y en cambio son frecuentísimas en segunda.

En lo que a combinación de ambas consonantes se refiere hay una primera gran restricción, que abarca a cualquier tipo de consonante o sonante: ambas posiciones no pueden estar ocupadas a la vez por el mismo fonema. Es decir: no caben fórmulas como *ses-, mem-, tet-,* $k^{w}ek^{w}$*-, geg- yey-,* etc. Las restantes restricciones afectan sólo a las oclusivas. Pero son numerosas y severas, y todas se refieren a los modos de articulación o series. Como las series son tres ([Son]ora/[Sor]da/Sonora [A]spirada en la formulación tradicional), la combinación entre las dos primeras consonantes de cada raíz arroja nueve posibilidades: Son-Son, Son-Sor, Son-A, Sor-Son, Sor-Sor, Sor-A, A-Son, A-Sor, A-A. Pues bien, de esas nueve, hay tres prácticamente excluidas: A-Sor (1 raíz), Son-Son (2 raíces), Sor-A (3 raíces); tres más o menos toleradas, con un uso muy restringido: Son-A (5 raíces), A-Son (9 raíces), A-A (11 raíces); y tres de aparición abundante: Son-Sor, Sor-Son, Sor-Sor.

Con la definición fonética tradicional de las tres series, el conjunto de esas restricciones carece de cualquier explicación racional. Es algo que constatamos, pero cuyas causas se nos escapan. En cambio, la nueva definición que propicia la teoría glotálica arroja alguna luz sobre este problema. Ya dije más arriba cómo se explica brillantemente la restricción Son-Son, que con la nueva definición es (Gl)otalizada-(Gl)otalizada, mediante un fenómeno de disimilación de la primera en una secuencia de dos glotales, que de hecho se produce con frecuencia en lenguas reales. Pero además, si adoptamos la definición de la tradicional aspirada como una sonora, tal como he propugnado más arriba, resulta un nuevo panorama en el que comienzan a entreverse algunos principios de racionalidad, aunque no todo quede explicado hasta el último detalle.

Con esa nueva definición de las series ([Gl]otalizada/[Sor]da/[Son]ora), las cosas quedan como sigue:

1) *Combinaciones de uso libre:*

Gl-Sor	($t^{ʔ}$et-,	$t^{ʔ}$ek-,	$k^{ʔ}$et-,	etc.)
Sor-Gl	(tet^{ʔ}-,	ket^{ʔ}-,	tek^{ʔ}-,	etc.)
Sor-Sor	(tet-,	tek-,	ket-,	etc.)

2) *Combinaciones de uso restringido:*

Gl-Son	($t^{ʔ}$ed-	$t^{ʔ}$eg-,	$k^{ʔ}$ed-,	etc.)
Son-Gl	(det^{ʔ}-,	get^{ʔ}-,	dek^{ʔ}-,	etc.)
Son-Son	(bed-,	ged-,	deb-,	etc.)

3) *Combinaciones prohibidas:*

Son-Sor	(det-,	dep-,	gek-,	etc.)
Sor-Son	(ted-,	ped-,	keg-,	etc.)
Gl-Gl	($t^{?}ek^{?}$-,	$k^{?}et^{?}$-,	$k^{w?}et^{?}$-,	etc.)

Como puede verse, las restricciones que antes carecían de explicación encuentran ahora una clave. Aparte de la ya explicada de dos glotales consecutivas, todo el cuadro pivota sobre el rasgo de la sonoridad. Las combinaciones prohibidas son aquellas en que las dos consonantes tienen una sonoridad distinta (Sonora-Sorda y Sorda-Sonora). Probablemente esas combinaciones fueron eliminadas como consecuencia de asimilaciones de sonoridad, prevaleciendo en la mayoría de los casos la sorda, con el resultado Sor-Sor que, como sabemos, es una de las combinaciones más frecuentes con dos oclusivas. En once raíces hay Sonora-Sonora (esquema que hemos llamado «tolerado»), igualmente con nivelación de sonoridad.

Las combinaciones más frecuentes son aquéllas que reúnen dos sordas entre sí o una sorda con una glotalizada, lo que resulta congruente con lo que acabo de decir, ya que las glotalizadas eran igualmente sordas. Finalmente, la combinación de una sonora con una glotalizada tiene un uso restringido, en lo que pueden influir diferentes factores. Por ejemplo, el hecho de que al ser ambos tipos de fonemas más marcados que las sordas, tuvieran un uso menos frecuente que éstas, lo que desde luego es evidente para las glotalizadas. Y por consiguiente el encuentro en una misma raíz de una y otra clase era estadísticamente menos probable. Tal vez hubiera igualmente una restricción por tener ambos distinta sonoridad, pero tal restricción parece en todo caso haber sido menos severa que cuando interviene una sorda simple y una sonora.

Resulta así que el conjunto de las restricciones gravita sobre tres factores, todos ellos explicables dentro de un juego verosímil de asimilaciones y disimilaciones:

a) Imposibilidad de que un mismo fonema se repita (disimilación).
b) Disimilación de una secuencia de dos glotales consecutivas.
c) Asimilación de sonoridad/no sonoridad.

Las raíces indoeuropeas no tienen en principio la capacidad de aparecer solas (o, como solemos decir los indoeuropeístas, en forma de *raíces puras)* Normalmente van provistas de uno o más morfemas, en número mayor o menor, formando esas unidades fundamentales que llamamos palabras. Pero, además, existía en indoeuropeo la posibilidad de unir dos raíces, cuya suma resultante actuaba a su vez como un núcleo radical que mediante la adición de los correspondientes morfemas se transformaba en una palabra. A ese procedimiento llamamos «composición», y a las palabras resultantes «compuestos». El español tiene una posibilidad limitada de formar compuestos. Nuestra len-

gua los tolera con dificultad, y se muestra torpe para su creación. Formas como *afilalápices* o *lavavajillas,* son posibles, pero no resultan un procedimiento ágil ni frecuente, a pesar de que algunas de ellas estén más introducidas que otras, como *sacapuntas, lavacoches* o *salvoconducto.* Sin embargo, aunque el español no cuenta con un caudal abundante de compuestos, ofrece casi toda la gama de posibilidades que tenía el indoeuropeo. Casi todos los ejemplos que he puesto pertenecen a la modalidad que equivale a un verbo con su complemento: *lavacoches* = «que lava coches»; *afilalápices* = «que afila lápices»; etc. En las lenguas indoeuropeas antiguas y en la lengua común indoeuropea los había de la misma naturaleza: latín *armiger* = «que porta armas», *pontifex* = «que construye puentes» (del que nuestro *pontífice* es el heredero), etc. Pero a diferencia del español en que la palabra que equivaldría al verbo va delante y el complemento detrás, en indoeuropeo y en las lenguas indoeuropeas antiguas el orden es normalmente el inverso. Es decir, en indoeuropeo no se diría, permítaseme el juego, *lavacoches,* sino *cocheslava.* Esa diferencia en el orden de los dos términos del compuesto es reflejo del orden habitual que en la lengua creadora del compuesto tiene el grupo del verbo con su complemento. Quiero decir que el orden del compuesto español *lavacoches* no hace sino reproducir el orden sintáctico verbo-complemento *(Agapito lava coches).* Éste es uno de los indicios que tenemos —en realidad tenemos diversos otros— de que el orden más común en indoeuropeo, al igual que en muchas lenguas indoeuropeas antiguas, era el inverso al del español: complemento-verbo, del tipo de latín *matronae moeros complent* (literalmente «las matronas las murallas llenan» [Ennio, *An.* 371]).

Junto a esa modalidad de compuestos hay en español —y había en indoeuropeo— diversas otras. Por ejemplo el tipo que consiste en unir dos adjetivos, como *agridulce,* que tiene un equivalente casi exacto en griego γλυκύπικρος. O el que equivale a un sintagma nombre-genitivo o nombre-adjetivo, del que *salvoconducto* puede ser un ejemplo. O, para terminar, el que solemos llamar «posesivo» porque equivale a frases que comienzan siempre por «que tiene»; por ejemplo *cuellicorto, patilargo,* que equivalen respectivamente a «que tiene el cuello corto», «que tiene las patas largas».

Todas las lenguas indoeuropeas antiguas cuentan con todos o casi todos estos tipos de compuestos. En lo que se diferencian mucho unas de otras es en su abundancia. En algunas, la composión constituye un procedimiento de enorme rendimiento. Por ejemplo en griego y en sánscrito (y entre las modernas, en alemán). Mientras que en otras la frecuencia es muy inferior, como en hetita, o incluso en latín. En el siglo pasado se imaginó que la lengua común contaría con una abundancia similar a la del griego y el sánscrito. Hoy no sabríamos si en lo que a composición se refiere, el indoeuropeo era una lengua como ésas últimas o más bien como el hetita o el latín. Pero quizás no estuviéramos muy lejos de la verdad si suponemos que la abundancia composicional

del griego y el indo-iranio es un desarrollo tardío del que no participaron otros dialectos.

Los tipos de compuestos que acabo de citar dan siempre como resultado un nombre (substantivo o adjetivo). Nunca un verbo. Es por ello que los solemos llamar *compuestos nominales.* No parecen, en cambio, haber existido en indoeuropeo compuestos verbales, que sí puede haberlos en otras familias lingüísticas. Casos como el del latín *animadvertere,* compuesto de *animus* y de *advertere,* con el resultado de un verbo (que significa «atender»), son completamente excepcionales en la familia indoeuropea.

En latín, en griego clásico y en la mayoría de las lenguas indoeuropeas antiguas son, en cambio, muy frecuentes los verbos compuestos con preposición o preverbio. También lo son en nuestras lenguas modernas. Por ejemplo, a partir del verbo simple *poner,* tenemos numerosos compuestos como *imponer, re-poner, de-poner, sobre-poner, super-poner, ex-poner, dis-poner, contra-poner.* Sin embargo, en la lengua común indoeuropea tal procedimiento tampoco existía: el verbo y lo que equivaldría al preverbio eran palabras completamente independientes que podían aparecer alejadas entre sí, con diversas otras palabras intercaladas. El procedimiento de soldarlas ha sido en general bastante reciente. Tanto que en las lenguas con una tradición escrita verdaderamente antigua, como el griego y el sánscrito, podemos observar su desarrollo a la luz de la historia.

Hemos dicho antes que las palabras son las unidades más características en las lenguas de nuestra familia. De hecho, lo son igualmente en numerosas de otras familias. Sin embargo no en todas hay las mismas clases de palabras. En español, por ejemplo, tenemos nueve clases: *substantivo, adjetivo, artículo, pronombre, verbo, adverbio, preposición, conjunción* e *interjección.* Como, digo, todas esas clases no son en modo alguno universales. Hay muchas lenguas que no tienen artículo, por ejemplo el latín. Otras carecen de adjetivos, o al menos de una clase numerosa e importante de adjetivos, como la que hay en las nuestras. En cambio, parece que exista en todas las lenguas humanas la clase del pronombre. Y prácticamente no se conoce ninguna lengua en que de una forma o de otra no se distingan entre sí como cosas diferentes los nombres de los verbos.

En indoeuropeo, por lo que sabemos, es seguro que había las clases del *substantivo, adjetivo, verbo* y *pronombre,* y que no había la del *artículo.* Probablemente no existían conjunciones subordinativas y sólo unas pocas coordinativas, de las que **we* «o» y *$k^{w}e$ «y» son las más seguras. Naturalmente, debemos suponer que habría *interjecciones.* Pero su reconstrucción no es nada fácil, al tratarse de elementos cuya alta expresividad los sitúa en riesgo de frecuente renovación. Una de las más probables es **ō,* con un valor quizás muy cercano al que aún hoy tiene en español («oh»). Y, finalmente, se dibuja una clase adicional que, con características más o menos homogéneas, debió

englobar todo lo que nosotros incluimos en nuestros adverbios y preposiciones.

El procedimiento funcionalmente más rentable y a la vez más característico de las palabras indoeuropeas es el que llamamos *flexión.* Su esencia consiste en el hecho de que las palabras no tienen una forma única y constante, sino varias parcialmente diferentes. Y esas diferencias parciales son portadoras de información de varia índole. No todas las palabras indoeuropeas se flexionaban, sin embargo. Quedan fuera de ella las clases menores (conjunciones, adverbio-preposiciones e interjecciones) y, en parte, los numerales. En cambio, las clases mayores tenían una rica y variada flexión, que se divide en dos grandes modalidades: la nominal para substantivos y adjetivos y la verbal para los verbos. Por su parte los pronombres cuentan con una variedad de la nominal, sólo parcialmente diferente.

Los procedimientos formales empleados en las flexiones son de dos tipos: 1) Sufijos, que constituye el elemento esencial y 2) Alternancias vocálicas y desplazamientos de la posición del acento, que son recursos accesorios y en gran medida redundantes. Precisamente el carácter redundante posibilitó que paulatinamente fueran siendo eliminados en las lenguas históricas, en mayor o menor medida, hasta quedar la sufijación como procedimiento prácticamente exclusivo.

Las alternancias vocálicas y los cambios de posición del acento, como recursos flexivos, están en indoeuropeo en esa situación que Bàrtoli llamaba *fase sparita,* lo que en principio es señal de arcaísmo. Quiero decir que la sufijación es el recurso «moderno» en la familia indoeuropea, el que ya desde la lengua común es el esencial, con tendencia a convertirse en único. Mientras que las alternancias vocálicas y la posición del acento constituyen una especie de supervivencia de etapas mucho más antiguas que apenas si podemos entrever.

Por otra parte, las alternancias vocálicas parecen ser —al menos en lo que al grado ø se refiere— una consecuencia derivada de la posición del acento y siempre en armonía con él. Por lo que es legítimo pensar que los desplazamientos del acento son el recurso flexivo verdaderamente antiguo. Antes de la introducción de la sufijación como recurso flexivo, nuestra familia lingüística pudo haber atravesado, pues, por una etapa en la que se perfila como una de esas lenguas que llamamos *aislantes,* sin sufijación ni prefijación, en que las funciones gramaticales se expresarían mediante fenómenos suprasegmentales (acentuativos o tonales) y, quizás, por el orden de palabras. Tal es, por ejemplo, en nuestros días, el vietnamita. Pero que nadie se llame a error, porque aunque nuestra familia lingüística hubiera efectivamente atravesado por tal fase, ello no indicaría ninguna relación con el vietnamita ni con ninguna otra de esa clase de lenguas. Los parecidos tipológicos no implican parentesco genético.

En indoeuropeo, pues, la sufijación es el procedimiento vivo y operativo para la flexión. No existe prácticamente la prefijación. Sin embargo, hay diferentes indicios que podrían interpretarse como restos fósiles de una etapa anterior. Los principales son la llamada *s* móvil (que puede estar presente o ausente como fonema inicial de una raíz sin que cambie para nada ni el sentido ni la función: **teg-* y **steg-* «cubrir»), y ciertas peculiaridades en la distribución de fonemas en posición inicial de raíz. Naturalmente esos indicios nos conducen por un camino diferente del examinado en el párrafo anterior. Nos llevan a pensar que nuestra familia indoeuropea habría atravesado una etapa de lengua prefijante, con orden básico V(erbo)-S(ujeto)-O(bjeto), para lo que hay también algún otro indicio, como diré al examinar las desinencias verbales. Y ese tipo es incompatible con el modelo vietnamita. En realidad, estamos hablando ahora de etapas muy lejanas de nuestra familia lingüística y todo lo que de esas fases afirmemos es altamente especulativo. Pero ambas posibilidades no son necesariamente contradictorias.

En resumen, el indoeuropeo en su última fase común fue una lengua de morfología sufijadora y de sintaxis con orden básico SOV. Pero ni lo uno ni lo otro ha sido siempre así en el pasado. En el propio indoeuropeo subsisten indicios de diversos otros estadios anteriores. En alguno de ellos tal vez la morfología fue prefijante y la sintaxis de tipo VSO. En otro (¿anterior?, ¿posterior?) las funciones gramaticales pudieron ser expresadas por la posición del acento y el orden de palabras. Todo esto lo intuimos más que lo sabemos. Intentar precisar más sobre el particular sería entregarse a la especulación gratuita.

Capítulo VIII

LOS GÉNEROS

Por tenerlos nuestra lengua materna probablemente nos parece natural que los nombres se dividan en dos (o más) géneros y que dispongamos de un recurso sistemático para distinguir machos de hembras o mujeres de hombres. Sin embargo, aunque la existencia de géneros no es en modo alguno una rareza, probablemente son más numerosas las lenguas sin géneros, al modo del inglés, que las que lo tienen, al modo del español.

Una división del vocabulario de una lengua en géneros, como por ejemplo en nuestro caso *masculino/femenino* supone no solamente que tengamos dos formas distintas para las palabras que expresan seres vivos, una para la hembra y otra para el macho, como en *lobo/loba* (y vicariamente en los adjetivos como *bueno/buena).* Tiene además una implicación tan arbitraria como que todas y cada una de las palabras que designan seres sin sexo hayan de ser catalogadas necesariamente o como masculinas o como femeninas. Qué cosa puede ser más gratuita que el designar *globo* o *zapato* con palabras que corresponden al género de los seres machos y, en cambio, *lámpara* o *máquina* con palabras propias de las hembras. O dar al *sol* el género masculino y a la *luna* el femenino: repárese en que estas dos últimas palabras tienen en alemán los géneros exactamente a la inversa: *Sonne* «sol» es femenino mientras que *Mond* «luna» es masculino.

Pues bien, ninguna de esas dos implicaciones del género resulta imprescindible. Ni siquiera la que podría parecer útil como es distinguir machos y hembras. La otra resulta obvio que carece de toda utilidad semántica. En efecto, para la inmensa mayoría de las especies de seres vivos el hombre no tiene ninguna necesidad o interés en distinguir el macho de la hembra. Poca diferencia hay en que nos clave su aguijón un mosquito macho o hembra; en que nos devore un tiburón del uno o el otro sexo; o en que el camarero nos sirva un besugo o una besuga. En realidad, los animales cuyo sexo nos importa

son muy pocos. Y resulta que para ellos, en gran medida, tenemos una palabra totalmente diferente —no la misma con variación de género— para el macho y para la hembra. Comenzando por los seres humanos, tenemos *varón/mujer, padre/madre, nuera/yerno, marido/mujer.* Y entre animales, *caballo/yegua, toro/vaca, abeja/zángano.*

Ese procedimiento léxico para distinguir los sexos, en las especies en que eso interesa, resulta suficiente semánticamente, y no comporta la contrapartida engorrosa de tener que atribuir necesariamente un género a todos y cada uno de los seres inanimados, como nos ocurre en español. Y esa forma léxica es una de las que utilizan de ordinario las lenguas que carecen de género masculino/femenino.

Pero si bien en el terreno de la distinción semántica el género no es recurso imprescindible, ni tan siquiera de una utilidad suma, hay otra vertiente de la lengua en que sí resulta rentable: el de la concordancia sintáctica. En las lenguas que no tienen un orden de palabras obligatorio se hace necesario un procedimiento que indique a qué substantivo va referido qué adjetivo en las ocasiones en que hay dos o más alternativas posibles. Y el género es uno de los procedimientos empleados en ese cometido.

Tampoco nuestros familiares *masculino/femenino* son los únicos géneros posibles, aunque son quizá los más frecuentes. Las nociones que las lenguas pueden convertir en géneros gramaticales son verdaderamente insospechadas. En tagalo (Filipinas) hay dos géneros: uno para los nombres propios y otro para los nombres comunes. En dyirbal (Australia) hay masculino, femenino, comestibles no cárnicos y neutro. En navajo hay trece géneros: objetos redondos, seres vivos, objetos que se dan en grupo, continentes rígidos con contenido, objetos compactos, masa, objetos que asemejan lodo, etc., pero ninguno de ellos distingue masculino/femenino.

Para hablar del género en indoeuropeo tenemos, como casi siempre, que distinguir épocas. Y concretamente, en lo que al género se refiere, podemos establecer con razonable seguridad dos sucesivas. La más antigua, anterior a la separación de la rama anatolia, cuenta con dos géneros: *animado/inanimado.* Aquellos remotos antepasados de las estepas no disponían de los géneros *masculino/femenino.* Ésa fue una división que escindió el antiguo género animado en dos variedades, en fecha relativamente reciente. El hetita y demás lenguas anatolias nunca contaron con ellas.

En todas las lenguas indoeuropeas, tanto en las que tienen dos géneros *(animado/inanimado)* como en las que tienen tres *(masculino/femenino // inanimado)* sucede lo mismo que vimos en español: son numerosas las palabras que pertenecen a un género incongruente con la naturaleza de los seres que designan. La anomalía más frecuente consiste en que seres inanimados sean expresados por palabras de género animado, bien sea masculino o femenino. De ello los ejemplos son innumerables. Lo contrario, que seres animados dis-

pongan de palabras de género inanimado, es más bien excepcional. De ello son ejemplos la palabra latina *scortum* «prostituta» o la griega ἀνδράποδον «esclavo».

Los lingüistas del siglo XIX creyeron poder obtener de esas anomalías alguna información sobre las concepciones que los indoeuropeos tenían del mundo y de los seres, e incluso sobre sus creencias religiosas. Para ello siguieron ideas que suelen atribuirse al filólogo alemán J. Ch. Adelung (1732-1806), aunque tal vez él las recogiera de una tradición anterior. Los indoeuropeos, según esa doctrina, tendrían de los seres que integran este mundo concepciones muy diferentes de las que tenemos nosotros, hombres imbuidos de la racionalidad que caracterizó al siglo de las luces o caracteriza al s. XX. En concreto, la división entre seres vivos y seres inertes no sería para aquellos hombres primitivos la misma que para nosotros. Ellos pudieron concebir como vivos a cantidad de seres que nosotros sabemos inertes. La lluvia que fecunda, la tierra que da fruto, el viento o el fuego que destruyen, y un inacabable *etcétera* serían, para nuestros antepasados, seres vivos y por ello contarían con palabras de género animado.

Revestida de ropaje etnológico, esa doctrina fue llamada *teoría del animismo,* doctrina del s. XIX que pretendía que el hombre primitivo concebía como dotada de *alma* a la naturaleza toda, lo que explicaría el nacimiento de las religiones primitivas en que se adora la naturaleza y sus manifestaciones. Esa explicación se encuentra aún hoy en no pocos manuales y se continúa repitiendo acríticamente en no pocas cátedras.

Sin la menor intención de restar mérito a la figura de Adelung, que para la filología alemana fue uno de los grandes fundadores, debo decir sin rodeos que tal explicación del género es una pequeña monserga, disculpable en Adelung, pero imperdonable hoy. Prescindo ya del hecho de que en el terreno de la etnología haga ochenta años que se desechó la teoría animista, sin que tantos y tantos indoeuropeístas parezcan haberse enterado. Pero es que ni aunque fuera correcta tal doctrina serviría para explicar el comportamiento del género en nuestra familia lingüística. Si la doctrina animista tuviera razón, serían *todos* los seres los que el hombre primitivo concebiría como dotados de alma y por tanto animados. No unos sí y otros no. Y con ello tampoco se explicaría que los seres inertes aparezcan repartidos arbitrariamente en ambos géneros.

Pero prescindamos de la doctrina etnológica del animismo. ¿Podría obedecer la atribución de géneros en la familia indoeuropea a que determinadas entidades —no todas— eran concebidas como seres vivos por parte de nuestros remotos antepasados? Pues tampoco esa versión *ad hoc* del animismo logra llegar demasiado lejos. En efecto, con frecuencia las mismas entidades presentan géneros distintos de una lengua a otra y a veces los dos géneros en una misma lengua. Y nadie ha sido capaz nunca de sistematizar efectivamente qué seres concebían los indoeuropeos como vivos y cuáles como inertes porque en

principio la atribución de géneros es semánticamente anárquica. Y en cambio, significativamente, está fuertemente condicionada por razones formales. De modo que la apelación al animismo como explicación del género se ha convertido en una muletilla cómoda que ahorra a muchos el esfuerzo de plantearse rigurosamente el problema.

La forma en que se expresaban los géneros tampoco carece de interés, incluso extralingüístico. La diferencia entre animados e inanimados se establecía mediante un uso discriminado de la marca del acusativo. De ello hablaré algo más detenidamente al tratar de los casos. Como no había géneros *masculino/femenino*, los sexos se explicitaban, cuando la situación lo requería, de varias formas. Para los seres humanos, el indoeuropeo operaba en la forma que arriba he descrito: utilizando dos términos diferentes. «Mujer» dispuso de dos palabras, **(e)sor-* y **g^{w}enā,* de las cuales **(e)sor-* es probablemente más antigua; para «varón» había también dos posibilidades: **nḗr* y **wiros.* «Padre» era **pətḗr* y «madre» **mā́tēr;* «hermano/hermana», respectivamente **bhrā́tēr/-*swesór;* «hijo/hija» eran **sūnús* y **dhug(h)ətḗr*; «abuelo/abuela», **awos* y **anos;* «nuera/yerno», **snusos* y **gem-;* «cuñado/cuñada», **daiwḗr* y **glṓ[u]s.* En cambio, para los animales no hay huella de tal procedimiento.

Respecto al recurso de derivación gramatical del tipo *lobo/loba* para diferenciar el sexo de los animales, hay que hacer un distingo obvio. Tal proceder no existió en absoluto en el indoeuropeo anterior a la separación de los anatolios, porque como hemos dicho se creó más tarde. Pero en la lengua común postanatolia tampoco parece haber sido frecuente. Uno de los pocos animales que podrían haber contado con una pareja de ese tipo es el caballo. Una forma de femenino **ekwā* correspondiente al masculino **ekwos* se encuentra históricamente en varias lenguas: sánscrito *áśvā,* avéstico *aspā,* latín *equā,* lituano antiguo *ešva.* La presencia en áreas laterales (que no queda del todo invalidada por el testiomonio lituano) debería llevar a pensar que es un arcaísmo. Sin embargo, Meillet defendió que se trataba de una formación dialectal. El problema resulta insoluble en rigor. Pero tampoco es de gran trascendencia, porque en cualquier caso la moción gramatical de este tipo para expresar macho/hembra es seguro que no existió en indoeuropeo pre-anatolio y que o no existió tampoco o a lo sumo fue completamente excepcional en la lengua común postanatolia.

Verosímilmente, los indoeuropeos utilizaban una palabra única para los animales de ambos sexos, tal como aún hoy nosotros hacemos con numerosas especies, como *tigre, buitre, tapir* o *merluza.* Y en las ocasiones en que les resultara necesario especificar el sexo, lo más frecuente debió ser recurrir a perífrasis como «una hembra de castor», «un escorpión macho» o «el esturión hembra». De hecho es ése un proceder frecuente en lenguas indoeuropeas antiguas y modernas. Que ésa debió ser la fórmula usual lo demuestra el hecho de que una de tales perífrasis dio lugar a la creación de uno de los dos sufijos

históricos para la derivación gramatical del femenino: 1) -**ā*, que aún hoy pervive como marca de femenino en un buen número de lenguas indoeuropeas, incluida la nuestra; 2) -**ī*, que nunca ha existido en español porque tampoco existía como tal ya en latín.

Ese segundo sufijo se encuentra en diversas lenguas indoeuropeas antiguas, como por ejemplo en sánscrito, donde «dios/diosa» se dice *devás/devī́*, «lobo/loba» es *vṛ́kas/vṛkī́*, etc. Pero antes de convertirse en sufijo de femenino era en realidad una desinencia de genitivo, con el significado genérico que podríamos traducir en español por «de». Y en esa antigua función de genitivo ha permanecido en latín y celta. Y aunque en italiano no subsiste como marca viva de genitivo, la encontramos fosilizada en multitud de apellidos del tipo Agostini «[hijo] *de Agostino», Vicini* «[hijo] de *Vicino»,* gracias a la elipsis del sobreentendido «hijo».

La perífrasis que funcionó en indoeuropeo para designar hembras de los animales es la que equivale a la española «hembra de...», funcionalmente paralela a la de «hijo de...». Para designar la «hembra de lobo» debió decirse en indoeuropeo algo así como **dhḗlus wl̥kʷī́.* Y en virtud de una elipsis similar a la que origina los apellidos a partir del nombre del padre en genitivo, para designar la «loba» se pasó naturalmente de **[dhḗlus]*wl̥kʷī́* a simplemente **wl̥kʷī́.* Y una vez consolidada en el uso la forma con elipsis, -**ī́* fue dotada de una flexión y se convirtió en un sufijo para derivar femeninos.

Probablemente para personas, además del procedimiento de dos palabras diferentes para cada sexo, que hemos visto sobre todo en términos de parentesco, existió un procedimiento paralelo al de los animales: «mujer de...». Hay datos históricos que indican que el término para «mujer» utilizado en tales perífrasis era **esor-* (con diversas combinaciones posibles en el vocalismo de las dos sílabas: **esr̥/*osr̥/*sor/*esor).* La palabra como tal ha tendido a ser reemplazada por la más reciente *gʷenā,* pero ha sobrevivido como arcaísmo en fases antiguas de algunas lenguas históricas: griego homérico ὄαρ «mujer, esposa», hetita *ašar-* «mujer», avéstico *āharī* «hembra, mujer». De las perífrasis para derivar femeninos con esta palabra queda huella histórica en algunos casos de derivación peculiar, como hetita *išḫas* «señor, dueño», frente a *išḫaaššaraš* «señora, dueña», *ḫaššus* «rey» frente a *ḫaššušaraš* «reina». En indoiranio y celta hay restos de un sistema en que el femenino de los numerales «tres» y «cuatro» se deriva mediante la citada palabra para «mujer»: sánscrito *tisras* (<**trisres* <**tr-esr-es*) «tres [femenino]» frente a *tráyas* «tres [masculino]»; y *cátasras* (< **kʷet-esr-es*) «cuatro [femenino]» frente a *catvāras* «cuatro [masculino]». Este sistema, como quizás otros recursos parciales para distinguir hembras de machos y mujeres de varones, no prosperó demasiado. Era poco ágil para generar un femenino morfológico. Y cuando, por otros procedimientos más cómodos de derivación, llegó a crearse, esos otros conatos fueron arrumbados, quedando de ellos tan sólo huellas fosilizadas.

El otro sufijo, -**ā*, tiene un origen muy distinto. En el siglo pasado J. Schmidt afirmó que antes de ser femenino -**ā* habría expresado abstractos y colectivos, usos de los que más tarde habría derivado por una parte el valor femenino y por otro, en relación con el valor colectivo, el de neutro de plural. Esa idea tuvo bastante aceptación desde el primer momento. Pero la confirmación la encontraron mucho después, y casi simultáneamente, V. Georgiev y C. Watkins. En alguna lengua anatolia este sufijo, en su forma previa a la eliminación de los fonemas laringales, aparece como *-aḫi* y efectivamente cuenta con valores de abstracto y de colectivo.

La evolución de colectivo a plural se entiende perfectamente porque una palabra que exprese una realidad colectiva, como por ejemplo «rebaño» está semánticamente expresando de hecho una pluralidad (en nuestro caso de animales). En cambio, el paso a femenino exigiría una causa externa o circunstancial, ya que no hay una relación semántica necesaria entre lo uno y lo otro. Y esa causa circunstancial podría haber sido bien la que Brugmann apuntó, bien otra similar: el hecho de que la palabra para expresar mujer, **gʷenā*, comportaba de suyo esa *-ā* (¿porque era parte integrante de la raíz misma? ¿porque **gʷenā* era originariamente un abstracto?). Y por analogía con el nombre de mujer, obviamente femenino de suyo, se tendió a añadir esa *-ā* a otras palabras que designaran mujeres o animales hembra.

Cuando estos dos sufijos, a veces contaminándose entre sí, se impusieron como marca de femenino, la lengua indoeuropea contaba de antemano con los pares de palabras distintas para designar hombre/mujer, del tipo padre/madre, etc. Y en ellos no penetró inicialmente el sistema de derivación mediante sufijo. Esas palabras, casi siempre de parentesco, pertenecen a una zona poco renovable del léxico. No obstante, milenios después de la introducción de los sufijos -**ī́*, -**ā*, en nuestra lengua se han substituido algunos de los viejos pares: **sūnus/*dhug[h]ətḗr* había sido ya reemplazado en latín por *filius/filia* (de donde nuestros *hijo/hija); *bhrā́tēr/*swésōr* (que aún se conservaban en latín *frater/soror)* han sido reemplazados por *hermano/hermana; *awos/*anos* por *abuelo/abuela; *daiwḗr/*glō[u]s* por *cuñado/cuñada*. Sin embargo, otros subsisten aún, como *padre/madre, nuera/yerno*.

Desde hace años se viene librando una curiosa polémica, suscitada desde posiciones feministas. Algunos participantes de esa ideología creen encontrar en el lenguaje todo un filón de discriminaciones sexistas, que tendría su máximo exponente en la manera de operar los géneros masculino/femenino e incluso en la propia existencia de dos categorías morfológicas diferentes para distinguir a los hombres de las mujeres. Uno de los aspectos que mayor discriminación suponen —a juicio de los feministas— es el hecho de que cuando una forma plural engloba a hombres y mujeres prevalezca el masculino, como en «vosotros y nosotras somos *europeos*».

En la polémica han intervenido lingüistas y, como de un hecho general a toda nuestra familia lingüística se trata, a veces indoeuropeístas de prestigio, como es el caso del recién citado norteamericano C. Watkins. Los lingüistas suelen argumentar que eso no implica discriminación o desdoro para las mujeres, sino que se trata de un mero tecnicismo sin transcendencia ideológica. Simplemente el género masculino opera como término no marcado en la oposición masculino/femenino y es una ley general en el funcionamiento del lenguaje que cuando se produce la neutralización de una oposición porque intervengan simultáneamente ambos miembros o por diversas otras razones, es el término negativo el que aparece. Por ejemplo, cuando se trata de los géneros animado/inanimado, si hay neutralización aparece el género inanimado, sin que ello suponga que la lengua refleje una mayor estima o aprecio de los hablantes hacia los seres inertes o una preterición o menosprecio de los seres vivos.

Pero esos razonamientos no suelen satisfacer a los feministas. Ellos suelen contraatacar preguntando por qué es precisamente el masculino y no el femenino el término no marcado. Y en realidad no les falta su parte de razón. Si como hemos visto más arriba, la lengua es la materia prima del pensamiento, difícilmente podría ocurrir que el que en nuestra familia lingüística el género masculino haya sido el elegido para actuar como término no marcado, carezca de toda implicación ideológica y, una vez establecido, no favorezca determinadas situaciones. Pero no quiero tratar aquí en su conjunto el complejo tema de la discriminación sexual y su reflejo en el lenguaje. Me voy a limitar a una breve reflexión sobre el comportamiento del género gramatical.

Cuando una oposición se establece (en el lenguaje y en cualquier aspecto de la vida) opera como término no marcado la variedad considerada *más natural*. Y suele considerarse más natural la variedad más frecuente; o la que actúa como «fondo» frente a «figura»; o, en su caso, la considerada *principal* por cualquier razón. Por ejemplo, en la oposición rubio/moreno es obvio que en Finlandia ser rubio será lo natural por serlo casi todo el mundo, mientras que ser moreno es una rareza. En cambio, en la India ocurrirá exactamente lo contrario. En la oposición *derecha/izquierda* es la derecha la que opera como término no marcado en nuestra sociedad. Lo natural es ser diestro; los zurdos eran incluso reprimidos hasta hace bien poco. En otra sociedad podría ser a la inversa. Naturalmente, en muchas ocasiones no es una cuestión de frecuencia. Por ejemplo, en la oposición presente/pasado, el miembro que una determinada lengua elija como *más natural* y por ello no marcado, no dependerá de la frecuencia, sino de otras cuestiones no siempre fáciles de dilucidar, a veces aparentemente gratuitas, pero que sin duda reflejan ciertos aspectos concretos de la mentalidad del pueblo que hace la elección. Es frecuente que se elija el *presente* como más natural que el pasado, quizás por el simple hecho de que los hablantes tienen siempre ante sus ojos lo presente, mientras que lo pasado se va borrando de la memoria.

Más arriba hemos visto cómo la perífrasis que dio lugar al surgimiento del femenino fue la de «hembra de lobo». Naturalmente, de haberse impuesto la perífrasis de «macho de lobo» hubiera surgido como marcado el género masculino. Pero el hecho es que sucedió al contrario. Y ello implica que los indoeuropeos en la oposición macho/hembra tenían por *más natural* el macho y por lo tanto cuando el animal de que se hablaba era macho no había por qué indicarlo, o al menos su indicación era menos frecuente. En cambio, era necesario especificar el sexo *menos natural*.

No es difícil comprender que en una sociedad patriarcal como era la indoeuropea, en que la descendencia es patrilineal, en que la herencia se trasmite a los hijos varones, en la que las mujeres ocupan una posición subordinada o dependiente, sea el sexo masculino el considerado como *más natural*. En ello tienen razón los feministas. Aunque en otros aspectos probablemente sus quejas tengan menos fundamento. En efecto, el comportamiento de los géneros masculino/femenino en nuestras lenguas no refleja la ideología machista de nuestra sociedad del siglo xx, sino la de la sociedad de nuestros remotos antepasados cuando así lo establecieron. Una vez establecido, el mecanismo operará inexorablemente igual durante milenios, independientemente de que las mujeres logren el sufragio universal, la igualdad de derechos o la liberación sexual. Y cualquier intento de alterar artificialmente de manera finalista ese mecanismo está condenado al fracaso.

Capítulo IX

NÚMERO

En nuestras lenguas occidentales modernas los nombres tienen, además del género, tan sólo una verdadera alteración flexiva, que expresa la variación de *número*. Mediante la presencia o ausencia de un determinado sufijo los nombres pueden significar unidad o pluralidad, como en *conmoción/conmocion-es*.

Singular y *plural* son los números que existen en las lenguas que nos son familiares. Pero no son los únicos posibles, aunque sí los más frecuentes con mucho en el conjunto de las lenguas del mundo. Teóricamente sería posible elegir como número gramatical cualquiera de la serie ilimitada de los números naturales. Sin embargo, aparte de *singular* y *plural,* se encuentran de hecho tan sólo estos otros: *dual* (dos), *trial* (tres), *cuadral* (cuatro), *paucal* (unos pocos), *multitudinal* (muchos).

El *dual* es relativamente frecuente. Hay lenguas con *dual* entre las aborígenes australianas; en la América precolombina; en África suroccidental; entre las neoindias, neoiranias y semíticas de Asia; y en Europa, entre las eslavas, bálticas y, en menor medida, germánicas. Más raro es el *trial,* que se encuentra fundamentalmente en dos enclaves: en el extremo meridional de América del Sur y en el rincón suroccidental de África. El *paucal* y el *multitudinal* suelen darse juntos, comportándose como dos variedades de plural, el uno para pequeños conjuntos y el otro para multitudes. Se encuentran por ejemplo en abipon (lengua de una tribu guaycuru, en la región argentina del Chaco), en taitiano y en árabe. El *cuadral* es una verdadera rareza.

El inventario de los números gramaticales de cada lengua no puede consistir en una selección arbitraria entre las posibilidades mencionadas, sino que se establece una especie de cadena en que cada eslabón exige la existencia del anterior. No puede haber cuadral si antes no existe trial; ni trial sin dual; ni dual sin plural. De modo que los inventarios posibles son *singular/dual/trial/cuadral/plural;* o *singular/dual/trial/plural;* o *singular/dual/plural;* o *singular/plural.* Pero no son

posibles, por ejemplo, combinaciones como *singular/plural/trial;* ni *dual/plural;* ni *singular/dual,* etc. Ese comportamiento de los números gramaticales es uno de los Universales del lenguaje humano de más rígida observancia. De hecho no se ha encontrado ni una sola lengua real del presente ni del pasado que lo contraríe ofreciendo una de las combinaciones prohibidas.

Para establecer el inventario de los números gramaticales existentes en indoeuropeo tenemos, como en tantas ocasiones, que distinguir etapas. El indoeuropeo anterior a la escisión anatolia contaba, como la mayoría de las lenguas del mundo, con sólo dos números, *singular/plural.* El plural opera como término marcado. Eso, desde el punto de vista formal indica que en el singular no se añade morfema de número, sino que es el plural el que recibe una marca específica. Concretamente había dos marcas de plural: *-*es/-s* e *-*i.* La primera de ellas se utilizaba sobre todo con los substantivos y, a través de diversos avatares que no creo necesario detallar aquí, es la que ha terminado por imponerse en español como única: león/leon-es, perro/perro-s. La segunda era la que aparecía en los pronombres. Y también a través de diversos episodios peculiares, es la que ha terminado imponiéndose en italiano.

En una etapa posterior a la separación de la rama anatolia se comenzó a introducir un tercer número, el dual, que sin embargo no hay pruebas concluyentes de que llegara nunca a implantarse en todas las ramas dialectales. Y en las que se llegó a implantar adquirió grados de desarrollo variables. Las ramas donde alcanzó mayor implantación fueron el indo-iranio y el eslavo, seguidas del báltico y el griego. Pero incluso en ellas el detalle de la morfología es tan heterogéneo que todo conduce a pensar que en amplia medida se trata de un desarrollo dialectal.

El punto en que coinciden todas las lenguas que tienen dual en alguna medida es el morfema de nom.-ac. *-*ō:* griego ἵππω «dos caballos», sánscrito *áśvā* «idem», etc. Esa *-*ō* probablemente se extendió como marca de dual a partir de una palabra indoeuropea que significaba de suyo «ambos, uno y otro», en la que *-*ō* era parte de la raíz: **bhō* (< **bheH*$_3$). De ahí, por una analogía fácil de comprender, pasó al numeral «dos», que en indoeuropeo era previamente **dwoi.* Por ese procedimiento **dwoi* se vio modificado en **dwō.* Ese paso lo dio la lengua común, y por lo tanto lo heredaron todas las ramas de la familia indoeuropea, excepto probablemente la anatolia. En cambio, las siguientes extensiones no tenemos seguridad de que se dieran en la lengua común. Más bien hay razones para pensar que sólo se realizaran en algunas ramas. La siguiente extensión —verosímilmente dialectal, como digo— afectó a palabras que designan ciertas realidades de ordinario emparejadas, como por ejemplo los dos protagonistas del acto del habla, «tú y yo»: el pronombre plural **nos,* se vio modificado en **nō* para los casos en que se refería sólo a dos personas. Y así sucesivamente. Fuera de este morfema de nominativo-

acusativo, y en la medida que acabo de indicar, las restantes formas del dual deben ser tenidas por desarrollos meramente dialectales.

En 1830 publicó W. von Humboldt una pequeña monografía sobre el número dual *(Über den Dualis),* que ejerció una decisiva influencia en las ideas que los indoeuropeístas se hicieron en las décadas siguientes sobre la historia del dual en nuestra familia lingüística. En realidad, son muchos los que todavía hoy siguen aferrados a ellas.

W. von Humboldt observó sobre el mapa que el dual se encuentra frecuentemente en lenguas habladas por pueblos de cultura primitiva. Y de ahí obtuvo una primera conclusión, en realidad poco fundada: que los números gramaticales concretos (dual, trial) son categorías primitivas, propias de pueblos poco desarrollados culturalmente. Y, dando un paso más en su deducción, improvisó una explicación de ese hecho: que esos pueblos primitivos carecerían de plural porque no habrían alcanzado todavía la suficiente capacidad de abstracción como para desarrollar la noción de pluralidad. Aplicada a nuestra familia lingüística, esa conclusión de von Humboldt suponía que el dual tenía que ser en indoeuropeo la supervivencia de algo antiquísimo, y desde luego anterior al plural. A pesar de que eso no casa bien con los datos comparativos, resultaba congruente con diversas creencias de la época, como la del mayor arcaísmo del sánscrito, que es la lengua con un dual más desarrollado; o la de que la lengua común contó con un sistema flexivo más amplio y rico que cualquiera de sus descendientes. Y en consecuencia, la gran antigüedad del dual en la familia indoeuropea se repite desde entonces como un dogma.

Sin embargo, aquellas ideas de Humboldt no tienen buen fundamento y por lo tanto tampoco las conclusiones que sobre ellas se montaron sobre el dual indoeuropeo. En efecto, dejando a un lado el hecho de que hay numerosas lenguas de pueblos cultivados que tienen dual (griego, sánscrito, eslavos, germanos) y de que hay numerosos primitivos que no lo tienen (cuenca del Amazonas, por ejemplo), resulta que todas las lenguas que tienen dual —sin una sola excepción—, por primitivo que sea el pueblo que las habla, tienen también plural. Con lo que la hipótesis de la incapacidad para abstraer un plural cae por su base. Así pues, la Tipología nos informa de que no hay ninguna lengua que tenga como números *singular/dual,* lo que resta fundamento a su vez a la supuesta mayor antigüedad del dual respecto al plural. No puede haber surgido en nuestra familia lingüística el dual antes que el plural, porque ello hubiera dado lugar a una de las combinaciones de números gramaticales que sabemos no se dan en las lenguas reales: *singular/dual.* Ésta es una de esas felices ocasiones en que las predicciones de la Tipología coinciden con los datos comparativos, que ya apuntaban de suyo hacia un carácter más reciente del dual que del plural. Así pues, nuestra familia lingüística, como todas las lenguas reales, tuvo primero singular y plural. Y sólo posteriormente se introdujo en medida limitada un dual.

Hay un interesante hecho comparativo que demuestra por sí solo la mayor antigüedad del plural. Se trata de la morfología del numeral «dos». La verdadera raíz de ese numeral es **du,* que aparece con esa forma en el derivado latino *dubius* (< **du-bhyos* «con dos alternativas») y en diversos compuestos, como latín *du-plex* «plegado en dos» (de donde nuestros *duplicidad, duplicar,* etc.), letón *du-celes* «vehículo de dos ruedas», prácrito *du-jihva* «que tiene dos lenguas», etc. En estos empleos de la forma **du* tenemos usos del numeral desprovisto de toda marca de número gramatical (como lo están otros numerales **penk^{w}e* «cinco», etc.). Sus restos históricos son escasos, pero tienen a su favor dos factores: el aparecer en áreas laterales, y el ser *formas anómalas.* Ambos son signos inequívocos de arcaísmo.

Por su parte, las variantes con *-*i (*dwoi* y **dwi)* son formas caracterizadas como plural, mediante uno de los dos morfemas que antes cité, concretamente el propio de los pronombres *-*(o)i.* Y esa forma de plural **dw(o)i* es la más usual en compuestos (cf. sánscrito *dvi-pad-,* griego δίποδος, latín *bi-pedus* (de **dwi-podos/-pedos* «que tiene dos pies»). Eso demuestra que ésa era la forma usual del numeral «dos» cuando se convirtieron en una sola palabra compuesta los antiguos sintagmas de *numeral+substantivo,* como en el tipo español *Trescantos.* Dado que en la última época indoeuropea la forma del numeral «dos» era **dwō,* las formas con marca de plural *(*dwoi, *dwi)* no tienen más remedio que ser anteriores. Por lo demás, la variante con marca de dual *(*dwō)* no aparece en compuestos, lo que demuestra que no era la forma vigente del numeral «dos» cuando cristalizaron los procedimientos de composición. A esto último hacen excepción tan sólo algunos numerales del tipo griego δυώ-δεκα, donde resulta comprensible que se introdujera la forma renovada del numeral «dos» con su nueva marca *-*ō.*

CAPÍTULO X

LOS CASOS

La tercera y más compleja categoría de la flexión nominal es el *caso*. Los substantivos aparecen en la cadena hablada realizando una gama variadísima de funciones. Y es necesario que las lenguas dispongan de recursos suficientes para que el oyente sea capaz de entender el mensaje de su interlocutor, lo que exige una atribución correcta de cada función al nombre que le corresponde. Un mensaje que, como el que sigue, carezca de las necesarias marcas de función resultará perfectamente ininteligible: *la tienda Ciriaco amenazó Luis Gustavo*. Basta con restituir las tres marcas de función que he suprimido para que resulte diáfano: *en* la tienda *de* Ciriaco amenazó Luis *a* Gustavo.

Aunque, como digo, las funciones posibles de un substantivo son muy numerosas, podemos agruparlas en tres ámbitos: 1) Distinguir el agente y el paciente de los verbos transitivos; 2) Expresar las circunstancias de la acción; 3) Determinar a otro nombre. (Aparte hay que mencionar la expresión del complemento indirecto, que en algunas lenguas es tratado como una función gramatical distinta, mientras que en otras se comporta como una circunstancia más de la acción.)

La necesidad de expresar esas funciones es universal, es decir: se da en todas las lenguas del mundo. Pero hay grandes diferencias entre unas y otras en el modo en que se realiza. En un tipo de lenguas las funciones se atribuyen automáticamente por el orden que ocupa cada substantivo; la forma de las palabras es invariable sean cuales sean sus funciones; y tampoco se utilizan palabras auxiliares que las expresen; son lenguas que llamamos de tipo *aislante*. En otras, como es el caso del español, se emplean pequeñas palabras auxiliares antepuestas (preposiciones) o postpuestas (postposiciones). En concreto, en nuestra lengua para distinguir el *agente* del *paciente* se utiliza el siguiente sistema: ninguna marca para el agente y la preposición *a* para el paciente, como en *Guillermo adora a Gumersinda*. A veces para el paciente tampoco se

utiliza ninguna marca, como en *Andrés riega el jardín.* Cuándo se utiliza y cuándo no se utiliza la preposición *a* en español para marcar el paciente es algo mucho más complejo de lo que puede parecer a primera vista. Y por lo demás la situación está evolucionando lentamente desde hace siglos, tendiéndose a utilizarla cada vez con más frecuencia. Para la función de determinar a otro nombre usamos la preposición *de,* y para funciones circunstanciales toda una batería de preposiciones y giros preposicionales: *por, con, de, desde, hacia, en,* etc.

En un tercer tipo de lenguas las funciones de los substantivos se expresan mediante pequeñas variaciones de la forma de los mismos, al conjunto de las cuales llamamos flexión. Así en latín la palabra para «lobo» con la función de agente es *lupus,* con la función de paciente es *lupum,* con la función de determinante de otro nombre es *lupī* y en función circunstancial *lupō* en la mayoría de las ocasiones.

En la medida en que tenemos constancia, el tipo flexivo deriva del preposicional/postposicional. Quiero decir que una preposición, con el paso de los siglos se termina soldando al substantivo cuya función expresa, pasando a constituir entre ambas una nueva palabra indivisible. La preposición se habrá convertido así en un prefijo flexivo. Y paralelamente, las postposiciones en sufijos flexivos. Pero a su vez las flexiones, una vez constituidas, tampoco duran eternamente. El paso del tiempo tiende a deteriorar fonéticamente sus marcas de función, hasta eliminarlas por completo, con lo que será necesaria la introducción de marcas nuevas. Y el ciclo vuelve a comenzar. Por ejemplo, el sufijo latino de paciente era, como queda dicho, una *-m (Caesarem).* Pero esa *-m* se perdió fonéticamente en el paso al español, con lo que *Caesarem* se vio convertido en *César,* y para la función paciente se hizo necesaria una nueva marca, concretamente la preposición *a (a César).*

En las lenguas flexivas llamamos *caso* a cada una de esas formas parcialmente distintas con que cuenta cada palabra. Pero el número de casos varía considerablemente de una lengua a otra. Para el primer grupo de funciones (el agente y el paciente) no hay gran variabilidad: normalmente las lenguas cuentan con dos casos, uno para cada una de esas funciones. Más raramente, algunas tienen tres, estableciendo ciertas divisiones semántico-sintácticas que no creo necesario detallar aquí. Tampoco hay grandes diferencias para la función de determinante de otro nombre: normalmente las lenguas tienen un solo caso que llamamos *genitivo.* A veces hay dos, distinguiéndose entonces un *genitivo* y un *posesivo;* o dos tipos de posesión, *alienable/inalienable,* o algunas otras posibilidades.

Es en la expresión de las circunstancias donde se dan grandes diferencias en los inventarios. La variedad de circunstancias que pueden intervenir en las diversas acciones es tan amplia que no resulta susceptible de una cuantificación concreta. En realidad constituye un inventario abierto. Y cada lengua es

muy dueña de confundir variedades de circunstancias que otras distinguen y viceversa. Por ejemplo en español tenemos un inventario cerrado de 16 preposiciones propias capaces de expresar otras tantas circunstancias diferentes y que *sensu lato* podrían ser consideradas otros tantos casos circunstanciales. Pero eso no es todo. Además hay un inventario abierto de giros preposicionales capaces de precisar más detalladamente determinadas circunstancias, que se incrementa y renueva constantemente.

En las lenguas flexivas normalmente no hay posibilidades tan amplias como en las preposicionales. Pero aun así, los inventarios de casos circunstanciales ofrecen gran variabilidad. Hay lenguas que se arreglan con uno solo para todas las circunstancias (o casi todas, porque algunas de ellas pueden ser recogidas por algunos de los otros casos: el «lugar hacia donde» por el mismo caso que el paciente; el «lugar de donde» y la «materia» por el genitivo). Y en el extremo opuesto hay otras con amplísimos inventarios. Por ejemplo, el vasco tiene diez casos circunstanciales: sociativo («con»), destinativo («para»), instrumental («acerca de»), inesivo («en»), elativo («desde»), alativo («a»), alativo final («hasta»), alativo directivo («hacia»), partitivo («de»), prolativo («por»).

El indoeuropeo era, como ya dije más arriba, una lengua flexiva en la modalidad sufijante. Todas las lenguas indoeuropeas antiguas lo son igualmente, por haberlo heredado así de la lengua común. Ese punto no ofrece ninguna duda, y sobre ello no hay vacilación ni discrepancia. En cambio, el inventario de casos existentes en indoeuropeo es objeto de controversia en algunos de sus puntos, como iremos viendo en las páginas que siguen.

Es seguro que para la distinción del agente y el paciente, el indoeuropeo, como la gran mayoría de las lenguas del mundo, tenía dos casos. Uno de ellos, al que llamamos *acusativo,* estaba destinado a la expresión del paciente. El otro, al que solemos llamar *nominativo,* era el encargado de expresar el agente de un verbo transitivo y el sujeto de un verbo intransitivo. Además era la forma en que los nombres aparecían en una serie de usos fuera de toda relación sintáctica: al mencionar simplemente un nombre, al poner un título, al hacer una relación de personas o de objetos, etc.

A esa forma de sistematizar las funciones (agente, sujeto de verbo intransitivo y usos no funcionales en un mismo caso [nominativo], y paciente en otro [acusativo]) le damos el nombre de *sistema acusativo*. Por muy natural que esa distribución pueda parecernos a nosotros, hablantes de una lengua con sistema acusativo, no es la única posible. Hay una sistematización alternativa bastante frecuente, que interesa mencionar aquí. Tiene también dos casos para distinguir el agente del paciente, pero distribuye entre ellos las funciones de forma inversa: a uno se asigna la función de agente, caso al que solemos llamar *ergativo;* y el otro, que designamos con el nombre de *absolutivo,* se encarga de expresar el paciente de los verbos transitivos, el sujeto de los intransitivos y

los usos no funcionales. Esta modalidad se conoce con el nombre de *sistema ergativo.*

El nominativo indoeuropeo estaba caracterizado de una de estas tres maneras alternativas: 1) Con sufijo -**s* (latín *suaui-s,* griego ἡδύ-ς, sánscrito *svādús* «dulce»), 2) Con alargamiento de la última vocal (latín *pater,* griego πατήρ, sánscrito *pitā́(r)* < **pətḗr* «padre»), 3) Sin ninguna marca, con lo que el nominativo coincide exactamente con el tema puro (latín *fēmina* «mujer», griego ἱερά «sagrada», sánscrito *priyā́* «querida», lituano *dienà* «día», etc., todos de tema en *-ā).* Y, por su parte, el acusativo estaba caracterizado uniformemente por -**m:* latín *femina-m,* griego ἱερά-ν, sánscrito *priyā́-m,* lituano *dienà* (todos ellos de -**ā-m).*

Este sistema de marcas, sin embargo, no era general. Operaba con él sólo una parte de los substantivos, mientras que otra parte carecía de todo recurso para distinguir el agente del paciente. Esa carencia no es, sin embargo, tan inconveniente como a primera vista pudiera parecer. Al fin y al cabo eso es exactamente lo que sucede en español cuando el paciente no lleva la preposición *a.* En una frase como la que antes mencioné *(Andrés riega el jardín)* resulta que ni el agente ni el paciente llevan ninguna marca de función. Y, sin embargo, nadie se llamaría a error: ni un solo español dudaría en que es Andrés el regador y el jardín el regado. Y eso no se debe, como pudiera parecer, al orden de palabras. Aunque cambiáramos el orden en términos de *riega el jardín Andrés,* o *riega Andrés el jardín,* a nadie se le ocurriría entender que es el jardín el que riega a Andrés. La razón primordial es de índole semántico-referencial: son los hombres los que normalmente riegan los jardines y no al contrario.

En indoeuropeo el sistema de marcas descrito para distinguir agentes de pacientes opera en casi todas las palabras que designan seres animados (con escasísimas excepciones) y en la mitad de las que designan seres inanimados. Y no opera en esos pocos seres animados y en la otra mitad de los inanimados. Las palabras que operan con ese sistema constituyen el género animado, y las que no operan con él forman el inanimado. Y ése es precisamente el único rasgo que diferencia a ambos géneros.

A principios de siglo, cuando los estudiosos occidentales comenzaron a conocer y estudiar diversas lenguas de sistema ergativo (el vasco y el esquimal, principalmente), un lingüista holandés, C. C. Uhlenbeck (1866-1951), sugirió que en una fase antiquísima el indoeuropeo habría sido una lengua de sistema ergativo, antes de haberse convertido en una de sistema acusativo. La sugerencia recibió algunas rápidas adhesiones. Y treinta años después el tema fue recogido por el francés A. Vaillant, y posteriormente por A. Martinet, entre otros. En España F. R. Adrados ha defendido ideas en todo equivalentes, aunque sin acogerse al título de *teoría de la ergatividad* con que tal corriente de opinión ha sido bautizada.

Un conocimiento somero de las lenguas de ergativo sirvió a principios de siglo de plataforma tipológica para el lanzamiento de esta teoría. Y ha sido un conocimiento más exacto del funcionamiento de los sistemas acusativo y ergativo, propiciado por la moderna Tipología lo que ha servido para poner de relieve sus deficiencias hasta el punto de resultar francamente inverosímil. Lo que no impedirá que, por prejuicio o por inercia, la supuesta ergatividad indoeuropea se siga repitiendo durante mucho tiempo con la letra o sin la letra, como si de un hecho establecido se tratara. Tanto razones de índole comparativa como de verosimilitud tipológica llevan a pensar que antes del sistema acusativo clásico lo que hubo en indoeuropeo fue simplemente otro sistema acusativo, ligeramente diferente. Pero no un sistema ergativo. Y desde luego los géneros animado/inanimado nada tienen que ver con la ergatividad, ni con el animismo que es su complemento casi inevitable.

Una peculiaridad poco común de los nombres en indoeuropeo es que contaban en singular con una forma casual específica para llamar, invocar o exhortar, que llamamos *vocativo.* Y digo poco común porque de ordinario esas funciones suelen ser recogidas en un sistema acusativo por el caso nominativo, lo que de hecho sucedía en indoeuropeo para el plural. El vocativo estaba caracterizado precisamente por la ausencia de toda marca, consistiendo simplemente en el tema puro. Y eso nos lleva a otra anomalía, que algunos han empleado como argumento tipológico en favor de la teoría de la ergatividad: en un sistema acusativo lo que se espera, por razones de economía funcional, es que el nominativo carezca de marca, que consista en el tema puro, y que sea el caso que exprese el paciente (acusativo) el que se marque. Así sucede en la mayoría de las lenguas de acusativo, como en español: en nuestras oraciones transitivas se marca el paciente y no el agente, como en *Isidoro aburre a las ovejas.* Sin embargo, como acabamos de ver, en indoeuropeo, con las palabras de *género animado* en que operaba el sistema, se marcaba siempre el paciente, pero en la mayoría de las ocasiones se marcaba también el caso que expresa el agente (nominativo).

En las lenguas de sistema ergativo sucede lo contrario: se marca positivamente el caso que expresa el agente (ergativo), mientras que queda sin marca el que expresa el paciente (absolutivo), que coincide así con el tema puro. De este comportamiento de los sistemas acusativo y ergativo que el funcionalismo prevé y la Tipología confirma, algunos han deducido argumentos en favor de la teoría de la ergatividad. Su razonamiento no es muy firme. Porque el indoeuropeo no se comporta nunca como una lengua de ergativo, marcando el agente y dejando el paciente sin marca. En el peor de los casos lo que hace es marcar ambos (acusativo con -**m,* nominativo con -**s* o alargamiento); en otras se comporta como un sistema acusativo puro (acusativo -**m,* nominativo sin marca). Pero los defensores de la ergatividad indoeuropea suponen que la

-**s* para el agente es antiquísima y que, en cambio, la -**m* para el paciente es un añadido reciente, con lo que imaginan una etapa (la anterior a la introducción de -**m*) en que sólo se marcaba el agente, con lo que tendríamos un sistema ergativo.

No quiero acometer una refutación en regla de la teoría de la ergatividad, que ya efectué en otro libro. Aquí me voy a limitar a algunas reflexiones indicativas. El suponer una mayor antigüedad de -**s* en el sistema carece de toda base comparativa. De haber indicios sobre la mayor antigüedad de la una o la otra, sería en todo caso a favor de -**m*, que está presente como marca de paciente en otras familias lingüísticas que muchos consideran hoy emparentadas con la indoeuropea, como en el último capítulo veremos. Este indicio, que por el momento tampoco puede tenerse por seguro, supondría una enorme antigüedad del sistema acusativo y su marca -**m* en nuestra tradición lingüística.

Pero pasemos a un argumento más inmediato, que aquí interesa presentar para la clarificación del vocativo. La anomalía de la existencia de un vocativo específico resulta estar relacionada con la del nominativo marcado, por el hecho de que el vocativo (que asume funciones normalmente incluidas en el nominativo, como en el propio plural indoeuropeo) consiste precisamente en la forma no marcada que se esperaría para el nominativo. Es decir: el vocativo tiene la forma que se esperaría para el nominativo, junto con una parte de las funciones que de ordinario desempeña. Es por ello que ambas anomalías han de recibir una explicación conjunta.

Por otra parte, esa explicación no resulta difícil. El nominativo y el vocativo son el resultado de la escisión de un caso único anterior que reunía todas las funciones que ambos se reparten. Ese caso único anterior consistía formalmente en el tema puro, forma que con la escisión quedó adscrita al vocativo. Y la escisión se produjo por la irrupción de una marca -**s* como alternativa a la ausencia de marca, probablemente mediante un mecanismo analógico.

Todo este proceso es tardío, tanto que en parte es posterior a la escisión de la rama anatolia. La cronología relativa de los hechos ha debido ser como sigue: la introducción de -**s* en ciertos nominativos comenzó en indoeuropeo preanatolio. Pero las consecuencias de ahí derivadas —creación o no de un vocativo diferenciado— debieron cristalizar con posterioridad a la separación de la rama anatolia, que en ello siguió un camino ampliamente independiente.

En la esfera de la determinación nominal el indoeuropeo reciente dispuso de un solo caso, que llamamos *genitivo*. Éste es otro de los puntos seguros del sistema. Su expresión formal la conocemos también con bastante precisión. La marca casi universal era una silbante, que podía aparecer con cualquiera de los tres vocalismos **es/os/s*, repartidos según criterios que estimo innecesario detallar aquí. La pérdida de la flexión ha hecho que tal desinencia de genitivo no sobreviva en español, reemplazada funcionalmente por la preposición *de*. No

obstante, ha dejado ciertos restos fósiles en la modalidad más típica de los apellidos españoles: *Sánchez* (como tantos y tantos otros apellidos) conserva en su final *-ez* esa desinencia indoeuropea, concretamente en su modalidad *-*es* (a través de latín *-is).* En otra lengua, familiar hoy día a muchos españoles, como es el inglés, también ha quedado un cierto uso de ella. Me refiero al llamado *genitivo sajón* del tipo *Elisabeth's house.*

Junto a esa desinencia de genitivo había otra que ya he citado más arriba: *-*ī,* que fue la que dio origen al femenino. En latín todavía se empleaba en su función genérica de genitivo y, precisamente por eso, ha sobrevivido también fosilizada en los apellidos italianos, tal como expliqué más arriba. Si en una etapa anterior hubo alguna diferencia funcional entre *-*ī* y *-*es/os/s* —es decir, si el indoeuropeo tuvo en algún momento dos variedades de genitivo, como sucede en algunas lenguas— o si, por el contrario, ambas fueron siempre alomorfos en distribución complementaria, es algo que no podemos precisar.

Es posible rastrear algún morfema de genitivo en la familia indoeuropea, aún más antiguo que los dos mencionados. Hace muchos años se sugirió la posibilidad de una antiquísima desinencia *-*n,* en desuso y reducida a restos fósiles ya en la misma lengua común. Podríamos rastrearla, concretamente, en la *-n* de los heteróclitos (en que habría pasado analógicamente del genitivo a los demás casos, menos el nominativo); en el genitivo del pronombre personal de 1.ª *(*me-ne,* frente al acusativo **me);* y en algunas formas de femenino como **pot-n-ī,* derivada del masculino **potis,* curiosa forma que acumula dos desinencias de genitivo, sucesivamente fosilizadas como elementos de derivación, tal como sucede en ciertos apellidos, por ejemplo italiano *de Agostini (de* e *-ī,* de cronología bien distinta). Este antiquísimo morfema de genitivo es hipotético en la familia indoeuropea. Quiero decir que no tenemos una evidencia directa de su actuación sistemática como genitivo en la lengua común. Se trata más bien de una deducción a partir de usos que no son ya en su mayoría genitivales. Pues bien, lo que resulta llamativo es que en otras familias lingüísticas, que se han puesto en conexión genética con la indoeuropea en virtud de otros argumentos, resulta existir un genitivo en *-n,* principalmente en la urálica y en la altaica.

Hay lenguas en que el mero orden de palabras es marca suficiente para indicar la función de determinación nominal. Una vez más, el inglés puede servir de ejemplo: *the North star* es «la estrella del Norte» (la estrella polar) y no «el Norte de la estrella». La marca en tales casos es simplemente el orden: en el sintagma nombre-nombre sin preposición, el inglés tiene un orden obligatorio *determinante-determinado.* En otras lenguas puede ser el orden inverso.

En el indoeuropeo más reciente no existía tal recurso: todo nombre en función de determinante tenía que llevar obligatoriamente la marca de genitivo. Sin embargo, el orden determinante-determinado, usual en los compuestos nominales (cf. sánscrito *rāja-putrás* «hijo [*putrás*] del rey [*rāja-*]») es testi-

monio de que en una fase más antigua —aquella en que se plasmó el procedimiento de la composición— era ése el recurso (o uno de los recursos) para marcar la determinación nominal en nuestra familia lingüística.

El *dativo* es el último de los casos cuya atribución al indoeuropeo es unánimemente admitida. La doctrina tradicional supone que este caso contaba con un sufijo único, -**ei,* que combinaba de forma variable con el fonema final de las diferentes palabras a las que se añadía. Si se trataba de un tema en *-n* el resultado era *-nei;* si *-r, -rei;* si *-ā, -āi* (por contracción de -**āei);* y si *-o, -ōi* (por contracción de -**oei).* En realidad tal concepción resulta demasiado mecánica y simplista. Y diferentes datos comparativos indican que no siempre era así. De hecho en los temas en *o/e* las lenguas históricas tienen tanto -**ōi,* acorde con tal doctrina, como -**ō,* que resulta inexplicable dentro de esas coordenadas. Y, por añadidura, en hetita la desinencia *-a* (comparable con la -**ō* de otras lenguas) se da en toda clase de palabras, no sólo las de tema en *o/e.*

Todo ello conduce a una nueva reconstrucción de la morfología del dativo indoeuropeo, para la que, como en tantas ocasiones, hay que distinguir la etapa pre- y postanatolia. El dativo no tenía un sufijo único en indoeuropeo preanatolio, sino dos en concurrencia, concretamente -**ei* y -**ō* (o sus antecedentes fonéticos, cualesquiera que fuesen). Por su parte, -**ō* es en su origen un sufijo que sirve para derivar adverbios de «lugar a donde», función en la que se conserva aún en lenguas indoeuropeas, como griego κάτω «hacia abajo», latín *quō* «¿a dónde?», hetita *kuwatta* «¿a dónde?». La proximidad semántica y funcional entre el complemento indirecto y el lugar «a donde» es de sobra conocida. Con algunos verbos hay incluso auténtica identidad referencial entre lo uno y lo otro. En una frase como «dar pan *a* un perro» hay un movimiento físico real de aproximación del pan *hacia* el perro. De hecho son muchas las lenguas que tratan ambas funciones como una misma cosa, entre las que se encuentra el español (en que se expresan ambas con *a)* y el inglés (con *to).*

En hetita, además de la función adverbial, se conservaba aún la posibilidad de utilizar -**ō* como desinencia casual con todo tipo de nombres. Pero más tarde, en indoeuropeo postanatolio, se tendió a reservar -**ō* para los temas en -o, por su obvia afinidad fonética. Y, por otra parte, ha existido de siempre una tendencia a añadir una -**i* a esa -**ō,* transformándola en -**ōi,* por analogía con la otra desinencia de dativo -**ei.* Pero esa tendencia no tuvo en la lengua común ni preanatolia ni postanatolia la consecuencia de eliminar la forma antigua -**ō* (irregular dentro del conjunto de los dativos), imponiendo en exclusiva la innovación (forma regular) -**ōi.* Ambas coexistieron, quizás con predominio alterno según zonas dialectales. Y sólo en algunos dialectos (no en todos) terminó por imponerse -**ōi.* Pero siempre en forma tan tardía que en casi todos los grupos dialectales queda cuando menos testimonio marginal de -**ō* como desinencia de dativo (aparte, claro está de su función adverbial).

Nominativo, acusativo, genitivo, dativo y, en la medida explicada, vocativo son los casos de cuya existencia en la lengua común nadie duda. Las discrepancias comienzan cuando nos internamos en el terreno de la expresión de las circunstancias. La reconstrucción efectuada en el siglo XIX atribuyó al indoeuropeo tres casos más: locativo, instrumental y ablativo. Téngase en cuenta que los nombres de estos casos son ampliamente inadecuados porque su contenido funcional generalmente no se limita a lo que ellos sugieren, sino que siempre los rebasan. Por ejemplo, el locativo no sólo expresa «lugar en donde», sino que también puede recoger la función de «lugar hacia donde», como sucede frecuentemente en sánscrito. El instrumental no sólo expresa el instrumento, sino además la compañía, el lugar a través del cual, el agente, el modo y alguna circunstancia temporal. El dativo, además del complemento indirecto, puede expresar el «lugar hacia donde», según hemos visto. Y el acusativo, a más del paciente, también puede recoger el «lugar hacia donde».

Una idea excesivamente simplista de lo que es un sistema casual, junto a una cierta mitificación de la lengua común como la más perfecta y sistemática de cuantas conocemos, llevó a muchos indoeuropeístas del siglo XIX a la convicción subyacente de que a cada caso indoeuropeo debió corresponder tan sólo una función y que cada función debió contar con su caso propio. Por ello algunos sugirieron que el acusativo era el resultado de la fusión de dos casos anteriormente diferenciados: un acusativo propio que expresaría sólo el paciente y el lativo que expresaría el «lugar a donde». Y a su vez el dativo sería igualmente el resultado de otros dos: un dativo propio que expresaría el complemento indirecto y un final-directivo.

El inventario resultante de diez casos (nominativo, acusativo, vocativo, genitivo, dativo, locativo, instrumental, ablativo, lativo y final-directivo) es el máximo que se haya nunca postulado para el indoeuropeo. Sus partidarios suponían que ya desde la lengua común se habría dado una tendencia a la reducción del inventario, proceso que se conoce con el nombre de *sincretismo*. Ese término es un helenismo con el significado genérico de «unión de realidades heterogéneas u hostiles» que, según Plutarco, se habría aplicado inicialmente al proceder de los habitantes de Creta, de ordinario divididos o enfrentados, pero que se unían ante un enemigo común.

Las primeras víctimas del sincretismo habrían sido el lativo y el final-directivo, fundidos ya desde época de comunidad con el acusativo y el dativo respectivamente. Las lenguas individuales habrían heredado los ocho resultantes. Pero el sincretismo habría continuado operando en cada una de ellas en medida mayor o menor. Por ejemplo, en griego se habrían fundido en un solo caso el dativo, locativo e instrumental por una parte, y por otra el genitivo y el ablativo, resultando un sistema de cinco casos. En latín se habrían fundido ablativo, instrumental y locativo, resultando un sistema de seis casos. En báltico y eslavo se habría fundido el ablativo con el genitivo.

Y el sánscrito sería la lengua que conservaría una situación más cercana al indoeuropeo.

Si bien los partidarios de los dos casos adicionales (lativo y final-directivo) y de su sincretismo indoeuropeo fueron muy pocos (hoy quizás no quede ninguno), el resto del proceso sincretizador constituyó uno de los dogmas intangibles de la lingüística indoeuropea durante todo el siglo pasado y más de la mitad del presente. Tan sólo desde hace poco más de una veintena de años han surgido diversas opiniones que lo ponen en duda, al menos en algunas de sus partes. Y como la mía ha sido una de esas voces, y mi pensamiento no ha dejado de evolucionar en los últimos tiempos, expondré a continuación en forma sumaria la teoría que yo propongo actualmente.

Para empezar, quiero insistir en la arbitrariedad y la insuficiencia de cualquier número de casos, por muy generoso que sea el sistema, para expresar la totalidad de las circunstancias imaginables. Un inventario ilimitado de casos es imposible en la economía de las lenguas flexivas. Inevitablemente hay que cortar por alguna parte. Y siempre resultará, por muchos que sean los casos, que algunos de ellos engloben la expresión de una pluralidad de circunstancias. Quiero decir con ello que la coexistencia de dos o más nociones en algunos casos es inevitable y por lo tanto no constituye de suyo prueba de sincretismo diacrónico.

Cada lengua organiza y sistematiza la expresión de las circunstancias, cortando o uniendo, confundiendo o distinguiendo circunstancias según su libre elección. La sistematización que caracteriza a la familia indoeuropea es, a grandes rasgos, como sigue. En primer lugar, hay una equiparación permanente de las nociones espaciales con las temporales. Eso implica que será el mismo caso el que exprese el «lugar en donde» y el «tiempo en que»; el «lugar desde donde», y el «tiempo desde cuando»; etc. Alguien, no recuerdo quién, dijo una vez que la teoría de la relatividad, en la que se funden como una realidad única el espacio-tiempo, sólo podía haber sido concebida en la mente de un hablante nativo de una lengua indoeuropea. Evidentemente Einstein lo era, por ser el alemán su lengua materna. Pero probablemente la frase no es más que una *boutade.* Los indoeuropeos distinguimos perfectamente en nuestra vida cotidiana el espacio del tiempo, a pesar de que en algún momento empleemos ciertos recursos comunes para la expresión de ambos tipos de circunstancias.

Dentro de las nociones locales, hay tres básicas: 1) «en donde», que no implica movimiento, 2) «a donde» (con movimiento) y 3) «de donde» (con movimiento). Digo que esas nociones son básicas, porque a su vez pueden ser subdivididas mediante precisiones más finas. Por ejemplo, hemos visto más arriba que el vasco escinde el «lugar a donde» en tres casos, que podemos traducir respectivamente por «a», «hacia» y «hasta».

Pero, a su vez, por muy natural que parezca la distinción de esas tres nociones básicas, las lenguas no están irremediablemente condenadas a distin-

guirlas morfológicamente. Es frecuente que aprovechen la circunstancia de que el lugar «en donde» se dé con verbos sin movimiento, y el lugar «a donde» con verbos de movimiento para utilizar un mismo caso (o una misma preposición/postposición) para ambos, relegando la elección entre ambas posibilidades al contexto semántico. Por ejemplo, en francés se expresan ambas circunstancias con la preposición *à.* Y en frases como *être à la maison, arriver à la maison,* nunca un francés dudará en la atribución a *à* respectivamente del valor de lugar «en donde» y «a donde», gracias a los correspondientes verbos «estar» y «llegar».

Un amigo catalán solía repetirme respecto a su país que «Cataluña es una nación que la Historia no bendijo» (para que se convirtiera en Estado independiente, bien se entiende). Una paráfrasis de ese dicho describe bien la situación del «lugar a donde» en indoeuropeo: es la noción local que la historia no bendijo para constituir un caso específico. Hay en indoeuropeo (ahora discutiré en qué grado de desarrollo) un caso que expresaba el «lugar en donde»: el locativo. Y hay, en medida limitada, un caso específico para el «lugar de donde»: el ablativo. Pero nunca llegó a existir un caso específico para esa tercera noción local básica que es el «lugar a donde». Lo que no quiere decir obviamente que los indoeuropeos no expresaran esa noción, y mucho menos que no la distinguieran. Su expresión osciló entre tres casos del sistema: 1) Con el dativo. Es quizás el procedimiento menos frecuente. 2) Con el locativo (naturalmente en la medida en que existió). 3) Con el acusativo, lo que constituye el procedimiento usual en las lenguas clásicas. Con ninguno de ellos se producirían importantes dificultades de comprensión.

Todas esas combinaciones semánticas permiten ahorros morfológicos a las lenguas. Ya he citado el caso del francés que reúne «lugar en donde» y «lugar a donde» bajo una sola expresión morfosintáctica *(à).* En realidad su economía avanza un grado más, ya que también el complemento indirecto (dativo) queda englobado bajo la misma forma: *donner de l'argent à un ami.* El español tiene un grado de economía similar. También nosotros reunimos tres funciones en la preposición *a,* concretamente las de *paciente* (acusativo), «lugar a donde» (lativo) y complemento indirecto (dativo). Como puede apreciarse, son combinaciones con larga tradición en nuestra familia lingüística.

Así pues, el indoeuropeo eligió dos nociones locales para convertirlas en casos específicos. Y ahí termina con toda probabilidad el inventario de sus casos circunstanciales. El instrumental que pretendía la reconstrucción tradicional es poco probable que llegara a desarrollarse en la lengua común. Todo apunta en el sentido de que se trata de un desarrollo dialectal, relativamente tardío, llevado a cabo con elementos formales que varían ampliamente de una lengua a otra.

Por otra parte, tampoco hay fundamento para pensar que el locativo y el ablativo estuvieran plenamente desarrollados en la lengua común. La situación

concreta de estos dos casos en las lenguas antiguas es lo suficientemente heterogénea como para que no resulte satisfactoria la explicación del sincretismo. Pero, a su vez, hay suficientes elementos comunes como para pensar que ambos casos tienen raíces en la lengua común. De modo que, problamente, no tienen razón los defensores de la formulación rígida del sincretismo. Pero tampoco la tienen quienes opinan que el locativo es un caso puramente dialectal.

El ablativo existió en indoeuropeo, pero con una implantación limitada. Su presencia en la lengua común postanatolia parece asegurada por el hecho de que históricamente se encuentre en áreas laterales (latín e indo-iranio) expresado por idéntico sufijo: -**ōd*. Sin embargo, sólo se daba en las palabras de tema en *o/e*. Algunos han defendido en el pasado que el indoeuropeo habría tenido también un ablativo en los demás tipos flexionales, perdido luego en las lenguas individuales. Pero la completa falta de todo dato comparativo que lo apoye hizo que, rechazada por Brugmann, esa opinión no arraigara entre los indoeuropeístas. Pocos habrá, si es que hay alguno, que la sostengan en nuestros días. Todo apunta en el sentido de que la circunstancia de «lugar de donde» era expresada mediante el genitivo, conjuntamente con la determinación nominal. Una vez más sucede lo mismo en tantas lenguas indoeuropeas modernas (español y francés mediante *de,* inglés mediante *of,* alemán mediante *von,* etc.).

Solamente, pues, en los temas en *o/e* existía en indoeuropeo postanatolio una forma de expresión diferenciada para el ablativo. Eso suponía una asimetría en el sistema, que podía subsanarse en dos direcciones alternativas: o creando un ablativo diferenciado para todos los nombres, o eliminándolo para los temas en *o/e.* Naturalmente, una asimetría como ésa no es una situación intolerable, y las lenguas pueden mantenerla largo tiempo, como sucede por ejemplo en sánscrito (aunque algo más tarde, en prácrito, también se subsanó mediante la creación de un ablativo para los restantes tipos flexivos a partir del sufijo de adverbio *-tas* [> *-to*] «desde»). En itálico se generó un ablativo para todos los nombres, recurriendo la mayoría de los tipos a una imitación de la forma -**ōd* heredada para los temas en *o/e;* y otro tanto ocurrió en avesta reciente. La mayoría de las ramas de la familia (griego, celta, báltico, eslavo, etc.) optaron en cambio por la solución de eliminar el ablativo de los temas en *o/e.*

No podemos saber con exactitud el estado del ablativo en el indoeuropeo preanatolio. El hetita presenta una forma de ablativo idéntica para todos los tipos flexionales que, aunque no coincide exactamente con el descrito para los temas en *o/e* del indoeuropeo postanatolio, pudiera tener alguna relación con él. Se trata del sufijo *-az,* con huellas de una variante menos frecuente *-z.* En esa *-z,* que fonéticamente equivale a /ts/, tenemos el sufijo de adverbio indoeuropeo -**tos/tes/ts* «de, desde». Verosímilmente, la forma del ablativo postanatolio -**ōd* contenga también -**ts,* pero añadido a -**ō-*. En efecto, la dental fi-

nal, que convencionalmente representamos como _-d,_ pero que desde el punto de vista comparativo hay el mismo fundamento para que sea _-t,_ no es sino el resultado fonético de -_*ts_ > -_*t._ En cambio no estamos seguros de si la _-a-_ que precede en anatolio a _-ts_ tiene alguna relación —que bien podría tenerla— con la -_*ō_ postanatolia. Si se tratara del mismo elemento posiblemente habría que pensar en un ablativo preanatolio completamente desarrollado, que se ha ido restringiendo primero y eliminando después en sucesivas etapas. Pero, excepto que esa eventualidad se demostrara correcta, me parece más acorde con los hechos comparativos la historia del ablativo que antes he descrito. La extensión a todo tipo de palabras sería entonces un hecho dialectal del anatolio, que también ocurrió, aunque de forma independiente y con diferencias en los detalles, en indio medio, avesta reciente, celtibérico e itálico.

Me queda sólo añadir una palabra sobre la identidad de la -_*o_ en el ablativo postanatolio. El análisis tradicional establece que se trata de la contracción de la vocal temática con el que sería genuino sufijo de ablativo -_*ŏd:_ -_*o+ŏd_ > -_*ōd._ Tal análisis, a más de excesivamente mecánico y simplista, no tiene buena base comparativa. Suele decirse que -_*ĕd/-ŏd_ se encontraría como tal en el ablativo de los pronombres personales, como sánscrito _mat._ Pero precisamente tal ejemplo sirve para demostrar lo contrario. En _mat_ < _*mĕt_ no cabe otro análisis que _*mĕ-t,_ ya que el tema del pronombre personal es _*me_ (nunca _*m)._ Y ello demuestra que el sufijo de ablativo es _-d_ (no -_*ŏd),_ como por otra parte corrobora su análisis como forma fonéticamente evolucionada del antiguo sufijo adverbial -_*tos/-ts,_ no -_*ŏtos/-ŏts._

Descartado el origen por contracción, el análisis obvio de la -_*ō_ en ablativo es su identificación con el sufijo de adverbio directivo que sirvió de base para la creación del dativo temático en -_*ō(i)._ La identidad formal es palmaria. Y aunque la semántica pueda parecer inconveniente, en realidad no lo es tanto. Bien es verdad que el adverbio directivo expresaba el «lugar a donde», mientras que el ablativo significa exactamente lo contrario: «lugar de donde». Pero a pesar de eso, la explicación es sencilla. Su historia es parecida a la del adverbio de lugar español _donde._ Ese adverbio procede de la forma latina _de unde,_ que es específicamente de «lugar de donde», lo que no le ha impedido en español, acompañada de la oportuna preposición _a,_ convertirse en lugar _a donde_ (y _en donde)._ Paralelamente, el sufijo indoeuropeo -_*ō_ expresaba específicamente el «lugar a donde», pero acompañada del oportuno sufijo -_*ō+ts_ (> -_*ōt)_ pudo servir para la función de «lugar de donde».

El instrumental más frecuente entre las lenguas históricas se da igualmente en los temas en _o/e_ (aunque en indo-iranio se encuentra también en otros temas), y se expresa mediante el mismo sufijo -_*ō._ Con toda verosimilitud se trata también del mismo elemento. En diversas lenguas (sánscrito, lituano, celtibérico) funciona este pequeño sistema: -_*ō+i_ = _dativo,_ -_*ō+d_ = _ablativo,_ mientras que la forma -_*ō_ sin ulterior adición queda relegada a la expresión de

otro tipo de circunstancias no locales, agrupadas en un caso que conocemos con el nombre de *instrumental.* Naturalmente, tal desarrollo no pudo tener lugar en las lenguas en que -*ō (sin adición de -*i) siguió operando como dativo (latín). Pero tampoco todas las que añadieron -*i desarrollaron inevitablemente ese caso «instrumental». En griego la -*ō sin ulteriores características dejó de usarse en el sistema casual, aunque subsistiera en su más antigua función adverbial (ἄνω «hacia arriba», κάτω «hacia abajo»).

La expresión del locativo tiene también bases indudablemente indoeuropeas. Todas las lenguas derivadas de la etapa común postanatolia cuentan con un sufijo -*oi/ei* con el valor de «lugar en donde» en los temas en *o/e.* Hay, sin embargo, grandes diferencias en la situación concreta que ostenta en cada una de ellas. Mientras que en sánscrito constituye un caso plenamente productivo, en latín tiene un rendimiento más bien limitado, de forma que sólo es posible con ciertos nombres de lugar; en griego es un adverbio mínimamente productivo. Ni que decir tiene, la versión tradicional otorgó una vez más el crédito de arcaísmo a la situación del sánscrito. Pero si se examina rigurosamente la cuestión, no hay para ello mejores razones que para suponer que es el latín el que ha conservado una situación funcional de ese sufijo más próxima a la de la lengua común.

Fuera de los temas en *o/e* la situación del locativo indoeuropeo es aún menos clara. En indo-iranio lo hay para todos los restantes tipos de palabras, y está caracterizado mediante -*i. En báltico y eslavo lo hay igualmente, pero con una desinencia -*ĕ, que según la versión mejor fundada es el resultado de la aglutinación de la postposición *en,* cuyo valor indoeuropeo es el mismo que tiene su heredera española, la preposición *en.* En otras lenguas (germánico, griego, celta) no hay fuera de los temas en *o/e* huella histórica de la preexistencia de un locativo diferenciado.

La expresión del locativo mediante la postposición *en* nos lleva a otra cuestión. A veces se encuentran en las lenguas indoeuropea antiguas formas sin ningún sufijo expresando el «lugar en donde». Eventualmente también otras circunstancias. A esas formas solemos llamarlas *temas puros,* porque en una lengua flexiva la ausencia del último de los sufijos (que llamamos normalmente desinencia) hace que la forma consista en el tema básico al que se añaden las restantes desinencias casuales.

El tema puro de una lengua flexiva en funciones circunstanciales equivale en una lengua preposicional/postposicional a la expresión de una circunstancia cualquiera mediante la utilización del nombre desprovisto de la correspondiente preposición/postposición. Es ése un uso en general mucho más frecuente de lo que pudiera pensarse, aunque hay grandes diferencias en el grado de tolerancia de esos giros según las lenguas, y dentro de una misma lengua la frecuencia varía según situaciones o estilos. En español no son raros. Se han im-

puesto de forma completa, por ejemplo en el estilo epistolar, donde en vez de «*En* Toledo *a* 15 de Julio de 1942» se utiliza hoy generalmente «Toledo, 13 de Julio de 1990». Y no sólo en circunstancias de lugar. No es infrecuente oír en retransmisiones deportivas frases como ésta: «golpea la pelota Migueli, pierna derecha», en que se suprime la marca de instrumental *con.* La presencia de tales giros es en amplia medida una cuestión de estilo. Hay en la actualidad un periodista que escribe en una publicación semanal de información general que abunda en ellos. Y en francés, por ejemplo, son más tolerados y frecuentes que en nuestra lengua.

La ausencia de los morfemas que expresan las distintas clases de circunstancias no es en general tan inconveniente para la compresión del mensaje como a primera vista pudiera parecer. Con mucha frecuencia la combinación semántica de los elementos que integran la predicación basta por sí sola para atribuir correctamente las funciones circunstanciales (y a veces también las no circunstanciales). La propia situación en que se encuentran los interlocutores contribuye igualmente. En el mismo ejemplo mencionado más arriba, en el que no hay ni una sola marca de función, nadie dudaría de que es Migueli el que golpea (agente), la pelota la golpeada (paciente) y la pierna derecha el instrumento. Cualquiera otra atribución de funciones resultaría simplemente absurda.

Pues bien, por lo que podemos saber, el indoeuropeo utilizó temas puros para la expresión de ciertas circunstancias, sobre todo el «lugar en donde». Pero hay indicios de que también otras lo fueron eventualmente, en concreto el instrumental y el mismo dativo en algunas ocasiones.

En resumen, el indoeuropeo postanatolio tuvo como casos completamente desarrollados cinco: nominativo, acusativo, vocativo, genitivo y dativo. Además, un locativo y un ablativo parcialmente implantados. En las palabras que carecían de locativo, el «lugar en donde» se expresaba mediante el tema puro o mediante el dativo, con o sin la postposición **en.* Por su parte, en las palabras sin ablativo, el «lugar de donde» se expresaba mediante el genitivo. Y el «lugar a donde» oscilaba entre las varias posibilidades mencionadas más arriba. Otras circunstancias no locales, como el instrumento, la compañía, etc. se incluían en el dativo o en el tema puro, con o sin la ayuda de postposiciones. De entre ellas, las de uso más sistemático parecen haber sido *-*bhi, -*bho* y *-*mi, -*mo,* que terminaron por ser aglutinadas y convertidas en desinencias para diversos casos de singular y, sobre todo, de plural. Ésa es la parte más reciente de todo el sistema.

En indoeuropeo preanatolio es posible que las cosas fueran un poco distintas. Probablemente no había un vocativo diferenciado. Y tampoco es seguro que el locativo contara con una implantación siquiera incipiente. De hecho las lenguas anatolias presentan grandes diferencias respecto a las otras en lo que a

los casos circunstanciales se refiere. Probablemente éstos son fruto de desarrollos ampliamente independientes, sobre la base de materiales en parte comunes.

El núcleo más antiguo del sistema, en el que coinciden por completo la totalidad de las lenguas, incluidas las anatolias, son cuatro casos: nominativo, acusativo, genitivo y dativo. Y a ese núcleo antiguo hay que añadir las formas de plural para el nominativo *(-*es),* para el genitivo *(-*om)* y para el acusativo *(-*ns).*

CAPÍTULO XI

LOS ADJETIVOS

El indoeuropeo era una lengua con gran riqueza de adjetivos. Y esa riqueza, basada en la existencia de un sistema de derivación ágil y fecundo, fue heredada por las lenguas indoeuropeas históricas en su conjunto.

Si reflexionamos un poco sobre los adjetivos de nuestra propia lengua española podremos distinguir dos tipos muy diferentes. Uno de ellos lo constituyen aquéllos que expresan una cualidad primaria, como color o tamaño: *blanco, breve, ancho.* Su condición de adjetivos es igualmente la primaria, de forma que no son derivados de substantivos; y, por el contrario, de ellos pueden derivarse substantivos abstractos como *blancura, brevedad, anchura.* En la otra clase sucede exactamente lo contrario: lo primario es un substantivo a partir del cual se deriva secundariamente un adjetivo, que equivale funcionalmente al genitivo de aquél: de los substantivos *mañana, estío, siervo* se derivan los adjetivos *mañanero, estival, servil,* que equivalen respectivamente a los genitivos *de la mañana, del estío, de siervo.* La equivalencia funcional y semántica de los genitivos y los adjetivos puede apreciarse en frases como *rocío mañanero* (= «de la mañana»), *calores estivales* (= «del estío»), *actitud servil* (= «de siervo»).

Cuando decía que la condición de adjetivos del primer grupo era «primaria» me refería exactamente al hecho de que aquéllos no equivalen al genitivo de ningún substantivo, del que puedan considerarse derivados: *blanco, rojo, breve,* o *malo* no equivalen a genitivos de ningún substantivo previo. Por las razones inversas, los del segundo grupo los consideramos adjetivos secundarios. Como los primeros son semánticamente adjetivos en forma primaria, se les llama también *adjetivos semánticos.* Y a los segundos, por ser derivados de un nombre, se les llama *adjetivos denominativos.*

Cuando una lengua tiene una clase adjetival escasa, carece siempre del segundo tipo de adjetivos. Lo que ya puede imaginarse que no constituye un in-

conveniente insalvable: al equivaler los adjetivos denominativos semántica y funcionalmente a genitivos de substantivos, en su ausencia se recurre a esos genitivos. Pero, además, esas lenguas cuentan con un inventario muy reducido de adjetivos semánticos. Y curiosamente todas ellas presentan una gran homogeneidad en las nociones que se expresan mediante esos escasos adjetivos. Por ejemplo en igbo (lengua africana del grupo niger-congo), hay tan sólo ocho adjetivos, articulados en cuatro pares de opuestos: *grande* y *pequeño, nuevo* y *viejo, blanco* y *negro, bueno* y *malo.* En la lengua de los indios paiute hay alrededor de una docena: *grande, pequeño, largo, corto, nuevo, viejo, alto, fuerte, duro, frío.* Hay lenguas de clase adjetival escasa en que se llega hasta veinte (pengo, del grupo dravídico), treinta (sango, lengua criolla de África central) o cuarenta (guianés, del Caribe). Pero tomando como muestra un representativo grupo de lenguas con clase adjetival reducida, resulta que los diez más frecuentes son (en orden decreciente): *grande, pequeño, corto, largo, nuevo, viejo, malo, bueno, blanco, negro.* Como puede verse, todos ellos son cualidades muy concretas, casi todas de percepción sensorial, que parecen ser las nociones adjetivales de primera necesidad en el lenguaje humano. A veces sucede que en lenguas con una clase adjetival amplia, los adjetivos que expresan precisamente esas nociones contengan rasgos formales especiales, que los convierten en una subclase bien delimitada.

En el extremo contrario, lenguas con una riqueza adjetival tan grande como la de nuestra familia lingüística en general, y nuestra lengua española en particular, son capaces de convertir en adjetivos las nociones más variadas y más abstractas. La riqueza de procedimientos de derivación adjetival a partir de substantivos es tal, que a veces de un mismo substantivo pueden derivarse varios adjetivos. En conexión semántica con la noción substantiva de «calor» tenemos *cálido, caluroso, caliente; de «salud», sano, sanativo, sanitario, saludable, salubre; de «sal», salino, salobre, salado, salobreño.* Cuando hay varios adjetivos denominativos se establecen entre ellos diferencias de significado, a veces en matices sutilísimos, de los que inevitablemente se verá privado una lengua que sólo tenga una posibilidad: la de poner el substantivo en genitivo.

Una alumna de mi curso de Lingüística Indoeuropea en la Universidad de Salamanca me preguntó una vez, cuando yo explicaba la existencia de lenguas con una clase reducida de adjetivos, que cómo se matiza en tales lenguas. Le di una respuesta que sin duda contiene una buena dosis de verdad. Las lenguas tienen recursos alternativos para atender a las necesidades de la comunicación. Los adjetivos semánticos que faltan en esas lenguas son con frecuencia reemplazados por verbos intransitivos. Es como si en español, en vez de decir que el libro es *amarillo,* dijéramos que el libro *amarillea.* Y los adjetivos denominativos podrán ser reemplazados por los correspondientes genitivos. Sin embargo, me quedé pensativo, porque en realidad, aunque eso es así, las po-

sibilidades son mucho más limitadas, como puede verse en los ejemplos que acabo de citar. Y entonces me acordé de V. G. Childe. Yo no sé si efectivamente el liderazgo cultural de los indoeuropeos en los últimos 3.000 años se deba principalmente a su lengua, aunque difícilmente podría negarse toda relación causa-efecto entre lo uno y lo otro. Pero, si la hay, uno de los pilares —no el único, desde luego— ha debido ser la insólita abundancia y variedad de los adjetivos, que posibilita una tan sutil y rica matización conceptual. Riqueza que, surgida en el terreno del adjetivo, rebasa y alcanza por igual al substantivo, gracias al mecanismo usual de convertir cualquier adjetivo en substantivo por varios caminos. Por otra parte, de cada adjetivo puede derivarse en principio un substantivo abstracto, generándose cadenas del tipo substantivo *árbitro* ~ adjetivo denominativo *arbitrario* ~ substantivo abstracto *arbitrariedad.* Por otra, cualquier adjetivo, sin material morfológico adicional, puede, en las lenguas indoeuropeas antiguas convertirse en substantivo poniéndolo simplemente en género neutro: en griego el adjetivo ἄτομος significa «no dividido, no divisible»; substantivado en neutro, τὸ ἄτομον sirvió a Demócrito para concebir las unidades elementales constituyentes de la materia: *los átomos.* Una tercera vía es la de la elipsis del substantivo, posible tanto en lenguas indoeuropeas antiguas como modernas. En realidad *átomo* puede deberse igualmente a esta vía, a partir del sintagma ἄτομον σῶμα «cuerpo indivisible». De entre los substantivos que hoy utilizamos, un número mucho mayor de lo que a primera vista pudiera parecer son en realidad antiguos adjetivos: *agenda, corriente, tópico, electrónica, hacienda, general, colectivo,* etc.

Hay en la composición y en la derivación diversos indicios que parecen apuntar en el sentido de que en una fecha muy remota un sufijo -**i* estuvo relacionado con la categoría del adjetivo. En algunas lenguas indoeuropeas (griego, sánscrito) no hay, sin embargo, adjetivos en -**i,* mientras que en otras (latín, hetita) son frecuentes: latín *suavis* «suave», *fortis* «fuerte», *agilis* «ágil», *levis* «leve», etc., hetita *me-ik-ki-iš* «grande», *da-an-ku-i-iš* «obscuro», *na-ak-ki-iš* «pesado», etc. Probablemente el latín y el hetita han conservado independientemente el uso de un procedimiento de derivación adjetival, que se ha perdido en otros dialectos. Pero la escasez de los restos generales, junto a la sospecha fundada de que en hetita y en latín se hayan podido modificar los términos exactos del uso antiguo, nos impiden establecer con claridad la verdadera función y alcance de ese sufijo adjetival.

Un sufijo más accesible al análisis comparativo, presente en muchos adjetivos indoeuropeos, es -**u.* Lo encontramos entre otros en **g*^{w}*rús* «pesado» (sánscrito *gurús* [de donde el nombre de los «maestros» indios en filosofía o religión, los *guru*], griego βαρύς [de donde, por ejemplo *barí-tono*], latín *gravis* [de donde nuestro *grave*]); **ln̥g*^{w}*hús* «ligero» (sánscrito *laghús,* griego ἐλαχύς, latín *levis,* [a partir de una forma con ligera variación dialectal

**leg^{w}hús,* de donde nuestro *leve*]); **bhn̥ghús* «grueso» (sánscrito *bahús,* griego παχύς, hetita *pa-an-ku-uš,* latín *pinguis* [de donde nuestro *pingüe*]); **t°nús* «delgado» (sánscrito *tanús,* griego τανυ-, eslavo antiguo *tĭnŭkŭ,* alemán *dünn,* inglés *thin,* latín *tenuis* [de donde nuestro *tenue*]).

En general, en las lenguas indoeuropeas históricas los adjetivos en -**u* están en declive. En algunas dejaron de existir por completo, como en latín, donde se transformaron en adjetivos en *-i,* por adición de ese sufijo: **leg^{w}hús* se transformó en **lég^{w}huis* > *levis,* etc.; o en eslavo, donde se alargaron con *-k.* En otras lenguas (sánscrito, griego) se conservaron los adjetivos en -**u* heredados, pero se perdió la capacidad de crear otros nuevos. Tan sólo en lituano siguió siendo un sufijo productivo.

De estos adjetivos indoeuropeos en **-u* podemos reconstruir alrededor de una treintena, portadores de nociones opuestas como *pesado/ligero, grueso/delgado, rápido/lento, largo/corto, ancho/estrecho,* y varias otras sin pareja conocida, como *blando, plano, fuerte, agudo, dulce, recto.* Todos ellos caben sin violencia en lo que he llamado adjetivos semánticos o primarios. Y la mayoría de sus nociones son cualidades muy concretas, de percepción sensorial. No es fácil, sin embargo, obtener de ahí una conclusión precisa. Es tentador ver en ese sufijo -**u* una especie de marca característica de los adjetivos semánticos. Pero no sabemos si eso es la supervivencia de una etapa muy antigua en que nuestra familia lingüística tendría una clase adjetival limitada. Una cosa es cierta: el mecanismo principal de derivación de adjetivos denominativos es el sufijo **-o/e,* en sus diversas variantes *(-*yo/e, -*wo/e, -*no/e, -*ro/e, -*lo/e, -*mo/e, -*ko/e,* etc.). Y hay sobrados indicios para pensar que la flexión de ese sufijo, conocida con el nombre de *temática,* es una creación reciente en la familia indoeuropea.

Es posible, pues, que antes del desarrollo de este mecanismo derivador de adjetivos denominativos, el indoeuropeo fuera una lengua con un número muy inferior de adjetivos. Pero es difícil establecer el cuadro preciso de aquella remotísima etapa.

Por otra parte, hay algún otro sufijo capaz también de derivar adjetivos denominativos. Destaca sobre todo -**went* (con la variante, probablemente fonética, -**ment),* que es operativo en sánscrito y griego. Es sólo posible, no seguro, que el sufijo latino *-osus* (de donde nuestro *-oso: rumboso, generoso, dadivoso,* etc.) proceda de él. Y también se ha señalado la posibilidad de que el sufijo adjetival latino *-lentus* (como en *macilento*) proceda de una modificación secundaria de **went-*. Pero en cualquier caso, su implantación indoeuropea no parece ni muy antigua ni muy abundante, y todo hace pensar que es incluso más reciente en función denominativa que *-o/e.*

Tampoco es muy antigua la existencia de grados en el adjetivo. Por lo que sabemos, el indoeuropeo preanatolio no los tenía, y las lenguas anatolias his-

tóricas tampoco. Su creación tuvo lugar en la lengua común posterior, al menos en algunos de sus elementos. Porque otros parecen haberse desarrollado separadamente en los diferentes dialectos.

Uno de los puntos más antiguos es un comparativo de superioridad («más que»), derivado con el sufijo -**yos,* que sigue siendo productivo en gran número de lenguas históricas (indo-iranio, griego, latín, lenguas germánicas, bálticas y eslavas). En latín, concretamente, constituye el comparativo regular bajo la forma *-ior,* debida a algunas modificaciones fonéticas y analógicas. En el paso del latín al español se ha creado un nuevo comparativo de superioridad: *más ignorante, más atrevido (...que).* Sin embargo, el viejo comparativo indoeuropeo subsiste aún en nuestra lengua en los comparativos irregulares: *peor, mejor, mayor.*

El superlativo tiene varias formas de diferente extensión dialectal. Por una parte hay -**isto-* en griego, sánscrito y germánico, que continúa vivo por ejemplo en el sufijo inglés *-est* que da superlativos de adjetivos y adverbios. Por otra parte hay varias formas dialectales con el denominador común de contener una -**m-*. De entre ellas me interesa destacar la variedad más corriente en latín *(-*iss^{o}mo-)* por conservarse perfectamente operativa en español: *altísimo, bajísimo, tontísimo.*

CAPÍTULO XII

LOS PRONOMBRES

Tal vez la característica más obvia de los pronombres indoeuropeos de todas clases es la peculiar estructura de sus raíces, muy diferentes de las nominal-verbales estudiadas más arriba. Las raíces pronominales tienen una composición fónica exactamente inversa: (V)C(V). Una sola consonante (o sonante), que puede ir acompañada de una vocal delante o detrás, o de ninguna en absoluto. No tienen cabida, pues, ninguna de aquellas restricciones combinatorias que se dan en las nominal-verbales. Pero tampoco están exentas de ciertas notorias limitaciones. Algunos fonemas, concretamente las laringales, prácticamente no se dan. Las tradicionales sonoras y aspiradas (glotalizadas y sonoras respectivamente, según la nueva versión del consonantismo) cuentan con una representación mínima. Los elementos más frecuentes son las sonantes /n/, /y/ y /w/ y las consonantes sordas (/t/, /k/, /k^w/, /s/).

A efectos de flexión hay una división importante dentro de los pronombres: por una parte los personales y por otra todo el resto. En los personales se utilizan a veces dos raíces (o dos formas modificadas de la misma) para expresar funciones diferentes; y con frecuencia no se da en ellos el procedimiento de la sufijación funcional. En los restantes pronombres, en cambio, se utiliza una flexión sufijal, en parte coincidente con la de los nombres y adjetivos, y en parte con sufijos diferentes.

El pronombre de 1.ª presentaba dos raíces: **eg* para el nominativo y **mĕ̄* para el resto de los casos. Dada la escasa predisposición de los pronombres personales para ser substituidos por innovaciones, esa distribución se mantiene intacta en numerosas lenguas indoeuropeas contemporáneas, en español *yo/me,* en inglés *I/me,* en alemán *ich/mich,* en lituano *àš/manè.* Para la 2.ª hay que distinguir épocas. En la lengua común preanatolia todo lleva a pensar que la única forma de la raíz era **tŭ̄,* que sin ninguna modificación cumplía al menos las funciones de nominativo y acusativo. En la lengua común posterior a

la separación de los anatolios, se crearon dos formas alternativas para la expresión diferenciada del acusativo: **tū̆* y **twē̆*. El contraste **tū̆/*tē̆* (o **twē̆*) se ha conservado igualmente hasta nuestros días en español *tú/te,* alemán *du/dich,* inglés *thou/thee* (hoy de uso limitado).

El plural de un pronombre personal es, desde el punto de vista semántico-referencial, algo muy distinto al plural de un nombre o de un pronombre demostrativo. Si *libros* son «varios individuos de la clase libro», *nosotros* no son «varios yo», sino diversas otras cosas: o «yo + tú», o «yo + tú + otros», o «yo + otros (sin tí)». Y esa diferencia semántica entre el singular y el plural de los personales tenía en indoeuropeo un reflejo formal: para lo uno y lo otro se utilizaban raíces diferentes.

Para 1.ª de pl. la forma más antigua que encontramos es **we,* de la que hablaré más abajo, al tratar de las desinencias verbales. Muy pronto esa forma **we,* plural de suyo, fue caracterizada con un morfema de plural, concretamente -**i,* el más frecuente en los pronombres, generándose la forma **wei,* que es el antecedente directo de inglés *we.* Pero más tarde, **wei* fue de nuevo caracterizada con el morfema de plural, esta vez el nominal -**s,* generándose la forma **weis,* de la que procede directamente el alemán *wir.* Para el acusativo el indoeuropeo disponía de la forma **nós,* que en latín vio extendido su uso al nominativo. De ella deriva nuestro *nos* y *nos-otros.*

Para 2.ª de pl. la raíz era **yu,* que no ha dejado huella alguna en nuestra propia tradición (ya había sido eliminado en latín), pero que puede aún identificarse en inglés *you* y que, caracterizado secundariamente como plural, se conserva en lituano *jū̃s*. Nuestra formas *vos, os, vos-otros* proceden de una antigua alternativa átona indoeuropea **wos.*

En muchas lenguas, quizás la mayoría, hay para los pronombres personales dos juegos de formas: tónicas y átonas. He dado en principio las tónicas. Algunas de las átonas eran: **moi* (1.ª sg.), **toi* (2.ª sg.), **nos* (1.ª pl., igual a la forma del acusativo tónico, excepto en el acento) y **wos* (2.ª pl.).

No existía en indoeuropeo, ni lo hay en general en las lenguas indoeuropeas, un pronombre personal de 3.ª. En realidad, los pronombres personales son las formas que adoptan los protagonistas del acto del habla cuando se refieren a sí mismos. Y en ese sentido no puede hablarse siquiera de pronombre personal de 3.ª, ya que esa persona gramatical incluye precisamente a todo lo que no son esos protagonistas. Lo que normalmente se utiliza para substituir la mención plena de cualquier tercera persona son los pronombres demostrativos o anafóricos. Y en algunas lenguas, aunque no en indoeuropeo, pueden existir demostrativos o anafóricos diferentes para las personas y para las cosas.

En indoeuropeo había un pronombre reflexivo único, es decir: el mismo para 1.ª, 2.ª y 3.ª de singular y de plural. Como genuino reflexivo, carecía de forma de nominativo. Su forma de acusativo era **swe,* de la que deriva por una parte el reflexivo de 3.ª español *se* y por otra el adjetivo *suyo.*

Al contrario de lo que ocurre con los personales, los pronombres demostrativos cambian, se renuevan y se desplazan con bastante rapidez. Ello hace que la reconstrucción de los demostrativos indoeuropeos y de su sistema deíctico preciso resulte difícil. Todo lo más que obtenemos es un panorama general algo confuso, en el que ni siquiera es fácil establecer etapas cronológicas sucesivas.

Hay dos o tres raíces con probabilidades de haber sido anafóricos indoeuropeos: _*ei/i_, _*so_ y _*to_. En muchas lenguas históricas _*so_ y _*to_ aparecen ensamblados en un paradigma único de carácter mixto: nom. _*so/sā/tod_, ac. _*tom/tām/tod_, etc. Pero ese ensamblaje parece tardío. Falta desde luego en las lenguas anatolias, por lo que debemos suponer que se produjo en la lengua común postanatolia. Pero además hay ciertas lenguas, como el latín y el celta, en donde no hay seguridad de que haya existido nunca. Por lo demás, tampoco estamos en condiciones de establecer con precisión las relaciones, las diferencias o los matices existentes entre los distintos anafóricos.

Raíces deícticas hay varias. Pero cada lengua construye de forma original su propio sistema. Todo lo más que podemos decir es que _*ke_ e _*i_ parecen haber sido deícticos de proximidad, mientras que _*ne_, _*le_ y _*u_, de lejanía. A ellos se añade _*ghi_, la naturaleza de cuya deixis se nos escapa.

Como pronombre relativo algunas lenguas tienen _*yo/e_ (indo-iranio, griego, celtibérico y frigio son las más claras). Sin embargo ese relativo parece postanatolio. Las lenguas anatolias tienen para esa función _*_k^{w}_o/e_, que en las demás aparece como interrogativo-indefinido. Pero ni siquiera es seguro que _*yo/e_ se convirtiera en relativo en la lengua común postanatolia. Las formas eslavas y góticas probablemente tienen alguna conexión con él, pero no es seguro que procedan de un relativo idéntico al del griego e indo-iranio. Pero, por otra parte, resulta que la raíz _*_k^{w}_o/e_ es la que se utiliza también en latín (de donde en definitiva deriva nuestro relativo español _que_) y en lituano (_kurìs_). Los tres grupos (anatolio, itálico, báltico) que tienen _*_k^{w}_o/e_ en su relativo coinciden también en otro hecho: que el interrogativo-indefinido y el relativo se construyen con esa misma raíz. Y no son tres lenguas cualesquiera. Todas ellas, por razones diferentes, presentan frecuentemente supervivencias de fases arcaicas. La coincidencia de las tres en este punto hace casi inevitable la conclusión de que en la lengua común preanatolia el interrogativo-indefinido y el relativo tenían una misma forma: _*_k^{w}_o/e_. Y que sólo tardíamente, tras la separación de la rama anatolia, se tendió a crear una forma diferenciada de relativo, que sin embargo no debió cristalizar de forma completa en la lengua común postanatolia, de manera que al respecto subsistió una amplia variación dialectal, que va desde la conservación de la forma común para ambas funciones hasta la creación de una forma diferenciada de relativo con diversas modalidades dialectales.

La flexión de los pronombres no personales ofrece varias peculiaridades. En lo que se refiere a la naturaleza del tema, resulta que muchos de ellos tie-

nen dos modalidades alternativas: como temas en _-o/e_ (_*k^wo/e-, *to/e-, *so/e-,_ etc.) y como temas en _-i_ (_*k^wi-, *ti-, *si-,_ etc.). Entre una y otra fórmula no parece observarse diferencia significativa alguna.

Una segunda peculiaridad en la formación de los temas es que entre la raíz y el sufijo de función (o desinencia) se puede intercalar alguno de estos elementos: -_*sm-_, -_*si-_, -_*s-_ con grandes divergencias dialectales.

En lo que se refiere a las desinencias casuales, los pronombres no personales utilizan en la mayoría de las ocasiones las mismas que los nombres. Pero hay algunas diferencias. He aquí las más notorias: 1) Para el nominativo de singular parece no haber existido en fecha antigua ninguna desinencia (es decir: siempre se usaba el tema puro). Sólo tardíamente se introdujo -_*s,_ por analogía con los nombres y adjetivos. 2) Los neutros de singular se caracterizan mediante -_*d,_ cuyo origen ignoramos. 3) La marca de plural es normalmente -_*i_ (en vez de la -_*s,_ más frecuente en los nombres y adjetivos).

Otras pretendidas desinencias pronominales no lo son en realidad. La de genitivo -_*osio_ ni se originó en el pronombre ni nunca le fue exclusiva. La utilizan los pronombres de las mismas lenguas que la tienen también en los nombres en _-o/e,_ donde en realidad se originó. Ni es propiamente tampoco una desinencia pronominal la de genitivo plural en -_*som._ Esta última es simplemente la misma desinencia nominal -_*om_ precedida de uno de esos elementos que podían intercalarse entre la raíz y la desinencia.

Capítulo XIII

EL VERBO

Los indoeuropeístas del siglo XIX compusieron una imagen de la flexión verbal indoeuropea que se parece en casi todos sus puntos a la del griego clásico y que, fuera del griego, no se encuentra como tal en ninguna otra lengua indoeuropea, ni siquiera en sánscrito. Si ha habido un terreno donde el testimonio anatolio haya servido para renovar la imagen tradicional de la lengua común, ése ha sido el de la flexión verbal. A pesar de ello, muchos continúan hoy manteniendo una adhesión inquebrantable a la autoridad de los maestros que la diseñaron.

El verbo indoeuropeo, en cualquiera de las formas de su flexión, contiene una densa cantidad de información empaquetada de manera sintética en una sola palabra. En una forma como *presionábamos* —ejemplifico con el verbo español que mantiene un nivel de complejidad y sintetismo equivalente al indoeuropeo— encontramos comprimida la información que sigue: 1) Que la acción ejercitada era «la presión» (raíz). 2) Que el sujeto es el presionador, no el presionado (voz). 3) Que los sujetos presionadores son más de uno (número). 4) Que entre ellos estoy «yo» (persona). 5) Que se trata de una acción real, no de un deseo o una posibilidad (modo). 6) Que la acción ocurrió en el pasado (tiempo). 7) Que la presión no fue instantánea, sino que tuvo una cierta duración (aspecto) o tal vez que se repitió en más de una ocasión.

Si el lector reflexiona observará que una parte de la información gramatical va aneja al último sufijo, que llamamos «desinencia» (número, persona), de modo que si substituimos *-mos* por *-s (presionabas)* en vez de plural será singular y en vez de 1.ª será 2.ª. En cambio otra parte de la información (modo, tiempo, aspecto) va encomendada a otros sufijos que se encuentran entre la raíz y la desinencia (en nuestro caso *-ba-)*.

Como la flexión verbal española es ampliamente heredera de la indoeuropea, ese procedimiento que acabo de describir puede servir perfectamente de

modelo para comprender el verbo indoeuropeo. Pero hay que señalar ciertas diferencias y hacer algunas precisiones: 1) Que en las desinencias indoeuropeas iba codificada también la voz. 2) Que el tiempo, en vez de en el sufijo, como en español, iba codificado igualmente en la desinencia. 3) Que el modo se expresaba a veces mediante sufijos (subjuntivo, optativo) y a veces mediante desinencias (imperativo). 4) Que la categoría indoeuropea del aspecto, en cualquier caso incluida en sufijos, está sujeta a no pocas dificultades de reconstrucción.

Dada la repartición de funciones entre «desinencias» y «sufijos», se hace aconsejable exponer por separado lo uno y lo otro.

LAS DESINENCIAS: PERSONA, TIEMPO, NÚMERO, VOZ

Prescindiendo de la expresión de la voz, de que luego hablaré, las desinencias verbales de la lengua común postanatolia eran:

	Pasado	*Presente*
1.ª sg.	-m	-mi
2.ª sg.	-s	-si
3.ª sg.	-t	-ti
1.ª pl.	-me	-me
2.ª pl.	-te	-te
3.ª pl.	-nt	-nti

En realidad es éste un sistema muy estable, que ha durado milenios en la familia indoeuropea y que si ha sido eliminado en diversas lenguas modernas ha sido sobre todo a causa del deterioro fonético de las sílabas finales. En la lengua común preanatolia el sistema era realmente muy parecido. La principal diferencia —hay alguna otra a la que luego aludiré— es que la desinencia de primera de plural no era **-me,* sino -**we,* presente todavía en hetita. La forma -**me* surgió por disimilación, cuando -**we* se añadía a un tema terminado en *-u (-*uwe > -*ume).* En hetita se conservan ambas modalidades repartidas de acuerdo con el contexto fonético que las condicionaba. En el indoeuropeo postanatolio se generalizó a todos los contextos la forma innovadora -**me,* probablemente favorecida por el hecho de que en 1.ª de singular también había -**m*. Eventualmente algunas lenguas utilizaron la antigua -**we* para crear una forma específica de dual, proceso favorecido a su vez por la circunstancia de que el pronombre personal de 1.ª de plural, que era **we,* se había convertido ya en dual, al quedar reemplazado en la función de plural por la forma marcada como plural **we+i.*

En el cuadro puede verse que la diferencia entre pasado/presente se establece mediante la adición de *-i* a una base común para ambas series. Cabe, pues, un análisis más fino de las desinencias, de forma que podemos decir que el tiempo se expresaba en indoeuropeo en términos de pasado = ø / presente = i. Y que los elementos comunes a ambas series *(-*m, -*s, -*t, -*me, -*te, -*nt)* expresaban la persona y el número.

Sin embargo, el sistema de marcar el presente mediante *-*i* no penetró en 1.ª y 2.ª de plural. En ellas no parece haber habido ningún recurso sintético para distinguir presente de pasado. Eso no constituye un escollo insalvable para la comunicación. Con mucha frecuencia se podría subsanar con recursos perifrásticos; o la propia situación sería suficiente para establecer la ubicación temporal de la acción expresada. Y en algunas ocasiones podría tal vez producirse una cierta ambigüedad, aclarable en caso de necesidad por recursos léxicos. Piénsese que en español tenemos una limitación idéntica en una forma como *golpeamos.*

Aunque no sea un escollo insalvable para la adecuada comunicación, algunas lenguas tendieron a llenar esa laguna. En hetita encontramos un sistema original, que no se da fuera de las lenguas anatolias: las formas *-*we (-*me)* y *-*te* se alargaron mediante una *-*n* cuyo origen desconocemos, y a esa *-*n* se añadió a su vez en forma regular la *-*i* para el presente. El sistema resultante fue *-men/-meni (-wen/-weni)* y *ten/teni.*

El indoeuropeo postanatolio no subsanó, en cambio, esa deficiencia, y fueron tan sólo algunos de sus dialectos los que lo hicieron por procedimientos varios: por ejemplo, el sánscrito ofrece un sistema *-ma/-mas* y *-ta/tha,* aunque hubo algún conato de introducir la *-*i,* como en las formas védicas *-masi.*

La *-s* que aparece añadida en sánscrito al elemento indoeuropeo *-*me (-*me+s > -mas)* ofrece pocas dudas respecto a su identificación: se trata del morfema de plural nominal, añadido a una forma que era de plural. Y esa *-*s* se encuentra también en latín *-mus,* forma de la que es heredera la desinencia española *-mos.* El latín la añadió también en la 2.ª de pl.: *-*te+s > tis.*

No son pocas las lenguas que nunca llegaron a introducir la *-*i* en primera y segunda de plural. El paso del tiempo actuaba en contra de la introducción, porque el procedimiento de expresar el tiempo mediante las desinencias iba a ser todo él arrumbado, pasándose a un sistema nuevo que se vale de sufijos situados entre la raíz y las desinencias.

En algunas lenguas llegó a funcionar un tercer mecanismo, de vida en general efímera y de cronología intermedia entre el desinencial y el sufijal: la adición a las formas de pasado de un prefijo (uno de los pocos en las lenguas indoeuropeas antiguas) que normalmente tiene la forma **e-*. En griego, en 1.ª de plural se distingue presente de pasado en términos de ausencia/presencia del tal prefijo: πολεμίζομεν «nosotros guerreamos» / ἐ-πολεμίζομεν «nosotros guerreábamos». El aumento como marca de pasado tiene un ámbito dialectal

limitado al griego, indo-iranio, armenio y frigio. Y su establecimiento como marca obligatoria de pasado es tan tardía que en los primeros testimonios históricos del griego (Homero) e indo-iranio (los Vedas) aún no se ha consumado.

En la jerga de la Indogermanística solemos llamar a las desinencias indoeuropeas de presente «primarias» y a las de pasado «secundarias». Ese nombre se basa en un error de interpretación que remonta nada menos que a Bopp, quien creyó que las formas con -**i* eran las más antiguas (las *primarias)* y que las formas sin -**i* se habrían originado *secundariamente* a partir de las primeras por una pérdida fonética de esa vocal. El nombre de *primarias/ secundarias* se ha mantenido hasta nuestros días a pesar de que ya en el siglo XIX se demostró que las cosas no sucedieron así.

En la década de los 60 del s. XIX F. Müller sugirió por vez primera que la -**i* era una adición positiva a la base común, responsable del significado de «presente». Pero fue R. Thurneysen quien, en 1885, formuló una teoría al respecto que ha tenido gran éxito, a pesar de que ninguno de los dos grandes maestros, K. Brugmann y A. Meillet, se sintieran entusiasmados por ella. Lo esencial consiste en que esa -**i* se identifica como el elemento deíctico de proximidad que, dada la unión permanente de las nociones espacio-temporales en los diferentes elementos indoeuropeos, significaría lo mismo «aquí» que «ahora».

La idea tiene una importancia y un atractivo enorme, porque nos permite penetrar, aunque sólo sea respecto a la morfología de la expresión del tiempo, en una fase remota de nuestra familia lingüística en la que la categoría verbal del tiempo —luego veremos qué ocurre con otras— no se marcaba por procedimientos flexivos (sintéticos) sino léxicos. Porque concretamente la -**i* habría sido una palabra independiente, una especie de adverbio, que por ir junto al verbo (concretamente tras él) habría terminado por aglutinarse. Eso nos permite establecer que en la época anterior a la aglutinación mencionada, cuando el verbo y el adverbio de tiempo eran dos palabras independientes, las desinencias tenían una forma única que expresaba solamente persona y número.

Véase que este análisis de las palabras tiene una cierta analogía con la estratigrafía. Cuando se elimina una capa del suelo, correspondiente a una época determinada, nos queda debajo un estrato nuevo, que por la naturaleza de los factores implicados es inevitablemente más antigua. En las palabras, cuando se trata de procesos aglutinativos, la sucesión de elementos indica también la sucesión de etapas cronológicas. En las lenguas sufijantes el más moderno es en general el último de los sufijos, mientras que en las prefijantes lo es el primero de los prefijos.

En el conglomerado significativo que llamamos *desinencias verbales,* una vez eliminado el más reciente elemento aglutinado —la -**i* de presente— nos queda al descubierto un estrato más antiguo, cuyo análisis es también posible.

En efecto, los elementos que quedan así al descubierto para la fase en que se produjo la aglutinación del adverbio de presente, los ya citados portadores del significado de persona-número, son también en su origen fruto de otro proceso aglutinativo.

Todos los episodios de creación de marcas de persona en el verbo que nos son conocidos históricamente se han producido sin ninguna excepción mediante la aglutinación de los correspondientes pronombres personales. Puede servir como ejemplo el francés. Esa lengua perdió fonéticamente las sílabas finales y con ellas las marcas de persona-número heredadas del indoeuropeo a través del latín. De la distinción desinencial de la persona que había en latín *amo/amas/amat* no quedó nada. Y fue necesario crear marcas nuevas, ahora generalmente prefijadas; y eso se realizó mediante la aglutinación de los pronombres personales de 1.ª y 2.ª: *j'aime, tu aimes.* Para la 3.ª las cosas son más complicadas. El proceso aglutinador es en ella menos obvio porque la 3.ª, al contrario que la 1.ª y la 2.ª, no aparece siempre con el mismo sujeto, sino que unas veces es un pronombre y otras los substantivos más diversos. La aglutinación para la 3.ª, o no se producirá o tendrá lugar a partir de uno de los pronombres más frecuentes. El pronombre elegido en francés es *il/elle.* Pero su grado de aglutinación es muy inferior: mientras que en 1.ª y 2.ª no es posible una forma verbal sin los correspondientes pronombres aglutinados, en tercera son normales predicaciones sin el demostrativo, del tipo *Marie est venue.*

Como digo, no hay un solo caso conocido históricamente de creación de marcas de persona en el verbo que no tenga ese origen. Y algunos lingüistas opinan que éste es uno de los Universales más rigurosos del lenguaje humano. Y sin embargo, a primera vista, las concomitancias entre los elementos que marcan la persona-número en el verbo indoeuropeo y los pronombres personales parecen escasas y confusas. Pero eso es probablemente el resultado de un anacronismo que involuntariamente cometemos al analizarlos.

Cuando se crea un sistema de marca de persona por aglutinación de los pronombres personales, naturalmente se efectúa con las formas de dichos pronombres entonces en uso. Inicialmente son dos palabras separadas: una la forma verbal propiamente dicha consistente en la raíz y eventualmente determinadas marcas morfológicas, y otra los correspondientes pronombres personales en su forma usual. Pero una vez aglutinadas ambas palabras en una sola, los cambios potenciales de los pronombres personales exentos y de las formas aglutinadas, convertidas ahora en afijos son muy diferentes. Los pronombres exentos, generalmente tónicos y de volumen fónico breve, estarán menos expuestos a la pérdida de material fonético. En cambio en su forma aglutinada, átonos y a veces alejados del núcleo acentuado (al estar por definición en la primera o en la última sílaba), correrán un riesgo mayor de perder parte de los fonemas que los integran. Por otra parte, cuando los hablantes pierden la conciencia de la identidad originaria de ambos, los procesos analógicos que pue-

dan experimentar unos y otros son diferentes. Las formas exentas formarán paradigma con otras formas exentas susceptibles de recibir o renovar sus marcas de función casual, de número o de género. En cambio las formas aglutinadas constituirán un sistema cerrado en el interior del cual se podrán producir nivelaciones analógicas de unas personas respecto a otras, lo que, con el paso de los siglos, puede desembocar en situaciones que, no sólo para los hablantes sino para los lingüistas, obscurezcan las conexiones.

A los hablantes de la lengua común postanatolia, e igualmente de la lengua común inmediatamente anterior a la separación de la rama anatolia, las desinencias verbales les debían resultar ya perfectamente opacas en lo que a su conexión etimológica con los pronombres personales se refiere. Porque el proceso aglutinativo de los pronombres con el verbo debió producirse en una fecha mucho más antigua. Es imposible precisar esa fecha en términos de cronología absoluta. Pero dada la lentitud con que se imponen los procesos aglutinativos, y del espacio de tiempo que es necesario que transcurra después para desdibujar la conexión etimológica debemos pensar en una altísima antigüedad. Es por ello que los indoeuropeístas no captamos relaciones abundantes y claras entre las desinencias verbales y los pronombres exentos, tal como reconstruimos ambas cosas para fases muy posteriores: en esas fases ambos habrían recorrido ya un largo camino por separado.

Si queremos descubrir las conexiones existentes deberemos recurrir a los elementos más antiguos de que tengamos indicio, en uno y otro terreno. Y, en ese sentido, son más abundantes los que nos suministran las desinencias que los proporcionados por los pronombres. En efecto, el sistema ya varias veces citado *(-*m, -*s, -*t, -*me* (< **-we), -*te, -*nt)* es tan sólo el «sistema regular». Junto a él hay restos de otros elementos, que generalmente constituyen irregularidades dentro de paradigmas que utilizan el sistema regular, o bien constituyen paradigmas sentidos como irregulares en su conjunto. El principio metodal de las *irregularidades en gramática* nos permite ver en el sistema regular la innovación, resultado de diversos procesos analógicos regularizadores. Y en cambio en las irregularidades podemos encontrar testimonio de fases más antiguas (arcaísmos).

En concreto, junto a la 1.ª regular -**m* hay restos de -**H* en no pocos paradigmas (conjugación en *-ḫi* del hetita, voz media, perfecto); frente a -**s* del sistema regular, la 2.ª sg. aparece en esos mismos paradigmas expresada por -**t*. Y para 3.ª, frente a la -**t* regular encontramos una forma sin desinencia alguna con no menos frecuencia (conjugación en *-ḫi* del hetita, voz media hetita, perfecto, diversas formas védicas). Para la 3.ª de plural, frente a la regular -**nt* encontramos formas con *-r* en latín (perfecto), sánscrito (perfecto, aoristo en -**s*, optativo) y hetita (pasado activo).

La -**r* de 3.ª pl. no es una marca de persona propiamente dicha. Su valor originario en indoeuropeo era el de *impersonal*. Algo parecido a nuestro *se* en expresiones como «se dice», que equivale bien a una 3.ª pl. («algunos dicen»), bien a una pasiva impersonal. Y en las dos funciones aparece ulteriormente de hecho. Por otra parte, esta -**r* expresando 3.ª pl. cuenta con todas las garantías

de ser un arcaísmo, como de hecho generalmente se reconoce. En efecto, entre las lenguas postanatolias se encuentra en áreas laterales (itálico e indo-iranio). Y por otra parte se da en lenguas anatolias, lo que demuestra su existencia en la lengua común preanatolia. Por lo demás, su posición de *fase sparita* como 3.ª pl. frente a la regular -**nt* es una prueba de que la forma más antigua que podamos reconstruir como 3.ª de plural en la familia indoeuropea es -**r*. Por otra parte, eso coincide bien con lo que sabemos del comportamiento general de las lenguas: la 3.ª es menos proclive para aglutinar un pronombre. Y la solución indoeuropea para la tercera de plural, aunque también de índole aglutinativa, no parte de un demostrativo, sino de la citada función impersonal.

Todo ello (prescindiendo por el momento de la -**H* en 1.ª, a la que luego aludiré) nos permite recuperar un sistema algo diferente y sin duda bastante más antiguo: 1.ª -**m*, 2.ª -**t*, 3.ª -**ø*, 1.ª pl. -**we*, 2.ª pl. -**te*, 3.ª pl. -**r*. En él se observan ya las primeras líneas generales de un proceso aglutinativo coherente.

Para 1.ª de singular tenemos una -**m*, cuya conexión etimológica con el tema del personal de 1.ª parece fuera de duda. Pero hay un problema: la forma pronominal que se esperaría aglutinada es la que cumpliera la función de sujeto. Y en indoeuropeo esa forma es **eg*, mientras que **mĕ̄* sirve para las otras funciones. Aquí caben dos vías de razonamiento, no necesariamente excluyentes entre sí. Por una parte hay que reparar en que la distribución **eg* = nominativo / **mĕ̄* = acusativo, etc., es la propia del indoeuropeo que reconstruimos mediante la comparación. Pero no tenemos ninguna seguridad de que ésa fuera la distribución vigente muchos siglos antes, cuando se efectuó el proceso aglutinativo. No me resisto a mencionar la otra vía de razonamiento, aun a sabiendas de su carácter altamente especulativo. Se trata de la -**H* que se encuentra en la 1.ª sg. de ciertos paradigmas. Excepto para alguna opinión aislada, se trata efectivamente de una marca alternativa de 1.ª persona. Y no puedo evitar pensar en que los nostratistas, de los que hablaré en el último capítulo, aseguran que el pronombre personal de 1.ª en la macrofamilia nostrática, a la que pertenece la familia indoeuropea, era **Ha*, que sólo en la familia indoeuropea habría sido secundariamente alargado con -g, dando lugar, con la pérdida fonética de *H-, a **eg*. Piense cada cual de ello lo que prefiera.

Para la 2.ª, la **t* se relaciona sin dificultad con el personal de 2.ª, **tu*. En 3.ª sg. la ausencia de toda marca resulta perfectamente coherente. Para 1.ª pl. **we* es idéntica al pronombre personal de 1.ª pl., con la trayectoria ya explicada. En cuanto a la 2.ª de plural, parece resultado de un proceso de nivelación analógica fácil de comprender en el interior del paradigma, al que en seguida voy a aludir. Si existió para la 2.ª pl. una forma más antigua basada en el personal de 2.ª, como parecería razonable suponer, no podemos saberlo porque de ello no ha quedado huella histórica alguna.

Como puede observarse, en singular las antiguas formas de los pronombres han visto reducido su volumen fonético con la pérdida de su última vocal

respectiva _(-*me > -*m, [¿-*Ha>-*H?]_ y _-*tu > -*t)._ En cambio en plural se mantiene la vocal. Para ello hay una explicación satisfactoria. En el verbo indoeuropeo el acento cargaba sobre la raíz (o sufijo) en el singular, y, en cambio, sobre la desinencia en plural. Por ello, las vocales de 1.ª sg. _-*me_ y 2.ª sg. _-*tu,_ que eran átonas, se debilitaron y perdieron, mientras que la de 1.ª pl. _-*wé,_ que recibía el acento, se conservó. Ese proceso fonético debe ser muy antiguo. Pero no sabemos precisar las razones de la diferente acentuación. Estamos realmente rozando el límite de las posibilidades de penetración en la prehistoria de nuestra familia lingüística.

Tras la pérdida de las vocales en singular se dieron las condiciones paradigmáticas que explican la introducción analógica de _-*te_ en 2.ª de pl. La analogía operó en este punto, al igual que en tantas ocasiones, a modo de una ecuación, sobre la proporción:

1.ª sg. _-*m:_ 1.ª pl. _-*me (-*we)_
2.ª sg. _-*t:_ 2.ª pl. _-x_

de la que se deduce la forma _-*te_ como solución a la incógnita.

Cabe preguntarse cómo y por qué se pasó de este sistema al regular, y de dónde surgió éste último. La respuesta es compleja y estimo que innecesaria aquí. Me limitaré a decir que se trata de modificaciones recientes, ninguna de las cuales estaba consolidada en indoeuropeo preanatolio y algunas tampoco en la lengua común postanatolia.

La última de las categorías expresada plenamente mediante las desinencias es la voz, que presenta problemas específicos dentro del conjunto homogéneo de las desinencias. Hay que comenzar por decir que, sobre el testimonio exclusivo del griego y el indo-iranio la doctrina tradicional atribuye al indoeuropeo, junto a la voz activa, una segunda diátesis que solemos llamar _voz media._ En cambio no habría existido voz pasiva.

Lenguas sin pasiva no constituyen una rareza tipológica ni suponen ninguna dificultad funcional. Al fin y al cabo, la voz pasiva es sólo uno de los recursos posibles para invertir el emparejamiento usual de las funciones pragmáticas con las sintácticas. En la mayoría de las lenguas del mundo la función sintáctica del _agente_ va desempeñada por el participante que constituye el _tópico,_ mientras que el _paciente_ es un elemento _no tópico._ Pero sucede a veces que el _tópico_ de nuestro mensaje no es el _agente,_ sino el _paciente._ Y para realizar esa combinación marcada de funciones existen varios recursos. Uno de los más frecuentes como alternativa a la voz pasiva es la mera inversión del orden: el _tópico_ tiende a ocupar la primera posición y si para la combinación usual en una lengua el orden es AVP, la combinación inversa se marcará simplemente con el orden PVA. Pero para ello es necesario que el orden de palabras sea libre. Es por ello que en las lenguas con orden fijo la pasiva es más necesaria que en las de orden libre. Y como el indoeuropeo era una lengua de

orden libre podemos fácilmente imaginar que, si faltaba una voz pasiva, la topicalización del paciente podía efectuarse mediante una inversión del orden.

La objeción que puede hacerse, pues, a la reconstrucción de un indoeuropeo sin voz pasiva no es de naturaleza funcional ni tipológica, sino simplemente comparativa. Cuando decía que el carácter *medio* de la segunda diátesis se establecía sobre el testimonio exclusivo del griego y el indo-iranio quería decir que las demás lenguas, entre ellas el hetita, tienen también dos voces, pero la segunda es *pasiva*. Y no encuentro ninguna razón ni criterio en el Método Comparativo para suponer que son el griego y el indo-iranio quienes conserven el arcaísmo, y que sean todas las demás lenguas las que hayan innovado. Hay en cambio razones de naturaleza estrictamente comparativa que inducen a pensar exactamente lo contrario. Por una parte, la norma del área mayor. Por otra, el testimonio del hetita, heredero de una situación preanatolia, al ser coincidente con la mayoría de las lenguas postanatolias, queda sólidamente robustecido. Y finalmente, las dos lenguas con voz media pertenecen a un área dialectal homogénea, que ofrece numerosas innovaciones comunes, particularmente en el terreno de la flexión verbal y ambas son herederas, como veremos en la última parte de este libro, de los estadios más recientes de la lengua común.

La noción de *voz media* es menos clara. Y sus usos griegos son harto heterogéneos, yendo desde el valor reflexivo hasta el pasivo, pasando por otros mucho menos definidos y, en ciertos casos, la ausencia de cualquier valor diferencial respecto a la voz activa. Formas sintéticas de la reflexividad se conocen en no pocas lenguas. Pero una *voz media* a la griega es algo realmente excepcional.

Por otra parte, los procedimientos para marcar la segunda diátesis (llámese media o pasiva) no son homogéneos en el conjunto de las lenguas indoeuropeas. En griego e indo-iranio aparece claro un sistema cuyo rasgo más característico consiste en la adición de una vocal -*o- entre la marca de persona y la de tiempo presente. El funcionamiento puro de ese sistema se da sobre todo en 2.ª y 3.ª de singular y 3.ª de plural. Funciona razonablemente bien en 1.ª de singular. Y en cambio su actuación no penetra en 1.ª y 2.ª de plural. El sistema queda pues así:

	Pasado	*Presente*
1.ª sg.	-H_2(?)	-H_2oi
2.ª sg.	-so	-soi
3.ª sg.	-to	-toi
1.ª pl.	¿?	¿?
2.ª pl.	¿?	¿?
3.ª pl.	-nto	-ntoi

Además del griego y el indo-iranio, este procedimiento de marcar la segunda diátesis, que podíamos llamar *sistema regular,* se encuentra en tocario y quizás en gótico, donde ofrece ciertas dificultades fonéticas para su completa equiparación. En hetita la sistematización es muy distinta, a pesar de la existencia indudable de ciertos elementos comunes. Y en latín y celta la segunda diátesis está principalmente basada en la presencia de la *-r* de origen impersonal, aunque puede encontrarse alguna desinencia relacionable con el sistema descrito.

Así como la *-*r,* conocido su origen impersonal, permite deducir que dio lugar directamente a una verdadera voz pasiva, a través del valor de *pasiva impersonal,* la *-*o-* del sistema regular nos resulta opaca, por lo que no encontramos por ese camino ningún argumento a favor de la prioridad del valor pasivo o medio de esa diátesis.

LOS SUFIJOS: ASPECTO, MODO

La reconstrucción clásica atribuía a la lengua común un complejo sistema de aspectos y modos. Desde Delbrück se convirtió en opinión común que el verbo indoeuropeo tenía tres temas (presente, aoristo y perfecto) no relacionados con el tiempo, sino que serían la expresión de otros tantos aspectos.

El tiempo y el aspecto son nociones vinculadas, pero diferentes. Entendemos por tiempo la ubicación de la acción en la natural secuencia cronológica de los acontecimientos. Tomando generalmente como línea divisoria el momento presente, se obtienen los tiempos llamados *absolutos: presente, pasado* y *futuro.* Y tomando una segunda referencia (pasada o futura) se obtienen los tiempos *relativos: pluscuamperfecto* es el tiempo de una acción que ya era pasada en relación con otra que lo es respecto al momento presente; y *futuro perfecto* es el tiempo que corresponde a una acción futura respecto al presente, pero pasada respecto a una segunda acción futura.

Por aspecto se entiende un conjunto de categorías que se refieren también al tiempo, pero no en relación con acontecimientos exteriores a la acción expresada por el verbo, sino a ciertas propiedades o características temporales de la acción misma. Los dos aspectos más frecuentes entre las lenguas del mundo son el *durativo* y el *puntual.* En el primero se manifiesta expresamente que la acción no fue instantánea sino que tuvo una cierta duración; en el segundo nada se dice respecto a la duración, por lo que puede tratarse tanto de una acción que sólo duró un instante (o que el hablante concibe como tal), o de una acción que realmente tuvo una duración determinada, pero al hablante no le interesa proporcionar esa información.

Como hemos visto más arriba, el indoeuropeo contó con un recurso para expresar los tiempos presente y pasado. Por el momento nada he dicho del fu-

turo, aunque volveré sobre ello más abajo. Pero esos dos tiempos se expresaban mediante un recurso desinencial. En cambio los tres temas citados (presente, aoristo, perfecto), que se diferenciaban entre sí por la sufijación, habrían sido en indoeuropeo portadores de los valores aspectuales de *durativo, puntual* y *perfectivo* (resultado presente de una acción pasada).

Si ha habido un terreno en que el testimonio de las lenguas anatolias haya sido un factor revolucionario respecto a las ideas tradicionales, ese terreno ha sido precisamente éste que nos ocupa. Resulta que el hetita no tiene esos tres temas temporales, sino uno sólo. Y después de una etapa en que la explicación usual fue que las lenguas anatolias habrían perdido el tema de aoristo y el de perfecto (fundiéndolos con el de presente) y arruinando así el sistema aspectual heredado, sobrevino una nueva en que poco a poco fue imponiéndose una nueva reconstrucción.

Los primeros en caminar por la nueva senda (ya en la década de 1940) fueron los norteamericanos Kerns y Schwartz, que hasta la muerte del primero de ellos firmaban siempre juntos toda su producción científica. Quizás la persona que más y mejor ha argumentado en este terreno y ha propuesto una nueva reconstrucción, en líneas generales acertada, ha sido el español F. R. Adrados. Tras él, algunos se han unido en forma activa a esa línea de pensamiento, y muchos le han prestado su asentimiento. Lo que no impide que haya todavía un fuerte núcleo conservador que se mantiene aferrado a la reconstrucción neogramática del verbo indoeuropeo. Eso resulta inevitable. Ya decía Max Plank que en el mundo científico las nuevas ideas en rigor no se imponen nunca a las antiguas; lo que sucede es que los defensores de las antiguas terminan por morirse.

El sistema neogramático, prescindiendo incluso del testimonio anatolio, tenía ya de suyo severos inconvenientes. Lenguas con tres temas verbales sólo son el griego y el sánscrito. Las demás (latín, celta, germánico, báltico, eslavo) tienen solamente dos. Y, por añadidura, sólo en griego sirven los temas para expresar valores aspectuales. Ni siquiera en sánscrito.

Adrados hace ver que la estructura verbal hetita, con un solo tema por verbo, se encuentra igualmente en lenguas postanatolias para algunos de los verbos más arcaicos, como **esmi* «ser» y **eimi* «ir». Y deduce que el sistema de oposición de tres temas por verbo es tardío, en cualquier caso postanatolio. Y en consecuencia ha de serlo también el sistema de los tres aspectos que esos temas expresaban.

Sin embargo, no todo queda resuelto por el momento en la nueva reconstrucción. Uno de los puntos obscuros es la función que en indoeuropeo preanatolio tenían los diferentes sufijos que en anatolio aparecen como formas alternativas de derivación del único tema verbal existente (en otras lenguas sirven en parte para caracterizar unos temas frente a otros y en parte también como formas alternativas).

Las maneras en que puede derivarse un verbo o un tema verbal son variadísimas. Pueden no tener ningún sufijo; pueden tener vocal *temática (o/e)* o no tenerla; pueden tener una gama amplísima de sufijos *(-sk-, -n-, -neu-,* -*ne*H_2-, *-ē-, -ā-, -s-);* la raíz puede aparecer reduplicada o no; etc. Pues bien, excepto para la reduplicación, cuyo valor originario podemos imaginar, el resto de los procedimientos (concretamente los sufijos) nos resultan opacos. Dan la impresión de ser los restos de un sistema anterior, reutilizados en una sistematización nueva. Algo así como los materiales de derribo que se utilizan en edificios de nueva planta. Pero hoy por hoy resulta imposible recuperar el sistema antiguo.

Decía que para la reduplicación sí que podemos avanzar algunos pasos. En efecto, la repetición es un recurso de naturaleza icónica que sirve en lenguas muy diversas para la cuantificación (plural o intensiva). Y ése debe ser también su origen en la familia indoeuropea, porque en ciertas formaciones reduplicadas puede todavía en época histórica constatarse un cierto valor intensivo, más o menos diluido. Pero desde antiguo la reduplicación tendió a estereotiparse formalmente y a desvincularse de su originaria función cuantificadora, hasta convertirse en un recurso abstracto para diferenciar o caracterizar unos temas verbales frente a otros.

Otro de los puntos no suficientemente aclarados es la historia concreta de los temas verbales en las lenguas no anatolias. Una vez establecido que en la lengua común preanatolia el verbo no operaba con tres temas (sino uno sólo), queda por precisar si la lengua común postanatolia llegó a diferenciar los tres temas (y en consecuencia el latín, celta, germánico, báltico, eslavo han reducido los tres temas heredados a dos), o si sólo llegó a diferenciar dos, en cuyo caso serían el griego y el indoiranio los que, avanzando un paso más, alcanzaron los tres. Y, por otra parte, si la oposición de dos o tres temas en la lengua común postanatolia sirvió para expresar aspecto, en cuyo caso sólo el griego conservaría la situación heredada, o si desde el origen sirvió para expresar tiempo, en cuyo caso sería el griego el innovador, al haber desarrollado el sistema de aspectos que históricamente sólo él posee.

En cualquier caso, una cosa es cierta: en líneas generales la expresión del tiempo en la familia indoeuropea ha respondido a dos modelos muy distintos, cronológicamente sucesivos. El tipo indoeuropeo antiguo consiste en la diferenciación tan sólo de un presente y un pasado, que se realiza mediante la adición como último elemento desinencial de una -**i*. El tipo moderno se realiza mediante temas verbales diferentes caracterizados por distinta sufijación.

En el ámbito de los modos, la doctrina tradicional atribuía a la lengua común *indicativo, subjuntivo, optativo, injuntivo* e *imperativo.* El hetita, sin embargo, tan sólo tiene *indicativo* e *imperativo.* De forma que, también en el

terreno de los modos, hay que distinguir dos etapas. En una primera, la fase preanatolia, probablemente los únicos modos existentes eran el *indicativo* y el *imperativo.* Concretamente el *imperativo* se expresaba mediante ciertas peculiaridades de las desinencias. Para la 2.ª de singular aparece ampliamente extendida una forma que consiste en el tema verbal puro, es decir: sin marca de tiempo ni de persona. Esa formación se explica bien. El imperativo es el modo de la orden. Y las órdenes prototípicas se imparten a la 2.ª persona gramatical, que está presente en el acto del habla. En tales circunstancias normalmente no se utiliza el pronombre personal de 2.ª junto a la forma verbal, o se utiliza con mucha menos frecuencia. Eso lo podemos comprobar en nuestra propia lengua española: *¡ven!, ¡ven aquí!* resultan perfectamente explícitas, sin marca alguna de persona y sin acompañamiento del pronombre de 2.ª; *¡ven tú!,* aun siendo desde luego posible, es de hecho bastante menos usado. Es por ello que en el proceso aglutinativo de los pronombres con el verbo, las formas de imperativo para la 2.ª pueden quedar libres de aglutinación.

En cambio, los imperativos de las lenguas indoeuropeas antiguas presentan a veces ciertos elementos deícticos aglutinados. Que los imperativos vayan acompañados de deícticos es usual cuando se trata de verbos de movimiento: *¡ven acá!, ¡da acá!* son combinaciones usuales. En la lengua común preanatolia parece haberse utilizado acompañando a los imperativos el deíctico **u,* que aparece aglutinado en ciertas desinencias, como *-*-tu, -*ntu* tanto en hetita como en algunas lenguas postanatolias (sánscrito). En la lengua común postanatolia se generó una aglutinación nueva, esta vez a partir del ablativo del anafórico (antiguo deíctico) **tōd,* que supone la estereotipación de una expresión imperativa del tipo *¡ven de ahí!* Finalmente, en una fase más tardía, ya con carácter dialectal, que sólo parece haber afectado al área greco-indo-irania, tiene lugar un nuevo proceso aglutinativo, a partir también de una partícula local: **dhi,* en 2.ª sg. griego κλῦθι, sánscrito *śrudhí* «¡oye!, ¡escucha!».

En la lengua común postanatolia se desarrollaron dos modos más, el *subjuntivo* y el *optativo.* Probablemente el *injuntivo* de los neogramáticos no existió nunca como modo independiente, ni en etapa común ni en ninguno de los dialectos históricos. Los dos nuevos modos, siguiendo también las líneas generales del tipo indoeuropeo, se expresaron mediante determinados sufijos, que en gran medida nos resultan igualmente opacos. Ambos contenían tanto usos de deseo *(yo deseo que llueva)* como usos de posibilidad *(tal vez llueva),* en forma no siempre bien delimitada entre uno y otro. Por ello, aunque las lenguas postanatolias de testimonio más antiguo (sánscrito y griego) los mantienen diferenciados, pronto tendieron a fundirse en un modo único, sincretismo que aparece realizado desde los primeros textos en latín, celta, germánico, etc.

El futuro, al contrario que el presente y el pasado, tiene la característica de que no lo conocemos y por lo tanto no lo podemos describir de una forma ob-

jetiva. Sobre él normalmente nos limitamos a formular deseos o enunciar posibilidades. En principio es posible un enunciado objetivo de un hecho futuro, en un uso que podríamos llamar *prospectivo.* Porque, en efecto, existen sucesos predecibles con seguridad. Pero, curiosamente, las lenguas que tienen una forma específica de futuro (como el español) no lo utilizan de ordinario para esos usos: en *mañana es sábado, el siglo* XXI *comienza en el año 2001*, utilizamos normalmente el presente.

Esas características hacen que la categoría gramatical del futuro esté en principio muy próxima a los modos. Y de hecho son muy pocas las lenguas que se citan como poseedoras de una categoría exclusivamente temporal de futuro *(predictivo).* En la familia indoeuropea, como en la mayoría de las lenguas, el futuro ofrece una combinación de usos de deseo, de posibilidad y predictivos. Pero no se trata de una categoría muy antigua en la familia. Su creación, al menos en la forma en que aparece en las lenguas indoeuropeas antiguas, tuvo lugar desde luego en época postanatolia. Si hubo una forma anterior se nos escapa. Pero tampoco es seguro que la lengua común postanatolia llegara a tenerlo. Las formaciones históricas que concretamente aparecen cargadas de esa función son los sufijos -*so/e- y -*syo/e-, cuyo valor en la lengua común postanatolia y en algunos de sus dialectos históricos, es el de *desiderativo,* muy próximo a uno de los usos del futuro, circunstancia que propició su paso a esa función.

En la lengua común, ni pre- ni postanatolia, no llegó nunca a desarrollarse un infinitivo. Y sólo un tipo de participio puede considerarse preanatolio: el que se construye mediante el sufijo -*nt, formación que sigue viva en español *(estudiante, amante, farsante).* En la lengua común postanatolia pudieron desarrollarse algunos tipos nuevos de participios (-*to-, -*wos/wot-, -*meno/mno-), pero no es seguro que todos ellos tuvieran un desarrollo común pleno y generalizado. Muy probablemente hubo en este terreno una cierta variabilidad dialectal

* * *

Como el lector habrá podido comprobar a lo largo del capítulo referido a la lengua de los indoeuropeos, en realidad no he descrito una única lengua, en el sentido de un sistema sincrónicamente coherente, mediante el que se hayan comunicado de hecho antepasados nuestros de cualquier etapa remota. Ni lo he intentado, ni eso resulta posible. En ese sentido —pero sólo en ése— tienen razón los defensores de la imposibilidad de la reconstrucción.

La labor que yo he intentado es más modesta en cierto sentido, y quizás más ambiciosa en otros. Pero, en todo caso, no menos apasionante. Por una parte, no me he limitado a una sola lengua común indoeuropea, situable en una determinada etapa. Sino a varias lenguas comunes, en etapas cronológicas

progresivamente más antiguas. Y por otra, nunca he pretendido describir en su conjunto una lengua completa. El lector habrá tenido más bien la sensación de sucesivas ráfagas de un faro que se esfuerza en penetrar las tinieblas de un pasado sin límites precisos, sin líneas divisorias consistentes. Y que, lo mismo que un faro, logran aclarar líneas concretas, penetrando unas veces más profundamente que otras, según las condiciones más o menos propicias de cada terreno. Al disponer, gracias al grupo anatolio, de un punto de referencia preciso, el establecimiento de una etapa preanatolia y otra postanatolia es una de las líneas divisorias más firmes en todo este proceso.

Eso es lo que hoy por hoy puede aclararnos el Método Histórico-Comparativo sobre la prehistoria de nuestra propia lengua.

PARTE IV

LOS INDOEUROPEOS EN LA HISTORIA

CAPÍTULO I

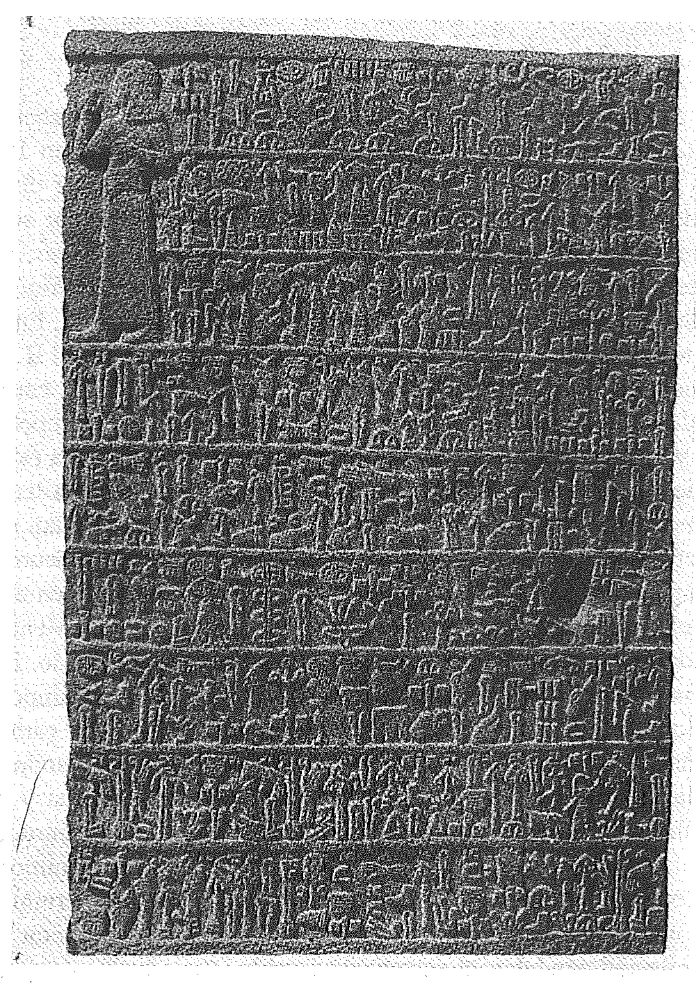
LOS HETITAS Y OTROS PUEBLOS ANATOLIOS

En los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX gozaban de un asentimiento general las ideas lideradas por el lingüista austríaco P. Kretschmer: en el II milenio a. C. los Balcanes estaban ocupados por diferentes estirpes indoeuropeas (ilirios, tracios, griegos...). Pero Asia Menor sería dominio de gentes no indoeuropeas, a las que solía llamarse *asiánicas*, o cosas equivalentes. El único pueblo indoeuropeo allí presente sería el frigio y eso como resultado de una inmigración secundaria desde los Balcanes. En consecuencia se tenían como lenguas no indoeuropeas la de Mitanni en el II milenio a. C., e igualmente las testimoniadas en el I milenio (licio, lidio, cario). Un poco más al Este, en Mesopotamia, tampoco habría habido indoeuropeos en el II milenio, y se tenía por averiguado que las primeras gentes de esa estirpe en poner su pie en Babilonia habrían sido los medos y los persas. La lengua de los hetitas no se había descifrado; pero en la medida en que se tenían noticias de su existencia, se daba por supuesto que sería una lengua no indoeuropea. Y unos años antes ni tan siquiera se sospechaba que hubiera habido en el II milenio una potencia militar, la hetita, ubicada en el corazón de Asia Menor.

Pero todas esas ideas estaban destinadas a un pronto desmentido. Rápidamente se iban a ir produciendo varios descubrimientos de suma importancia para la historia de esa región y de toda nuestra civilización, que cambiarían drásticamente el panorama. Esos descubrimientos fueron demostrando que la presencia de indoeuropeos en Asia Menor era mucho más antigua y mucho más abundante de lo que se imaginaba; que los elementos no indoeuropeos no eran tan cuantiosos; y que, en definitiva, gran parte de las lenguas minorasiáticas que se tenían por *asiánicas* eran realmente indoeuropeas. El término *asiánico* se fue vaciando cada vez más de contenido. Y comenzó a operar esa especie de oscilación pendular, al parecer inexorable, que a tantos extremismos ha conducido también en otros ámbitos de la ciencia y del comportamiento

humano en general. Las teorías surgidas en estos últimos años (Ivanov-Gamkrelidze, C. Renfrew), dando un espectacular giro, han pasado a considerar que Asia Menor es nada menos que el hogar ancestral de todos los indoeuropeos, por lo que habría que pensar que los escasos no-indoeuropeos que allí van quedando serían los intrusos. Ésas son las ideas más recientes. Pero más recientes no quiere decir más fiables y mejor fundadas, como ya comenté en un capítulo anterior.

La *Biblia* menciona un pueblo cuyo nombre hebreo suena como *hittim*. Aparece varias veces en enumeraciones junto a otras gentes (cananeos, fereceos, amorreos, etc.). Y en otros pasajes se nos transmiten algunas informaciones sobre ellos: los judíos tomaban a veces espòsas en ese pueblo; Salomón hacía de intermediario para proporcionar a sus reyes buenos caballos egipcios.



Inscripción en luvita jeroglífico encontrada en Carchemish

Y en algún episodio *(Reyes* II, 7, 6) se entrevé la posibilidad de una alianza de Israel y los *hittim* contra los asirios. Al traducir la *Biblia* a las diferentes lenguas, su nombre se transcribió como *Hethiter* en alemán, *hittites* en inglés, *héthéens* en francés y *heteos* en español.

En el s. XIX aumentó algo nuestra información sobre ese pueblo, gracias a los datos aparecidos en las fuentes egipcias, que les dan el nombre de *heta*. Concretamente se habla de una importante batalla librada en Kades, en la que Ramsés II los derrotó. Y, por otra parte, los anales hablan de la tierra de *Hatti,* describiéndola como un conjunto de ciudades-estados situadas en el norte de Siria.

En 1834 el francés Ch. Texier encontró en Turquía, cerca de la actual ciudad de Bogazkoy, las ruinas de una gran ciudad de remota antigüedad, cuya identificación constituyó un misterio durante más de medio siglo. Por otra par-



Puerta del León en las ruinas de la ciudad hetita encontrada en Bogazkoy

te, en la ciudad de Hama (Siria) y sin ninguna relación aparente con la misteriosa ciudad turca, había encontrado en 1813 el suizo J. L. Burckhardt una piedra inscrita con jeroglíficos. Y a partir de 1870 se multiplicaron los hallazgos de esa clase de escritos jeroglíficos en varias localidades de Siria y de Asia Menor, en conexión con unos relieves característicos en rocas que jalonaban el camino entre el norte de Siria y la ciudad misteriosa de los alrededores de Bogazkoy. Hacia 1880 el británico A. Sayce formuló la hipótesis de que esa escritura correspondía a los *hittim* de la *Biblia,* que habrían sido dueños de un imperio asentado sobre toda la zona, con su centro de gravedad en el norte de Siria.

Pero pocos años más tarde salieron a la luz en Tell-el-Amarna los archivos del faraón hereje Akenaton. En ellos aparecieron cartas entre el *rey de Arzawa* y Amenhotep II, que confirmaron la existencia de ese gran imperio en el s. XIV a. C., si bien su centro de gravedad resultaba Asia Menor (Turquía) y no el norte de Siria. Las cartas aparecían, aparte de en otras lenguas como el bien conocido acadio, en la del *reino de Arzawa,* que resultaba por completo incomprensible, pero parecía coincidir con la de ciertos documentos encontrados en las ruinas de la ciudad misteriosa. Y en 1906 el noruego J. A. Knudtzon sugirió por vez primera que aquella lengua desconocida contenía elementos indoeuropeos. Pero el material de que entonces se disponía era escaso y sus pruebas no resultaban concluyentes. Y como esa posibilidad estaba radicalmente en contra de las creencias del momento, fue recibida en medio de un helador silencio.

Todo este conjunto de circunstancias convirtió el problema de este pueblo, para el que en general ha terminado por imponerse el nombre *hetita* (o *hitita),* en un verdadero enigma que apasionaba no sólo a los especialistas. La vasta extensión de las ruinas, la grandeza de su poderío militar que ya se vislumbraba, lo desconocido de su lengua, el misterio de su identidad, intrigaba e inquietaba a todo el mundo. Y pronto resultó evidente que las claves del enigma estaban tal vez enterradas bajo las ruinas de Bogazkoy, de forma que en 1906 el alemán H. Winckler comenzó su excavación sistemática con todo éxito. Pronto aquella tierra entregó su secreto, quedando a la luz los impresionantes archivos reales, cuya mera existencia *in situ* demostraba que aquélla había sido la capital del Imperio Hetita.

Muchos de los textos allí encontrados estaban en lengua acadia, que era suficientemente conocida, por lo que sólo con eso el propio Winckler pudo trazar una historia somera, lo suficiente como para que de golpe todo aquel Imperio atravesara la línea que separa la penumbra de la prehistoria de la luz de la historia. Pero eso no era todo. La mayoría de los textos, escritos en tablillas de arcilla con silabario cuneiforme, estaban en una lengua a la que se dio el nombre de *hetita.* Podían leerse, o mejor deletrearse, porque el cuneiforme era un sistema de escritura con el que los orientalistas estaban familiarizados. Pero nada se comprendía de su contenido. Ni que decir tiene, Winckler, el estudioso que se había hecho cargo de la excavación, era un orientalista, no un indoeuropeísta, en consonancia con las ideas generalizadas de la ausencia de indoeuropeos en Asia Menor.

El propio Winckler encontró nombres indo-iranios entre los dioses de Mitanni en un tratado con los hetitas. Poco antes había tenido lugar el desciframiento del tocario y el consiguiente conocimiento de la presencia de indoeuropeos en una región tan oriental como el Turkestán chino. Indoeuropeístas y orientalistas iban de asombro en asombro. Todo presagiaba que las viejas opiniones estaban a punto de desmoronarse bajo el peso de testimonios incontestables.

Ése era el ambiente científico del momento cuando, en 1914, estalló la Primera Guerra Mundial. Bedřich Hrozný, arqueólogo checo, profesor en Viena, se vio enrolado en el ejército de Austria. Tenía entonces treinta y cinco años. Se había interesado por el problema hetita y, con buen criterio, pensó que era más accesible la lengua de las tablillas que los jeroglíficos. Puso manos a la obra y se las arregló para seguir trabajando durante la contienda, de forma que en 1915 se encontró en disposición de formular su sensacional hallazgo: el hetita era una lengua indoeuropea. Éstas son sus propias palabras sobre el camino que siguió hasta el desciframiento:

> Para el desciframiento de los textos hetitas el autor utilizó principalmente los ideogramas, es decir, los signos cuneiformes que significan palabras, conceptos enteros o incluso nombres propios. Partiendo de tales signos llegó a determinar, por combinación, el sentido de las otras palabras que constituían la frase. Una de las primeras frases cuyo sentido pudo establecer, y en la que reconoció inmediatamente tres palabras hetitas de origen indoeuropeo, es la siguiente:
>
> *nu* 𒃻 *-an ezateni vadar -ma ekuteni*
>
> Cuando, examinando una inscripción hetita, leyó esta frase por primera vez, podía comprender solamente el signo cuneiforme anterior, que con frecuencia, pero no siempre, significa «pan». Apoyándose en otros pasajes encontró que la terminación *-an* designaba el acusativo de singular. En una frase en la que se trataba de «pan» podía esperarse descubrir también la palabra «comer». Para *ezateni,* de donde viene también la forma *adanzi,* era fácil elegir el sentido «vosotros comeréis», significando entonces *adanzi* «ellos comerán»: la raíz *ad-, eza-,* «comer» recordaba sorprendentemente el latín *edo,* alemán *essen,* checo *jísti.* Era posible, en consecuencia, traducir la primera proposición como «ahora vosotros comeréis pan.
>
> La proposición que venía después parecía paralela a la anterior: substantivo, partícula, forma verbal en *-teni.* Dado que la palabra «pan» de la primera proposición correspondía a la palabra *vadar* en la segunda, no era difícil ver en ésta última una expresión para «agua», estando confirmado ese sentido por el inglés *water,* alemán *wasser,* checo *voda.* Para el verbo *ekuteni,* paralelo a *ezateni,* «comeréis», resultaba obvia la traducción «beberéis». Al lado de *ekuteni* se encontraban también las formas *akuvanzi,* «ellos beberán» y *akuvanna,* «a beber», recordando el latín *aqua,* «agua». Toda la frase podía, pues, ser traducida:
>
> *Ahora vosotros comeréis pan, luego beberéis agua.*

El anuncio del desciframiento fue recibido en los primeros momentos con el escepticismo que cabe imaginar. Eran demasiadas las convicciones que había que abandonar, demasiadas las ideas que corregir, como para que no se produjera una cierta resistencia. Todavía V. G. Childe, diez años después, en su famosos libro *The Aryans,* se resistía a aceptar la plena indoeu-

ropeidad de los hetitas y buscaba explicaciones menos revolucionarias y hablaba más bien de «influencias indoeuropeas». Sin embargo, el desciframiento era correcto y terminó por imponerse sin restricciones. Aunque la aceptación de la plena indoeuropeidad supuso también para los indoeuropeístas un grave quebranto de las creencias previas sobre la lengua común, como luego diré.

Pero el desciframiento afectó solamente al hetita de Capadocia en escritura cuneiforme. El «otro hetita», el de los jeroglíficos hallados sobre todo en Siria, seguiría sin descifrarse todavía durante muchos años. En cambio, los archivos reales de Bogazkoy proporcionaron textos en diversas otras lenguas, algunas de ellas no conocidas previamente. Aparte de sumerio, acadio y hurrita, conocidas por otras fuentes, apareció una lengua no indoeuropea desconocida hasta entonces —el *hati*— y tres indoeuropeas también nuevas: el *hetita* ya citado, el *luvita* y el *palaíta.*

En los textos hetitas, la lengua *hati* (o *hatita)* se menciona con el adverbio *ḫatili* «en la lengua de Hati», mientras que la lengua que nosotros llamamos «hetita» aparece como *nešili* «en la lengua de [la ciudad de] Nesas». El término *hati,* del que *hittim* es una adaptación hebrea, corresponde en realidad a una lengua no indoeuropea, según todos los indicios hablada allí antes de la llegada de los indoeuropeos. Cuando éstos se apropiaron de la región, se les comenzó a llamar por parte de los vecinos con el nombre de los antiguos habitantes. Y ésa es la causa de que la misma palabra sirva en definitiva para designar a la población preindoeuropea y su lengua *(hatita,* tomado directamente de la forma autóctona) y a los invasores indoeuropeos y su lengua *(hetita,* tomado a través de la tradición hebrea).

La lengua preindoeuropea, o *hatita,* continuaba en uso sobre todo con fines litúrgicos. Y es razonable pensar que no estaba completamente extinguida en la época del Imperio Hetita. Para ella se han querido encontrar posibles vínculos con las lenguas de la familia caucásica, cosa que desde el punto de vista geográfico resulta de lo más plausible. Pero desgraciadamente los argumentos lingüísticos aducidos no pueden considerarse conclusivos.

Las tres lenguas indoeuropeas encontradas en los archivos de Bogazkoy (hetita, luvita y palaíta) están estrechamente relacionadas entre sí, de forma que entre ellas constituyen toda una estirpe nueva a la que por su ubicación se ha dado el nombre de rama *anatolia.* De entre ellas, el palaíta es la menos testimoniada y por lo tanto la peor conocida. Sus hablantes estaban ubicados en la región de *Pala,* que posteriormente se llamó Paflagonia, al noroeste del río que en hetita se llamaba *Marassantiyas,* en la época greco-romana *Halys* y en la actualidad *Kisil Irmak.* El palaíta es también la lengua más arcaica entre las anatolias y presenta una cantidad de elementos tomados del substrato *hatita* mayor que la que tienen el hetita y el luvita. En cambio carece de la influencia *hurrita,* abundante en hetita.

El luvita era la lengua de la región de Arzawa, en el suroeste de Asia Menor. Y el hetita tenía su principal ubicación en Capadocia, en torno a la capital del Imperio, Hatusas. Sin embargo, hay razones para pensar que su uso en la capital se introdujo desde la región de Nesas, razón por la que se la denomina *nešili.* Y el nombre de *nesita,* en vez de el de *hetita,* tuvo en décadas pasadas un cierto uso.

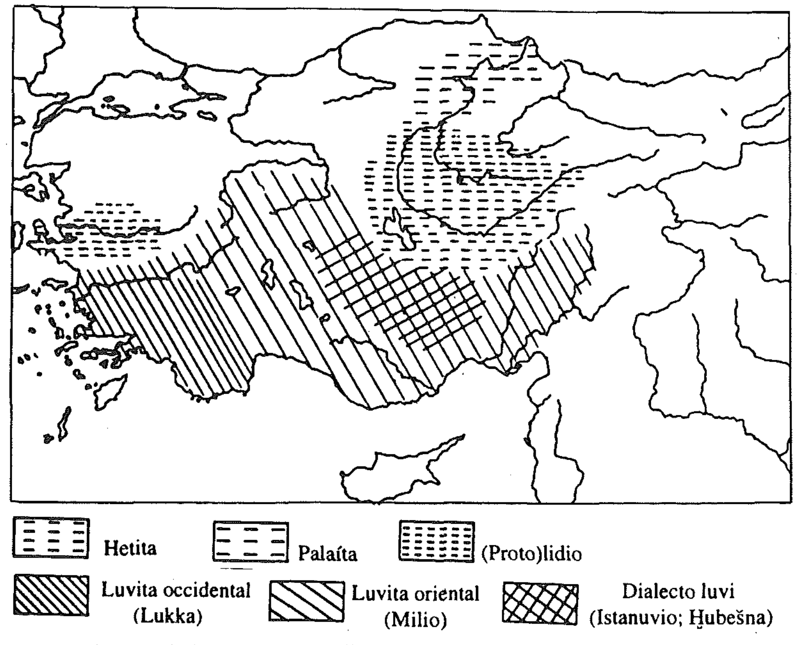
Por otra parte, los documentos en jeroglífico continuaron incrementándose como resultado de las excavaciones británicas en Siria. Y poco a poco se fue avanzando en su desciframiento, hasta que un texto con traducción fenicia encontrado en 1947 permitió confirmarlo y completarlo. La lengua de los jeroglíficos resultó ser *luvita* o, mejor, un dialecto luvita muy próximo a la lengua de Arzawa. Y, finalmente, una vez conocidas las lenguas anatolias precitadas, se pudo avanzar también en la identificación de otras que se hablaron en Asia Menor en el I milenio. Me refiero concretamente al licio, al lidio y al cario, que anteriormente se tenían por lenguas asiánicas.

No disponemos de datos precisos sobre el momento en que los indoeuropeos anatolios penetraron en Asia Menor. Los documentos físicamente más antiguos que exigen la presencia hetita en Capadocia son las llamadas *tablillas capadocias* encontradas en Kultepe, Alisar-Huyuk y Bogazkoy. Las más antiguas datan del siglo XX a. C. Están en lengua asiría y corresponden a una colonia de mercaderes. En ellas se refleja la presencia de elementos inequívocamente hetitas en la Capadocia de en torno al año 2000. Y en esa fecha los indoeuropeos anatolios no parecen allí unos recién llegados, sino que se aprecia ya en ellos una considerable influencia de los elementos preindoeuropeos. Normalmente se considera razonable pensar que hacia 2300 los indoeuropeos anatolios debían ya ocupar la zona, habiendo penetrado primero, al parecer, los luvitas. M. Gimbutas detecta un período de penetración de elementos de las estepas en Anatolia entre 3500 y 3000. Es imposible decir si la rama anatolia procede de aquella penetración o si es el resultado de procesos de indoeuropeización o reindoeuropeización posteriores. En cualquier caso, no demasiado tardíos, si tenemos en cuenta que el hetita deriva de un estadio de la lengua común mucho más arcaico que el indo-iranio, como más abajo diré. Y los indo-iranios están presentes en Oriente Próximo, con sus características lingüísticas y religiosas ya implantadas, hacia 1900 a. C. No estamos seguros de la ruta de penetración en Anatolia. Se han sugerido las dos más obvias: o de Norte a Sur a través del Cáucaso, o de Oeste a Este por el Bósforo. Pero no existen argumentos concluyentes.

Los nombres de los primeros reyes hetitas nos son transmitidos por la tablillas capadocias. Se trata de Pitanas y su hijo Anitas, que aparece mencionado también en textos cuneiformes hetitas. Durante los siglos XX y XIX a. C. los hetitas estaban divididos en ciudades fortificadas independientes unas de otras, rasgos ambos característicamente indoeuropeos. Y, lo que también es una constante, tales ciudades-estado estaban en permanente conflicto entre ellas.

Parece que pudieron tener una cierta preponderancia las ciudades de Purusanda y Kanes. Pitanas conquistó la ciudad de Nesas y trasladó allí su corte: de allí nació la denominación autóctona de la lengua hetita. Su hijo Anitas es mencionado como rey de Kusara. Y la capital sería definitivamente trasladada más tarde a Hatusas por Hatusil I, que probablemente adoptó ese nombre por el de su nueva capital. El Imperio Hetita comenzó a crecer paulatinamente con la unificación de la región y la anexión de las zonas limítrofes. Con el rey Supiluliuma su dominio se extendió al norte de Siria durante el s. XIV. Ése fue el momento de mayor esplendor del Imperio.

Hacia el año 1200 a. C. toda la zona del Egeo y Asia Menor sufrió la acometida de los *pueblos del mar*. Por esa época aparece mencionado un persona-



Las lenguas indoeuropeas anatolias en el II milenio a. C. (según O. Carruba)

je, Mitas de Pahuva, cuyo nombre es idéntico al de Midas, el célebre rey frigio del I milenio a. C. Sin duda no es una coincidencia. Los frigios fueron con toda verosimilitud los que destruyeron materialmente el Imperio Hetita e incendiaron su capital Hatusas en torno al año 1190 a. C. La región de Capadocia, corazón del Imperio Hetita, que había sido indoeuropeizada por los anatolios más de mil años antes, fue reindoeuropeizada por los frigios, procedentes de los Balcanes. Y la lengua hetita desapareció para siempre. Pero eso no supuso la inmediata extinción de todas las lenguas anatolias.

Las regiones orientales del Imperio no sufrieron una sacudida tan violenta y pudieron conservar su identidad étnica y lingüística. La unidad política lo-

grada por el Imperio se desintegró y todo regresó al estado de cosas anterior: surgieron una serie de ciudades-estados y principados independientes, algunos de cuyos nombres conocemos por las crónicas de Asiria y de Urartu: *Kummuhi* (Commagene en época clásica), *Tabal* (el bíblico Tubal), *Milid* (Melitene en época clásica), *Tianitis* (en las montañas del Tauro). Probablemente en estas principalías se habían refugiado gentes huidas de la zona occidental del Imperio cuando fue destruido por los frigios. Y en ellas se perpetuó la tradición imperial, como se refleja en los nombres de esos príncipes, idénticos frecuentemente a los de los antiguos reyes hetitas: *Sapalulme* (Supiluliumas), *Katuzili* (Hatusil), *Mutallu* (Muwatallis), *Lubarna* (Labarnas).

De esas ciudades-estados proceden la mayoría de las inscripciones jeroglíficas, que reflejan sin embargo, como ya dije, un dialecto anatolio distinto del hetita, concretamente el luvita. En otro lugar de este libro advertí que esta escritura jeroglífica es la única inventada por un pueblo indoeuropeo, aparte del alfabeto armenio. Todas las demás estirpes indoeuropeas adoptaron escrituras inventadas por otros pueblos y para otras lenguas, en la mayoría de los casos con un origen semítico mediato o inmediato.

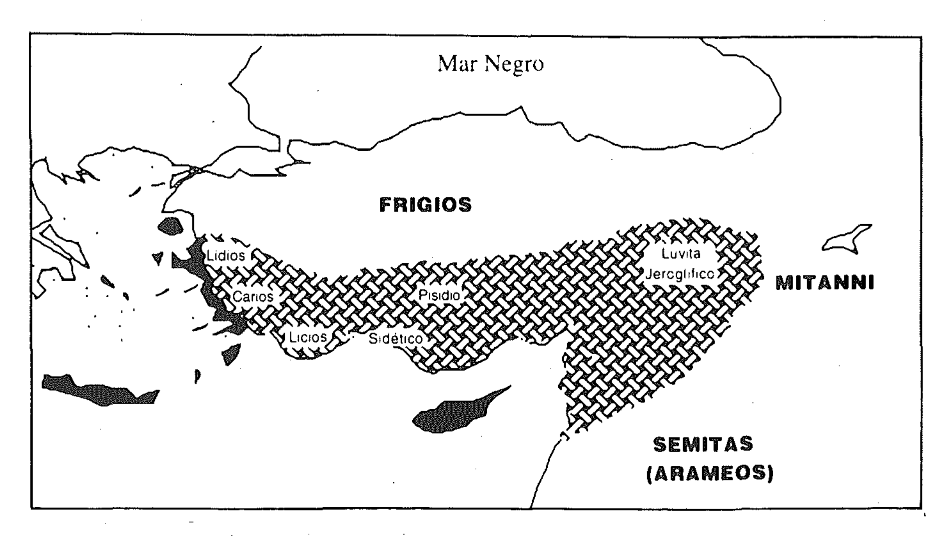
La región de Arzawa, donde se hablaba también el dialecto luvita, tuvo con el Imperio Hetita una relación que no tenemos del todo clara. Probablemente fue cambiando a lo largo de las épocas. Hay ocasiones en que las crónicas hetitas la mencionan como una tierra extranjera. En cambio en otros períodos el territorio de Arzawa, todo o en parte, parece haber sido vinculado al Imperio. Entre los documentos conservados tenemos el texto de un tratado suscrito en los últimos años del s. XIV a. C. entre el rey hetita Muwatalis y Alaksandus rey de *Wilusa,* ciudad que formaba parte del país de Arzawa. Algunos estudiosos han creído reconocer en el nombre de Wilusa la misma ciudad que los griegos llamaron Ilión (en realidad Wilión), es decir: Troya; y en el de su rey Alaksandus el nombre dinástico que en las fuentes griegas aparece como *Aléxandros* (nuestro Alejandro), con el que como es sabido se designaba a Paris, el causante legendario de la guerra de Troya. Esas equiparaciones onomásticas son llamativas y difícilmente podrían ser resultado del azar. Pero el tema no carece de dificultades. Arzawa era en principio la región sur y suroccidental de Anatolia, mientras que Troya estaba precisamente en su ángulo noroccidental. Tal vez Arzawa llegaba más al Norte de lo que imaginamos; al fin y al cabo las delimitaciones de las regiones en la antigüedad eran más bien fluidas. En cualquier caso la identificación de Wilusa con Troya, aunque atractiva, no puede tenerse por asegurada.

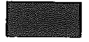
La oleada de los pueblos del mar tampoco repercutió en la tierra de Arzawa de forma tan intensa como para erradicar por completo las lenguas anatolias. Cuando, tras varios siglos obscuros, vuelve a haber escritura en la zona, en el rincón suroccidental de la antigua región de Arzawa se encuentran inscripciones en una lengua de filiación claramente anatolia: el *licio.*

Situada en las estribaciones occidentales de la cadena montañosa del Tauro, Licia aparece mencionada en la documentación egipcia, ugarítica y hetita del II milenio. En la *Ilíada* figura como aliada de Troya contra los griegos: su rey, Sarpedón, murió en esa guerra, al igual que Glauco, el héroe generoso que cambió su armadura de oro por una de bronce a su amigo Diomedes. Desde aquella época estaban asentados en la costa y disponían de una escuadra con la que atacaban de vez en cuando Chipre. En documentos egipcios aparecen como aliados de los hetitas contra Ramsés II en la batalla de Kades. Y, al parecer, fueron tributarios del Imperio Hetita, aunque puede que desde aquella época existiera ya cierta influencia griega o al menos eso cabe deducir de la presencia en sus ciudades de facciones pro *aḫḫiyawa,* que podría ser el nombre con que los hetitas designaban a los aqueos.

Un rasgo de vieja raigambre indoeuropea que conservaban los licios —y no así los hetitas, cuyo modelo de realeza está muy influido por los usos orientales— es el de que las ciudades licias estaban gobernadas por consejos de ancianos (senados). En cambio, debe ser considerado un elemento tomado al substrato preindoeuropeo un cierto componente de instituciones matriarcales en la sociedad licia, según relata Heródoto, sobre todo la descendencia matrilineal.

Las inscripciones licias del I milenio, unas 150, datan de los siglos V-IV a. C. Ya a finales del siglo XIX algunos indoeuropeístas —S. Bungge y H. Peder-




Indoeuropeos de tipo anatolio en el I milenio a. C.

Zonas con enclaves griegos en islas y en la costa minorasiatica

sen, sobre todo— habían formulado la hipótesis de que contenían una lengua indoeuropea. Pero por entonces no se conocían todavía las lenguas anatolias del II milenio a. C. y la hipótesis apenas fue tomada en consideración, víctima de las ideas dominantes de la época. Pero hacia los años 30 habían desaparecido ya las principales dificultades para su aceptación, y el italiano P. Meriggi insistió en la indoeuropeidad del licio. H. Pedersen sugirió entonces que se trataba de una heredera moderna del luvita. Y finalmente el francés E. Laroche lo demostró definitivamente: el licio es la forma que el luvita o un dialecto luvita adoptó en el I milenio. Es posible que hubiera dos dialectos licios: el licio propiamente dicho, al que pertenecen la inmensa mayoría de las inscripciones y el llamado a veces *milio,* del que tan sólo hay un par de inscripciones.

Algo más al Norte se encontraba la región conocida con el nombre de Lidia. Al contrario que los licios, los lidios no aparecen mencionados en ninguna de las fuentes del II milenio. Homero sitúa en aquella región al pueblo de los *méones.* Y cuando hacia el año 650 a. C. las crónicas asirias nos proporcionan la primera mención histórica de este pueblo y de su rey Giges, el rey Asurbanipal advierte que el nombre de esas gentes nunca había sido conocido por su padre. Parecerían, pues, inmigrantes recientes en esa región. Pero hay quien opina que los lidios son el mismo pueblo que Homero llamaba *méones* y que tan sólo ha cambiado de nombre. Pero no lo sabemos con seguridad.

El reino de Lidia surgió en medio de los trastornos que en el s. VII ocurrieron en la zona por culpa de la invasión de cimerios y escitas, aprovechando la destrucción del reino de Frigia, su poderoso vecino del norte. Dada su posición geográfica, era inevitable que chocara con las ciudades griegas de la costa occidental de Asia Menor. La primera mención griega de los lidios la encontramos en el poeta Mimnermo, cuando rememora precisamente la toma de su ciudad natal, Colofón, por Giges el año 630. El monarca lidio más conocido es Creso, famoso por su legendaria opulencia, que conquistó Éfeso a mediados del siglo VI. Pero el reino de Lidia tuvo una vida efímera, de poco más de un siglo. Hacia 540 fue destruido y anexionado al Imperio Persa.

La tradición griega quiere que hayan sido los lidios los inventores de la moneda como instrumento del comercio. Los griegos la habrían adoptado de ellos y, a través del Imperio Romano, llegaría a convertirse en una institución universal.

El nombre de los lidios tiene etimología indoeuropea. Procede de **leudh-* «perteneciente al pueblo, libre», que ya he comentado en otro lugar de este libro. En la lengua de los lidios han llegado hasta nosotros medio centenar de inscripciones datables entre los siglos V-IV. P. Meriggi la identificó en los años 30 como lengua indoeuropea de tipo anatolio. Y más tarde A. Kammenhuber y O. Carruba creyeron que se vincula dialectalmente con el hetita. Tal vinculación es menos clara que la del licio con el luvita. Y si se admite, ha de ser con la condición de suponer influencias luvitas. Por otra parte, sufrió también al

parecer la influencia de otras lenguas indoeuropeas de la zona, como el griego, el frigio y el iranio.

En la región costera al norte de Licia se halla el territorio que en la antigüedad recibía el nombre de Caria. De la lengua de sus habitantes poseemos alrededor de doscientas inscripciones encontradas sobre todo en Egipto y Caria, generalmente muy breves y muchas de ellas en pésimo estado de conservación. Datan de entre los siglos VII-III. V. Shevoroshkin realizó una labor de interpretación de esas inscripciones y encontró razones para considerar el cario una nueva lengua indoeuropea de tipo anatolio. Entre otros elementos, hay huellas de la heteróclisis *r/n*; un acusativo en *-n;* un ablativo en *-oz* (cf. hetita en *-az);* y un caso en *-l* con valor genitivo o posesivo. Por otra parte, las glosas y nombres propios carios, que han llegado hasta nosotros a través de fuentes principalmente griegas, podrían admitir igualmente esa interpretación. Recientemente, I. J. Adiego ha sometido a revisión los problemas anejos al desciframiento del cario y sus resultados han sido muy diferentes a los V. Shevoroshkin. Los valores fonéticos atribuidos por éste último a los signos de la escritura caria, que se basaban largamente en los del alfabeto griego, son ampliamente rechazados por Adiego. El resultado son lecturas muy diferentes que dan al traste con casi todas las conclusiones gramaticales de Shevoroshkin. Permanece sin embargo en pie la probable filiación indoeuropea anatolia del cario, que se vincularía dialectalmente con el licio, y con las otras dos lenguas del grupo luvita, mucho menos conocidas: el pisidio (hablada en Pisidia) y el sidético (de la ciudad de Side). Pero el único rasgo de una cierta entidad que en la interpretación de Adiego queda para demostrarlo es la expresión del nominativo/genitivo en términos de -ø/-s, casos que, por lo demás, sólo están atestiguados en nombres propios.

Hacia el año 500 a. C. se continuaban hablando varias lenguas anatolias en diferentes puntos de Asia Menor. Los avatares subsiguientes de la zona son bien conocidos: incorporación al Imperio Persa, conquista por Alejandro Magno, anexión al Imperio Romano... No sabemos en qué momento dejarían de hablarse. Pero el hecho cierto es que desaparecieron sin dejar documentación posterior, y que ninguna de ellas ha sobrevivido en tiempos modernos. Incluso se llegó a borrar el recuerdo de su existencia hasta que los archivos reales de Bogazkoy nos permitieron recuperarlas.

Si esos archivos contenían una información que fue capaz de subvertir las convicciones históricas de la época, su potencial revolucionario para la Lingüística Histórico-comparativa no le fue a la zaga. En el primer cuarto del s. XX reinaba sin contestación la reconstrucción *sanscritista* de la lengua común indoeuropea, que proyectaba una imagen del indoeuropeo muy parecida a la del sánscrito si se descuentan ciertos fenómenos fonéticos (confusión *a/o*, carácter *satəm,* existencia de fonemas cerebrales), matizada en algunos aspec-

tos por el griego. Y, como consecuencia, se daba por asegurado que la prehistoria de las restantes lenguas de la familia había que explicarla invariablemente en términos de un mayor o menor trayecto recorrido entre aquel punto de partida y la situación histórica de cada una de ellas. Todas las lenguas eran obligadas a pasar por el aro del greco-sánscrito, que se convirtió así en unas verdaderas *Horcas Caudinas* ante las que todas se veían en la necesidad de bajar la cerviz.

Naturalmente, cuando se conocieron las lenguas anatolias se les exigió igual sumisión. Y los hetitólogos comenzaron un laborioso proceso para explicar la situación lingüística del hetita y el luvita haciéndolas partir del modelo greco-sánscrito. Pero la tarea no era sencilla. Las lenguas anatolias aceptan mal el forzado vasallaje. Presos, además, en los cortos márgenes cronológicos de la época (se creía que la lengua común se habría hablado hacia 2500 a. C.), se veían en la obligación de aceptar que en tan sólo 500 años las lenguas anatolias hubieran perdido el sistema de aspectos; confundido el presente con el aoristo y el perfecto; eliminado el optativo, el subjuntivo, el género femenino, los casos oblicuos de plural, el número dual; hubieran rehecho el sistema de desinencias medias, la caracterización del instrumental y del ablativo; etc. Demasiada tarea para tan breve espacio de tiempo. El hetita y el luvita ofrecerían un estado de lengua mucho más alterado que el del lituano de 3.000-3.500 años después.

Pero la fe ciega en la bondad y exactitud de la reconstrucción sanscritista era tanta; era tan grande la autoridad otorgada a los maestros neogramáticos que diseñaron el dogma greco-sánscrito, que podía admitirse cualquier cosa antes que proyectar sobre él una sombra de duda.

El hetita es de largo la lengua indoeuropea con un testimonio documental más antiguo. El indio, en su variedad más antigua, el védico, fue puesto por escrito muy tarde, avanzado ya el I milenio a. C. Y, aunque previamente, durante mucho tiempo, fue trasmitido oralmente de generación en generación, su contenido y el ambiente que refleja hace situar la fecha de su composición no más allá de 1200-1000 a. C. Los poemas homéricos tienen una historia parecida. Transmitidos también oralmente durante mucho tiempo, la *Ilíada* refleja el ambiente de la guerra de Troya y por lo tanto un período cronológicamente muy próximo al del Rigveda. Y las tablillas micénicas, un poco más antiguas, son por su carácter menos informativas (casi nada nos dicen de la sintaxis o del sistema verbal) y por su deficiente silabario la información que suministran está frecuentemente condicionada por ambigüedades y sometida a interpretaciones personales.

En cambio hay documentos hetitas que remontan a 1750 a. C. Muchos de ellos son copia literal en tablillas de arcilla y silabario cuneiforme de otros más antiguos redactados en tablillas de madera y sistema jeroglífico. Conocemos esas copias porque están marcadas con la fórmula A.NA GIŠ. ḪUR(TE)- *kan ḫandan* «según la inscripción en madera». De forma que no es temerario pen-

sar que en ellos se nos conserve el estado de lengua de la rama anatolia en torno al 2000 a. C.

La rama anatolia es, pues, un inapreciable regalo del pasado de nuestra familia lingüística, cuyo testimonio merece ser valorado por sí mismo, sin someterlo dogmáticamente al modelo de lengua común construido sobre el testimonio de lenguas bastante más recientes. Por otra parte, prescindiendo de toda consideración cronológica, en el sistema hetita y luvita hay hechos que intrínsecamente se sitúan en un punto de la línea evolutiva más antiguo que cualquier estadio atestiguado en griego e indo-iranio.

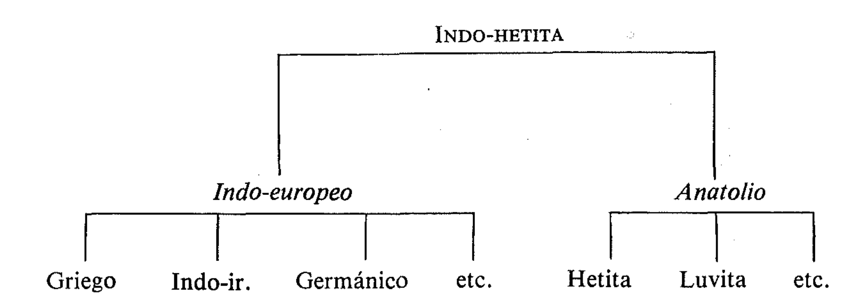
No es éste un problema menor de la Lingüística Histórico-Comparativa. Es, por el contrario, su punto crucial. Porque, como era de esperar, ante cuestión tan trascendente, la opinión de los indoeuropeístas pronto se dividió y continúa dividida en nuestros días. Una parte, que inicialmente incluía a la inmensa mayoría de los especialistas, sigue inamovible en la idea tradicional: el hetita y el luvita, a pesar de su antigüedad, a pesar de su arcaísmo evidente en determinados puntos, deben someterse a la autoridad del greco-sánscrito como cualquier otra lengua indoeuropea. Y, para explicar cómo en tan escaso espacio de tiempo han podido recorrer tan larga distancia entre el supuesto punto de partida del indoeuropeo sanscritista y su situación histórica, se apela a la acción de substratos y adstratos. La lengua de los indoeuropeos anatolios se habría asentado sobre poblaciones no indoeuropeas *(hati)* que, como substrato, le habrían producido fuertes alteraciones. Y se habría visto rodeada por poblaciones no indoeuropeas (hurrita, semita), que le habrían influido como adstratos. Eso explicaría su rápida alteración. En el fondo es la misma actitud de V. G. Childe cuando se resistía todavía a la evidencia de la presencia masiva de indoeuropeos en Asia Menor: no serían verdaderos indoeuropeos, sino poblaciones con influencia indoeuropea. Estos indoeuropeístas, para salvar sus creencias, recurren a un subterfugio similar: en el fondo el hetita y el luvita no serían lenguas indoeuropeas inmaculadas como las demás, sino que estarían contaminadas por influencias no indoeuropeas.

La acción de substratos y adstratos en las lenguas anatolias es un hecho cierto que nadie mínimamente informado podría poner en duda. Aunque a medida que avanza el tiempo y se conoce mejor el vocabulario hetita, va resultando cada vez mayor el componente léxico de etimología indoeuropea, reduciéndose en la misma proporción el supuestamente debido a préstamos. Con ello la importancia de la acción de substratos y adstratos va resultando progresivamente de menos cuantía de lo que originariamente se supuso. Lo admirable, sin embargo, es que los indoeuropeístas más conservadores apelen al substrato como explicación del supuesto «deterioro» del hetita, como si la actuación de substratos fuera un rasgo privativo de las lenguas anatolias. Prescindiré de otras como el germánico o el latín, para centrarme en las dos tenidas como más genuinas y puras representantes de la verdadera indoeuropeidad

lingüística: el griego y el sánscrito. Para ésta última, la acción de substrato ejercida por la población del valle del Indo no hubo de ser menos corrosiva de lo que lo fueran las poblaciones de Asia Menor para las lenguas anatolias. Ni hay razón para que el influjo como substrato y adstrato de drávidas y mundas fuera para el indio menor que el semita o hurrita para las lenguas anatolias. Y otro tanto hay que decir para el griego, asentado precisamente en un territorio torturado por la variedad y abundancia de las poblaciones pregriegas, no menos que lo haya estado Asia Menor, como en su momento veremos.

No hay, pues, ninguna razón objetiva para suponer que la acción del substrato sobre las lenguas anatolias haya tenido que ser más deletérea que sobre el griego o el sánscrito. Únicamente el *parti pris* de asumir como un postulado incuestionable que el griego y el sánscrito son una imagen más fidedigna del indoeuropeo.

El primer indoeuropeísta que comprendió nítidamente que las lenguas anatolias no podían hacerse derivar del greco-sánscrito fue el norteamericano E. H. Sturtevant. Pero Sturtevant estaba tan convencido como el que más de su contemporáneos de la exactitud de la reconstrucción neogramática. Y para conciliar ambas convicciones encontró una explicación original. Las lenguas anatolias no serían propiamente «indo-europeas», sino que serían herederas de una lengua «hermana» del indoeuropeo. Y ambas hermanas —indoeuropeo y anatolio— procederían de un antepasado común para el que acuñó el término de *indo-hetita*. El esquema de la familia diseñado por Sturtevant sería:



Con ese esquema conciliaba la convicción a la que personalmente había llegado (que las lenguas anatolias no procedían del sistema greco-indio, llamado en su esquema «indoeuropeo») y la doctrina tradicional (que la reconstrucción de ese «indoeuropeo» hecha a imagen y semejanza del griego y el indio era correcta y era innecesario modificarla).

Esa explicación no ha tenido acogida demasiado favorable en su forma literal. Los más conservadores la rechazan, empeñados en acomodar a las lenguas anatolias en el lecho de Procrustes del indo-griego. Y los que aceptan el arcaísmo del hetita y el luvita porque consideran que esa teoría está formulada

en términos demasiados rígidos. Aunque, en el fondo, entre estos últimos y la tesis de Sturtevant sólo hay una diferencia de terminología. En efecto, un número creciente de indoeuropeístas ha ido admitiendo en los últimos años el carácter arcaico del hetita y su pertenencia a un modelo antiguo de indoeuropeo. Pero prefieren conservar el término *indoeuropeo* para todo el conjunto y hablar de una separación escalonada de los diferentes grupos. En realidad, yo me incluyo en ese grupo y considero, en efecto, que al ser convencional el nombre de «indoeuropeo» no hay por qué limitarlo a sólo un segmento cronológico de la historia de nuestra familia. Ni con su limitación a las lenguas no anatolias solucionaríamos los problemas, porque los escalonamientos en la escisión han debido ser numerosos. Y, con la misma razón, habría que ir otorgando nombres diferentes a las diferentes etapas intermedias, que ni siquiera son bien conocidas ni pueden ser estrictamente delimitadas por el momento.

Sin embargo, aunque la terminología de Sturtevant no ha prosperado, sí lo ha hecho su objetivo —al menos entre ciertos estudiosos—. No es infrecuente escuchar o leer la opinión de que, si no para el hetita y el luvita, la lengua común reconstruida por los neogramáticos, el indo-greco, es el punto de partida efectivo para las restantes lenguas indoeuropeas. Se dispensa a las lenguas anatolias de bajar la cerviz en las célebres horcas, pero se mantiene la exigencia para las restantes. En otros capítulos de este libro veremos cómo es verosímil, en cambio, que el griego y el indo-iranio procedan de un modelo de indoeuropeo muy reciente, el más reciente de hecho, que no ha sido punto de partida para otras lenguas más que precisamente para el griego e indo-iranio y quizás algunas más, que en su lugar precisaré.

Hay que evitar, sin embargo, caer en un nuevo vicio reconstructivo que consistiría en substituir el *sanscritismo* al uso por una especie de *anatolismo.* Las lenguas anatolias, aunque representantes de un estadio de lengua común más antiguo, han tenido un largo período de evolución propia, tal vez más largo de lo que podemos hoy suponer. Y en él han introducido innovaciones y alteraciones del sistema heredado. Y, en consecuencia, su utilización como testigo de una fase remota de la lengua común debe efectuarse con las debidas cautelas.

Por otra parte, las características de la escritura cuneiforme en que se nos ha transmitido la mayoría de los textos anatolios del II milenio a. C. impiden una mayor contribución de sus datos. No estamos seguros de aspectos tan importantes como el estado de las vocales largas en hetita y luvita; no podemos establecer de forma definitiva si hay varios tipos de oclusivas o si todas están confundidas en una serie (sorda, como en tocario); el carácter silábico de la escritura nos priva de mucha información sobre el vocalismo, las alternancias vocálicas y su función; la utilización de ideogramas o silabogramas sumerios o acadios nos impide un conocimiento adecuado de diversos ámbitos del léxico.

Pero, a pesar de esas limitaciones, las lenguas anatolias han causado una verdadera revolución en nuestra ciencia. Después de ellas nada ha vuelto a ser como antes. Se trata de un verdadero regalo del destino, de una potente arma que los arqueólogos pusieron en manos de los lingüistas: toda una nueva rama de lenguas, herederas de una variedad muy arcaica de indoeuropeo, con capacidad para permitirnos retroceder muchos siglos en la prehistoria de nuestra propia lengua. Poner a contribución ese regalo o condenarlo a la inoperancia, por miedo a perder la placidez conservadora de las doctrinas consabidas, sólo depende de cada cual.

CAPÍTULO II

LOS ILIRIOS

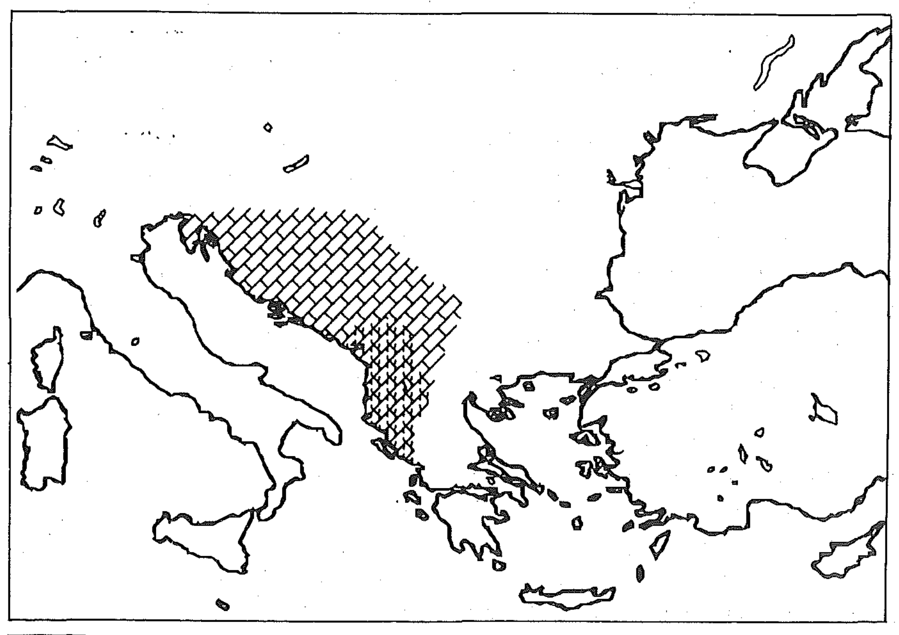
Las primeras menciones históricas de los ilirios datan del s. v a. C. y se encuentran, como era de esperar por su emplazamiento balcánico, en las fuentes griegas. El historiador Heródoto y el comediógrafo Aristófanes mencionan a los Ἰλλύριοι. Y al país en que habitaban lo llama Estrabón Ἰλλυρία. Los romanos tomaron el nombre de los griegos y llamaron al país *Illyria* o *Illyricum*. Los historiadores griegos nos transmiten un origen mítico de este pueblo. Concretamente Apiano dice que el nombre deriva del de Ilírico, su fundador, hijo del cíclope Polifemo y de la ninfa Galatea.

Como sucede frecuentemente con pueblos de la antigüedad, conocemos *grosso modo* su zona de asentamiento, pero no tenemos información sobre los límites precisos de su territorio, sin duda en muchos casos porque tales delimitaciones fijas nunca existieron. La Iliria histórica estaba ubicada en territorios correspondientes a la antigua Yugoslavia y Albania, a orillas del Adriático. Hacia el Norte alcanzaba el golfo de Venecia, limitando con el territorio de los vénetos, que durante cierto tiempo fueron considerados por los indoeuropeístas parte del pueblo ilirio. Y por el Sur se extendía hacia Macedonia y el Epiro.

Algunos arqueólogos han creído encontrar razones para pensar que los ilirios penetraron en sus sedes históricas en torno al 1000 a. C., portadores de la cultura de Hallstatt. Ya sabemos la cautela con que hay que tomar tales opiniones. Porque efectivamente, la arqueología sin duda tiene motivos para opinar que algo después de esa fecha se manifiesta en esa parte de los Balcanes la cultura de Hallstatt. Pero eso no supone necesariamente la irrupción de una población nueva en la zona. Pero supongamos incluso que hubiera pruebas irrefutables de que en ese momento hubo una fuerte penetración étnica de elementos centroeuropeos en Iliria. Pues bien, ni siquiera en tal hipótesis sería legítimo concluir que los ilirios penetraron en los Balcanes en esa fecha. Los hablantes de la variedad indoeuropea que conocemos como «ilirio» podrían

haber estado allí desde mucho antes y haber absorbido la invasión del I milenio y asimilado esa cultura sin cambiar su identidad ni su lengua.

En el s. III a. C., comenzamos a saber de los ilirios algo más que meras citas de su nombre. El año 231, aliados con Macedonia, vencieron a los etolios. Y su rey Agron, que debía ser aficionado al buen vino ilírico, se sintió tan feliz por la victoria que bebió sin parar hasta que murió en coma etílico. Su hijo era muy pequeño y hubo de ser su viuda, Teuta, —nombre de recias resonancias indoeuropeas— quien se hiciera cargo de la regencia. Continuando la política expansiva de su marido, quiso conquistar las colonias griegas de la costa; y, por otra parte, envió una escuadra contra Sicilia. Ahí comenzó la ruina de Iliria. Sus barcos encontraron en el camino a unos comerciantes romanos a los



Los ilirios hacia los siglos IV-III a. C.

Zona ocupada por los albaneses en tiempos modernos

que atacaron y saquearon. Habían entrado en conflicto con Roma, que ya no cejó hasta que tras un forcejeo que duró casi dos siglos, obtuvo la completa anexión de Iliria como provincia romana en los primeros tiempos del Imperio.

Los ilirios —como es frecuente entre los pueblos indoeuropeos— estaban dividos en tribus, de las que conocemos las de los Dálmatas, Ardeos, Dárdanos, Albanos y Molosos, entre otras. Cada tribu era una unidad política independiente, gobernada por un consejo de ancianos que elegía periódicamente un jefe. A veces una de las tribus conseguía un liderazgo más o menos durade-

ro sobre las otras, agrupándolas en una especie de reino. El de Agron y su viuda, Teuta, tuvo la capital en Scodra, ciudad que, resistiendo los múltiples cambios que el territorio ha sufrido desde entonces, ha conservado su nombre hasta la actual Skodër, ciudad de Albania, cercana a su frontera noroccidental.

Era un pueblo altivo y pendenciero, aficionado a las armas, buenos marineros que con naves rápidas ejercían la piratería en el Adriático. El Imperio romano supo servirse de su carácter belicoso, formando con sus hombres legiones que más de una vez se sublevaron y elevaron a sus jefes hasta la dignidad imperial. Iliria dio importantes emperadores, como Aureliano, Diocleciano y Constantino el Grande. Con la división del Imperio, el Illyricum quedó en el de Oriente, incorporado después a la esfera de influencia de Bizancio.

No sabemos exactamente cuándo dejó de hablarse la lengua nativa de los ilirios. Sin duda, con la incorporación al Imperio comenzaría el proceso de romanización. Y efectivamente, en época imperial las inscripciones son en latín, aunque contienen nombres nativos a medio latinizar. Pero eso no demuestra necesariamente que el ilirio hubiera desaparecido ya por completo. Muy al contrario, tenemos excelente testimonio de que, muy avanzada ya la época imperial, la lengua iliria seguía hablándose. San Jerónimo era ilirio. Nació en Dalmacia en 347 y murió en el año 420 en Belén. En su comentario al libro de Isaías nos transmite una de las pocas palabras ilirias que conocemos, en medio de una frase que constituye el testimonio al que me refiero: «quod genus est potionis ex frugibus aquaque confectum ei vulgo in Dalmatia Pannoniaque provinciis gentili barbaroque sermone appellatur sabaium» («se trata de una bebida hecha de cereales y agua, a la que vulgarmente en las provincias de Dalmacia y Panonia se da el nombre de *sabaium* en la lengua gentil y bárbara»).

Las palabras de San Jerónimo parecen indicar que el ilirio se hablaba entre la gente inculta y sin cristianizar todavía a finales del s. IV o principios del V d. C. Pero no tenemos testimonio explícito de que las cosas continuaran así hasta el s. VII, momento en que los eslavos penetraron en los Balcanes y eslavizaron la antigua Iliria. Aunque si es verdad, como parece muy probable, que el albanés es el descendiente moderno del ilirio, resultaría palmario que la romanización no había sido completa. Ni romanos ni eslavos habrían conseguido erradicar por completo la lengua de aquella brava gente. Más abajo discutiré esa cuestión.

Desde el Renacimiento comenzaron a conocerse en Italia inscripciones en la lengua de los mesapios, habitantes de la Apulia. Su número se ha ido incrementando hasta el punto de conocerse hoy no menos de trescientas, que cubren un largo período entre el s. VI a. C. y el fin de la República o principio del Imperio. Casi todas ellas son meras fórmulas onomásticas, pero no faltan algunas de una cierta entidad, a pesar de lo cual la lengua no está propiamente descifrada, aunque se identifiquen elementos varios, léxicos y gramaticales. Es *communis opinio* que el mesapio es una variedad del ilirio. En principio nada

tiene de raro que así lo sea. Es frecuente que en ambas riberas de un estrecho haya la misma población y lengua. Pero los argumentos positivos en que se apoya esa creencia no son demasiado sólidos. Por una parte, tenemos el testimonio de algunos historiadores romanos: «Daunia Apulia appellatur a Dauno Illyricae gentis claro uiro, qui eam propter domesticam seditionem excedens patria, occupauit» («Apulia recibe el nombre de *Daunia* por *Daunio,* hombre ilustre de estirpe iliria, que la ocupó al escapar de su patria por culpa de una revuelta interna»). Y por otra, existe una cantidad notable de nombres propios, presentes a ambos lados del Adriático: *Peuketioi, Galabrion/Calabria,* etc. Pero en rigor falta una verdadera demostración lingüística de la identidad de ambas lenguas (iliria y mesapia) por la sencilla razón de que, mientras que los textos mesapios son relativamente abundantes, de la lengua del *Illyricum* no tenemos casi nada.

Los estudios ilíricos han experimentado a lo largo de este siglo alternativas drásticas. P. Kretschmer incluía bajo el epígrafe de ilirio cuatro conjuntos lingüísticos: el véneto, el mesapio, el albanés y el ilirio *sensu stricto.* Y, basado principalmente en el tratamiento de la aspirada **bh,* distinguía dos dialectos: uno septentrional con **bh* > *f* al que pertenecería el véneto, y otro meridional con **bh* > *b* del que formarían parte el mesapio y el albanés. En conjunto el ilirio sería una lengua de tipo *satəm* y con **o* > */a/.*

Los estudios ilirios sufrieron un repentino cambio de perspectivas cuando una serie de estudios sobre la hidronimia europea encontraron un estrato que no podía ser explicado por las lenguas históricamente asentadas *in situ.* Y entonces, sobre la frágil base de tenues analogías, autores como J. Pokorny y H. Krahe creyeron que se trataba de un substrato ilirio. Y como esa clase de hidrónimos se dan en toda Europa, resultaba que los ilirios habrían ocupado desde el Báltico hasta la Península Ibérica y desde las Islas Británicas hasta Anatolia. A este crecimiento tan desmesurado como injustificado de la presencia iliria en Europa llamó V. Pisani panilirismo. Pero en las décadas siguientes, con la atribución al *antiguo europeo (Alteuropäisch)* de esa toponimia, la cuestión iliria recuperó sus debidas proporciones.

De la lengua hablada en Iliria sabemos bien poco. Inscripciones hay tan sólo dos. Una fue encontrada en Bosnia poco después de 1960. Los datos arqueológicos señalan que data del s. VI o V a. C. Pero su contenido es desconcertante: si nos atenemos a la lectura que se propone, parecen reconocerse algunas palabras que podrían tener conexión con el etrusco. La otra tiene una historia tan divertida como aleccionadora. Fue encontrada cerca de la antigua capital de la reina Teuta, la actual Skodër. Se trata de un anillo aparecido en la excavación de una tumba, con una leyenda dispuesta en tres líneas. H. Krahe la recogía como genuino texto ilirio, leído así: *ANA OHΘH ICER.* Para su interpretación resultaba obvia la identidad del primer elemento con una palabra mesapia que aparece precediendo al nombre de Afrodita *(ana aprodita)* y otras

divinidades femeninas. De manera que se supuso que aquí precedería igualmente al nombre de otra divinidad, *OHΘH* (*oēthē*), desconocida por lo demás hasta entonces. La tercera palabra leída como *iser* parecía transparente al acompañar a un nombre de diosa: se trataría de la raíz **iser-* «sagrado» (cf. griego ἱερός) que para mayor abundamiento se encontraría igualmente en mesapio en una forma verbal *iserati*, traducida por «consagra».

La interpretación resultaba tan convincente y tan sólidamente fundada, que ha sido generalmente aceptada y aún hoy figura con esa traducción en más de un trabajo sobre el ilirio. A pesar de que ya en 1958 una arqueóloga búlgara, L. Ognenova, demostró de forma incontestable que ni ésa era la interpretación adecuada de la leyenda ni la inscripción era iliria. Hizo ver que el anillo correspondía a un yacimiento bizantino y que si la inscripción se leía de abajo arriba (al contrario de lo que antes se hacía), resultaba un texto en perfecto griego medieval: κ(ύρι)ε βοήθη Ἄννᾳ «Señor, ayuda a Ana», texto idéntico al de otros anillos bizantinos.

De la lengua de Iliria tenemos también algunas glosas, muy pocas. Hesiquio dice que los ilirios llamaban a los sátiros *deuádai*, que se pone en relación etimológica con la raíz **dheu-*, de la que deriva **dhūmós* (sánscrito *dhūmás* «humo», latín *fumus* «humo» y griego θυμός «alma, espíritu»). Éste es uno de los fundamentos más sólidos para establecer que en ilirio **dh* > */d/*.

Una segunda palabra iliria es *sabaia* o *sabaium*, que nos ha transmitido, además de San Jerónimo en la cita arriba mencionada, Amiano Marcelino: «est autem *sabaia* ex ordeo uel frumento in liquorem conuersis paupertinus in Illyrico potus» («la sabaia es una bebida de baja calidad que se obtiene en Iliria a partir de la cebada o del trigo»). La etimología que se propone para ella es **sab-* «zumo, jugo» (problemática y controvertida raíz, con dos de los fonemas más cuestionados del inventario indoeuropeo: /a/ y /b/).

Hay algunas glosas más, pero de dudosa filiación iliria: δάξα «mar» y Δειπάτυρος «dios» podrían corresponder en realidad a la lengua del Epiro; βρά «hermano» pertenece a un dialecto griego, el eleo, pero al tener aspecto fonético no griego se ha supuesto que podría ser un préstamo ilirio. Finalmente βρένδον «ciervo» y βρέντιον «cabeza de ciervo» resultan interesantísimas, porque tienen una correspondencia innegable en albanés *brî* «cornamenta de ciervo»; pero son dos palabras citadas expresamente como mesapias.

El material ilirio más abundante se encuentra en la onomástica. Comenzando por la toponimia, suelen tenerse por ilirios *Bulsinus, Metubarbis, Nedinum, Pelso, Oseriates*, etc. De ellos se proponen etimologías indoeuropeas de probabilidad variable. En cuanto a los nombres propios de persona, según los trabajos de R. Katičić, parecen dibujarse tres áreas, con conjuntos onomásticos diferenciables: en la región Norte, en torno a Liburnia, se encuentra *Aplus, Darmocus, Oplus, Oplica, Vescleves, Veturia, Volso*, etc. El autor llama a este primer conjunto *nor-adriático*, que se extiende mucho más allá de Liburnia,

hasta llegar a Istria y enlazar con la antroponimia véneta. En un segundo, que llama *ilirio* propiamente dicho, por corresponder con el territorio de la antigua Iliria, hay *Annaeus, Kalas, Clevatus, Etuta, Gentius, Glavus, Monunius, Plassus, Teutana.* Finalmente, en el tercer grupo, llamado *dálmato-panonio*, tenemos *Aplis, Aplo, Apludus, Baracio, Barcinus, Cato, Lavius, Panentius, Staticus, Tritanus, Varro,* etc. Como ya indica su nombre, este conjunto antroponímico se extiende hasta Panonia.

No hay razones para pensar que a cada uno de esos conjuntos antroponímicos corresponda una lengua, o una agrupación de lenguas diferente. Pero tampoco puede descartarse que en todo el territorio implicado hubiera más de una lengua indoeuropea, cuyo grado de diversidad no estamos en condiciones de determinar.

El conjunto del material procedente de Iliria (glosas, antroponimia, toponimia) es suficiente para garantizar la indoeuropeidad del ilirio, pero insuficiente para su caracterización precisa dentro de nuestra familia lingüística. Entre los puntos de mayor probabilidad están la aparición de las aspiradas como sonoras tanto en mesapio como en la lengua del *Illyricum;* y la confusión de */ă/* y */ŏ/* en */a/,* también a ambos lados del Estrecho.

En cambio, no se deja establecer con seguridad el carácter *centum/satəm.* En la península Balcánica hay ejemplos en ambos sentidos. *Gentius, Genusus, Cornuinus, Rega, Regontius, Peucetii, Argyruntum, Agruvium,* y *Vescleves* parecen abonar el carácter *centum.* Concretamente *Vescleves* goza de amplio crédito, al encontrar un paralelo sánscrito tan exacto como *Văsuśravas-* (< **wesu- klewes-* «que tiene buena fama»). En cambio, *Bulsinus (de *bhl̥k-), Birziminium (*bhr̥gh-),* Δίζερος (**dheigh-*), *Asamun (*akmon-)* parecen indiscutiblemente de carácter *satəm.* Sin embargo, una gran parte del material *centum* procede del conjunto onomástico noroccidental *(Argyruntum, Vescleves, Peuceti Cornuinus, Rega, Regontius),* lo que podría corroborar la diferente realidad lingüística del noroeste. Y en mesapio tampoco están claras las cosas.

Los rasgos que pueden establecerse con mayor probabilidad resultan insuficientes para una verdadera clasificación dialectal del ilirio. Sobre todo, teniendo en cuenta que ambos son en realidad arcaísmos. Lo que en lenguaje de fonética convencional expresamos como «sonoras aspiradas > sonoras» es, en la nueva formulación del consonantismo, simplemente la conservación del carácter sonoro de la tercera serie (los no glotalistas han de admitir al menos que el «tratamiento sonoro» de las aspiradas es tan frecuente entre las lenguas históricas que apenas puede pretenderse ningún indicio de parentesco dialectal). Y lo que en fonética tradicional es confusión de las vocales indoeuropeas **a/o,* es, en realidad, el mantenimiento de la situación más antigua en que la */o/* no se había diferenciado.

Recientemente M. M. Radulescu ha intentado integrar el ilirio en un gran conjunto dialectal del que formarían parte el tracio, el báltico, el daco-misio y,

en forma menos estrecha, también el germánico y el eslavo. Esa tesis la comento en el capítulo dedicado a los baltos.

En resumen, hay que descartar del conjunto ilirio al véneto, otrora incluido, y tenerlo por una lengua del grupo itálico. Al contrario que el ilirio y el mesapio, el véneto tiene *a/o* diferenciadas y un tratamiento fricativo sordo de las aspiradas. En cambio, aunque falte una prueba definitiva a causa del escaso material procedente de Iliria, parece verosímil el carácter ilirio del mesapio. Finalmente, a lo largo de la costa Adriática, en la Península Balcánica, hay ciertos leves indicios de que pudiera haberse hablado además del ilirio, alguna(s) otra(s) lengua(s) indoeuropea(s) que por el momento no somos capaces de deslindar.

CAPÍTULO III

LOS ALBANESES

Como he dicho en el capítulo anterior, sabemos por San Jerónimo que a principios del s. V d. C. se hablaba todavía en Dalmacia la lengua de los ilirios. Durante los siglos siguientes las fuentes guardan un completo silencio sobre el particular. Y hay que esperar hasta el s. XI para que, en fuentes bizantinas, aparezca por vez primera el nombre de 'albaneses' aplicado a las gentes que habitan en esa región balcánica. Y hasta el s. XV para tener la primera muestra escrita de la lengua albanesa.

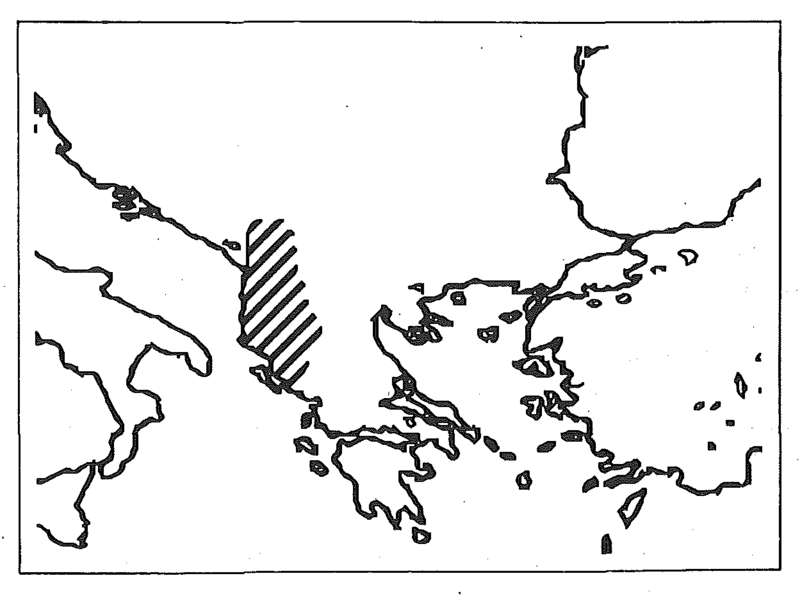
Pero entre los siglos V y XI habían ocurrido cambios drásticos en la composición étnica de los Balcanes, que culminaron con los asentamientos eslavos. Y no tenemos la seguridad de que los albaneses del s. XI sean las mismas gentes que los ilirios de la antigüedad. Sólo la identificación de las dos lenguas (ilirio y albanés) como dos momentos sucesivos de la misma transmisión lineal podría garantizarlo. Pero desgraciadamente, la Lingüística no está en condiciones ni de asegurarlo ni de negarlo. Lo que sabemos de la lengua de los ilirios es demasiado poco como para servir de base a una comparación decisoria con el albanés del s. XV y siguientes.

La condición de lengua indoeuropea del albanés la reconoció el propio fundador de la ciencia F. Bopp. Y G. Meyer, durante el último tercio del s. XIX, sentó las bases de su Gramática Histórico-Comparativa. Pero, dadas las circunstancias que acabo de enunciar, no puede extrañar que en la clasificación del albanés se hayan producido vacilaciones y alternativas.

Por una parte están los que, por motivos más históricos y de sentido común que específicamente lingüísticos, quieren ver en el albanés el heredero moderno del ilirio. A favor de esa tesis está el hecho de que efectivamente los albaneses se encuentran asentados en el territorio del Illyricum propiamente dicho. Y las fuentes históricas no hablan en ningún momento de una inmigración albanesa.

Contra el carácter ilírico del albanés se aducen argumentos de índole lingüística, fonética, léxica y toponímica. Y como alternativas se plantean su adscripción al grupo tracio o al grupo daco-misio. Pero la actitud que parece dominar es la de considerar al albanés como miembro único de un nuevo grupo.

El argumento léxico para defender el carácter inmigrante de los albaneses es que su vocabulario marítimo no es autóctono sino prestado del latín, griego, eslavo o turco. Los defensores de la filiación iliria suelen responder que, para explicar esa circunstancia, basta con pensar que el ilirio se había mantenido en



Los albaneses en la actualidad

las regiones montañosas de Albania, mientras que las ciudades del litoral habrían sido completamente latinizadas. Y que en consecuencia, cuando los hablantes de ilirio se apoderaron de las ciudades costeras, al carecer de ese vocabulario lo tomarían en préstamo.

El argumento toponímico se basa en que determinados topónimos de Albania no presentan los cambios fonéticos específicos del albanés, y en cambio presentan síntomas de mediación eslava o románica. Por ejemplo, la antigua *Scodra* no podría haber dado lugar en albanés a la moderna *Skodër,* porque en esa lengua el grupo /sk-/ en posición inicial, da /h/. Y, por el contrario, ciertos topónimos fuera de Albania, que se adentran en Moesia, sólo se explicarían a través de la fonética albanesa, lo que parece abogar por un enclave originario del albanés en territorio tracio más que ilirio. A los defensores del carácter ilirio del albanés tampoco les parece decisivo ese argumento, ni los que se derivan de la supuesta mayor cercanía lingüística del albanés con el tracio o el da-

co-misio que con el ilirio, dada la escasez de nuestros conocimientos sobre los rasgos específicos de esos grupos en la antigüedad.

Pero hay un argumento que quiero mencionar explícitamente, porque su base fonética se utiliza frecuentemente no sólo en función de la clasificación del albanés, sino como argumento sobre la existencia o no de ciertas consonantes en la lengua común indoeuropea. Me refiero a la llamada *ley de Pedersen.* Como ya hemos visto, las lenguas indoeuropeas se dividen respecto al tratamiento de velares y labiovelares en dos clases, las *centum* (latín, griego, celta, germánico, hetita, tocario) y las *satəm* (indio, iranio, báltico, eslavo, tracio). Ambos grupos coinciden en presentar históricamente dos tipos de fonemas en este ámbito: 1) Las centum tienen velares (/k/, /g/) y labiovelares (/k^w/, /g^w/) o sus resultados. 2) Las *satəm* tienen velares y palatales o, mejor, sus resultados (*k' [> s, š, Þ], *g' [> z, ž, d]). Pero ninguna lengua indoeuropea tiene a la vez resultados diferenciales de velares (k, g), palatales (k', g') y labiovelares (k^w, g^w). Pues bien, la *ley de Pedersen* pretende que en albanés se darían esos tres resultados diferentes:

1) Palatal: *k' > s/θ.
2) Velar: *k > k.
3) Labiovelar: *k^w > k/s [/s/ ante vocales anteriores].

Como puede verse, al igual que en las lenguas *satəm,* hay tratamientos silbantes o fricativos en palabras como **woikos* «casa» > *vis* (con /k/ en las lenguas *centum* [griego οἶκος, latín *vīcus*] y con /s, etc./ en lenguas *satəm* [sánscrito *viś-,* eslavo antiguo *vĭsĭ*]). Pero al contrario que ellas, tiene un tratamiento diferencial para las labiovelares y las velares ante vocales anteriores. En tal posición las labiovelares darían también silbantes (**penk*^{w}*e* «cinco» > albanés *pesë),* mientras que las antiguas velares no palatalizarían en ese contexto (**kēsā* > albanés *kohe* «tiempo»).

El meollo de la supuesta diferencia entre el albanés y las lenguas *satəm* es solamente el hecho de que, mientras en éstas las velares no palatalizadas y las antiguas labiovelares se confunden como velares y siguen la misma suerte, en albanés no se habrían confundido, sino que sufrirían una suerte diferente, al palatalizar las antiguas labiovelares ante vocales /*ĕ*, *ĭ*/ y no hacerlo encambio las antiguas velares. De modo que el juicio que merezca la *ley de Pedersen* dependerá en definitiva de la cantidad y la calidad de ejemplos de la supuesta palatalización de las labiovelares en ese contexto (el tratamiento velar es el más abundante). Y desgraciadamente, esos ejemplos no son ni demasiados en cantidad ni completamente indiscutibles en calidad, por lo que la *ley de Pedersen* nunca ha sido aceptada unánimente por los indoeuropeístas. El ejemplo más firme es el que acabo de citar, el numeral «cinco». Pero Brugmann explicaba la /s/ de albanés *pesë* como resultado de un grupo *-ti-,* suponiendo que en

esta lengua el numeral cinco partiría de un prototipo similar al de la forma sánscrita *paṇktí-s* «cinco, quinteto», concretamente **penk^{w}tiā*.

A falta, pues, de ejemplos seguros en otro sentido, el tratamiento de las dorsales en albanés resulta el típico de una lengua *satəm* (*k' > s/θ y *k+*k^w > k). Pero eso no es argumento contra su verosímil ascendencia iliria, ni siquiera si se defiende el carácter *centum* del ilirio. Hoy sabemos que la *satəmización* es un fenómeno independiente en cada dialecto, y que en unos se ha producido más tarde que en otros. En concreto, para el albanés —en opinión de los especialistas— hay motivos para pensar que las palatalizaciones son tardías, probablemente medievales.

En Albania parece haberse conservado no sólo la vieja lengua de los ilirios, sino también una antiquísima estructura social basada fundamentalmente en la unidades tribales. Sin duda matizada por múltiples avatares y modificada en alguna medida por propia evolución interna, en Albania se conserva, sobre todo al norte del río Skumbi, algo de lo que era la sociedad indoeuropea y de los pueblos indoeuropeos antiguos. Todos los estudiosos de la sociedad albanesa coinciden en resaltar la importancia que la tribu tiene aún hoy día, que ni siquiera los años de régimen comunista ha hecho desaparecer. Las tierras para la agricultura y los pastos pertenecen a la tribu, cuyos destinos son gobernados por un consejo de ancianos (un *senado).*

Pero ese fondo antiguo ha atravesado vicisitudes innumerables. Tras la caída del Imperio Romano aquel territorio sufrió diversas invasiones, sobre todo la eslava, que redujeron el ámbito de extensión del antiguo ilirio a lo que hoy es la república de Albania, con ciertas pequeñas extensiones en el sur de Yugoslavia y norte de Grecia. Perteneció sucesivamente al imperio Búlgaro, a Bizancio, a los Cruzados (en los Despotados del Epiro), a Servia, al Imperio Otomano... Solamente tras la I Guerra Mundial logró constituirse como país independiente y convertir su lengua en oficial. De todos esos períodos ha quedado huella en el vocabulario de la lengua.

El río Skumbi, que divide al país en dos zonas bien definidas, sirve también de frontera entre los dos dialectos en que se manifiesta la lengua albanesa. Al Norte, el *gego,* sobre el que se basó la lengua oficial hasta la Segunda Guerra Mundial. Posteriormente se adoptó la variedad meridional, llamada *tosco.*

La lengua albanesa se ha escrito sucesivamente en varios alfabetos, hasta que, finalmente, en 1909 se adoptó el alfabeto latino.

Capítulo IV

LOS TRACIOS

Tracia, que en las fuentes griegas aparece llamada como Θράκη y en las latinas como Thracia, coincide *grosso modo* con lo que hoy es Bulgaria, si le añadimos la zona nororiental de Grecia y la parte europea de Turquía. La moderna investigación toponomástica encuentra que los tracios ocuparon también en algún momento la franja de tierra comprendida entre los ríos Estrimón y Axio (modernos Struma y Vadar), que en su mayor parte corresponde a la antigua Yugoslavia.

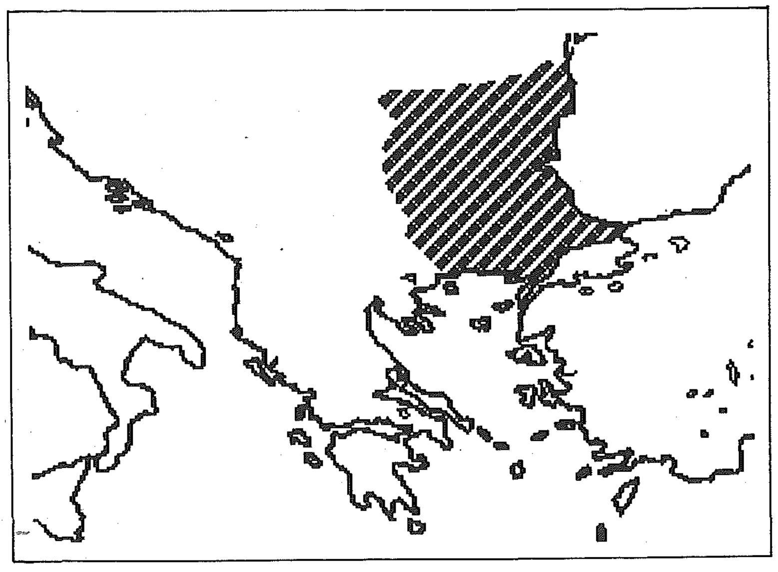
Como era común en los pueblos indoeuropeos antiguos, los tracios se dividían en tribus independientes unas de otras. Tenían una conciencia más o menos vaga de su común pertenencia a un mismo pueblo, lo que no les impedía luchar entre ellas, ni aliarse con pueblos extranjeros para combartirse entre sí. En las fuentes clásicas nos ha quedado el nombre de muchas de esas tribus. Los *getas* vivían en la zona más septentrional de Tracia, al norte de la cadena del *Haemo;* los *bessos* justo en la ladera sur de la misma; los *odrisas* un poco más hacia el sureste, con su ciudad principal en Filipópolis; y otras más, los *dentelatas,* los *edones,* los *sapaeos* y los *doloncios.*

Situados al norte de Grecia, los tracios entraron en la historia pronto. En las costas de Tracia se fundaron numerosas colonias griegas, tanto en el Egeo como en el Bósforo. La más conocida de ellas es sin duda alguna *Bizancio.* El año 510 a. C. la mayoría de los tracios fueron sometidos a Persia y algo después algunos de ellos formaron parte del ejército que atacó Grecia al mando de Jerjes.

También era habitual entre los pueblos indoeuropeos antiguos que de vez en cuando el rey de alguna de las tribus consiguiera dominar a las otras e imponerles una cierta precaria unidad. Entre los tracios esto sucedió con el rey Teres, de la tribu de los Odrisas. La situación la heredó su hijo Sitalces, del que Tucídides narra una expedición contra Macedonia con un ejército de 150.000

hombres en el año 429 a. C. Pero la unidad de los tracios duró poco y pronto cayeron bajo la influencia de Macedonia, aunque nunca bajo su completo dominio. Algo más tarde Tracia sufrió, al igual que otros territorios de la zona, la célebre invasión de los galos o gálatas.

Cuando Roma entró en conflicto con Macedonia resultó inevitable su intervención en Tracia, contra la que envió diversas expediciones a lo largo de los siglos II y I a. C. Cerca ya de la era cristiana, la tribu de los *sapaeos* logró una de esas esporádicas uniones entre las tribus, por obra de su rey Cotis, a quien Roma reconoció. Su hijo Roemetalces consiguió mantener bajo su reino prácticamente a todos los tracios. Pero a su muerte el reino se dividió y ante las luchas de los herederos, Roma intervino a partir del año 19 d. C., hasta que Claudio anexionó Tracia al Imperio el año 46.



Los tracios hacia el siglo V a. C.

Los tracios habían llegado a desarrollar una cierta cultura que no pasó inadvertida a los griegos. Particularmente interesante era su poesía y su música. Tenían ideas muy desarrolladas sobre la inmortalidad del alma. Precisamente una de las divinidades tracias, probablemente en su origen un dios de la vegetación, se convirtió en una importante figura del panteón griego que conocemos como Dioniso. Pero todo ello no impidió que los consideraran como bárbaros. Porque tales resultaban a los griegos algunas de sus costumbres. Se pintaban el rostro; a las jóvenes se les permitía una completa promiscuidad sexual antes de casarse, y en los ritos del dios Sabazio incurrían en el mayor desenfreno.

También típicamente indoeuropea era la condición guerrera de los tracios. Su modo de pelear era salvaje. Y fueron incorporados sucesivamente a los

ejércitos persa, macedonio y romano. La tribu de los *getas,* muy influida por los vecinos escitas, proporcionó concretamente hábiles arqueros a caballo.

A partir de su anexión al Imperio, Tracia sufrió la suerte de otras provincias romanas. Es seguro que comenzaría un proceso de romanización de sus gentes que se prolongaría durante varios siglos. Ya en el s. III d. C., Tracia sufrió las incursiones devastadoras de diversos invasores bárbaros, principalmente de los godos. Y en el s. V sus tierras vieron pasar a las temibles hordas de Atila. Finalmente, entre los siglos VI y VII se produjo su eslavización.

La lengua de los tracios había resistido y sobrevivido a la influencia griega y macedonia. En los primeros años de nuestra era, Ovidio fue desterrado a la ciudad de Tomis, en la orilla tracia del Mar Negro y durante su larga estancia tuvo ocasión de aprender aquella lengua e incluso componer poesía en tracio con metro latino *(getico scripsi sermone libellum structaque sunt nostris barbara verba modis* «escribí un librillo en la lengua de los getas y las palabras bárbaras fueron dispuestas a nuestra manera») (*Pónt.* 4, 19-20).

El tracio sobrevivió igualmente a la romanización. En el siglo VI d. C. hay varios testimonios que parecen indicar que todavía se hablaba. El monje Teodosio asegura que los *bessos* elevaban a Dios sus oraciones en su propia lengua. Y Jordanes nos informa de que en la lengua de los *bessos* el Danubio se llamaba *Hister.* Tenemos razones para pensar que el historiador se refería con el nombre de esa tribu a la totalidad de los tracios. Hay autores que opinan que esa lengua que hablaban en el s. VI no era ya tracio, sino el latín vulgar de Tracia. Sin embargo, hay indicios para suponer que la transmisión toponomástica en Tracia se realizó directamente entre gentes hablantes de tracio y los eslavos, y no por intermedio de otra lengua. Es, sin embargo, imposible establecer la proporción precisa que existía entre hablantes de tracio y población latinizada cuando tuvo lugar la invasión eslava. E igualmente ignoramos cuándo se produjo su erradicación definitiva. Lo cierto es que el tracio desapareció como lengua hablada con la eslavización completa de aquel territorio.

Los habitantes de Tracia no llegaron nunca a desarrollar una escritura autóctona. Los escasos textos de que disponemos en lengua tracia están escritos en alfabeto griego y latino. Como suele ocurrir cuando de una lengua tenemos poco testimonio, esos textos no son comprensibles. Ha habido varios intentos de traducción. Pero los resultados son dispares. A pesar de lo cual el tracio no es una lengua indoeuropea del todo desconocida. Los textos son escasos, pero en cambio hay testimonios relativamente abundantes de glosas, topónimos, nombres de personas, de tribus y de dioses.

El trabajo de reunir y estudiar ese material se ha realizado en su parte más importante en la segunda mitad de este siglo por obra de indoeuropeístas principalmente búlgaros, como es natural, sobre todo D. Dečev, V. I. Georgiev y I. Duridanov. Gracias a ellos conocemos hoy en torno a dos centenares de

palabras tracias que nos suministran una información fonética interesantísima para la clasificación de la lengua dentro de la familia indoeuropea.

La principales inscripciones tracias son las siguientes:

1.—Anilllo de oro encontrado en Ezerovo en 1912. Alfabeto griego. Scriptio continua.

ΡΟΛΙΣΤΕΝΕΑΣΝΕΡΕΝΕΑΤΙΛΤΕΑΝΗΣΚΟΑΡΑΖΕΑΔΟΜΕΑΝΤΙΛΕΖΥΠΤΑΜΙΗΕΡΑΖΗΛΤΑ
rolisteneasnereneatilteaneskoarazeadomeantilezyptamieerazelta

De esta inscripción existen varias interpretaciones muy diferentes entre sí, basadas en diferentes propuestas de segmentación entre palabras, ninguna de las cuales consigue rebasar el umbral de lo arbitrario. No encuentro razón para preferir una en concreto. Sólo como ejemplo doy la traducción de D. Dečev: «Yo soy Rolisteneas, descendiente de Nereneas; Tilezypta, Arazea por su casa, me ha entregado a la tierra».

2.— Inscripción de Kjolmen en lápida sepulcral (quizás del s. VI a. C.). Alfabeto griego. Bustrófedon. *Scriptio continua.* Lectura e interpretación de V. I. Georgiev.

ΕΒΑΡΖΕΣΑ$ΝΗΝΕΤΕΣΑΙΙ"ΕΚΑΝΒΛΑΒΑΗΓΝΝΨΑΣΝΛΕΤΕΔΝΨΕΔΕΙΝΔΑΚΑΡΤ$

Ebar — *Zesa* — *(a)śn HN etesa igek a*
Ebar (hijo) de — Zesas — yo — 58 años viví aquí

n blabahe gn — *n-ua(s?)-sn* — *letedn* — *ued(n),*
no-maltrates-lo — no-ultrajes-lo — al muerto — este,

ne — *in* — *dakart* — *ś*
para que no a ti — se haga igual.

3.— Anillo de oro encontrado en Duvanli. Letras griegas. Lectura incompleta. Lectura e interpretación de V. I. Georgiev.

ΗΥΣ — ΙΗ̣ — ....Δ̣Ε̣ΛΕ̣ — ΜΕΖΗΝΑ̣Ι
ēys, — *iē* — *........dele* — *nezēnai*
Oh poderoso, — ayuda — ....protege, — oh jinete

4.—Cuatro recipientes de plata encontrados en Duvanli, que contienen la misma inscripción. *Scriptio continua.* Lectura e interpretación de V. I. Georgiev.

ΔΑΔΑΛΕΜΕ
Da, — *dale* — *me*
Oh Tierra, — defiende-me.

Las glosas se encuentran como es natural en autores de la antigüedad y son en total unas 40, de las que hay que descontar una docena larga cuya filiación tracia es dudosa. Entre ellas hay algunas de particular interés. Por ejemplo *bria* «ciudad» (en Estrabón), que aparece en la toponimia característicamente tracia como *Mesambria, Skadabria, Poltymbria.* La palabra se encuentra con el mismo significado de «ciudad» en tocario A *ri* y B *riye,* todas derivadas de **wriā* «ciudad elevada», que cumple en tracio la función de expresar el mismo tipo de asentamiento alto y fortificado que *-burg* en germánico, *-briga* en celta, *-polis* en griego y *-pur* en indio. Se trata de un derivado de la raíz **wer-* «elevación, altura [tanto en el terreno como en la piel]», de la que deriva la palabra latina *varus* «grano, erupción en el rostro» y quizás *varix* (español *variz).* Otra glosa interesante es *genton* «carne [como alimento]» (en Hesiquio), de **g*^{w}*hento-* «matado». Y un último ejemplo: *zalmós* «piel, cuero» (en Porfirio). La palabra tiene correspondencia exacta con lituano *šálmas* «yelmo» y con alemán *Helm* «íd.». De la forma germánica **helms,* incorporada ya como préstamo al latín vulgar, deriva la palabra española *yelmo.* Obviamente esto nos habla de la materia prima utilizada originalmente en la confección de ese instrumento de guerra.

Entre los topónimos tracios quiero mencionar dos muy conocidos: *Atos* y *Bizancio.* El monte, cuyo nombre tracio es *Athos* (con ciertas variantes como *Athōn*), está enclavado en la penísula nororiental de las tres en que termina la Calcídica, a la que los griegos llamaban Ἀκτή (*Aktē*). Etimológicamente el nombre tracio *Athos (< *akto[n]-)* está emparentado con la forma griega ἀκτή, que como apelativo significa «escarpadura», ambos de la conocida y fecunda raíz indoeuropea **ak-* «extremidad, punta». El nombre de Bizancio, en griego Βυζάντιον, es un derivado de **bhūgos* «macho cabrío», palabra que se encuentra, aparte de este testimonio tracio, en avéstico *buza,* persa moderno *buz,* alemán *Bock,* inglés *buck* y en gitano *buzni.*

Entre los antropónimos destacaré *Byzas* (de la misma etimología que *Bizancio), Resos* y *Espartaco. Resos* es el nombre parlante de un rey tracio mítico; se trata de **rēg-* «rey» (latín *rex,* sánscrito *rājan-). Espartaco* es, como tantos nombres de persona indoeuropeos, un compuesto. Su primer elemento **spar-* se encuentra en latín *sparus* «dardo, jabalina», y con una forma ligeramente distinta *(*speru-)* en las lenguas germánicas, como inglés *spear* «jabalina», alemán *Speer* «espada». El segundo elemento, *-takos,* lo relacionan algunos con la raíz **dek-,* no menos fecunda, de la que derivan en definitiva palabras como *decoro, decencia, docente* y *digno.* El sentido originario del compuesto en que consiste *Espartaco* sería, pues, «famoso por su jabalina».

Entre los dioses tracios merecen mención *Sabazios* y *Semele,* por haber sido incorporados de una u otra forma al panteón griego. El primero, sobrenombre de Dioniso, tendría relación con eslavo antiguo *svoboda* «libertad» (de **swobho-dhyos* «miembro de la propia tribu»), lo que resulta por lo demás congruente con el epíteto griego ἐλεύθερος «libre» aplicado al mismo dios.

Y, por su parte, *Semele,* diosa de la tierra, madre de Dioniso, encuentra un paralelo exacto en frigio *zemelō* «la Tierra Madre», y como nombre común, en eslavo antiguo *zemljá,* ruso *zemljá* «tierra», derivados de la raíz indoeuropea **ghđom-* «íd.».

Los sufijos característicos de la toponimia tracia son, además de *-bria* ya citado, *-diza (-disza, -dizos),* y *-para.* El primero se encuentra en lugares como *Orudisza, Tarpodizos* y deriva de **dhighā* «fortaleza, plaza fuerte», con paralelos indo-iranios en persa antiguo *didā,* persa moderno *diz,* con la misma significación. La segunda, *-para,* en *Bessapara, Brentopara, Drusipara,* es de etimología menos clara. Algunos la han puesto en relación con latín *paries* «pared, muro».

Los rasgos fonéticos del tracio que se pueden establecer a partir de todo el conjunto de restos son los siguientes:

Se trata de una lengua de tipo *satəm,* en que las velares sufren eventual palatalización y las labiovelares se convierten en velares deslabializadas: **k* > */s/* y **kʷ* > */k/.*

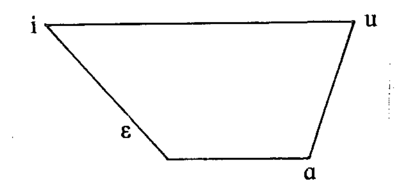
Las oclusivas sonoras aspiradas aparecen como sonoras. En cambio, parece no tener buen fundamento la *rotación consonántica* propuesta por Georgiev y sostenida por Duridanov, en virtud de la cual las sonoras y las sordas darían sordas y sordas aspiradas respectivamente. El material reunido en ese sentido por M. M. Radulescu parece zanjar la cuestión.

Las sonantes pueden vocalizar alternativamente con timbres anteriores y posteriores, al modo del lituano y el eslavo *(*l̥, *r̥, *m̥* y **n̥* > *il/ul(ol), ir/ur(or), in/un(on), um(om)* [faltan ejemplos de *im*]).

Tiene un sistema de cuatro vocales breves, *a/e/i/u.* En la */a/* están fundidas lo que en otras lenguas son dos vocales distintas a/o. En esto coinciden con gran número de lenguas, como ya examinamos al estudiar el vocalismo indoeuropeo. Éste, sin embargo, es un punto que también se ha discutido. La mayoría de los ejemplos de etimología segura apuntan en el sentido de que efectivamente la /o/ de otras lenguas aparece en tracio como /a/. Pero las dudas surgen sobre todo a partir de dobletes en la transcripción de nombres tracios en las fuentes clásicas del tipo *Mētokos/Mētakos* (ambas de fuentes griegas) o *Porólissos/Paralisenses* (de fuente griega y latina respectivamente). Descontando la última sílaba en la que no podemos esperar una verdadera transcripción sino una adaptación a los modelos flexionales griegos o latinos, la vacilación entre a/o en estas palabras se ha interpretado de varias formas. Para algunos, pondría en duda la confusión tracia de a/o. Para otros, tal confusión afectaría sólo a algunos dialectos tracios, y, para otros, todo el tracio tendría a/o confundidas en /a/, y las palabras que contienen /o/ no serían propiamente tracias.

Probablemente hay una explicación mejor de esas vacilaciones. El tracio conservaba, al igual que otras lenguas históricas, el sistema antiguo de cuatro

vocales (/a/e/i/u/) que, como examinamos en el capítulo de la fonética, es el que tenía la lengua común. Como ya dije, en un sistema de este tipo las vocales se reparten el espacio articulatorio, buscando la mayor distancia entre todas las existentes, dando lugar a un modelo que puede representarse así:



Sabemos que los griegos se sentían incapaces de reproducir los sonidos tracios, porque les resultaban muy diferentes de los suyos. Y en lo que a las vocales breves se refiere, la que acabo de dar constituye una buena explicación de por qué les sucedía eso a los griegos. En ese sistema vocálico no hay una /a/ central como la española (lengua con 5 vocales que se reparten el espacio de otra forma). Un hablante de una lengua como la nuestra, a la hora de identificar esa /ɑ/ con un fonema de nuestra lengua, vacilaría entre la /a/ y la /o/, porque en realidad /ɑ/ tiene una articulación peculiar entre la una y la otra, aunque probablemente algo más cercana a /a/. Y resulta que tanto los griegos como los romanos eran hablantes de lenguas con /a/ y /o/ diferenciadas, como el español. Dadas las circunstancias de su lengua, es de esperar que la /ɑ/ tracia la identificaran mayoritariamente con su /a/, pero a veces también con su /o/, porque con ninguna de las dos se correspondía exactamente.

Un matiz articulatorio posible en un sistema vocálico como el del esquema consiste en que la /u/, separada de la /ɑ/ por una distancia algo superior a la que separa las otras vocales entre sí, puede ver rebajada algo su articulación hasta una pronunciación /ω/, intermedia entre /u/ y /o/. Tal vez sucedía eso en tracio, si como afirma algunos especialistas, hay vacilación entre /u/ y /o/ en ciertas otras transcripciones.

Desgraciadamente no conocemos prácticamente nada de la morfología ni de la sintaxis de la lengua tracia a causa de la naturaleza casi exclusivamente onomástica de su testimonio.

El tracio ha sufrido a lo largo de los casi dos siglos de Indogermanística diversas tentativas de relación dialectal. La más antigua opinión, emitida a mediados del siglo pasado por F. Miklosisch, lo relacionaba con el ilirio. Poco después W. Tomaschek creyó que el ilirio debía conectarse con el griego y el latín, y en cambio el tracio con el iranio. En el cambio de siglo, P. Kretschmer sostuvo que el tracio pertenecía al mismo grupo que el frigio, y durante décadas hemos hablado del grupo traco-frigio. Pero, a medida que ha ido creciendo nuestro conocimiento de ambas lenguas, se ha ido poniendo de manifiesto que

sus diferencias con el frigio (y con cualquiera otra de las lenguas alternativas) son lo suficientemente importantes como para pensar que el tracio constituye un grupo indoeuropeo independiente. No obstante lo cual, hay una propuesta reciente tendente a incluirlo en un macroconjunto dialectal, cuya composición y verosimilitud discuto en el capítulo dedicado a las lenguas bálticas.

Capítulo V

LOS DACIOS

En la ribera norte del Danubio, como una prolongación septentrional de Tracia más allá de su cauce, se encontraba la antigua región de Dacia, delimitada al Norte y al Nordeste por los Cárpatos Orientales. En realidad, entre la Tracia propiamente dicha y la Dacia, se extendía en la orilla sur del Danubio la región de Moesia, que durante la mayor parte del Imperio Romano fue tierra de frontera.

Dacia quedaba demasiado alejada al Norte y aislada por el gran río. Y su presencia en las fuentes griegas no fue temprana, a pesar de que a partir del s. VII a. C. se establecieron colonias griegas en la costa del Mar Negro correspondiente a la región de Dobrudja, al sur de la desembocadura del Danubio. Es posible que hacia el s. IV a. C. aparecieran dacios en los mercados de esclavos atenienses y que aluda a ellos el nombre de esclavo *Daos,* usual en la comedia ática. Poco después, ya en época helenística, los dacios comenzaron a explotar sus minas de oro, plata y hierro y a comerciar con Grecia.

Como se repite monótonamente en todos estos pueblos indoeuropeos, las diferentes tribus dacias vivían la mayor parte del tiempo sin organización ni cohesión. Pero hacia el año 60 a. C. Burebista consiguió unificar bajo su reino casi toda la Dacia. Aunque a la muerte de Burebista el reino se dividió, los dacios comenzaron a atravesar la frontera y devastar territorios del Imperio. Augusto se vio obligado a establecer en Moesia una fuerte guarnición. Tras una etapa de paz, se renovaron periódicamente los conflictos, que condujeron a la conquista definitiva y anexión al Imperio por obra de Trajano en el año 106 d. C.

La represión de que fueron objeto los dacios tras la conquista fue muy dura. Una buena parte de la población fue masacrada y otra parte obligada a huir hacia el Norte. Y la Dacia fue colonizada por gentes romanizadas venidas de todas partes del Imperio, especialmente de Siria y Asia Menor. Pero la ocupa-

ción romana fue pasajera. Las fronteras del Imperio, una vez integrado el nuevo territorio, resultaban difusas. Y hacia el año 270 el emperador Aureliano pensó que el Danubio constituía un *limes* más fácil de defender y decidió abandonar definitivamente Dacia. Su pertenencia al Imperio había durado poco más de siglo y medio.

De aquel pueblo sabemos en realidad bastante poco. Hay razones para pensar que sufrieron la influencia de sus vecinos orientales los escitas. Y en la columna de Trajano, erigida para conmemorar la victoria, se reflejan algunos de sus rasgos peculiares. Por ejemplo la existencia, tal vez muy representativa de las condiciones y características de la indoeuropeización en toda la Europa centro-oriental, de dos clases de dacios: los agricultores y los guerreros. Años después de la conquista, a pesar de haber sido en gran parte diezmados o deportados, parece que los dacios continuaban divididos en dos clases sociales. La clase alta *(pileati),* que llevaba una especie de gorro de fieltro *(pileum),* y la baja *(capillati)* que usaba el pelo largo.

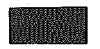
Característica de Dacia es la existencia de plazas fortificadas en montañas y lugares altos, costumbre típicamente indoeuropea. La capital de Dacia, Sarmizegetusa, algo al este de la moderna Timisoara, se asentaba en un sistema de elevaciones, con una posición particularmente fortificada. El conjunto incluía una serie de edificios, algunos de carácter religioso, y lo que parece ser una plataforma para la observación astronómica.

A partir del abandono romano, Dacia se vio sometida a una interminable serie de invasiones. Por su suelo pasaron godos, gépidos, eslavos, ávaros, búlgaros, magiares, pechenegos y kumanos. Y es un enigma cómo la moderna nación de Rumanía habla una lengua latina, cuando el período de dominación romana fue tan breve, siendo así que Tracia, mucho más largamente romanizada, no conservó su latinidad, sumergida por la invasión eslava. Para responder al enigma hay dos posiciones entre los especialistas. Para unos, la retirada romana no habría sido más que militar y administrativa; y las poblaciones latinas de Dacia se habrían mantenido en su sitio, sobreviviendo a todas las invasiones posteriores. En cambio, para otros, toda esa cadena de invasiones acabó con la población romanizada originaria y erradicó el latín por completo. Y más tarde se produjo una nueva latinización a cargo de los *valacos* balcánicos, emigrantes del Sur.

Los valacos se tienen a sí mismos por los descendientes directos de las poblaciones romanizadas de Iliria, Moesia y Dacia. Cuando emergen como tales en la Edad Media, su zona nuclear está al sur del Danubio. Y probablemente haya habido una emigración de esas gentes hasta la actual Rumanía. Como sucede en tantas ocasiones, lo más probable es que las dos causas que se presentan como disyuntivas (romanidad autóctona y romanización secundaria por los valacos) hayan sido realmente dos factores complementarios.

No sabemos qué fue de la antigua lengua de los dacios. A pesar de las matanzas y de las deportaciones romanas, parece indudable que quedaron en Dacia núcleos de habitantes que conservarían inicialmente su lengua al igual que sus costumbres. Y, probablemente, cuando los romanos abandonaron el territorio, el dacio continuaría siendo hablado por aquellas gentes. El siglo y medio de dominación romana es poco tiempo para la erradicación de una lengua nativa. De modo que lo más probable es que aquella lengua fuera víctima de la vorágine de invasiones que más tarde sobrevinieron.


Los dacios hacia el siglo I a. C.


Los misios hacia el siglo V a. C.

Ha sido una creencia largamente extendida entre los especialistas que el tracio se habló en un vasto territorio comprendido entre los Cárpatos al Norte, el Egeo al Sur y el Mar Negro al Este, penetrando algo en Asia Menor. Comprendería los territorios conocidos con el nombre de Dacia, Moesia, Tracia, Peonia, Misia y Bitinia. De forma que todas las poblaciones de la región (dacios, getas, moesios, tracios, misios, peonios y bitinios) serían hablantes de una misma lengua a la que llamamos tracio. En todos esos territorios sólo se han conservado las obscuras

inscripciones tracias que he mencionado en el capítulo anterior, y una brevísima hallada en Dacia que citaré más abajo. Y eso hace que nuestra información al respecto sea en realidad muy fragmentaria. Pero aun así voy a presentar los datos de que disponemos, en gran medida procedentes de la toponomástica.

Tras el estudio de la toponimia y la onomástica de esa zona, llevado a cabo sobre todo por V. I. Georgiev y I. Duridanov, se perfilan dos áreas distintas. La una corresponde al tracio propiamente dicho. La otra, que ofrece características lingüísticas diferenciales, se ha dado en llamar *dacio* o *daco-misio* (para resaltar que su ámbito de implantación rebasa los límites de la antigua Dacia, englobando la zona minorasiática de Misia).

Dos interesantes topónimos dacios son *Cárpatos* y *Odessa.* El primero es de **korpā* «peña, risco», palabra testimoniada en albanés *karpë* «íd.». En cuanto a *Odessa,* no se trata de la célebre ciudad ucraniana fundada por Catalina II a finales del s. XVIII, y que recibió ese nombre precisamente en homenaje a la antigua Ὀδησσός, que fue colonia griega ubicada más al Sur, en la ciudad moderna de Varna (Bulgaria). El topónimo *Odessos* es, como digo, dacio y procede de **udesyos,* de la raíz **ud-/wed-* «agua» (también en griego ὕδωρ).

Pero la toponimia característicamente dacia utiliza el elemento *-dava (Acidava, Pratidava, Rusidava, Sacidava,* etc.). En la zona del Danubio hay un ligero solapamiento entre la toponimia característicamente tracia *(-bria, -para, -diza)* que penetra un poco al norte del Danubio y la característicamente dacia *(-dava)* con algunos ejemplos en Tracia. Ese elemento *-dava,* procede de **dhēwā* «establecimiento» (de **dhē-* «poner, colocar»), con un paralelo en griego θόωκος «sede») y podría estar atestiguado en Hesiquio en la palabra λεβα «ciudad» (con λ- por /d/), atribuida al tracio.

Aparte de un sufijo toponímico diferente, el dacio se distingue del tracio por diversos rasgos fonéticos menores como la alteración de **ē* en */æ/,* transcrita *a* o *ia* en los autores clásicos, que más tarde evoluciona a /i/; y el paso de **u* a /o/. Tracio y dacio comparten, sin embargo, algunos rasgos de amplia difusión dialectal, como es el ser la una y la otra lenguas /a/, y la aparición en ambas, como sonoras, de las tradicionales sonoras aspiradas.

El tipo de material dacio de que disponemos no resulta muy propicio para hacer inferencias gramaticales. No obstante, una pequeña inscripción encontrada en Dacia nos proporciona una fórmula onomástica que, dentro de su brevedad, nos brinda algunos datos interesantes:

decebalus	*per*	*scorilo*
Decebalo	hijo	de Scorilo.

La desinencia de genitivo temático, testimoniada en *scorilo* resulta ser la del antiguo ablativo en *-*ōd,* al igual que en báltico y eslavo. Esta desinencia nos proporciona también una cierta información fonética: la **ō* indoeuropea

parece recibir un tratamiento diferente de la **ŏ*, tal vez a la manera germánica o báltica.

El rasgo morfológico comentado parece coincidente entre dacio y tracio. Es probable que también en tracio el genitivo temático sea el antiguo ablativo en -**ōd*, si como parece tenemos un testimonio de esa categoría en la fórmula onomástica *Ebar Zesa* «Ebar [hijo] de Zesas» (inscripción de Kjolmen, incluida en el capítulo del tracio). En cambio, la fonética es diferente: el tratamiento de las vocales largas parece ser en tracio similar al del indo-iranio y el eslavo. De todas formas la interpretación del testimonio tracio, y su vertiente fonética en particular, es más problemática que la del dacio, porque algunas otras etimologías parecen apuntar un tratamiento distinto de **ō* (>/ū/>/ü/>/ī/). Eso no invalida necesariamente la identificación del genitivo *Zesa:* los tratamientos de las vocales largas **ā/*ō* son a veces muy complejos. Pero invita a proceder con cautela.

Otro rasgo en que ambas lenguas parecen coincidir es en la utilización de la palabra indoeuropea **pwero-* «niño, hijo» [cf. latín *puer*] en la fórmula onomástica o en antropónimos. En nuestra inscripción dacia está en fórmula onomástica. En tracio lo encontramos en antropónimos *Eptaper, Ziper, Oluper, Reciper, Seiciper.* En las fuentes griegas los nombres tracios de este tipo son recogidos con ciertas variantes fonéticas *(Deos-por, Epta-poris, Zy-pyr,* etc.). También en latín hay nombres propios compuestos con esa palabra [que en tales circunstancias adopta la forma *por*]: *Marcipor, Olipor.*

Para Georgiev y Duridanov, el dacio y el tracio se diferenciarían además por un rasgo fonético mayor: la existencia en tracio de una rotación consonántica de la que carece el dacio. Y de ello deducían que son dos lenguas diferentes. Pero, eliminada ésta, como vimos en el capítulo anterior, ni las coincidencias fonéticas son lo suficientemente específicas como para demostrar que ambas son una sola lengua, ni la existencia de un sufijo toponímico diferente junto con unas pequeñas diferencias fonéticas autorizan a hacer del dacio o daco-misio un grupo indoeuropeo independiente. La cuestión debe quedar por el momento abierta.

CAPÍTULO VI

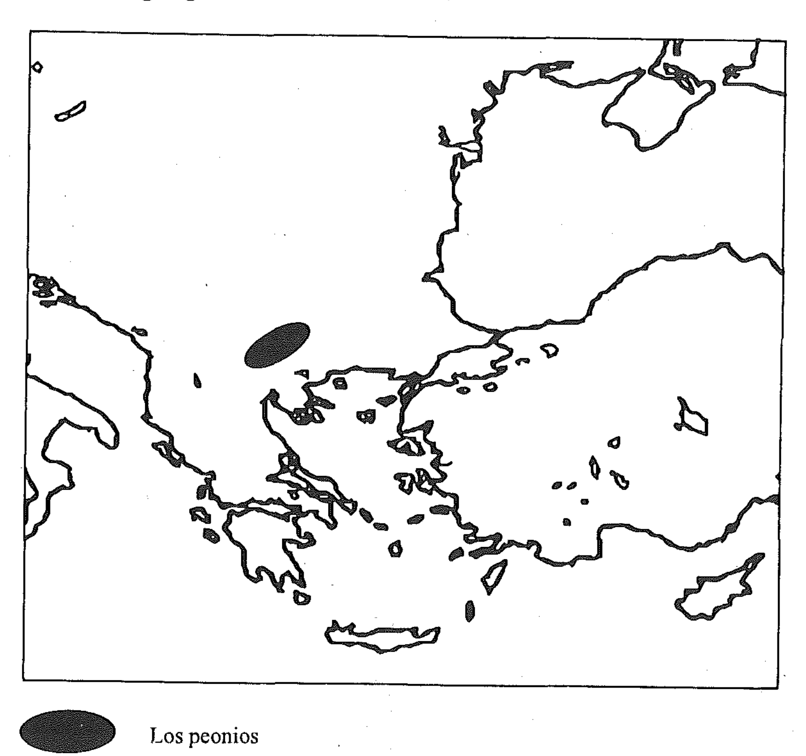
MACEDONIOS Y PEONIOS

Pueblo de dimensiones modestas, los peonios ocuparon en la antigüedad la cuenca del Axio (actual Vardar), al oeste de Tracia y al norte de Macedonia, zona que en nuestros días se encuentra repartida entre repúblicas de la antigua Yugoslavia, Grecia y Bulgaria.

Los peonios son uno de los pueblos indoeuropeos de los que tenemos noticias a la vez más antiguas y más escasas. Desde el principio aparecen ya implicados en causas ajenas. En la *Ilíada* a los peonios se los cita reiteradamente entre los aliados de Troya, por lo que podemos considerar segura su presencia en la zona en época micénica. Situados entre pueblos de mayor tamaño, se vieron siempre presionados por sus vecinos más poderosos, principalmente tracios y macedonios. Sus hombres, tan buenos jinetes como infantes, formaron parte de la gran expedición de Alejandro Magno. Y poco después, durante un efímero momento, el rey Dropion consiguió unir a todos los peonios en una especie de federación de tribus. Pero muy pronto Antígono II de Macedonia se anexionó definitivamente Peonia, que desde entonces formó parte de ese reino y corrió su suerte hasta la integración en el Imperio romano. Las principales ciudades peonías fueron Bylázora (la actual Veles) y Stobi (la actual Gradsko) ambas sobre el curso del Axio.

De la lengua de los peonios no nos han quedado más que nombres propios en los autores griegos. Por su ubicación intermedia entre ilirios y tracios, el peonio ha sido alternativamente considerado lo uno o lo otro. W. Tomaschek y P. Kretschmer lo tuvieron por ilirio, mientras que D. Dečev por Tracio. Sin embargo, en la medida que el exiguo material permite establecerlo, el peonio se distingue tanto del uno como del otro. Al contrario que ambos, presenta a/o diferenciadas, y no hay indicios de palatalización de tipo *satəm.* Comparte con ambos —pero también con la inmensa mayoría de las lenguas indoeuropeas— el carácter sonoro de las tradicionales sonoras aspiradas *(*bh, *dh,* etc. > /b/, /d/, etc.).

Algunos de los nombres peonios son *Pontos,* el actual río Strumica (de **ponktos* «pantanoso», cf. alemán *feucht* «húmedo»); la ya citada ciudad de *Stobi* (de **stob(h),* cf. prusiano antiguo *stabis* «piedra»); *Agrianes,* tribu peonia (de **agro-* «campo», cf. latín *ager); Dóberos,* ciudad peonia (de **dheubh-* «profundo», cf. griego βυθός, lituano *dubùs).*



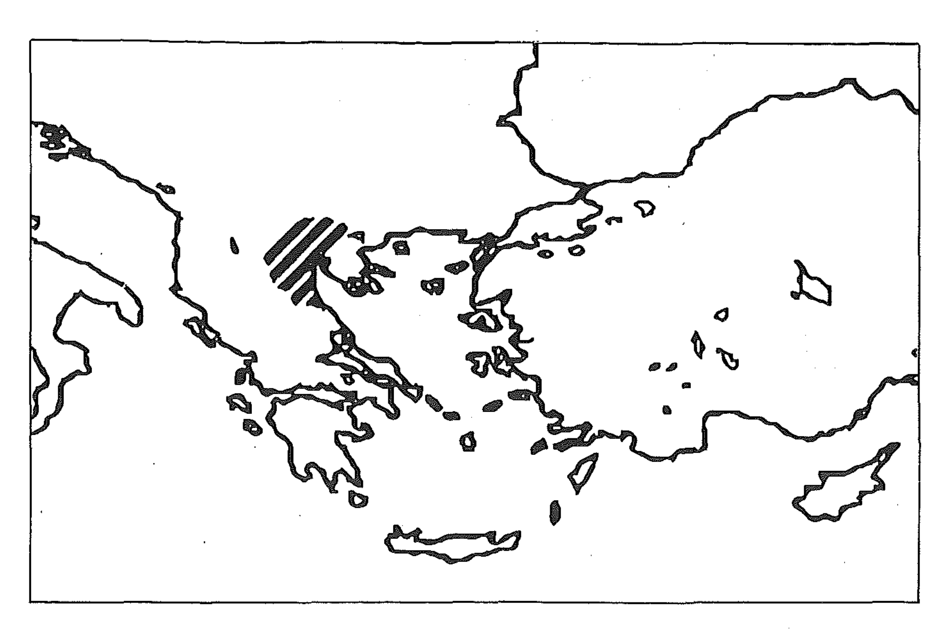
Los peonios

Por el Nordeste la Hélade se extendía hasta incluir la región de Tesalia. En cambio al Noroeste se prolongaba menos hacia el Norte, porque el Epiro nunca fue considerado por los helenos una parte de su país. Al norte de Tesalia, separando Grecia de Tracia, se encontraba Macedonia. El momento más brillante de su historia es bien conocido. Durante el reinado de Filipo II, Macedonia se convirtió en una gran potencia militar capaz de imponer su ley a toda la Hélade. Y con su hijo Alejandro Magno tuvo lugar el primer gran intento de universalización de la cultura europea. Gracias a su conquista del Imperio Persa, que le permitió alcanzar la India, extendió hacia Oriente la cultura helenística. Pero no era Alejandro en el Este, sino Roma en el Occidente, quien estaba destinada a transmitir al mundo moderno la civilización y la cultura que hoy es la nuestra.

Sin embargo, los griegos consideraron siempre a los macedonios como bárbaros no helenos. Y al parecer también lo entendían así los macedonios.

Además de muchas afirmaciones explícitas de los propios griegos, hay un suceso histórico que no deja lugar a ninguna duda sobre ese particular. El rey Alejandro de Macedonia (no Alejandro Magno, sino otro Alejandro anterior) quiso participar en los juegos Olímpicos, que estaban reservados exclusivamente a los griegos. Sus antagonistas protestaron, aduciendo que era un bárbaro y que por lo tanto no podía ser admitido. Y Alejandro no adujo en su réplica la helenidad de Macedonia, sino la circunstancia de que él personalmente y su familia real eran descendientes de los reyes de Argos.

En cambio, Heródoto afirma que los macedonios son dorios que habían habitado en la cadena del Pindo, y que «dorio» y «macedonio» son dos denominaciones de la misma realidad. Naturalmente ambas versiones no son necesariamente contradictorias, y bien podría suceder que, dorios de origen, su alejamiento y aislamiento de los asuntos de la Hélade durante siglos hubiera hecho olvidar el origen y obscurecido los rasgos comunes. Pero también cabe la posibilidad contraria: que se trate de etnias diferentes, que han tendido a aproximarse por su vecindad, con la subsiguiente creación de las oportunas le-



 Reino de Macedonia a mediados del s. v a. C.

yendas. Una vez más, sólo la identificación de la lengua de los macedonios sería prueba decisiva en uno u otro sentido. Pero desgraciadamente no tenemos a nuestra disposición ningún texto en esa lengua. Contamos únicamente con nombres propios y glosas, muchas de las cuales son simples palabras griegas que fueron en un momento determinado tomadas por los macedonios co-

mo préstamos y sufrieron una mayor o menor modificación al ser adaptadas a la fonética macedonia. Es obvio que ésas nos proporcionan muy escasa información.

Entre las palabras genuinamente macedonias hay algunas que presentan tratamientos fonéticos muy diferentes a los del griego. Por ejemplo en ἀδῆ «cielo», que se corresponde con griego αἰθήρ, **dh* aparece tratado en macedonio como /d/, al contrario que en griego, donde su resultado es /th/. Y la *-r* final aparece en macedonio eliminada tras vocal larga (como en sánscrito, por ejemplo), cosa que nunca sucede en griego. Igualmente podría haber un tratamiento diferencial en la *-s-* intervocálica, desaparecida en griego, y en cambio sonorizada en /z/ en macedonio si, como parece, es correcta la etimología de macedonio ἄλιζα a partir de **alisā,* el nombre de un árbol indoeuropeo (el «aliso»). Hay un caso en que parece que en macedonio hay /a/ allí donde en griego hay /o/ (ἀβροῦϜες/ὀφρύες «las cejas»). Pero la mayoría de estos hechos fonéticos están atestiguados por sólo una glosa. El tratamiento sonoro de las aspiradas es el único que cuenta con una mejor representación. Es por ello imposible un juicio definitivo. Aunque la impresión general es que se trata de una cosa muy diferente de lo que entendemos por griego. Pero, cómo de diferente y a qué otra u otras lenguas podría aproximarse son cuestiones que por ahora han de quedar sin respuesta.

CAPÍTULO VII

LOS BALTOS

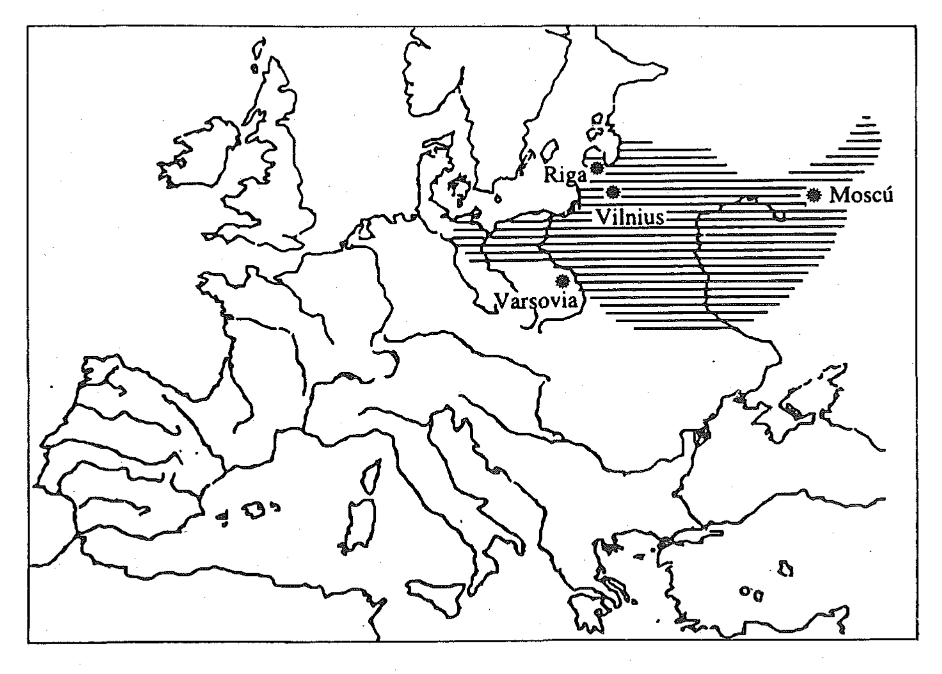
Los baltos son la estirpe indoeuropea que más tarde entró en la historia. Probablemente eran ellos el pueblo que Tácito en su *Germania* llamaba *Aestii,* o *Aestiorum gentes.* El historiador romano los situaba en la ribera del mar Báltico y los describía como agricultores y recolectores de ámbar. Casi cinco siglos después, Jordanes vuelve a hablar de los *Aestii,* situándolos en la desembocadura del Vístula. Y, en el s. IX d. C., un viajero que visitó esa región hablaba de un país muy grande con muchas ciudades y abundante pesca. Ptolomeo, en el s. II d. C., distinguía ya dos tribus, *galindos* y *sudinos.* Pero todo ello no pasa de ser esporádicas menciones. La verdadera entrada en la historia de los baltos no se produce hasta los siglos XII-XIII d. C.

No existe un nombre antiguo, ni endoétnico ni exoétnico, para designar la estirpe de los baltos en su conjunto. Cuando la Lingüística Indoeuropea lo necesitó, se intentaron varios. K. Būga, filólogo lituano, propuso el de *aistios,* basado en el de Tácito, que tuvo poco éxito. Y durante el siglo XIX circularon términos como *lético, leto-lituano* y cosas similares. Hacia principios de este siglo se había impuesto definitivamente el nombre de *baltos,* propuesto en 1845 por F. Nesselmann sobre la base del emplazamiento contemporáneo de esas lenguas. Pero hay que advertir que no todos los países asentados en las riberas del Báltico son hablantes de una lengua báltica. Concretamente en Finlandia y en Estonia no se hablan lenguas bálticas, ni siquiera indoeuropeas, sino variedades de la familia fino-ugria.

Los baltos son uno de los pocos pueblos indoeuropeos cuyo emplazamiento ancestral se ha podido establecer con razonable seguridad. Con los datos que suministra la hidronimia, varios indoeuropeístas, sobre todo soviéticos, han demostrado que los baltos ocupaban el territorio comprendido entre el río Parsęta (Polonia) en el Oeste, Moscú en el Este, Kiev en el Sur y Riga en el

Norte. A esa zona, cuya extensión es seis veces superior a la que ocupan los baltos en nuestros días, la llaman algunos el primitivo *Balticum.* En ella, al menos desde principios del II milenio a. C., parece haberse hablado, según nos indica la hidronimia, el báltico común.

Hacia el año 1000 a. C. comenzaron a infiltrarse tribus germánicas en la zona occidental de ese territorio, las más recientes de las cuales identificamos con los godos, en torno al principio de nuestra era. El detalle de los conflictos entre germanos y baltos en aquella época lo desconocemos. Los sucesos del *Balticum,* alejado en el extremo norte de Europa, no tenían repercusiones directas ni en Grecia ni en Roma, y nada de todo ello han reflejado sus historiadores. En el caso de los baltos, sería la cristianización el factor que desencadenara su entrada en la historia. Las invasiones eslavas entre los siglos VI y IX supusieron una importante disminución del territorio ocupado por los baltos, sobre todo a cargo del ruso por el Este, pero también del polaco por el Oeste. La presión de los germanos en el Oeste ha continuado con intensidad intermitente a lo largo de los siglos.



Extensión del primitivo *Balticum*

De la religión de los baltos estamos relativamente bien informados por los relatos de los misioneros cristianos que se dedicaron a su conversión y también por las canciones populares que sobreviven en Letonia y Lituania. *Diẽvas* es el correlato báltico de griego Ζεύς, sánscrito *Dyaus(-pitā́)* y latín *Iu(piter).*

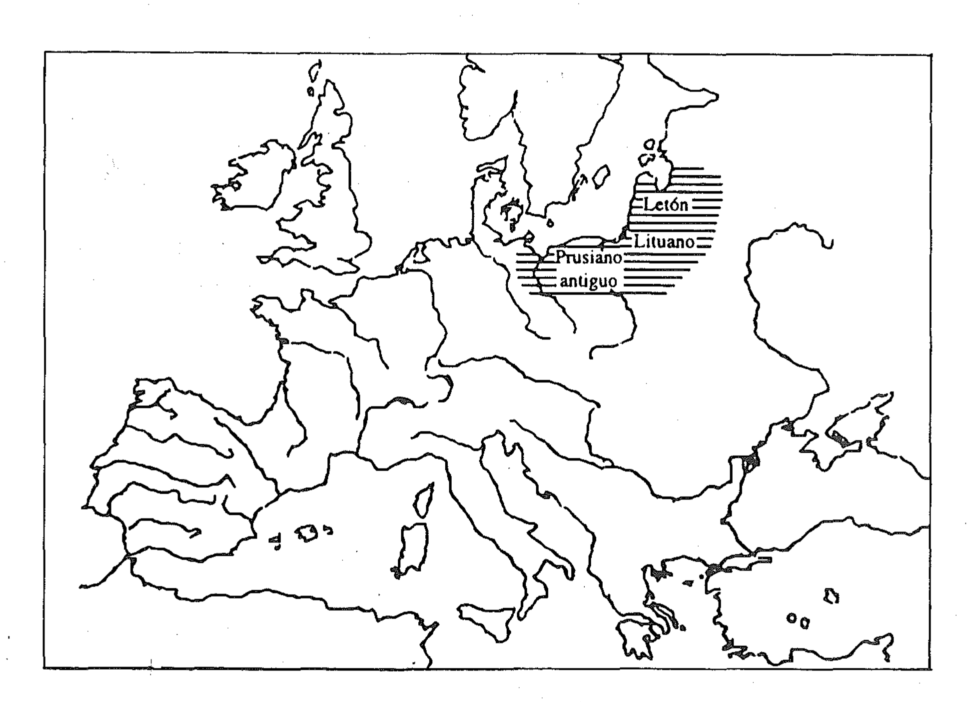
Entre los baltos se representa como un rey báltico, con gorro, túnica y espada al cinto. Habita más allá «de la colina», donde lleva una vida de agricultor y cazador. Desde allí desciende a la tierra en carro o a caballo. Los restantes dioses están sólo rudimentariamente antropomorfizados. Los *Diẽvo suneliai* «hijos de Diẽvas» son dos jinetes, identificados con las estrellas matutina y vespertina, cuyos equivalentes son en griego los Dioscuros y en sánscrito los Aśvins. *Velys* recoge la variante infernal y subterránea de *Diẽvas,* y se la asocia con las serpientes. Otros dioses son *Sáulė* «el Sol», *Perkū́nas* «el Rayo», *Mė̃nuo* «la Luna», *Láimė* «el Destino» (etimológicamente «la felicidad»), *Žemýna* «la Gran Madre, la Tierra» (de *žẽmė* «tierra»), *Ùpinis* «el Río» (de *ùpė* «río»), *Ežerìnis* «el Lago» (de *ẽžeras* «lago»), *Lytuvomis* «la Lluvia» (de *lietùs* «lluvia»), *Giráitis* «el Bosque» (de *girià* «bosque»), etc. Este carácter naturalista de la religión báltica, que adora las fuerzas naturales sin apenas elaboración antropomórfica es, como ya dijimos al hablar de la religión indoeuropea, un estadio religioso muy antiguo que, rebasado en otras ramas de nuestra familia lingüística, se ha conservado entre los baltos como una preciosa reliquia del pasado, sobreviviendo varios milenios. Igualmente faltan entre los baltos elementos de síntesis con religiones de otras culturas y otros pueblos, tal como se produjeron en otros grupos indoeuropeos.

La cristianización de la tribu báltica de los *prusianos* comenzó en los albores del siglo XIII a cargo del monje polaco de la orden cisterciense Cristián de Oliva, consagrado obispo de Prusia por el Papa Inocencio III en 1215. Pero los prusianos se resistían a abrazar el cristianismo y reaccionaban violentamente, de modo que Cristián de Oliva creyó prudente pedir asistencia política y militar al duque Conrado de Mazovia, los límites de cuyos territorios alcanzaban las orillas del bajo Vístula. Pero pronto se vio también él en dificultades frente a las tribus bálticas y pidió ayuda a la Orden Teutónica de los Caballeros de Santa María Virgen, que se había fundado en Jerusalén en el ambiente de las cruzadas contra el Islam. La Orden era una de esas instituciones medievales, entre religiosas y militares, con estatutos y formas de conducta parecidas a los Templarios. Su Gran Maestre, Hermann von Salza, había lanzado como consigna para sus caballeros la de *Drang nach Osten* («Impulso hacia el Este»). Y la misión que le encomendaba el duque polaco no podía estar más en consonancia con sus propósitos. El Papa bendijo la empresa, y el emperador Federico II de Hohenstaufen dio garantías de que la Orden sería la dueña de todos los territorios que conquistara a los prusianos. Y los caballeros de la Orden Teutónica, a la vez religiosos y guerreros, se lanzaron llenos de celo a la conversión de los últimos paganos que quedaban en Europa, los *sarracenos del norte,* como por entonces se les llamaba. Para ellos se trataba de una verdadera cruzada. Y pronto fundaron una serie de castillos fortificados para establecer en ellos los centros del control administrativo, la cristianización y la germanización.

Más al Norte, el Obispo de Riga emprendió la tarea de cristianizar también a los baltos orientales y para ello se fundó una nueva institución: la *Orden de los Hermanos de la Espada,* que poco después se fundió con la Orden Teutónica, como una de sus ramas.

Presionados por el Este y el Oeste, los baltos se vieron en la necesidad de organizarse en un estado poderoso. Eso no impidió que toda Prusia fuera conquistada a lo largo del siglo XIII. Pero ése fue el límite del avance hacia el Este de la Orden Teutónica. A principios del s. XIV la dinastía de los *Gediminas* emprendió una reacción que devolvió a los baltos, por el Este, sus antiguas posesiones hasta Moscú y Ucrania. El mayor esplendor de Lituania coincidió con el reinado de dos miembros de esa dinastía: Algirdas y Vytautas. Pero a partir del año 1503 Lituania comenzó a perder de nuevo terreno ante Rusia, hasta su completa anexión en el s. XVIII. Y tras una efímera independencia entre las dos Guerras Mundiales, los Países Bálticos fueron de nuevo anexionados por la URSS en 1940. Con la desintegración de la Unión Soviética se convirtieron en los nuevos países soberanos de Letonia y Lituania.

Probablemente el báltico común no fue nunca una lengua tan homogénea como más abajo veremos que lo fue el eslavo común. Se hablaba en una zona



Las lenguas bálticas históricamente documentadas

demasiado extensa para la época como para que no hubiera ya desde antiguo cierta diversificación. Pero el grueso de las diferencias dialectales que conocemos históricamente comenzó a producirse probablemente bastante tarde. Con fundamento lingüístico, podemos establecer una primera gran división entre báltico occidental y báltico oriental. El occidental debió sufrir la influencia de celtas y germanos, mientras que el oriental pudo tener algún contacto con pueblos iranios (escitas y sármatas). El contacto con los eslavos fue común al conjunto de los baltos.

Entre los siglos XII y XIII, los baltos occidentales se dividían a su vez en dos tribus: los *prusianos* y los *suduvios.* En el nombre de estos últimos (llamados también *jatvingios),* puede reconocerse probablemente la base que sirvió a Ptolomeo para hablar de la tribu de los *sudinos.* Por su parte, los orientales se dividían en *curonios, semigalios, selonios, lituanos* y *latgalios.*

De todas esas variedades sólo han sobrevivido hasta nuestros días el *lituano* y el *latgalio,* que hoy llamamos *letón.* Los baltos occidentales *(prusianos* y *suduvinos)* fueron diezmados primero y germanizados después en el s. XVII. Los *curonios* fueron letonizados en el s. XVI; los *semigalios* y *selonios* se extinguieron ya en el s. XIV. Y, finalmente, las tribus bálticas antes asentadas en Rusia, Bielorrusia y Ucrania fueron eslavizadas. De entre ellas merece mención destacada la de los *galindos,* cuyo nombre coincide con el de Ptolomeo. En las crónicas rusas se la menciona con el nombre de *Goljadĭ* (<**Golędĭ),* cuya equivalencia exacta en la lengua de los prusianos es **Galindas,* de *galas* «fin, término». De ella se dice que es una tribu belicosa que combatía y se resistía a la eslavización entre los siglos XI y XII.

Aparte de las dos lenguas bálticas que han sobrevivido hasta nuestros días (el lituano y el letón) nos ha quedado testimonio escrito de una de las extinguidas, concretamente la lengua de los prusianos, que solemos llamar *antiguo prusiano.* A juzgar por los testimonios directos e indirectos de que disponemos, el prusiano estaba hacia el siglo XVI bastante diferenciado del lituano, hasta el punto de que un lituano y prusiano se entendían muy escasamente. Hoy, cuatro siglos después, un lituano y un letón no tienen tantas dificultades para comunicarse. Y eso demuestra que la división de los dialectos oriental/occidental es antigua y profunda.

El texto más antiguo en *antiguo prusiano* (que lo es a la vez en cualquier lengua báltica) es el *Vocabulario de Elbing,* llegado hasta nosotros en el *Codex Neumannianus* que data de los primeros años del s. XIV. Pero parece ser copia de un original más antiguo fechable entre finales del XIII y principios del XIV. Contiene 802 palabras en alemán y prusiano. Le sigue en antigüedad el *Vocabulario de Grunau,* monje que hacia 1520 escribió una crónica prusiana en la que incluía un centenar de palabras en esa lengua. Pero, sin duda, los documentos más importantes en *antiguo prusiano* son los tres catecismos, que en conjunto nos trasmiten 66 páginas de texto. Los dos pri-

meros (ambos de 1545) fueron impresos en Königsberg, la ciudad que vio nacer al filósofo alemán Kant, pero que hoy forma parte de Rusia con el nombre de Kaliningrado. El tercer catecismo (o *Enquiridión)* fue traducido al prusiano desde el alemán por Abel Will, que al parecer tenía un conocimiento limitado de la lengua prusiana y necesitaba ayuda de traductores. Apareció publicado en 1561.

Para el lituano, el documento más antiguo, igualmente de carácter religioso, es una traducción del Padrenuestro y el Avemaría hecha desde el polaco hacia 1515. El primer texto impreso llegado hasta nosotros es la traducción del catecismo polaco protestante realizada en 1547 por Mažvydas. Y el texto más importante para el conocimiento y el estudio de la lengua lituana del siglo xvi es el *Postil* de M. Daukša (1599). El primer léxico lituano es el de K. Širvydas, de principios del s. xvii.

La lengua lituana aparece desde el principio dividida en variedades dialectales. Hay fundamentalmente dos: el bajo lituano, llamado también *zemaítico* y el alto lituano (o *aukstaítico),* que es el más arcaico. La que ha llegado a convertirse en lengua estándar a partir del siglo xix es una variedad occidental del alto lituano, utilizada por el gran poeta nacional del s. xviii K. Donelaitis.

Entre la lengua lituana del s. xvi y la actual hay algunas diferencias. La del s. xvi ofrece una fuerte influencia eslava en la sintaxis y en el léxico, que poco a poco ha ido disminuyendo. Hay también ciertos cambios en la acentuación y en algún detalle de la morfología. Pero esencialmente sigue siendo la misma lengua. Los lituanos, situados en una posición central en el territorio báltico, aislados en el Norte, no han visto sucederse en su suelo invasiones de otros pueblos y han mantenido una cierta continuidad cultural y lingüística a lo largo de milenios. Y ello se ha traducido en una evolución lenta de su lengua, sin repentinas sacudidas ni cataclismos. Es por eso que el lituano moderno puede equipararse en arcaísmo, como instrumento de la comparación lingüística, con lenguas como el hetita, el sánscrito o el griego, testimoniadas entre 3.000 y 2.000 años antes. Y sin ningún lugar a dudas, el lituano es la lengua indoeuropea más arcaica (es decir: más cercana a la lengua ancestral) de cuantas se hablan en nuestros días.

El letón es considerablemente más innovador, lo que lo hace menos utilizado en la comparación lingüística. Su primer texto conocido es el *Catechismus Catholicorum,* de 1585. Durante el siglo xvii la literatura letona fue fundamentalmente religiosa. Otro tipo de literatura no comenzó a desarrollarse hasta el siglo xviii y fue el poeta J. Alunān con su obra *Dziesmiņas,* aparecida en 1856, quien marcó el comienzo de la moderna literatura.

Las lenguas bálticas son lenguas *satəm;* son lenguas /a/; tienen el resultado sonoro de las sonoras aspiradas *(*bh, *dh,* etc. >/b/, /d/, etc.); y desarrollaron un sistema peculiar de entonaciones. De entre las lenguas indoeuropeas pre-

sentan coincidencias sobre todo con las eslavas, hasta el punto de que numerosos indoeuropeístas en el s. XIX aceptaron la hipótesis de A. Schleicher (emitida en 1871) según la cual baltos y eslavos habrían atravesado por una etapa unitaria que se dio en llamar *balto-eslavo,* en una fecha que T. Milewski (1948) situaba entre 2000 y 1500 a. C. Las similitudes entre ambos grupos invocadas como argumento en favor de esa etapa de comunidad eran: 1) La reorganización del acento indoeuropeo, 2) El dativo de plural en -**mo-* (frente a -**bhi-*, -**bho-,* etc., de otras lenguas), 3) La confusión de genitivo y ablativo de los masculinos, en un solo caso con desinencia -* *ōd,* 4) Doble resultado de las sonantes, con vocales anteriores y posteriores (*r̥ >/ir/ y /ur/, *l̥ > /il/ y /ul/, etc.), 5) Genitivo de plural **nosŏ̄m* para el pronombre personal de 1.ª, 6) Creación de una forma determinada del adjetivo mediante la aglutinación de un demostrativo.

Pero ese conjunto de coincidencias resulta de valor heterogéneo. Los cambios en el acento son bastante distintos en el detalle entre báltico y eslavo; el adjetivo determinado no sólo es diferente entre los dos grupos, sino que hay peculiaridades dialectales dentro del propio báltico; el uso de **-m-* en vez de -**bh-* en ciertos casos de la flexión nominal se da también en germánico; el genitivo masculino en -**ōd* falta en prusiano antiguo y, en cambio, se da en algunos otros dialectos (frigio, tracio, dacio). Con ello las coincidencias quedan limitadas a dos: el genitivo del pronombre personal de 1.ª y el doble tratamiento de las sonantes. Y aun este último rasgo no es privativo de báltico y eslavo. En conjunto, muy poco para pensar en una unidad balto-eslava. De hecho esa hipótesis fue contestada por Meillet y en la actualidad está ampliamente desacreditada.

Sin embargo, el propio Meillet vinculaba entre sí al báltico y al eslavo, pero dentro de una agrupación más amplia: los *dialectos del noroeste* (báltico, eslavo, germánico, celta e itálico) que presentarían un importante conjunto de innovaciones léxicas, relacionadas sobre todo con la agricultura, la técnica y las actividades sociales. A ello se añade un importante rasgo morfológico compartido por el germánico, báltico y eslavo: la utilización de -**m-* en lugar de -**bh-* en la flexión nominal. Pero para Meillet eso no implicaba la existencia de una lengua común germano-balto-eslava, que había descartado previamente A. Leskien con sólidos argumentos, sino que se explicaba como resultado del desarrollo de una civilización común (el léxico) o de peculiaridades dialectales dentro de la lengua común indoeuropea antes de su desmembración. Sobre el tema de las relaciones entre germánico, báltico y eslavo han insistido en fechas más recientes E. Fraenkel y E. Stang. Pero la explicación de las coincidencias entre esos grupos pasa generalmente por la vencidad entre ellos durante siglos.

En la época en que Meillet defendía esas ideas (1905) no había tenido aún lugar el moderno avance en los estudios ilirios y tracios. Y ahora, tras su desarrollo, han surgido nuevas e interesantes propuestas.

Resulta que báltico, ilirio, tracio y dacio presentan varias coincidencias llamativas. Todas ellas son lenguas con /a/; todas tienen sonoras en vez de sonoras aspiradas; todas son lenguas *satəm* (con las cautelas que para el ilirio establecimos); en la medida en que hay datos, parece frecuente el tratamiento **ā* > /ō/; todas tienen -**ōd* como desinencia de genitivo de singular temático. Y existe una enorme cantidad de coincidencias en el léxico, de forma que multitud de topónimos y antropónimos ilirios, tracios y dacios se dan también en territorio báltico o se explican por nombres comunes existentes aún hoy en lituano.

Esas coincidencias, a medida que se han ido conociendo, no han pasado inadvertidas a los indoeuropeístas, sino que se ha ido desarrollando paulatinamente una línea de pensamiento tendente a relacionar dialectalmente a todo ese conjunto de lenguas. Esa línea de pensamiento comenzó con Krahe, que encontraba similitudes entre los hidrónimos ilirios y bálticos, para continuar con V. N. Toporov, que profundizó en las similitudes toponomásticas de ambos grupos. I. Duridanov hizo ver coincidencias entre tracio, dacio y báltico. Y culminó con la propuesta de M. M. Radulescu, para quien el ilirio, el tracio y el dacio no serían sino el resultado de la extensión natural del báltico desde su primitiva sede, el *Balticum,* hacia el Sur. Tal extensión se habría producido en el estadio del báltico común, de forma que en realidad podría considerarse que esa lengua habría ocupado una vez la inmensa zona que va desde el mar Báltico hasta el Adriático (Ilirio, Albanés) y el Egeo (Tracio), a través del Noricum, Panonia y Dacia. Esa extensión territorial del báltico común se habría producido ya tras la alteración *satəm.* Y habría sido en ese vasto *continuum* lingüístico donde se habría producido la dialectalización histórica conocida, hasta transformarse en ilirio, tracio, dacio y báltico *sensu stricto.*

W. P. Schmid, discípulo de H. Krahe y continuador suyo en el estudio de la hidronimia antiguo-europea, llevó hacia nuevos derroteros las ideas iniciales de su maestro. Schmid cree que en todo el primitivo *Balticum* existe una hidronimia similar en todos sus rasgos al tipo hidronímico *alteuropäisch.* Elementos que en la hidronimia antiguo-europea están esparcidos en diversas zonas de Europa, se encontrarían coexistiendo juntos en territorio báltico. Por ejemplo, el sufijo -**ent/-ont/-n̥t* se encuentra en territorios latinos y célticos con el grado -**ent,* mientras en las regiones septentrionales germánicas predomina -**n̥t.* Pues bien, en territorio báltico se encontrarían coexistiendo las tres posibilidades.

Como es sabido, esas y otras consideraciones llevaron a Schmid a pensar que el antiguo-europeo de Krahe era simplemente el *indoeuropeo,* cuyo emplazamiento ancestral habría sido precisamente el *Balticum.* Antes de que en la lengua común indoeuropea se generara el sistema hidronímico característico de Europa, se habrían separado ya algunas de las ramas, concretamente las lenguas anatolias, el indo-iranio y el griego, que como es sabido carece de ese

tipo de hidrónimos. Por otra parte, el sistema hidronímico se revelaría también moderno por ciertos rasgos lingüísticos intrínsecos. Concretamente, en opinión de Schmid, se habría generado algo después del 2.000 a. C.

Que todo ese territorio, que abarca más o menos toda la Europa centro-oriental, pueda haberse comportado alguna vez como un *continuum* indoeuropeizado me parece verosímil. Pero que ese *continuum* haya sido específicamente báltico, resultado de la expansión hacia el Sur desde territorio báltico, resulta menos seguro. El hecho cierto es la coincidencia de numerosos elementos lingüísticos en toda esa zona. La *baltización* desde el Norte es tan sólo una hipótesis explicativa de ese hecho. Caben otras, tan difíciles de demostrar como ésa.

La mía es la siguiente. Ya vimos cómo la Europa centro-oriental fue la sede de la *Vieja Europa* preindoeuropea, cuya indoeuropeización quedó consolidada a lo largo del IV milenio. Allí se constituyó la primera indoeuropeidad de Europa, que habría de actuar a partir del 3000 a. C. como foco secundario de indoeuropeización para la Europa centro-occidental y nórdica. Y probablemente desde ella se indoeuropeizó el *Balticum* como expansión natural de la Europa centro-oriental. Ello daría lugar a la constitución de un *continuum* que debió de operar como tal durante mucho tiempo. Y esas circunstancias son suficientes para explicar las coincidencias lingüísticas desde el Báltico hasta los Balcanes. Algunos de los rasgos fonéticos comunes a toda la zona, principalmente a/o confundidas, y la aparición como sonoras de las llamadas sonoras aspiradas, son en realidad arcaísmos presentes en aquella zona europea de temprana indoeuropeización.

Y probablemente fue en algún punto de esa vasta región central donde nació la hidronimia *antiguo-europea,* y se extendió hacia Europa occidental y septentrional como un elemento más del proceso de indoeuropeización iniciado desde ella. La fecha concreta que supone Schmid para su constitución dista de tener fundamentos sólidos. No es argumento para rebajar su cronología el hecho de que el anatolio, el griego y el indo-iranio no hayan participado de ella. Ése es un pie forzado en el pensamiento de Schmid, al suponer él que la Europa báltica es la patria originaria de todos los indoeuropeos y que por consiguiente la hidronimia hubo de desarrollarse tras su partida. Pero tal argumento desaparece si es otro el emplazamiento ancestral de los indoeuropeos, concretamente las estepas del sur de Rusia. La conclusión correcta, con esas otras premisas, es que las lenguas anatolias, el griego y el indo-iranio no tienen esa hidronimia porque no salieron de ese conjunto indoeuropeizado de la Europa centro-oriental, ni nunca formaron parte de él. Esos tres grupos tienen otra historia y su cristalización fue independiente del conjunto europeo, como en su momento precisaré. Cosa que, por lo demás, también podemos deducir por consideraciones estrictamente lingüísticas. En cambio, nos quedamos sin indicios sólidos para fijar una cronología absoluta ni de la creación de ese tipo de hidrominia ni de su extensión por el occidente de Europa.

En los milenios siguientes, la Europa centro-oriental sería escenario de nuevas invasiones de gentes indoeuropeas en una sucesión intermitente pero constante, hasta las múltiples conocidas en épocas ya históricas. Los nuevos aportes han debido ir alterando, matizando y en algunas zonas substituyendo por completo la vieja indoeuropeidad por formas renovadas. Es, naturalmente, imposible establecer con precisión la casuística local de los episodios pre- y proto- históricos de reindoeuropeización. No es posible asegurar que el báltico sea descendiente directo de la lengua hablada en aquel *continuum* resultante de la primera indoeuropeización realizada desde la Europa centro-oriental a principios del III milenio. Aunque bien pudiera serlo. Pero lo que es cierto en cualquier caso es que, bastante aislada en el Norte, aunque en contacto por el sureste con los pueblos indoeuropeos de las estepas, sin ser encrucijada de caminos, ha sufrido menos cambios, menos procesos de reindoeuropeización que los sufridos por otros territorios. Y probablemente ello ha posibilitado que allí se conserven largo tiempo en el ámbito de la lengua —al igual que en el ámbito de la religión— hechos y rasgos que desaparecieron siglos o milenios antes en zonas más torturadas por las invasiones.

CAPÍTULO VIII

LOS ESLAVOS

Eslavo es un nombre con una curiosa historia. Procede en último extremo de *slověne,* forma en que ese pueblo se llama a sí mismo. La palabra fue tomada en griego medieval como σκλαβηνός, a partir de la cual se creó un derivado regresivo σκλάβος, ya testimoniado desde el s. VI d. C. Durante la Edad Media los eslavos fueron víctimas del comercio esclavista en Bizancio, de forma que el nombre del pueblo se convirtió en denominación genérica de «esclavo» . Otra palabra española de la misma etimología es *eslabón,* que tiene una variante antigua *esclavón.* Esta nueva extensión semántica se debe a que se comparaban las anillas con los esclavos por su incapacidad para separarse de la cadena. Y, para completar el cuadro, añadiré que la despedida italiana *ciao* deriva de la forma italiana de esta palabra, *schiavo,* utilizada como cortesía al modo en que nosotros decimos *un servidor.*

De la esclavización de eslavos en la Edad Media hay constancia histórica. En cambio, carece de todo fundamento la vieja tesis de J. Peisker, para quien la condición de esclavo habría sido la constante en ese pueblo desde la Edad Antigua, sometido al servicio de sucesivos pueblos.

Por uno de esos imprevisibles caprichos de la evolución semántica, ha terminado así significando «esclavo» una palabra cuyo sentido originario era bien distinto. Parece evidente su pertenencia a la raíz indoeuropea **kleu-/klou-/-klu-* «oír», que con fonética eslava se convierte en *slav- (slava* «fama») y en *slov- (slovo* «palabra»). Porque es habitual en la familia indoeuropea la asociación en esta misma raíz de las nociones de «oír, escuchar» (como en griego κλῦθι «¡escucha!») y de «fama, reputación, gloria» (como en español *ínclito* «ilustre, famoso»). Eso revela naturalmente una determinada concepción de los valores en la sociedad indoeuropea: la gloria depende sobre todo de lo que «se oye decir» de una persona, del hecho de que su nombre vaya de boca en boca. Esa circunstancia es en definitiva la que otorga nobleza. También

«noble/innoble» (latín *gnobilis/ignobilis)* tiene una etimología basada en el mismo substrato de valores sociales: «conocido/desconocido». E igualmente *fama* «lo que se dice de alguien».

Los caminos para etimologizar el nombre de los eslavos a partir de esa raíz son dos: si *slověne* fuera un derivado de *slava* «fama» los eslavos serían «los famosos, los renombrados»; y si lo fuera de *slovo* «palabra» serían «los habladores». En opinión de algunos, ésta última encuentra apoyo en el hecho de que los eslavos llamen a los germanos *němĭci* «los mudos». Los más escépticos ponen en duda ambas alternativas con el argumento de que los sufijos eslavos en *-ěn, -enin, -janin* (como el de *slověne)* son característicos de los derivados a partir de topónimos, de modo que en ese caso *eslavo* significaría «habitantes de **Slovo*». Pero **Slovo* ni es conocido ni tiene forma o entronque etimológico que haga plausible su condición de topónimo.

Como dije en otro lugar de este libro, el nombre con que se designan los pueblos a veces no es el mismo en la lengua autóctona que en las extranjeras. Los nombres étnicos indígenas (endoétnicos) tienen en general un carácter distinto de los extranjeros (exoétnicos). En éstos últimos caben denominaciones irónicas, despectivas, que aludan a defectos o características ridículas. Típicamente exógeno es el étnico *němĭci* «mudos» dicho de los germanos. En cambio entre los nombres que los pueblos se dan a sí mismos es normal que abunden los adjetivos encomiásticos que aludan al valor, el poderío, la fuerza. Esto es frecuente precisamente entre los pueblos indoeuropeos antiguos. Y en ese sentido la interpretación de *slověne,* indudablemente endoétnico, como «los famosos, los nobles» es la que resulta más tentadora.

Los eslavos no se cuentan entre los pueblos que colisionaron con el Imperio Romano y, por lo tanto, no tenemos detalladas informaciones tempranas sobre ellos. No obstante, los estudiosos rastrean, como es natural, cualquier alusión fugaz que en la historiografía griega o romana pudiera encontrarse. Desde luego con el nombre de *eslavos* no aparecen hasta el s. VI d. C., una de cuyas primeras menciones, si no rigurosamente la primera, es la de Jordanes, el gran historiador de los godos (hacia 550 d. C.). Pero con otros nombres podrían aparecer citados ya desde Heródoto (s. V a. C.). Cuando describe el país de los escitas, el historiador griego podría referirse a ellos con los nombres de *ludinos, escitas labradores* y *neuros,* que habitarían al oeste del curso medio del río Βορυσθένης (Borístenes), el actual Dnieper. Siempre según Heródoto, cuando Ciro atacó a los escitas, algunos de ellos se habrían desplazado más al Norte, huyendo de la presión persa.

No hace falta encarecer la importancia que esas citas, a pesar de su modestia, tienen para la localización de la patria originaria de los eslavos. Pero desgraciadamente no estamos seguros de que se trate efectivamente de eslavos. Tenemos que dar un salto de quinientos años, hasta llegar a Pomponio

Mela, Plinio, Estrabón y Tácito para disponer de alusiones razonablemente seguras. En esos autores se habla del pueblo de los *Venedi,* palabra que tiene algunas variantes, la principal de las cuales es *Venethi.* Tanto Plinio como Tácito sitúan a los *vénedos* en las orillas del Vístula, que Plinio llama significativamente *Vistla,* forma que coincide exactamente con la que se podría reconstruir por procedimientos lingüísticos como antecedente protoeslavo de las denominaciones eslavas históricas de ese río *(Wisła).* Un siglo más tarde (II d. C.) Ptolomeo dice de los vénedos que son un pueblo de considerables dimensiones ubicado en el golfo Venédico, sin duda la región de la moderna Gdansk.

El argumento del Vístula es fuerte como demostración de que los vénedos son eslavos. Pero un poco después hay una confirmación explícita en Jordanes cuando dice que cerca de los Cárpatos y comenzando en las fuentes del Vístula, habita la populosa raza de los *vénetos,* que ocupa una gran extensión de tierra, y añade que se dividen en dos grupos principales, los *eslavos* y los *antes.* Lo que no es seguro es la relación exacta entre las dos denominaciones *eslavos* y *vénedos,* aunque hay razones para pensar que *vénedos* son originariamente los eslavos más occidentales.

Vénedo tiene también etimología conocida, a partir de la raíz **wen-* «querer»: **wenetoi* serían «los amados» o quizás «los amables, los amistosos». Se trata, por lo demás, de un étnico que se da en varias ramas de la familia indoeuropea: los vénetos del Adrático norte (itálicos) que dieron nombre a Venecia; una tribu iliria en los Balcanes, que los griegos llaman Ἐνετοί; una tribu celta conocida por César (los vénetos) que ha dejado huella de su nombre en la ciudad francesa de Vannes; y finalmente los *venetulanos* del Lacio. La variante con *-d-* (vénedos) se debe a su transmisión a través de lenguas germánicas, donde la forma originaria con *-t-* sufrió los efectos de la rotación consonántica del germánico, concretamente con la sonorización de Verner.

A pesar de esas menciones en las fuentes antiguas, los estudiosos modernos no se ponen de acuerdo en la delimitación precisa de la patria originaria de los eslavos. Aunque hay numerosas propuestas, cada una de ellas con diversas variantes, las mejor fundadas pueden reducirse a dos grupos. Según el primero, que suele llamarse *hipótesis sudoriental,* se encontraría en el terreno comprendido entre la vertiente norte de los Cárpatos, las tierras pantanosas del Pripiat, el cauce medio del Dniéper y el río Bug occidental, territorio que pertenece en la actualidad a Polonia y Bielorrusia. La segunda, llamada *hipótesis occidental* la sitúa en las cuencas del Vístula y el Oder, en territorios que hoy corresponden a Alemania y Polonia.

A esas hipótesis de más o menos larga tradición hay que añadir algunas recientes, particularmente la de J. Udolph, basada principalmente en argumentación toponomástica. Udolph propone un área situada entre la Ucrania occidental y la Polonia meridional, coincidiendo en términos generales con la región tradicionalmente llamada Galitzia. Y mencionaré también la del ruso

Trubačev que cree encontrar la primera cuna de los eslavos en la región danubiana, hipótesis que resulta encuadrable en un tercer grupo con el denominador común de la ubicación al sur de los Cárpatos.

Como puede observarse, si exceptuamos las sudcarpáticas, entre las restantes hipótesis no existen abismos insalvables, al pivotar todas sobre terrenos de la actual Polonia, teniendo en cuenta los límites siempre fluidos de los pueblos en la antigüedad. Sea de ello lo que fuere, consideraciones de índole lingüística sugieren contactos del eslavo común con lenguas diversas, lo que permite una delimitación de la zona en términos de lenguas. En el Oeste ha debido tener contacto con celtas y germanos; en el Norte con los baltos; en el Sureste con pueblos iranios, tal vez escitas; y en el Nordeste con gentes no indoeuropeas de la familia fino-ugria y tal vez también uralo-altaica.

Al margen de esporádicas citas en historiadores griegos y romanos, los eslavos entran verdaderamente en la historia bastante tarde, tras las *grandes migraciones.* Ya desde el s. I d. C. parecen haber comenzado a moverse, primero hacia el Oeste, hacia la región del Danubio, ocupando al menos en parte la actual Hungría. El episodio final, que concluyó con la ocupación de los Balcanes, parece haber sido desencadenado por el colapso del Imperio Huno, hacia 455.

Hasta las grandes migraciones los eslavos habían permanecido en un territorio de proporciones más bien modestas, frecuentemente atravesado y quizás devastado por diversas gentes, sobre todo celtas y germanos y finalmente por los hunos. En el siglo VI, cuando las grandes migraciones terminaron, los eslavos se encontraban asentados en vastísimas regiones desde el Báltico hasta el Mediterráneo, y desde el Elba, los bosques de Bohemia y los Alpes hasta el Don. En esa época el historiador Procopio nos dice que los eslavos se dividen en tres tribus: *antes* o eslavos del Este, *sklavenos* o eslavos del Sur y *vénetos* o eslavos del Oeste. Pero hay razones para pensar que esa división no debía tener en aquel momento contenido dialectal, sino meramente geográfico o quizás étnico.

En los siglos subsiguientes el territorio ocupado por los eslavos no sufrió la misma suerte en todos sus rincones. En los Balcanes las poblaciones eslavas encontraron varios tipos de substrato: griego, latino y probablemente, ilirio y tracio. La eslavización logró triunfar en casi toda la costa dálmata y en la zona centro-oriental (Bulgaria). En cambio, los eslavos fueron absorbidos en el sur de la costa Dálmata por los ilirios (Albania), en todo el Sur y Sureste por los griegos (Grecia) y en el Nordeste por los latinos (Rumanía).

En Europa Central ocuparon zonas que secularmente habían pertenecido a los celtas, luego substituidos por los germanos, en territorios que hoy forman parte de Polonia, Alemania y Checoslovaquia, hasta chocar con diversas estirpes germánicas, sobre todo el reino de los Francos. E igualmente ocuparon la

región que hoy corresponde a Hungría, cuyo suelo ha visto sucederse distintas estirpes indoeuropeas: la dacia, la panonia, relacionada de forma más o menos próxima a los ilirios, la celta, la sármata, la latina, la germánica (con varias de sus tribus) y finalmente la eslava. Hungría marcó el punto de máxima expansión lograda por los eslavos en la Europa centro-occidental. A partir de ahí se inició una recesión de su presencia, que se ha prolongado durante el último milenio. Ya en el s. IX tuvo lugar una invasión de elementos fino-ugrios en Hungría, procedentes de las laderas sudorientales de los Urales, que se impusieron a los eslavos y confirieron al país magiar su identidad contemporánea. Por la misma época penetró en Bulgaria una invasión de temibles jinetes de filiación uralo-altaica, probablemente de tipo turco-mongol, que recibían el nombre de *búlgaros*. Pero sucedió al contrario que en Hungría: esas gentes fueron absorbidas por los eslavos, aunque dejaron el recuerdo de su paso en el nombre actual de aquel país.

En el Oeste, en su frontera con Alemania, se ha producido igualmente una recesión eslava que ha supuesto la desaparición de una parte de los dialectos más occidentales, a los que solemos llamar *lekhitas*. Por lo demás, los incidentes de frontera entre germanos y eslavos se han prolongado hasta bien avanzado el s. XX, en una serie de episodios que culminaron con el desencadenamiento de la II Guerra Mundial (los Sudetes, Danzig). Tal vez con el reconocimiento recíproco de las fronteras actuales se liquide un proceso de consolidación que ha durado más de mil años.

En cambio, la expansión eslava hacia Oriente ha continuado ininterrumpidamente hasta nuestros días. En dirección nororiental se produjo a costa de los baltos, ancestrales vecinos septentrionales de los eslavos. Y en dirección oriental, sobre todo a costa de poblaciones fino-ugrias y uralo-altaicas. El año 1860 los rusos fundaron la ciudad de Vladivostok «el dominador de Oriente», sobre lo que hasta entonces había sido una pequeña aldea de pescadores manchúes. Con ello las lenguas eslavas alcanzaron la costa del Pacífico.

Los primeros documentos escritos en cualquier lengua eslava datan del s. IX d. C. En ese momento todos los eslavos hablaban una lengua, substancialmente la misma. Sin duda, contaría con ciertas diferencias dialectales, como sucede en cualquier lengua común a una población amplia. Pero tal vez no mayores que las del español contemporáneo. La actual división dialectal eslava fue el resultado de la emigración, consumada, como es natural, varios siglos después de que aquélla tuviera lugar. Los grandes períodos de cambios lingüísticos son, con frecuencia, consecuencia de grandes cambios político-sociales Entre los siglos VIII y XI se produjeron importantes acontecimientos en el mundo eslavo. Fue la época en que se constituyeron los nuevos Estados en medio de guerras tanto entre ellos como contra gentes no eslavas. Y, en consonancia con los grandes trastornos políticos, en el s. XI, los dialectos del

Sur y del Oeste aparecen ya establecidos con nitidez. Los orientales tardarían algo más en perfilarse.

El año 862 el príncipe Rotislav de Moravia solicitó la ayuda del Emperador de Bizancio, Miguel III, para contrarrestar la influencia germánica en Occidente. El Emperador, de acuerdo con el Patriarca de Constantinopla, Focio, eligió para ese cometido a los monjes Cirilo y Metodio. Esa elección resultó capital para el desarrollo y la configuración de los caracteres específicos de la cultura eslava. Cirilo y Metodio eran hermanos nacidos en Tesalónica. Su ciudad se había visto sometida a repetidos ataques eslavos a los que había logrado resistir. Pero estaba rodeada por todas partes de población eslava. Y sin duda, los hermanos, aunque hablantes nativos de griego, conocían bien esa lengua, lo que era requisito esencial para la misión que les había sido encomendada.

Pocos años después habían creado una liturgia cristiana en lengua eslava y traducido la *Biblia.* Pero el eslavo no se había puesto antes por escrito y las características de su fonética no hacían posible el uso directo ni del alfabeto latino ni del griego. Es por eso que los hermanos se vieron en la necesidad de improvisar uno, que se basó fundamentalmente en el griego. De la eficacia y rapidez de su labor habla el hecho de que cinco años después, en 867, el Arzobispo germano de Salzburgo se quejó ante el Papa Nicolás I de la eslavización de la liturgia y reclamó que Moravia fuera puesta bajo su jurisdicción eclesiástica y que sólo se aceptara la liturgia en latín. Cirilo y Metodio fueron llamados a Roma. Pero cuando llegaron en el año 868, había un nuevo Papa, Adriano II, que se dejó convencer por sus argumentos y los autorizó a continuar su labor en eslavo. Pero Cirilo no regresaría nunca más a Moravia. Murió en Roma y fue su hermano Metodio el que volvió convertido en obispo de Syrmium con jurisdicción sobre Moravia y Eslovaquia.

La presión germana continuó con diversas alternativas durante toda la vida de Metodio. Cuando murió, el año 885, le sucedió un obispo germano, de nombre Wiching, que expulsó a los discípulos eslavos de Cirilo y Metodio. Y el Estado de la Gran Moravia no tardó en derrumbarse atacado por germanos y magiares. Los discípulos de Cirilo y Metodio fueron bien acogidos en Bulgaria, desde donde ejercieron su influencia no sólo en los Balcanes, sino hasta los eslavos del Este en Kiev y los del Oeste en Polonia y Croacia. Pero con el cisma de las Iglesias oriental y occidental los eslavos se dividieron. Los que quedaron del lado occidental terminaron por adoptar la liturgia romana y con ella el alfabeto latino. En cambio, los que quedaron en la oriental, mantuvieron la liturgia en eslavo y en consecuencia el alfabeto cirílico.

El alfabeto característico de los eslavos ortodoxos es el *cirílico* llamado así en honor de Cirilo. Sin embargo, el que inventaron Cirilo y Metodio es otro más antiguo que llamamos *glagolítico,* nombre que se originó en Croacia, donde a los sacerdotes que hacían la liturgia en eslavo los llamaban *glagoljaši*

(de *glagoljati* «decir, predicar»). Los más antiguos textos eslavos están en glagolítico. Pero con la eliminación de la liturgia eslava en Moravia cayó en desuso ese alfabeto. Y los discípulos de Cirilo y Metodio acogidos en Bulgaria crearon uno nuevo, el llamado *cirílico,* que en esencia es el que continúa hasta hoy en uso en diversos países eslavos. Los eslavos de confesión católica utilizan en cambio el alfabeto latino, que en su forma originaria resultaba poco satisfactorio para reflejar la fonética eslava, por lo que fue necesario hacer adaptaciones. El sistema que ha prevalecido, a base de signos diacríticos es el que introdujo a principios del s. XV el gran humanista checo J. Hus.

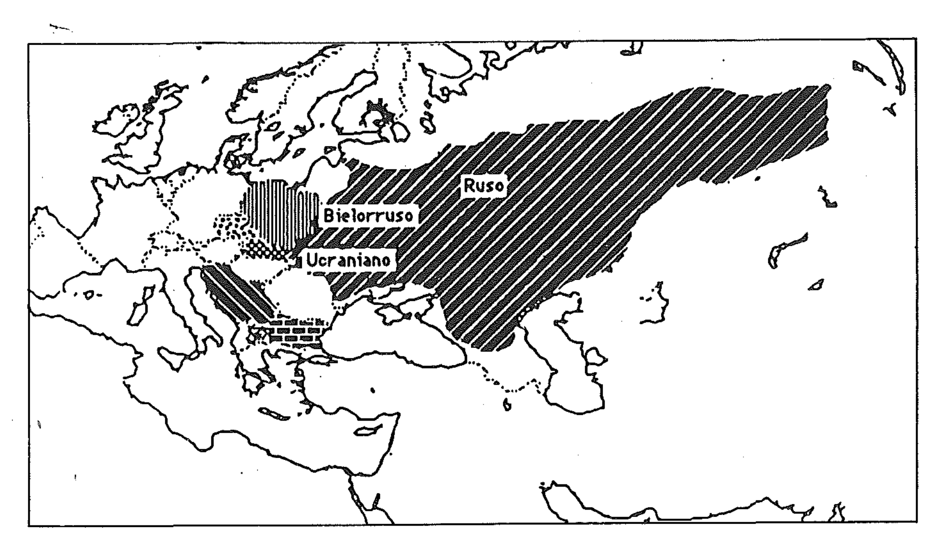
La lengua de los primeros documentos eslavos, que datan como queda dicho del s. IX, la llamamos *antiguo eslavo.* Como su uso fue en su origen eclesiástico también decimos *antiguo eslavo eclesiástico.* Finalmente, como la mayoría de los documentos proceden, no de la etapa de estancia en Moravia, sino de Bulgaria, se le llama también *antiguo búlgaro.*

Como decía más arriba, en el siglo IX las lenguas eslavas no estaban aún diferenciadas. El eslavo continuaba siendo fundamentalmente una lengua unitaria. El que llamamos *antiguo búlgaro* servía sin la menor dificultad para la liturgia de todos los eslavos. Se ha dicho con frecuencia que el *eslavo antiguo* está tan cerca del *eslavo común* que a todos los efectos prácticos cumple sus

	hijo	*hermano*	*hermana*	*cuatro*
INDOEUROPEO	*sunus	*bhrā́tēr	*swesōr	*k^{w}etu(o)r-
ESLAVO ANTIGUO	synŭ	bratrŭ	sestra	četyre
BÚLGARO	sinŭ́t	brat	sestrá	četíri
SERBIO	sȋn	brȁt	sestrá	čètiri
ESLOVENO	sȋn	brȃter	séstra	četírje
CHECO	syn	bratr	sestra	čtyři
ESLOVACO	syn	bratr	sestra	štyria
POLACO	syn	brat	siostra	czterzy
BIELORRUSO	syn	brat	sestrá	čatýry
UCRANIANO	syn	brat	sestrá	čotýri
RUSO	syn	brat	sestrá	četýre

funciones en la reconstrucción histórico-comparativa. Esa situación tan favorable en el testimonio de una lengua común intermedia entre el indoeuropeo y los dialectos históricos no tiene paralelos fuera del eslavo. De forma que en Lingüística Histórico-comparativa basta con utilizar el eslavo antiguo, ya que todos los demás dialectos proceden de un estado de lengua prácticamente idéntica a él.

Los rasgos que caracterizan al eslavo común frente a las restantes lenguas indoeuropeas son numerosos. Pero entre los más interesantes está el desarrollo de un sistema original de expresión del aspecto verbal, que se erige en el centro de gravedad del sistema: cada acción verbal dispone en eslavo de dos verbos completos, uno de los cuales la expresa con aspecto durativo y el otro con aspecto puntual. Igualmente característica es una reorganización de los temas nominales, mediante la cual los temas en *-o* y *-u* expresan el masculino y los en *-ā* e *-i* el femenino. En el terreno de la fonética, el eslavo es una lengua *satəm;* y originariamente fue también una lengua /a/, que, como resultado de la pérdida de las oposiciones de cantidad en las vocales, efectuó una tardía y original diferenciación de a/o, distinta de la de las restantes lenguas indoeuropeas. En el léxico, el eslavo común ofrece junto al viejo vocabulario indoeuropeo heredado, un grupo de palabras de innovación específicamente eslava; otras también nuevas, compartidas con el báltico, fruto de su secular vecindad. Y como préstamos de otros pueblos vecinos, existen algunos de procedencia irania, pertenecientes al ámbito de la religiosidad; otros más modernos, de origen germánico, se encuadran en la esfera de la industria o el comercio.



LAS LENGUAS ESLAVAS EN LA ACTUALIDAD:

 Polaco  Checo  Eslovaco  Búlgaro

 Macedonio  Serbio y croata  Eslavo oriental en sus tres variedades

La proximidad entre el eslavo común (reconstruido por el Método Comparativo) y el eslavo antiguo, puede apreciarse en los siguientes pares, el primero de cuyos miembros es siempre la forma correspondiente al eslavo común reconstruido: **sĭrdĭce/sĭrdĭce* «corazón», **vĭlkŭ/vlĭkŭ* «lobo», **dĭnĭ/dĭnĭ* «día», **sunŭ/sunŭ* «hijo», **sestra/sestra* «hermana», **bratrŭ/bratrŭ* «hermano».

En los siglos subsiguientes se produjo, como he dicho más arriba, la diversificación del eslavo. Fruto de las emigraciones y los correspondientes asentamientos históricos, la dialectalización se ha producido casi en su totalidad en ellos. Como en tales casos suele suceder, en realidad no hay verdaderas fronteras entre los dialectos, sino transiciones graduales que configuran un verdadero *continuum,* excepto en las zonas en que queda interrumpido por la presencia de poblaciones no eslavas, como sucede con la línea formada de Este a Oeste por Rumanía, Hungría y Austria.

Se perfilan así tres conjuntos dialectales:

1) *Grupo meridional*—Comprende todas las variedades de eslavo al sur de la citada línea, en la antigua Yugoslavia y Bulgaria. Entre ellas se encuentra el *búlgaro,* hablado principalmente en Bulgaria, pero que se extiende también hacia Besarabia y Ucrania. El *macedonio,* en la república de Macedonia. El *serbocroata,* hablado en la mayoría de las regiones de Serbia, Bosnia, Croacia y Dalmacia, es la variedad que ha servido como base para la lengua literaria, que se escribe en alfabeto cirílico entre los ortodoxos y en alfabeto latino entre los católicos. Finalmente está el *esloveno,* hablado en la república de Eslovenia, colindante con Austria e Italia. El *eslavo antiguo* o *antiguo búlgaro,* en la medida en que contiene principios de dialectalización, es obviamente miembro de este grupo.

2) *Grupo oriental*—Llamado también *grupo ruso,* tiene tres variedades principales. El *gran ruso* en la república de Rusia, verdadera lengua común de la antigua Unión Soviética, que llamamos *ruso* a secas. La segunda es el *pequeño ruso* o *rutenio,* llamado hoy más bien *ucraniano,* que se habla principalmente en Ucrania. Y la tercera es el *ruso blanco,* lengua de Bielorrusia.

3) *Grupo occidental*—Comprende el *polaco (Polonia), el checo* (Bohemia, y Moravia), el *eslovaco* (Eslovaquia) y los dialectos *lekhitas.* Estos últimos son las variedades más occidentales y por lo tanto más presionadas por el alemán. Son varios y se encuentran en diferente grado de conservación. Entre ellos, el *sorabo* (con dos variedades: *alto* y *bajo),* llamado también *lusaciano* por hablarse en Lusacia; recibe también el nombre de *véndico (Wendisch* en alemán), heredero del *venédico* de los primeros testimonios. El *polabo,* desaparecido en el s. XVIII. Y el *pomerano* (obviamente en Pomerania), que constituye los restos del eslavo que se habló en épocas anteriores a orillas del Báltico; de él han llegado hasta el siglo XX dos variedades: el *eslovincio,* actualmente extinguido, y el *kachubo,* amenazado de extinción.

CAPÍTULO IX

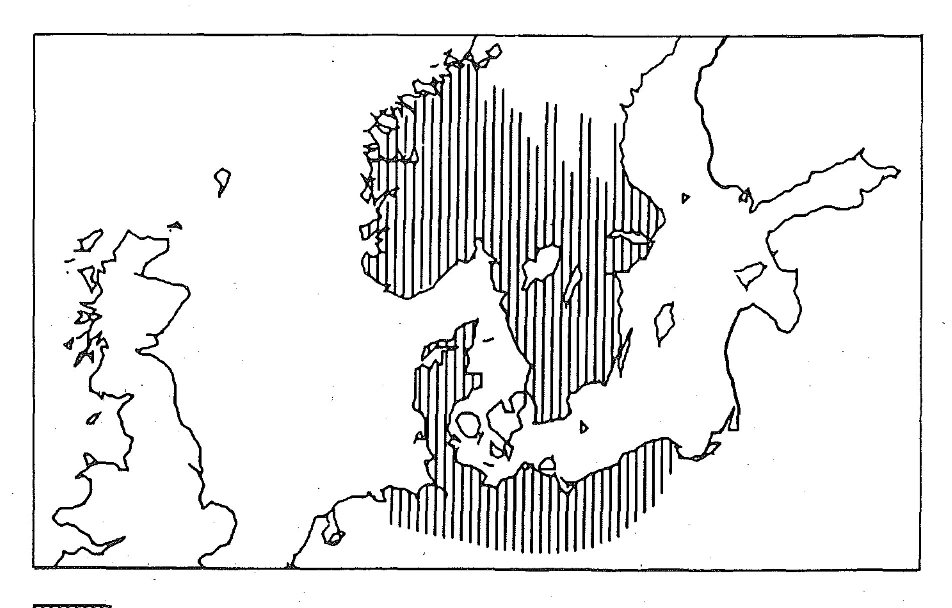
LOS GERMANOS

Casi todo el mundo está de acuerdo en que los germanos son el resultado de la indoeuropeización del sur de Escandinavia y Dinamarca por gentes procedentes de Europa central, portadoras de la cerámica de cuerdas y del hacha de combate. Europa central y centro-oriental, indoeuropeizada a lo largo del IV milenio, se convirtió, como ya he dicho, en un potente centro secundario de indoeuropeización para todo el norte y el occidente de Europa.

La cronología precisa de esa penetración centroeuropea en el Norte es objeto de disputa. Podemos decir *grosso modo* que el empuje hacia el Norte pudo transcurrir entre 3000 y 2500 a. C., y alcanzó por una parte a Bielorrusia, Rusia central y la región báltica en el Este, de donde luego emergerían los baltos; y, por otra, a Dinamarca, el sur de Suecia y de Noruega, Holanda y el rincón noroccidental de Alemania.

La zona nuclear del pueblo germano se sitúa en el sur de Escandinavia y Dinamarca. Allí, los indoeuropeos procedentes de Europa central encontraron una cultura agraria, creadora de monumentos megalíticos (la cultura megalítica nórdica). Y la cristalización de los germanos como pueblo se produjo por la mezcla de estos dos elementos étnicos y culturales, aunque con la imposición de la lengua de los indoeuropeos. Naturalmente es imposible saber qué clase de gente sería la que allí se mezcló con los indoeuropeos. Pero dadas las poblaciones históricas del entorno, así como los rasgos físicos de los germanos, bien pudiera tratarse de elementos étnicos similares a los fineses, quizás del propio grupo fino-ugrio. El Bronce nórdico, cuyo inicio se sitúa hacia 1700 a. C. se considera ya la cultura común ancestral del pueblo germano, que desde muy pronto se convirtió en un potente foco secundario de indoeuropeización y reindoeuropeización, iniciando desde antes de la era cristiana un proceso de expansión que, a través del inglés sobre todo, se perpetúa en nuestros días.

No sabemos la fecha exacta en que los germanos comenzaron a desbordar desde Escandinavia sobre Europa central. Si hacemos caso a los indicios que nos proporciona la Lingüística, debió ser ya en el II milenio a. C. porque la lengua de los germanos presenta síntomas de contactos antiguos con el báltico, el eslavo, el celta y el itálico (latín, véneto, osco-umbro). Naturalmente los contactos con baltos y eslavos no son indicios para la cronología, ya que estuvieron en aquellas regiones del Norte desde pronto, y nunca se han alejado



La patria originaria de los germanos

de ellas hasta nuestros días. Pero los itálicos, instalados previamente en algún lugar en el norte del continente europeo, emigraron al Sur hacia finales del II milenio a. C. Y esa circunstancia nos proporciona el *terminus ante quem* de la extensión de los germanos desde Escandinavia hasta las zonas noroccidentales del continente.

Es razonable imaginar que toda la región norte de Europa, indoeuropeizada hacia 3000-2500 a. C. por elementos centroeuropeos, careciera en un primer momento de los rasgos diferenciales con que luego se verán caracterizados los diversos pueblos históricos que de allí emergieron. O dicho en otros términos: los caracteres diferenciales de los eslavos, baltos, germanos, etc. cristalizaron después de la indoeuropeización. No sólo desde el punto de vista cultural y étnico, sino también lingüístico.

En lo que a los germanos se refiere, podemos hablar de una lengua germánica común, con tal de que no otorguemos a la palabra «común» un sentido de uniformidad demasiado rígida. Y, en cualquier caso, las lenguas germáni-

cas se dejan identificar como tales frente a otras variedades indoeuropeas por una serie de rasgos *comunes* a todas ellas, sólo explicables por una etapa de unidad que llamamos *germánico común.* Algunos de esos rasgos, presentes en todas las lenguas germánicas y exclusivos de ellas, son:

1) Transformación del acento indoeuropeo, de posición libre, en uno fuertemente intensivo y fijo en la sílaba inicial de cada palabra. Por ejemplo la palabra indoeuropea **pətḗr* cf. griego πατήρ, sánscrito *pitā́(r)* se transforma en germánico común en **fā́đer.*
2) La *rotación consonántica,* que consiste en que las consonantes oclusivas tienen en germánico resultados históricos muy diferentes de las restantes lenguas indoeuropeas. Solamente el armenio, el frigio y el pelásgico cuentan con un consonantismo parecido. Como ejemplo sirve el mismo del apartado anterior.
3) Desarrollo de una vocal /u/ ante todas las sonantes.
4) Creación de la llamada *declinación débil* para el adjetivo.
5) Creación de un *pretérito débil,* frente al antiguo heredado, que llamamos *fuerte.*

Otros rasgos comunes a todo el germánico no son, sin embargo, exclusivos de él. Así, las lenguas germánicas tienen a/o confundidas como la mayoría de las indoeuropeas (báltico, eslavo, indio, iranio, ilirio, tracio, dacio, lenguas anatolias, antiguo europeo, pelásgico). Igualmente tienen ā/ō confundidas, como en eslavo, indio, iranio y quizás algunas lenguas del conjunto balcánico-danubiano. Finalmente, aunque ya está incluido en la llamada *rotación consonántica,* las *sonoras aspiradas* aparecen como sonoras, como sucede también en la mayoría de las lenguas indoeuropeas (báltico, eslavo, ilirio, tracio, dacio, iranio, celta, antiguo europeo, pelásgico).

No está claramente establecido cuándo se produjeron esas innovaciones que configuraron el germánico común. Tradicionalmente se atribuía una cronología muy antigua a la rotación consonántica en particular y a ese conjunto de hechos en general. Hoy, en cambio, se tiende a rebajarlas. El cambio de acento se atribuye ahora al siglo II a. C. Y se habla de que el germánico común podría haberse hablado aún en torno al comienzo de la era cristiana. La fragmentación dialectal dentro del germánico sería, pues, en amplia medida resultado de la expansión hacia el Sur y consecuencia de ella.

Como dije más arriba, la expansión hacia el Sur parece haber comenzado ya en el II milenio a. C. De sus primeros episodios, ocurridos antes de que exista documentación histórica, no tenemos información precisa. Pero todo parece indicar que hacia el año 800-750 a. C. los germanos ocupaban ya la franja litoral del Mar del Norte que va desde Holanda hasta la desembocadura del

Vístula. Sabemos que en la región oriental de esa zona los germanos entraron en contacto y en conflicto con los baltos. En el Sur, en un área vastísima de difícil delimitación, lo hicieron con los celtas. Y en algún punto que desconocemos, con los itálicos.

En los siglos siguientes, la presión hacia el Sur continuó, y allá por el año 550 los germanos habían alcanzado la cuenca del Rin, imponiéndose a la población celta que antes había ocupado esa zona. Pero no debemos hacernos una idea simplista de estos procesos. La expansión germánica hacia el Sur no hay que imaginarla como algo homogéneo en todos los puntos, a modo de un línea que avanzara recta sobre el mapa. Verosímilmente durante mucho tiempo las poblaciones celtas y germanas se imbricaron de forma que avanzadillas de germanos pudieron encontrarse ya al sur del Rin, mientras que núcleos de celtas pudieron sobrevivir largo tiempo al norte de esa línea, o cruzarla secundariamente hacia el Norte en una migración a la inversa. A pesar de lo cual, es indudable que a la larga los celtas de esa región fueron aniquilados o germanizados. En la divisoria del Rin los germanos se detuvieron y se creó una situación estacionaria, que en esencia estaba llamada a perdurar durante mil años, aunque a costa de múltiples conflictos y sangrientas luchas.

La primera noticia que las fuentes históricas nos proporcionan sobre los germanos datan del último tercio del s. IV a. C. y la debemos a un viajero griego marsellés, de nombre Píteas, y de profesión geógrafo. Su viaje respondía a intereses profesionales y, efectivamente, contribuyó a corregir determinados errores que por entonces cundían sobre la configuración de las costas de Europa. Pero Píteas no es una fuente rica en información. Nos habla de la tribu de los *teutones,* cuyo nombre se haría más tarde dolorosamente célebre para Roma. En la época de su viaje se encontraba asentada a orillas del Mar del Norte.

El primer testimonio escrito en lengua germánica lo tenemos en un yelmo hallado en Negau, en el sur de Austria, y que bien podría corresponder al s. III a. C. La inscripción, realizada en alfabeto etrusco, dice *harigasti teiwa.* La primera palabra se interpreta como el nombre del propietario; y la segunda sería el nombre de una divinidad, en el que tenemos la raíz **deiwo-* «celeste, divino», con el resultado histórico /t/ de la primera consonante, que caracteriza a las lenguas germánicas.

A finales del s. II a. C. se produjo la primera gran confrontación directa entre latinos y germanos, los dos pueblos que más decisivos iban a resultar en la configuración de la Europa moderna. Dos tribus germánicas, los *cimbrios* y los *teutones* atravesaron el Rin e invadieron la Galia. Tras derrotar dos veces a los romanos en suelo galo, se dirigieron hacia el norte de Italia, que por un momento se encontró inerme ante ellos. Pero Mario, elegido cónsul el año 104, tuvo tiempo de organizar nuevas legiones y presentar batalla, hasta que los aniquiló el año 102 en Aquae Sextiae. Un año después hacía lo mismo con los cimbrios en Vercellae.

Ya en el siglo I a. C. Julio César emprendió la conquista completa de las Galias y en esa empresa tuvo ocasión de tomar un contacto directo más prolongado con los germanos. El año 58 a. C. se enfrentó victoriosamente a la tribu de los *suevos,* capitaneada por Ariovisto. Y en dos ocasiones cruzó el Rin para combatir contra los germanos del otro lado. La información que César reunió sobre ellos es de gran interés, aunque sin duda no tan detallada y precisa como los germanistas desearían. En la época de César —y quizás desde bastante antes— los germanos alcanzaban ya el Danubio, que cumplió en el Sur el mismo papel de contención que el Rin en el Oeste.

Durante el siglo I d. C. los contactos de Roma con los germanos se incrementaron. Se produjeron nuevas confrontaciones y también se establecieron relaciones comerciales que permitieron a los romanos alcanzar el Elba por tierra y Jutlandia por mar. Fue por entonces cuando los romanos aprendieron a distinguir con claridad a los celtas de los germanos. El año 9 a. C. Roma llevó sus fronteras desde el Rin hasta el Elba. Pero no pudo resistir allí largo tiempo: en los primeros años de nuestra era los germanos de más allá del Rin se sublevaron y al frente de Ariminio derrotaron a los romanos en los bosques de Teotoburgo. Toda la información acumulada a lo largo de ese siglo fue utilizada por Tácito cuando el año 98 d. C. escribió su *Germania,* que es la más importante fuente informativa sobre los germanos en la antigüedad.

Los informes que nos transmiten César y Tácito no coinciden en todos los puntos. Según César las tribus germánicas eran totalmente independientes unas de otras y no parecían contar con una jefatura capaz de controlar y hacerse obedecer por todos los poblados en que la tribu se asentaba. Sólo en tiempos de guerra se elegía una serie de jefes que actuaban coaligadamente, sin que existiera predominio de uno de ellos sobre los demás. En cambio, Tácito nos ofrece un cuadro que luego se constatará vigente en fechas más tardías. La jefatura era también electiva, pero vitalicia. El caudillo debía pertenecer a una determinada familia o clan. Su autoridad tenía carácter tanto civil y militar como religioso. Pero no era hereditaria, sino que a su muerte se procedía a una nueva elección. Suele pensarse que durante el siglo y medio que dista entre ambos historiadores se debió producir una evolución en las instituciones de los germanos, que habría dado lugar a la diferente situación que uno y otro historiador pudieron constatar.

Es evidente que los datos que suministra Tácito se refieren a los germanos que solemos llamar *occidentales.* Con los *nórdicos* y los *orientales* no había habido grandes contactos todavía. Y esos germanos occidentales los presenta Tácito divididos en tres grandes variedades que llama *ingaevones, istaevones,* y *herminones.* Sobre la naturaleza y significado de tal división no tenemos una información adecuada. Tácito da una explicación mítica, según la cual cada una de esas tres divisiones era la descendencia de uno de los tres hijos que tuvo *Mannus,* hijo del dios *Tuisto,* que a su vez era hijo de la diosa *Tierra.* Pe-

ro advierte de una variante de la leyenda, según la cual Mannus habría tenido numerosos hijos que habrían dado lugar a las numerosas tribus. Desprovistas de su ropaje legendario, esas tradiciones demuestran que los germanos, a pesar de la enorme multitud de sus tribus (Tácito menciona 40 y Ptolomeo 69, sólo en parte las mismas) y de la falta de unión política entre ellas, tenían conciencia de su identidad étnica.

Sin embargo, no parece haber existido un endoétnico para el conjunto de los germanos. La palabra *germano* de las fuentes clásicas parece un exoétnico que los romanos tomaron tal vez de los celtas. Y es posible que estos tampoco designaran con ese nombre a toda la estirpe. Más bien parece que sea la forma en que los celtas (o algunos celtas) llamaban a alguna tribu de germanos que habitara en su vecindad. Nada sabemos de la etimología de *germano* ni de la lengua a que originariamente perteneció. Tácito dice que *germanos* era el nombre de una tribu celta que fue expulsada de su territorio por un grupo de germanos, conocidos por los *tungros,* que se instalaron en Tongeren, región de Bélgica que aún lleva su nombre. Pero por haber pertenecido antes aquel territorio a la tribu celta de los *germanos,* se llamó con ese nombre a sus nuevos habitantes y luego, por extensión, a toda la estirpe germánica.

Del s. II d. C. tenemos una nueva fuente de información: el geógrafo griego Ptolomeo. Y a partir de ese mismo siglo comenzamos a tener textos escritos en Escandinavia; del s. IV data la traducción de la *Biblia* a la lengua de los godos. Pero la información de historiadores sobre los germanos es muy escasa durante los siglos III, IV y V. Hay que saltar hasta el s. VI para disponer de las obras de Jordanes y Gregorio de Tours, autores de una historia de los godos y una de los francos respectivamente. Poco después de esa fecha comenzamos ya a disponer de textos escritos abundantes en diversos dialectos germánicos.

En el Oeste los romanos, como dije, rebasaron la línea del Rin, situando su frontera en el Elba. Y más tarde, en el Este, con la conquista de Dacia, rebasaron la línea del Danubio hacia el Norte. Pero ni una ni otra de esas ampliaciones del Imperio pudo ser sostenida, y la frontera romana se estabilizó durante varios siglos en la línea marcada por esos dos ríos. Solamente en la región en que hay una discontinuidad entre los cursos altos de ambos, el Imperio avanzó sus posiciones y se internó algo más al Norte, atrincherándose allí tras una línea de fortificaciones que unía las ciudades actuales de Mainz y Regensburg (Castra Regina). Esa enorme línea fronteriza, que va desde el Mar Negro hasta el Océano Atlántico, sirvió de relativo freno a la expansión germánica hasta que a partir del s. IV y, sobre todo en el V, la resistencia comenzó a ceder.

Uno de los pueblos germanos que pronto cruzaron en masa esa línea fueron los *godos,* al atravesar el Danubio el año 376 huyendo de los *hunos.* Llegaron a aliarse con Roma y a asentarse en Moesia como defensores de la frontera. Pero pronto se dirigieron hacia el Oeste, hasta que tras varias alternativas terminaron asentados en España (visigodos) e Italia (ostrogodos). El año

406 los *vándalos* y *suevos* (junto con los *alanos,* que no eran germanos) atravesaron el curso medio del Rin y cruzaron las Galias sembrando el terror y la desolación, hasta instalarse en España durante 20 años. En el año 443 le tocó el turno a los *burgundios,* que también fueron asentados en las Galias como aliados. La oleada final tuvo lugar a partir del año 455, cuando se derrumbó el imperio de Atila y numerosos pueblos germánicos hambrientos y sin tierra encontraron la solución a sus problemas en la penetración del Imperio. La gran desbandada de pueblos germanos en el Oeste y las grandes migraciones de eslavos en el Este, constituyen los últimos episodios de la reindoeuropeización de Europa, que le confirieron las características esenciales con que emergió la Europa moderna.

La cuestión de la clasificación interna de las lenguas germánicas remonta al *Mithridates* de J. Ch. Adelung (1809). Pero la doctrina que se hizo clásica, y aún hoy es la más extendida, fue propuesta por A. Schleicher. Según ella los germanos y sus lenguas se dividen en tres ramas: *oriental, nórdica* y *occidental.* Y, en opinión de Schleicher, habría una relación particularmente estrecha entre los grupos nórdico y oriental. Esta doctrina se había impuesto de forma general hacia finales del s. XIX. Pero a lo largo de este siglo, la investigación ha puesto en entredicho la división tripartita del germánico, aunque sin llegar a una nueva doctrina que haya sido generalmente aceptada. En la actualidad hay partidarios de casi cualquier combinación imaginable entre los tres grupos tradicionales y todo indica que, por el momento, no es factible un nuevo acuerdo entre los especialistas. Mientras ese acuerdo no se produzca, y por razones meramente prácticas, considero preferible presentar aquí la división tradicional.

Germánico nórdico — Aunque por su alejamiento tuvieron menos interés para Roma que las tribus occidentales, Plinio menciona a los germanos nórdicos con el nombre genérico de *hilleviones.* Y Tácito cita una de sus tribus, los *sviones,* de cuyo nombre deriva el moderno nombre de *Suecia.* Ptolomeo habla de otra tribu, los *gautos,* en cuyo nombre no es difícil reconocer a los *godos.*

La lengua hablada por los germanos nórdicos ha llegado hasta nosotros en unas 150 inscripciones que se extienden entre el s. II d. C. y el año 800, y se encuentran por igual en toda la zona nórdica (Suecia, Noruega, Dinamarca y el Land alemán de Schleswig-Holstein). A esta lengua se la llama de varias formas: *antiguo nórdico rúnico, protonórdico, protoescandinavo.*

El nombre de *rúnico* se debe al sistema de escritura utilizado, un alfabeto del que no sabemos con certeza cuándo ni a partir de qué modelo se derivó. Hay tres hipótesis principales sobre su origen: una lo hace derivar del alfabeto griego, otra del latino y otra de algún alfabeto de la Italia septentrional. El *alfabeto rúnico* es llamado también *fuÞark,* nombre integrado por las seis primeras letras del sistema.

El término *rúnico* (de la palabra germánica *rūna* «misterio»), se explica porque en su origen no se refería solamente al mero alfabeto, sino a todo un complejo ambiente de misterio y de magia en que estaba envuelta su utilización en armas, nombres de guerreros, signos secretos, que apenas somos ya capaces de vislumbrar. Las *runas* no fueron nunca tanto un sistema de poner información por escrito, cuanto un recurso para invocar y propiciar fuerzas sobrenaturales.

Etrusco	Norditálico	Runas	Símbolos pre-rúnicos	Latín
𐌅 v	F	ᚠ f		F
Y V	Λ Λ V U	ᚢ Λ u	Δ	V
	ᛒ	ᚦ þ		D d
𐌀	ᚨ Λ ᚨ Λ A	ᚨ a		A
𐌃	D D D	ᚱ ᚱ r		R
>c Ж k	< C K k	< k		< c
		X g	X	X x
	𐌅 𐌅 ᚨ Λ	ᚹ w		
𐌇	ᚺ ᚺ ᚺ	ᚺ ᚻ h		H
𐌍	ᚴ 𐌍 И N 𐌍	ᚾ ᚾ n	+	N
I	I	I i	I	I
		ᛃ ᛃ ᛃ j	ᛃ	G g
		ᛇ ᛇ ė	ᛇ	
𐌐	ᛚ 1 𐌐 ᛚ Γ Π Ц	ᛈ ᛈ ᛈ p		P
I ǂ	ᛏ ᛏ ᛏ ǂ Ж	ᛉ ᛦ Ж z	ᛉ Ж	Z
Σ Σ	ᛊ Σ Σ Σ	ᛊ Σ s		S
T t	ᛏ t T t ⊥ X	ᛏ t	ᛏ	T
	B	ᛒ b		B
𐌄	ᚨ Λ 𐌄 Λ	ᛖ e		E
𐌌 m	ᛗ 𐌌 𐌌 ᛗ	ᛗ m		M
𐌋	ᛚ 1 𐌋 L	ᛚ l		L
ϙ q		□ ◇ ϙ ŋ	□ ϙ	
	ᛞ ś	ᛞ d	ᛞ	
	ᛟ ◇ ϙ ᛟ ◇	ᛟ o	ᛟ	O

Las runas, comparadas con otros sistemas de escritura (según R. W. V. Elliot)

Entre los siglos v y vi los *daneses,* procedentes de zonas orientales de Escandinavia, colonizaron Jutlandia, antes habitada por los *anglos,* que en su mayoría habían emigrado a las Islas Británicas. Y entre el ix y el x gentes del Oeste (Noruega) colonizaron Islandia.

En los 600 años que median entre el 200 y el 800 d. C. el *antiguo nórdico rúnico* se mantuvo sensiblemente estable y uniforme. Pero en la época de los vikingos, entre los años 800 y 1050, se produjeron numerosas innovaciones que la transformaron en una lengua nueva, que en su época era llamada *donsk tunga* («lengua danesa»). En la actualidad recibe varios nombres: *antiguo nórdico, nórdico común* y *escandinavo común.* En esta modalidad de lengua disponemos de unas 4.000 inscripciones.

Con la cristianización de Islandia por misioneros ingleses comenzó a desarrollarse la importante literatura islandesa medieval, en la lengua que conocemos como *antiguo islandés,* cuya poesía *(skaldas, eddas, sagas)* es bien conocida. El primer manuscrito islandés antiguo, data de 1150. El danés y el sueco comienzan a tener testimonio escrito a partir del s. xiii.

De entre las lenguas nórdicas, las que ofrecen interés especial para la Lingüística Histórico-Comparativa son el *antiguo nórdico rúnico* y el *islandés antiguo.*

Germánico oriental.—Los germanos orientales a los que llamamos también *grupo del Oder-Vístula* por estar allí ubicados hacia el siglo ii a. C., estaba integrado por numerosas tribus. En concreto, conocemos como tales a los *vándalos, burgundios, gépidos, rugios, érulos, bastarnos, esciros* y *godos.* Pero, aparte de la lengua de los godos, apenas nos queda de todos ellos más que nombres propios y algunas, muy pocas, palabras. El gótico es, en cambio, la lengua germánica de la Edad Antigua mejor conocida. Por una parte tenemos una serie de pequeños restos similares a los de otras lenguas fragmentarias: glosas en textos clásicos, nombres propios, algunos pequeños textos epigráficos en alfabeto rúnico (lanzas de Kovel, Dahmsdorf, anillo de Pietroassa) o latino (inscripciones de Brunshausen y de Letcani), y préstamos góticos a las lenguas románicas [como los del español *albergar, arrear, banda, yelmo, guardia, rueca, espuela, sayón*]. Por otra, hay una serie de textos de carácter religioso, uno de los cuales, la *Biblia* gótica, constituye nuestra principal fuente de conocimiento sobre esa lengua.

La traducción de la *Biblia* a la lengua de los godos fue hecha desde un original griego por Ulfilas. Este personaje era de familia cristiana, oriunda de Capadocia, pero sus abuelos habían sido hechos prisioneros por los godos. Él nació el año 311 y recibió nombre godo, cuya forma originaria parece haber sido *Wulfilas* «lobezno». Al parecer conocía a fondo el latín y el griego además del gótico. Cuando tenía treinta años fue consagrado Obispo en Constan-

tinopla. Y para que los godos tuvieran la posibilidad de leer las Sagradas Escrituras en su propia lengua, Ulfilas tradujo la *Biblia* completa, excepto el *Libro de los Reyes,* por considerar que contenía un relato incesante de batallas cuya lectura ningún bien podía hacer a un pueblo ya de suyo excesivamente proclive a la guerra. Y tampoco tradujo la *Epístola a los Hebreos,* probablemente por razones doctrinales. Pero hasta nosotros no ha llegado toda su traducción. El *Antiguo Testamento* se ha perdido casi por completo.

Aunque los godos habían utilizado, como otros grupos germánicos, el sistema rúnico, Ulfilas prefirió crear un nuevo alfabeto que consta de 27 signos (25 letras y dos adicionales que sólo tienen valor numérico), de los cuales, 19 los tomó del alfabeto griego, 6 del latino y 2 del rúnico.

La mayoría de los godos terminó instalándose y siendo absorbida por las poblaciones latinizadas en las regiones occidentales del Imperio; pero en el s. III un grupo de ellos ocupó la Península de Crimea y allí logró sobrevivir y conservar su identidad y su lengua hasta el s. XVI o quizás el XVII. De él ha llegado hasta nosotros un pequeño léxico compuesto en el s. XVI por el flamenco O. G. von Busbecq. A esa variedad tardía solemos llamarla *gótico de Crimea.*

A partir de Jordanes, que en el siglo VI escribió una historia de este pueblo, se ha creído durante mucho tiempo que los godos habían llegado al delta del Vístula, conducidos por su rey Berico, desde una isla. Jordanes hablaba de *Scandza insula,* que tradicionalmente se ha identificado con *Gotland,* en el Mar Báltico. Pero hoy los especialistas son escépticos y con frecuencia tienden a pensar que el origen de los godos en Gotland es sólo el resultado de un juego de palabras, convertido en lugar común durante siglos.

Germánico occidental.—Las lenguas germánicas más características de nuestro tiempo y las más extensamente habladas pertenecen al grupo occidental. Desaparecidas todas las orientales, el germánico occidental incluye todas las variedades habladas por las poblaciones germánicas que emigraron fuera de Escandinavia y Dinamarca.

El historiador romano Tácito dividía a los germanos occidentales en *ingaevones, istaevones* y *herminones.* Y la historia moderna suele identificarlos respectivamente con los germanos del Mar del Norte, los del Rin-Wesser y los del Elba.

A los *ingaevones,* que en época de Tácito ocupaban las zonas costeras del Mar del Norte y algunas de las islas adyacentes, pertenecen las tribus de *frisones, anglos, sajones* y *jutos.* Los *frisones,* ubicados cerca de la desembocadura del Rin, entraron en contacto con los romanos el año 12 a. C. y fueron hechos tributarios por Claudio Druso Nerón. Su nombre se conserva en la provincia holandesa de *Frisia* y en las *Islas Frisonas* de la costa holandesa. Y de su lengua hay testimonios desde el siglo XIII, época en que la conocemos con el nombre de *antiguo frisón.* Ha sobrevivido hasta nuestros días y tiene reconocimiento oficial en Holanda.

Los *sajones* ocupaban en tiempos de Ptolomeo la región que corresponde a la actual Schleswig-Holstein, pero luego se movieron hacia el Oeste y hacia el Sur alcanzando el Rin y entrando en conflicto con otras tribus germánicas. Llegaron a establecer asentamientos hasta las costas francesas, que al parecer no perduraron, pero ejercieron la piratería por el Mar del Norte hasta el punto de que durante el s. v se llamó a aquella zona *litora saxonica.* Durante ese siglo muchos sajones invadieron las Islas Británicas y allí se establecieron. Pero otros continuaron en el continente y su nombre se conserva en la región alemana de *Sajonia* (Westfalia, Oldenburg y Hannover). La lengua de los sajones que quedaron en el continente ha dejado documentación escrita a partir del s. IX, época en que se la conoce con el nombre de *antiguo sajón.* Su máximo exponente literario es el poema de *Heliand.*

Ptolomeo situaba a los *anglos* en el curso medio del Elba. Pero Beda el Venerable asegura que son originarios de la región de *Angulus,* ubicada entre los sajones y los jutos. Y resulta probable la identificación de ese *Angulus* de Beda con el distrito de *Angel* en el *Land* de Schleswig-Holstein. Cuando en el s. v emigraron a las Islas Británicas, parece que fue la totalidad de los anglos la que abandonó su tierra, que a decir de Beda quedó prácticamente desierta. En cualquier caso en el continente no ha quedado ningún resto de su lengua.

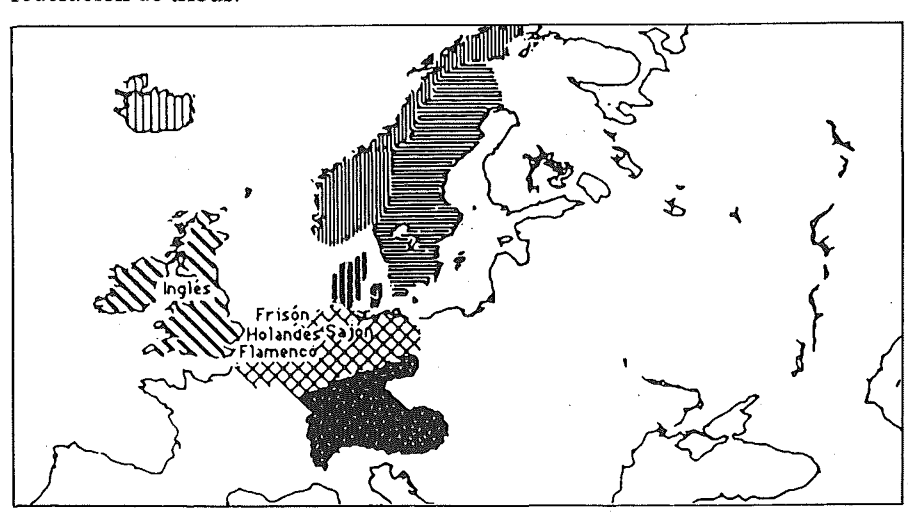
Sobre los *jutos* no tenemos ninguna información precisa en la antigüedad. Tradicionalmente se los considera ubicados en *Jutlandia,* que lleva su nombre. Acompañaron a los sajones y a los anglos en la ocupación de las Islas Británicas. Y si quedaron algunos juntos en su hogar ancestral fueron pronto absorbidos por los daneses. Tampoco ha quedado nada de su lengua en el continente.

La obra de Beda el Venerable (672-735), *Historia ecclesiastica gentis Anglorum,* es la principal fuente de que disponemos para el conocimiento de la conquista germánica de las Islas Británicas por los sajones, anglos y jutos y de su posterior conversión al cristianismo. Por él sabemos que los jutos se asentaron en Kent, Hampshire y la isla de Wight; que los sajones ocuparon el resto de Inglaterra al sur del Támesis, y también Essex y Middlesex; y que los anglos se instalaron en el norte de Inglaterra (Edimburgo) y en el este de Escocia. Es probable que entre el Támesis y el Humber hubiera asentamientos mezclados de anglos y de sajones. En cualquier caso, la asociación de ambos pueblos comenzó a cristalizar muy pronto. El nombre compuesto de *anglo-sajones* aparece utilizado por vez primera ya en el s. VIII por Pablo Diácono.

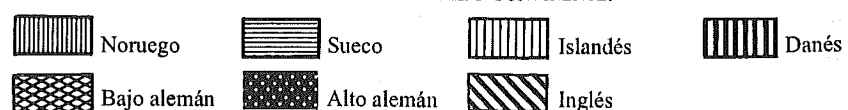
Las lenguas de los germanos que se establecieron en Inglaterra comenzaron a dejar testimonio escrito a partir del s. VII y las conocemos con el nombre genérico de *inglés antiguo.* La forma más común de *inglés antiguo* es de tipo sajón, aunque en la lengua de los anglos han quedado piezas literarias tan importantes como el poema épico conocido con el nombre de su héroe protagonista *Beowulfo.*

Con la conquista normanda se abrió una etapa de influencia francesa en los dialectos germánicos de Inglaterra. Por otra parte, el latín fue también un factor importante para la gente instruida, como lengua de la Iglesia y vehículo de cultura. Y el danés también dejó su huella. Y hacia el siglo XIV-XV comenzó a cristalizar sobre ese complejo substrato de dialectos e influencias la lengua común que conocemos con el nombre de *inglés.*

Los *herminones* de Tácito (grupo del Elba) reciben el nombre genérico de *suevos.* Pero estaban divididos en numerosas tribus, como los *marcomanos, cuados, semnones* y *longobardos. Suevos* eran los que, comandados por Ariovisto, fueron derrotados por Julio César en las Galias. Siglos después, otro grupo de suevos, unidos a las hordas de vándalos y alanos, entraron en España el año 409. Se establecieron en Galicia, fundaron un reino, se convirtieron al cristianismo y finalmente, alrededor del año 585 fueron integrados en el reino visigodo. Otra parte de ellos, los *semnones,* constituyen el núcleo principal de la federación de tribus que bajo el nombre de *alamanes* cruzaron el *limes* y se establecieron en la cuenca del río Neckar, región que inicialmente se conoció por ello como *Alamania.* Pero a partir del s. XI, ese nombre se substituyó por el de *Suabia,* derivado del de los *suevos.* Ningún dialecto hermiónico dio lugar a lengua literaria alguna. Todos ellos fueron absorbidos por poblaciones romanizadas o por otras tribus germánicas, de forma que tampoco ha sobrevivido ninguno de ellos como lengua hablada hasta tiempos modernos. El nombre que damos en español a los *alemanes* es heredero del nombre de aquella confederación de tribus.



LAS LENGUAS GERMÁNICAS ACTUALES EN EL VIEJO CONTINENTE:



Finalmente a los *istaevones* (grupo del Rin-Wesser) pertenecen tribus como los *bátavos, ubios, tréveros,* entre muchas otras. Pero merece especial mención la confederación de tribus que, agrupadas bajo el nombre de *francos,* arrebataron a la latinidad los territorios actualmente germanos al sur del Rin. Tras la caída del Imperio Romano, se creó bajo los Merovingios y los Carolingios una unidad política que englobó a todos los germanos occidentales asentados en el continente. Tribus germanas de distinto origen quedaron englobadas en esa unidad, como los *francos* (istaevones), *alamanes* y *bávaros* (hermiones), *turingios* y más tarde también *sajones* (ingaevones). Con todos ellos se llegó a constituir un *continuum* lingüístico secundario, que propició el intercambio de influencias recíprocas.

De ese conjunto, que nosotros llamamos hoy *alemán,* emergieron dos variedades dialectales principales, conocidas respectivamente como *alto alemán* (al Sur) y *bajo alemán* (al Norte). La diferencia más representativa entre ambas es la llamada *segunda rotación consonántica,* que afecta solamente al *alto alemán.* De cada una de ellas surgió una lengua literaria. Del alto alemán, aparte de algunas runas anteriores, hay desde el siglo VIII documentación escrita, sobre todo de ámbito monacal, que constituye la modalidad que llamamos *antiguo alto alemán.* Y de esa tradición emergió la lengua moderna que conocemo simplemente con el nombre de *alemán.* De otra parte, al *bajo alemán* pertenece el *holandés,* cuya primera documentación data del s. XII. Se habla en Holanda y una parte de Bélgica donde se le da el nombre de *flamenco.* El endoétnico actual de los alemanes es *deutsch* (holandés *dutch).* Se trata del antiguo adjetivo *diutisc* «popular», que comenzaron a aplicárselo hacia el s. XI, probablemente para distinguirse de la gente que hablaba latín.

La interacción en la zona de todas esas variedades de germánico ha hecho que el *sajón* (ingaevónico en su origen) se haya convertido en la práctica en un dialecto más de tipo *bajo alemán,* hablado todavía en su región como un dialecto local al que solemos llamar *Plattdeutsch.*

Las lenguas germánicas se relacionan principalmente, según he dicho ya, con las restantes del grupo noroccidental (báltico, eslavo, celta e itálico). Pero sus contactos con el celta son de una particular intensidad. Por una parte, mantuvieron con ellos una prolongada convivencia en la que se intercambiaron numerosos préstamos. Generalmente suele decirse que el flujo de los préstamos acostumbra a ir desde la lengua del pueblo con cultura más desarrollada hacia el de inferior civilización. En nuestro caso debió ser desde el celta hacia el germánico. Y, por otra parte, los celtas han actuado como substrato de las lenguas germánicas occidentales en las extensas regiones de Europa que los germanos les arrebataron. Algunos topónimos señeros del mundo germánico son en realidad de filiación celta. Tal sucede, entre otros, con el *Rin.* La forma de su nombre tal como es recogida en las fuentes clásicas

(Ῥῆνος en griego, *Rhenus* en latín) tiene fonética inequívocamente celta (**reinos > *rēnos*). Y lo mismo sucede con el nombre que utilizaron los romanos para designar una ramificación oriental de la Selva Negra, *Hercynia silva* (<**perk*^{w}*uniā*), que con fonética germánica da lugar a formas como *Fergunna* o *Virgunt*.

CAPÍTULO X

LOS CELTAS

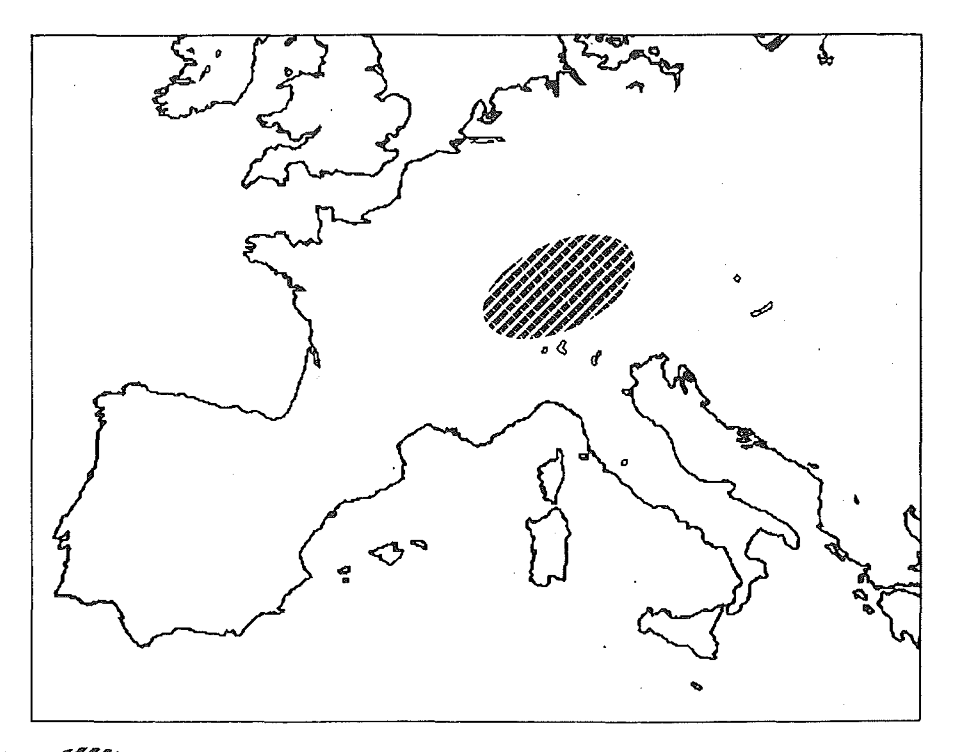
Los celtas forman parte del conjunto de pueblos *bárbaros* cuya primera mención aparece en los historiadores y geógrafos greco-latinos. Heródoto los llamaba κελτοί, mientras que Aristóteles y Plutarco utilizaban κέλται, de donde deriva el latín *celtae* y en definitiva nuestra palabra *celta*. A partir del s. III a. C. se introdujo entre los griegos una nueva denominación de este pueblo γαλάται (gálatas), que corresponde al que usan los romanos: *galli* (galos). De esta segunda denominación en su variante griega proceden los topónimos *Galatia* (Asia Menor) y *Galitzia* (Europa central).

No sabemos a ciencia cierta el origen ni la etimología del término *celta*. Pero es casi seguro que no se trata de un endoétnico que todo ese pueblo se diera a sí mismo. Es dudoso incluso que se diera nombre colectivo alguno. Probablemente carecían del sentimiento de formar una unidad, necesario para disponer de un endoetnónimo común. Lo más probable es que los griegos de la colonia de Massilia (Marsella) tomaran ese nombre de alguna tribu local y por extensión pasaran a designar con él a todas las gentes de la zona. Para *gálata* y *galo* suele proponerse, en cambio, la raíz **gal-* «poder, fuerza», que se encuentra en lituano *galëti* «poder» y *galià* «fuerza, potencia», en ruso *golemŭ* «grande». En lenguas célticas hay irlandés *gal* «valentía, bravura», bretón *gal* «poder». *Galos, gȃlatas* significan por lo tanto «poderosos, valientes» y, como término encomiástico, tiene todo el aspecto de ser un endoetnónimo. Aunque, como decía antes, es poco probable que se refiriera originariamente al conjunto de los celtas.

La doctrina ampliamente compartida por arqueólogos y lingüistas sitúa la patria originaria de los celtas en la zona comprendida entre el suroeste de Alemania, el este de Francia y parte de Suiza. Allí cristalizó como pueblo en la Edad del Bronce, sobre la base de las gentes de los campos de urnas. Y entre

los siglos VIII y V a. C., durante la Edad del Hierro en sus períodos sucesivos de Hallstatt y La Tène, se extendió por amplias regiones de Europa.

Como se los supone portadores de las culturas de Hallstatt y La Tène sucesivamente, se cree poder establecer la época de su introducción en los respectivos lugares de Europa, con el mero seguimiento arqueólogico de esas culturas. En concreto, se piensa que a España y a las costas atlánticas de Francia llegarían entre los s. VIII y VII a. C. (durante Hallstatt); a continuación



Enclave originario de La Tène, considerado generalmente la cuna de los celtas

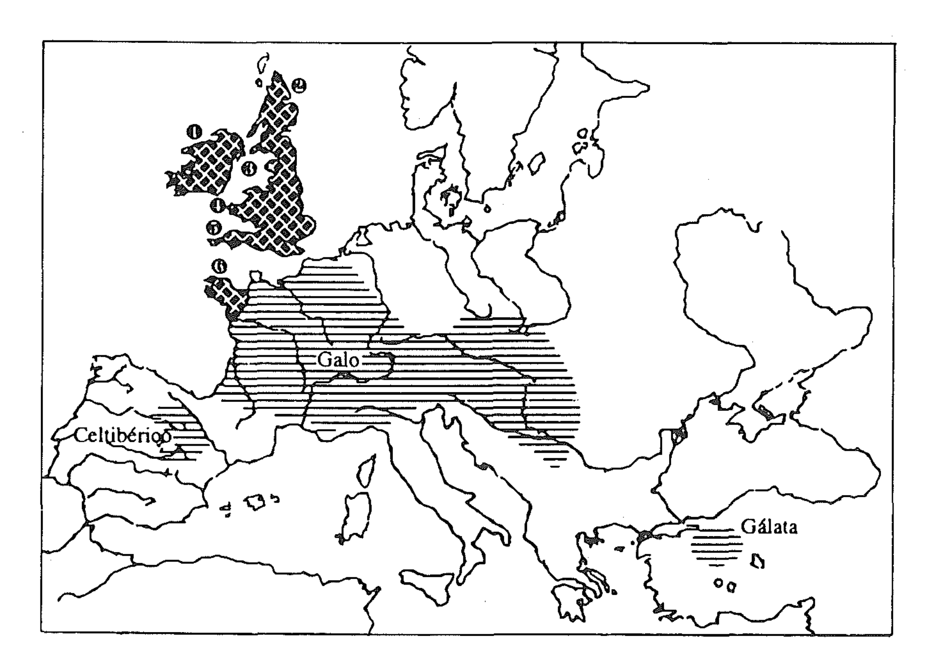
(Hallstatt-La Tène) vendría su expansión en dirección Norte, hasta alcanzar el Rin y ocupar gran parte de la actual Alemania; por la misma época se introdujeron en las Islas Británicas; y más adelante penetrarían en Bohemia, Hungría, Silesia, el norte de Italia, los Balcanes, Asia Menor...

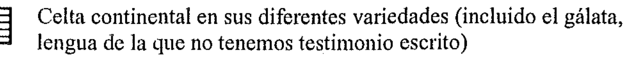
En el momento de su máxima expansión los celtas eran el elemento más abundante y característico de Europa. Ocupaban Francia, Bélgica, Austria, Hungría, Suiza, norte de Italia, gran parte de España, de las Islas Británicas, de Alemania, de Bohemia; e incluso penetraron en territorios de la actual Ucrania, donde han dejado su nombre en la región de Galitzia. Estuvieron a punto de apoderarse de casi toda Italia y destruir Roma; saquearon el santuario de

Delfos en Grecia; establecieron un reino en Asia Menor, en territorios que habían sido hetitas y luego frigios.

Cada pueblo ha tenido su época de esplendor. La de los celtas fue el período comprendido entre los siglos v y ii a. C. Su dominio sobre casi toda Europa hubiera hecho augurar un futuro celta a nuestro continente. Pero la panceltidad europea se quedó en mero futurible. Quizá el inicio de su ulterior infortunio haya que situarlo precisamente en el momento de su mayor esplendor, a principios del s. iv.

Desde el año 400 a. C. bandas de celtas estaban penetrando en el norte de Italia, saqueándola y destrozando cuanto encontraban a su paso. Una de las tribus, los *insubres,* se establecieron en el territorio que ellos llamaron Mediolanum (de donde el nombre moderno de Milán). Otras tribus comenzaron a introducirse cada vez más al Sur. Una de ellas, los *senones,* se internó en Etruria, se instaló en Clusium (moderno Chiusi) y desde allí atacó Roma, que no era todavía, ni de lejos, la gran potencia en que siglos más tarde se convertiría. El año 390 los *senones* derrotaron a las legiones de Roma junto al río Allia, afluente del Tíber, y la ciudad quedó a su merced, aunque el orgullo





Celta continental en sus diferentes variedades (incluido el gálata, lengua de la que no tenemos testimonio escrito)



Celta insular: 1) Irlandés, 2) Escocés, 3) Manx, 4) Galés, 5) Córnico, 6) Bretón

nacional romano sostuvo siempre que el Capitolio nunca fue ocupado por los galos. Pero, sea de ello lo que fuere, los senones se contentaron con el pago de un tributo y se marcharon. Y Roma, bajo la dirección del cónsul Camilo, tuvo la ocasión de reconstruir sus legiones, rehacer su recinto y levantar una sólida muralla para prevenir nuevos desastres. Los senones no podían saber que habían cometido un error irreparable por haber permitido sobrevivir a la ciudad que, unos siglos después, se convertiría en una de las dos piedras de molino que, cogiendo en medio a los celtas, los haría desaparecer del continente y se adueñaría de la mayor parte de sus inmensos dominios.

La otra piedra eran, obviamente, los germanos. Cogidos los celtas entre los dos frentes, al Sur los romanos y al Norte los germanos, fueron perdiendo poco a poco su independencia primero y su identidad después, hasta ser o romanizados o germanizados, o simplemente perecer.

Un problema tan interesante como insoluble es el que plantea la identificación de los pueblos sobre los que se asentaron los germanos en su expansión hacia el Sur y los celtas en la suya por casi toda Europa. Es posible que unos y otros se asentaran sobre poblaciones mayoritariamente indoeuropeas, aunque quizás con ciertos reductos aún sin indoeuropeizar. Probablemente muchos de ellos eran los anónimos hablantes de lenguas indoeuropeas de estratos antiguos, responsables de la toponimia *antiguo-europea.* Pero para la inmensa mayoría de esos territorios las fuentes clásicas no nos han conservado ninguna información previa a la llegada de celtas y germanos, que eran ya sus ocupantes en la antigüedad. En cambio, para zonas más meridionales tenemos algo más de información. Sobre la composición étnica y lingüística de la Península Ibérica me ocupo en un capítulo específico. Y fuera de sus fronteras nos quedan algunos nombres, como los ligures, retos, etruscos y pictos. Nada firme sabemos sobre la filiación indoeuropea o no indoeuropea de muchos de ellos. Pero de eso he hablado ya en otro lugar.

En esta visión de la historia que acabo de exponer, los celtas y los germanos son sobre todo *reindoeuropeizadores* de la inmensa mayoría de los territorios de Europa por los que se expandieron. En mucho menor medida, pudieron ser indoeuropeizadores primarios, para los núcleos de población no indoeuropea que pudieran subsistir. Pero tales núcleos debían ser más bien escasos a juzgar por la naturaleza casi por completo indoeuropea de la más antigua hidronimia europea. Pero hay una tesis reciente que convierte a los celtas en los indoeuropeizadores primarios de sus vastos territorios históricos. Me refiero a la propuesta de C. Renfrew.

Para el arqueólogo británico, el arte de Hallstatt y de La Tène, no sería síntoma de expansión celta, sino que se habría propagado por mera adopción cultural, partiendo de la región centroeuropea consabida. Los celtas estarían ya asentados previamente en sus extensas sedes históricas desde finales del V milenio a. C. O más exactamente: los celtas serían el resultado de la evolución

étnica y lingüística de los indoeuropeos agricultores llegados a Europa central, Islas Británicas, España, Hungría, norte de Italia y los Balcanes hacia el año 4000 a. C. A modo de un inmenso *continuum* lingüístico, el indoeuropeo habría evolucionado sobre el terreno hasta convertirse en el celta. De ese proceso no habrían formado parte los celtas de la Galatia minorasiática, que serían el resultado de una intrusión secundaria.

Es ésta una posición extrema característica del antimigracionismo. Los celtas no se han movido. Su arte se ha extendido desde un núcleo originario. Pero no sus gentes. No importa que los últimos episodios de la expansión estén testimoniados y documentados a plena luz de la historia y que en ellos sean de hecho las poblaciones celtas las que se desplazan. C. Renfrew establece un corte tajante. Antes de la documentación histórica los celtas no se movían, no efectuaban migraciones. Los movimientos migratorios que resulta inevitable aceptar por ser ya históricos, serían los primeros y únicos habidos. No se ve muy bien por qué las cosas habrían de ser tan distintas en el comportamiento de los celtas antes y después de que los griegos y los romanos nos hayan dejado testimonio escrito de sus andanzas.

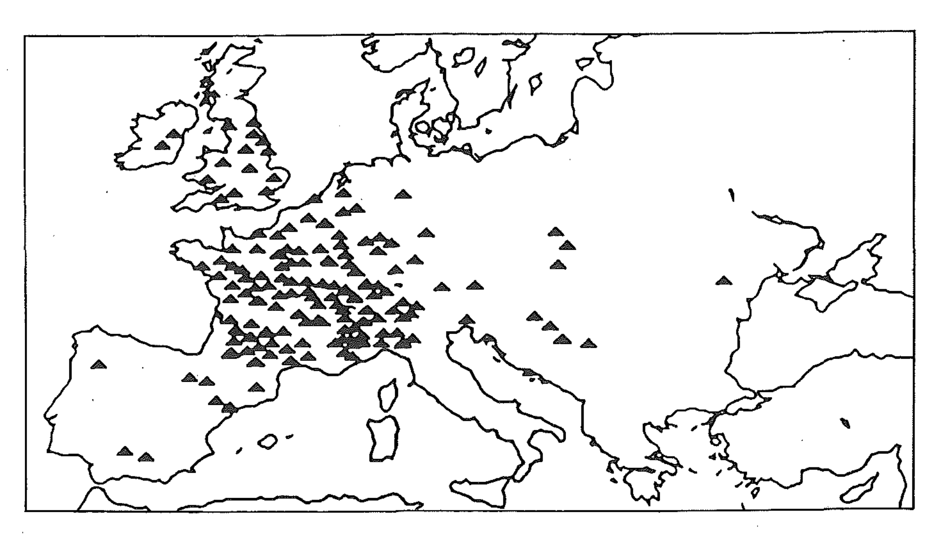
Pero, aparte de esas consideraciones generales, tal doctrina comporta inverosimilitudes lingüísticas, que el arqueólogo Renfrew no parece percibir. La zona ocupada históricamente por los celtas, aun descontando la Galatia minorasiática y algún otro pequeño reducto, es enorme. Ni los indoeuropeos primero, ni los celtas después, crearon nunca una unidad política amplia. Y los 4.000 años transcurridos en la hipótesis de Renfrew entre el asentamiento indoeuropeo y la era cristiana hubieran producido en zona tan extensa y en aquellas condiciones sociales, carentes de unidad política, una profundísima diferenciación en numerosos dialectos locales. No hay más que ver lo que ha ocurrido con el latín en tan sólo 1.500 años, en una zona no mayor que la celta. Proyéctese ese proceso a un lapso de 4.000 años sin unidad política y sin escritura.

Las lenguas célticas ofrecen una serie de rasgos lo suficientemente precisos, compactos y homogéneos como para que hayan constituido un *continuum* lingüístico de proporciones bastante más modestas, como el que quiere la tesis arqueológica tradicional, por ejemplo. Y la mayoría de las grandes discrepancias dialectales dentro del celta son tan recientes que deben ser fechadas en la Edad Media. Las diferencias dialectales verdaderamente antiguas son más bien escasas y superficiales, como luego diré.

Por los informes de sus contemporáneos, sabemos que los celtas eran de gran estatura y fornida musculatura. Al menos así les parecían a los romanos, que con frecuencia tuvieron que medirse con ellos cuerpo a cuerpo en los campos de batalla. Sus ojos eran azules, su cabello rubio, su tez pálida. De ellos, junto con los germanos, nació la creencia en el prototipo rubicundo de la raza «aria». Su sociedad conocía una notable diversificación en clases. A la cabeza de todos estaba

el rey; había luego una clase de aristocracia guerrera; y luego el pueblo libre que se dedicaba a la producción de alimentos mediante la agricultura y la ganadería. Además estaban los esclavos. De entre la nobleza guerrera salían los *druidas,* que eran una especie de sacerdotes, magos y sabios a la vez, que conservaban las tradiciones de la comunidad y eran depositarios del saber colectivo.

En la sociedad celta se dan casi todos los rasgos típicos de la sociedad indoeuropea. La familia es del modelo descrito en otro lugar de este libro («gran familia»), y de régimen severamente patriarcal. La propiedad de la tierra está en manos de la familia, no de los individuos. Las ciudades se construyen en alturas de fácil defensa, representadas en España por los *castros.* Este tipo de fortificación se encuentra doquiera haya habido celtas, aunque su frecuencia o abundancia es variable según las condiciones particulares de las diferentes regiones. Dos son los nombres con que pueden aparecer designadas por los celtas: *briga,* sobre todo en España, y δοῦνον [dounon] (galo) = *dūnum* (latín) en diferentes lugares, particularmente las Galias. Sobre la etimología de *briga* hablo en otro lugar. Y *dūnum* (que en topónimos aparece como *-dun*: *Verdún),* tiene relación con inglés antiguo *dūn* «altura, montaña», inglés moderno *down* «duna», y holandés *düne* «duna», de la que se tomó precisamente nuestra palabra española *duna* durante las guerras de Flandes.



▲ Presencia de topónimos en *-dunum* en las diferentes regiones de Europa, tomando en consideración el conjunto de ellos, sin distinción de la época en que se produce el primer testimonio

Igualmente los celtas nos son descritos como gente excitable, camorrista, amiga del combate, valiente, leal, hospitalaria, festiva, bebedora y amante de la música. Crearon una interesante literatura heroica de transmisión oral, cantada por los bardos, de la que tenemos muestras escritas en irlandés a partir del

s. VI-VII d. C. En sus estructuras métricas se han querido ver analogías con los *Vedas* y la lírica griega, que remontarían a una poesía oral indoeuropea.

La historia peculiar de los celtas, extendidos en la antigüedad en una gran parte del continente europeo, pero reducidos más tarde a las Islas Británicas, ha hecho que dividamos las lenguas célticas en *continentales* e *insulares.* En ello no hay tanto una división dialectal cuanto cronológica. El celta continental es aquél testimoniado en el continente *durante la Antigüedad,* mientras que el insular es el testimoniado en las Islas Británicas *desde la Edad Media.*

El celta continental es mal conocido. Ha dejado documentación escrita en tres zonas: las Galias, España y norte de Italia. Las lenguas respectivas las designamos con el nombre de *galo, celtibérico* y *lepóntico.* Pero, en general, la documentación es muy fragmentaria y no ha sido suficiente hasta ahora para un completo desciframiento de los textos. Lo que no impide que nos proporcionen una información valiosísima, fonética y morfológica, sobre el estado de las lenguas celtas en torno al comienzo de la era cristiana. Naturalmente, aparte de los textos, disponemos de un abundantísimo elenco de topónimos y antropónimos procedentes de los diversos rincones de sus antiguos dominios.

El celta *insular,* aparece dividido en dos variedades dialectales. Una corresponde a Irlanda y la otra a Gran Bretaña. A la de Irlanda solemos llamarla *gaélico* a partir del nombre de Irlanda en irlandés moderno *(Gael),* o *goidélico* por el nombre de Irlanda en irlandés antiguo *(Goidel).* Y la de Gran Bretaña la conocemos con el nombre de *britónico,* a partir de la forma galesa *brython.*

El rasgo lingüístico sobre el que se establece la división dialectal es el diferente tratamiento de las labiovelares indoeuropeas. En gaélico, en las inscripciones irlandesas más antiguas (ogámicas) de 300-500 d. C., $*k^w$ se conserva intacta y perfectamente diferenciada de **k.* La labiovelar $*k^w$ se escribe en alfabeto ogámico mediante el signo | | | | |, que solemos transcribir mediante *q,* mientras que **k* se escribe | | | |, que transcribimos *c.* Poco después, en los textos posteriores al año 600 d. C., la labiovelar pierde el componente labial y se convierte en /k/. En cambio, en britónico $*k^w$ aparece convertida en /p/ desde los primeros testimonios. Las labiovelares sonora y aspirada tienen un tratamiento peculiar del celta, que no sirve para establecer en su interior diferencias dialectales porque ese tratamiento se produjo en época de comunidad céltica.

Para poder extender esa clasificación a los diferentes dialectos del celta continental se suele llamar a la primera modalidad *celta de q* y a la segunda *celta de p.* En concreto, de los tres dialectos continentales, el celtibérico se alinea con el irlandés, mientras que el galo y el lepóntico lo hacen con el britónico. Sin embargo esta clasificación dialectal, a la que otrora se otorgaba gran importancia, como luego veremos, tendemos más bien hoy a minimizarla en su valor como indicativo dialectal propiamente dicho. Porque, por una parte,

un solo rasgo es base demasiado estrecha para distinguir dos dialectos. Y en segundo lugar, el rasgo que caracteriza al *celta de q* consiste en la conservación de la k^w heredada (arcaísmo), por lo que no tiene significado dialectal alguno. En cambio se tiende hoy a ver en ese tratamiento una especie de indicador cronológico. Parece indudable que el cambio fonético $k^w > p$ se introdujo en el epicentro continental del celta en un momento determinado, cuya cronología absoluta no podemos fijar con precisión. Todos los grupos de celtas que partieran de allí en movimientos migratorios hacia cualquier punto, antes de ese momento, llevarían consigo la k^w todavía inalterada. En cambio, los que partieron con posterioridad (y naturalmente los que quedaron sobre el terreno) presentarán la forma innovada /p/.

Con ese criterio cronológico en nuestro poder, debemos pensar que las migraciones que dieron lugar a la lengua de los celtíberos y la de los irlandeses son las más antiguas de entre las que han dejado su huella en lenguas históricamente conocidas. Cosa por lo demás perfectamente congruente con datos arqueológicos e históricos. Y como la penetración de los celtas de Celtiberia en la Península se sitúa entre los siglos VIII-VII a. C., esa fecha se convierte en el *terminus post quem* para el cambio fonético k^w > /p/ en celta. Pero aún se puede precisar más, en el sentido de que, si bien el galo es una lengua con k^w > */p/,* hay ciertos indicios de que la k^w se mantuvo hasta una cronología relativamente baja, tanto como para que existan ciertos testimonios galos con ella conservada. Luego veremos la importancia que eso tiene para determinar ciertos aspectos de la prehistoria de los celtas y de algún otro pueblo de Europa.

A veces se ha intentado asociar como un segundo rasgo dialectal entre gaélico y britónico el tratamiento de las nasales sonánticas $*\mathring{m}$ y $*\mathring{n}$. En gaélico dan /em, en/, mientras que en britónico /am, an/. Sin embargo, ese rasgo no se correlaciona de hecho con el tratamiento de k^w, sino que ambos rasgos se dan cruzados: en celtibérico hay k^w conservada y /am, an/; en britónico y galo /p/ y /am, an/; en gaélico k^w y /em, en/; y en lepóntico /p/ y /em, en/. Sobre la distribución de esos dos rasgos establece K. H. Schmidt la existencia de cuatro dialectos celtas: gaélico, celtibérico, lepóntico y galo-britónico.

Todas las lenguas célticas tienen determinados rasgos que configuran la celticidad lingüística. Unos son exclusivos de ellas y otros compartidos con determinadas otras.

Rasgos específicamente celtas, es decir, que se den sólo en lenguas célticas, no son muchos, pero sí muy característicos: 1) $*p > ø$ en posición inicial e intervocálica; 2) $\mathring{l}$ y $\mathring{r}$ > /li/, /ri/; 3) $*g^w$ > /b/ y $*g^wh$ > /g^w/ (lo específicamente celta es la labialización de la labiovelar sonora exclusivamente, sin que simultáneamente labialicen también la sorda y la aspirada); 4) $\bar{o}$ se escinde en /ā/ y /ū/ según posición; 5) Una cierta cantidad de vocabulario específico.

Las no privativamente celtas son: 6) *$\bar{e}$ > $\bar{\imath}$; 7) Genitivo temático en -*$\bar{\imath}$ (falta en celtibérico); 8) o/a diferenciadas; 9) Sonoras y sonoras aspiradas emergen históricamente confundidas como sonoras; 10) Pasiva en -**r*. Sin embargo, aunque estos últimos rasgos, tomados uno a uno, pueden encontrarse en otras lenguas, su presencia simultánea se da sólo en celta y, por lo tanto, el conjunto de los cinco resulta específico.

El galo es, de entre las variedades del celta continental, el mejor documentado desde todos los puntos de vista. Los autores antiguos nos transmitieron un buen número de palabras galas. Muchas otras pasaron al latín y, a travès del latín, a las lenguas romances. Palabras tan corrientes en español como *caballo, cerveza, braga, jabón, carro, lanza, caterva,* o *cambiar,* tienen ese origen. La toponimia y la onomástica gala de que disponemos es abundantísima. Y la epigrafía es muy rica, en comparación con las otras variedades de celta continental.

César nos informa de que los galos utilizaban el alfabeto griego. Y esa información quedó plenamente corroborada cuando, a partir del s. XV, comenzaron a descubrirse documentos en la lengua de los galos, escritos efectivamente en ese alfabeto. Como es natural, más tarde, ya bajo influencia romana, utilizaron el alfabeto latino. El más extenso de los documentos galos es el *Calendario de Coligny,* sobre un bronce, encontrado a finales del s. XIX. Era una plancha de casi metro y medio de largo por 0,80 de ancho, aunque apareció rota en más de cien fragmentos. Pero, por su naturaleza, no es el más informativo de los documentos galos. Algunos de los mejores textos se han descubierto recientemente. En 1971 en una fuente de Chamalières, cerca de Clermont-Ferrand, se encontró una plancha de plomo (plomo de Chamalières) con una inscripción de doce líneas que contiene, a decir de los especialistas, una oración a no se sabe qué divinidad. Y en 1983 apareció en la aldea de Veyssière, perteneciente al Departamento de Aveyron, otra plancha de plomo con 57 líneas de texto (plomo de Larzac), al parecer con un mensaje para el otro mundo, que debía ser transmitido por una druida muerta.

Esas condiciones favorables propiciadas por la relativa abundancia de material lingüístico hacen que tengamos un conocimiento no desdeñable de la fonética y una parte de la morfología gala. Sin embargo, no puede decirse que el galo sea una lengua bien conocida ni descifrada. Gran parte de las interpretaciones siguen siendo hipotéticas y, por falta de un buen bilingüe, probablemente lo seguirán siendo por ahora.

En el norte de Italia, cerca de la frontera Suiza, en la región que circunda los lagos alpinos de Como, Lugano, Maggiore y Orta, aparecen inscripciones en una lengua que se ha llamado con nombres varios (celta, galo, ligur, celto-

ligur), pero para la que hoy parece definitivamente impuesto el de *lepóntico,* derivado del antiguo pueblo de los *lepontii.* Se trata, sin lugar a dudas, de una lengua céltica distinta del galo. Una parte importante de sus inscripciones son de carácter funerario y presentan una fórmula característica, que consiste en el substantivo *pala* «lápida sepulcral», acompañado del nombre del difunto en dativo: *slaniai uerkalai pala* «lápida para Slania Uerkala»; *tisiui piuotialui pala* «lápida para Tisio Piuotialo». El término *pala* no es indoeuropeo, y se supone tomado en préstamo por el lepóntico al substrato preindoeuropeo, como diré con más detalle al hablar de los ligures. A veces la inscripción no se limita a la fórmula onomástica, sino que contiene un texto más largo: *pelkui pruiam teu karite išos kalite palam,* en que parece haber alusión a la persona que hizo el monumento y la inscripción: «para Belgo el monumento hizo Teón, él mismo inscribió la lápida». Aparte de las inscripciones funerarias hay otro tipo de epigrafía sobre vasos, páteras, copas y otros objetos. Naturalmente disponemos también de una cierta cantidad de toponomástica lepóntica.

Las lenguas célticas de las Islas Británicas comienzan a dejar testimonios escritos a partir del 300 d. C. Las primeras muestras pertenecen a la variedad gaélica y aparecen escritas en un alfabeto peculiar que llamamos *ogámico (ogom* en irlandés antiguo). El origen de ese alfabeto no es seguro, pero la opinión más extendida consiste en tenerlo por una transformación del alfabeto latino. Consiste en agrupaciones de una a cinco incisiones en diferente posición respecto a la línea de escritura. Se utilizaba generalmente sobre piedra, aunque ciertas tradiciones indican que también se utilizó con madera. Pero nada sobre ese material ha llegado a nuestras manos. El sistema disponía de 20 letras:

h	d	t	c	q	b	l	v	s	n
I	II	III	IIII	IIIII					
(sobre la línea)									
					I	II	III	IIII	IIIII
(bajo la línea)									

a	o	u	e	i	m	g	ng	z	r
I	II	III	IIII	IIIII	/	//	///	////	/////
(sobre la línea)									
I	II	III	IIII	IIIII	/	//	///	////	/////
(bajo la línea)									

La mayoría de las inscripciones ogámicas han aparecido en el sur de Irlanda, aunque las hay por toda la isla e incluso algunas en el País de Gales, donde se habían establecido algunas colonias de irlandeses. Generalmente son de carácter sepulcral y muy breves, conteniendo una simple fórmula onomástica en

la que aparece el nombre del difunto y el de su padre o abuelo, ambos en genitivo: *Dalagni maqi Dali* «[Sepultura] de Dalagno hijo de Dalo». En esas inscripciones los nombres del padre y el hijo aparecen conectados por *maqi,* forma en genitivo de la palabra «hijo». Procede de **magho-, *maghu-* «joven, cría», término atestiguado en varias otras lenguas indoeuropeas (germánico, iranio, báltico, albanés). En irlandés moderno esa palabra tiene la forma *mac* «hijo», que tan característica resulta como componente de numerosos apellidos.

Aunque, dada la naturaleza de las inscripciones ogámicas, sólo conocemos prácticamente los aspectos fonéticos, la lengua resulta muy arcaica. A veces se ha dicho que la diferencia entre el irlandés ogámico y el de los primeros textos literarios medievales es equivalente al que existe entre el latín y el francés antiguo, por ejemplo.

El uso del alfabeto latino fue introducido en Irlanda por los misioneros cristianos durante el siglo v, inicialmente para escribir el latín, como es natural. Y no sabemos con precisión cuándo se comenzó a utilizar para escribir con él la lengua de los irlandeses. Todo lo que podemos decir es que los testimonios más antiguos que han llegado hasta nosotros datan del s. VIII, y consisten, al principio, en glosas y otras anotaciones incidentales de los escribas. Pero determinadas características lingüísticas de textos irlandeses posteriores hacen pensar que pudieran contener un estado de lengua más antiguo que el de las glosas del s. VIII. La literatura irlandesa subsiguiente aparece en una lengua que llamamos normalmente *irlandés antiguo,* lengua que se extiende hasta el s. x. A partir de ese momento comienza el *irlandés medio* y desde el s. XIII hablamos ya de *irlandés moderno.*

En el Mar de Irlanda, a mitad de camino entre Irlanda y Gran Bretaña, se encuentra la isla de Man, en la que también se habló la lengua irlandesa. Pero conocemos muy poco de esa modalidad de gaélico, que solemos llamar *manx.* La muestra más antigua de que disponemos data del s. XVII. En ella se observa una fuerte influencia escandinava, que resulta congruente con la abundante toponimia escandinava de esa isla. No existen ya hablantes de manx, que ha dejado de ser una lengua viva.

Los irlandeses colonizaron Escocia y las Islas Hébridas hacia el s. v d. C. Al parecer hasta el s. x su lengua se mantuvo idéntica a la de Irlanda. Pero con el tiempo evolucionó en forma independiente, y en el s. XIII aparece ya como un dialecto gaélico diferente del irlandés, que por lo demás se ha mantenido vivo hasta nuestro días. Literatura autónoma en *escocés* (gaélico de Escocia) no hay propiamente hasta el s. XV.

Los romanos invadieron Gran Bretaña el año 43, en el reinado del emperador Claudio. Hasta la caída del Imperio Romano todo el territorio que corresponde a Inglaterra fue parte del Imperio, dividido en dos provincias: *Britannia inferior* y *Britannia superior.* El *limes* coincidía aproximadamente con la actual frontera entre Inglaterra y Escocia. Escocia (Caledonia) nunca llegó a ser

ocupada permanentemente, aunque hubo diferentes intentos romanos de penetración hacia el Norte, más o menos profundos, más o menos duraderos. El conflicto con los habitantes de Caledonia duró tanto casi como el mismo Imperio. En Irlanda (Hibernia) los romanos nunca pusieron los pies. Sin embargo, la ocupación romana de Inglaterra durante más de 400 años no erradicó las lenguas célticas de tipo britónico, de forma que cuando los germanos entraron en Gran Bretaña aún seguían vivas. Y también han conseguido sobrevivir hasta ahora a la presión de las lenguas germánicas, aunque han ido perdiendo terreno ante ellas de forma constante.

CALEDONIA
Vallum Hadriani
HIBERNIA
BRITANNIA



Zona de ocupación romana en las Islas Britanicas

Cuando, ya en la Edad Media, comienza a haber documentación escrita de estas lenguas, el celta de tipo britónico se manifiesta en tres variedades, dos en Gran Bretaña *(galés* y *córnico),* y una en la Bretaña francesa *(bretón).*

El *galés,* lengua propia del País de Gales, se llama por parte de sus hablantes *cymraeg,* es decir, lengua de los paisanos nativos *(cymro),* de donde se ha tomado a veces el nombre utilizado en Gramática Comparativa (por ejemplo *Cymrisch* en alemán). Si descontamos alguna glosa, los manuscritos más antiguos que han llegado físicamente hasta nosotros con textos en galés datan del s. XII y siguientes. Pero muchos de los poemas que contienen son bastante más antiguos, aunque no sepamos precisar con exactitud la fecha. La literatura galesa ha seguido produciéndose sin interrupción hasta nuestros días. Su edad de oro puede cifrarse entre 1350 y 1450. Pero luego ha tenido varios otros períodos de pujanza.

El *córnico* es la lengua nativa de Cornualles, de la que tenemos glosas y nombres propios a partir del s. X y un breve texto literario de principios del s. XV. Finalmente el *bretón,* en la Bretaña francesa, es el heredero de la lengua de los británicos que se refugiaron allí huyendo de la invasión germana de su isla en el s. V d. C. Esa región de Francia se llama, con topónimo celta, *Aremórica, Armórica,* palabra en que distinguimos dos rasgos genuinamente célticos: *Are-* es la forma resultante de *$p^{o}ri$* «cerca, junto a» (cf. griego παρά, latín *prae;* y con otra vocal, griego περί, latín *per),* y *mori* es la forma celta de la palabra para «mar» (latín *mare).* De forma que *Aremorica* es la «[tierra] junto al mar, la ribera». No sabemos si cuando este reflujo insular llegó al continente había ya desaparecido por completo de la zona todo resto del galo (celta continental), eliminado por el latín, o si quedaban aún ciertos reductos que pudieran haber sido potenciados por el aporte insular permitiéndoles sobrevivir hasta nuestros días. Los primeros testimonios en bretón son glosas del s. IX, período en que esta lengua permanece aún muy próxima al *galés* y al *córnico.* Los primeros textos literarios datan del s. XV.

Todas las lenguas célticas medievales (irlandés antiguo, galés, córnico, bretón) aparecen muy alteradas en relación con el modelo indoeuropeo en general y el céltico continental (e incluso el irlandés ogámico) en particular. En ellas se han producido diversas innovaciones que han alterado profundamente su aspecto. En el terreno de la fonética tiene particular importancia la *lenición* de las consonantes y la pérdida de las sílabas finales. La lenición es un proceso de debilitación de las consonantes que tiene unos efectos concretos complicados y con un cierto grado de variación dialectal. La pérdida de las sílabas finales en una lengua flexiva sufijal, como son las indoeuropeas antiguas, supone tal catástrofe que lleva inexorablemente consigo la generación de un sistema gramatical nuevo. Ninguno de esos dos hechos se había producido en celta continental. Las opiniones que quieren atribuir ciertos rasgos de las lenguas románicas a su substrato celta continental se basan en el presupuesto, no bien

fundado, de que la lenición se había dado ya en el celta continental. Pero en la medida en que se van ampliando nuestros conocimientos, por ejemplo del celtibérico, tal suposición se revela inexacta.

En el terreno de la morfología y la sintaxis hay igualmente importantes innovaciones, en parte debidas a la pérdida de las sílabas finales. Existen dos flexiones verbales paralelas, *absoluta* y *conjunta,* cuyo origen en las dos series de desinencias indoeuropeas (primarias/secundarias) es una hipótesis sin confirmar. Hay abundante aglutinación de pronombres con verbos, proceso éste que se suele considerar iniciado en celta continental, aunque de él no hay huella en celtibérico. Las funciones nominales, al desaparecer las desinencias, pasan a ser desempeñadas en forma analítica mediante preposiciones, como sucede también en las lenguas románicas. Y cambia drásticamente el orden de palabras. En celta común el orden era, como en tantas lenguas indoeuropeas antiguas, del modelo SOV, que sigue vigente en celtibérico, al menos en sus textos más antiguos. En cambio, las lenguas célticas insulares emergen en la Edad Media con un orden VSO, rarísimo entre las lenguas indoeuropeas y poco frecuente en el conjunto de las lenguas del mundo.

En general, todas las lenguas célticas están amenzadas de extinción. Las de Gran Bretaña, presionadas por la fuerza incontenible del inglés, han ido perdiendo terreno paulatinamente. Se considera, por ejemplo, que en Escocia apenas un 2% de la población es ya capaz de hablar escocés gaélico. En Irlanda (la República de Eire), la situación es algo más favorable gracias a la protección nacionalista de la lengua. Pero aun así, de los alrededor de 3.000.000 de habitantes, tan sólo unos 800.000 hablan irlandés. Sería una lástima que la extinción se consumara. Representaría para el lenguaje humano una pérdida tan sensible como es la extinción de una especie animal para la biología del planeta.

En la comparación lingüística precisamos siempre los estadios más conservadores en cada rama indoeuropea. En lo que al celta se refiere, solemos utilizar los materiales continentales y el antiguo irlandés ogámico en la medida limitada en que son disponibles. Y entre las lenguas medievales la más adecuada es el irlandés antiguo. Más rara vez acudimos al galés antiguo para cuestiones no específicamente célticas.

La relación dialectal más o menos estrecha del celta con otras lenguas indoeuropeas ha sufrido alternativas en la consideración de los especialistas, sobre todo en los últimos tiempos. La idea más ampliamente admitida es que son el germánico y el itálico los dos grupos más próximos, englobados los tres en ese conjunto más amplio que Meillet llamaba *noroccidental* y otros, como Marstrander, simplemente *occidental.* Por otra parte, Vendryes, Pedersen y, más recientemente, M. Lejeune han señalado la existencia de arcaísmos con-

servados por una parte en itálico y celta y por otra en indo-iranio y tocario, como áreas laterales que son. Pero esas ideas generales quedan precisadas de forma bastante distinta según los autores. Y, por otra parte, recientemente se han emitido ideas radicalmente diferentes.

En el modelo de dialectalización basado en la imagen de las ondas, J. Schmidt opinaba que el celta era el dialecto intermedio entre el germánico y el itálico, que cuenta con innovaciones compartidas alternativamente por uno y otro. Y en la imagen del árbol genealógico, C. Lottner propuso que celtas e itálicos habrían formado en algún momento de la prehistoria un solo pueblo, hablante de una lengua común que convencionalmente llamamos *italo-celta.* Algunos incluso buscaron corroboración arqueológica para esa unidad. La tesis del *italo-celta,* patrocinada por A. Meillet, se convertiría en doctrina ampliamente aceptada. Ampliamente, pero no universalmente, como ahora diré.

Los argumentos clásicos que se han aducido para probar la unidad italo-celta son los siguientes: 1) Asimilación **pek^{w}-* en **k^{w}ek^{w}-:* como esa combinación de consonantes en una misma raíz no es frecuente en indoeuropeo, la asimilación se da en pocas palabras: **penk^{w}e* «cinco», **pek^{w}ō* «cocer», **perk^{w}us* «encina». 2) Genitivo de singular temático en *-ī.* 3) Superlativo en *-*(i)s^{o}mo-*. 4) Pasiva en *-r.* 5) Subjuntivos en *-ā-* y en en *-s-*. 6) Una cierta cantidad de léxico común, de nueva planta o por evolución semántica específica.

Según los presupuestos de los que cada cual parta, ese conjunto de rasgos comunes puede ser suficiente o no para demostrar la existencia de una comunidad prehistórica italo-celta. Y si bien, como digo, la opinión mayoritaria la ha aceptado, ha habido desde antiguo cualificadas opiniones contrarias. Entre los detractores se encuentran A. Walde (de cuyas originales propuestas alternativas hablo en otro lugar de este libro), Marstrander y, más recientemente, C. Watkins. Pero también ha habido en los últimos tiempos posturas favorables como la de W. Cowgill y L. Bednarczuk, aunque presentadas con ciertos matices. En general, los trabajos recientes contienen valoraciones nuevas de hechos ya conocidos, más bien que datos nuevos aducidos en favor o en contra. Por otra parte, el mejor conocimiento que ahora tenemos del celta continental proporciona nueva luz sobre algunos de los rasgos tradicionalmente aducidos.

Los cinco argumentos clásicos merecen un juicio desigual. Los detractores de la unidad italo-celta hacen ver que la asimilación **pek^{w}- > *k^{w}ek^{w}-* no se produce en celta para la palabra **perk^{w}us* «encina» en *Hercynia,* que ofrece un tratamiento **p-* > /h/ [previo al > ø característico] en que /p/ no ha sufrido la asimilación. De ahí deducen que la cronología relativa de los dos sucesos fonéticos implicados sería: 1) **perk^{w}us* «encina» > **perkus* [por disimilación de *-k^{w}u-* > *-ku-*], y 2) Asimilación de **pek^{w}- > *k^{w}ek^{w}-*, que no afecta a la palabra de la encina, que para entonces ya no contendría ese esquema consonántico. Como en latín sí se produce la asimilación en esa palabra *(*perk^{w}us > quercus),* deducen que estos procesos han tenido lugar independientemente en uno y otro grupo.

El argumento, que puede parecer a primera vista decisivo, no lo es tanto. En primer lugar por la naturaleza misma de los cambios fonéticos y su forma de imponerse, que no es instantánea. Las dos articulaciones (la arcaica y la innovada) pueden coexistir durante mucho tiempo, de forma que cuando hay dos cambios implicados contemporáneamente como sucede en la asimilación y la disimilación de $*perk^{w}us$, el resultado es imprevisible. La prueba de ello es que formas con la labial asimilada en /k^{w}/ para la palabra de la «encina» no se dan sólo en itálico (latín *quercus),* sino a veces también en celta, como se ve en el topónimo *Aquae Querquernae* y en los nombres de tribus célticas *Querquerni, Quarqueni.* Por lo demás *Hercynia* podría ser un término no originariamente celta, sino tomado por los celtas de un substrato *antiguo-europeo,* cuya fonética por consiguiente no sería genuinamente céltica en todos sus pasos.

El argumento del genitivo temático en *-ī* también quedó debilitado con la aparición del celtibérico, en que no hay esa desinencia. Pero debilitado no quiere decir anulado, porque sigue siendo un hecho que las dos únicas ramas en que *-ī* actúa como genitivo de singular son el celta y el itálico. No todo el celta; pero tampoco todo el itálico [no se da en osco-umbro]. Sin embargo, la verosimilitud de que -*ī, como desinencia de genitivo, sea un arcaísmo termina de privar a ese rasgo de cualquier significación.

En el superlativo hay ciertamente una gran afinidad entre las formas celtas e itálicas, acaso mayor de la comúnmente admitida. En cambio, el subjuntivo en *-ā* tendría orígenes muy diferentes en ambos grupos (H. Rix). Y así sucesivamente. Por otra parte, hay una innovación común importante, que normalmente no se tiene por tal, como es la diferenciación de las vocales a/o. Y ésta es una de las grandes dificultades de la Dialectología. Como los arcaísmos compartidos no son prueba de afinidad dialectal y sí lo son en cambio las innovaciones, basta que un rasgo sea juzgado en su carácter de arcaísmo o innovación de forma diferente, para que las conclusiones dialectales sean diametralmente opuestas. En concreto, si el tener diferenciadas las vocales a/o es un arcaísmo, como generalmente se piensa, ese rasgo no significa nada respecto a las relaciones del celta y el itálico. En cambio, si es una innovación, como yo sostengo, se podría convertir en un nuevo indicio de relación dialectal entre ambos grupos.

Aun así, no todas las innovaciones tienen el mismo valor probativo. También en esto hay grados. Concretamente la diferenciación de a/o es una isoglosa con baja capacidad probatoria desde el punto de vista dialectal, como más adelante diré. Y, por otra parte, entre celta e itálico existen algunas diferencias bien significativas, como es la forma en que históricamente emergen en ambas las llamadas *sonoras aspiradas.* En celta resultan ser sonoras simples, confundidas con las *sonoras* indoeuropeas, mientras que en itálico se mantienen diferenciadas las tres series, apareciendo las *sonoras aspiradas* como *fricati-*

vas (tal vez a través de una etapa de *sordas aspiradas).* Ese rasgo relaciona al celta con el ilirio, báltico, eslavo, tracio, iranio y en parte con el germánico. Y, en cambio, el itálico se aproxima al griego en ese punto.

Uno de los pocos hechos verdaderamente nuevos, presentado como argumento a favor de la unidad italo-celta, es la abreviación de las vocales y sonantes largas en posición pretónica, que afecta en forma idéntica a esos dos grupos y, en forma diferente (bastante más restringida), al germánico. El argumento lo presentó el soviético V. A. Dybo ya en 1961, pero ha pasado bastante inadvertido en Occidente.

En un trabajo reciente K. H. Schmidt busca una conexión dialectal totalmente nueva para el celta. Las coincidencias entre éste y el itálico se deberían, o al contacto entre ambos pueblos iniciado en torno al año 400 a. C., o a innovaciones paralelas. En cambio, las relaciones dialectales verdaderamente antiguas del celta se darían con el griego y el indo-iranio. No aduce para ello muchos argumentos, pero Schmidt los considera de gran peso. Por una parte, está el tema del pronombre relativo, que en celta es **yo-,* como en griego e indoiranio, al contrario que el latín que utiliza **k^{w}o-* como el hetita y el tocario. Y por otra, un futuro en -**syo-,* atestiguado únicamente en la inscripción gala de Chamalières *(bissíet, pissíiu, toncsiíonṭío),* que tiene paralelos bien conocidos en sánscrito y podría tenerlo en griego κείοντες (glosa de Hesiquio), si deriva efectivamente de **kei-ə$_1$-syo-nt-es.*

Aunque en un primer momento la alternativa de Schmidt pueda parecer chocante, quizá no esté descaminada. Porque eso resultaría congruente con las notorias coincidencias que hay entre el celta de una parte y el griego e indoiranio de otra, también fuera del ámbito estrictamente lingüístico. Por ejemplo, en las tres son frecuentes los antropónimos solemnes consistentes e compuestos, que faltan en cambio en hetita o latín; es en el celta donde se encuentran más elementos del *lenguaje poético indoeuropeo,* que tiene su máxima expresión en griego e indo-iranio, etc. Todo ello sugiere la vinculación del celta con el mismo ámbito que esos dos grupos de lenguas, o quizás la pertenencia a un mismo estrato cronológico de la lengua común.

En general, los esquemas en que de ordinario se encuadran las posibles vinculaciones del celta (árbol genealógico, ondas) son demasiado estrechos para reflejar la complejísima red de las conexiones dialectales entre las diferentes ramas indoeuropeas. W. Cowgill hizo un esfuerzo por dotar a las relaciones del celta y el itálico de un marco histórico y geográfico concreto. Pero sobre todo ello, aplicado en términos generales a todo el conjunto de lenguas indoeuropeas, volveré más adelante.

CAPÍTULO XI

LOS LIGURES

Antes de la completa romanización del Mediterráneo, había en sus regiones occidentales un viejo pueblo —*gens antiqua* lo llama el historiador Tito Livio— al que los griegos daban el nombre de Λίγυες. Y los romanos el de *ligures*. Pero, a decir de Plutarco, ellos se llamaban a sí mismos *ambrones*, nombre que coincide con el de una tribu germana, aliada de los teutones, que lo utilizaba al parecer como grito de combate.

El nombre de ese pueblo ha perdurado hasta nuestros días en el de la actual región italiana de Liguria, que comprende, de Este a Oeste, las provincias de La Specia, Génova, Savona e Imperia. Pero en la Antigüedad ocupó zonas mucho más extensas. La colonia griega de Massilia (Marsella) estaba en pleno territorio de los *saluvios*, una de las tribus ligures. Y a esa gente perteneció todo lo que es hoy la Costa Azul y la Riviera. El territorio ligur se extendía desde la ciudad de Pisa y el río Arno al Este, hasta el Ródano al Oeste. Y a ello hay que añadir las poblaciones ligures de algunas de las islas, como Córcega y Elba, mencionadas por diferentes autores. En un sentido más amplio, se habla de ligures en toda la costa, también al oeste del Ródano, hasta la desembocadura del Ebro. Y para esta prolongación occidental a veces se habla de *iberoligures*.

Por otra parte, hay en las fuentes antiguas diversas menciones de ese nombre en regiones más meridionales de la Peninsula Ibérica. Avieno habla de un lago *Ligustino* en territorio tartesio («sed insulam Tartessus amnis, ex Ligustino lacu per aperta fusus, undique adlapsu ligat»); Esteban de Bizancio menciona una ciudad ligur en la misma región y llama ligures (Λίγυες) a sus habitantes; Estrabón, citando a Eratóstenes, llama a España con el nombre de Península Ligur (Ἄκρα Λιγυστική); Tucídides asegura que una migración ligur expulsó a un grupo de iberos que vivían junto al río Sicano en Hispania y fueron a habitar Sicilia. Sobre tales bases, muy poco sólidas en verdad, algu-

nos han llegado a pensar que hacia el s. VI-V a. C. los ligures estarían ocupando gran parte de la Península Ibérica.

Conjugando las referencias de los antiguos sobre los ligures de Hispania con la Liguria transpirenaica, y con un abultado y más o menos homogéneo conjunto de topónimos que se encuentran en amplias regiones de Europa, D'Arbois de Jubainville llegó a imaginar la existencia de un verdadero imperio ligur que habría ocupado todo el occidente europeo antes de la llegada de celtas y germanos por una parte, y del establecimiento de los iberos en nuestra Península por otra.

Aparte de las mencionadas referencias de los antiguos nada sabemos de los supuestos ligures de nuestra Península. Y es de los de la Liguria italiana de los que tenemos algo más de información. En efecto, gracias a su pronto contacto con los romanos, han llegado hasta nosotros algunas referencias sobre su aspecto, carácter y hábitos. Eran, al parecer, delgados y no muy altos, pero duros y resistentes; de tez oscura; belicosos, intrépidos, tramposos, embusteros; marinos expertos y comerciantes poco de fiar.

Ciertas tradiciones conservadas por Catón y Varrón relacionan a los *ligures* con los *sículos,* que dan nombre a Sicilia, y con gentes ya entonces desaparecidas, que habrían sido la población aborigen de Italia. Respecto a su lengua, Plinio atestigua que no hablaban la misma que los galos, de quienes se diferenciaban también por sus rasgos anatómicos. Y el filósofo hispano Séneca afirmaba que la lengua de los ligures era diferente del ibero, que él al parecer conocía no sabemos con qué grado de competencia.

Pero, desgraciadamente, a pesar de todas estas circunstancias favorables, no ha llegado hasta nosotros ninguna inscripción en la lengua de los ligures. Y eso dificulta enormemente, como puede comprenderse, cualquier avance en el conocimiento cierto tanto de la filiación como de la historia de ese pueblo.

La idea que la ciencia moderna se ha hecho de los ligures ha sufrido en lo que va de siglo alternativas muy parecidas a las habidas en el campo del ilirio. Tras la época en que D'Arbois de Jubainville y sus seguidores imaginaban una Europa occidental ligur comenzó la fase de recesión de esas ideas en cuyo rechazo y abandono definitivo resultan decisivas las posturas de A. Berthelot, P. Fouché y P. Bosch-Gimpera. Aunque R. Menéndez Pidal se resistió largo tiempo a abandonarla, sobre todo en sus implicaciones hispánicas. Toda la toponimia que en la actualidad consideramos *paleoeuropea* fue tenida en un determinado momento por iliria, y antes aún por ligur. Como esa toponimia tiene una difusión grande por toda Europa, la zona de extensión del ligur (y la del ilirio después) alcanzó unas proporciones desorbitadas en la consideración de los especialistas. Y cuando se descartó la filiación ligur de esa toponimia, las dimensiones de este pueblo recuperaron sus verdaderas medidas. Pero a costa de perder una de las fuentes de información más ricas que se había creído tener sobre esa lengua: la toponimia y la hidronimia de extensas áreas de Europa.

Ahora sabemos que, en principio, no hay que contar con esos datos para la identificación y clasificación del ligur. Y como tampoco tenemos ningún texto en esa lengua, es bien poco lo que nos queda. Lo más importante de que disponemos son unas modestas glosas en varios autores antiguos: *asia* «centeno», *bodinco-* «profundo, sin fondo» y *sigynna* «mercader, buhonero» son las más seguras. Otras ofrecen ciertas dudas o por su forma o por su verdadera filiación ligur: *lebēris* «conejo», *rauicelo-* «una especie de pino», *saliunca* «una variedad de nardo», *ambrones* (el endoétnico ligur), *balaro-* «desertor», *cararia* «cantera [de piedra]», *damma* «ciervo, antílope», *ginnus* «mulo», *lapid-* «piedra» (idéntico al latín *lapis* «piedra»). Para algunas de ellas se han propuesto etimologías indoeuropeas. Por ejemplo *bodinco-* sería comparable con griego πυθμήν, sánscrito *budhná-*, latín *fundus,* todos ellos de **bhudh-* «suelo, fondo». Para *rauicelo-* se ha pensado en latín *grānum;* para *ambrones* en sánscrito *ambhṛná-* «poderoso, terrible»; y para *damma* en griego δαμάλης y antiguo irlandés *dam.* Otras, en cambio, son tenidas de ordinario como no indoeuropeas, como *cararia,* evidentemente de *kar(r)a-* «piedra», que se encuentra también en topónimos como *Carrara,* si bien la no indoeuropeidad de ese elemento dista de ser segura.

En inscripciones lepónticas (celtas) de la región ligur aparece, como dije al hablar de esa lengua, el término *pala* «piedra, losa sepulcral», que se supone tomado por los celtas del substrato ligur, y que por lo tanto sería otra presunta palabra de esa lengua. Un elemento *pala se* encuentra también en topónimos. Pero como está presente en la Península Ibérica, Francia, Córcega y Cerdeña, su filiación se atribuye a veces a ese concepto tan vago de «substrato mediterráneo». Como diré al hablar de la Península Ibérica, una primera llamada de atención sobre la exactitud de la filiación preindoeuropea del elemento *pala* se produjo con la identificación de ese elemento en una inscripción indoeuropea de Lusitania: *trebopala* seria una divinidad, algo así como «la piedra [sagrada] de la tribu o poblado». Naturalmente se pensó que los indoeuropeos lusitanos de la Península habrían tomado ese elemento al substrato preindoeuropeo, lo mismo que los celtas lo tomaron en el norte de Italia. Pero el paralelo sorprendente del sánscrito *viśpalā,* en que el primer elemento *viś(a)-* «aldea, poblado» es un equivalente semántico del *trebo-* lusitano, introduce un elemento de juicio nuevo en la valoración de *pala,* de cuyo origen no indoeuropeo es legitimo ahora dudar. Por añadidura, es un hecho cierto que hay hidrónimos y topónimos de segura filiación indoeuropea derivados de un **pal-* perteneciente a la raíz **pel-* «pantano agua estancada», de la que he puesto algunos ejemplos en capítulos anteriores.

Aparte de las glosas y el elemento *pala,* como fuente para el conocimiento del ligur nos quedan los topónimos de la zona y los antropónimos presentes en las inscripciones latinas de la región de Liguria. Pero desgraciadamente, ésa no es precisamente una fuente de aguas cristalinas.

Los nombres de persona se comportan de una manera diferente a los topónimos. Los topónimos de una región difícilmente cambiarán sin que medie una substitución de lengua o de población en la correspondiente zona. E incluso produciéndose tal substitución, los topónimos cuentan con ciertas probabilidades de sobrevivir. En cambio, los antropónimos pueden renovarse a partir de lenguas ajenas, sin necesidad de que cambie ninguna otra cosa más que la moda. Y, a su vez, cuando se produce la substitución de una lengua, los antropónimos de la lengua eliminada tienen también una cierta probabilidad de subsistir incorporándose a la nueva lengua, como un elemento más de substrato: los antiguos habitantes pueden continuar utilizando sus nombres tradicionales o parte de ellos, a pesar de haber cambiado de lengua. E incluso pueden con el tiempo extenderse a todo el conjunto de la población mezclada resultante. De forma que en una población latinizada puede haber nombres celtas, o iberos, o cualquier otra cosa.

Tanto la toponimia como la antroponimia de Liguria —al igual que la de diversas otras regiones sometidas a condiciones similares— ofrecen, como fuente de información, otra grave deficiencia: que no conocemos los limites exactos del territorio ligur y por lo tanto el establecimiento del *corpus* toponomástico puede sufrir distorsiones por más o por menos.

En términos generales, tanto la toponimia como la antroponimia de la región de Liguria ofrecen una mezcla abigarrada de elementos indoeuropeos y no indoeuropeos. Entre los indoeuropeos podemos citar *Génova* (cf. latín *genu* «rodilla»), Aquae *Bormiae, Bormida* (de *g^{w}hermó- «caliente»), etc. Y entre los no indoeuropeos hay *Entella, Eryx, Medma, Edus, Gabellus,* etc. Hay topónimos híbridos, como *Leucumellus,* uno de cuyos elementos es indoeuropeo (en este caso *Leucu-* «blanco») y otro es tenido generalmente por no indoeuropeo (*mel*[*l*]*o-* «monte»). Y entre los indoeuropeos los hay de diferentes estirpes, no siempre fáciles de diferenciar.

La región de Liguria tiene en época romana al menos los siguientes estratos bien identificados: latino, galo, lepóntico, paleoeuropeo y ligur. Hay nombres que presentan señas de identidad suficientes para una atribución segura a uno de esos estratos. Los más obvios son naturalmente los latinos. Otros pueden ser tenidos sin duda por celtas (lepónticos o galos), como *Dunomarus.* Pero hay otros en que las cosas son harto más difíciles. En *Suadilla o Albialus* encontramos otras tantas raíces de indudable indoeuropeidad: **swādu-* «dulce», **albh-* «blanco», cuyas peculiaridades radicales y derivativas no permiten una especifica atribución a ninguno en concreto de los estratos conocidos. Los elementos indoeuropeos son bastante abundantes, tanto en la antroponimia como en la toponimia. Pero no tenemos ningún derecho a considerar específicamente ligur todos los nombres indoeuropeos que no pertenezcan a los otros tres estratos indoeuropeos históricos (lepóntico, galo y latino). Porque nada nos asegura que, además de los conocidos, no haya habido otro u otros. Signi-

ficativo en ese sentido es el hidrónimo *Porcobera* (en italiano moderno Polcevera), consistente en un compuesto de filiación indoeuropea incuestionable: **perk-/*pork-* «lucio, trucha» (de donde griego πέρκη que, como préstamo a través del latín, se encuentra en español *perca*) y **bher-* «traer, llevar». Pero no podemos precisar su filiación. No puede ser lepóntico ni galo por la conservación de /p/; ni latín u osco-umbro por el tratamiento /b/ de /bh/; ni *paleoeuropeo* por la presencia de /o/ en vez de /a/. Lo que hace pensar que o el ligur es indoeuropeo y fue el responsable del hidrónimo *Porcobera* o en la zona hubo más estratos indoeuropeos que los que podemos atribuir a pueblos históricamente identificables.

Aunque la idea ha tenido detractores de relieve (W. Meyer-Lübke, V. Bertoldi, F. Ribezzo) se ha solido considerar ligur el sufijo *-asco,* que se encuentra en topónimos y etnónimos: *Comasco, Bergamasco, Vinelasca, Tulelasca.* Menéndez Pidal recogió un buen número de ellos en la Pernínsula Ibérica: *Vipasca, Aviascos, Velasco, Balasque, Ademascos, Carrasca, Panasca, Rabasco,* etc. Y suele atribuirse a efectos del substrato ligur el paso de /l/ (y a veces también /r/) a /ŕ/ (es decir, una /r/ articulada en la región palatal) que puede desaparecer, fenómeno que sigue vivo en la Liguria actual. E igualmente una cierta tendencia a cerrar la vocal /a/ en /e/ en determinadas posiciones.

De todo el material lingüístico de Liguria lo único que puede inferirse con seguridad es que hay en la región, aparte de los estratos históricamente identificados (latino, galo y lepóntico), otro u otros indoeuropeos y otro u otros no indoeuropeos. Pero es imposible por el momento decir con precisión cuántos de ambas clases. Y lo es igualmente deslindar con precisión el material toponomástico perteneciente a los diferentes estratos. Y establecer con seguridad qué conjunto de nombres hay que atribuir en concreto al pueblo que los latinos denominaban *ligures.* Y, por lo tanto, saber si los ligures eran indoeuropeos o no.

Las palabras de atribución más segura a la lengua de los ligures son las glosas que los autores clásicos nos han transmitido como tales. Pero son tan escasas, que de ellas no cabe una inferencia segura. Hoy estamos convencidos de que la toponimia *paleoeuropea* no fue obra de los ligures. O si se quiere, que los paleoeuropeos no eran ligures. Pero no está descartada la posibilidad de que los ligures sean el resultado histórico de uno de los diferentes grupos indoeuropeos *paleoeuropeos* que en un momento determinado (durante el II milenio, en opinión de Krahe) se extendieron por Europa y crearon esa hidronimia característica. Como dije en un capitulo anterior, no hay que entender el *paleoeuropeo* como una lengua unitaria, sino más bien como un conjunto de lenguas indoeuropeas diferentes, pertenecientes a un estrato cronológico muy antiguo. No está descartado que el ligur, si efectivamente fuera indoeuropeo

—cosa que, insisto, está por averiguar— fuera el resultado histórico de uno de sus dialectos

Sea cual fuere su filiación, cuando los romanos entraron en contacto con ellos en el s. III a. C. los ligures llevaban ya largo tiempo sufriendo la presión y la influencia de los celtas. Sabemos por Polibio que hacia mediados del s. II a. C. había aún numerosas tribus ligures no sometidas a Roma, que obstaculizaban el viaje por tierra de las legiones romanas a Hispania. La completa anexión a Roma de toda Liguria se produjo el año 14 a. C. por obra del emperador Augusto. Y con ello se inició el proceso de su total romanización. Por las referencias de Séneca y Plinio sabemos que en el s. I d. C. se continuaba hablando la lengua de los ligures. Pero no podemos precisar cuándo dejó de hablarse definitivamente.

CAPÍTULO XII

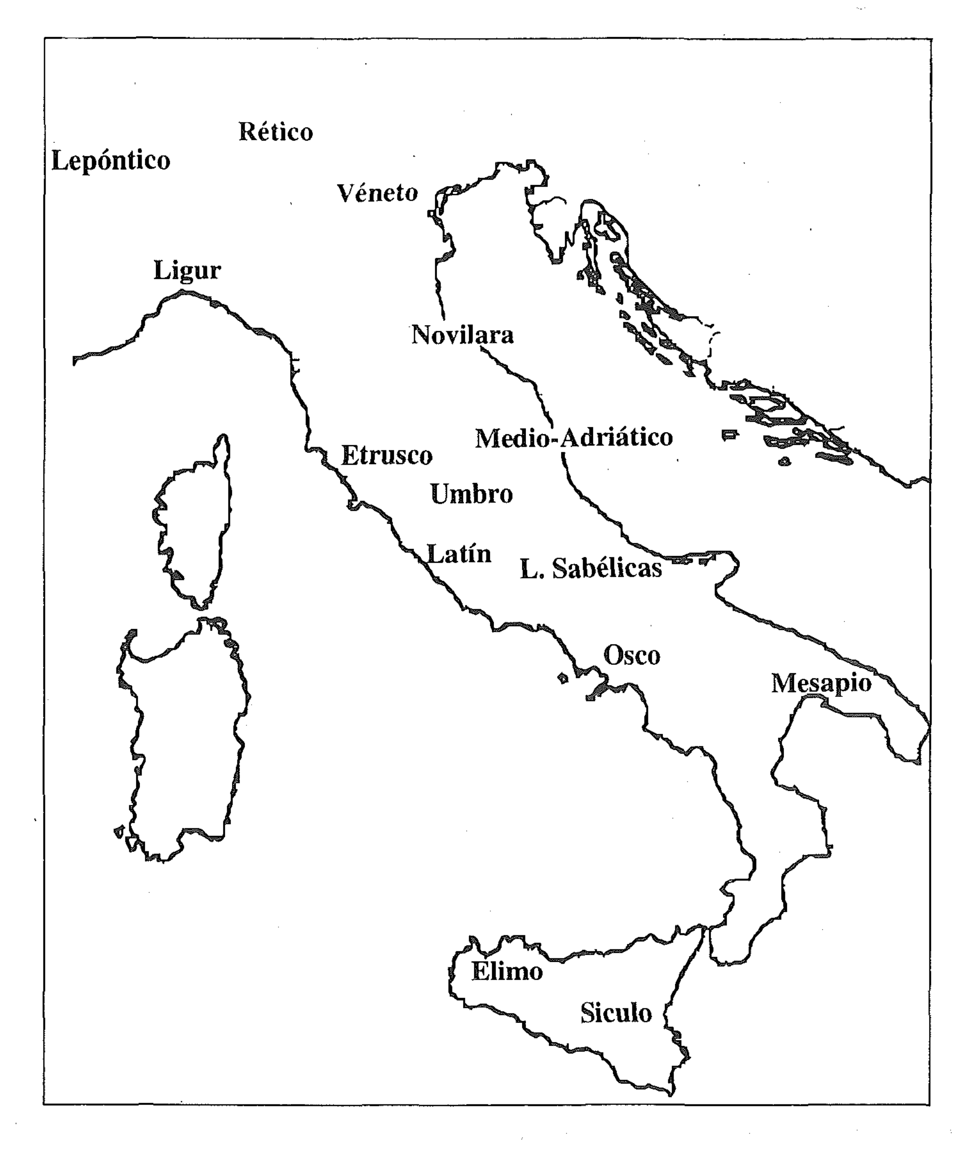
ITALIA

Que este capítulo no se titule, como los restantes de esta parte, con el nombre de la estirpe indoeuropea correspondiente, sino con el de un país, se debe a dos razones. La primera es que el nombre de *itálicos* hace ya mucho tiempo que dejó de tener un contenido unívoco. Y la segunda es que, en cualquiera de las acepciones en que pudiera utilizarse, resulta insuficiente para abarcar la complejidad de los hechos que se nos ofrecen históricamente en suelo italiano.

El alfabeto entró en Italia durante el s. VIII a. C. Hasta esas fechas no había habido ninguna gran civilización del estilo de las minorasiáticas o egeas que propiciara una homogeneización lingüística gracias a un fuerte poder estatal centralizado. La organización política se atenía por la época a ese modelo característicamente indoeuropeo —aunque no sólo indoeuropeo— en el que no se rebasa el ámbito de la ciudad. De forma que la documentación prerromana, de la que comenzamos a disponer a partir del s. VII-VI a. C., ofrece a nuestros ojos un panorama lingüístico y étnico para el que no resulta exagerada la metáfora del mosaico.

En el Norte, de Este a Oeste, encontramos a *vénetos, retos, lepontios, galos* y *ligures.* Algo más al Sur, en la costa occidental, se encontraban los *etruscos,* y hacia el interior los *umbros,* mientras que a orillas del Adriático, en Novilara, hay documentación de una lengua de la que nada sabemos, ni siquiera el nombre, como tampoco del pueblo que la hablaba. Al sur de Novilara, entre el territorio umbro y las costas adriáticas, estaban los *picenos,* y más al Sur los *vestinos, marrucinos* y *pelignos,* que formaban una cadena hacia Occidente con los *marsos* y los *sabinos.* Al oeste de los sabinos, ya cerca de las costas occidentales, se encuentran los *latinos,* término que engloba a los habitantes de Roma, Satricum, Lavinium, Tusculum y Praeneste. Y entre los etruscos al Norte y los latinos al Sur se encuentran los *faliscos.* Descendiendo algo

más al Sur, en la vertiente occidental se encuentran los *volscos* y los *auruncos,* y en la vertiente adriática, los *frentanos.* Algo más al Sur, en las regiones centrales estaban los *samnitas* y en la costa adriática los *daunos.* En la región de Nápoles y Pompeya se ubicaban los *oscos* y más al Sur los *lucanos.* En Apulia los *mesapios.* En Sicilia hay noticias al menos de tres pueblos diferentes: *sículos, sicanos* y *elimos.* Y a ello hay que añadir dos lenguas no indígenas, sino de colonizadores, como son el griego y el púnico.



Lenguas de Italia antigua

De casi todos esos pueblos tenemos documentación epigráfica, que nos muestra una rica variedad de lenguas diferentes, indoeuropeas y no indoeuropeas. Mientras que la toponomástica, junto con algunos otros indicios, sugiere que el panorama pudo haber sido bastante más complejo aún de lo que nos informa la epigrafía.

Por lenguas no indoeuropeas suelen tenerse el etrusco, el reto y la lengua de la estela de Novilara, a la que a veces se llama *piceno septentrional.* El *ligur,* como hemos visto en el capítulo anterior, ha sufrido alternativas en su consideración como indoeuropeo o no. Respecto al *sicano* y al *elimo* de Sicilia no parece haber razones decisivas para pronunciarse. Y todas las demás, incluido el *síkulo,* se tienen por indoeuropeas.

Entre éstas últimas, el *mesapio* suele vincularse con el *ilirio.* El *lepóntico* y el *galo* pertenecen al grupo celta. El *véneto,* cuya indoeuropeidad nadie ha puesto en duda, ha sufrido alternativas varias en su atribución a una u otra estirpe indoeuropea.

Excluidas las no indoeuropeas y las indoeuropeas de otras filiaciones conocidas o discutidas, nos queda todavía un conjunto bastante amplio de lenguas, que incluye el *latín, falisco, piceno meridional* (o *piceno* a secas), *osco, umbro, vestino, marrucino, peligno, marso, sabino,* etc., y, en Sicilia, el *síkulo.* A todo ese conjunto se aplica la denominación de *itálico,* en la acepción amplia de ese término.

La opinión tradicional, inspirada en el modelo del árbol genealógico, en su versión más esquemática y simplista, supone que el *itálico* es una estirpe indoeuropea unitaria, en el mismo sentido que lo es la *germánica* o la *griega.* Esta visión, en su formulación más conservadora, suele ir unida a la aceptación de la unidad italo-celta, de forma que supone que al desmembrarse la lengua común indoeuropea habría surgido de ella, entre otras, una rama italo-celta que a su vez se habría dividido en una rama celta y otra itálica. Y todas las lenguas referidas en el parágrafo anterior serían herederas de esa rama itálica. El gran maestro francés A. Meillet puede considerarse el máximo representante de esa doctrina.

La idea de que todas esas lenguas procedan de un *itálico común* se apoya en una serie de coincidencias de desigual valor compartidas por todas ellas. No todos los especialistas aceptan el mismo inventario de coincidencias, por lo que en la enumeración que sigue no pretendo la exhaustividad: 1) Acento de intensidad prehistórico en la primera sílaba; 2) _*r̥, *l̥_ > _or, ol_ y _*m̥, *n̥_ > _em, en_; 3) tratamiento como fricativas sordas de las aspiradas indoeuropeas en posición inicial _(*bh, *dh, *g^{w}h_ > f, y _*gh_ > h). En posición interior no hay coincidencia; 4) _*eu_ > /ou/; 5) _*y_ se pierde en posición intervocálica y se conserva en inicial; 6) _-*dy-, -*gy-_ > _-iy-;_ 7) _*w_ eliminada tras labial; 8) _-*tt-_ > _-ss-;_ 9) Sonorización intervocálica de _-*s-;_ 10) _-*sd-_ > _-*zd-_ > _-d-;_ 11) En posición final _-*t_ > _-d;_ 12) Aproximación flexiva de los temas en _-i_ con los temas en consonante; 13) Creación de un ablativo para las flexiones en vocal; 14) Genitivo de plural en _-āsom;_ 15) Dativo-ablativo de plural en _-āis;_ 16)

Imperfecto en *bh(w)ă-*; 17) 1.ª sg. **som* (frente a **esmi* del indoeuropeo); 18) Gerundivo en *-nd-;* 19) Supino en *-tum;* 20) Pasiva en *-r;* 21) Establecimiento de cuatro conjugaciones con base formal parecida; 22) Organización de la flexión verbal sobre dos temas, *infectum/perfectum;* 23) Creación de tiempos relativos; 24) Escaso rendimiento de la composición nominal; 25) Vocabulario.

Esta lista puede parecer a primera vista impresionante. Y sin duda lo es, al poner de manifiesto un alto grado de coincidencia entre las lenguas *itálicas*. No obstante, desde el primer tercio de este siglo algunos indoeuropeístas llamaron la atención sobre las discrepancias que existen junto a esas coincidencias. Entre otras, e igualmente sin pretensión de exhaustividad, tenemos: 1) Diferente tratamiento de las labiovelares, que en osco y umbro dan labiales; 2) Diferente tratamiento de las aspiradas en posición interior; 3) Diferente genitivo temático; 4) Diferente dativo temático; 5) -**sm-* presente en la flexión pronominal del osco y umbro, pero ausente en latín; 6) Falta en osco y de umbro toda huella del aoristo en *-s-*, que en latín da un modelo frecuente de perfecto (en *-sī*); 7) Falta en osco y umbro del futuro perifrástico en **bh(w)-;* 8) Falta en latín del perfecto en dental (osco *-tt-);* 9) Infinitivos de orígenes diferentes: -**se* en latín, -**om* en osco y umbro; 10) Vocabulario. (No debe extrañar que encontremos el apartado «Vocabulario» tanto entre los argumentos a favor como entre los argumentos en contra de la unidad itálica. El léxico de una lengua es siempre un campo extenso y en él pueden encontrarse parcelas que apuntan en direcciones opuestas. En concreto, como argumento a favor se esgrime una cierta parte del vocabulario que presentan en común el latín de una parte y el osco-umbro de otra que, supuestamente, se habría creado en la etapa del *itálico común.* Y como argumento en contra se aduce la parte del vocabulario en que discrepan que, también supuestamente, habría sido introducida por separado, probando la falta de una verdadera etapa común.)

El primer pronunciamiento serio contra el carácter unitario del grupo itálico lo realizó en 1917 A. Walde, abriendo una polémica que en modo alguno puede considerarse cerrada todavía. Según Walde, del indoeuropeo habrían surgido, entre otras, tres ramas: 1) Galo-Britónico, 2) Goidélico-Latino, 3) Sabélico. Posteriormente, el grupo segundo se habría dividido de forma que parte de él (los futuros goidélicos o irlandeses) se habrían reunido con el grupo primero dando lugar al pueblo *celta,* mientras que otra parte (los futuros latinos) se habrían reunido con el grupo tercero, dando lugar al *itálico.*

Las ideas de Walde, en su forma exacta, no fueron aceptadas por casi nadie. Sin embargo han tenido la rara fortuna de que todo el mundo se sienta en la necesidad de citarlas, aunque no las crea. Y hoy, con el mejor conocimiento que tenemos del celta continental, resultan simplemente insostenibles. Pero, como digo, tuvieron la virtud de plantear crudamente el problema de la unidad itálica, tendencia que prendió sobre todo en la escuela italiana. Uno de los po-

cos en sostener ideas cercanas a las de A. Walde fue V. Pisani que, basándose en ciertas isoglosas, particularmente en el tratamiento labial de las labiovelares, supuso en los años 30 la existencia en el norte o noroeste de los Balcanes de una especie de *continuum* secundario formado por una parte de los futuros celtas (los galo-britónicos), una parte de los itálicos (los osco-umbros) y una parte de los griegos (los eolios). También esa combinación dialectal debe ser descartada tras el conocimiento que ahora tenemos de las fechas en que se produjo dicho tratamiento. Concretamente en griego sabemos que es posterior a la época micénica; el celtibérico no ha tratado las labiovelares ni a la forma goidélica ni a la britónica; etc. Todo eso hace pensar que la labialización es tardía, y realizada independientemente por cada dialecto. Sobre ella no puede montarse razonablemente ninguna relación dialectal antigua.

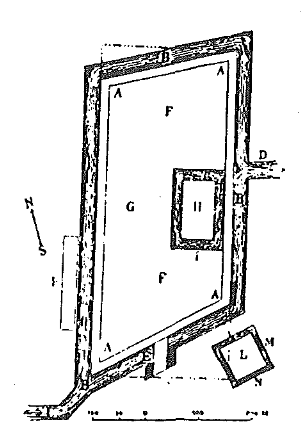
Pero rechazar esas combinaciones dialectales carentes de buenos fundamentos no equivale a reafirmar la unidad del grupo itálico. La duda vertida sobre la existencia del itálico como dialecto indoeuropeo unitario cobró vida propia. Y en los años sucesivos fue calando la idea de que a suelo italiano llegaron dos dialectos indoeuropeos diferentes, el uno representado históricamente por el latín y el otro por el osco y el umbro. Como ésas tres son las lenguas mejor conocidas, sirvieron como puntos focales sobre los que clasificar las restantes. En concreto, perteneciente al mismo dialecto indoeuropeo que el latín, se considera el falisco y para algunos también el sículo. Y pertenecientes al segundo dialecto indoeuropeo, que solemos llamar osco-umbro, se consideraron los restantes, si bien unos parecen más cercanos al osco y otros al umbro. A esta segunda agrupación dialectal se aplica también el término de *itálico,* en su sentido restringido.

El dialecto indoeuropeo del que deriva el latín suponía Pisani que se habría separado de la lengua común muy pronto, ciertamente antes que el osco-umbro, y tendría por ello particulares coincidencias con el indo-iranio, de las que frecuentemente participa también el celta. Entre ellas la conservación del nombre del «rey» *(*rēg-:* latín *rex,* galo *rix,* sánscrito *rāj-an-);* o la palabra para «creer», compuesta de **kerd-/*kr̥d-* «corazón» y **dhē* «pone » (latín *credo,* irlandés antiguo *cretim,* sánscrito *śrad-dádhāmi);* el término para «fuego» sería **egnis* en latín y sánscrito (con género animado) frente a **pūr,* inanimado, en umbro, griego o germánico; etc. Ampliando esa perspectiva, G. Devoto suponía que los dialectos indoeuropeos de que surgió el latín por un lado y el sánscrito por otro se separaron en una etapa en que la sociedad indoeuropea estaba dominada por una especie de aristocracia sacerdotal que la mantenía imbuida de una mentalidad fuertemente religiosa. Tras la separación de esos dialectos se habría producido una verdadera revolución social y religiosa, de la que habría surgido una sociedad más democrática y más laica, de la que, a su vez, derivarían entre otras estirpes los germanos y los osco-umbros.

En realidad, la vinculación del latín al mismo estrato cronológico que el sánscrito no tiene demasiado fundamento. A las escasas coincidencias que se ci-

tan puede contraponerse con facilidad una buena serie de divergencias, tanto lingüísticas como culturales. En Roma no hay ni lengua poética ni poesía épica al modo sánscrito o griego; el sistema onomástico es muy diferente; la composición nominal tiene un rendimiento escaso en latín; la presencia de **egnis* «fuego» no tiene una significación religiosa especial, ni implica una concepción divinizada o animista en latín. Pero no debe confundirse esta negativa a aceptar que el latín y el sánscrito procedan de un mismo nivel cronológico y de un mismo estadio de la sociedad indoeuropea, con el hecho cierto de que son áreas laterales. Quiero decir que sin necesidad de que provengan de un mismo estadio indoeuropeo las coincidencias entre ambos grupos pueden tenerse por arcaísmos.

El esquema cronológico y cultural de Devoto y Pisani puede considerarse caduco. Pero no así la división del itálico en dos dialectos indoeuropeos diferentes que fueron a confluir en suelo italiano. Esa división tiene, entre otras consecuencias, la de suponer que una y otra estirpe pudieron entrar en Italia en momentos diferentes. Y la Arqueología tampoco encontró para ello reparo alguno que hacer. Hay dos culturas en suelo italiano que suelen ponerse desde antiguo en conexión con la entrada en Italia de los indoeuropeos *itálicos:* la de las *terramaras* y la de *Villanova.* Por razones que más abajo comentaré, parece probable que la de las *terramaras* corresponda a las gentes del grupo latino, mientras que los umbros serían las gentes de *Villanova.* Pero en realidad, la identificación de una y otra cultura con sendos pueblos no inclina la balanza a favor ni en contra de la unidad itálica. Quienes, como V. G. Childe, se pronunciaban a favor de esa unidad creían ver en la cultura de las *terramaras* la sede no sólo de los protolatinos, sino de todo el itálico común. Y la de *Villanova* la explicaba como un desarrollo a partir de aquélla. Otros, en cambio, opinan que la cultura de *Villanova* se desarrolla como resultado de una nueva invasión de elementos centroeuropeos, diferente de las gentes de las *terramaras.*



Plano de la *terramara* de Castellazo di Paroletta (Italia septentrional), según J. Dechelette

Hacia el s. XV a. C. parecen haberse asentado en el norte de Italia, en el valle del Po, gentes portadoras de la costumbre funeraria de la cremación y los campos de urnas. Probablemente fueron ellos quienes desarrollaron allí la cultura de las *terramaras,* que lleva ese nombre por el elemento característico de sus asentamientos. Se trata de unos poblados con viviendas construidas sobre plataformas alejadas del suelo por pilotes para evitar la humedad. Los poblados estaban construidos de forma planificada, rodeados por un foso protegidos por empalizadas y organizados en dos calles principales que se cruzaban en ángulo recto. En su interior se elevaba un terraplén, también rodeado de foso. Lo que resulta fascinante es que los arqueólogos encuentran que ése que acabo de describir coincide exactamente con el plano de un campamento romano tal como históricamente lo conocemos. Y ésa es la razón que hace verosímil, aunque no inevitable, la conclusión de que los habitantes de las terramaras sean los antepasados de los romanos, que habrían iniciado su penetración hacia el Sur desde el s. XIV a. C.

Téngase presente, de todas formas, que la identificación de esos pueblos históricos con esas culturas prehistóricas ni es segura ni universalmente aceptada. Hay quienes prefieren atribuir *Villanova* a los latinos y la cultura *apenínica* a los osco-umbros (P. Bosch-Gimpera); y quienes consideran que tanto las *terramaras* como *Villanova* son etruscas.

Quizá sea G. Devoto el indoeuropeísta que más se ocupó del problema de la unidad itálica y, a la vez, el que adoptó una postura más extrema. En un trabajo póstumo formuló la esencia de su pensamiento sobre los pueblos itálicos con las siguientes palabras: «Pero aceptar la tesis según la cual *latín* y *osco-umbro* son dos unidades independientes dentro de la comunidad indoeuropea es cosa irrelevante. Mi tesis es que las variedades indoeuropeas que confluyeron en Italia son *infinitas,* y agrupables a lo sumo en un sistema *italoide,* que tiene los tres principales focos citados: uno en la llanura padana, el otro en Puglia y el otro entre el Apenino Marchigiano y el mar».

Desde el punto de vista lingüístico esos tres focos se caracterizan por el tratamiento de las *aspiradas* indoeuropeas. De **rudh-* «rojo» tenemos en el primero de ellos *ruber,* en el segundo *Rutilius,* y en el tercero *Rufus,* con un tratamiento respectivo b/t/f de **dh.* Devoto intentó igualmente la identificación de estos distintos tipos con culturas prehistóricas. La lengua con tratamiento /t/ correspondería a la tradición indoeuropea más antigua de las tres reconocidas por él, a la que pertenecerían igualmente otros elementos culturales arcaicos *(rex,* etc.). Su localización está en torno a Puglia, conectada con los Balcanes a través del Adriático. A sus gentes correspondería la cultura de Matera, de época neolítica. Le seguiría en antigüedad el foco de la llanura padana, al que correspondería el tratamiento de las aspiradas como sonoras, identificable con la cultura de las terramaras de entronque centroeuropeo. Y,

finalmente, la más reciente sería la de la región piceno-adriática, a la que correspondería el tratamiento fricativo sordo.

En esas ideas de Devoto hay dos factores que no se implican necesariamente y que, de hecho, merecen un juicio diferente. Por un lado está la cuestión de la unidad del grupo *itálico,* y por otro, la complejidad del proceso de indoeuropeización de Italia. Sobre el segundo Devoto tiene sin duda razón. Estamos ya muy lejos de la visión ingenua tradicional que imaginaba que en Italia, aparte de mesapios y celtas, como desbordamientos secundarios desde las Galias o los Balcanes, no habían entrado más indoeuropeos que los *itálicos* (en una o a lo sumo dos penetraciones). El material lingüístico que nos proporciona la toponomástica sugiere un marco mucho más dilatado y complejo, que se acuerda bien con las cronologías más largas que manejamos hoy para el proceso de indoeuropeización. Los pueblos indoeuropeos históricamente conocidos en Italia probablemente no son más que una fracción de las numerosas estirpes que a lo largo de más de dos milenios han estado penetrando en Italia desde puntos diferentes y con cronología muy variable.

No hay que imaginar, insistiré una vez más, este dilatado proceso de indoeuropeización de Italia como una sucesión de grandes oleadas de invasores, cada una de las cuales, portadora de una *cultura* diferente, supone un cataclismo cultural y étnico, con eliminación de la lengua e incluso buena parte de la población anterior. Ya hemos visto que las grandes unidades políticas no existieron hasta muy tarde en el mundo indoeuropeo. Y verosímilmente durante milenios se han producido movimientos pequeños, infiltraciones limitadas de población, en muchas más ocasiones que masivas oleadas devastadoras. La consecuencia para el modelo de indoeuropeización es enorme. Las infiltraciones pequeñas en territorios no muy poblados pueden substanciarse en asentamientos pacíficos, con imbricación en una misma región de poblaciones heterogéneas, que pueden coexistir durante dilatados períodos. A veces, algunos de los nuevos aportes, dependiendo de circunstancias varias, pueden ser absorbidos por la población anterior; y otras veces pueden imponerse a ella, en complejísimos procesos de indoeuropeización y reindoeuropeización.

Sería ingenuo suponer que cada uno de los grupos que a lo largo de varios milenios fueron entrando en Italia era portador de una lengua directamente identificable con cualquiera de los dialectos itálicos históricos. Las formas lingüísticas varias que se fueron introduciendo, pudieron sufrir efectos variados de los substratos o adstratos que les cupieran en suerte, que al principio eran no indoeuropeos y más adelante tanto lo uno como lo otro. Poco a poco debió ponerse en marcha un proceso de nivelación mediante préstamos, intercambios e innovaciones comunes. Pero la homogeneidad lingüística en grandes extensiones de tierra es sólo el resultado, a veces tardío, de una previa unificación política y cultural. Y esa unificación no había existido nunca en suelo italiano hasta que la llevó a cabo el pueblo romano.

Un problema diferente es el de la unidad originaria de los dialectos *itálicos*. Planteado de una manera escueta, se trata de establecer si el latín y osco-umbro surgieron de la lengua común indoeuropea como una misma lengua y se han diferenciado en suelo italiano, o si por el contrario surgieron como dos lenguas diferentes, que se han aproximado por intercambios e innovaciones comunes producidos en Italia. En la primera de las hipótesis, las coincidencias serían más antiguas que las diferencias. En la segunda, al contrario. De forma que sólo el conocimiento de la cronología relativa de las unas y las otras nos permitiría establecerlo. Y eso resulta harto difícil. Sobre todo si se tiene en cuenta que no necesariamente todas las coincidencias son más antiguas o más recientes que todas las discrepancias. Desgraciadamente la Lingüística no dispone para su uso de ningún recurso comparable al carbono radioactivo con que cuentan los arqueólogos. Y los pequeños puntos cuya cronología relativa puede ser iluminada no bastan para zanjar la cuestión.

El nombre de *osco* corresponde a un pueblo de Campania. Pero las inscripciones en esa lengua se extienden hacia el Sur hasta Lucania, el Bruttium e incluso el nordeste de Sicilia; aparecen igualmente en el Samnium y desbordan hasta la zona norte de Apulia y el territorio de los frentanos. Parece que la zona nuclear de esta lengua es la Italia central, desde donde fue introducida en otras regiones por la emigración de las tribus samnitas.

Inscripciones en lengua *osca* aparecen a partir del s. V a. C. Y tenemos constancia de que, a pesar de la conquista romana y del progreso de la romanización, seguía viva hacia el año 79 d. C. Las paredes de Pompeya nos han conservado las más modernas reliquias de esa lengua, sepultadas por las cenizas del Vesubio. Pero verosímilmente siguió viva mucho tiempo, de forma que ha dejado ciertas huellas en modernos dialectos italianos locales.

El osco tuvo un cierto uso literario. E incluso Roma vio representar en osco las *fabullae atellanae,* una especie de comedia popular oriunda de la ciudad de Atella. Hasta nosotros han llegado más de 250 inscripciones, en tres alfabetos. Uno nativo, adaptado del etrusco; el latino; y, para las más meridionales, el griego. La mayoría de ellas han aparecido en Campania, sobre todo en la zona entre Capua y Pompeya. Hay documentos de varios tipos: leyendas monetales, documentos de carácter oficial, religioso y privado.

En la zona de Umbría, situada en la ribera oriental del Tíber, limitando al Sur con el país de los Sabinos, se habló una lengua que conocemos con el nombre de *umbro*. La documentación que de ella ha llegado hasta nosotros se limita casi exclusivamente a un solo texto, si bien de notable extensión, que llamamos *Tablas Iguvinas* por haber sido encontradas en la localidad de *Iguvium* (la moderna ciudad de Gubbio). Se trata de nueve planchas de bronce encontradas en el s. XV, de las que se conservan siete. Las otras dos fueron lleva-

das a Venecia en el s. XVI y no se supo más de ellas. Las más antiguas datan del s. V y las más recientes del s. I. Su contenido consiste en distintos aspectos de la liturgia de la hermandad de sacerdotes conocidos como los *Fratres Atiedii,* similar a la romana de los *Fratres Arvales.*

Indudablemente el umbro es una lengua muy cercana al osco, hasta el punto de justificar que hablemos del osco-umbro como de una sola estirpe indoeuropea. Sin embargo, en umbro se han producido ciertos fenómenos, sobre todo fonéticos, que introdujeron una cierta diversificación entre ambas. Algunos de ellos son: 1) pérdida de *-d* final en los ablativos; 2) *-s-* > *-r-;* 3) *-ns* > *-f;* 4) monoptongación de diptongos; 5) *-d-* > *ŕ.* Una de las diferencias de mayor cuantía está en los originales sufijos de perfecto umbro *(-l-* y *-nç-)* frente al *-tt-* del osco.

Entre los umbros y los oscos se extendía una serie de tribus que nunca dispusieron de un étnico unitario. Los estudiosos modernos utilizan para designarlas conjuntamente el nombre de *sabélicos,* que en rigor es inexacto, ya que en la antigüedad *sabélico* designaba solamente a los *samnitas.* Entre ellos podemos mencionar por lo menos los siguientes: *marrucino, marso, equo, peligno, vestino, volsco, érnico* y *sabino.* De algunos de ellos sólo hay alguna glosa y material toponomástico. Para otros disponemos de una cierta documentación escrita. El mejor conocido en la actualidad es el *peligno,* del que tenemos inscripciones en monumentos públicos, votivas y funerarias.

De entre esos dialectos, el marso y el volsco suelen considerarse más próximos al umbro; el marrucino y el peligno al osco; el vestino es más difícil de definir; del érnico no tenemos datos para opinar. El sabino era originariamente, al parecer, de tipo osco; pero se vio sumido en una íntima relación con el latín, que lo absorbió muy pronto. Es probable que buena parte del léxico osco-umbro que hay en latín se haya introducido precisamente a través del sabino, como en una especie de contrapartida, durante el proceso de su latinización.

Hacia la mitad de la costa adriática, entre el Piceno y el Samnio, aparecen unas inscripciones de aspecto muy arcaico, de las que tenemos docena y media. La lengua de esos documentos ha sido llamada sucesivamente en formas diversas: *sabélico, protosabélico, itálico oriental, piceno meridional.* Recientemente se ha propuesto la denominación menos comprometida, por ser meramente geográfica, de *medio-adriático.* Se trata de textos difíciles de interpretar, por lo que durante algún tiempo se dudó incluso de su indoeuropeidad. Ribezzo, por ejemplo, se inclinaba a considerarlas próximas al etrusco. Pero tras las últimas inscripciones incorporadas, sobre todo la estela de Loro Piceno, desaparece cualquier duda al respecto, quedando patente incluso su filiación itálica. Las últimas tendencias se inclinan a vincularlo especialmente con el umbro, si bien en una fase arcaica del mismo, que algunos proponen llamar

umbro antiguo. Otros dicen que *umbro antiguo* equivale a decir *osco-umbro* aún no diferenciado, o mínimamente diferenciado.

Las inscripciones medio-adriáticas son en general anteriores al s. v a. C. Y aparecen en áreas donde en etapas más recientes se encuentran los dialectos vestino, peligno y marrucino. La relación entre las gentes y las lenguas que ocuparon tal región en esos dos momentos sucesivos no nos es conocida. Es claro que tal como los encontramos históricamente esos dialectos no constituyen un *continuum* con zonas de transición graduales desde la Umbría hasta el Sur. Se trata más bien de unidades discretas, aunque indudablemente relacionadas unas con otras. Y no tenemos una explicación precisa de cómo se llegó a esa situación. Pero la complejidad de ese cuadro de dialectos íntimamente relacionados que se yuxtaponen, superponen, y substituyen unos a otros, con alternativas de extensión y recesión, pueden servir de modelo para imaginar los complejísimos procesos de indoeuropeización y reindoeuropeización que se han estado produciendo en Europa a lo largo de varios milenios. La diferencia es sólo de grado de información por nuestra parte. De aquellos procesos prehistóricos sabemos poco. Y la escasez de los datos nos impone una visión simplista y esquemática de las cosas. Pero en cuanto la documentación escrita proyecta un haz de luz sobre un momento o un rincón concreto, el panorama se complica y comenzamos a vislumbrar la inextricable maraña de sucesos que han ido matizando la historia de nuestro continente.

Hubo un momento en que lo que hoy llamamos *latín* era tan sólo la lengua de una modesta ciudad construida en la ribera izquierda del Tiber, a poco más de 20 kilómetros de su desembocadura en el Mediterráneo. Aquella lengua era muy parecida, aunque no exactamente igual, a la de otras ciudades del *Latium,* como *Satricum, Lavinium, Tusculum* y *Praeneste,* y también, por lo que sabemos, de alguna más al Norte, como *Falerii.* Hacia el siglo VI-V a. C no había nada ni en aquella ciudad ni en su lengua, que permitiera predecir que siglos después se iba a convertir en la lengua que dominara la vida oficial y la cultura de casi toda la cuenca del Mediterráneo y buena parte de Europa central y atlántica. Y mucho menos, que sus formas posteriores fueran a implantarse en continentes lejanos y convertirse en lengua nativa de centenares de millones de personas, entre las que usted y yo nos encontramos.

Sobre la fundación de Roma hay diversos mitos y leyendas, de entre las cuales se puede inferir una cierta información fidedigna. La leyenda literaria, deseosa de entroncar con el mundo helénico, declaraba que el troyano Eneas habría llegado en su huida hasta el Lacio, donde habría fundado la ciudad de Lavinium. Un hijo suyo habría fundado a su vez otra ciudad latina: Alba Longa, que habría sido gobernada durante trescientos años por una dinastía real, uno de cuyos monarcas, Numitor, habría sido el abuelo de Rómulo, que fundaría Roma el año 753 a. C.

La fundación de una ciudad necesita no sólo de un fundador, sino también de un cierto núcleo de gente que asentar. Y, según la tradición, los primeros habitantes de Roma procederían en parte de Alba Longa (población sin duda de filiación *latina)* y en parte serían sabinos (de filiación *itálica).* Roma nació pues, según la tradición, como fruto de la unión de dos tipos un tanto diferentes de población y de lengua. El primer rey, elegido tras la muerte de Rómulo, fue precisamente un sabino, Numa Pompilio. Pero de las dos lenguas, latina y sabina, que sin duda debieron coexistir en Roma durante más de una generación, fue la latina la que resultó triunfante, eliminando a la sabina. Ésa fue probablemente su primera víctima. Con el paso de los siglos se contarían por decenas las lenguas erradicadas por el latín.

Esta fundación de Roma, datable hacia mitad del s. VIII a. C., se realizó principalmente sobre la colina del Palatino. Sólo posteriormente se iría produciendo el crecimiento hacia las otras colinas. Pero ya desde el II milenio a. C. había existido un pequeño asentamiento en otra colina, la del Aventino, que probablemente fue absorbida o integrada por la fundación del s. VIII.

Tal vez no sea gratuito otro aspecto de la tradición que nos ha llegado a través de Varrón, según la cual en la fundación de Roma se aglutinaron tres elementos heterogéneos, *tities, ramnes* y *luceres,* que son identificados por esa misma tradición con *sabinos, romanos* y *etruscos.* Pero la ecuación *luceres = etruscos* parece efectuada secundariamente y sin un conocimiento preciso de los hechos. Se trata sin duda de una reinterpretación, motivada por la influencia posterior que los etruscos ejercieron sobre Roma. De hecho, Tito Livio admite la identificación de los dos primeros componentes, pero respecto a los *luceres* afirma que son de origen desconocido. Verosímilmente eran habitantes prelatinos del Lacio, cuya identificación con cualquiera de los pueblos históricos conocidos carece de fundamento. Hay, sin embargo, un hecho lingüístico interesante. La lengua latina, como las lenguas itálicas (osco, umbro, etc.), tiene las vocales a/o diferenciadas. Y, sin embargo, en ella hay huellas de vocabulario en que a/o aparecen confundidas en /a/. Tal sucede con palabras como *hasta, mare, cavus, caedo,* etc. A veces coexisten las dos variantes (una con /o/ y otra con /a/), como en _covus/cavus, cūdo_ (< _*koi-)/caedo_ (< _*kaid-)._ Esa circunstancia sugiere la coexistencia e interferencia de dos lenguas indoeuropeas con distinta situación de las vocales a/o. Como quiera que tanto el latín como el sabino son lenguas con a/o diferenciadas, es probable que tengamos en los habitantes de la Roma prefundacional a los hablantes de esa lengua indoeuropea con a/o confundidas en /a/. Nada tiene ello, por lo demás, de extraño. Sabemos que las lenguas /a/ son las que conservan un estado más antiguo del vocalismo indoeuropeo y, además, por lo general las de testimonio más antiguo. Una de esas lenguas con /a/ es el llamado antiguo europeo, que yo identifico como testigo de fases antiguas de la indoeuropeización de Europa. Decir que el componente étnico que aporta a la lengua de Roma el vocabulario

con /a/ es el heredero del llamado *antiguo-europeo,* así formulado, puede parecer gratuito. Pero, de hecho, las cosas no debieron ser muy diferentes. Aunque tal vez sea más prudente decir que los habitantes del Aventino prefundacional son los herederos de un episodio de indoeuropeización de Italia, y concretamente del Lacio, anterior a la irrupción de las lenguas que históricamente conocemos como itálicas y latinas. Éstas últimas fueron simplemente las protagonistas de un proceso de reindoeuropeización efectuado sobre aquéllas anteriores, el último que prosperaría en suelo italiano antes de su completa latinización.

Si, como quería Devoto, a esos tres estratos corresponden los tres tratamientos de las *aspiradas,* podríamos colegir tal vez un segundo rasgo característico de la lengua /a/ del Lacio: el tratamiento oclusivo sordo reflejado en palabras como *Aetna, Liternum* y *Rutilius* (frente a *aedes, līber* y *ruber,* respectivamente).

No podemos saber si existían en el Lacio hacia el s. VIII o algo antes algún grupo de población preindoeuropea. Pero el mismo nombre de *Roma,* parece sugerir una cierta transmisión toponímica desde un estrato anterior preindoeuropeo hasta los estratos indoeuropeos. *Roma* es, según se dice, el nombre preindoeuropeo del Tíber transferido a la ciudad a la que baña, como sucede no pocas veces.

Pero con esos cuatro componentes no se agota ni mucho menos el complejísimo proceso de matización de nuestra propia tradición lingüística. Durante el siglo VI a. C. tuvo lugar una etapa de dominación etrusca en Roma. Y antes, desde el s. XIV, se había producido una fuerte presencia micénica en el Lacio, que dejó su huella en la lengua de Roma, a través, sin duda, de los elementos laciales que la fundaron. E. Peruzzi ha demostrado que diferentes préstamos griegos en el latín sólo pueden haberse producido desde el micénico. Probablemente a ese influjo micénico, que luego se prolongó con las fundaciones y los contactos históricos en general, se deben buena parte de las coincidencias fonéticas y morfológicas entre el griego y el latín —y también otras lenguas *itálicas*—, que otrora sirvieron para postular una unidad dialectal greco-itálica, hoy inaceptable, pero que necesitan un marco histórico de explicación. Y luego, la diversificadora y multiforme matización que se fue produciendo en latín, al ser adoptado por un elevado número de poblaciones heterogéneas por todo el solar del Imperio. Y luego, el aluvión de los pueblos bárbaros, germanos y otros. Y más tarde, en el caso de España, el prolongado contacto con el árabe, bajo la forma de adstrato y superestrato.

Si, en el terreno de la lengua, el sabino de los cofundadores y la lengua /a/ de los anteriores pobladores fueron las dos primeras víctimas de la expansión del latín, en el terreno político fue la ciudad de Alba Longa la primera gran derrotada y sometida a Roma, por obra del tercer rey, Tulio Hostilio. Luego vendría Italia entera, y la Península Ibérica, y Grecia... La expansión de Roma había comenzado.

El horizonte de los testimonios escritos en latín, y por lo tanto de nuestra propia tradición lingüística, podemos situarlo en el s. VI. De ser auténtico, el más antiguo (± 600 a. C.) sería el que conocemos con el nombre de *fíbula de Preneste:* una pequeña pieza de oro con una breve inscripción que dice: *manios med fhefhaked numasioi* «Manio me hizo para Numerio» (como otras veces, habla en primera persona el objeto portador de la inscripción). Pero hay dudas fundadas de que se trate de una falsificación. La autenticidad de la fíbula ha sido objeto de larga polémica que no ha zanjado la cuestión, de forma que sigue habiendo partidarios tanto de su autenticidad como de su falsía. Si fuera auténtica, el contenido de la inscripción pondría en nuestras manos un texto en un dialecto del Lacio que, aunque muy afín, no fue exactamente el que se convirtió en la lengua de Roma.

Sea lo que fuere de la célebre fíbula, hay tres o cuatro documentos que pueden aspirar a ser los más antiguos especímenes del latín de Roma: la *inscripción de Duenos,* sobre un vaso que se encontró en el s. XIX entre las colinas del Viminal y el Quirinal; el *lapis niger,* hallada en el mismo foro de Roma; y el *lapis satricanus,* inscripción dedicatoria encontrada en la localidad de Satricum:

EISTETERAI	POPLIOSIO	VALESIOSIO	SVODALES	MAMARTEI
¿?	de Publio	Valerio	los compañeros	en honor de Marte.

Vinculado estrechamente a los dialectos del Lacio se considera el *falisco,* la lengua de la ciudad de Falerii, en el Lacio septentrional, imbricada prácticamente en territorio etrusco. El nombre de Falerii suele considerarse construido sobre una raíz preindoeuropea: *fala* «altura de cumbre redondeada, loma», que responde bien a la configuración del terreno sobre el que se asentó.

El falisco es una de las lenguas más pronto atestiguadas en suelo italiano. Su más antiguo documento, la *inscripción de Ceres,* corresponde al s. VII a. C. Los faliscos resistieron largo tiempo el empuje de Roma, pero terminaron siendo derrotados y absorbidos a mediados del s. III a. C. Su lengua continuó siendo escrita, al menos hasta el s. II a. C. de que datan sus inscripciones más modernas. Luego desapareció, no sabemos en qué momento, erradicada por el latín.

Entendemos por *véneto* la lengua de unas inscripciones que aparecen en la región italiana del Véneto, en torno a Venecia, y sus alrededores. Algunos lingüistas italianos prefieren el término *venético* para distinguirlo de la lengua románica de la región de Venecia.

Tenemos de esta lengua entre doscientas y trescientas inscripciones, que se siguen incrementando con nuevos hallazgos, en alfabeto etrusco y luego latino, datables en los últimos cinco siglos a. C. Se trata de textos breves, generalmente funerarios y votivos, que no proporcionan un conocimiento exhaustivo de la lengua pero sí permiten ciertas inferencias.

Las inscripciones vénetas comenzaron a ser recogidas en el Renacimiento. Y, ya en el s. XIX, C. Pauli consideró que la lengua que contenían era ilirio. Para esa identificación no se basó en argumentos lingüísticos, sino en la interpretación de un par de pasajes de Heródoto (I 196 y V 9) en que se habla de los 'Ενετοί (los vénetos), ubicados en zona adriática, como parte del pueblo ilirio. La iliridad de los vénetos de nuestras inscripciones arraigó entre la comunidad científica hasta el punto de que, cuando años más tarde Pisani y Krahe hicieron ver que Heródoto se refería a determinada población de los Balcanes, y no del norte de Italia, la idea del carácter ilirio de los vénetos siguió siendo aceptada por muchos.

En los años 40 H. Krahe, que inicialmente había aceptado su carácter ilirio, pasó a considerar al véneto como un grupo independiente, que dialectalmente tendría vinculaciones con el gérmánico, el itálico y el ilirio. Y M. S. Beeler, por la misma época, propuso su filiación *itálica,* con particular vinculación al latín. El último gran especialista y editor de los textos vénetos, A. L. Prosdocimi, se inclina claramente por la tesis de Beeler.

El véneto tiene un tratamiento de las *aspiradas* indoeuropeas que encuentra su paralelo más cercano en latín; tiene pasiva en -r; **l̥* > /ol/; **r̥* > /ur/; pronombre personal de 1.ª *ego;* **eu* > /ou/; dativo plural en *-bos;* genitivo singular temático en *-ī*; etc., rasgos todos ellos que efectivamente lo aproximan a las lenguas itálicas en general y al latín en particular. Pero también hay otros que los separan: el véneto tiene un aoristo en *-s-*, al estilo del griego o sánscrito; el tratamiento de las aspiradas es parecido al del latín *(*bh, *dh > f/b, f/d* en ambas lenguas según la posición inicial/interior), pero no idéntico en otros detalles; hay diversos detalles fonéticos diferentes de varia cuantía; el dativo temático es en *-oi,* frente al latín en *-ō.*

En conjunto, resulta claro que el véneto es con las lenguas *itálicas* con las que ofrece más coincidencias. Pero para él se plantea el mismo problema que para los restantes miembros del grupo *itálico:* si son más antiguas las coincidencias o las discrepancias.

En Sicilia tenemos, aparte de una toponomástica compleja y, sin duda, mixta de elementos de procedencia varia, una serie de documentos escritos, generalmente en alfabeto griego. Se trata de unas pocas inscripciones, la mayoría muy breves. Pero hay una algo mayor, el *guttus de Centúripe,* especie de vaso de cuello estrecho con una leyenda en *scriptio continua* de interpretación más que difícil. La lengua de esas inscripciones, a la que se da el nombre de *sículo* por el hecho de su ubicación, ha sido catalogada sucesivamente de maneras varias. Para P. Kretschmer se trataba de una lengua no indoeuropea. R. Thurneysen la consideró indoeuropea de tipo itálico, particularmente cercana al latín, lo que abrió la puerta a la tesis de la rama latino-sícula, que habría sido la primera oleada indoeuropea en Italia y habría funcionado como substrato a

la segunda oleada, la de los *itálicos,* en sentido restringido. Finalmente Schmoll creyó encontrar afinidades con el ilirio.

En las interpretaciones del sículo como indoeuropeo, el cuadro de Sicilia se completa considerando a otro de los pueblos que en ella se encuentran, los *sicanos,* como la población autóctona preindoeuropea. La distinción de sículos invasores frente a sicanos autóctonos tiene un cierto apoyo en las tradiciones antiguas.

Un tercer pueblo de Sicilia, los *elimos,* podrían habernos dejado unas breves muestras de su lengua en las leyendas de ciertas monedas aparecidas por la zona occidental de la isla, en las ciudades de Erice, Palermo y Segesta, en las que parecen detectarse ciertos elementos indoeuropeos, entre ellos una posible forma de 1.ª pers. *emi* «yo soy», diferente de la que tienen las lenguas itálicas *(*som).*

En conjunto, los datos fehacientes que tenemos sobre las lenguas prerromanas de Sicilia son demasiado inseguros para una clasificación fiable. Pero dentro de la obscuridad que las rodea, se puede entrever un panorama similar al de otros puntos del Mediterráneo: una situación compleja, que incluye lenguas real o aparentemente no indoeuropeas, junto a otras indoeuropeas de variadas filiaciones.

En la costa del Adriático, al norte del Piceno, entre las ciudades de Fano y Pesaro se encontraron a finales del siglo pasado dos estelas, una de ellas inscrita con un texto relativamente largo (12 líneas), al que suele darse el nombre de *estela de Novilara.* En Novilara se han hallado algunas pequeñas inscripciones más, fragmentadas, que no arrojan ninguna luz, y de las que en rigor ni tan siquiera podría asegurarse que correspondan a la misma lengua que la gran estela. El alfabeto, derivado del etrusco, no ofrece grandes dificultades de lectura. Pero la lengua resulta por completo impenetrable. He aquí el texto:

> mimnis erút gaares tades / rotnem úvlin partenús / polem isairon tetśut tratnesi krúvị / tenag trút ipiem rotnem / lútúis θalú isperion vúl / tes rotem teú aiten taśúr / soter merpon kalatne / nis vilatos paten arn / úis balestenag ands et / śút lakut treten teletaú / nem polem tiśú sotris eús.

Ninguna de las sugerencias que se han hecho pueden tenerse por seguras. Ni siquiera que la lengua de esa inscripción corresponda realmente a una población habitante de Italia. Podría ser la estela funeraria de un viajero muerto, grabada por sus compañeros de viaje. Pero tampoco es seguro su carácter funerario. Se ha sugerido la existencia en el texto de varios préstamos griegos: *soter* (griego σωτήρ «salvador»), *isperion* (griego ἑσπέριον «occidente»). Y en determinados puntos podría contener algunos elementos de posible entronque indoeuropeo. Pero junto a ellos, hay otros que hacen pensar más bien en el etrusco. En definitiva, nada sabemos sobre la filiación de la estela de Novilara,

ignorancia que se agrava por el hecho de que tampoco nos es conocido el entorno lingüístico y étnico de la zona en que apareció, en la que, hacia el Norte y hasta enlazar con el mundo véneto, se produce un considerable vacío en nuestro conocimiento.

En la moderna región de Toscana se asentó en la antigüedad el pueblo de los etruscos. Los romanos la llamaron Etruria y también Tuscia, nombre éste último reflejado en la denominación moderna. Pero hay que tener en cuenta que la antigua Etruria era más extensa que la moderna Toscana, ya que se extendía algo más al Sur y al Este. Los griegos llamaron a los etruscos con el nombre de *tirsenos* (o *tirrenos,* según dialectos), término que sirvió para dar nombre al rincón del Mediterráneo que baña las costas de Etruria.

Sobre las raíces de este pueblo se ha discutido mucho y especulado no poco. Dejando de lado otras alternativas que han gozado de menor apoyo, son dos las teorías que se disputan el terreno. Según la primera, los etruscos serían habitantes autóctonos de Italia. Según la otra, serían inmigrantes de Asia Menor y, más concretamente, de Lidia. Ambas cuentan con el apoyo de un autor de la antigüedad: Dionisio de Halicarnaso afirma la autoctonía, mientras que Heródoto se inclina por el origen minorasiático. Y en favor de éste último se han aducido conexiones arqueólogicas orientales de Etruria y una cierta semejanza del etrusco con la lengua de una estela encontrada en la isla de Lemnos. Un argumento decisivo para establecer el origen de los etruscos sería la filiación de su lengua. Pero desgraciadamente, como ahora veremos, en este caso la lengua etrusca proporciona escasa ayuda.

El etrusco es la lengua mejor atestiguada de la Italia antigua, si exceptuamos el latín y el griego: disponemos de unos diez mil documentos datables entre el s. VII a. C. y los primeros tiempos del Imperio Romano. Pero su naturaleza e importancia es muy variable. La inmensa mayoría de ellas se reducen a meros nombres propios. Y, entre los más extensos se encuentran la *tablilla de Santa María de Capua* y el *cipo perusiano,* que contienen unas trescientas y unas ciento veinte palabras respectivamente.

Los etruscos sufrieron una suerte parecida a la de otros pueblos de Italia. El año 396 a. C. fue derrotada y sometida por Roma la ciudad etrusca de Veii. Durante todo el siglo siguiente fue avanzando la dominación romana, hasta la completa sumisión de Etruria el año 281 a. C. No obstante, su lengua continuó hablándose durante muchos siglos, quizá hasta el s. IV d. C.

Muchos de los documentos pequeños se entienden sin dificultad al tratarse de meras fórmulas. Y de los grandes se tiene una idea general del contenido y se conocen con diferente grado de certeza diversos detalles. Pero no puede decirse que el etrusco sea una lengua descifrada. Durante décadas se suspiró por un buen bilingüe que abriera las puertas de la interpretación. Y ese bilingüe lo proporcionó la fortuna en una excavación realizada durante 1964 en el

santuario etrusco de Pyrgi. En él aparecieron tres láminas de oro con un texto de carácter religioso escrito en etrusco y en púnico. Los textos, si no bilingües en sentido estricto, son cuasi-bilingües. Y con su ayuda se han confirmado hipótesis anteriores sobre la interpretación de detalles concretos, como por ejemplo el numeral «tres» que definitivamente resulta ser en etrusco *ci*. Pero tampoco ha servido para un completo desciframiento. Y la razón es, al parecer, la falta que tenemos de *un sistema* paralelo o cercano al del etrusco que nos permita insertar los detalles dispersos que se conocen, en una visión de conjunto.

Falta de un conocimiento preciso, la lengua de los etruscos ha sido, igual que su origen, objeto de elucubraciones y conjeturas. En el siglo XIX W. Corssen la tenía por indoeuropea de tipo itálico. Pero la opinión más generalizada era que pertenecería al substrato preindoeuropeo, tanto si era oriunda de Asia Menor, como si era autóctona en Italia. Pero para el etrusco también tuvo importantes repercusiones el desciframiento del hetita y la identificación subsiguiente como indoeuropeas de la mayoría de las lenguas de Asia Menor.

P. Kretschmer incluyó al etrusco, junto con el pelásgico en su *proto-indoeuropeo,* una de cuyas ramas se habría asentado en Lidia y de allí, de acuerdo con la información de Heródoto, se habría desplazado a Italia. Con ello abrió la vía de la filiación indoeuropea del etrusco en su versión moderna. Por esa vía han caminado V. I. Georgiev, para quien el etrusco sería simplemente una forma reciente del hetita; J. Faucounau para quien el etrusco y el licio procederían de un *proto-indoeuropeo* que estaría en trance de desarrollar los sistemas flexivos característicos; M. Pittau, para quien los etruscos serían la extensión hasta la Península Italiana de los tirsenos que, procedentes de Lidia, se habrían establecido primero en la isla de Cerdeña; F. R. Adrados, para quien el etrusco sería un dialecto indoeuropeo de la rama anatolia, pero diferente de los restantes. Por una filiación anatolia se ha pronunciado también recientemente F. Woudhuizen.

En general, las tesis indoeuropeístas coinciden en relacionar el etrusco con una fase antigua de la familia indoeuropea. Cómo de antigua, depende de cada autor. Para Adrados no más antigua que aquélla de la que proceden las lenguas anatolias. Para Faucounau, de una fase aún más antigua (aunque de ella haga derivar también una de las lenguas anatolias), en que las flexiones características no han sido aún desarrolladas o al menos no lo han sido plenamente. Y eso sitúa el problema del etrusco en una perspectiva que se aproxima mucho al problema general de la relación del indoeuropeo con otras familias lingüísticas, de lo que me ocuparé en el último capítulo de este libro. Como allí desarrollaré con más detalle, el problema de esos emparentamientos es la falta de un método adecuado. El Método Comparativo tradicional basaba la solidez de su demostración sobre todo en la coincidencia de los *sistemas* gramaticales. Si nos retrotraemos a un estadio en que tales sistemas no han sido aún desarrolla-

dos, nos vemos privados de uno de los argumentos esenciales para probar el parentesco. Puede que tal parentesco exista. Pero la prueba científica resulta inalcanzable.

En el caso del etrusco, las cosas estarían a mitad de camino. Los sistemas gramaticales estarían a medio desarrollar, por lo que tenemos la impresión de estar arañando un núcleo de verdad que no logramos substanciar definitivamente. Lo mejor será proporcionar al lector, como elemento de juicio, algunos de los rasgos en que se apoyan las tesis indoeuropeizantes: 1) Un genitivo con *-s*; 2) Un genitivo (o filiativo) en *-l* (que se da en lenguas indoeuropeas anatolias); 3) Un plural en *-i* (como en la flexión pronominal indoeuropea); 4) Demostrativo *ca (*ko/e* en indoeuropeo); 5) Conjunción adversativa enclítica: etrusco *-m,* lidio *-m,* hetita *-ma;* 6) Femenino en *-i* o *-ia;* 7) Locativo -θι (existente en griego como adverbio locativo); 8) Conjunción copulativa enclítica *-c* (cf. indoeuropeo *k^we);* 9) Un elemento *-ce* en el pasado de ciertos verbos *(turce* «dio», *tece* «hizo», *lupuce* «vivió») que recuerda el del griego ἔθηκε. (En el caso de *tece* parece identificable incluso la raíz). Si el etrusco fuera indoeuropeo, sería una lengua /a/, lo que resulta congruente con su supuesta procedencia de un estrato muy antiguo, y en consonancia con la generalidad de las lenguas anatolias.

Pero esas y otras reales o supuestas coincidencias no son suficientes para montar una prueba científica de la indoeuropeidad. La existencia en Europa occidental de una lengua indoeuropea de un estrato cronológico muy antiguo, heredera de uno de los primeros episodios de la indoeuropeización, es perfectamente verosímil. Pero resulta difícil de demostrar por las razones antedichas. En el caso concreto del etrusco, se añaden otras dificultades. Algunas de las identificaciones morfológicas que se establecen con elementos indoeuropeos en general o anatolios en particular se revelan como verdaderos razonamientos circulares. Así sucede, por ejemplo, con la supuesta desinencia etrusca de dativo *-a,* que se utiliza como argumento de la indoeuropeidad anatolia, al existir en hetita un dativo con esa misma forma *-a.* El problema está en que nada garantiza en los textos etruscos la función de dativo de esa desinencia, excepto el hecho de que se invoca su identidad con la correspondiente forma hetita.

Y, por otra parte, está el problema del léxico. Conocemos una serie de palabras etruscas pertenecientes al vocabulario *central* de las lenguas, el que cambia con mayor dificultad. Y resulta que en él no encontramos tampoco argumentos decisivos en favor de la indoeuropeidad del etrusco. De la serie básica de los numerales conocemos: *mach, zal, ci, huth, thu, sa, cepz, semph, muv.* No estamos seguros de la correspondencia de todos ellos. Uno de los más seguros, gracias al bilingüe de Pyrgi, es *ci* «tres»; y otro razonablemente seguro es *sa* «seis». Pues bien, sólo en éste último se aprecia un cierto (no exacto) parecido con el «seis» indoeuropeo. Y otro tanto puede decirse de los nombres de parentesco: ni *thura* «hermano», ni *sec* «hija», ni *ati* «madre» tienen rela-

ción con los términos de parentesco indoeuropeos; y *apa* «padre» tiene una coincidencia tan vaga (y tan repetida en lenguas de variadísima filiación) que tampoco puede tenerse por palabra genéticamente emparentada. Naturalmente, puede decirse que el estrato indoeuropeo de que procedería el etrusco es tan remoto que incluso ese léxico central ha tenido tiempo de ser renovado en amplísima medida. Y yo estaría dispuesto a aceptar incluso que pudiera ser así. Pero desgraciadamente ello nos privaría de otro de los principales argumentos que podrían haber demostrado su indoeuropeidad.

En definitiva, el problema de la filiación del etrusco sigue abierto y, tal vez, dada la naturaleza de las cosas, esté condenado a seguir abierto por mucho tiempo.

CAPÍTULO XIII

LOS FRIGIOS

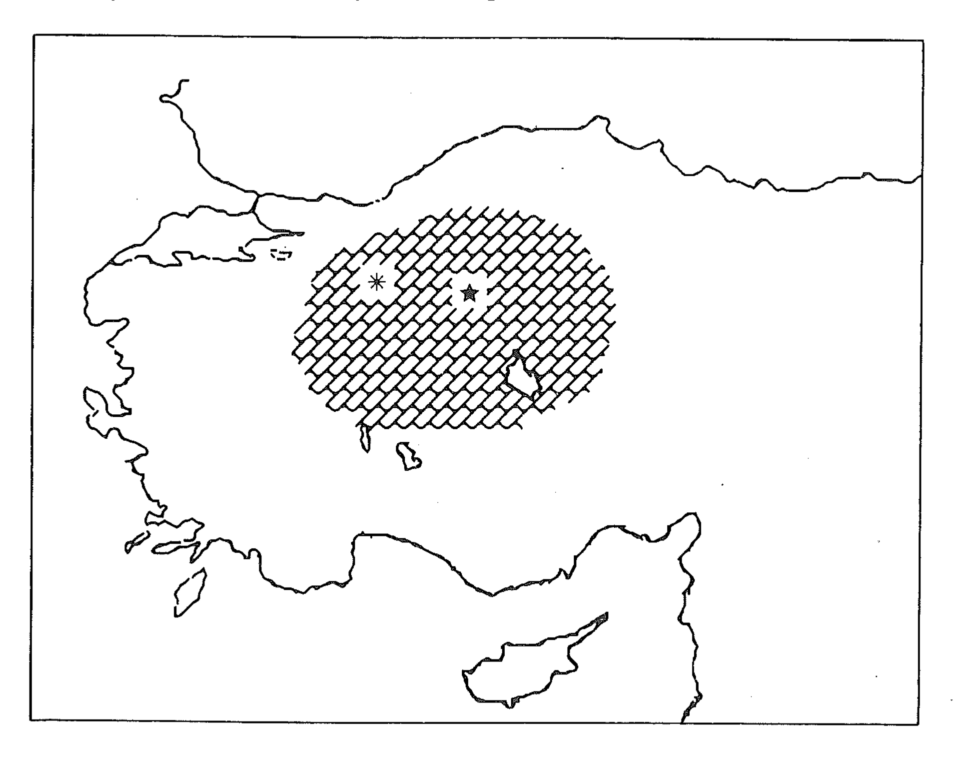
Los frigios son uno de los pueblos indoeuropeos que entraron más pronto en la historia. Lo primero que sabemos de ellos es que en el s. XII a. C. se convirtieron en una amenaza para el Imperio Asirio y Tiglat Pileser I los derrotó. El relato de esos sucesos aparece en las crónicas asirias, donde se les llama *muski*. *Frigio* es el término con que los designan las fuentes griegas. Y ellos se llamaban a sí mismos Βρίγες [*bríges*].

Pertenecen los frigios a un peculiar conjunto de indoeuropeos: los asentados en Asia Menor. Sin embargo su lengua no es miembro de la rama de lenguas anatolias. Según las tradiciones griegas y macedonias recogidas por Heródoto, habrían invadido Asia Menor procedentes de Tracia ya antes de la Guerra de Troya, durante la cual habrían sido los vecinos orientales de los troyanos. Hay, sin embargo, otra tradición según la cual habrían entrado en Asia Menor tras la caída de Troya. El origen balcánico de los frigios parece en cualquier caso indiscutible, también por otra clase de argumentos: El término *muski* de las fuentes asirias se ha puesto en relación con el tema *Mus-* (y *Mys-)* que se encuentra en los Balcanes en etnónimos como *moesios* y *misios*. Hay, sin embargo, quienes piensan que *muski* designaría más bien a los armenios, en la idea de que el elemento *-k-* sería el morfema de plural característico de esa lengua. Pero incluso quienes eso creen, no dejan de admitir que los frigios habrían entrado en Asia Menor en la misma invasión que los *muskis*. En opinión de I. M. Diakonov, ambos pueblos, frigio y armenio, se llamarían con la raíz *mus-*, pero con una formación diferente. La mayoría de las gentes minorasiáticas los habrían confundido y llamado indiscriminadamente con el término *muski,* que propiamente correspondía sólo a los armenios. Y tan sólo los luvitas del I milenio los habrían distinguido llamando *musas* a los frigios y *muskis* a los armenios.

Probablemente fueron los frigios, asociados quizás con los *gasgas,* uno de los elementos decisivos en la caída del Imperio Hetita. De hecho, histórica-

mente aparecen asentados en su territorio. Y en cualquier caso es segura su presencia en Asia Menor poco después del s. XII a. C.

El tamaño de Frigia fue cambiando a lo largo de los siglos. Pero en el momento de mayor apogeo del reino frigio, hacia el s. VIII a. C., ocupó casi toda a mitad occidental de Turquía, incluyendo su capital actual Ankara, que en la antigüedad se llamaba *Ankyra.* A esa época pertenece el más famoso de los re-



Frigia: ✳ Sepulcro del Rey Midas ✯ Gordium

yes frigios, Midas, sobre cuya riqueza surgió la leyenda de que era capaz de convertir en oro cuanto tocara.

La prosperidad del reino de Frigia fue quebrantada por la incursión devastadora de los cimerios, un pueblo indoeuropeo que atravesó el Cáucaso procedente de las estepas. El esquema de un pueblo indoeuropeo que reindoeuropeiza la zona previamente ocupada por otro pueblo indoeuropeo, que a su vez es subyugado por un tercero, etc., ha debido repetirse una y otra vez desde el V milenio a. C. en casi todos los rincones de Europa y de Asia anterior. Episodios como el de los hetitas-frigios-cimerios, acaecidos ante la luz de la historia, pueden ayudarnos a comprender los procesos de indoeuropeización que han estado teniendo lugar desde miles de años antes, en la prehistoria. No hay razón alguna para que las cosas hayan sido diferentes. En esta ocasión los ci-

merios derrotaron al ejército del rey Midas que, según la tradición, se suicidó. En su tumba, cercana a la ciudad de Gordium, situada algo al oeste de Ankara, se encontró un rico y variado ajuar. Pero, curiosamente, nada de oro. Al parecer los cimerios se lo habían arrebatado todo.

La ciudad de Gordium es famosa por un segundo tópico procedente del mundo frigio. En esa ciudad se encontraba el *nudo gordiano,* tema de una leyenda frigia. El padre de Midas, Gordio — epónimo de la ciudad (aunque, dada la etimología, acaso sea primario el uso toponímico)— dejó depositados en el templo de Zeus el yugo y el timón de su carreta de labrador, que tal había sido antes que rey. Ambos objetos estaban atados por un fuerte y complicado nudo. La leyenda decía que quien lo desatase se convertiría en el dueño del Oriente. Como es sabido, cuando Alejandro Magno pasó por Gordium camino de Persia, visitó el templo y con su espada cortó de un tajo el célebre nudo.

A partir del s. VII a. C. comenzó la decadencia de Frigia, y el liderazgo en Asia Menor pasó a manos de Lidia. En el s. VI Frigia se convirtió en una parte del Imperio Persa, y contribuyó con sus soldados en la expedición de Jerjes contra Grecia. Su declive continuó, y los frigios fueron objeto de comercio esclavista en los mercados de las ciudades griegas. En el año 275 a. C. se produjo una nueva incursión de otro grupo indoeuropeo, esta vez de filiación celta: los gálatas. El territorio frigio se dividió. Su parte occidental pasó a integrarse en el reino de Pérgamo, mientras que su parte oriental quedó en poder de los gálatas. Con ello desaparece el nombre de Frigia, que en adelante se llamará Galatia.

Aunque la lengua de los frigios es estrictamente indoeuropea, su sociedad, su cultura y su religión son mezcla de elementos indoeuropeos y preindoeuropeos, como era de esperar en una tierra de larga tradición agrícola como es Anatolia. La divinidad principal es una diosa, Kubila. Se trata de la Gran Madre preindoeuropea, que adoptaron en general los pueblos indoeuropeos de Anatolia: es la Kubaba de los luvitas, la Kybeba de los lidios. Y también la Cibele de los griegos, tomada probablemente a través de la frigia Kubila. Pero también adoraban al dios indoeuropeo de la bóveda celeste, Mazeus, el equivalente del Zeus griego. A la manera preindoeuropea, los santuarios eran propietarios de vastas extensiones de tierras que los sacerdotes gobernaban con gran autonomía.

Claramente indoeuropea era su competencia en la cría y uso de los caballos. Y hay razones para sospechar que, como en tantas otras ocasiones, los frigios fueron una aristocracia guerrera que se impuso sobre la población preexistente. Esa población es la del Imperio Hetita, que a su vez se había impuesto con las mismas características sobre la población anterior, *hati,* que consideramos preindoeuropea. Imposible saber en qué situación de subsistencia se encontraba cada una de esas lenguas en la Frigia del s. VIII a. C.

Los frigios han pasado a la historia como un pueblo industrioso y artista. A él se atribuyen la invención del arte del bordado (que en latín llevaba su nom-

bre, *phrygianus* «bordado en oro»), y una serie de instrumentos musicales, como la flauta. Entre los motivos ornamentales frigios se encuentran elementos tan típicamente indoeuropeos como la *svastica.* Igualmente se atribuye a los frigios la invención de las fábulas de animales, aunque probablemente en ese campo son sólo el vehículo transmisor de elementos que remontan a los sumerios.

La lengua de los frigios la conocemos en una medida muy limitada. De ella nos han quedado glosas en diversas fuentes griegas, nombres propios y, sobre todo, alrededor de doscientas inscripciones, generalmente muy breves. Éstas últimas se dividen en dos períodos bien definidos, que se reparten casi a la mitad el número de inscripciones conservadas. El primero, correspondiente a lo que llamamos *frigio antiguo,* transcurre entre los siglos VIII y VI a. C. Las inscripciones de este período aparecen en algunos objetos encontrados en sepulturas, así como en los pórticos de algunos templos. En ellas se utiliza el alfabeto frigio, muy parecido al griego pero que al parecer es una adaptación independiente a partir de la misma fuente fenicia. El segundo abarca los siglos II-IV d. C. y lo llamamos *frigio tardío.* En él abundan inscripciones funerarias, a veces bilingües, y en alfabeto griego. Para entonces el antiguo territorio de Frigia había sido cristianizado, aunque hay indicios en las inscripciones de la época —como las menciones de la *Tía Mas,* la diosa madre (Kubila) — para pensar que bajo una capa superficial de cristianismo, sobrevivían ampliamente las creencias más antiguas.

El trabajo histórico-comparativo de esos restos de la lengua frigia fue obra principalmente de O. Haas y, más recientemente, I. M. Diakonov y Cl. Brixhe. Una edición de los textos paleofrigios realizada por Cl. Brixhe y M. Lejeune recoge los recientemente encontrados hasta 1984.

Entre las glosas citaré γλουρός [= griego χλωρός «verde»] y ἀζήν «barba» [cf. griego γένυς, sánscrito *hánus*]. Entre los topónimos tiene quizá interés el nombre de la capital *Gordium,* de **gherdh-/ghordh-* «cercar, proteger con cerco», que ha dado el nombre de «ciudad» y la base para topónimos en varias lenguas indoeuropeas, con y sin palatalizar: eslavo antiguo *gradŭ,* ruso *górod,* hetita *gurtaš* «ciudadela fortificada». En frigio tiene dos variantes: *-gordum* (Gordium, Manegordum) y *-zordum* (Manezordum). En otras lenguas indoeuropeas presenta significados próximos: gótico *gards* «casa», tocario B *kercīye* «palacio», lituano *gar̃das* «cercado», sánscrito *gṛhá-* «casa». En español tenemos dos palabras derivadas de esa raíz: la una, por trasmisión directa a través del latín, es *huerto* (latín *hortus);* la otra es *jardín,* tomada como préstamo del germánico occidental *gard* «cercado», a través del francés.

Como palabras procedentes de las inscripciones tenemos, entre otras: αββερετορ «es traído» (3.ª de sg. pasiva, que equivale exactamente a latín *adfertur*); εδαες «él puso» (de la raíz **dhē-* «poner»); κε «y» (como latín *que,* griego τε, sánscrito *ca*); τιοσ «de Zeus» (idéntico a griego Διός); etc.

El frigio distingue las vocales a/o y ā/ō, al contrario que otras lenguas de enclave u origen balcánico (tracio, dacio, pelásgico) coincidiendo en eso con el griego y el armenio; también al igual que en armenio _*ō_ > /u/. Como en griego y armenio, las sonantes vocalizan con timbre /a/; también en este punto se apartan el frigio, armenio y griego de otras lenguas balcánicas donde predominan timbres extremos (/u/, /i/). El tratamiento de las guturales, a falta de datos más conclusivos, ofrece dificultades, de forma que unos (P. Kretschmer) consideraron el frigio lengua *satəm* y otros (H. Pedersen) *centum*. La investigación más reciente tampoco zanja la cuestión, pero la impresión que da es que la palatalización de las guturales (incluso en el caso de las que muchos autores distinguen como *palatales*) no es incondicionada, sino contextual. De confirmarse, ese extremo resultaría de suma importancia para la valoración de la isoglosa *centum/satəm* y se convertiría en un argumento decisivo contra las tesis que atribuyen al indoeuropeo dos órdenes diferentes, uno velar (g, k, gh) y otro palatal (g', k', g'h).

El frigio tiene una *rotación consonántica* en virtud de la cual las sonoras aparecen como sordas [_*d_ > /t/] y las aspiradas como sonoras [_*dh_ > /d/]. Por su parte las sordas aparecen generalmente representadas también como sordas, de forma que, por ejemplo, una τ puede responder tanto a una _*d_ [en τιος < _*diwós_] como a una _*t_ [τευτουσ de _*teuto-_]. Suele decirse que en realidad las sordas indoeuropeas eran en frigio sordas aspiradas, pero que su aspiración era tan débil que no se representaba en la escritura. Si eso fue realmente así, la rotación consonántica del frigio sería idéntica a la del armenio, y ése es uno de los argumentos en pro de la mutua relación genética. Como el griego, transforma la *-m* final en *-n*. Pero al contrario que él, conserva la *-t* final en las desinencias de 3.ª de sing. de pasado en el verbo.

En el terreno de la morfología cuenta el frigio con un rasgo cuya estricta limitación dialectal sirve de gran ayuda para su clasificación. Se trata del *aumento*, especie de prefijo (_*e-_) que expresa el tiempo pasado en griego, armenio e indo-iranio. Pero hay muchos otros puntos en los que presenta gran coincidencia con el griego: en los temas en *-ā/ə* podía haber algunos masculinos con nominativo en *-ās;* hay formas verbales medio-pasivas muy parecidas a las griegas; el relativo es en _*yo-;_ perfecto y aoristo están funcionalmente diferenciados; como partícula prohibitiva tiene *me*. Sin embargo, también tiene rasgos diferenciales respecto al griego: se conserva un cierto uso de la _-*r_ como desinencia verbal *(addaketor, abberetor,* quizás en alguna ocasión con valor impersonal) y también en el perfecto *(dakaren* «fecerunt»); el dativo-locativo de los temas en consonante es en *-ei;* y el genitivo temático, del que hay un ejemplo, no es en _-*osyo,_ sino en _-*ōd:_

mankan ian estaes bratere maimarean poukros manissu
monumento que erigió para [su] hermano de mármol Poucro [hijo] de Maniso
[monumento de mármol que erigió Poucro hijo de Maniso en honor de su hermano].

Parece claro que la lengua de los frigios sobrevivió a la incursión de los cimerios y no fue erradicada a pesar de la dominación gálata. Pero ignoramos qué fue de ella a partir del s. IV-V d. C. Es seguro que, a la larga, terminó por desaparecer, aunque ignoramos el momento preciso. Lo único que sabemos con seguridad es que a partir del s. IV en la antigua Frigia deja de haber inscripciones en esa lengua.

Capítulo XIV

LOS ARMENIOS

En el extremo oriental de Turquía, cerca de la República de Armenia, un poco al norte del lago Van y no lejos de las fuentes del Eúfrates, se alza el macizo de Ararat. En la mayor de sus dos cumbres dice la leyenda que se posó el Arca de Noé al amainar el gran diluvio. Y el nombre persa del Ararat, en consonancia con esa tradición, es Koh-i-Nuh «Montaña de Noé». Ararat es la forma hebrea de la palabra que en las fuentes asirías suena como Urartu, y que al parecer pusieron los babilonios con el significado de «tierras altas».

El monte Ararat, con cumbres de nieves perpetuas, es el símbolo de la unidad del pueblo armenio y el centro de sus más sagradas tradiciones. Para ellos es la «Madre del Mundo». Se dice que en sus laderas se pudieron contemplar durante siglos los restos del Arca de Noé. Y una leyenda originada en Persia, cuyas fronteras están muy próximas, asegura que el Ararat es la cuna de la humanidad.

Antes de que esa región fuera ocupada por los armenios floreció en ella una notable cultura que conocemos con el nombre de Urartu. Sus gentes aparecen citadas por vez primera hacia el s. XIII en las crónicas asirias. Pero fueron los siglos IX y VIII a. C. la época de su mayor esplendor, que se vio truncado por las incursiones devastadoras de los cimerios en el VIII y de los escitas en el VII. La debilidad subsiguiente fue aprovechada por el naciente poderío de los medos para incorporar Urartu a su imperio. Probablemente aquellas gentes aparecen mencionadas por Heródoto con el nombre de *alarodios,* y si es así, esa última noticia, correspondiente a un suceso del s. V a. C., los menciona como un grupo armado a las órdenes de Jerjes en su ataque a Grecia. Un poco antes de ese acontecimiento, en la inscripción persa de Behistán correspondiente al reinado de Darío, el padre de Jerjes, se menciona ya el nombre de *arminiyas.*

Los armenios, al ocupar Urartu, desplazaron a algunos de sus habitantes preindoeuropeos hacia las regiones al este del monte Ararat y sometieron a los

restantes, quizás en la forma de una aristocracia guerrera. Las gentes de Urartu hablaban, como digo, una lengua no indoeuropea, de tipo aglutinante, en la que al parecer se encuentran semejanzas con el *hurrita*. El sistema de escritura utilizado es el cuneiforme.

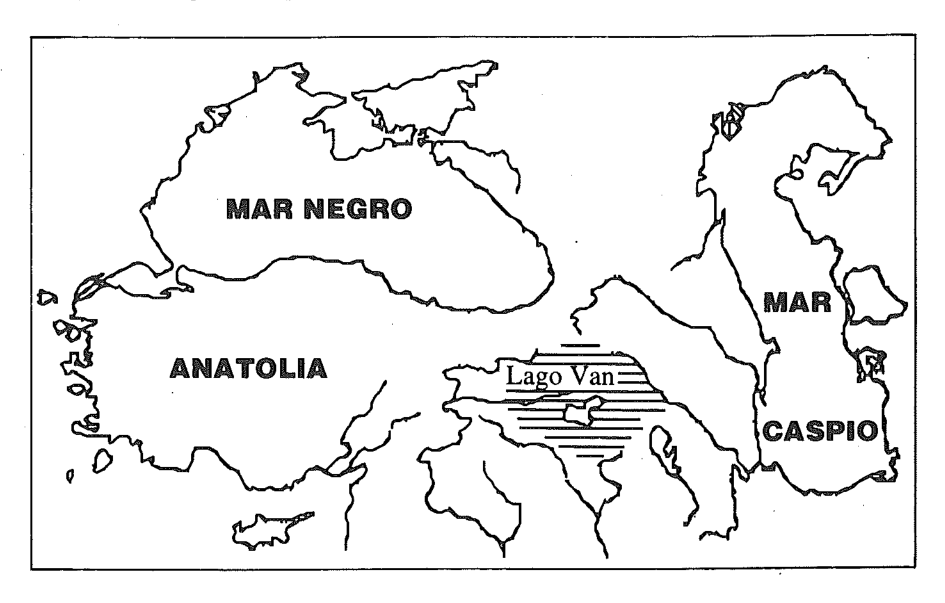
No sabemos con seguridad el momento exacto en que entraron los armenios en Urartu ni desde dónde. Heródoto dice que son antiguos colonos frigios. Y la opinión más generalizada supone que irrumpieron en Asia Menor hacia 1200 a. C., como uno de los *pueblos del mar*, procedentes de los Balcanes. Hacia el año 1100 se habrían asentado en las regiones occidentales de la Armenia histórica, para ocuparla por completo en algún momento posterior.

Sin embargo, en los últimos tiempos se han aducido diferentes hechos que cambian considerablemente ese cuadro. Muchos armenistas no encuentran justificada la identificación del armenio con el frigio, como quería Heródoto, a pesar de ciertas coincidencias indudables. Y como tampoco aparecen mencionados diferenciadamente los armenios entre los pueblos del mar, el soviético G. B. Djahukian opina que la visión tradicional del origen de los armenios dista de ser un hecho probado. En cambio, encuentra argumentos en favor de una mucho más antigua presencia minorasiática de este pueblo. Uno de ellos se basa en la aparición de los nombres *Armanam* y *Armanim* en las inscripciones acadias del rey Naramsin *(ca.* 2250 a. C.), cuya homofonía con el nombre de los armenios en las inscripciones persas *(Arminiya)* difícilmente podría ser casual.

Por otra parte, varios especialistas, como J. Greppin, han encontrado en el vocabulario armenio préstamos tomados al hetita y luvita, que no pueden explicarse a partir de lo que quedó de las lenguas anatolias tras la caída del Imperio Hetita. Y, sobre todo, Djahukian ha encontrado algunas palabras hetitas que son préstamos armenios. Entre éstas últimas está hetita *arziya-* «tierra de labor» (también en luvita *arziyašši-)* que se relaciona con indoeuropeo **agros* «campo, tierra de labor» a través de la fonética armenia (con palatalización *satəm* y metátesis de *-gr-* > *-rg-*, cf. la forma armenia de esa palabra *art* «campo»); o hetita *luzzi* «trabajo forzado» tomado al armenio, donde históricamente tiene la forma *lue* «trabajo penoso, carga», derivado de **yugom* «yugo» con fonética genuinamente armenia.

El nombre con que los armenios se llaman a sí mismos es *hay* y a su país *Hayastan*. Y resulta que las fuentes hetitas del s. XIV a. C. mencionan una región minorasiática, ubicada al sureste del Imperio Hetita, a la que aplican el nombre de *Hayaša*, lo que quiere decir «tierra de los *hay*», porque *-aša-* es sufijo anatolio de topónimo. Anteriormente las opiniones de los especialistas sobre la identidad de los habitantes del país de *Hayaša* estaban divididas, y algunos creían que la homofonía entre *Hayaša* y el endoétnico de los armenios *hay* era puramente casual. Pero Djahukian encuentra que la toponomástica de *Hayaša* es ya claramente armenia, presentando un estadio de desarrollo inter-

medio entre el indoeuropeo y el armenio histórico (es por ejemplo ya una lengua *satəm,* al contrario que las anatolias). El propio nombre de *hay* responde a la fonética armenia, al derivar de **poti-* «señor». Sería poco probable que una coincidencia tan precisa como *Arminiya/Armanim* fuera meramente casual. Pero una segunda coincidencia casual *(hay/Hayaša)* es simplemente inverosímil. Si a ello se añaden los préstamos armenios en hetita y los hetitas en armenio, todo parece indicar que la presencia armenia en Asia Menor es mucho más antigua de lo que se suponía, remontando probablemente al III milenio a. C.



Ubicación de los armenios hacia el s. v-iv a. C.

Bajo la dirección de los armenios, la antigua región de Urartu nunca alcanzó la pujanza que había tenido antaño y cayó bajo dominio persa, y más tarde, griego, con la conquista de Alejandro Magno. El año 114 d. C. el emperador Trajano anexionó Armenia al Imperio Romano. Pero su sucesor, Adriano, comprendió que con eso Roma se debilitaba e hizo retroceder la línea fronteriza hasta situarla de nuevo en el Eúfrates. En los siglos siguientes Armenia fue permanente teatro de conflictos, cogida entre las dos potencias fronterizas, los romanos en el Oeste y los partos en el Este.

A principios de s. iv d. C. el rey armenio Tiridates III se convirtió al cristianismo por influencia de San Gregorio el Iluminador, y lo declaró religión oficial del Estado. Ése fue un suceso capital que marcó la orientación de Armenia hacia Occidente, y la alejó definitivamente de la influencia persa. Y el segundo suceso decisivo fue la invención de un alfabeto propio, realizada un siglo después por San Mesrop. Durante el siglo que medió entre ambos suce-

sos, los armenios tenían que arreglárselas con la versión griega de las Sagradas Escrituras, que naturalmente el pueblo llano no entendía. Y con ello la cristianización no progresaba lo suficiente para los deseos del monje Mesrop. Para solucionarlo, inventó un alfabeto de 38 letras y emprendió una enorme tarea de traducción de los textos sagrados.

El s. v fue la edad de oro de las letras armenias. Al parecer existían cancioncillas populares y poémas épicos de carácter oral y tradición pagana. Pero no llegaron a ser puestos por escrito, por el celo cristianizador de la época, aunque algunos fragmentos, citados como ejemplo, se han conservado en la *Historia de Armenia* de M. de Khoren, quien asegura que aún eran cantadas por el pueblo a principios del s. vi. La literatura escrita de esta época clásica es fundamentalmente o religiosa o histórica.

La lengua del siglo v, que conocemos como *armenio clásico (garbar* en armenio), se continuó utilizando hasta el s. xix casi sin alteración, por la gente instruida. Y todavía continúa utilizándose por la Iglesia de rito armenio. Algo parecido a lo que ocurrió en la India con el sánscrito o en Occidente con el latín. Pero, naturalmente, la lengua hablada por la gente siguió su propio camino y sufrió una gran diversificación dialectal. En el s. xix se comenzó a escribir en la lengua moderna, y hubo dos variedades dialectales que se convirtieron en lenguas literarias. La una surgió en la Armenia sometida a los zares. La otra en Constantinopla, donde había una fuerte colonia armenia desde época bizantina.

La larga convivencia del armenio con el persa ha hecho que se introduzcan en él una enorme cantidad de palabras iranias, hasta el punto que durante el siglo pasado muchos pensaron que se trataba de un dialecto persa. La clasificación como un grupo indoeuropeo independiente fue el resultado de la obra de H. Hübschmann a finales del s. xix. Como los diferentes dialectos modernos no tienen una raíz antigua, sino que son el resultado de la diversificación posterior a la era cristiana, la lengua clásica es la única de interés para la Lingüística Histórico-Comparativa.

Hay tres clases de lenguas indoeuropeas. La primera incluye a aquéllas que ayudan a la reconstrucción de la prehistoria de la familia lingüística y al establecimiento de la lengua común originaria. Independientemente de la cronología de sus primeros testimonios, su estado de conservación es bueno en términos generales. No ha habido en ellas grandes cataclismos fonéticos que desfiguren la estructura, el esqueleto de las palabras. Gracias a las lenguas de esta primera clase se descubrió el parentesco genético entre ellas y la comunidad de origen de las lenguas indoeuropeas. A este grupo pertenecen el sánscrito, el griego, el latín, el báltico, el eslavo, las lenguas germánicas antiguas (nórdico rúnico, gótico...) y, a pesar de haber sido descifradas cuando la Lingüística Indoeuropea tenía ya un siglo de existencia, también las grandes lenguas anatolias del II milenio a. C.

La segunda clase está integrada por las que podíamos llamar *lenguas indoeuropeas ruinosas*. Se trata de aquéllas que no conocemos suficientemente. El estado iletrado de sus hablantes o los azares de la historia han hecho que no llegue a nosotros la suficiente cantidad de textos como para tener un conocimiento adecuado. Generalmente lo que conocemos de ellas proviene de la toponimia y la onomástica. A veces de unos textos pequeños y fragmentarios que generalmente no somos capaces de interpretar. A este grupo pertenecen el tracio, el ilirio, el mesapio, el frigio, el dacio, el misio, el cario, el lusitano, el celtibérico, véneto, falisco, dialectos sabélicos, etc.

Finalmente, en el tercer grupo están unas pocas lenguas que conocemos suficientemente. De ellas tenemos textos en abundancia. Pero han sufrido alteraciones tan profundas, su estado de conservación interna es tan malo, que de haber dispuesto sólo de ellas hubiera sido mucho más difícil descubrir el parentesco genético. Para algunas de ellas, incluso tras haber sido establecido sobre la base de las demás, no resultó evidente desde el principio su filiación indoeuropea. Y en cualquier caso ellas proporcionan una ayuda más bien limitada para el conocimiento de la prehistoria de la familia. En cambio, para el conocimiento de su particular prehistoria reciben una gran ayuda de la prehistoria de la familia, establecida con la ayuda de las lenguas del primer grupo. Naturalmente, en la tarea histórico-comparativa todas las lenguas ayudan y todas son ayudadas. Pero digamos que el saldo entre la ayuda que dan y la que reciben es claramente deudor. Miembros característicos de este grupo son el armenio y el tocario. En cuanto a las lenguas célticas, se reparten entre los grupos segundo y tercero. Los testimonios célticos de época romana tienen un estado de conservación interna que permitiría su clasificación entre las lenguas del primer grupo. Pero no disponemos de suficientes textos, de forma que se trata de lenguas ruinosas. Y las lenguas célticas medievales, que conocemos por una cantidad suficiente de textos, han sufrido tales cataclismos, sobre todo fonéticos, pero no sólo fonéticos, que pertenecen ya por su estado de conservación interna al tercer grupo.

En lo que al armenio se refiere, se han producido en él una serie de alteraciones que han modificado y desfigurado profundamente la estructura de las palabras. Uno de los cambios más decisivos fue la transformación sufrida por el acento. El acento libre indoeuropeo fue substituido en armenio por un acento fijo sobre la penúltima sílaba de cada palabra, de carácter fuertemente intensivo. La consecuencia general fue la pérdida de la sílaba siguiente, la última, en todas las palabras, y la alteración de algunas vocales de las sílabas que preceden al acento. Como quiera que la última sílaba de una palabra indoeuropea (la que llamamos normalmente «desinencia») es la que aporta la mayor cantidad de información gramatical, y la más característica, dada la naturaleza flexiva del indoeuropeo, este solo suceso desfigura profundamente las palabras y nos priva de datos comparativos fundamentales para la recons-

trucción de los sistemas morfológicos. El fenómeno de la transformación del acento indoeuropeo y su fijación, con la pérdida subsiguiente de la(s) sílaba(s) postónicas, es un fenómeno relativamente frecuente entre las lenguas indoeuropeas. Sucedió, por ejemplo, en latín, donde también fue fijado mecánicamente en la penúltima o antepenúltima sílaba. Sin embargo, la consecuencia de la pérdida de las sílabas finales no se produjo en latín de inmediato: sólo se consumó plenamente en algunas lenguas románicas, sobre todo en francés. El problema del armenio es que no tenemos testimonio de su estadio previo a la pérdida de esas vocales finales, como en nuestro caso es el latín. A este respecto es como si en la tradición indoeuropea de la rama latina nuestro testimonio más arcaico fuera el francés o, quizás mejor, el francés medieval.

Pero no es ése el único problema con el armenio. La oposición de vocales indoeuropeas largas/breves ha sido abolida; todos los grupos consonánticos están simplificados, de forma que sólo hay sílabas abiertas; el consonantismo —a causa de la llamada *rotación*— tiene un aspecto muy diferente; las velares han palatalizado (carácter *satəm);* diversos fonemas en posición intervocálica se han debilitado, transformado o desaparecido. Cualquiera de esos fenómeno tomados aisladamente se encuentra en otras lenguas indoeuropeas: la *rotación* en germánico; la eliminación de los grupos consonánticos y subsiguiente generalización de las sílabas abiertas, en eslavo; la palatalización de velares en sánscrito, báltico, etc. Pero todos ellos juntos, hacen que las palabras armenias tengan un aspecto que en nada se parece a sus correlatos en las otras lenguas indoeuropeas. Entre griego δύω, latín *duo,* sánscrito *dvā,* lituano *dù,* albanés *dü* se reconoce a simple vista un aire de familia, que nadie, espontáneamente, sería capaz de vislumbrar en la forma armenia equivalente *erku.*

Capítulo XV

LOS GRIEGOS

Generalmente estamos escasos de datos sobre la procedencia, la época y el momento en que las distintas estirpes indoeuropeas penetraron en sus sedes históricas. Se trata en general de sucesos acaecidos antes de la introducción de la escritura en los respectivos lugares que, por lo tanto, pertenecen a las etapas que englobamos bajo el nombre de prehistoria. Tratándose de Grecia, las cosas son un tanto diferentes. Es cierto que la indoeuropeización de la Hélade ocurrió igualmente en fases prehistóricas. Pero la pronta introducción de la escritura en su suelo y el rápido desarrollo de su gran civilización posibilitó que se conservaran viejas tradiciones, así como una épica oral que remonta al II milenio. Su ubicación en un lugar del mundo vecino a las áreas donde surgieron las más antiguas civilizaciones y donde se creó la escritura, hizo que se conservaran antiquísimos documentos en una lengua, con toda verosimilitud, pregriega. Finalmente, sus relaciones comerciales y militares con Egipto y el Imperio Hetita dejaron menciones en la documentación de aquellos pueblos. Todo ello no resuelve desde luego los interrogantes. Pero sitúa la discusión científica en unos términos mucho más favorables que para otros lugares. Y, a cambio, le confiere una mayor complejidad.

Los griegos se consideraban a sí mismos divididos en tres estirpes, jonios, eolios y dorios. En la versión que da Hesíodo de esa tradición, los griegos procederían de las regiones balcánicas al norte de Grecia (Tesalia, dice concretamente Hesíodo), donde reinaba Helén, hijo de Deucalión. El tal Helén, que da nombre a todos los helenos, tenía tres hijos. Juto, Eolo y Doro. Los dos últimos dan nombre a eolios y dorios. Y a su vez Juto tuvo un hijo, Ión, que da nombre a los jonios. Esa tradición comporta la creencia de que los griegos son invasores en el sur de los Balcanes. E incluso hay reminiscencias de un cierto escalonamiento en la penetración. La leyenda del regreso de los Heraclidas se asocia al último de los episodios, concretamente, la entrada de los dorios.

Cuando yo estudiaba en la Facultad, a principio de los 60, a pesar de las críticas de que ya había sido objeto, todavía resultaba respetable atenerse a la doctrina de la helenización escalonada de la Hélade en tres migraciones sucesivas, cuyo más conocido patrono fue P. Kretschmer. Los jonios habrían llegado entre 2000 y 1900, los eolios (o, mejor, «los aqueos», para incluir en esta penetración a los antepasados de los arcado-chipriotas) hacia 1600 y los dorios hacia 1200. Como históricamente los jonios, dorios y eolios hablan variedades dialectales diferentes de la lengua griega, se daba en esa doctrina una completa equiparación entre estirpe, dialecto y migración.

Ha sido la confluencia de dos corrientes lo que ha terminado por arrumbarla entre los especialistas, aunque aún le queden seguidores, en general entre quienes no son investigadores de primera mano en ese campo. Por una parte, la llamada *Nueva Arqueología* ha generado una corriente de opinión antimigracionista, que se ha convertido en verdadera moda no sólo para dar cuenta de la indoeuropeización de la Hélade, sino en términos generales. No me cabe duda de que en el pasado, por imperativo de la *Lex Kossinna,* se ha abusado de invasiones y oleadas para explicar cambios culturales que se pueden entender satisfactoriamente por evoluciones autóctonas o por contactos culturales. Pero probablemente, como sucede tantas veces, el péndulo se ha desplazado excesivamente en la dirección contraria, hasta el extremo de que casi resulta indecoroso ahora defender cualquier migración como si de un acontecimiento inverosímil se tratara, pasando por alto el hecho de que ante los ojos de la historia se han producido migraciones masivas de pueblos indoeuropeos enteros, como los godos, los anglos o los eslavos, por poner sólo unos ejemplos. Por otra parte, ya desde los años 50, varios helenistas han coincidido en señalar que las diferencias dialectales entre las distintas modalidades del griego antiguo han aparecido en su mayor parte en épocas posteriores a la caída de Micenas, por lo que la tripartición dialectal histórica de jonio, eolio, y dorio no puede proyectarse a la primera parte del II milenio.

En lo que parece que no exista ninguna duda es en el hecho de que los griegos no son la población autóctona de Grecia. Naturalmente, «autóctono» es un término relativo. Aquí quiero decir que no son descendientes directos de la población neolítica, sino que han penetrado en una fecha no fácil de determinar, pero probablemente en la Edad del Bronce, tal vez a partir de 1900 a. C. Los propios griegos tenían conciencia de que antes de ellos hubo allí otros habitantes, que reciben varios nombres: *pelasgos, tirsenos, léleges, carios, eteocretenses.* A todos ellos los griegos los consideraban *bárbaros,* hablantes de lenguas no helenas. Por cierto, esas lenguas o algunas de ellas, no se habían extinguido aún por completo en época clásica. Tucídides cuenta que en su tiempo se hablaban en la Península Calcídica, en los alrededores del monte Atos, dos lenguas bárbaras, una de las cuales era la pe-

lásgica, y sus gentes formaban parte de los tirsenos que antes habían ocupado Atenas.

La civilización minoica, que se extiende sin aparentes interferencias exteriores desde el III milenio hasta 1450 a. C., tiene todas las características de ser un reducto de la Vieja Europa preindoeuropea. Su cultura contiene los rasgos que así lo avalan. La figura central de la religión era una diosa femenina, vestida con atuendo cretense, cuyo culto era presidido por una sacerdotisa. Sus localidades están generalmente sin fortificar y en sus pinturas predominan escenas sin relación con la guerra. Esta civilización contó con escritura, cuyos documentos han llegado hasta nosotros. Su variedad más conocida es la llamada lineal A. Pero no es la única escritura que guarda una vieja lengua hablada otrora en Grecia. Tenemos además la escritura jeroglífica, igualmente encontrada en Creta. Y también en ciertas localidades cretenses fueron halladas algunas inscripciones con alfabeto griego y lengua no helénica; y por otro lado está la estela encontrada en la isla de Lemnos. El desciframiento de estas varias escrituras y quizás lenguas, si alguna vez se produce definitivamente, arrojaría luces nuevas sobre todo el problema de la indoeuropeización de Grecia.

El que la civilización preindoeuropea de la Vieja Europa haya podido subsistir en Creta hasta 1450 a. C. no quiere decir que no haya sufrido ningún tipo de infiltración por parte de elementos indoeuropeos. Significa solamente que su posición insular la hacía de más difícil acceso y que, si hubo tales infiltraciones, fueron absorbidas cultural y no sabemos si lingüísticamente. Porque al menos normalmente se cree que la lengua de Creta era preindoeuropea. Aunque no faltan quienes la tienen por indoeuropea. El lineal A puede leerse en buena medida, ya que parte de sus signos son los mismos utilizados por el lineal B. C. H. Gordon creyó que se trataba de una lengua semítica. L. R. Palmer y A. Heubeck dicen que es luvita y, por lo tanto, indoeuropeo de tipo anatolio. V. I. Georgiev creía que bajo el lineal A se encubrían dos lenguas: la una simplemente griego, y la otra indoeuropeo de tipo anatolio, que él llamaba *eteocretense.*

Durante los años 80 ha habido una serie de trabajos, sobre todo por parte de J. Best y F. Woudhuizen, encaminados a descifrar las varias escrituras pregriegas. En líneas generales, parece probable tras esos trabajos que bajo la escritura lineal A se encuentre una lengua semítica, que Best define como un dialecto fenicio antiguo con numerosos acadismos incorporados. Pero el desciframiento como semítico encuentra una cierta resistencia, sobre todo por parte de micenólogos. Por otra parte F. Woudhuizen hace una interpretación de diferentes documentos, que contendrían variedades de lenguas anatolias. Concretamente, por ejemplo, el disco de Festos, encontrado en la localidad cretense que le da nombre, contendría según el citado F. Woudhuizen, una variedad de lengua que llama «rama cretense del luvita». Este curioso documento, que

menciona nombres griegos bien conocidos como los de Néstor e Idomeneo, trataría sobre determinados problemas territoriales. Y su datación habría que rebajarla hasta 1370 a. C., en vez de situarla entre 1850 y 1600 como antes se pensaba. Por su parte, la estela de Lemnos, encontrada en la isla del Egeo que le da nombre, contendría también un dialecto anatolio. Pero esta vez sería un dialecto cercano al licio y al lidio, que el autor se siente tentado a clasificar como «cario».

En la toponimia de Grecia existen indudables elementos pregriegos. Y en la propia lengua griega hay también elementos que hablan igualmente de substrato. De modo que lingüística, tradición y arqueología coinciden en apuntar que efectivamente los griegos son invasores en la Hélade.

Elementos pregriegos en la toponimia hay numerosos. Pero los más característicos son aquéllos en que aparecen los sufijos *-(s)s-* y *-nth-:* Παρνασσός (Parnaso), Ἰλισός (Iliso), Κνοσσός (Knosso), Λάρισσα (Larisa), Κόρινθος (Corinto), Τίρυνς/Τίρυνθος (Tirinto), Λαβύρινθος (el Laberinto de Creta). Otros sufijos igualmente presentes en la toponimia pregriega son: *-n-:* Ἀθῆναι (Atenas), Αἴγινα (Egina), Γορτύνα (Gortina), Μιτυλήνη (Mitilene), Μυκῆναι (Micenas), Μύκονος (Miconos), Σαλαμίς/Σαλαμῖνος (Salamina); *-m-:* Πέργαμον (Pérgamo); *-mn-:* Λῆμνος (Lemnos); *-l-:* Ἀστάλη (Astale); *-r-:* Δρῆρος (Dreros), Ἐπίδαυρος (Epidauro), Κάμειρος (Camiros); *-th-:* Κάνηθος (Kanetos).

En lo que a Grecia se refiere, esa toponimia se encuentra por igual en Creta, el Egeo y Grecia continental. Pero ya en el s. XIX H. Kiepert, especialista en geografía de la Antigüedad, observó que los sufijos *-nth-* y *-(s)s-* tenían un equivalente casi idéntico en topónimos de Asia Menor: *Alabanda, Kalynda, Arykanda, Telanissos, Lirnessos.* Y sobre esa base lingüística montó P. Kretschmer hacia finales del siglo una doctrina que gozó de un asentimiento generalizado. Según el lingüista austríaco, existiría un solo substrato pregriego, idéntico al de Asia Menor, del que no sería sino su prolongación.

Otros estudiosos ampliaron la zona de extensión de ese substrato, para hacerlo abarcar toda la cuenca del Mediterráneo, desde la Península Ibérica hasta el Golfo Pérsico. Por ello, a falta de nombre mejor, recibió el de *substrato mediterráneo.* De él habrían sobrevivido islotes, particularmente el vasco, el etrusco y las lenguas caucásicas. Para algunos, se habría extendido aun más hacia el Este, hasta alcanzar la India, en donde las lenguas dravídicas serían sus supervivientes actuales.

Que toda la cuenca del Mediterráneo antes de la llegada de los indoeuropeos estaba ocupada por gentes no indoeuropeas, de puro obvio parece casi una tautología. Y que, por lo tanto, los indoeuropeos se asentaron sobre un substrato preindoeuropeo, es su conclusión no menos obvia. Pero que ese substrato fuera uniforme en toda la cuenca del Mediterráneo, es una suposición que carece de sólidos fundamentos. Uno de los datos que se han aducido,

y que menciono por el hecho de implicar a nuestra Península, es el nombre *Iberia, Iberos,* presentes tanto en España como en el Cáucaso. E igualmente el nombre del río *Ebro* (Iber), sin duda relacionado con los anteriores, que tiene equivalencias en Serbia (Ibar) y en Bulgaria (Ibŭr).

También se detectaron en el vocabulario griego palabras de etimología no griega, pertenecientes precisamente a esos ámbitos de la realidad a que suelen referirse con frecuencia los préstamos tomados a las lenguas de substrato: 1) plantas, frutos y animales: ἐρέβινθος «garbanzo», σῦκον «higo», λείριον «lirio», ῥοδον «rosa», μίνθος «menta», κυπάρισσος «ciprés», ὑάκινθος «jacinto», μύρμηξ «hormiga», αἴξ/αἰγός «cabra»; 2) elementos de la cultura material: μόλυβδος «plomo», οἶνος «vino», θώρηξ «coraza». Entre estas palabras de substrato y los topónimos parece innegable algún tipo de conexión. En efecto, en algunas de ellas aparecen los mismos sufijos que en los topónimos (ἐρέβινθος, μίνθος, ὑάκινθος, θάλασσα «mar», κυπάρισσος, νάρκισσος «narciso», δάφνη «laurel», ὀρίγανον «orégano», θάλαμος «tálamo», καθαρός/κάθαρσις «puro/catarsis», φιαλή «copa»).

Durante las dos primeras décadas de este siglo reinó sin contestación la tesis de Kretschmer. Pero el desciframiento de las lenguas de Anatolia realizado en 1915 iba a desencadenar una verdadera revolución en este campo. Resultó, en efecto, que la mayoría de las lenguas de Anatolia, en contra de lo que se creía, eran indoeuropeas. Y entonces Kretschmer cambió por completo su convicciones y propuso la existencia de dos substratos pregriegos en Grecia, uno no indoeuropeo y otro que él llamó *Protindogermanisch,* término con el que quería aludir a un estadio de la familia indoeuropea anterior al *indoeuropeo* de la reconstrucción clásica.

El progresivo conocimiento de las lenguas anatolias que en las décadas siguientes se fue acumulando posibilitó detectar la existencia de todas las modalidades de topónimos pregriegos en los textos hetitas y luvitas del II milenio a. C.: *Irḫandaš* (-nth-), *Parnaššaš* (-[s]s-), *Paḫḫurinaš* (-n-), *Dukkamaš* (-m-), *Hattušumnaš* (-mn-), *Imrallaš* (-l-). Algunos de ellos tienen una correspondencia exacta en Grecia: *Parnaššaš*/Παρνασσός, *Petaššaš*/Πήδασος. Pero al contrario de lo que sucede en griego, esos topónimos no son en Anatolia de substrato, sino que allí tienen normalmente etimología hetita o luvita: *Irḫandaš* de *irḫa-* «límite, borde», *Paḫḫurinaš* de *paḫḫur* «fuego», etc. Y, por añadidura, esos mismos sufijos sirven en las lenguas anatolias no sólo para formar topónimos, sino también para derivar palabras del vocabulario apelativo. Y todo ese conjunto de circunstancias hace prácticamente inevitable la conclusión de que la lengua de substrato de los topónimos en *-nth-* y demás sufijos es una lengua indoeuropea. Que lo sea de tipo anatolio no es ya una conclusión inevitable, aunque bien pudiera ser efectivamente así. Pero los sufijos implicados son en general tan característicamente indoeuropeos como-*nt-* (del que

derivan las dos variedades *-nth-* en Grecia/*-nd-* en Anatolia), que no puede pensarse sólo por ellos en una filiación exclusivamente anatolia.

En realidad, en Grecia ocupan estos topónimos una posición paralela a la que tienen los hidrónimos *antiguo-europeos* en Europa centro-occidental. En uno y otro caso se trata de unos topónimos de filiación indoeuropea, pero no explicable por las lenguas indoeuropeas históricamente ubicadas allí. La gran diferencia es que, al contrario de lo que ocurre con el *paleoeuropeo*, en Anatolia se han conservado restos escritos de lenguas indoeuropeas si no idénticas, sí al menos de un mismo estrato cronológico de la familia indoeuropea, gracias a la pronta introducción de la escritura. Es por ello que, en vez de «anatolio», sería prudente llamar a ese tipo de substrato algo así como «para-anatolio». A pesar de lo cual, utilizando un inventario adicional de coincidencias toponímicas, L. A. Gindin defendió con argumentos dignos de consideración la existencia de un estrato genuinamente anatolio en Grecia. Y si los desciframientos de F. Woudhuizen se confirman, la existencia de un estrato anatolio habría dejado de ser una hipótesis para convertirse en un hecho comprobado.

La indagación sobre el substrato indoeuropeo pregriego de Grecia cobró notable desarrollo en los años subsiguientes al desciframiento del hetita. Con desigual fortuna, con presupuestos distintos y conclusiones dispares han trabajado en el tema M. Budimir, V. I. Georgiev, W. Merlingen, O. Haas, A. J. van Windekens, L. R. Palmer, A. Heubeck y L. A. Gindin. Sería imposible dar aquí una historia completa de estos estudios. Pero creo interesante presentar brevemente el problema.

Algunos de estos investigadores, principalmente Georgiev, se dio cuenta de que muchas de las palabras griegas de substrato, sin etimología indoeuropea posible con las leyes fonéticas de ninguna de las lenguas indoeuropeas conocidas, podían tenerla si se operaba con un nuevo conjunto de cambios fonéticos. Por ejemplo, πύργος «torre» podría proceder de **bhr̥gh-* «elevado», al igual que germánico *burg* y celta *briga.* Tal raíz, con las leyes fonéticas del griego daría /prakh-/, con las del latín /forg-/, con las del sánscrito /bṛh-/, con las del armenio /barj-/ etc. Pero si suponemos una nueva lengua indoeuropea que tenga: 1) disimilación de aspiradas como el sánscrito o el griego, 2) rotación consonántica como el armenio, y 3) vocalización de las sonantes en /u/ como el germánico, el resultado sería **bhr̥gh-* > **br̥gh-* > *pr̥g-* > *purg-* (como en πύργος).

Tales leyes fonéticas se cumplen en un buen número de palabras de substrato hasta entonces sin etimología. De **dhm̥bh-* se obtiene con fonética griega /taph-/ como en τάφος «tumba» y con la de esa lengua indoeuropea de substrato /tumb-/ como en τύμβος «tumba»; de **dhembh-* sánscrito *dábhati* «maltratar» y substrato griego ἀτέμβω «id.»; de **bhundh-*, griego πυθμήν «fondo, base» y substrato πύνδαξ «fondo de una vasija»; etc.

La lista completa dé los fenómenos fonéticos inventariados por V. Georgiev para esa lengua indoeuropea de substrato es la siguiente: 1) vocales a/o confundidas; 2) sonantes que dan alternativamente resultados con /i/ y con /u/; 3) rotación consonántica idéntica a la armenia (*/*d/* > */t/; /*dh/* > */d/* y */*t/* > */th/* [de ahí el aspecto histórico del sufijo indoeuropeo -**nt-* como *-nth-* en los topónimos]); 4) tratamiento *satəm* de velares y labiovelares; 5) disimilación de aspiradas en fecha anterior a la «rotación».

Georgiev llamó *pelásgico* al pueblo indoeuropeo responsable de esas palabras de substrato, adoptando uno de los nombres que los griegos daban a los primitivos habitantes de la Hélade. Pero, siguiendo una propuesta de Budimir, opinaba que ésa es una forma alterada por etimología popular a partir de πέλαγος «mar». Su forma originaria se conservaría en πελάστικος, palabra que algunos escoliastas transmiten como el nombre que se daba a los campesinos del Ática. Por ello creía que la forma antigua sería *pelastas, palastas* o *palaistas* y conectaba así el nombre con *Palestina* y *filisteos*. Éstos serían invasores indoeuropeos que habrían entrado en Palestina desde los Balcanes y le habrían dado su nombre.

Mediante el «pelásgico» se explican brillantemente un buen número de dobletes como πιαρός/φιαρός «gordo, pingüe», ὗς/σῦς «hijo», «cria de animal» > «cerdo», τέραμνον/θεράπνη «vivienda». Y obtienen etimología diversas palabras como φύλαξ, τύρσις, σῖτος, etc. Hasta una cuarentena de ellas encuentra A. J. van Windekens, uno de los continuadores del camino abierto por Georgiev: βαλανεῖον «establecimiento de baños» (**bhə₂no-* «baño caliente»), βασσάρα «zorro» (**bhagi-oro-* «que se alimenta de aves»), γαλλία «intestinos» (**ghol-* «bilis», que en fonética griega es χόλος), etc. Alguna de ellas resulta tan brillante e irresistible como la palabra griega ταμία «administradora, doméstica». Como palabra genuinamente griega carece de cualquier conexión etimológica razonable. Como palabra indoeuropea pregriega tiene una obvia: la raíz para «casa» **dom-* (latín *domus* «casa») con el sufijo que deriva adjetivos denominativos: **domyos* «relativo a la casa, doméstico» que, con fonética pelásgica da /tamias/. Los griegos tomaron la palabra de ese substrato. Pero al terminar en *-ăs* no era asimilable como masculino, que en su lengua era característicamente en *-os*. Y tampoco a femenino, que era característicamente en *-ā*. La solución adoptada no puede ser más significativa: para el femenino utilizaron el sufijo adecuado, obteniendo la forma histórica ταμίᾱ. Para el masculino recurrieron a una fórmula que no se da fuera del griego (excepto quizás en frigio): el nominativo masculino aparece provisto de una *-s:* ταμίᾱς.

Cuando se estudia el género en las lenguas indoeuropeas, solemos señalar unas anomalías que vienen de antiguo y que consisten en que ciertos femeninos tienen la forma en o/e de los masculinos (como **snuso-* «nuera») mientras que hay masculinos que tienen la forma en *-ā/ə* de los femeninos (por ejemplo

en latín *nauta, agricola).* Y solemos decir que las lenguas tienden a subsanar esas anomalías por la vía más obvia: cambiar el tema de las palabras, lo que resulta un procedimiento sencillo por lo trillado, ya que en cualquier lengua indoeuropea es usual que los adjetivos alternen funcionalmente ambos sufijos, como aún en español *listo/lista.* Sin embargo, el griego adoptó ese procedimiento que acabo de mencionar, sin paralelos en otras lenguas, excepto probablemente en frigio. Generalmente se explica por una analogía con los masculinos que tenían *-s* en el nominativo. Pero obsérvese que el griego no se limita a utilizar ese procedimiento con masculinos en *-ā* heredados de la lengua común, sino que recurre a él en palabras de nueva creación o adopción, que se hubieran sometido fácilmente al esquema regular en la lengua: masculino *-o*/femenino *-ā*. Parece lógico pensar que ha debido haber un catalizador que desencadene el esquema alternativo masculino *-ās*/femenino *-ā*. Y ese catalizador bien pudieran haber sido las palabras de substrato como ταμίᾱς cuya forma de masculino en la lengua de origen era en *-ăs*. Que ese mecanismo ha debido influir en la creación de los masculinos en *-ās* parecen apoyarlo ciertos hechos del frigio que, como el griego, es una lengua /o/ rodeada de adstratos /a/ (anatolio, iranio). En frigio, como digo, parece haber también algunos masculinos en *-ās*. Y al menos en un caso nos consta que un masculino temático (o/e) de una lengua /a/ (el nombre iranio del dios Mitra) ha sido incorporado a la flexión *ā/ə*.

Pero con el *pelásgico* de Georgiev no se agota la investigación sobre el substrato indoeuropeo de Grecia. W. Merlingen encontró que con otro conjunto de leyes fonéticas diferentes se explicaba un nuevo grupo de palabras pregriegas: 1) /o/ > /u/; /e/ > /i/; /ā/ > /ō/; /ē/ > /ā/. 2) Es una lengua *centum* con tratamiento labial de las labiovelares. 3) Rotación consonántica específica (**p, *t, *k > ps, s, ks; *b, *d, *g > ph, th, kh; *bh, *dh, *gh > b, d, g*). 3) Disimilación de aspiradas anterior a la rotación consonántica. Sin querer identificar esta nueva lengua indoeuropea con ningún pueblo en concreto, prefirió llamarlo «griego-psi» (por el resultado /ps/ de **p*). A partir de esa lengua se explican palabras como θεός «dios» (cf. latín *deus,* etc.), ξανθός «rubio» (cf. latín *candidus),* ὀξύς «agudo». También se aclaran algunos dobletes como ἄνθρωπος/ἀνδρός «hombre». Y para terminar, añadiré que Budimir, en fecha anterior a la propuesta de Georgiev, creía haber detectado otra lengua indoeuropea más, que él llamó *pelástico* (forma para él antigua de *pelásgico),* que tendría afinidades con el eslavo y explicaría dobletes como θερμός/σαρμός «caliente» (de **g^w^hermós* «caliente») y etimologías como σεργός «ciervo» (cf. latín *cervus).*

Cuatro son, en consecuencia, los presuntos estratos indoeuropeos en Grecia, que con el griego resultan cinco: anatolio, pelástico, pelásgico y griego-psi. Antes de nada debo advertir que, excepto el de «anatolio» que responde a

la identificación precisa con el hetita y el luvita, los demás nombres son convencionales. La conexión de cada una de esas lenguas indoeuropeas (o mejor: de esos conjuntos de transformaciones fonéticas que podrían revelar la existencia de otros tantos substratos) con alguno de los nombres concretos carece de fundamentos sólidos. Aceptémoslos como meros rótulos para su cómoda designación, pero abstengámonos de concederle ningún significado histórico.

Hecha esa advertencia, hay que decir que no puede considerarse demostrada la existencia de cuatro substratos indoeuropeos diferentes en Grecia. Probablemente se ha hecho casi todo lo que es posible hacer cuando sólo se barajan topónimos y préstamos de substrato (o quizás superestrato en algunos casos, como quería Merlingen para el pelásgico). Pero todo eso no es suficiente para trazar un cuadro indiscutible. No obstante parece innegable que ese material demuestra, lejos de cualquier duda razonable, que el substrato pregriego es *múltiple* y que en él hay al menos un estrato indoeuropeo. Uno de los elementos que podrían resultar más cerca de una prueba efectiva es el componente anatolio, gracias a la existencia de los textos anatolios históricos con que establecer comparaciones sólidas y abundantes. Los demás estratos indoeuropeos, en la medida en que los haya habido, no cuentan con ese apoyo para su demostración. Otro argumento que parece avalar la presencia de un substrato anatolio en Grecia se obtiene de las circunstancias que rodean al pueblo cario. Los carios eran considerados por los griegos como los habitantes primitivos de las islas del Egeo, que como consecuencia de la invasión helena se habrían retirado a su sede histórica, en la zona suroccidental de Asia Menor. Pero ellos se consideraban a sí mismos como hermanos de los lidios. Los tirsenos son considerados por Heródoto de origen igualmente lidio. Ya sabemos la importancia de la lengua en estos sentimientos de autoidentificación entre los pueblos. Pues bien, el lidio era una lengua indoeuropea anatolia y actualmente es difícil dudar de que el cario lo era igualmente. Una vez más, las tradiciones se revelan en este punto como fidedignas: los griegos consideraban que había habido en las islas una población caria. La Lingüística señala la existencia de un substrato anatolio. Y los carios resultan ser anatolios. Los tres elementos casan con reconfortante precisión.

El estudio del substrato no indoeuropeo en Grecia ha resultado menos productivo, como es natural, al faltar en ese terreno cualquier apoyo sólido para la etimología. Recientemente E. J. W. Barber ha realizado interesantes estudios sobre el léxico de las técnicas textiles en griego. Y detecta en él una mezcla de términos indoeuropeos y pre-indoeuropeos. Y resulta revelador que las palabras de filiación no indoeuropea designan con frecuencia artefactos que existían en la Europa centro-oriental y balcánica pre-kurgánica. La consecuencia parece obvia: los indoeuropeos llevaron consigo a Grecia determinadas técnicas textiles, para las que naturalmente disponían de términos propios. Pero en

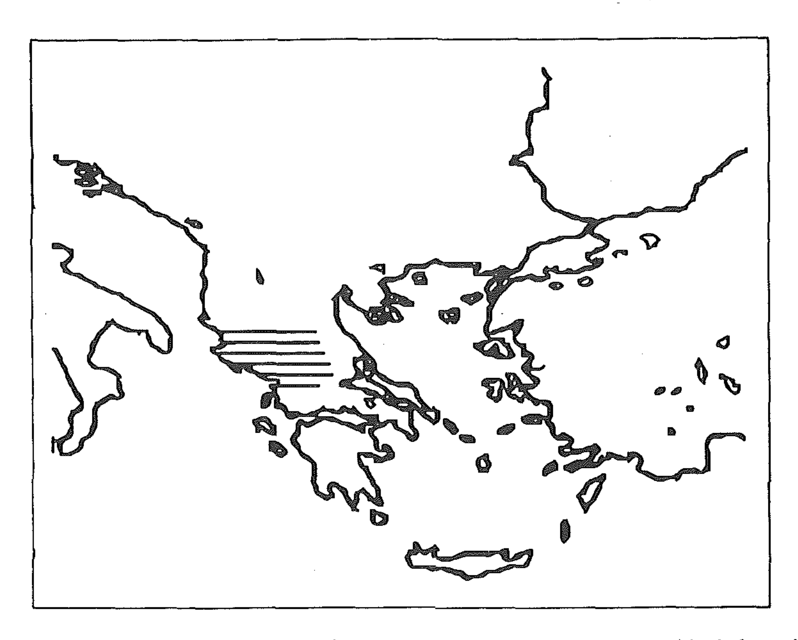
los Balcanes encontraron técnicas nuevas, que adoptaron junto con los correspondientes nombres autóctonos. En este terreno del substrato preindoeuropeo queda sin duda mucho por hacer.

En conjunto resultan abrumadores los datos que demuestran que antes de los griegos hubo en la Hélade un estrato preindoeuropeo, reliquia de la vieja Europa agrícola, y otro u otros indoeuropeos. Desde las primeras penetraciones kurgánicas en los Balcanes, que M. Gimbutas sitúa hacia el 4400-4200 a. C., pasando por la segunda penetración hacia el Egeo entre 3000 y 2800, los movimientos de pueblos indoeuropeos en los Balcanes y en Grecia han sido numerosos. Unas estirpes se han ido superponiendo, mezclando, desplazando a otras, a veces procedentes de la estepa, otras de Anatolia, otras viniendo desde el complejo danubiano-centroeuropeo previamente indoeuropeizado, en un entramado cuya complejidad probablemente ni siquiera sospechamos. A mediados del III milenio, la Arqueología detecta la presencia en Grecia de elementos culturales centroeuropeos, como la cerámica característica con espirales y meandros, así como el mégaron y las ciudadelas fortificadas. Todos esos elementos se explicaban en el pasado mediante las correspondientes oleadas invasoras, aunque hoy se tiende a prescindir de grandes desplazamientos de población. Pero lo que a mi entender resulta significativo es la escasezen Grecia de la hidronimia *antiguo-europea*. Todo ello invita a pensar que en Grecia los aportes de origen europeo, que sin duda han existido, no han debido ser demasiado intensos. Lo que, por otra parte, resulta congruente con los rasgos dialectales de la lengua griega, más cercana al indo-iranio, frigio y armenio que a las lenguas de Europa.

No siempre resulta pertinente inquirir cuándo un pueblo ha penetrado en sus sedes históricas. Resultaría un verdadero anacronismo preguntarse cuándo entraron los españoles en España. Sea cual sea el sentido que se quiera dar al término «español», la pregunta así planteada carece de cualquier respuesta racional. Los españoles no han entrado nunca en España porque han fraguado como pueblo en el interior de la Península. En el caso de Grecia sí cabe, en cambio, preguntarse cuándo entraron los griegos, si al término griego le damos el sentido meramente lingüístico. En efecto, en la fecha de su primera irrupción en Grecia no puede hablarse, como queda dicho, de la división dialectal en jonios, eolios y dorios. Pero sí puede hablarse ya de «griegos», frente a otras modalidades indoeuropeas. Quiero decir que los rasgos lingüísticos que caracterizan a todo el griego frente a cualquier otra lengua indoeuropea estaban ya adquiridos, al menos en su mayor parte, en el momento de aquella primera penetración (1900-1600) y que, por lo tanto, esos invasores hablaban una lengua que era ya griega en sentido estricto.

Rasgos específicamente griegos y comunes a todo el griego son, entre otros, el resultado /e/, /a/, /o/ de las tres laringales en posición vocálica; la aspiración de **y-* inicial; el resultado /pt/ de los grupos labial + *y*; la desinencia de dativo de plural -σι; el superlativo en -τατο-; las desinencias medias -σθε -σθαι; el perfecto en -κ; la pasiva en -θη; los demostrativos οὗτος, y ἐκεῖνος; el pronombre de identidad αὐτός; etc. Todos ellos constituyen un conjunto de innovaciones tan sólido por su cantidad y su calidad que hacen poco sostenible la negación de una etapa de comunidad entre todos los dialectos griegos. E igualmente inverosímiles resultan las hipótesis, que hace algunas décadas tuvieron un cierto predicamento, de que el griego es el resultado de la confluencia en territorio griego o balcánico de al menos dos estirpes indoeuropeas diferentes.

Dónde tuvo su asentamiento esa lengua griega común o, lo que es lo mismo, de dónde proceden los griegos en primera instancia, no lo sabemos con seguridad. Probablemente en los mismos Balcanes, en alguna zona al norte de Grecia. El horizonte geográfico de su propio origen nunca lo situaron los griegos más allá de Macedonia. Algunos argumentos toponímicos parecen apoyar al Epiro como la patria de los griegos, la verdadera Hélade, como lo llamara Aristóteles. El Epiro es la región noroccidental de la Grecia actual. En la antigüedad los griegos no lo consideraban parte de la Hélade, separada como estuvo de la cultura y la vida griegas por la cadena del Pindo. En el Epiro resulta que no hay casi ninguna toponimia pregriega, como la que existe en Grecia. Y



El Epiro y las zonas occidentales de Tesalia, probable punto de partida de los griegos en su migración hacia la Hélade

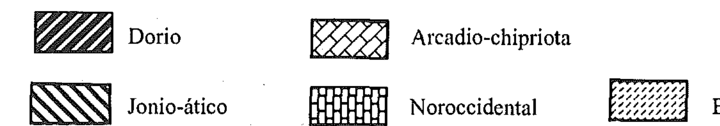
en cambio la toponimia que existe se etimologiza frecuentemente sobre base griega. Eso parece demostrar que en el Epiro estaban los griegos desde fecha muy remota, cuando la Hélade histórica estaba ocupada por otras estirpes. Cuando los griegos abandonaron el Epiro, probablemente su vacío fue ocupado por otras gentes, quizás de filiación iliria, que los griegos de época histórica catalogaron como *bárbaros.*

Probablemente, pues, desde el Epiro y el oeste de Tesalia, en un primer movimiento de penetración, llegaron a la Hélade entre 1900 y 1600 los primeros griegos. No sabemos si en ese momento la lengua común presentaba principios de diferenciación dialectal ni en qué medida esas posibles diferencias de lengua se correlacionaban con las poblaciones que bajaron hacia el Sur y las que permanecieron quietas. Sólo es seguro, como he dicho antes, que el grueso de la diferenciación dialectal histórica no se había producido aún.

En torno a la época micénica, en los alrededores del 1400, puede hablarse ya de dos dialectos griegos: meridional y septentrional, que coinciden con la división entre los pobladores de Grecia y los que quedaron en las sedes ancestrales del Epiro. Dada la cercanía, no es seguro que esa división implicara necesariamente completo aislamiento. El rasgo más característico que los distingue es que en el dialecto meridional **ti* se ha convertido en /si/, mientras que el septentrional conserva la pronunciación /ti/. Los griegos que habían entrado en Grecia se impusieron a la población preexistente y, tomando sin duda elementos de su cultura, desarrollaron una brillante civilización que conocemos con el nombre de *micénica,* por ser Micenas uno de sus principales centros. Los rasgos esenciales de esa civilización nos son ya familiares, por típicamente indoeuropeos. Micenas estuvo regida por una aristocracia guerrera que combatía en carro, hacía del valor y la destreza en el combate sus virtudes cardinales, adoraba a Zeus, se enterraba con ricos ajuares, usaba máscaras funerarias de oro y se organizaba en ciudades estado independientes que se aliaban eventualmente entre sí. Micenas se convirtió en una potencia terrestre y marítima, así como en centro para el comercio con Asia Menor, Egipto e incluso el Occidente mediterráneo. Es segura una importante presencia micénica en Italia, y concretamente en el Lacio, ya en el s. XIV a. C. Y hay pruebas de que llegaron en sus rutas comerciales hasta España. Pero, en torno a 1200, Micenas se derrumbó. No sabemos con precisión por qué. Lo que sí es cierto es que en conexión con su derrumbamiento entraron en escena los dorios. Ha sido una convicción largamente sostenida que la ruina de Micenas habría sido causada por la irrupción de los dorios. En el viejo modelo de las tres migraciones la doria sería la tercera y última. Ese modelo dio paso en su momento a una versión con sólo dos: en la primera (1900-1600) habrían entrado los futuros jonios y aqueos (eolios y arcado-chipriotas) y en la segunda los dorios, que también en ella habrían sido los causantes de la ruina de la civilización micénica. Pero la tendencia antimigracionista continuó extremándose. La lengua de

Micenas la conocemos relativamente bien por un buen número de tablillas de arcilla escritas en silabario lineal B. Tras su desciframiento en los años 50 y su identificación como una variedad de griego por M. Ventris y J. Chadwick, resultó que se encontraron ciertas variedades diferenciales en la lengua en que están redactadas. Y algunos, encabezados por el propio Chadwick, pensaron que en esas diferencias se reflejaría el dialecto dorio. De forma que los dorios no habrían entrado en Grecia después de la época micénica. Habrían estado ya dentro durante ella. Y eso permitiría concluir que sólo hubo una inmigración griega en Grecia: entre 1900 y 1600 habrían entrado conjunta y simultánea-

LOS DIALECTOS GRIEGOS EN EL I MILENIO A. C.



mente todas las estirpes. Durante los primeros siglos, los dorios habrían ocupado una posición subordinada, no habrían formado parte de la aristocracia militar, sino que habrían sido sus servidores. Y la caída de Micenas podría explicarse por una revuelta social interna de los dorios, en vez de por una migración desde fuera. Sin embargo, esa teoría, sin duda atractiva sobre todo para los antimigracionistas, adolece de un severo punto débil: ninguno de los rasgos dialectales de la lengua de las tablillas tiene un carácter demostrablemente dorio. Lo que hace que, por el momento, a falta de nuevos datos, resulte prudente mantener el cuadro de las dos entradas sucesivas. Sea de ello lo que fuere, con los dorios queda completa la helenidad de Grecia y su específica indoeuropeidad. La caída de Micenas trajo consigo una profunda reorganización de las poblaciones y las estirpes. Y enseguida sobrevino una edad obscura. Durante algún tiempo Grecia sumida en una especie de letargo, sufrió una larga depresión económica y cultural. La población, falta de organizaciones políticas amplias, se encerró en sí misma, resultando una profunda y menuda desintegración en variedades dialectales, con frecuencia meramente locales.

Algo más tarde, a partir del s. IX, comenzó a resurgir el comercio. Distintas ciudades griegas establecieron colonias a lo largo del Mediterráneo. Y la luz de la plena historia comenzó a encenderse para Grecia. Su decurso subsiguiente es bien conocido, y rebasa ya los propósitos de este libro. Únicamente me interesa recordar que en la lengua de los griegos se comenzó a crear la gran tradición literaria occidental. La épica, la lírica, el teatro europeo, nacieron en Grecia. Y también en griego se escribieron por vez primera la medicina, la geometría, la astronomía, la historia, la filosofía. Y eran hablantes de lengua griega quienes crearon la arquitectura y la escultura que durante siglos han caracterizado a Occidente. Toda esa grandiosa cultura es ahora nuestra cultura. A través de Roma se extendió por todo el Imperio, tras cuya caída sobrevino una nueva edad obscura, la Edad Media, durante la cual los grandes autores durmieron un sueño de varios siglos en las bibliotecas de los monasterios cristianos. Y poco a poco la luz fue haciéndose de nuevo hasta el Renacimiento, para continuar ya ininterrumpidamente hasta nuestros días. El origen griego de las ciencias y su transmisión romana han dejado una impronta en su propia terminología. El griego y el latín se han convertido en fuente inagotable de neologismos para todas ellas. Ése es sólo uno de los aspectos en que nuestra cultura exhibe su dependencia y origen. Evidentemente no el único, y probablemente, uno de los menos importantes. Pero aunque sólo fuera ésa la contribución que Occidente ha recibido de la lengua griega, no sería ciertamente insignificante.

Con el predominio cultural de Atenas y el posterior Helenismo, sobrevino una etapa de signo contrario: un proceso de unificación lingüística que consistió en la adopción por todos los griegos de una modalidad común de lengua basada principalmente en el dialecto de Atenas. Esa lengua unificada evolu-

cionó sin solución de continuidad, a través del *griego medieval,* hasta llegar al griego moderno, la lengua hablada en la Grecia de hoy, que prácticamente en todas sus variedades actuales deriva de aquella lengua común que llamamos κοινή.

La Lingüística Histórico-Comparativa creyó en sus primeros tiempos que el griego, dentro del conjunto de la familia indoeuropea, se relacionaba con el latín y en general con las lenguas itálicas de forma más estrecha que con ninguna otra rama. Probablemente en esas ideas influyó la tradición precientífica, que ya desde época romana tendió a considerar el latín como un dialecto griego de tipo eolio. Y, a pesar de algunos intentos más recientes para resucitar esas ideas, la teoría que propone una etapa de unidad greco-itálica, intermedia entre el indoeuropeo y el griego o el itálico común, debe tenerse por infundada. Pero al negar esa relación quedan por responder dos cuestiones. Por una parte, qué explicación tienen los rasgos de coincidencia específica que realmente existen entre el griego y el latín. Y por otra, dónde ubicar el griego dentro del conjunto de las lenguas indoeuropeas.

Coincidencias reales o supuestas entre el griego y las lenguas itálicas se han enumerado una buena cantidad. Pero no todas tienen ni el mismo fundamento ni la misma significación. Algunas deben ser, sin más, olvidadas por ser imaginarias o erróneas. Otras son compartidas por un número más amplio de dialectos, por lo que carecen de significación específica. Y otras son hechos de vocabulario, fácilmente comprensibles como préstamos entre lenguas que tanto contacto han tenido desde antiguo. Pero hay un núcleo de hechos que resisten toda crítica. Los más sólidos son: 1) pronombre personal de 1.ª, latín *egō,* griego ἐγώ, con una *-ō* que no está en otras lenguas; 2) nom. pl. *-ăi* en los temas en *-ā/ə;* 3) gen. pl. -**āsōm* en los temas en *-ā/ə*; 4) dat. pl. -**āis* en los temas en *-ā/ə;* 5) ac. pl. -**āns* en los temas en *-ā/ə,* y —en un nivel inferior de seguridad, pero también muy probable— 6) resultado histórico de *sordas aspiradas* (luego alteradas en *fricativas sordas)* de las *sonoras aspiradas.*

Como puede verse, la mayoría de las coincidencias se refieren a los femeninos en *-ā/ə* y todas ellas tienen el denominador común de ser influencias analógicas de los masculinos en *o/e* en los femeninos. Para esas coincidencias no se ha encontrado ninguna explicación, una vez descartada la unidad greco-itálica. En mi opinión, tal unidad está bien descartada. Y estas coincidencias probablemente se explican en su conjunto como influencias del griego sobre el latín en una época muy antigua en que ambas lenguas, sin haber sufrido aún la mayoría de los cambios fonéticos específicos que tendrán lugar sobre todo en el I milenio a. C., estaban mucho más próximas entre sí de lo que luego lo estarán históricamente, por el mero hecho de ser lenguas indoeuropeas, sin necesidad de imaginar ninguna vinculación dialectal estrecha. Esa relación antigua tiene, por lo demás, comprobación histórica positiva. Consta arqueo-

lógicamente una fuerte presencia micénica, y por lo tanto griega, en el mismo Lacio ya en el s. XIV a. C. Es difícil decir si en ese momento existiría mutua comprensión entre ambas lenguas. Pero sí existían con seguridad las suficientes coincidencias y similitudes en los respectivos sistemas flexionales como para hacer posible préstamos morfológicos de esta naturaleza.

Respecto a la vinculación dialectal del griego con otras ramas de la familia, parece hoy indiscutible que es con el frigio, el armenio, el iranio y el indio con las que tiene coincidencias más numerosas y significativas. Y dentro de ese conjunto dialectal, con el iranio coincide particularmente en ciertos hechos fonéticos, y con el indio en la complejidad y estado general de la flexión verbal.

El griego ha sido y seguirá siendo una de las lenguas capitales para el estudio de la familia lingüística indoeuropea. Y lo es por dos razones complementarias. Por una parte, es una de las dos ramas indoeuropeas con documentación escrita del II milenio a. C. gracias a las tablillas micénicas. Es cierto que ese testimonio es de un valor relativo a causa de las imprecisiones del silabario en que está escrito y del carácter escueto, tipo inventario, de esa documentación. Pero los textos que siguen en antigüedad, los *poemas homéricos,* puestos por escrito en el s. VIII a. C., remontan por tradición oral hasta la época micénica, cuyas gestas y lances heroicos narran. De forma que sólo el védico del grupo indio puede competir en antigüedad de entre los testimonios del I milenio.

La segunda razón de su importancia en la comparación, y en parte consecuencia de la primera, es el estado de conservación fonética del griego. A pesar de la pérdida de ciertos fonemas (fundamentalmente las laringales, la */y/* y en parte la */w/*) ha conservado intacta la estructura antigua de las palabras y muy especialmente sus sílabas finales, esenciales en las lenguas con flexión sufijal.

CAPÍTULO XVI

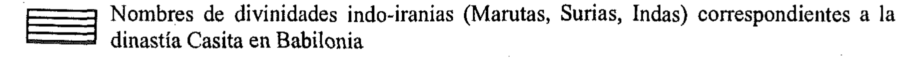
LOS INDIOS Y LOS IRANIOS

El indo-iranio es una de las principales ramas de nuestra familia lingüística. Reúne para ello todas las condiciones favorables. Sus gentes son uno de los primeros pueblos indoeuropeos que irrumpen en la historia. Varias de las lenguas que la integran resultan estar entre las de documentación más antigua. Una de ellas se convirtió en lengua clásica de una cultura tan antigua y peculiar como la de la India. Miembros de esta rama, en sus dos modalidades (india e irania) se han conservado hasta nuestros días como lenguas vivas habladas por grandes cantidades de población. Y finalmente, aunque no menos importante en términos de Lingüística Histórico-Comparativa, su estado de conservación fonético es lo suficientemente bueno como para convertirse en una de las piezas claves de la comparación. De hecho, la toma de contacto de los estudiosos europeos con estas lenguas fue uno de los principales desencadenantes del descubrimiento de la familia indoeuropea. Y aunque hoy sepamos que el sánscrito no monopoliza el arcaísmo, sino que es innovador en numerosos puntos de los sistemas morfológicos y fonéticos, sigue siendo una de las piedras angulares en que se asienta nuestra ciencia.

Los primeros pueblos de estirpe indo-irania de que tenemos noticias históricas se sitúan en Babilonia, hacia 1750 a. C. Por esas fechas Mesopotamia contaba ya con un largo período de civilización y su escritura tenía más de mil años de existencia. Sus creadores no habían sido indoeuropeos, sino primero sumerios —raza cuyo entronque ignoramos, y que para algunos podría relacionarse con los drávidas de la India— y luego acadios, de filiación semita. La dinastía de Hammurabi fue derrocada hacia 1900 y poco después encontramos reinando en Babilonia a una nueva dinastía instaurada por los *casitas,* pueblo que antes había vivido al este de Mesopotamia. Si nos atenemos a un cierto número de palabras de su lengua conservadas en documentos babilonios, pro-

bablemente los casitas no eran indoeuropeos; pero debían estar regidos por una aristocracia indoeuropea, porque los nombres de sus reyes constan de elementos claramente identificables como indo-iranios: *Marutas, Surias, Indas,* que se corresponden con conocidas divinidades del panteón védico. Significativamente los casitas fueron, al parecer, los introductores del carro de guerra en la zona.

LOS INDO-IRANIOS EN EL II MILENIO A. C:



Nombres de divinidades indo-iranias (Marutas, Surias, Indas) correspondientes a la dinastía Casita en Babilonia

Regiones de Palestina y Siria donde se asentaron ciertas principalías (Taanach, Keliah, Yanoah, etc.), no siempre de ubicación conocida. Los nombres de sus príncipes son indo-iranios (Yasdata, Suvardata, Biridasva, Artamanya, etc.)

Diversos nombres personales y de divinidades, así como vocabulario común

Que la presencia indo-irania en el Oriente Medio no fue un episodio limitado a la dinastía casita lo sabemos porque poco después, en el s. XIV a. C., el esquema se repite un poco más al Oeste, en el Imperio de Mitanni, vecino oriental de los hetitas. Las gentes de Mitanni, que llamamos *hurritas,*

no son indoeuropeos ni tampoco semitas, y su lengua se caracteriza por disponer de un sistema de tipo *ergativo,* como el del vasco. Y también estaban dirigidos por una aristocracia guerrera indo-irania, llamada *maryannu,* palabra cuyo equivalente sánscrito *máryas* significa «hombre en edad de guerrear, héroe». E igualmente son indo-iranios los nombres de sus reyes, como *Artatama, Saussatar, Dusratta.* Nos constan también los nombres de algunos de sus dioses por un tratado entre los dos imperios (Hetita y Mitanni) en que se ponen como testigos a *Indra, Varuna, Mitra* y los *Nasatias.* Y, finalmente, conocemos también algunas palabras del vocabulario ordinario que nos proporciona un tratado de hipología en hetita, firmado por Kikuli de Mitanni, en el que se incluyen términos indo-iranios, pertenecientes al vocabulario técnico de la cría del caballo. Particularmente, nos consta la forma de algunos numerales, de los que *aika* «uno» tiene una especial significación como luego veremos. Incluso disponemos de una expresión que nos proporciona la desinencia del genitivo de singular de los masculinos, cuya forma *-asya* es característicamente indo-irania.

También alrededor del s. XV a. C., en tierras de Palestina y Siria hay instaladas dinastías reales cuyos miembros tienen nombres igualmente indo-iranios: *Artamania, Suvardata, Biridasva,* etc. De forma que hacia mediados del II milenio a. C. los indo-iranios parecen extendidos en todo el Oriente Medio, si bien no en grandes cantidades de población colonizadora, sino más bien en la forma de restringidas castas de aristocracias militares que con la nueva técnica del carro de combate consiguen dominar a otras poblaciones y construir o ponerse al frente de varios Imperios.

Las palabras de que disponemos ofrecen a primera vista un aspecto más indio que iranio. Por una parte su fonética no tiene los rasgos que caracterizan al iranio frente al indio, como por ejemplo la aspiración inicial e intervocálica de /s/ *(*s > /h/),* en virtud de la cual el nombre de los dioses gemelos que aparecen en Mitanni como *Nasattia-nna,* conservan inalterada la /s/ igual que la forma india correspondiente *Nāsatyā,* y al contrario que la correspondiente forma irania (avéstico) *Nāŋhaiþya.* En este mismo ejemplo se observa otro fenómeno fonético iranio no presente en el testimonio minorasiático: la /t/ delante de la semivocal /y/ se conserva al igual que en indio, mientras que en iranio se convierte en la fricativa sorda */þ/.* El nombre indoeuropeo del caballo **ekwos* da en indio *aśvá-* y en iranio *aspa-.* Pues bien, en ciertos nombres propios minorasiáticos aparece ese término bajo la forma india, como en *Biridasva* «poseedor un gran caballo».

Pero no sólo en el aspecto fonético de las palabras esa lengua parece ser indio. También en los dioses que se veneran y en general en la forma de su religión. Indra, Varuna y los Nasatias son dioses indios. El dios de los iranios es Ahura-Mazda, y esas otras divinidades son para los iranios demonios perjudiciales.

La discusión de los rasgos que caracterizan la lengua de los indo-iranios minorasiáticos puede parecer demasiado técnica y carente de un interés histórico general. Nada más lejos de la verdad. De la identificación como indios o como iranios de aquellas gentes depende nuestro conocimiento de los sucesos acaecidos en Oriente Medio, así como de la historia de los pueblos indios e iranios y su colonización de la India. En la idea de que eran indios, alguno historiadores entendieron que se trataba de una incursión que se habría introducido en Oriente Medio desde el Pendjab. Eso supondría que los indios habrían estado instalados en el norte de la India al menos desde el año 2000 a. C. Otros, para evitar una tan alta cronología, interpretaron que se trataba de indios en su camino hacia la India desde la vertiente norte del macizo caucásico.

En realidad, ni las razones fonéticas ni las religiosas demuestran la filiación específicamente india de aquellas gentes. Todos los hechos fonéticos específicamente iranios de que carecen las formas minorasiáticas son innovaciones tardías del iranio, introducidas tras la separación de los indios. De manera que esas formas podrían ser tanto indias como iranias de fecha anterior a la introducción de esas innovaciones. Y la religión irania sabemos que es el resultado de la reforma religiosa de Zaratustra, que relegó a la condición de demonios a las antiguas divinidades indo-iranias, para entronizar a una entidad abstracta, principio del Bien, como es Ahura-Mazda.

Pero la realidad es algo más complicada. Hay aún otros rasgos que podrían parecer iranios, como el mantenimiento de los diptongos, que en indio monoptongan, tal como se aprecia en la forma del numeral *aika-* «uno», frente a sánscrito *eka-*. Pero se trata también de un arcaísmo, anterior a la diferenciación del indio y el iranio. Sin embargo, hay unos pocos rasgos que no pueden considerarse arcaísmos comunes a ambos grupos, sino que parecen innovaciones específicas. Por ejemplo, el numeral *aika-* tiene una formación que sólo se da en indio, de entre todas las lenguas indoeuropeas. La base común de ese numeral es **oi-*, a la que se añaden diferentes sufijos, principalmente *-*no-*, como en latín (**oinos* > *ūnus* [> español *uno*]) o en germánico (gótico *ains*, inglés *one*, alemán *eins*), y *-*wo-* como en griego (**oiwos* > οἶος) o en iranio (persa antiguo *aiva*). Tan sólo en indio, como digo, se utiliza el sufijo *-*ko-*, que aparece en indio *éka-* y en la forma minorasiática *aika-*. Esto parecería decantar la cuestión a favor de la filiación india de esa lengua. Pero, en cambio, los nombres propios en *Arta-* son característicamente iranios (*Artajerjes*, *Artavardiya*), y de ellos encontramos entre el puñado de reyes minorasiáticos nada menos que dos (*Artatama* y *Artamanya*). Y, por otra parte, esos mismos nombres comportan un rasgo fonético que es una innovación específicamente irania. En efecto, en indio tenemos esa palabra como apelativo (*ṛtás* «el orden [divino]»), que es idéntica a la forma común indo-irania. Y resulta que en los nombres minorasiáticos aparece bajo la forma /arta-/, que comporta un resultado /a/ de la vocalización de la sonante (**r̥* > /ar/), al igual que en iranio. En

cambio, en otro nombre, *Biridasva* (cf. sánscrito *bṛhadaśva-)* parece o no haber vocalización alguna y conservarse /r̥/ como en indido (transcrito con /i/ por necesidades de silabario), o haber una vocalización que recuerda más bien las del indio de fases tardías.

A juzgar por algunos testimonios de que disponemos, las *sonoras aspiradas* aparecen en estos nombres arios minorasiáticos como sonoras simples: *Bagarrita* (topónimo de Mitanni), *Bagartu,* etc., de la raíz **bhag-*. Sin embargo, este rasgo no es en realidad iranio, como supondría la opinión tradicional. Como hemos visto al estudiar la fonética, la verdadera naturaleza de esos fonemas era en la lengua común la de *sonoras*. Como tal se conservan (arcaísmo) en iranio y en indo-iranio minorasiático. Y sólo en territorio indio, por influencia del substrato, se convirtieron en las *sonoras aspiradas* que el indio tiene históricamente.

En resumen, en los nombres indo-iranios minorasiáticos se encuentran tres clases de rasgos: 1) Interpretables como formas antiguas comunes, previas a la diferenciación de ambas ramas (conservación de /s/, de los diptongos, de las consonantes de la serie III como sonoras, de las oclusivas sordas ante sonante, de las divinidades), 2) Específicamente indios (formación del numeral «uno»), 3) Específicamente iranios: *(*r̥ > /ar/),* uso de *Arta-* para la formación de nombres propios. Y ante esta situación los estudiosos han tendido a considerar que los especímenes minorasiáticos no son en realidad ni indios ni iranios, sino formas comunes indo-iranias, previas a la escisión histórica de ambos dialectos, que sería de fecha posterior al s. XIV a. C., quizás con ciertos principios de diferenciación dialectal que no se correlacionan exactamente ni con el dialecto indio ni con el dialecto iranio. O, en otras palabras, que si la lengua de los indo-iranios de la dinastía casita, del Imperio de Mitanni o de las dinastías sirias y palestinas se hubiera conservado hasta fechas posteriores, tal vez habrían dado lugar a dialectos indo-iranios no clasificables ni como indios ni como iranios, sino como una tercera variedad.

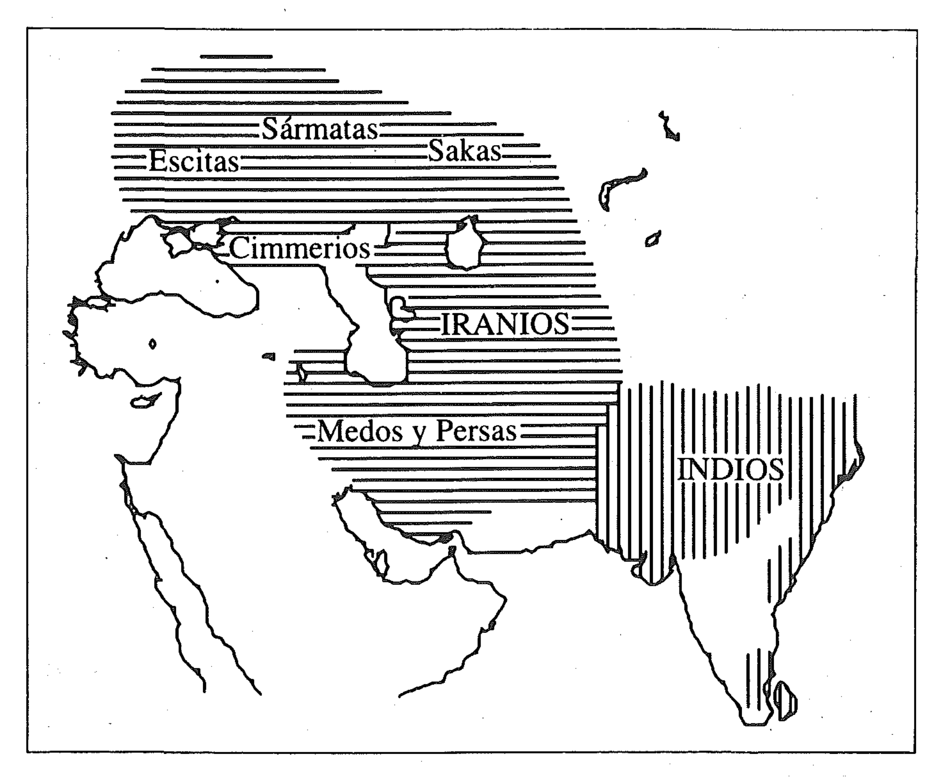
Los indo-iranios del II milenio a. C. son, pues, la avanzadilla de ese pueblo en Oriente Medio. No sabemos con precisión de dónde venían. Pero razones meramente lingüísticas nos obligan a pensar que de algún lugar en donde hubieran atravesado por un período de convivencia exclusiva con los antepasados de los griegos, frigios y armenios, porque entre esos grupos hay una serie de coincidencias lingüísticas, verdaderas innovaciones específicas, que exigen algún tipo de relación prehistórica, que no puede haberse producido en las respectivas sedes históricas, ocupadas demasiado tarde y demasiado alejadas unas de otras. Más abajo, en los capítulos dedicados a la Dialectología, intentaré encuadrar en un marco histórico esos indicios que proporciona la lingüística.

Aquellas avanzadillas parecen no haber consistido en grandes masas de población, sino en reducidas aristocracias militares que se habrían impuesto sobre las poblaciones anteriores —indoeuropeas o no—, introducirían el carro como

arma de combate y actuarían sobre las lenguas preexistentes en forma de *superestratos*. Pero, reducidos en número, su lengua no se impuso sobre la de las poblaciones mayoritarias, y terminaron por ser absorbidos y desaparecer.

En el I milenio los indo-iranios aparecen definitivamente escindidos en sus dos ramas, la india y la irania, y establecidos en un *continuum* que va desde el Irán hasta la India, pasando por Afganistán y Pakistán. A partir de este momento, ambos pueblos han de ser tratados por separado.

El primer documento específicamente indio es el libro sagrado de los *Vedas*. La palabra *veda-* significa en sánscrito «sabiduría, conocimiento» y tiene etimológicamente relación con el verbo latino *vidēre* «ver», en la idea de que el que «sabe» es el que «ha visto». Los *Vedas* son cuatro colecciones de himnos religiosos: *Rig-Veda, Sāma-Veda, Yajur-Veda* y *Atharva-Veda*. El



Los indo-iranios en el I milenio a. C.

más antiguo es el primero de ellos. Los himnos que lo forman están generalmente dedicados a la alabanza, exaltación y plegaria a diferentes dioses del panteón védico: Indra, Mitra, Varuna, Agnis (el Fuego), la Aurora, la Noche, los Aśvin, los Maruts (los Vientos), etc. Se recitaban en diferentes momentos

del culto, cuyos elementos capitales eran el encendido del fuego al amanecer, el sacrificio sobre el altar y la preparación, ofrenda e ingestión de la bebida ritual, el *soma.*

La lengua de los *Vedas,* el védico, al igual que otras lenguas religiosas (el latín, el armenio clásico, el eslavo eclesiástico) sobrevivió muchos siglos en sus usos rituales a la época en que se hablaba por el pueblo. Los *Vedas* fueron puestos por escrito bastante tarde, aunque no sabríamos precisar la fecha. Pero su creación, o al menos el inicio de ella, remonta al II milenio a. C. Y durante generaciones fue transmitida oralmente de maestros a discípulos por los sacerdotes o *brahmanes.* En esas condiciones es inevitable, a pesar del esmero y de las precauciones utilizadas en mantener inalterado el texto sagrado, que se hayan introducido elementos tardíos y regularizaciones de varia índole.

Los *Vedas* no son sólo un conjunto de himnos sagrados. Dada la remota época de su creación, contienen valiosos indicios sobre el pasado prehistórico del pueblo indio. Concretamente, se han utilizado para obtener información acerca de la invasión de la India, su ruta de penetración y sobre las poblaciones autóctonas preexistentes. Pero como no se trata de un libro de historia, sus datos, que indudablemente existen, deben ser tomados con verdadera cautela.

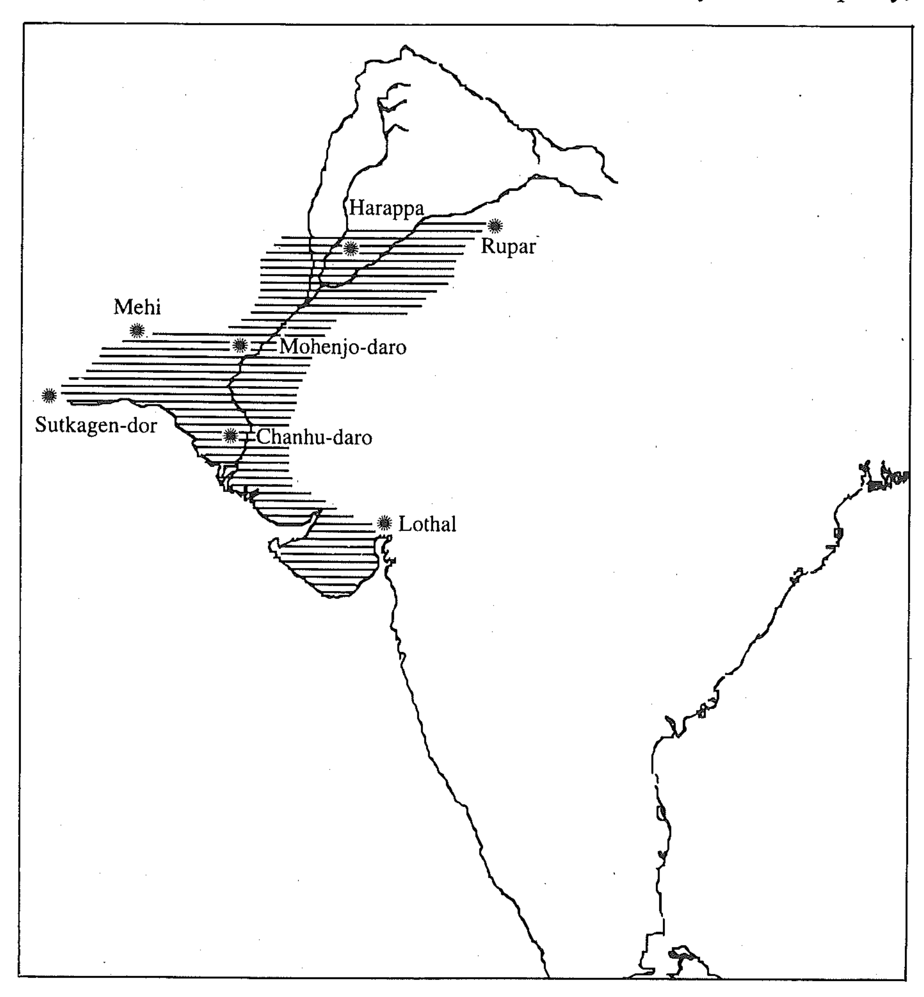
Sobre ese conjunto de problemas hay una explicación ampliamente mayoritaria. Según ella, entre 1400 y 1000 a. C. los indios penetraron en la India desde Occidente, a través de Irán y Afganistán, y ocuparon en primer lugar el valle del Indo, donde había florecido una antigua civilización agrícola, que llamamos con el nombre de cualquiera de sus dos grandes ciudades *Harapa* en el Norte y *Mohenjo-daro* algo más al Sur. Allí, utilizando carros de guerra, se habrían enfrentado con la población autóctona de piel obscura, que se fortificaba en lugares elevados. Indra, el dios de la guerra, ayudaba a los indios a vencer a sus enemigos.

Ese ambiente combativo es el que reflejan los himnos védicos, cuya composición remonta a la época de la conquista, de la misma forma que en Grecia la *Ilíada* refleja el ambiente micénico. En concreto, los *Vedas* reflejan la etapa en que conquistaron el noroeste de la India (el Pendjab). Y en sus himnos se mencionan todavía ríos de regiones al oeste del Indo, como el *Kūbhā (Rigveda* 407.9 y 901.6) que se tiene por el actual *Kabul,* el *Gomatī (Rigveda* 644.30 y 901.6) que se identifica con el *Gomal,* o el *Krúmus (Rigveda* 407.9 y 901.6) cuyo nombre moderno sería el de *Kurrum.* Y el dios Indra está concebido sobre el modelo de un príncipe indio de la época.

Esa interpretación histórica y ese cuadro de la conquista de la India fue puesto en duda en el pasado desde los dos extremos posibles. Para unos la conquista sería mucho más antigua y se habría producido desde el Norte, a través del Himalaya. Para otros, por el contrario, el escenario de los sucesos reflejados en el *Rigveda* no sería el Pendjab, sino Irán, y por lo tanto la con-

quista de la India sería más reciente. Pero esas dos alternativas no encontraron aceptación y la opinión común ha preferido la versión que he descrito más detenidamente.

Recientemente Renfrew ha hecho una nueva propuesta. En el marco de su identificación de los indoeuropeos con la población que expande la agricultura desde Anatolia, la civilización del valle del Indo sería ya indoeuropea y,



La civilización del valle del Indo en el III milenio a. C., con algunas de sus más importantes ciudades.

más concretamente, india. Como esta civilización aparece floreciente desde algo después del año 3000 a. C., resulta inevitable la conclusión de que la inmigración de los indoeuropeos indios a la India hubo de tener lugar hacia finales del IV milenio, si no antes.

La civilización del Indo disponía de escritura y existen varios intentos de interpretación. El que resulta más consistente y ha recibido mayores asentimientos es el realizado en la antigua Unión Soviética, según el cual la lengua no sería indoeuropea, sino relacionable probablemente con el dravídico. Pero como quiera que tal desciframiento, al no existir ningún bilingüe, no puede considerarse definitivamente probado, Renfrew se considera en libertad de seguir pensando que la civilización del Indo hablaba la lengua indoeuropea precursora del indio histórico. Sin embargo, él mismo encuentra un inconveniente a su hipótesis: sólo si pudiera demostrarse que los cereales cultivados en la civilización del Indo son los mismos que en Anatolia y Mesopotamia podría tenerse por probada. En cambio, si resulta que en el Indo se cultivaban variedades propias, basadas en especies salvajes autóctonas, su hipótesis carecería de fundamento.

Como arqueólogo que es, otorga gran importancia a ese argumento paleo-botánico, pero no tiene en cuenta las circunstancias lingüísticas que hacen altamente improbable su hipótesis. La proximidad dialectal entre el indio y el iranio es tan grande que no puede entenderse en un marco de separación de más de dos milenios, ni siquiera imaginando un largo *continuum* comunicado entre el Pendjab y Asia Menor. En general, la fecha de separación entre el indo-iranio y las restantes lenguas indoeuropeas que esta hipótesis exige, el 6500 en opinió del propio C. Renfrew, es tan remota que la convierte por sí sola en inverosímil. Los enormes parecidos entre el sánscrito y diversas lenguas de Europa en general, y muy especialmente, las estrechas relaciones dialectales con el griego, no podrían haber sobrevivido a un lapso de separación de 5000 años.

Consciente él mismo de la dificultad arqueológica de su hipótesis (de la inviabilidad lingüística no se percata), Renfrew plantea una alternativa. Los indios habrían entrado en el valle del Indo en el I milenio a. C. en la forma de jinetes nómadas de las estepas y se habrían impuesto a los autóctonos como una aristocracia guerrera. Y, sin querer renunciar a ninguna de las dos hipótesis, opta por las dos a la vez: en la India habría habido dos períodos de indoeuropeización, el uno hacia el IV milenio como colonos agrícolas y el otro en el II-I milenio como jinetes nómadas. El problema es que él mismo se encarga de refutar sus dos propias hipótesis. La primera con la duda sobre las semillas utilizadas. Y la segunda al argüir páginas antes —al parecer luego se olvida de su propio argumento— que difícilmente podría reconocerse como nómadas a unas gentes que combatían en carros y no montados a la grupa. En trabajos posteriores Renfrew ha descartado la primera de las hipótesis, ateniéndose a la segunda. Y, en su opinión, la expansión neolítica habría llevado a la India no las lenguas indoeuropeas, sino las dravídicas.

El marco histórico generalmente admitido sigue siendo, pues, la explicación histórica más verosímil de la indoeuropeización de la India: la invasión

india penetró en el valle del Indo entre 1400 y 1000 a. C. y lo conquistó. Los *Vedas* reflejan el ambiente de conquista en el Pendjab. Pero que la civilización agrícola del Indo sea o no indoeuropea es cuestión que sólo el conocimiento de la lengua que encubre su escritura podría zanjar. Por el momento parece que las tesis más sólidas se inclinan por su carácter drávida. Pero si finalmente, contra lo que ahora parece, resultaran indoeuropeas, habría que pensar que se trata de un estrato indoeuropeo muy antiguo, paralelo al de los primeros episodios de la indoeuropeización de Europa, que más tarde terminó siendo reindoeuropeizado por los indios de las fuentes históricas.

Desde el Pendjab los indios emprendieron hacia el Sur y el Este la conquista de toda la India, proceso que nunca se terminó. Aún en la actualidad subsisten amplias zonas en el Sur y Sureste que nunca han sido indoeuropeizadas. En ellas se hablan lenguas de dos grupos: *drávidas* y *mundas,* que han actuado como substrato del sánscrito.

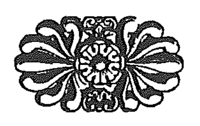
La vieja lengua del ritual védico se mantuvo en su uso religioso, aunque desde hacía siglos la gente hablaba ya de otra forma más moderna, a partir de la cual surgió a su vez una segunda lengua literaria, que conocemos con el nombre de *sánscrito* (de *samskṛta-* «refinado, cultivado, perfecto»). Desde los primeros momentos el sánscrito está muy influido por el védico, como lo está toda la sociedad y la cultura india. Y pronto se convirtió en una lengua clásica, con reglas rígidamente establecidas hacia el s. V a. C. por el gramático Pāṇini en su obra *Aṣṭādhyāyī* «los ocho libros», que recogió y sintetizó toda una tradición gramatical anterior.

El sánscrito es la lengua clásica de la India. En ella se escribió la mayor parte de su literatura a partir del s. V a. C. Entre otras obras, merecen ser destacados los poemas épicos *Mahābhārata* («el gran [poema] de los Bharatas») y el *Rāmāyaṇa* («el [poema] de Rama»). Y en ella escribió el gran poeta nacional Kalidaśa, autor de piezas de teatro como *Sakuntala* y de poemas líricos como *Meghadūta.*

Pero, una vez más, la lengua hablada por la gente siguió evolucionando, al margen de la lengua clásica escrita. Y ya en el s. III a. C., durante el reinado de Aśoka, aparecen inscripciones en una lengua diferente. Aśoka, recientemente convertido al budismo y deseoso de que las doctrinas de Buda llegaran hasta las gentes sencillas que no sabían sánscrito, les lanzaba sus mensajes en la lengua que realmente hablaban. Con ello se abre un nuevo período en la historia del indio, que conocemos como «indio medio», a partir del cual también se desarrollarán lenguas de utilización literaria.

No se sabe a ciencia cierta cuándo se introdujo en la India el uso de la escritura. En la civilización agraria del valle del Indo había existido un sistema de escritura, como ya he dicho. Pero desapareció con aquella civilización y no tuvo continuidad. En algún momento entre el s. VIII y el V a. C. llegaron a la India dos modalidades de escritura de origen semítico. Una de ellas dio lugar

अथ सामवेदपूर्वार्चिके प्रथमः प्रपाठकः



॥ ओम् ॥ नमः सामवेदाय ॥ श्रीगणेशाय नमः ॥ ओम् ॥

अग्न आ याहि वीतये गृणानो हव्यदातये । नि होता सत्सि बर्हिषि ॥ १ ॥

त्वमग्ने यज्ञानाꣳ होता विश्वेषाꣳ हितः । देवेभिर्मानुषे जने ॥ २ ॥

अग्निं दूतं वृणीमहे होतारं विश्ववेदसम् । अस्य यज्ञस्य सुक्रतुम् ॥ ३ ॥

अग्निर्वृत्राणि जंघनद्द्रविणस्युर्विपन्यया । समिद्धः शुक्र आहुतः ॥ ४ ॥

प्रेष्ठं वो अतिथिꣳ स्तुषे मित्रमिव प्रियम् । अग्ने रथं न वेद्यम् ॥ ५ ॥

त्वं नो अग्ने महोभिः पाहि विश्वस्या अरातेः । उत द्विषो मर्त्यस्य ॥ ६ ॥

एह्यू षु ब्रवाणि तेऽग्न इत्थेतरा गिरः । एभिर्वर्धास इंदुभिः ॥ ७ ॥

आ ते वत्सो मनो यमत्परमाच्चित्सधस्थात् । अग्ने त्वां कामये गिरा ॥ ८ ॥

त्वामग्ने पुष्करादध्यथर्वा निरमंथत । मूर्ध्नो विश्वस्य वाघतः ॥ ९ ॥

अग्ने विवस्वदा भरास्मभ्यमूतये महे । देवो ह्यसि नो दृशे ॥ १० ॥

॥ दशति ॥ १ ॥

Texto sánscrito en escritura devanagari

al alfabeto llamado *kharoṣṭī,* que se utilizó en el Noroeste hasta bien entrada la era cristiana. El otro, llamado *brāhmī,* es el que dio lugar al *devanagarī,* alfabeto que normalmente se utiliza para el sánscrito.

En conjunto la lengua de la India la solemos dividir en tres etapas:

1) *Indio antiguo.* — A ella pertenecen las dos lenguas ya citadas: *védico* y *sánscrito clásico,* que son las dos variedades más antiguas y, por lo tanto, las que solemos utilizar en la comparación lingüística.

2) *Indio medio.* — Su primer documento son las inscripciones de Aśoka en el s. III a. C. Pero además pertenece a esta época el *pali,* lengua canónica de los budistas de Ceilán. En ella está redactado el *Tipiṭaka,* puesto por escrito alrededor del comienzo de la era cristiana, pero con larga tradición oral que remonta al propio Buda. Y finalmente también son de esta etapa los *prácritos* literarios, diferentes según las regiones.

3) *Indio nuevo.* — A él pertenecen las lenguas indoeuropeas habladas en la actualidad en la India. Son numerosas y muy diferentes según las zonas. Sus textos más antiguos pertenecen al dialecto *bengalí,* y datan del s. VIII. Algunas de sus variedades más importantes son el *pendjabí,* el *hindi* y el *bengalí.*

En la vasta región que se extiende desde Mesopotamia hasta el valle del Indo encontramos asentados desde el I milenio a. C. un conjunto variado de tribus que integran la nación irania. Las primeras menciones explícitas de esos grupos las encontramos en las crónicas asirias del siglo IX a. C., en que se nos habla de conflictos con medos y persas que culminan con la toma de Nínive por el rey medo Ciáxares el año 612 a. C. Después de un período de unión entre las tribus iranias promovido por los reyes medos, sobrevino la hegemonía de los persas, que llegó a su mayor esplendor mediante la creación de uno de los grandes imperios orientales con la dinastía aqueménida.

En las estepas del sur de Rusia, el hogar ancestral de los todos los indoeuropeos, a partir de 1500 a. C. se había ido perfeccionando la técnica de dominio del caballo mediante el bocado, hasta llegar a permitir el montar a la grupa, controlando la cabalgadura y combatiendo a la vez. Los pueblos allí ubicados fueron adoptando progresivamente unas características muy peculiares: se convirtieron en nómadas a caballo. La movilidad y la velocidad en los desplazamientos que eso les confería, junto con la superioridad militar frente a los ejércitos de peones, hizo de ellos en el I milenio una verdadera potencia militar que amenazó las civilizaciones mediorientales.

En las amplísimas zonas de Rusia meridional y Asia central hubo, sin duda, pueblos de muy variada filiación que adoptaron ese régimen de vida. Y también hubo otros que no la adoptaron y fueron pronto arrollados por los jinetes nómadas.

En alguna región al norte del Mar Negro vivía a principios del I milenio el pueblo de los *cimerios*. Su primera mención la encontramos en la *Odisea*, donde se nos dice que habitaban un país de obscuridad en los confines del mundo. Siglos más tarde Heródoto consideraba a los cimerios como los habitantes originarios de las estepas del sur de Rusia. Y la vinculación de su nombre con el estrecho de Kerch (llamado en la antigüedad *Bosporus Cimmerius*) que separa el Mar Negro del Mar de Azov, atestigua su antigua presencia en la zona. Pues bien, hay buenas razones para pensar que los cimerios eran indoeuropeos de tipo indo-iranio o, cuando menos, estaban gobernados por una aristocracia de esa filiación. En concreto, lo poco que de ellos sabemos así parece indicarlo. Los nombres de sus más conocidos gobernantes son *Teuspa, Tugdamme* y *Sandaksatra*. Al menos dos de ellos tienen paralelo indo-iranio. Y, concretamente, el último contiene como segundo elemento la palabra *kṣatra-* «poder, supremacía» que sólo existe en lenguas indo-iranias. Como formante de nombres propios tiene un paralelo entre los indo-iranios de Oriente Medio en *Saussatar* de Mitanni.

En el s. VIII a. C. aparece en escena quizás el pueblo más característico de entre los jinetes nómadas de las estepas: los *escitas*. Las fuentes asirias los llaman *sakas*. Y no estamos seguros de la completa equivalencia de ambos nombres. Para algunos serían dos denominaciones sin más, mientras que para otros se trataría de dos ramas distintas del mismo pueblo: los *escitas* serían la rama occidental y los *sakas* la oriental.

Los escitas entraron en conflicto con los cimerios a quienes empujaron hacia el sur del Caúcaso y se convirtieron en sus mortales enemigos. Parte de ellos penetraron también en Asia Menor y perturbaron durante un tiempo la zona. Pero otra gran parte estableció un extenso dominio de las estepas, que llegó lo suficientemente lejos por el Oeste y Noroeste como para enlazar con el eslavo e intercambiar con él diferentes elementos lingüísticos. Al igual que los cimerios, los escitas son también indo-iranios, a juzgar tanto por el nombre de sus príncipes y reyes, como por la naturaleza de los intercambios con los eslavos. Bien es cierto que en sus costumbres funerarias presentan rasgos muy poco indoeuropeos, que hicieron a V. G. Childe pronunciarse contra su indoeuropeidad. En la tumba de los jefes se daba muerte a la esposa y a los sirvientes; y en torno a ella se empalaban caballos, todo lo cual tiene paralelos exactos entre los nómadas mongoles de Asia Central. Pero ese elemento que para Childe resultaba decisivo no lo es en realidad. Es posible sin duda, que en una extensión tan amplia como la ocupada por los escitas se agruparan pueblos de variada filiación y se produjera entre ellos cierto sincretismo en las costumbres, en el arte y en la religión. Pero no se puede dudar que uno de esos pueblos era indoeuropeo de tipo indo-iranio, precisamente el que explica tanto el nombre de los príncipes, como las relaciones y contactos entre iranios y eslavos. Precisamente esas relaciones hacen difícil que la indoeuropeidad de los

escitas estuviera limitada a sus reyes o a su clase dominante, y exigen que el conjunto del pueblo fuera de filiación indo-irania, al menos en las regiones occidentales, limítrofes con los eslavos.

El dominio escita de las estepas se prolongó durante siglos, y llegó a su final por obra de los *sármatas,* otro pueblo de jinetes nómadas de las estepas: en torno al principio de nuestra era el dominio escita había sido reemplazado ampliamente por el sármata. El carácter indo-iranio de los sármatas no ofrece ninguna duda. Y, en conjunto, no puede ofrecerla la presencia de elementos de filiación indo-irania desde antiguo en las estepas del sur de Rusia. En época romana había en territorio escita toponimia irania. Y hasta nuestros días han sobrevivido varias lenguas, herederas directas de los pueblos de las estepas, no sabemos bien si de la lengua de los escitas o de los sármatas o de ambas a la vez. Hay dos conjuntos, ambos de filiación irania: el uno en la vertiente septentrional del Cáucaso, que conocemos con el nombre de *oseta;* el otro en las orillas del Mar Caspio, por lo que solemos llamarlos dialectos *caspianos.*

Todos estos datos hacen que se tenga por segura la presencia de iranios desde época antigua en las estepas del sur de Rusia. Y, naturalmente, sólo caben dos alternativas: o han penetrado allí secundariamente como invasores o son pobladores autóctonos en las estepas. La primera de esas posibilidades es poco probable. Una invasión tardía de iranios desde el Irán carece de cualquier apoyo histórico. Y, por otra parte, va a contracorriente de lo que ordinariamente sucede. Son los pueblos bárbaros de las áridas estepas los que aspiran a mejorar sus condiciones de vida invadiendo zonas civilizadas y no los habitantes de las civilizaciones los que regresan a la barbarie de las estepas. Por otra parte, los iranios históricos (persas y medos), al contrario que los indios, se caracterizan por montar el caballo a la grupa, y ya hemos visto cómo esa técnica se desarrolló en las estepas. De forma que todo parece indicar que la alternativa más verosímil es la segunda: los iranios de las estepas son autóctonos y no invasores secundarios.

La teoría que vengo aceptando en este libro como más satisfactoria de entre las existentes consiste en que la patria originaria de los indoeuropeos son las estepas del sur de Rusia. Y, en consecuencia, los cimerios, escitas y sármatas —excepto en la alternativa poco probable de que fueran invasores secundarios— se nos presentan como los restos del pueblo indoeuropeo, que nunca llegaron a abandonar las sedes ancestrales. Desde el V milenio a. C. gentes de las estepas han estado emigrando y colonizando las diferentes regiones de Asia Menor, de los Balcanes y de Europa central y septentrional en un proceso que ha durado varios milenios. La lengua, al igual que las costumbres y la técnica, ha ido evolucionando y modificándose, de manera que los indoeuropeos que habían salido de las estepas en el V milenio y los que lo hicieron en el II son muy diferentes entre sí. La presencia indo-irania en el Medio Oriente durante el II milenio a. C. es probablemente el resultado de uno de los últimos

episodios de ese proceso. Para entonces, la lengua había evolucionado hasta el punto de contener ya los rasgos que constituyen las señas de identidad de lo que llamamos indo-iranio. Tal vez el eslabón siguiente de esos últimos episodios hayan sido los indios, cuya lengua ofrece una fonética más conservadora y cuya técnica militar —el carro— es algo más antigua que la de los iranios. A continuación vendrían los iranios del sur del Cáucaso (medos, persas), con formas de lengua fonéticamente más evolucionadas y portadores de la novedad de la monta directa del caballo gracias a la invención del bocado. Y los últimos episodios serían los protagonizados por los cimerios, los escitas y los sármatas. Al final, sólo los osetas y los hablantes de los dialectos caspianos han permanecido en el hogar ancestral de las estepas. La otrora numerosa estirpe indoeuropea que durante milenios las dominó y que desde ellas colonizó Europa y buena parte Asia, mermada y desangrada por la continua y prolongada emigración, fue sumergida por pueblos no indoeuropeos, esencialmente nómadas de las estepas, en su mayor parte de filiación uralo-altaica.

Pero hay que evitar la visión simplista de que los indo-iranios son los «verdaderos indoeuropeos» en esta teoría, como antes lo fueron los germanos, los baltos o los hetitas a tenor de otras tantas hipótesis diferentes. Tras haberse ido separando, a lo largo de más de dos mil años, el grueso de los núcleos a partir de los cuales emergerían los diferentes pueblos indoeuropeos históricos, los que al final iban quedando en las estepas sólo pueden ser considerados como una rama más, como un dialecto indoeuropeo más de cuyas innovaciones no participaron las lenguas de las restantes estirpes.

Las grandes semejanzas que el griego tiene —sobre todo en su sistema verbal— con el indo-iranio llevan a pensar que la población que, asentada probablemente en el Epiro, cristalizaría como la nación griega, debe haber partido de las estepas en fechas lo suficientemente tardías como para haber llevado consigo una variedad moderna de indoeuropeo en lo lingüístico y, al igual que los indios, el carro de combate como técnica militar.

Esta descripción de los hechos históricos tiene trascendentales consecuencias en el terreno de la Lingüística Histórico-Comparativa. El descubrimiento de la noción de indoeuropeo se produjo como resultado del conocimiento del sánscrito por parte de los estudiosos europeos. Las primeras décadas de esta ciencia, que le marcaron los que habían de ser sus rumbos para mucho tiempo, estuvieron presididas por el convencimiento de que el sánscrito era la lengua más antigua y más arcaica. Algunos incluso acariciaron la idea de que fuera el indoeuropeo mismo. Y ello tuvo una consecuencia decisiva, que todavía hoy estigmatiza a esta ciencia: se supuso que todas las restantes lenguas derivan de un prototipo de lengua común indoeuropea que, excepto en unos pocos rasgos superficiales, es idéntica al sánscrito, o mejor, a una mezcla de sánscrito y griego. Ésa es la doctrina ortodoxa. Quien trabaja con esos supuestos nada a favor de la corriente. El que se

atreve a trabajar con otros supuestos, aunque sea en cuestiones de detalle, se ve en la penosa tarea de nadar contracorriente, en medio de una actitud indiferente, cuando no abiertamente hostil.

Y, sin embargo, la reconstrucción *sanscritista* del indoeuropeo conduce —ha conducido de hecho— a una visión de la lengua común llena de errores, lo que comporta como corolario una descripción equivocada de la prehistoria de cada una de las lenguas individuales. El indio y el iranio son en realidad representantes del modelo de indoeuropeo más reciente. Y las demás lenguas proceden de modelos más antiguos. Pretender pasar a todas las lenguas por el yugo del sánscrito es falsificar la historia de nuestra familia lingüística y la de cada una de las lenguas que la integran.

El que el sánscrito proceda de una variedad moderna de indoeuropeo no es contradictorio con el hecho de que como lengua histórica sea conservadora y por lo tanto arcaica, es decir: que conserve en estado poco alterado la situación que heredó. En otras palabras: el sánscrito es heredero de una variedad moderna de indoeuropeo. Pero no ha introducido en ella alteraciones y cambios drásticos que la hagan poco reconocible.

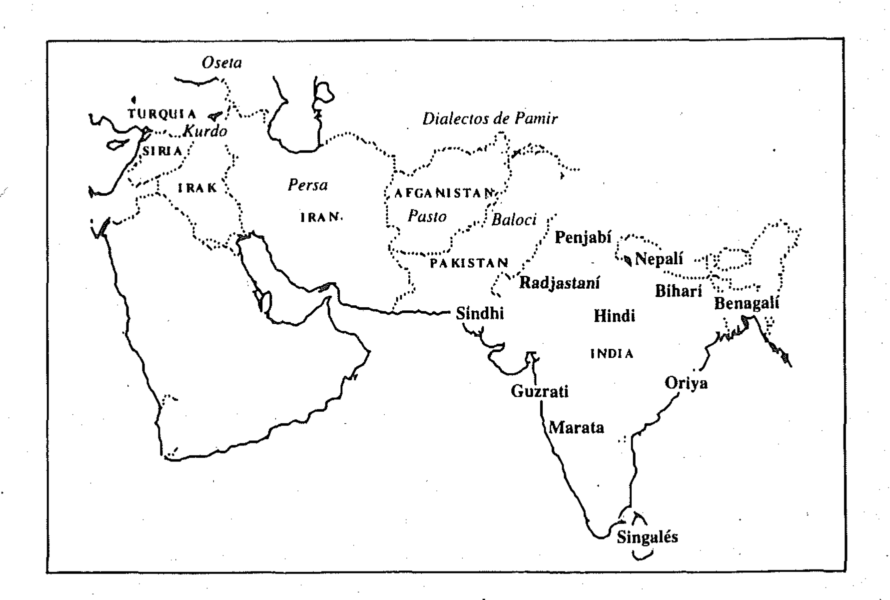
De los iranios nómadas de las estepas no conservamos literatura ni documentación escrita. Únicamente la hay del *oseta* que, aparte de una épica popular anterior, no creó una lengua literaria hasta la obra de su poeta nacional Kosta Khetagurov en el s. XIX. En cambio, conocemos bien desde fecha antigua la lengua de los iranios al sur del Cáucaso. Hay motivos para pensar que en el I milenio a. C. el iranio estaba dividido en numerosas variedades dialectales, tal vez aún no muy alejadas unas de otras. De la mayoría de ellas no tenemos prácticamente ninguna información. De una de ellas, el dialecto de los *medos,* en el noroeste de Irán, tenemos algún conocimiento por el nombre de sus reyes, algunos topónimos, varias glosas y, sobre todo, por ciertas influencias y préstamos en la lengua de los persas. Pero hay otras dos variedades de iranio antiguo que nos proporcionan un conocimiento satisfactorio de esa lengua: el *avéstico* y el *persa antiguo.*

Llamamos *avéstico* a la lengua en que se encuentra escrito el *Avesta,* libro sagrado del mazdeísmo. Transmitido durante mucho tiempo en forma oral, su texto no fue definitivamente fijado por escrito hasta después del s. III d. C., en época sasánida. El *Avesta* tiene dos partes muy diferentes. La más antigua de ellas contiene los llamados *Gathas* («cantos»), que son una forma versificada de las enseñanzas de Zaratustra (Zoroastro es la versión griega de ese nombre), el gran reformador de la religión indo-irania, que convirtió a los dioses antiguos en demonios y se esforzó en desarrollar una idea más elevada de la divinidad. La lengua de los *Gathas* es muy antigua. Se basa en un dialecto iranio oriental, región donde Zaratustra comenzaría su prédica. Probablemente la forma en que ha llegado a nosotros refleje la realidad lingüística hablada

hacia el s. VIII a. C. La otra parte del *Avesta,* que a veces se llama *Avesta reciente,* es una recopilación heterogénea de himnos y normas rituales de diferente antigüedad.

El *persa antiguo* es la lengua oficial de la dinastía Aqueménida durante el Imperio Persa. Darío el Grande (521-486 a. C.) introdujo la escritura para su lengua, en una modalidad simplificada del sistema cuneiforme. Los textos de que disponemos datan del período comprendido entre su reinado y el de Artajerjes III (359-398 a. C.). La mayoría de ellos son inscripciones monumentales en que se narran las gestas de los monarcas o se invoca a Ahura-Mazda. Los reyes Aqueménidas practicaban la religión reformada de Zaratustra y uno de ellos, Jerjes I, redactó un decreto que conservamos, en que prohibía el culto de los antiguos dioses indo-iranios.

Los diversos dialectos iranios, incluso aquellos de que no tenemos testimonios en la antigüedad, se continuaron hablando hasta nuestros días. A partir del s. III d. C. los conocemos como *iranio medio,* del que hay dos variedades principales: el *arsácida,* lengua oficial del reino parto durante la dinastía arsácida (250-226 a. C.); y el *sasánida,* lengua oficial del mismo reino durante la dinastía sasánida (226-650 d. C.). En el Turkestán oriental se encontraron



PRINCIPALES LENGUAS INDO-IRANIAS MODERNAS
Lenguas Indias
Lenguas Iranias

textos en varios dialectos del iranio medio *(sogdiano, cotanés, coresmio),* que pertenecen a una variedad que podíamos llamar oriental (frente a las modalidades occidentales que son las del reino de los partos).

Al margen de las lenguas oficiales, los diferentes dialectos iranios siguieron su evolución hasta que en el s. x emergen bajo la forma de *iranio moderno.* La obra literaria principal en iranio moderno es el poema épico *El Libro de los Reyes,* cuyo autor, Firdausi vivió hacia el año 1000 d. C. En la actualidad se siguen hablando numerosas variedades dialectales. Entre ellas el *persa,* lengua nacional del Irán; el *pasto,* lengua oficial de Afganistán; dialectos *kurdos,* hablados en Siria, Turquía, Irán e Irak; dialectos de Pamir, en la altiplanicie de ese nombre al noroeste del Afganistán. Y, finalmente, las lenguas iranias al norte del Cáucaso, el *oseta* y los *dialectos caspianos,* herederos de la lengua de los últimos elementos indoeuropeos que permanecieron en las estepas, que solemos llamar escitas y sármatas.

De entre las lenguas iranias utilizamos normalmente en la comparación sólo las correspondientes al *iranio antiguo,* en ambas modalidades, *avéstico* y *persa antiguo.*

Desde el punto de vista de la lengua, indios e iranios presentan una gran afinidad. Un conjunto de rasgos importantes por su calidad y su cantidad son exclusivos de ambos grupos. Como muchas otras lenguas indoeuropeas, son ambas de tipo *satəm,* y como la mayoría son lenguas /a/. Pero ellas solas entre las lenguas indoeuropeas han confundido la /e/ indoeuropea con la /a/; ellas solas tienen un resultado /i/ de las laringales en función vocálica; sólo en ellas dos se genera una base *-āyā-* (en vez de la *ā-* heredada) para diversos casos de la flexión de los femeninos: por ejemplo genitivo - *āyās* en vez de *-ās.* Y hay multitud de coincidencias tanto generales como de detalle en los sistemas gramaticales y en el léxico. Todo ello supone un período dilatado de identidad o comunidad lingüística, que nadie pone en duda. Traducido a términos históricos concretos, es el resultado del período de desarrollo común a ambas en las estepas, inmediatamente antes de la penetración en Asia Menor de los primeros grupos indo-iranios, portadores del carro.

Pero junto a esas coincidencias, hay también ciertas discrepancias significativas. Una de ellas es el tratamiento de las laringales en función vocálica en posición interior. Como ejemplo puede servir la palabra indoeuropea para «hija», **dhugətḗr.* En sánscrito esa palabra es *duhitā́(r),* con resultado /i/ de la laringal vocálica (/ə/); en cambio en iranio (avéstico) la palabra es *duγδar-,* con eliminación completa de /ə/, al igual que en eslavo *dŭšti* (y otras lenguas del noroeste).

Otra diferencia significativa consiste en el tratamiento de las aspiradas. Mientras que en iranio aparecen como sonoras simples, al igual que en la inmensa mayoría de las lenguas, el indio es la única que tiene históricamente

sonoras aspiradas. Finalmente hay que añadir que el iranio presenta una cantidad importante de léxico en que coincide con el eslavo, sin que de él participe el indio. Y todo este conjunto de discrepancias lingüísticas tiene igualmente una traducción en términos históricos. Los indios emigraron de las estepas antes que los iranios. Cuando los antepasados de los indios estaban ya en Asia Menor o camino de la India, los iranios continuaron desarrollando su lengua y en esas innovaciones no participó ya el indio (ni naturalmente el iranio participó de las que a partir de entonces el indio realizara); y, por otra parte, los contactos de los iranios con los eslavos, ubicados al Oeste o Noroeste de sus territorios, darían lugar a una serie de intercambios de los que tampoco parece haber participado el indio. Por su parte, los indios transformaron en sonoras aspiradas las consonantes de la serie III por acción del substrato sobre el que se asentaron en la India, mientras que los iranios, ajenos a ese substrato, conservaron su carácter originariamente sonoro, como casi todas las lenguas indoeuropeas.

Capítulo XVII

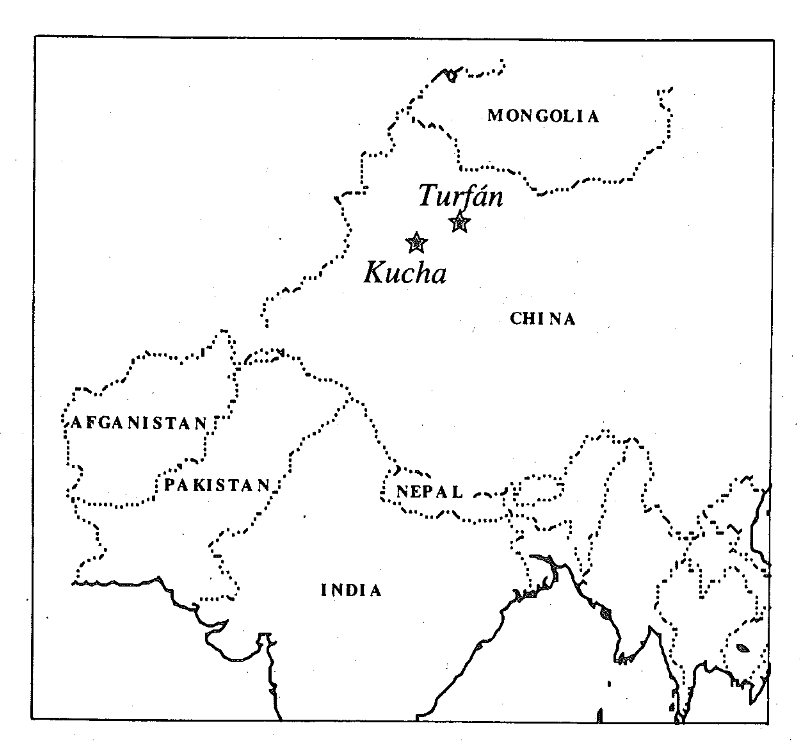
LOS TOCARIOS

En el Turkestán oriental, recostadas en las laderas sudorientales del macizo montañoso del Tien Shan, se encuentran dos ciudades: Turfán y Kucha. En los últimos años del s. XIX se encontraron en un monasterio budista de la zona una serie de manuscritos correspondientes a los siglos V-IX d. C. En ellos había textos en diversas lenguas previamente conocidas (chino, mongol, sánscrito) y otras varias desconocidas. De estas últimas se reconocieron algunas como variedades iranias. Pero quedaron dos sin identificar. En los primeros años del s. XX hubo varias expediciones que rastrearon la zona y encontraron nuevos manuscritos en esas lenguas, que fueron llevados a Berlín, París, Londres y, en menor medida, a Japón.

Las nuevas lenguas estaban escritas en el sistema propio del norte de la India conocido con el nombre de *brāhmī.* Y muchos de sus textos se revelaron traducciones de originales sánscritos conocidos. Eso facilitó el desciframiento de la lengua, realizado en 1908 en un trabajo conjunto de los alemanes E. Sieg y W. Siegling. Esos mismos autores establecieron su carácter indoeuropeo y la existencia de dos dialectos, uno oriental correspondiente a la ciudad de Turfán y otro occidental en Kucha.

Como se trataba de lenguas indoeuropeas de una rama desconocida hasta entonces, fue necesario improvisarles una denominación, para lo que ha habido varias propuestas. Una de ellas consistió en llamarlas por el nombre de las ciudades en que fueron encontradas, que en español resultaría algo así como *turfanés* y *kuchita.* Pero al ser dos variedades dialectales de una misma lengua, esos nombres no proporcionaban un medio cómodo de llamar conjuntamente a ambos grupos como una nueva rama unitaria de la familia indoeuropea. Quizás por ello no han prosperado. El término que normalmente se usa es el de *tocario,* basado en una cadena de deducciones que tienen poca probabilidad de haber acertado. El nombre de *tocario* lo propuso W. K. Müller al observar que

al pie de un manuscrito se decía que esa obra se había traducido del sánscrito al *toxri* y del *toxri* al turco. Y como resultaba que esa obra había aparecido traducida en una de las nuevas lenguas, Müller creyó haber encontrado el verdadero nombre de ese pueblo. Por otra parte el término *toxri* recordó a los estudiosos el pueblo que Estrabón menciona con el nombre de τοχάροι, al que las fuentes de la India llaman *tukharas* y las chinas *tu-ho-lo,* y que, según el propio geógrafo griego, en el s. II d. C. entraron en conflicto con el mundo griego al luchar contra Bactria. No obstante el carácter un tanto infundado de la identificación, el término parece haberse impuesto irremediablemente, a pesar de que conocemos el que fue con toda probabilidad el endoétnico de los tocarios, al menos de su rama oriental. Ese nombre era *ārśi,* que encontramos en *ārśiype* para designar el país y *ārśikäntu* para designar la lengua. A su vez *ārśi* podría ser un préstamo del sánscrito *aryas* («ario»), tomado quizás indirectamente por intermediación irania.



Localidades en las que se encontraron los textos tocarios

Además de traducciones de originales sánscritos de carácter religioso, filosófico y didáctico, entre los textos tocarios que han llegado hasta nosotros, hay también documentos comerciales, permisos para tránsitos de caravanas y cuentas de los monasterios.

Los tocarios constituyen uno de los enigmas más intrigantes de entre los muchos que guarda el pasado de nuestra familia lingüística. De ellos, de su historia, de su origen, de la ruta y el momento de su emigración hasta un lugar tan lejano al teatro de los pueblos indoeuropeos, nada sabemos. En realidad, si bien se mide, los tocarios no están mucho más lejos que los indios del epicentro indoeuropeo. Turfán está en realidad sobre un meridiano muy próximo al de Calcuta. Pero a diferencia del caso de la India, hasta la que hay toda una cadena ininterrumpida de pueblos indoeuropeos que la enlazan con Europa occidental, los tocarios están completamente aislados en medio de un mar de gentes uralo-altaicas y chino-tibetanas. Naturalmente es posible que también hubiera existido en el pasado una cadena similar de pueblos indoeuropeos que enlazaran las estepas póntico-caucásicas con el Turquestán chino, de forma que el tocario tan sólo fuera el punto extremo de una inmensa zona euroasiática indoeuropeizada, deshecha en un momento determinado por invasores altaicos u otros.

La explicación alternativa sería una simple emigración de ese pueblo desde posiciones más occidentales, que se internó hacia el Oriente. Pero esta otra posibilidad está un tanto a contracorriente de las tendencias generales antimigracionistas. Y es por ello que a autores como C. Renfrew, con su modelo de la expansión celular del mundo indoeuropeo, les convendría más la primera posibilidad. Pero esa cadena centroasiática carece de cualquier realidad histórica, incluso de cualquier indicio razonable, hasta el punto de que el propio Renfrew se inclina para los tocarios por otra alternativa. Serían una rama más de esos pueblos de jinetes nómadas de las estepas (escitas, cimerios, sakas, medos) que tanto papel jugaron en el I milenio a. C. La gran movilidad de esa clase de pueblos explicaría su lejano asentamiento en el Turkestán oriental. La hipótesis, sin embargo, tiene un severo inconveniente. Todos esos pueblos de jinetes nómadas son iranios, mientras que el tocario no es una lengua irania. Aunque son numerosos los rasgos que impiden considerar el tocario una variedad irania, me limitaré a citar uno capital: no es una lengua *satəm,* como lo son todas las variedades de indo-iranio. Por los restos de esa rama presentes en la documentación minorasiática del II milenio a. C. podemos asegurar que hacia 1500 a. C. la palatalización *satəm* era ya un hecho consumado en todo el indo-iranio. Y, por lo tanto, si los tocarios fueran iranios nómadas de las estepas, llegados al Turkestán en el I milenio, su lengua tendría que ser de tipo *satəm.* Pero éste es un argumento lingüístico que, una vez más, escapa al arqueólogo Renfrew.

La mayoría de los estudiosos (arqueólogos, historiadores y lingüistas) suelen preferir el modelo migratorio para explicar la ubicación histórica de los tocarios. Y, concretamente, dado que su lengua parece presentar ciertas afinidades con las lenguas indoeuropeas occidentales, algunos han pensado en situar el momento histórico de la emigración tocaria desde Occidente hacia el s.

IX-VIII a. C.: los tocarios habrían formado parte de la llamada *migración póntica,* cuya realidad histórica estaría avalada por la presencia en el Extremo Oriente de elementos culturales y antropológicos europeos. Naturalmente, tan sólo es otra hipótesis.

El desciframiento del tocario supuso una pequeña convulsión en las creencias científicas de principios de siglo. No tanto como la que provocaron unos años después las lenguas anatolias. Pero ambas unidas cambiaron mucho el paisaje de la Indogermanística. La primera consecuencia fue el desmoronamiento de los dos supuestos dialectos indoeuropeos *centum/satəm.* Durante todo el siglo XIX se creyó que la palatalización de las guturales era una isoglosa muy antigua, acaecida probablemente en la lengua común, de forma que habría dividido el indoeuropeo en dos dialectos, uno con palatalización y otro sin ella. Y los datos disponibles en la época permitían otorgar una dimensión geográfica precisa a esos dos dialectos. Todas las lenguas de Europa occidental (itálico, celta, germánico) eran *centum,* mientras que las lenguas de Asia (armenio, indio, iranio) eran *satəm.* La línea divisoria parecía pasar por los Balcanes, donde las del Este balcánico eran *satəm* (tracio) y las del Oeste *centum* (ilirio), y dejaba entre las *centum* al griego y entre las *satəm* al eslavo y al báltico. Todo ello permitía imaginar que el indoeuropeo habría tenido un dialecto oriental *satəm* del que derivaría el indio, el iranio, el armenio, el báltico, el eslavo y el tracio, y otro occidental *centum* del que derivarían el griego, el latín, el germánico, el celta y el ilirio.

Cuando apareció el tocario —y más tarde el hetita— todo ese montaje se vino abajo. Porque, siendo ambas lenguas asiáticas, eran, sin embargo, *centum.* De manera que la posición geográfica y el rasgo lingüístico dejaron de corresponderse. En realidad, hoy sabemos que aquélla era una creencia ingenua, demasiado simplista. Y que, probablemente, la palatalización *satəm* se realizó independientemente en las diferentes ramas, en época y con resultados diferentes. Por otra parte, no está nada claro que el ilirio sea *centum.* De modo que, ni con trasfondo geográfico ni sin él, puede pensarse ya que la palatalización de las velares constituya un rasgo demasiado antiguo, y en ningún caso una innovación surgida en la lengua común, que contuviera por ello dos dialectos.

Pero no sólo en el tema de las velares y labiovelares presenta el tocario datos de interés para la comparación lingüística. De gran significación es también la presencia en ella de la desinencia verbal *-r* con valor pasivo que, tomada erróneamente como innovación, fue tenida inicialmente sobre todo por H. Pedersen como indicio de relación dialectal estrecha entre el tocario de una parte y el latín y celta de otra. Hoy sabemos que la *-r* es un morfema antiquísimo, verosímilmente de valor impersonal en su origen, conservado en diferentes funciones relacionadas entre sí, en numerosas lenguas de muy

distinta cronología y posición dialectal: hetita, celta, itálico, sánscrito, tocario y frigio.

Al igual que el celta y el itálico, el tocario tiene un subjuntivo en -***ā*. Y ése fue otro argumento esgrimido para buscarle una filiación decididamente occidental. Pero también se han aducido otros rasgos que lo vinculan, en cambio, con el griego, o con el báltico y el eslavo, o con el armenio. En definitiva, la clasificación dialectal del tocario no es ni más ni menos problemática que la de casi todas las ramas de la familia, como veremos más adelante.

Un rasgo original del tocario es la confusión de las tres clases de oclusivas indoeuropeas (sonoras, sordas y aspiradas) en una sola, de carácter sordo. Sólo del tocario podemos decir con seguridad que cuenta con esa peculiaridad. También se dice a veces del hetita, pero en su caso es sólo una posibilidad.

Aislada en medio de otras lenguas, el tocario ha sufrido un profundo proceso de renovación en su léxico mediante préstamos del turco, el iranio y el sánscrito, aunque conserva lo suficiente del heredado como para poder establecer sin dudas su filiación indoeuropea. Igualmente conserva los rasgos característicos de la flexión verbal indoeuropea. En cambio, su flexión nominal ha sido drásticamente renovada mediante un proceso aglutinativo de nuevo cuño. Entre casos nuevos y viejos el tocario dispone de un sistema de diez miembros (nominativo, acusativo, vocativo, genitivo, perlativo, comitativo, adlativo, ablativo, locativo, instrumental y causal). En todo ello se han querido encontrar igualmente huellas de influencias extranjeras, particularmente turca y fino-ugria.

PARTE V

LOS INDOEUROPEOS EN ESPAÑA

INTRODUCCIÓN

No sabemos en qué fecha llegaron a la Península Ibérica los primeros indoeuropeos. Al igual que sucedió en toda la Europa nórdica y occidental, la indoeuropeización de la Península no corrió a cargo de elementos directamente llegados de las estepas rusas, demasiado lejanas. Tan sólo fue su resultado indirecto. Las zonas danubiano-centroeuropeas, infiltradas mucho antes desde las estepas, se convirtieron en el centro desde donde irradió la indoeuropeización del resto de Europa.

Como hemos visto más arriba, la Europa nórdica sufrió desde el principio del III milenio a. C. la penetración de gentes indoeuropeas procedentes de Centroeuropa, que en Arqueología se las conoce como el «pueblo de las hachas de combate». Los primeros indicios de irrupción de elementos indoeuropeos en nuestra Península son mucho más tardíos. La Arqueología nos muestra que hacia el siglo XV a. C. hay signos indudables de la presencia de elementos centroeuropeos en España, al menos en las zonas más septentrionales (Cataluña, País Vasco). Por esas fechas son característicos en Europa central los campos de urnas como sistema de enterramiento. Y la Arqueología nos descubre en la Península la presencia de tales campos, amén de otros elementos característicos, como cerámica de cuerdas, signos solares, etc.

Como se trata de indicios arqueológicos, la identificación de los portadores de esos elementos como indoeuropeos resulta hipotética. Pero se basa en el hecho de que son componentes característicos de Europa central, que por esas fechas se considera ampliamente indoeuropeizada. Por lo que, si hubo grupos de ese origen que se instalaron en la Península Ibérica, son altas las probabilidades de que en su totalidad o en buena parte fueran hablantes de lenguas indoeuropeas.

No debe tomarse, sin embargo, esa fecha como un punto de partida absoluto. Es posible que desde mucho antes se hayan estado produciendo infiltraciones indoeuropeas en la Península. Pero la Arqueología no puede detectar todas las penetraciones de gentes. Es necesario un cierto volumen y una cierta per-

sistencia de los elementos culturales importados. Si los grupos infiltrados son pequeños o si son rápidamente absorbidos por las poblaciones autóctonas pueden no haber dejado huella arqueológica. Y, por otra parte, el registro arqueológico de nuestra prehistoria dista de poder considerarse completo.

A la Península Ibérica, alejada en el extremo suroeste del continente, llegaron los indoeuropeos más tarde que a otros lugares de Europa. Y cuando llegaron, su impacto se vio amortiguado por la barrera que siempre ha supuesto la Cordillera Pirenaica. El retraso en la «europeización» de España no es un mero episodio de nuestra época.

Hacia 1500 a. C., cuando los centros minorasiáticos y mediterráneos de la cultura (Mesopotamia, Egipto, el Imperio Hetita) estaban ya en un período plenamente histórico, el extremo occidente del Mediterráneo se encontraba sumido todavía en la obscuridad de la prehistoria. Y aún habían de pasar no pocos siglos hasta que comencemos a tener datos fidedignos de nuestro pasado.

Las primeras noticias que tenemos versan sobre acontecimientos ocurridos en torno al 1000 a. C. Al principio son muy esporádicas y mezcladas de leyenda: la fundación de Cádiz, la ruta de los viajes atlánticos, el comercio del estaño... España, alejada en el extremo Occidente, allá donde el sol se oculta, era por entonces un país de misterio, distante y exótico, lleno de riquezas fabulosas y dirigido por míticos reyes.

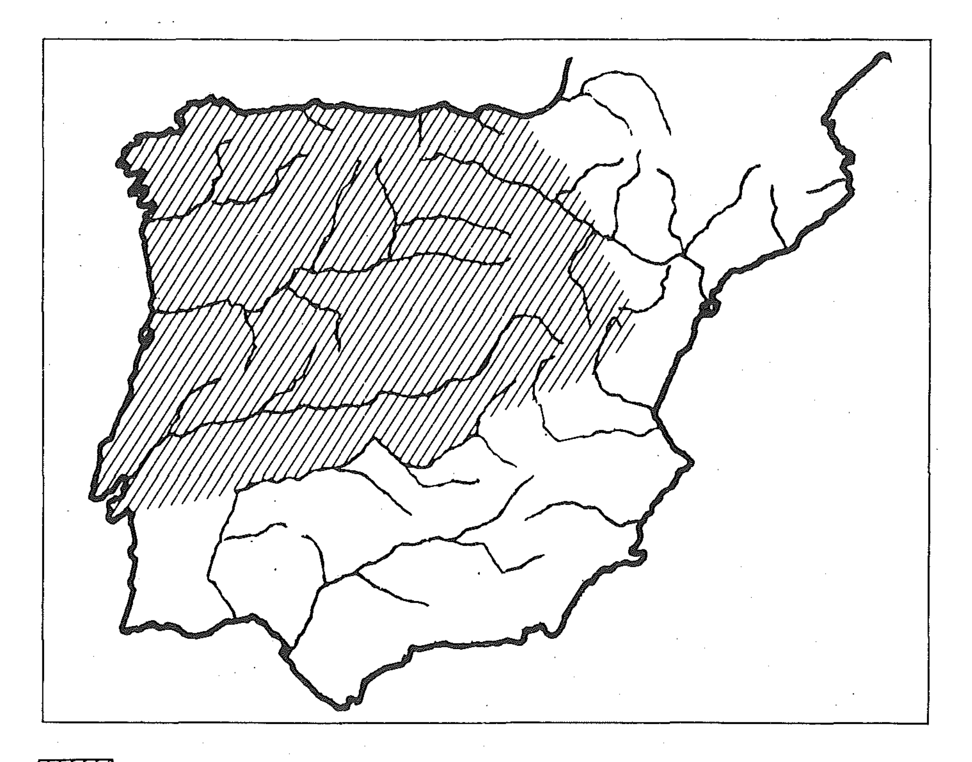
Los fenicios de Tiro habían estado comerciando con los indígenas del sur de la Península desde el final del II milenio. Pero ninguna información precisa nos ha llegado por su conducto. Y también son escasas las que sobre el comercio fenicio nos han transmitido las fuentes griegas.

Algo después, ya en el I milenio, comenzaron los viajes griegos. Heródoto narra un curioso suceso, quizás en gran medida novelado: Un marinero de Samos, de nombre Coleo, viajaba rumbo a Egipto cuando fue sorprendido por una racha de viento apeliota (del Este) que duró muchos días y terminó por arrojar su nave junto a las costas de Tartesos. Sin duda, los fenicios habían sabido guardar bien el secreto de las rutas de su rentable comercio. Coleo hizo con los indígenas pingües negocios y regresó a su tierra helena cargado de riquezas.

Probablemente no haya que tomar literalmente al personaje y a su historia. Tal vez Coleo no sea más que la mitificación legendaria del descubrimiento del lejano Oeste por los griegos. Pero, sin duda, revela el ambiente y las circunstancias de aquellos primeros contactos de la Península con el mundo griego, que se habría de convertir en el intermediario que nos ha transmitido la información que de aquella época tenemos.

Muy poco es, sin embargo, lo que sabemos de sólido sobre los habitantes de Iberia y sus lenguas en la primera mitad del I milenio a. C. A pesar de la existencia de un sistema de escritura local y de una relativa abundancia de

textos escritos en algunas de las lenguas peninsulares, la plena entrada en la historia no se produce hasta que los intereses de las grandes potencias mediterráneas, Roma y Cartago, chocaron en territorio ibérico. A partir de entonces, por conducto primordialmente romano, comenzamos a tener noticias abundantes, aunque desgraciadamente no tan explícitas como quisiéramos, de los pobladores de la Hispania prerromana.



Zona de Hispania ocupada por los indoeuropeos en el s. III a. C. (según J. Untermann)

Todos los testimonios de que disponemos (las noticias de geógrafos e historiadores antiguos, la epigrafía peninsular, la realidad lingüística de la España actual) coinciden en testimoniarnos que la Península Ibérica no había sido plenamente indoeuropeizada antes de la conquista romana. Cuando ellos llegaron, la indoeuropeización había alcanzado las zonas más occidentales y septentrionales. Pero el Levante y el Sur estaban ocupados por gentes no indoeuropeas. La línea divisoria entre la Hispania indoeuropea y la no indoeuropea ha sido trazada sobre bases onomásticas y epigráficas por J. Untermann. Al Norte y al Oeste de esa línea la onomástica es de filiación indoeuropea y la epigrafía nos transmite lenguas indoeuropeas. Mientras que al Sur y al Este encontramos onomástica y epigrafía no indoeuropea, que constituyen la principal fuente de

información sobre aquella España antiquísima, anterior al advenimiento de nuestros antepasados indoeuropeos, y una de las principales sobre el conjunto de la Europa antigua.

Pero a su vez, cada una de esas dos Españas del I milenio a. C. ofrece un panorama complejo, en el que convivían lenguas y culturas de filiación diversa y de orígenes heterogéneos. La imagen simplista de que en la Hispania prerromana sólo había un tipo de habitantes, los iberos, cuyos descendientes contemporáneos serían los vascos —la llamada hipótesis vasco-iberista— no sólo ha sido descartada por la investigación moderna, sino que ha dado paso a un cuadro que se complica progresivamente a medida que vamos conociendo más detalles y nos van siendo accesibles más datos. Probablemente la realidad fuera aún más compleja de lo que todavía podemos imaginar. Y es verosímil que convivieran imbricadas comunidades heterogéneas a uno y otro lado de la línea que separa la Hispania predominantemente indoeuropea de la predominantemente no indoeuropea. En las páginas que siguen voy a intentar describir los principales componentes de ambas.

Las dos denominaciones de nuestra tierra y de sus habitantes *(España* e *Iberia)* son, en la medida que podemos saber, extranjeras. *Iberia* e *iberos* llamaban los griegos a nuestra Península y a las gentes que entonces la poblaban. Y nada nos garantiza que ése fuera el nombre con que los antiguos habitantes de España, o al menos una parte de ellos, se llamaran a sí mismos. Muy al contrario, *Iberia* es un derivado griego a partir del nombre del río Ebro (Ἴβηρ), que equivale a «el país del Ebro», «la tierra del Ebro». *Hispania* e *hispanos* es la denominación utilizada por los romanos. Y según parece, la tomaron de los cartagineses. Hay, al respecto, dos hipótesis. Según la primera, la habrían llamado así a partir de la raíz que significa «conejo», porque tales animalillos eran aquí muy abundantes, y llamaban la atención de los extranjeros que en la antigüedad acudían a estas tierras. Los historiadores griegos y romanos dejaron escritas diversas alusiones a ese animal. Según la segunda hipótesis, el sentido originario de *Hispania* habría sido el de «Norte, tierras del Norte», designación genérica aplicada a la Península por navegantes del Mediterráneo.

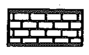
Capítulo I

LOS PUEBLOS NO INDOEUROPEOS EN ESPAÑA

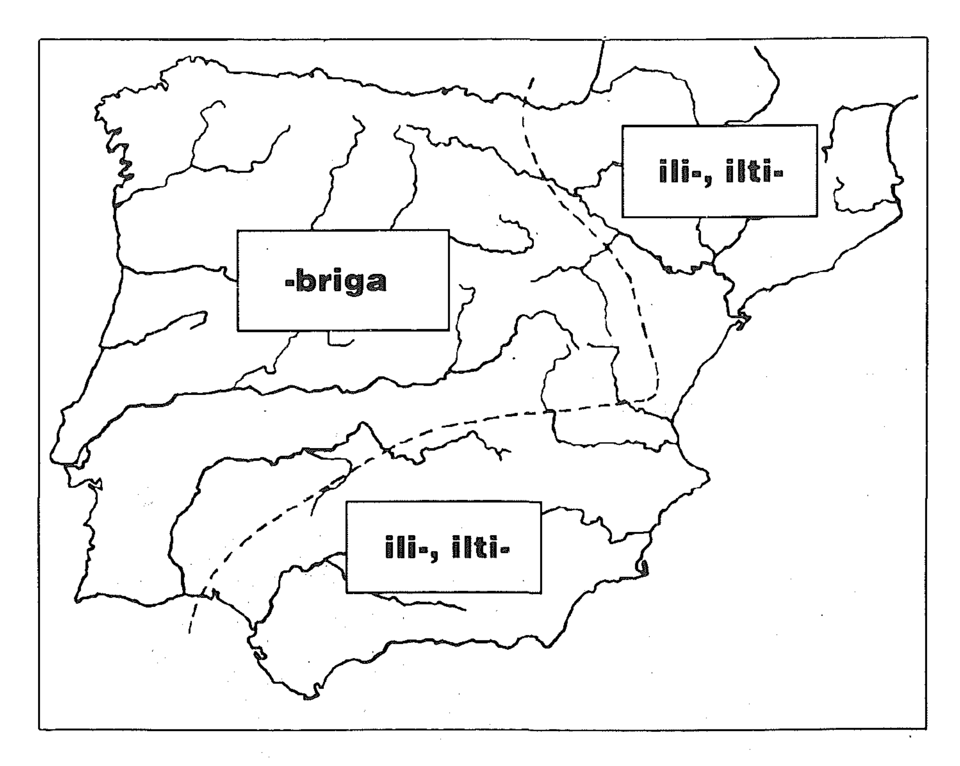
LOS IBEROS

Sin duda el elemento más característico de la Hispania no indoeuropea, y quizás de toda la Hispania prerromana, sea el pueblo ibérico, con su lengua indescifrable, su sistema de escritura autóctono y su arte peculiar.

Lenguas de la España Prerromana que han dejado testimonio escrito

 Celtibérico   Tartesio  Lusitano  Ibérico

La Península Ibérica aparece dividida por una línea que delimita una zona sudoriental en la que predominan los topónimos en *Il- (Iltir-, Iltu-, Ili-)* y otra noroccidental con topónimos en *-briga.* Dicha línea divisoria no coincide exactamente con la que delimita las dos zonas, indoeuropea/no-indoeuropea. Las formas en *-briga* desbordan la divisoria, penetrando en el ángulo suroccidental del territorio no indoeuropeo.



División de la Península Ibérica en dos zonas toponímicas, caracterizadas, respectivamente, por *-briga* (indoeuropea) y por *ili- ilti-* (no indoeuropea) (Según J. Untermann)

La toponimia en *Il-* es característica de la zona ibérica de la Península, pero rebasa los Pirineos y se extiende por el sur de Francia hasta la localidad de Ensérune. Y a pesar de lo poco que sabemos de la lengua de los iberos, no parece aventurado suponer que *Il-* contiene la raíz ibérica para designar «ciudad» o un concepto similar.

La Hispania prerromana contaba con un sistema de escritura propio, de inspiración verosímilmente fenicia, cuya existencia se fue conociendo desde la Edad Media, a medida que fueron apareciendo monedas acuñadas en la Antigüedad. Su lectura no fue posible, sin embargo, hasta los años 20 de este siglo, gracias al desciframiento de M. Gómez Moreno. Y resultó ser un sistema

mixto de alfabeto y silabario, que hasta entonces había desorientado a los estudiosos.

Este sistema de escritura, substancialmente el mismo y basado en el mismo principio alfa-silábico, presenta variedades locales, no todas completamente descifradas. La mejor conocida es la variedad levantina. Y la más problemática la de las inscripciones *tartesias*. Esa escritura es primordialmente propia de los pueblos no indoeuropeos de la Península. Sin embargo, en la cuenca media del Ebro, en la zona fronteriza entre iberos y celtíberos, se produjo su adopción por parte de estos últimos.

La epigrafía en lengua ibérica ha llegado hasta nosotros mayoritariamente en el alfabeto ibérico. Pero existe un grupo de documentos en alfabeto griego que facilitó obviamente el desciframiento de la escritura local.

Tres son los tipos de documentos más frecuentes: monedas, inscripciones sepulcrales y plomos. Estos últimos nos ofrecen los textos de mayor extensión, aunque su naturaleza y contenido siguen siendo desconocidos. He aquí algunos especímenes de esos documentos:

I) MONEDAS

1) abaŕkontin
2) auśesken
3) ilberir keśtin
4) iltiŕkesken

II) INSCRIPCIONES SEPULCRALES

1) kalunseltar (Cretas, Teruel, J. Untermann *MLH,* III E. 10.1)
2) aŕetake atinbelauŕ antalskar FVLVIA LINTEARIA (Tarragona, J. Untermann *MLH,* III C. 18.5)
3) aŕe take aiunibaiseate teban.a (Sagunto, J. Untermann *MLH,* III F. 11.1)
4) iltiŕbikis en seltar mi (Cabanes, J. Untermann *MLH,* III F 5.1)

III) PLOMO DE ALCOY (J. Untermann, *MLH,* III, G. 1.1.)

Cara A

iŕike: orti gaŕokan dadula baśk
buiśtiner bagaŕok SSSCĭ tuŕlbai
luŕaleguśegik baseŕokeiunbaida
uŕke basbidiŕbartin iŕike baśer
okar tebind belagaśikaur isbin
ai asgandis tagisgaŕok binike
bin śalir kidei gaibigait
sakaŕiskeŕarnai

Cara B

iunstir śalirg basiŕtiŕ sabaŕi
dai birinaŕ guŕś boiśtingiśdid
seśgeŕśduŕan ses diŕgadedin
seŕaikala naltinge bidudedin ildu
niŕaenai bekoŕ sebagediŕan

A pesar de los sesenta años transcurridos desde el desciframiento de su escritura, la lengua ibera sigue desafiando todos los intentos de comprensión. Muy poco es lo que de ella sabemos con una razonable seguridad, y casi todo referido a su fonetismo.

El ibero tenía 5 vocales (a/e/i/o/u); 5 oclusivas (-/b, t/d, k/g) con falta de /p/; 3 nasales (n/m/ y una tercera de naturaleza difícil de precisar); dos vibrantes (transcritas convencionalmente *r* y *ŕ);* dos laterales; y dos silbantes. Las vibrantes, como ocurre en diferentes lenguas conocidas, no podían aparecer en inicial de palabra.

La estructura silábica presenta notables restricciones. El núcleo vocálico no puede ser precedido más que por una sola consonante. No existe siquiera el grupo *muta cum liquida.* Por el contrario, la vocal puede ser seguida de un número indeterminado de consonantes, con la única condición de que aparezcan en riguroso orden descendiente de abertura (U+R+S+T). Los fonemas /y/, /w/ son raros o inexistentes en inicial de sílaba.

Hay que llamar la atención sobre el hecho de que una estructura silábica muy similar a la que acabo de describir para el ibero fue reconstruida por L. Michelena para una etapa prehistórica del vasco. Ya veremos en lo que sigue que similitudes de esta índole entre vasco e ibero no son infrecuentes. Y más adelante haré una valoración.

En algunos temas se produce una alternancia de los elementos -n/-r/-ø, si bien no sabemos siquiera si se trata de un hecho fonético o morfológico. Aparte del curioso paralelo con la heteróclisis indoeuropea, también en esta ocasión el vasco cuenta con algo parecido, si bien en forma residual, señalado por Tovar: *egun* «día» / *egur-aldi* «tiempo atmosférico» / *egu-berri* «Navidad» (literalmente «día nuevo»).

Mucho menos, y mucho menos seguro, es lo que sabemos de morfología y sintaxis. Mencionaré algunas de las sugerencias que se han hecho.

Tovar y Michelena señalaron, con diferencias de detalle, que el sufijo *-en* marcaba la determinación nombre-nombre, con orden determinante-determinado *(Iltirbikis-en seltar,* probablemente «Tumba de Iltirbikis»). También en esta ocasión hay un hecho paralelo en vasco, donde existe un sufijo posesivo *-en.*

Pero el ibero tendría además, según el propio Michelena, un procedimiento alternativo para la misma función: yuxtaponer sin ningún morfema explícito

ambos nombres en orden determinante-determinado (*calun seltar* «Tumba de Calun»). Y si bien no existe en vasco actual tal posibilidad, Michelena la atribuye a la prehistoria de la lengua vasca.

En las monedas aparecen formas terminadas en *-(s)cen* que se suponen paralelas a los genitivos de plural griegos como ΕΜΠΟΡΙΤΩΝ. Obviamente muchos se inclinan a ver en *-(s)cen* la marca de genitivo de plural, que de nuevo recuerda un hecho vasco, aunque hay dificultades para equipararlo en el detalle: me refiero a la desinencia vasca para esa categoría *-en,* cuya acentuación oxítona denuncia una contracción que nacería, según la *communis opinio,* de *-*agen.*

En las monedas iberas la desinencia *-(s)cen* alterna con *-(e)tar,* aparentemente en la misma función. Y una vez más, aparece un paralelo vasco en el sufijo *-(t)ar* que da étnicos del tipo *vizcaitarra,* etc.

De Hoz señaló la existencia en ibero de un morfema *-ka* para el que cree detectar valores de ablativo y dativo de interés. Y Untermann ha propuesto la identificación de varios morfemas: *-ka* (con variante dialectal *-ke)* tendría función de ergativo; *-te* (con variante *-tai)* de dativo; *-ar* posesivo; etc. Aunque tales identificaciones distan mucho de ser seguras y el propio Untermann así lo manifiesta, no puedo menos que recordar que también en vasco existe un caso ergativo expresado precisamente por la desinencia *-k.*

Aparte de la palabra viajera para designar la plata, que reconocemos en la forma *śalir,* prácticamente nada sabemos con seguridad del léxico ibérico. En una lápida sepulcral fracturada aparece *are tace* seguido de la fórmula latina HEIC EST. Pero no estamos seguros de que las palabras latinas sean exactamente la traducción de las iberas.

Para dar una idea de la inseguridad con que nos movemos en este terreno, citaré el caso de la palabra *eban(en),* que aparece en lápidas sepulcrales. Para Tovar significaría «piedra, sepulcro». Para Michelena equivaldría más bien a «hijo». Y para Untermann habría que traducirlo por «curauit».

LOS VASCOS

El proceso de indoeuropeización de la Península Ibérica comenzó tarde. Parece seguro que todos los grupos indoeuropeos —al menos todos los que identificamos con seguridad como tales— llegaron desde el otro lado de los Pirineos. A su vez, la Europa occidental transpirenaica y nórdica había sido indoeuropeizada desde la región danubiana centro-oriental. Y ésa, a su vez, desde las estepas del sur de Rusia. Ello significa que el proceso llegó a España mucho después que a la Europa danubiana. Previamente, la cultura neolítica de la Vieja Europa se había extendido por Occidente y había alcanzado la Pe-

nínsula. De forma que, matizada con aspectos peculiares, la civilización de la Vieja Europa sobrevivió en España muchos siglos después de que se colapsara en la región danubiano-balcánica, que había sido su cuna.

En toda Europa la indoeuropeización se ha comportado en términos generales como un fenómeno inexorable. Ninguna lengua de la Vieja Europa ha sobrevivido a la larga, ni en el Danubio, ni en los Balcanes, ni en Italia, ni en Europa centro-occidental y nórdica (excepto, naturalmente, al norte de la línea que nunca llegaron a rebasar en su avance los indoeuropeos, tras la cual se encuentran pueblos sobre todo fino-ugrios). De toda la Vieja Europa sólo han quedado los vascos como supervivientes. Su lengua es la única que ha logrado sobrevivir de aquella etapa remota. Y en sus costumbres y leyendas aún quedan no pocas señas de identidad de aquella vieja cultura agraria y matriarcal.

Sería ingenuo pensar, sin embargo, que mirando al pueblo vasco de hoy podemos hacernos una idea exacta de la cultura, la religión y las costumbres de la Vieja Europa. Los vascos han conservado ciertamente su lengua y con ella su identidad. Pero han sufrido un larguísimo proceso de asimilación cultural a su entorno indoeuropeo. Han sido, además, cristianizados. Y el Cristianismo es una religión de origen semítico, con una mitología congruente con las instituciones patriarcales de la sociedad indoeuropea, heredera de una tradición de pastores y ganaderos. Su Dios es varón. Y la imagen del *pastor* que protege a sus ovejas está firmemente arraigada en el Cristianismo. Todo ello ha transformado substancialmente la cultura ancestral del pueblo vasco. Pero no la ha erradicado por completo. Y en las leyendas populares, en las creencias de la gente sencilla han podido sobrevivir algunos elementos de la Vieja Europa.

Algunos etnólogos vascos, como J. M. Barandiarán y J. Caro, han señalado la persistencia, a veces hasta el siglo XX, de leyes de carácter matrilineal, de un calendario lunar, de una diosa femenina. Las mujeres solían desempeñar tareas agrícolas; etc. Un hecho indicativo de la persistencia de elementos neolíticos, pero modificados por el entorno indoeuropeo y cristiano es el nombre mismo con que la tradición vasca designa a la Gran Diosa: *Mari,* que difícilmente podría ser ajeno a la influencia del nombre de la Virgen María. Al margen de sus reminiscencias cristianas, el nombre de Mari parece que puede relacionarse por otra parte con el de los *Mairi,* que en la mitología vasca son tenidos por los constructores de los monumentos megalíticos.

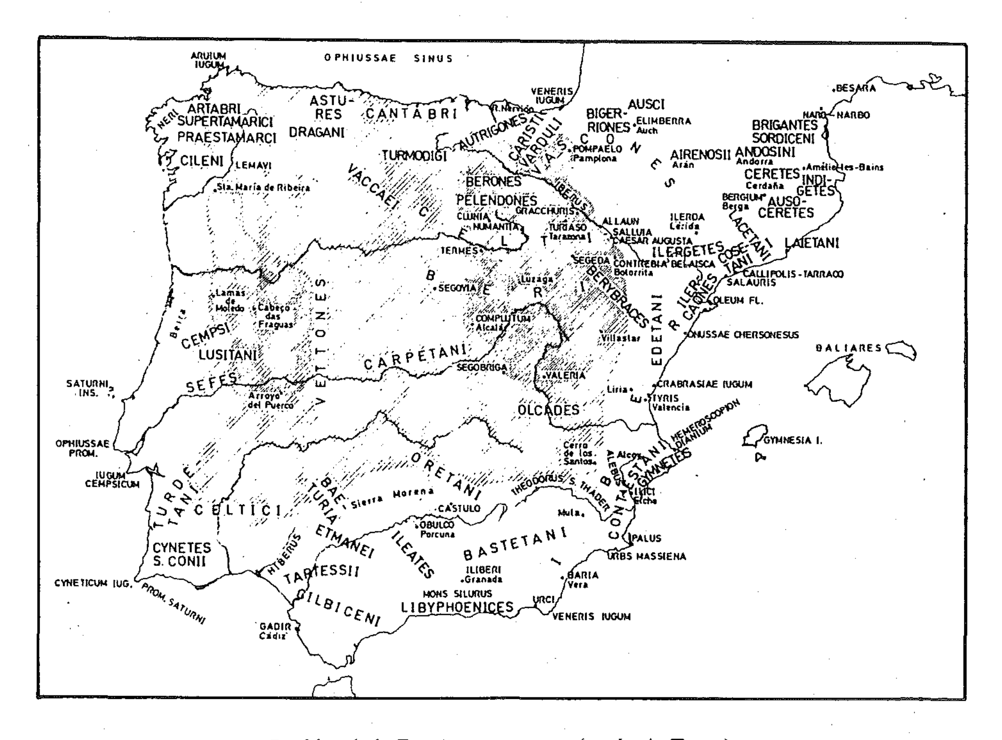
Esa diosa, Mari, habita en grutas y cuevas bajo la tierra, donde adopta aspectos zoomorfos. Desde allí administra las tormentas y los vientos huracanados. Pero nadie debe penetrar en su residencia si no es invitado, ni causar daño a su morada bajo riesgo de castigo. Ella es la que otorga la abundancia a los mortales. Y la que castiga el incumplimiento de la palabra empeñada.

Como lengua superviviente hasta nuestros días, el vasco es satisfactoriamente conocido, lo que me ahorrará toda alusión a su estructura. Me limitaré a hacer algunas precisiones sobre su situación en etapa prerromana.

El nombre con que actualmente designamos a ese pueblo y a su lengua (vasco) es heredero del de una de sus tribus antiguas, los vascones, ubicada en la Antigüedad en torno a la actual Pamplona. En su propia lengua ellos la llaman *euskara,* y a su país *Euskalherria,* términos que emplearé aquí para designar el conjunto de las tribus hablantes de esa lengua en la antigüedad.

Según Tovar, dentro de la Península Ibérica, hablaban euskara, aparte de los *Vascones,* las tribus de los *Autrigones, Caristii* y *Varduli* hacia el Oeste, hasta el río Nervión y el actual Bilbao; y quizás los *Airenosii* y *Andosini* hacia el Este. Y al otro lado de los Pirineos, hay que considerar probado tras los trabajos de Michelena y Gorrochategui que la lengua de los *Aquitanos* era también euskara. Sin embargo, para De Hoz respecto al territorio de los *Varduli, Caristii* y *Autrigones* lo único de que podemos estar seguros es de que allí se habló algún tipo de lengua indoeuropea, aunque no sabemos si coexistió en ese territorio con poblaciones no indoeuropeizadas, de tipo euskara o no.

Sin duda el euskara es la lengua de un pueblo esencialmente pirenaico, que se derrama sobre ambas vertientes de la cordillera. Según todos los indicios ha debido de estar ocupando ese emplazamiento al menos desde el Neolítico.



Pueblos de la España prerromana (según A. Tovar)

Y allí se ha visto presionado por diversos pueblos invasores desde el primer momento que nos es dado ventear en la protohistoria.

Ése es quizás uno de los rasgos más constantes de la historia del euskara. Siempre, desde que tenemos datos o indicios, ha sido una lengua presionada y en recesión ante el empuje de pueblos de superior cultura u organización social. Pero ha sabido sobrevivir, si bien, como no podía ser menos, a costa de una profunda penetración en su substancia de elementos procedentes de las lenguas de adstrato y superestrato.

Quizá la creencia todavía hoy más extendida entre el público en general e incluso entre los estudiosos no especialistas es la hipótesis del *vasco-iberismo,* que en esencia consiste en suponer que en la Hispania prerromana (quizás hoy habría que decir *preindoeuropea)* la única lengua existente era el ibero, cuyo heredero y continuador es el vasco contemporáneo.

Ésa es la creencia que ya existía entre los eruditos españoles desde la Edad Media. Por ejemplo, así lo defendió explícitamente el Tostado. Y esa idea se aceptó en el ámbito de los estudiosos españoles como un hecho averiguado. Y más tarde le dio honorabilidad y crédito científico el prestigio de W. von Humboldt que le prestó su asentimiento e hizo que fuera aceptada en toda Europa.

Las bases en que Humboldt la apoyó no eran demasiadas ni demasiado sólidas, aunque son indiscutiblemente llamativas. El docto alemán quedó impresionado por la ecuación vasco *Iriberri* («ciudad nueva») = ibero *Iliberri,* e hizo de ello su principal argumento.

Nosotros podemos añadir que entre la onomástica vasca y la ibera existen abundantes paralelos. En una y otra lengua, los antropónimos se construyen mediante compuestos de dos elementos que pueden mezclarse en forma varia, como sucede frecuentemente también en la onomástica indoeuropea. Pero los paralelos no se limitan al procedimiento abstracto de la composición, sino que se extienden al empleo de unos mismos elementos concretos que se encuentran en la onomástica ibérica, en la onomástica pirenaico-aquitana y que, a veces, aparecen en vasco como apelativos: ibero *beles-,* aquitano *Belex,* vasco *beltz* «negro».

Además, para agotar la enumeración de posibles apoyos al vasco-iberismo, no es inoportuno señalar que la lectura en voz alta de un texto ibero produce una cierta impresión de vasco.

Y sin embargo, los mejores especialistas, los estudiosos que conocen o han conocido mejor el vasco y a la vez están más familiarizados con los textos ibéricos, se muestran, en general, escépticos. En primer lugar, el vasco no sirve de ayuda para entender nada de los textos iberos. Parece verosímil que si se tratara de la forma moderna de la misma lengua contribuiría en alguna medida, siquiera modesta. Téngase en cuenta que son casi mil las palabras iberas que suministran los textos de que disponemos y apenas hay ninguna (onomástica

aparte) que pueda ser dilucidada por el vasco. Ni tan siquiera ha servido el vasco de ayuda para identificar los pronombres personales, los términos de parentesco, los numerales y en general el léxico de mayor tenacidad.

Y tampoco el sistema flexional del verbo vasco encuentra ningún reflejo en ibero. Ni el nominal, si excluimos algunos hechos más bien aislados y otros altamente hipotéticos, arriba mencionados.

Estas peculiares relaciones entre vasco e ibero resultan más bien desconcertantes, pues parecen demasiado escasas para basar sobre ellas un parentesco genético, pero demasiado abundantes para explicarlas como simples préstamos. Michelena, una de las personas que ha conocido mejor a la vez ambas lenguas, no se veía libre de esa vacilación, que expresó en estas palabras:

> Y es aquí, en este subconjunto digamos onomástico, donde se ha encontrado la mayor parte de las coincidencias entre ibero y vasco. Hay, sin duda, coincidencias cuyo número es demasiado elevado como para poder atribuirlo al azar. Pero aun reservando su lugar al azar, las coincidencias son muy llamativas en número y en calidad. Por lo que también dudaríamos en ver ahí préstamos masivos.

Y sugería la siguiente posibilidad para explicar las coincidencias de la onomástica, las de más peso según su criterio, por lo que se desprende de sus palabras:

> Se diría que el ibero y el vasco habían formado una especie de *pool* onomástico, que poseían un *stock* en gran parte común, de elementos y de procedimientos de formación, del que cada uno disponía con una gran libertad. Sin embargo nada obliga a pensar que esos elementos hubieran de ser homogéneos en cuanto a su origen.

Si se trata, como actualmente parece tenderse a pensar, de una relación no genética sino de lenguas en contacto, no es aventurado opinar que las coincidencias entre vasco e ibero han debido de transmitirse más bien desde el ibero al vasco que viceversa. En efecto, el ibero era una lengua de cultura superior, que contaba con escritura y estaba en contacto con las grandes civilizaciones mediterráneas. Eso le confería sin duda, frente al vasco, la condición de prestadora en términos generales, aunque obviamente habría también algunos préstamos en la dirección contraria.

La observación que precede sobre la posible dirección del préstamo desde el ibero al vasco se basa en la regla general, establecida por L. Bloomfield, según la cual cuando dos lenguas están en contacto, es en todos los casos la de inferior cultura la que adopta préstamos a partir de la de superior cultura. Sin embargo, ese principio ha sido puesto en cuestión en tiempos más recientes por C. Ehret, que hace ver que los patrones posibles en los fenómenos de préstamos son muy variados en función de circunstancias muy complejas, y en modo alguno reductibles a ese principio simplificador. La *lex* Bloomfield parece estar basada en una constatación empírica muy limitada, y condicionada

por el peso distorsionador que las lenguas y culturas occidentales tuvieron en la formación de las ideas sociolingüísticas vigentes en el primer tercio de este siglo.

En cualquier caso, la indoeuropeización léxica del vasco es amplia y profunda, sobre todo a partir del latín y del romance, como es natural. Pero hay, sin duda, una capa anterior de indoeuropeización de tipo celta que a veces no resulta posible deslindar. Michelena señalaba que en una palabra como *errege* «rey» podríamos tener tanto un préstamo latino como celta, habida cuenta de que el celta peninsular no tiene sistemáticamente alterada la /ē/ en /ī/.

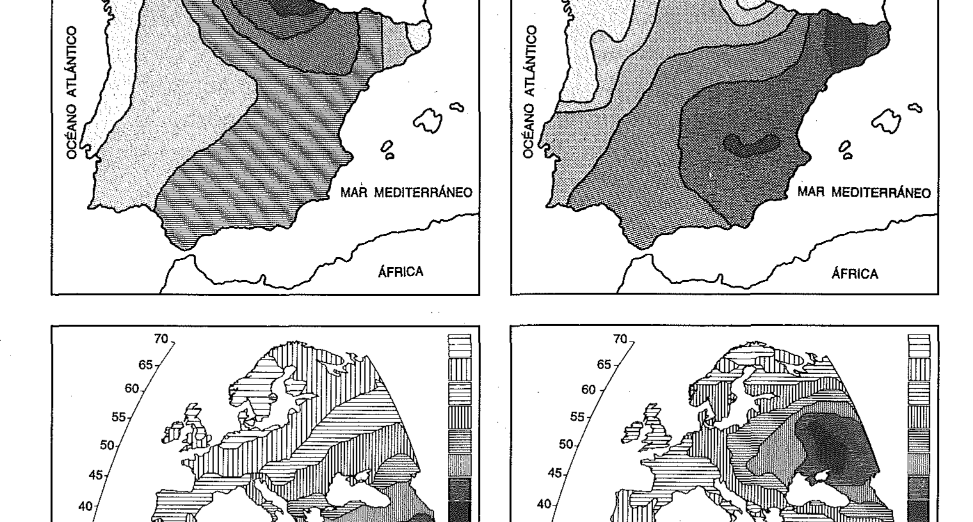
En nuestros días el vasco, aparte de la indoeuropeización de su léxico, participa con otras lenguas de la zona de una serie de rasgos cuyo origen no es fácil establecer. Así, tiene el mismo sistema vocálico (a/e/i/o/u) que el castellano, el ibero y algunos dialectos gascones. Tiene dos vibrantes, como el español y el ibero, diferenciadas por el número de vibraciones (r/rr). Y al igual que el español, tiene dos realizaciones distintas en las oclusivas sonoras: oclusiva en inicial/fricativa en intervocálica.

Con frecuencia la gente se pregunta sobre el origen de los vascos y su posible relación con otras lenguas actuales. A veces ese interrogante se formula diciendo que de dónde han venido los vascos. De las páginas que preceden puede deducirse ya la respuesta a esas preguntas. Pero voy a intentar responder explícitamente, en la medida de lo posible.

Que sepamos, los vascos no han venido de ninguna parte. Al contrario, somos los indoeuropeos los que hemos llegado a este rincón del mundo cuando ellos estaban previamente arraigados aquí. Ellos son una parte de la población neolítica de España. Sólo una parte, porque es seguro que la población preindoeuropea de España no era uniforme sino heterogénea. La autoctonía de los vascos en relación a las poblaciones indoeuropeas podría estar avalada por un argumento de una índole muy ajena a la Lingüística. Primero A. E. Mourant y luego Ammerman-Cavalli-Sforza han creido encontrar en la distribución del factor Rh entre las poblaciones de Europa indicios en favor de esa autoctonía. En efecto, entre la población vasca el porcentaje de Rh– es de entorno al 50%, mientras que en otras zonas de Europa es bastante menor (entre el 12 y el 15 en Europa central). Los porcentajes descienden a medida que se avanza por el Mediterráneo hacia el Este: entre el 9 y el 12 en Italia, Grecia y Oriente Próximo. Y aún mas bajos resultan hacia Arabia y la India. Porcentajes altos de Rh– se encuentran, además de entre los vascos, en la Europa septentrional, en lo que Ammerman-Cavalli-Sforza denominan «la periferia de la expansión de la agricultura». Del descenso porcentual hacia el Este deducen esos autores que la población con Rh+ se extendió hacia Europa desde Oriente Medio. Y el hecho de que sea Oriente Medio la cuna de la agricultura, junto con la conservación de Rh– en el norte de Europa, en la periferia de la expan-

sión de la agricultura, los lleva a concluir que fueron las poblaciones agrícolas del Neolítico las responsables de la intrusión en Europa del Rh+.

Estos datos de la genética aplicados a la prehistoria europea son muy interesantes y difícilmente podrían carecer de significación. Pero por el momento no resulta obvio cuál es concretamente su significado. La de que los agricultores neolíticos fueran los (únicos) portadores del Rh+ es tan sólo una de la explicaciones posibles. Por lo demás, otros factores genéticos igualmente valorados en el libro de Ammerman-Cavalli-Sforza, así como en el más reciente de L. L. Cavalli-Sforza, P. Menozzi y A. Piazza, al que he aludido más arriba, sugieren movimientos de población en otros ejes diferentes, de forma que el cuadro de conjunto dista de ser conclusivo. Pero la línea de indagación promete buenos resultados futuros.



Mapas sintéticos de la Península Ibérica, Europa y Asia Occidental basados respectivamente en los «componentes genéticos principales» 1 y 3 (según L. L. Cavalli-Sforza, P. Menozzi y A. Piazza)

El horizonte histórico de la llegada de los vascos a la Península hay que elevarlo, en cualquier caso, hasta el Neolítico. Si llegaron aquí en el Neolítico, o si son los descendientes de poblaciones mesolíticas o incluso paleolíticas, como se inclinan a pensar los autores citados, por el momento no lo sabemos con certeza. Pero ninguna de esas posibilidades puede ser descartada. Como tampoco sabemos desde dónde habrían venido. Normalmente para responder a

ese tipo de preguntas suele ser de gran ayuda la comparación de la lengua con otras existentes en diferentes lugares del mundo. Pero, desgraciadamente, en el caso del vasco esa comparación no presta ninguna ayuda. Ninguna de las lenguas del mundo presenta con el vasco afinidades suficientes como para demostrar parentesco genético. Tal vez el vasco no tiene parientes. O tal vez los tiene, pero tan alejados que no resulta ya posible identificarlos.

En ese sentido, se suelen mencionar principalmente dos alternativas. Con el bereber parece tener el vasco hasta un 10% de coincidencia en el vocabulario. Y, de otra parte, con ciertas lenguas caucásicas (georgiano, circasiano) hasta un 7,5%. Pero no sabemos exactamente lo que eso significa. No es casual que los dos grupos con que se dan esas tenues coincidencias sean precisamente los más próximos, geográficamente, del vasco, si hacemos caso omiso de las lenguas indoeuropeas y del turco, que se han introducido tardíamente en la escena. Como tampoco puede ser casual que en las poblaciones caucásicas se encuentren altos porcentajes de Rh –. Es posible, incluso verosímil, que entre las lenguas que ocupaban el espacio físico entre el vasco y las lenguas caucásicas, antes de la llegada de los indoeuropeos, existieran algunas genéticamente emparentadas con el *euskara.* Pero no podemos demostrarlo. Y tal vez no podamos hacerlo nunca. Probablemente se han perdido para siempre los datos que podrían haberlo permitido.

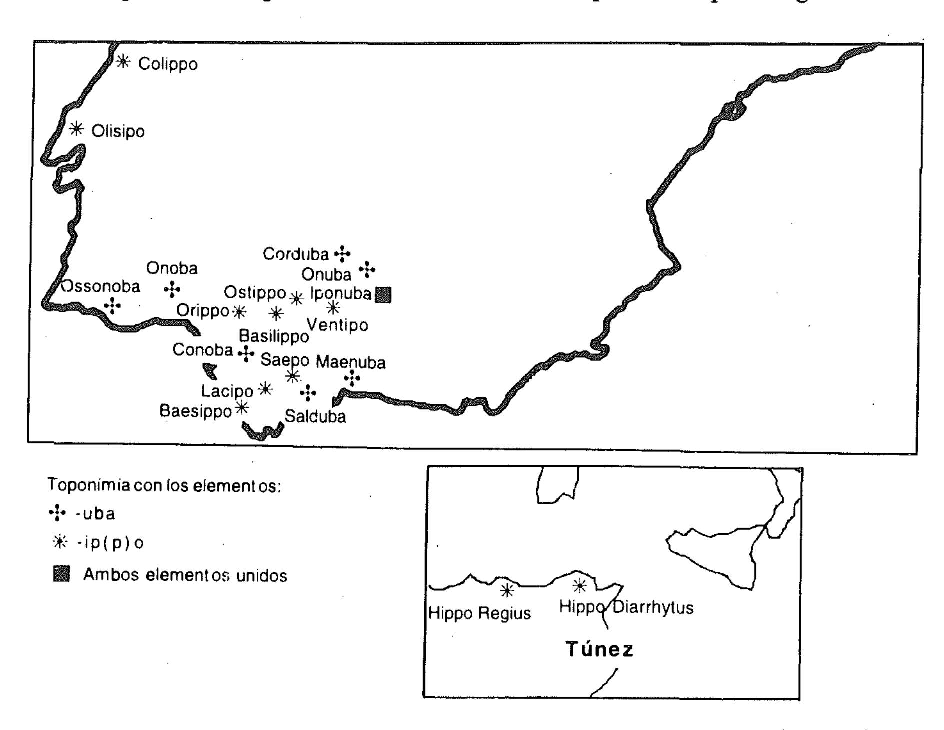
PUEBLOS DEL SUR

En el sur de la Península Ibérica, coincidiendo con lo que en la actualidad constituye la mitad occidental de Andalucía y el sur de Portugal, se encuentra una toponimia de tipo no indoeuropeo, diferente sin embargo de la ibérica.

Dos son los elementos que caracterizan esa toponimia: 1) *ip-/-i(p)po* y 2) *obu-/-uba.* Ambos pueden aparecer como primer o como segundo miembro de topónimos. Y en ambos se produce una ligera modificación fonética en uno u otro caso. Para el primero tenemos ejemplos como *Olisipo, Colippo, Baesippo, Ventipo, Orippo, Iptuci.* Y se suele relacionar con algunos topónimos del norte de África como *Hippo Regius, Hippo Diarrhytus.* Para el segundo encontramos *Oba, Obulco, Corduba, Onoba, Ossonoba, Salduba.* Y, en lo que se me alcanza, el único paralelo fuera de la Península Ibérica está también en el norte de África, concretamente la ciudad de *Obba,* cercana a Cartago, que menciona Livio (XXX 7, 10).

De ordinario se da por hecho, tácita o explícitamente, que ambos topónimos pertenecen a un mismo estrato de población. Y sin embargo, no hay prueba alguna de que así sea. Ni tan siquiera el hecho de que ambos elementos se encuentren unidos en un mismo topónimo como *Iponuba.* De sobra conocidos

son topónimos de hibridación evidente como los latino-celtas *Augustobriga, Iuliobriga.* Por otra parte, ambos elementos, aunque se solapan en gran medi-



da, no presentan una distribución del todo uniforme, pues *-i(p)po* desborda el área común, penetrando con *Olisipo* y, sobre todo, *Colippo,* bastante hacia el Norte en Portugal.

Pero esos elementos toponímicos no son los únicos que hay en Andalucía. También en la zona suroccidental se encuentra el elemento *Bae-* en lugares como *Baelo, Baetis* (río), que reaparece bastante más al Norte en *Baesucci,* cerca de Castulo. Y en alguna ocasión aparece asociado con alguno de los ya citados, como en *Baesippo.*

Coincide *grosso modo* con el área de difusión de esta toponimia meridional un tipo de antropónimo no indoeuropeo que sólo se da en esta región de la Península. Se trata de los nombres formados con la raíz *Sis-,* que siempre actúa como elemento inicial: *Sisiren, Siseanba, Sisen, Siseia,* etc.

Ordinariamente se asocian esos antropónimos con los topónimos en *-i(p)po* y *-uba,* ya que coinciden en la misma zona y no son ni iberos ni indoeuropeos. Debe de tratarse de un tercer pueblo, que probablemente ocupó la Andalucía occidental y el Algarve antes de ser invadido por iberos al Este (con topónimos como *Ilipa, Ilipula)* y celtas al Noroeste (con topónimos como *Nertobriga, Ebora).*

Finalmente, en el rincón suroccidental de esta zona se acumulan un buen número de inscripciones en la menos transparente de las variedades del alfabeto ibérico, que encubre una lengua distinta del ibero. Si bien el mayor número de este tipo de inscripciones ha aparecido en el sur de Portugal (el Algarve), algunas fueron encontradas en Andalucía occidental e incluso en Extremadura. Y a ellas hay que añadir las monedas aparecidas en Salacia, pequeña localidad portuguesa a mitad de camino entre el Guadiana y el Tajo. Esas monedas están inscritas en la misma variedad de alfabeto. Pero nada hasta el momento demuestra que bajo ese sistema de escritura se encubra una sola lengua. Sin embargo, no puede ser casual que en Salacia aparezca antroponimia en *Sis-*, como en la región andaluza. Por el contrario, parece un indicio cierto de asociación entre esa onomástica meridional y la lengua de estas inscripciones.

Excepto las monedas de Salacia, toda esta epigrafía es funeraria. La escritura es concéntrica y carece de interpunción separadora de palabras, por lo que el primer problema grave lo plantea la segmentación del texto en unidades sucesivas. El segundo, el desconocimiento de la equivalencia fonética de varios signos.

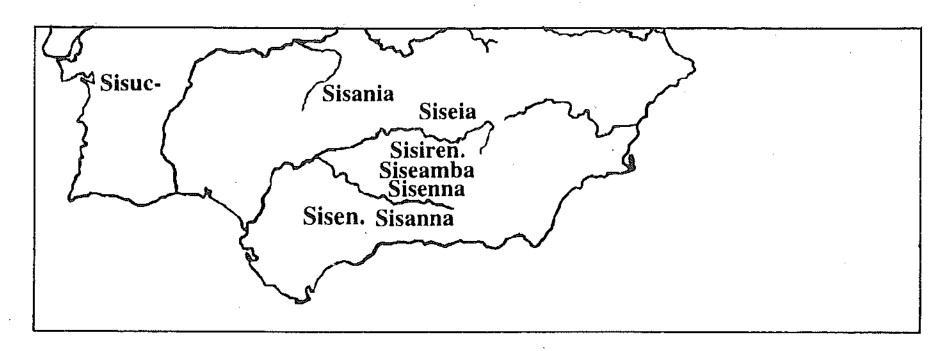
Una tercera incertidumbre la constituye la datación de todo ese material epigráfico. Si bien hoy parece haberse impuesto por razones de índole arqueológica la opinión que hace remontar esos textos (aunque no las monedas) a los siglos VII-VI a. C.

A nadie se le oculta que en esa región de Andalucía y en esa época florecía el reino de Tartesos. Y es por ello que algunos investigadores opinan que esas lápidas funerarias ponen en nuestras manos nada menos que la lengua de los tartesios. Otros, en cambio, prefieren la cautela y llaman a este material *epigrafía suroccidental* o algo equivalente.

De lo dicho, ya habrá deducido con acierto el lector que las inscripciones tartesias permanecen indescifradas. A pesar de ello, algunos estudiosos han creído aislar determinados elementos que constituyen al parecer la fórmula funeraria y han propuesto para ellos una traducción.

En efecto, en un buen número de ocasiones se repite la fórmula *bare nabe keenti,* que presenta para su tercer elemento algunas variantes como *keeni.* J. Wikander creyó encontrar un paralelo en inscripciones funerarias licias donde aparece *sijeni* con valor de «situs est». Se trata de la raíz **kei-* «yacer» (cf. gr. κεῖμαι, sánscrito *śéte)* provista del mismo sufijo que los verbos hetitas del tipo *ijannai.* En las variantes *keeni/keenti* propuso ver una diferencia singular/plural según la conjugación en *-ḫi* a la anatolia. Y los rasgos indoeuropeos detectables no se limitarían a esa palabra. Habría que añadir otros, entre los que se puede destacar *nabe,* en que tendríamos un caso local, caracterizado con la desinencia indoeuropea -**bhi.* La fórmula completa habría que traducirla por «en este sepulcro yace», o algo similar. Finalmente podría encontrarse

también una desinencia *-el* con valor de genitivo que nos lleva de nuevo a las lenguas anatolias.



Antropónimos en *Sis-* (según J. Untermann)

J. A. Correa, en trabajos más recientes y completos, confirma el supuesto elemento verbal de la fórmula. Pero respecto a los otros dos observa mayores cautelas, entre otras cosas porque cree que no se puede establecer el valor exacto de todos los signos que integran cada uno de ellos. Concretamente del *nabe* de Wikander no puede darse por segura la final *-be* en la que se fundamentaba el argumento morfológico de la desinencia indoeuropea *-*bhi.* En cambio Correa consigue aislar algunos antropónimos como *turaaio, poti, tala, tirtos* que parecen tener correspondencias muy cercanas en la antroponimia indoeuropea de la Península, concretamente en *Turaius, Boutius, Talaus, Trita (Tritius).* Y, por otra parte, logra encontrar otro posible verbo con desinencia *-nt- (arenti).* Y si se pierde la posible desinencia *-bhi* con valor locativo, se gana en cambio *-*bho,* posiblemente como dativo de plural: *logobo niirabo* podría contener una mención del dios celta *Lugu,* pero en plural, como sucede otras veces en la Península. Esos y otros indicios, que sin ser abrumadores no dejan de tener una cierta consistencia, inclinan a Correa en favor de la identificación como celta de la lengua de las inscripciones tartesias.

De ser cierta cualquiera de esas dos interpretaciones, la de Correa o la de Wikander, la lengua de Tartesos sería indoeuropea, bien de tipo celta, bien de tipo anatolio. Y tendríamos de nuevo el caso de una cultura mediterránea, tenida tradicionalmente por preindoeuropea, que se revela en realidad indoeuropea, tal como sucedió con el Imperio Hetita y con Micenas.

De antemano se había sospechado una cierta relación entre Tartesos y elementos indoeuropeos, supuestamente celtas, debido principalmente al nombre de su más famoso rey, Argantonio, antropónimo de indudable celtidad, cuya existencia en la España indoeuropea prerromana nos consta.

El nombre de *Argantonio* contiene en su parte inicial la raíz **arg-* «blanco, resplandeciente», que da el nombre de la plata en varias lenguas indoeuropeas

(latín *argentum,* griego ἄργυρος) y, aunque presenta una formación característicamente céltica, probablemente no dejaba de evocar en los historiadores griegos el nombre de ese preciado metal. Por ello, pudiera haber en ese nombre con que los griegos llaman al fabuloso rey de Tartesos, el país de la plata, un mero juego simbólico.

Pero aunque el nombre del mencionado rey hubiera sido así efectivamente, eso lo más que nos permitiría sería suponer una cierta infiltración del reino Tartesio por elementos indoeuropeos, celtas, a juzgar por la forma concreta del nombre *Argantonio,* que pudieran tal vez haber constituido como en otros lugares, una aristocracia dominante. La presencia de elementos célticos en las proximidades de Tartesos la conocemos por lo demás con seguridad por las fuentes clásicas. De modo que nada habría de inverosímil en esta consideración.

En esta perspectiva, tampoco sería inverosímil que esa aristocracia hubiera adoptado la escritura para usarla con su lengua en sus ritos funerarios, independientemente de que las otras capas más antiguas de la población hubieran aprendido o no la lengua de la clase dominante. Y precisamente a ese estrato preindoeuropeo pertenecerían los topónimos característicos de la región.

Pero en ese caso, se esperaría que el indoeuropeo que se vislumbrara en las inscripciones fuera de tipo céltico. Y, como hemos visto, ése es el resultado de los intentos de desciframiento efectuados por J. A. Correa. Sin embargo, en alguno de los rasgos, parecería más bien celta del tipo hablado en las Galias que el de Celtiberia, lo que resulta un tanto desconcertante.

Por el contrario, si la supuesta lengua indoeuropea de las inscripciones resultara ser de tipo anatolio, como quería Wikander, habría que pensar que el nombre de Argantonio no es autóctono, sino tomado del entorno peninsular. Y en tal caso, la hipotética filiación anatolia se armonizaría bien con la cronología de los comienzos del reino de Tartesos (en torno al cambio de milenio) y la destrucción del Imperio Hetita y consiguiente diáspora de una fracción de sus componentes étnicos, parte de los cuales pudieron llegar hasta este extremo occidental del Mediterráneo e intervenir en la fundación de Tartesos.

Pero todo este cuadro, que puede resultar fascinante, tiene un punto débil: el carácter todavía especulativo de la interpretación de esa fórmula funeraria en particular y de casi todos los textos en general. Debe tenerse en cuenta que al no contar la escritura tartesia con ningún recurso que separe unas palabras de otras, resulta hipotética cualquier segmentación concreta que se proponga, por lo que las etimologías que demostrarían la indoeuropeidad pocas veces pueden tenerse por seguras.

CAPÍTULO II

LA ESPAÑA INDOEUROPEA

LOS CELTAS

De entre los componentes indoeuropeos de la Hispania prerromana los celtas constituyen el elemento conocido con mayor seguridad. La presencia de celtas está garantizada tanto por el testimonio de los historiadores griegos y latinos, como por una abundante y variada toponomástica y una epigrafía específica.

El principal asentamiento celta es la región llamada por los historiadores griegos *Celtiberia.* El nombre de *celtíberos* en otros tiempos se entendió como un indicio de mestizaje. Incluso algunos historiadores griegos y romanos lo interpretaron así, como se ve en afirmaciones de Apiano o Diodoro Sículo. Y entre los estudiosos modernos esa idea se impuso a partir del siglo pasado, gracias a la autoridad de J. K. Zeuss. Sin embargo, hoy creemos que «celtíberos» debe entenderse simplemente como sinónimo de «los habitantes de Iberia que son celtas».

La Celtiberia parece haber sido el emplazamiento más sólidamente ocupado por celtas, y desde tiempo más antiguo. Y existen indicios de que desde ahí penetraron secundariamente hacia el Sur, Oeste y Noroeste. Plinio alude a que los *celtici* de Andalucía, situados en las orillas del Guadiana, proceden «de los celtíberos de Lusitania» («Celticos a Celtiberis ex Lusitania aduenisse manifestum est sacris, lingua, oppidorum vocabulis»), información que se ha visto plenamente corroborada por hallazgos arqueológicos. Y, por su parte, Estrabón aseguraba que en Galicia, junto al río Limia, había célticos que procedían de los asentamientos junto al Guadiana.

La zona de epigrafía celtibérica está delimitada por la cuenca media del Ebro al Norte y Nordeste (provincias de Soria, Logroño y parte suroccidental de Zaragoza, aunque rebasa el Ebro hacia el Norte, penetrando en Álava y Na-

varra hasta rozar la actual Pamplona); al Sur, por las cuencas altas del Tajo y el Júcar (provincias de Cuenca, Guadalajara y parte de Teruel); al Oeste se extiende hasta ocupar parte de las provincias de Madrid, Segovia y Burgos; y al Este limita con los iberos de Levante.

La antroponimia indoeuropea prerromana es abundante: *Aius, Ambatus, Caros, Guandos, Medugenos, Pusinca, Rectugenos, Turos, Aualos, Belenos, Megaravicos, Pentilos, Pintios, Seneca,* etc. Y aunque es probablemente exagerada la tendencia que existe a considerarla casi exclusivamente celta, es incuestionable que incluye abundantes nombres de filiación celta indudable por una u otra razón, como por ejemplo *Uramus* (de **Uperamos).* Pero otros no contienen en sí mismos ninguna prueba de celtidad, y si se dan como celtas es por ser esa lengua la única indoeuropea conocida tradicionalmente con seguridad en la Península.

Gran parte de la toponimia celta de España puede agruparse en conjuntos característicos. Significativos son los topónimos en *seg- (Segovia, Segobriga, Segida, Segontia, Segisamo),* en *eburo- (Eburobriga, Eburobrittium, Ebura, Ebora)* y los formados con el sufijo de superlativo *-samo (Uxama, Ledesma, Segisama).* Pero el elemento más abundante y característico de la toponimia celta peninsular lo constituyen los nombres en *-briga.*

Más arriba he explicado a qué circunstancias históricas obedece el hábito de construir ciudades fortificadas en alturas naturales del terreno *(-briga),* hábito que terminó por desarrollar un procedimiento estereotipado de derivar topónimos para cualquier tipo de ciudad. Me limitaré a recordar aquí que *-briga* deriva de **bhr̥gh-* «alto elevado», con un tratamiento fonético que caracteriza a la forma como indiscutiblemente céltica.

Los topónimos en *-briga* se encuentran también en ámbitos célticos fuera de la península (por ejemplo *Litanobriga* en las Galias). Pero no en tan gran abundancia como aquí, donde los encontramos extendidos por toda la Hispania indoeuropea, cuya línea rebasan en diferentes puntos. En las fuentes antiguas aparecen principalmente bajo la forma *-briga (Adobriga, Nemetobriga, Lirobriga, Segobriga, Nertobriga, Conimbriga,* etc.). Pero puede también tomar la forma *-briks* o *-bris,* mucho más cercana al original celtibérico *(Caitóbrix, Aviliobris, Cóntobris, Lambrís, Londobrís).* La toponimia moderna hispana es rica en nombres de esta etimología, que adoptan formas variables, con claras preferencias regionales.

Las variedades *-briga/-brega* se encuentran preferentemente en las regiones centrales: *Alcóbriga* (Contamina, Zaragoza), *Alpuébrega* (Totanes, Toledo), *Alúbriga* (Santa Engracia, La Rioja), *Anóbrega* (Ponte da Barca, cerca de Braga), *Hoyábriga* (Larriba, La Rioja), *Llóbriga* (Ledesma, La Rioja), *Longébriga,* (Brieves, cerca de Luarca, Asturias) *Lúbriga* (cerca de Daroca, Zaragoza), *Munébrega* (Calatayud, Zaragoza), *Sobrega* (Santiago del Baldrás, Tuy, Pontevedra), *Tuluébrega* cerca de Peña Ubiña, Asturias).

Y con ellas se relaciona *Sepublega* (Segovia), forma medieval del moderno *Sepúlveda.*

La variante característica del occidente portugués es *-bra* (medieval *-bria*): *Anobra* (Condeixa a Nova, cerca de Coimbra), *Cambra* (Viseu, Beira Alta), *Coimbra, Longroiva* (Meda), *Pabras* (Penela, Coimbra), *Seabra* (Viseu), *Senobra* (San Martinho, Cantanhede, cerca de Coimbra), *Sesimbra* (cerca de Setúbal). Esta variedad *-bra* se encuentra también en Galicia: *Biobra* (Rubiana, Orense), *Guebra* (Carballo, La Coruña), *Lobra* (Enfesta, La Coruña), *Obra* (Villagarcía de Arousa, Pontevedra), *Obra* (Celanova, Orense), *Obra* (Touro, La Coruña), *Obra* de Paño (Bergondo, La Coruña), *Oimbra* (Orense), *Robra* (Outeiro de Rei, Lugo), *Zobra* (As Neves, Pontevedra). Pero la variedad característica de Galicia es *-bre,* derivada del modelo celta indígena de manera más fiel que las variantes *-brega* y *-bra,* que parten de la modalidad latina o latinizada. La relación de topónimos en *-bre* gallegos es muy larga: *Alcabre, Alcobre, Alobre, Alxibre, Anzobre, Añobre, Baiobre, Bañobre, Barallobre, Bedobre, Boebre, Callobre, Cambre, Canzobre, Castrove, Cecebre, Cillobre, Ciobre, Coebre, Cortobe, Deixebre, Deixibre, Enxembre, Fillobre, Fiobre, Illobre, Iñobre, Ixobre, Izobre, Lambre, Landrove, Lañobre, Laxobre, Lentrobe, Lestrove, Lobre, Lubre, Magobre, Maiobre, Mañobre, Montrove, Obre, O Grove, Ombre, Pambre, Pantiñobre, Pezobre, Quembre, Rañobre, Sansobre, Sillobre, Soutolobre, Tallobre, Tiobre, Tragove, Trobe, Vendabre, Xiabre, Xobre, Zezobre.*

Aunque de manera esporádica, fuera de Galicia hay algunos ejemplos de la variedad *-bre: Artassobre* (Jaca, Huesca), *Barrable* (Brieva, La Rioja), *Calabre* (Barca d'Alva, cerca de Braga), *Calambre* (Asturias), *Paobre* (Vivel del Río, Teruel), *Perayebre* (Tramacastiel, Teruel), *Segorbe* (Castellón). A este modelo, pero con perturbación fonética de influencia árabe, pertenecen, según J. Corominas, *Chilluévar* (Cazorla, Jaén), *Azuébar* (Segorbe, Castellón), *Chóvar* (Segorbe, Castellón), *Gaidóvar* (Grazalema, Cádiz) y *Setubal* (Portugal).

Se ha señalado como causa de la característica frecuencia de *-briga* en nuestra Península el hecho de que en Hispania no consiguieron los celtas dominar la totalidad del territorio y se vieron obligados a compartirlo con grupos de población hostil, lo que les llevó a vivir en establecimientos de altura fortificados, de vieja raigambre indoeuropea.

Por el contrario, los topónimos en *-dunum,* característicos en otros territorios celtas, como las Galias, aunque también existen en Hispania *(Verdú, Verdún,* etc.) son infrecuentes y, en términos generales, revelan más bien penetraciones más o menos tardías de elementos galos.

La epigrafía celta peninsular comprende varios tipos de documentos. En primer término hay que mencionar las leyendas monetales. Probablemente los indígenas tuvieron necesidad de acuñar moneda a partir de su contacto con el

minoico	egipcio-egeo (marcas)	tartesio	ibérico		fenicio
				a	
				e	
				i	
				o	
				u v	
				l	
				r	
				ŕ	
				m	
				n	
				s	
				ṣ	
				ba	
				be	
				bi	
				bo	
				bu	
				da, ta	t
				de, te	
				di, ti	
				do, to	
				du, tu	d
				tu?	th
				ga, ca	
				ge, ce	K
				gi	
				go, co	
				cu	

La escritura ibérica, comparada con otros sistemas de escritura (según M. Gómez Moreno)

mundo romano. Es difícil precisar con seguridad la fecha en que comenzaron a hacerlo. Pero los expertos opinan que no debemos estar muy lejos de la verdad si fijamos el año 150 a. C. como fecha de referencia.

Faltando toda unidad política, incluso dentro de la propia Celtiberia, cada ciudad emitía su propia moneda, en la que figuraba, entre otros elementos no siempre bien interpretados, el nombre de la ciudad emisora en nominativo o ablativo, o bien un adjetivo derivado del topónimo. He aquí algunos ejemplos que por una u otra razón, pueden tener interés:

1) *Kontebakom* (a interpretar como /kontrebakom/). Se trata del adjetivo derivado del nombre de *Contrebia,* en nominativo-acusativo neutro de singular, que debe traducirse como «[moneda] contrebiense». Sabemos que existieron al menos tres ciudades con ese nombre: Contrebia *Belaisca* (Botorrita, Zaragoza), Contrebia *Carbica* (Huete, Cuenca) y Contrebia *Leucada* (Inestrillas, Aguilar del río Alhama, La Rioja). La acuñación monetal que aquí presento corresponde a Contrebia Carbica, nombre éste último que aparece en el reverso. También acuñó Contrebia Belaisca, en cuyas monedas aparece *konterbia* en el anverso y la abreviatura *bel* en el reverso.

2) *Sekotiaz.* En el reverso aparece *lakaz.* Los dos nombres van en ablativo, con lo que la leyenda equivale a «[moneda] de Segontia». Coincide con la *Segontia Lanca* mencionada por Ptolomeo. Corresponde a la actual Sigüenza, en la provincia de Guadalajara, muy cerca de la de Soria.

3) *Sekaiza.* Ciudad recogida por las fuentes clásicas como *Segeda.* La etimología celta de este nombre es conocida y significa «fuerte, poderosa». La ciudad de Segeda tuvo un papel destacado en el desencadenamiento de los conflictos con Roma. Tras desafiar sus órdenes e intentar amurallarse, sus habitantes hubieron de huir a refugiarse en las profundidades de la Meseta Superior, donde los acogió Numancia, arrastrando así hacia ella el centro de gravedad de la resistencia contra los romanos.

4) *Usamuz.* Esta leyenda presenta en ablativo de singular el nombre de una ciudad que sería *Uxamom,* topónimo que en la actualidad existe con la forma *Osmo.* La palabra es la forma de superlativo **ups°mo-* «muy elevado», que podía dar lugar a nombres de ciudad tanto en neutro como en femenino. Esta leyenda que nos ocupa corresponde a un topónimo de género neutro. Pero es más frecuente con género femenino, forma de la que tenemos dos bien conocidas: *Uxama Argalea* y *Uxama Barca.* Las acuñaciones monetales de la primera de ellas, correspondiente a Burgo de *Osma* (Soria) tienen la leyenda *arkailikos;* y las de la segunda, la actual *Osma* de Valdegobía (Álava) tienen *uarkaz.*

5) *Konbouto.* Corresponde al nombre de la ciudad transmitido por las fuentes clásicas como *Complutum.* No sabemos si hubo varias ciudades con ese nombre que, al indicar un tipo de accidente geográfico (la confluencia de dos ríos) debió repetirse. Pero hay un *Complutum* bien conocido que corres-

ponde a la actual Alcalá de Henares, en los alrededores de Madrid, lo que constituye el principal fundamento para ubicar ahí la ceca emisora de esta moneda, en cuyo reverso se lee *ikezankom*.

6) *Baskunez*. Desde que J. Caro lo sugiriera implícitamente y A. Tovar lo propugnara explícitamente, casi todos los investigadores han creído ver en esta leyenda monetal el nombre de los vascones en nominativo de plural. La identificación, aparentemente bien fundada, cuenta con el refrendo adicional de que los hallazgos de esta moneda tienen lugar en Navarra (Borja, Pamplona). Sin embargo, hace años que J. Untermann, poniendo a contribución la variante *barskunez,* llegaba a la conclusión de que esta leyenda nada tiene que ver con el nombre de los vascones. Y en un trabajo reciente acabo de demostrar que se trata en realidad de un ablativo de singular, no de un nominativo de plural, con lo que estamos ante el nombre de una ciudad que se llamaría **Brasku(n)* o algo similar.

Un segundo tipo de documento es el de las inscripciones sepulcrales. Tampoco son muy extensos los textos que ellas nos proporcionan, generalmente el nombre propio del difunto. La que ofrece un texto más largo, con la fórmula onomástica completa, es la aparecida en Ibiza:

tirtanos abulokum letontunos ke belikios

Tirtano de los Abulokos de Letondu hijo Beligio.

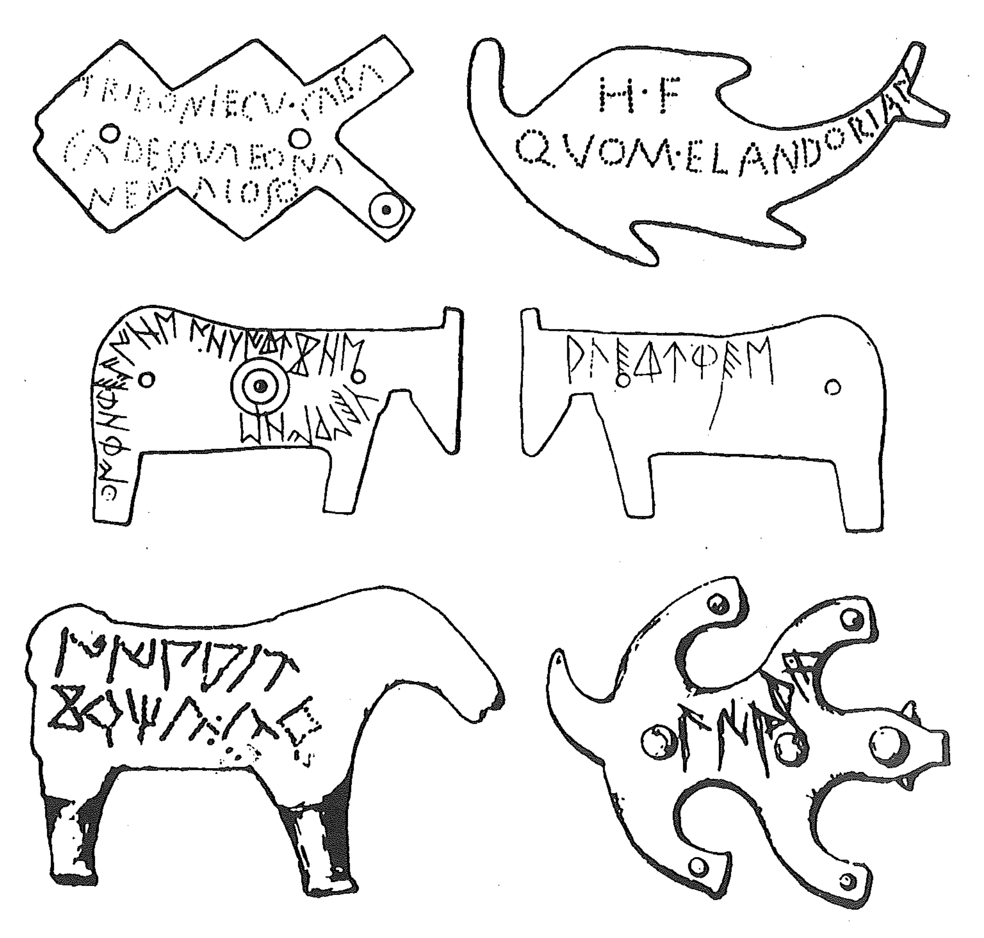
En tercer lugar se encuentra un tipo muy interesante de documentos, a los que solemos llamar *tesserae hospitales*. Consisten en figurillas divididas por la mitad e inscritas en su lado plano. En ellas se establecía un pacto de hospitalidad entre dos partes. Y la tésera era el documento o contraseña que garantizaba la autenticidad, al tener que casar ambas mitades, que debían estar cada una de ellas en manos de una de las partes contratantes.

La costumbre de inscribir los pactos de hospitalidad en téseras la tomaron los celtíberos de los romanos, quienes a su vez la habían tomado de los griegos, aunque todo parece indicar que existía previamente en el mundo celtibérico la institución social del *hospitium*. Las téseras siguieron el mismo camino que otros elementos durante la etapa de romanización. Primero se imitó de los romanos la realidad física de la tésera, pero se inscribía el texto en lengua y escritura indígenas. Más tarde se adoptó para ellas el alfabeto latino, aunque todavía con lengua celtibérica. Finalmente aparecieron téseras inscritas simplemente en latín.

Las que han llegado hasta nosotros son muy variables en lo que a extensión del texto inscrito se refiere. Las hay que contienen solamente un adjetivo derivado del nombre de una población: así sucede con una cabeza de toro portadora del texto *sekobirikia*. Como existe una ciudad llamada *Segobrix,* co-

nocida entre otras cosas por ser emisora de moneda, no es aventurado suponer que se trata de una tésera perteneciente a esa ciudad (o a otra ciudad de idéntico nombre).

La institución de la hospitalidad podía aplicarse lo mismo entre comunidades que entre individuos. Por ello en otras téseras en vez del adjetivo de la ciudad aparece un genitivo del nombre del individuo o de la familia: *sekeeios* (nominativo de singular), *atulikum* (genitivo de plural).



Diversas téseras inscritas

A veces el adjetivo derivado del nombre de la ciudad va acompañado de ulteriores elementos: *libiaka kortika kar*. El adjetivo femenino derivado del nombre de la ciudad es aquí *libiaka*. El que tenga forma femenina se explica por ir referido a *kortika,* que es probablemente el nombre celtibérico de «tésera». Finalmente *kar* es una abreviatura cuya forma plena, tal como apare-

ce en otras téseras, es *karuo,* palabra que tiene forma de genitivo y podría corresponder a «de hospitalidad» o algo equivalente.

Algunas téseras nos ofrecen un texto más completo en el que suponemos se informa sobre las partes contratantes, la duración y quizás algunas condiciones concretas del pacto. Pero ésas otras más extensas no han sido hasta el momento descifradas. He aquí el texto de las dos más importantes:

Bronce de Luzaga:
arekoratikubos karuo kenei
kortika lutiakei aukis barazioka
erna uela tikerzeboz so
ueizui belaiokumke
kenis karikokue kenis
stam kortikam elazunom
karuo tekez sa kortika
teiuoreikis

Tésera de Uxama (en una figura de jabalí):
karuo tureka tureibo
esainis kortika
usama antos
saikios baisai
kaltaikikos

Otro tipo de documento son las inscripciones rupestres. En el término municipal de la actual Peñalba de Villastar, en la provincia de Teruel, hubo en la Antigüedad un santuario en el que se debían celebrar determinados ritos. Y allí han quedado inscritos en la roca diferentes textos, a veces simples nombres propios, como el que dice:

TVLLOS	CALOQ	TVRRO	C
Tullos	de los Calcos	de Turro	hijo

Entre todas las inscripciones de Peñalba destaca una en lengua celtibérica y alfabeto latino, en la que se lee:

ENIOROSEI
VTA : TIGINO : TIATVNEI
TRECAIAS : TO : LVGVEI
ARAIANOM : COMEIMV
ENIOROSEI : EQVEISVIQVE
OGRIS : OLOGAS : TOGIAS : SISTAT : LVGVEI : TIASO
TOGIAS

Tampoco entendemos completamente el texto. Pero algunos nombres propios nos ayudan a hacernos una idea. La primera palabra, ENIOROSEI, contiene el nombre de una conocida ciudad emisora de moneda: *Orosis,* precedida por la preposición *eni:* «en Orosis». Por otra parte, se cita por dos veces al dios más importante del panteón celta: *Lugu,* que aparece en dativo *(Luguei).* Lo que hace pensar que se trata de una enumeración de las ofrendas que se hacen a ese dios en Orosis y acaso en otras localidades.

Fuera de todos los tipos de documentos que preceden está el llamado *Bronce de Botorrita.* Fue hallado por A. Beltrán en el curso de unas excavaciones en la localidad zaragozana de Botorrita, en el emplazamiento de la antigua Contrebia Belaisca. Se trata de una plancha de bronce inscrita por las dos caras. En una de ellas (la designada habitualmente con el nombre de cara B) tenemos simplemente una relación de nombres propios con la correspondiente fórmula onomástica. La mención de cada individuo va seguida de la palabra que indica su rango o condición, probablemente «magistrado», o bien «testigo», «garante». Esa palabra es *bintis* para todos los individuos menos uno, concretamente un tal *Useizu,* que es llamado en cambio *keltis,* como observó J. Untermann y recientemente ha argumentado en detalle F. Beltrán. Finalmente, se añade una indicación de origen (*lubinaz, akainaz,* etc.) que afecta cada una de ellas a varios individuos de la relación.

En la cara A está el texto propiamente dicho. Aunque la inscripción no ha sido descifrada en su integridad, al menos somos capaces de hacernos una idea general de su contenido, a partir de diferentes indicios. Se trata, con toda verosimilitud, de una ley que establece determinadas prohibiciones y sanciona las infracciones con los correspondientes castigos.

El *Bronce de Botorrita* constituye por sí solo uno de los textos más extensos e importantes del celta antiguo. Como ya dije en un capítulo precedente, las lenguas celtas nos son en su mayor parte conocidas por testimonios medievales, época en que habían sufrido tan profunda transformación que ofrecen un aspecto muy alejado ya del resto de las lenguas indoeuropeas. Es por ello que el celta de época antigua, que aún no había sufrido la mayoría de esas transformaciones, constituye una fuente inapreciable de información para conocer el punto de partida de las lenguas célticas y su entronque con el resto de la familia. Y en ese contexto, el *Bronce de Botorrita* es una de nuestras principales fuentes de información. He aquí su texto íntegro:

Cara A

1.— tirikantam berkunetakam tokoitoskue sarnikio kue sua kombalkez nelitom
2.— nekue ertaunei litom nekue taunei litom nekue masnai tizaunei litom soz auku
3.— arestaso tamai uta oskuez stena uerzoniti silabur sleitom konskilitom kabizeti
4.— kantom sankilistara otanaum tokoitei eni uta oskuez boustomue koruinomue

5.— makasimue ailamue ambitiseti kamanom usabituz ozas sues sailo kusta bizetuz iom
6.— asekati ambitinkounei stena es uertai entara tiris matus tinbituz neito tirnkantam
7.— eni oisatuz iomui listas titas zizonti somui iom arznas bionti iom kustaikos
8.— arznas kuati ias ozias uertatosue temeiue robiseti saum tekametinas tatuz somei
9.— enitouzei iste ankios iste esankios uze areitena sarnikiei akainakubos
10.— nebintor tokoitei iom urantiomue auzeti aratimue tekametas tatuz iom tokoitoskue
11.— sarnikiokue aiuizas kombalkores aleites iste ires ruzimuz abulu ubokum

Cara B

lubos	kounesikum	melmunos	bintis	
letontu	litokum	abulos	bintis	
melmu	barauzako	lesumos	bintis	
letontu	ubokum	turo	bintis	lubinaz
aiu	berkantikum	abulos	bintis	
tirtu	aiankum	abulos	bintis	
abulu	louzokum	useisumos	bintis	akainaz
letontu	uikanokum	suestunos	bintis	
tirtanos	statulikum	lesunos	bintis	nouantukos
letontu	aiankum	melmunos	bintis	
useizu	aiankum	tauro	keltis	
abulu	aiankum	tauro	bintis	
letontu	letikum	abulos	bintis	]ukontaz
letontu	esokum	abulos	bintis	

La lengua de los celtíberos cuenta con rasgos esenciales de la celtidad, como son la pérdida de /p/ inicial e intervocálica *(are, uer, ro, letaisama)*, la alteración de /ō/ en /ū/ en sílaba final *(usamuz)*, la alteración de /ō/ en /ā/ en sílaba tónica *(kombalkez)*, la vocalización en /ri/ de la /r/ vocálica *(brig-)*, el carácter sonoro de las *sonoras aspiradas*, etc. Pero en otros puntos no tiene las innovaciones de otras lenguas célticas y en su lugar presenta los correspondientes arcaísmos.

Así, el celtibérico no ha monoptongado los diptongos *(tokoitei, boustomue, sailo*, etc. [Botorrita]; *teiuoreikis* [Luzagal]); no ha alterado sistemáticamente la vocal /ē/ *(tekez* [Luzaga], probablemente de **dhē-)*; y en cualquier caso no hay ningún ejemplo seguro de /ē/ > /ī/; no hay indicios de la doble flexión absoluta/conjunta; no ha alterado en ninguna dirección la labiovelar sorda *(kue)*; tiene (al menos parcialmente) postposiciones en lugar de preposiciones, lo que constituye un notable arcaismo no sólo respecto a las demás lenguas célticas sino a la mayoría de las indoeuropeas *(tokoitei eni, tirikantam eni* [Botorrita]); el genitivo temático no es en *-ī* como en irlandés o en galo, sino en *-o (tauro, turo, aualo*, etc.), cuyo origen es obscuro; conserva intacta la *-m* en posición final; etc.

CARA A

CARA B

Mención un poco más detenida merece la lenición consonántica, ya que con frecuencia se intenta explicar la sonorización de las sordas intervocálicas en lenguas romances peninsulares como una supuesta influencia del substrato de población celta, que habría pronunciado las consonantes latinas cuando aprendió esa lengua en forma acorde con sus hábitos articulatorios. Tovar fue partidario de esa explicación y, quizás por la influencia de su autoridad, la idea ha tenido buena acogida.

Se entiende por lenición un proceso de debilitación articulatoria de las consonantes, característico de las lenguas célticas medievales. Pero para suponer que ese tipo de articulación fue el causante, vía substrato, de la sonorización de las sordas intervocálicas, son necesarias una serie de condiciones que, a mi modo de ver, no se cumplen.

En primer lugar seria necesario que ambos fenómenos fueran efectivamente idénticos. Sin embargo son bastante diferentes, tanto la naturaleza como el detalle. La lenición es una debilitación articulatoria, mientras que una oclusiva sonora [/b/, /d/, /g/] no es una forma debilitada de la correspondiente sorda (/p/, /t/, /k/), sino acompañada de vibración de la glotis. De hecho, en las lenguas celtas medievales la lenición de las oclusivas sordas no produce necesariamente *sonoras*. Lo primario en la lenición es la relajación que conduce en principio a fricativas sordas: p > ph (= f), t > th (= /þ/), c (= /k/) > ch (= /χ/). Y si el proceso se limita a eso, como sucede en irlandés, la lenición está perfectamente cumplida. Sin duda puede suceder que a la relajación se le superponga la sonorización, ya que ambos fenómenos se producen en contextos parecidos, y así ocurre de hecho en los dialectos británicos. Pero son dos fenómenos distinguibles y separables, que pueden darse perfectamente de manera independiente el uno del otro. Por otra parte, aunque indudablemente existe coincidencias, los contextos en que se produce la lenición céltica y en los que se produce la sonorización romance no son exactamente los mismos. Ni tampoco son objeto de la correspondiente alteración fonética romance todos los fonemas que sufren lenición en las lenguas célticas. De manera que lenición y sonorización no son en modo alguno fenómenos identificables.

En segundo lugar, sería necesario que los celtas de la Península hubieran efectuado el proceso de debilitación de sus oclusivas sordas antes de que su propia lengua desapareciera. Porque de otro modo no hubieran podido imprimir a las oclusivas sordas latinas esa articulación, cuando aprendieron la lengua de Roma. Y en este sentido tampoco los datos de que disponemos son favorables a la hipótesis. En efecto, no existe ningún dato que permita pensar que las oclusivas sordas tuvieran en celtibérico una articulación fricativa en ninguna posición. E igualmente puede comprobarse que tampoco sufrieron sonorización. Naturalmente la epigrafía celtibérica en escritura ibérica no puede proporcionar ningún indicio sobre este último fenómeno a causa de sus limitaciones específicas. Pero los epígrafes más recientes en lengua celtibérica

y alfabeto latino contienen normalmente intactas las sordas tanto en posición intervocálica como en el grupo *sonante + sorda + vocal.*

En cambio, los fenómenos de sonorización intervocálica son frecuentes en el occidente peninsular *(porcom/porgom, touto-/toudo-).* Y aunque desde A. Tovar esa sonorización occidental suele ser considerada un componente del proceso de lenición céltico, a mi entender es dudoso que lo sea. Y uno de los hechos que me inducen a pensar así es que precisamente en Celtiberia, donde la presencia céltica es compacta y epigráficamente bien documentada, son prácticamente inexistentes las sonorizaciones.

En consecuencia, el argumento contra la explicación de la sonorización de la sorda intervocálica romance mediante la lenición por el substrato celta puede articularse como sigue: la lenición en celta no comporta necesariamente la sonorización de las sordas, por lo que resulta que la sonorizacion no es necesariamente un componente de la lenición. Pero aunque lo fuera, tampoco sería legítimo atribuir a la influencia de las lenguas celtas peninsulares un hecho que todo parece indicar que en ellas nunca llegó a producirse. Y los casos de sonorización que se aducen proceden de zonas ocupadas primordialmente por poblaciones no célticas de la Península.

Mientras que no hay ningún indicio de lenición en las sordas, como acabamos de ver, la serie sonora (resultado de la confusión de sonoras y sonoras aspiradas indoeuropeas) sí ofrece indicios ciertos de haber sufrido en celtibérico una relajación articulatoria, que se manifiesta por una parte como la alteración de /d/ en /z/ *(mezukenos* frente a *Medugenos)* y por otra como la pérdida esporádica de /g/ *(Mailus* frente a *Magilus).*

Como puede apreciarse, los rasgos que separan al celtibérico de otras lenguas célticas son generalmente arcaísmos, por lo que más que una clasificación del celtibérico en términos tradicionales de dialectos gaélicos o británicos, hay que limitarse a decir que se trata de una variedad de celta señaladamente arcaica en comparación con cualquier otro celta conocido. Introducidos en la Península, según se cree, en torno al s. VIII a. C. probablemente a través de los pasos occidentales del Pirineo, a juzgar por su ubicación histórica, buscaron asentamiento al sur de la alta montaña pirenaica y quedaron separados de los celtas de las Galias por poblaciones no indoeuropeas de índole vasco-pirenaica, convirtiéndose así en un área aislada, propicia para la conservación de estados lingüísticos arcaicos.

A partir del siglo II a. C. la Península se encuentra bajo el foco de la Historia. La peripecia subsiguiente de los celtas de España no es ya objeto de la Lingüística, sino competencia de la Historia. Los autores griegos y romanos han dejado constancia de no pocos aspectos de aquella gente, muchos menos, sin embargo, de los que sin duda querríamos. Pero los suficientes como para saber con cuánta tenacidad y arrojo se opusieron a la conquista extranjera. Era

aquél un pueblo valeroso, leal, noble, incapaz de faltar a una palabra dada. Orgulloso de su identidad y celoso de su propia dignidad. Y, por encima de todo, apreciaba su condición de pueblo libre. La resistencia que supo ofrecer ante la amenaza de sometimiento a una potencia extranjera fue tan tenaz y tan dilatada que Celtiberia llegó a convertirse en una verdadera pesadilla para la República romana. Y cuando Numancia se convirtió en el corazón de la resistencia, Roma hubo de recurrir a los medios más radicales e inhumanos para aplastar su resistencia y abatir su dignidad. Escipión, el general que al fin consiguió doblegarla, no vaciló en aplicarle un trato tan cruel y desmedido que convirtió aquel episodio en una de las páginas más grandiosas y más atroces de nuestra historia.

OTRAS RAMAS INDOEUROPEAS: EL LUSITANO

No hace falta decir la importancia que para nuestra prehistoria tiene el conocer qué clase de poblaciones había en la Península antes de la conquista romana, y si había sólo una estirpe o varias de indoeuropeos. O lo que es lo mismo: si el proceso de indoeuropeización se realizó sólo a cargo de celtas y romanos, siendo entonces muy tardío (siglos VIII-VII los celtas y final del III a. C. los latinos), o si por el contrario ha habido penetraciones anteriores de otras estirpes indoeuropeas que se han ido acumulando al fondo de saco de nuestra Península. Dicho en otros términos, resultaría de gran interés identificar con la precisión posible nuestras raíces, el substrato étnico y lingüístico en el que arraigó nuestra latinidad.

Dadas las limitaciones respectivas de la Arqueología y de la Lingüística, es ésta última la que tiene la posibilidad de encontrar esas respuestas, ya que la Arqueología carece de medios para establecer la identidad étnica de los autores de las culturas que desentierra. Pues bien, he aquí lo que la Lingüística puede aportar a este problema.

Junto a elementos de incuestionable celtidad, hay en la Península otros que, aunque son indudablemente indoeuropeos, sin embargo presentan algún rasgo que se acomoda mal con lo que ordinariamente se entiende por una lengua celta. Así, entre los nombre propios (antropónimos) que usaban los habitantes de la España prerromana encontramos *Plendius, Pisirus, Paramecus, Palarus, Paesica.* Entre los nombres de gentes o estirpes (etnónimos) tenemos *Pelendones, Paesici, Praestamarci.* Y entre los nombres de lugares o ciudades (topónimos) hay *Paramus, Bletisama, Poemana, Pisuerga, Palantia,* etc.

Todo ese material tiene como denominador común el presentar como fonema inicial una /p/, bien intacta, bien levemente alterada en /b/ (Bletisama). Pues bien, uno de los rasgos fonéticos más característicos de las lenguas célticas es precisamente que la /p/ heredada del indoeuropeo se pierde en posición

inicial (e intervocálica). Por ejemplo, como palabra para «padre» el latín tiene *pater* frente al irlandés *athir;* para «cerdo» el latín tiene *porcum* frente al irlandés *orc;* la preposición **prŏ̄* aparece como *pro* en latín y como *ro* en irlandés; etc.

La pérdida de la /p/ inicial e intervocálica es no sólo uno de los rasgos más característicos, sino también uno de los más antiguos de entre los específicamente célticos, de forma que se encuentra implantado en todas las lenguas célticas conocidas como tales, incluidas todas las de la Edad Antigua: el celta de las Galias (galo), el del norte de Italia (lepóntico) y el de la Península Ibérica (celtibérico), este último a pesar de que —como hemos visto— carece por arcaísmo de muchos otros rasgos célticos. Es más: la identificación incontestable del celtibérico como lengua céltica se produjo cuando se encontraron en la epigrafía peninsular ejemplos seguros de pérdida de /p/. Concretamente en la frase de una inscripción rupestre de Peñalba se encontraba VIROS VERAMOS (que traducido al latín sería *vir supremus),* en que VERAMOS procede de una forma prehistórica **uper^{o}mos* mediante la pérdida de /p/ entre vocales.

La presencia de formas con /p/ en el indoeuropeo peninsular se da un poco por todas partes de la Hispania indoeuropea. Pero resulta indudable que es menos densa en Celtiberia y Carpetania que entre los *vacceos, vetones* y *lusitanos,* por ejemplo.

Desgraciadamente nada sabemos de la lengua de la mayoría de los pueblos de la Hispania indoeuropea. No hay epigrafía alguna de *astures, cántabros, galaicos, vetones, vacceos, carpetanos, pelendones,* etc. Antes de la llegada de los romanos, la Hispania indoeuropea era ágrafa, con la excepción de los celtíberos que habían tomado el sistema de escritura de sus vecinos orientales los iberos. Pero la fortuna ha querido que de una de las regiones de la Hispania antigua llegue hasta nosotros un pequeño conjunto de textos en lengua indígena, escritos en alfabeto romano.

El mero hecho de haber adoptado ya el alfabeto latino indica un cierto grado de romanización de aquella población indígena, como corrobora el que alguna de esas inscripciones aparezca introducida por un encabezamiento en latín. He aquí dos de las más significativas:

1) *Lamas de Moledo (Portugal)*

RVFINVS ET TIRO SCRIPSERVNT
VEAMINICORI DOENTI ANGOM LAMATICOM CROVCEAI MACA
REAICOI PETRANIOI RADOM PORGOM IOVEAI
CAEILOBRIGOI

2) *Cabeço das Fraguas (Portugal)*

OILAM TREBOPALA INDI PORCOM LAEBO
COMMAIAM ICCONA LOIMINNA
OILAM VSSEAM TREBARVNE INDI TAVROM IFADEM REVE TRE[

Generalmente rupestres, las inscripciones en esta lengua contienen, por lo que podemos entrever, la descripción de determinados rituales y ofrendas a varios dioses, sobre cuyo posible antiquísimo significado ya he hablado más arriba. Y su lugar de aparición coincide *grosso modo* con la ubicación de la antigua Lusitania.

Pues bien, en esas inscripciones se encuentran varios testimonios de /p/ inicial e intervocálica conservada *(porcom, porgom, praisom, trebopala, toudopalandaigae)* y ninguno de /p/ perdida a la manera celta. Y por añadidura hay diversos otros rasgos que tampoco se compadecen bien con la celtidad. Entre ellos se encuentra la conjunción copulativa *indi* (frente a *kue* y *uta* en celtibérico), desconocida en lenguas celtas y relacionable, en cambio, con formas del germánico (inglés *and,* alemán *und)* y del indo-iranio (sánscrito *átha).* Y el tema de presente del verbo «dar», que aparece en la forma *doenti* en la inscripción de Lamas de Moledo, no ofrece una forma fácilmente compatible con una lengua céltica.

Sin embargo, a mi entender, uno de los rasgos más decisivos contra el carácter celta de estas inscripciones sería un posible tratamiento de la labial sonora aspirada indoeuropea /bh/ como fricativa sorda /f/ en la palabra *ifadem* «semental» (dicho de un toro). Como es sabido, las lenguas célticas presentan históricamente como sonoras las llamadas *sonoras aspiradas.* Pero desgraciadamente el tratamiento /f/ y la etimología en que se apoya, con ser razonables, no podríamos tenerlos por indiscutibles. Por otra parte, es el único caso de ese tratamiento en nuestras inscripciones, y aunque en la onomástica podría haber otros casos *(Fiduenearum, Sefio),* el conjunto es escaso, con algún ejemplo problemático, y en consecuencia insuficiente para llegar por él solo a una conclusión sólida. Aunque para obtener una valoración ajustada de este criterio hay que tener en cuenta que tampoco el tratamiento en sonora de las aspiradas cuenta en lusitano con mejor apoyo. El único ejemplo que se aduce es *angom,* cuya etimología a partir de **angh-* «estrecho, angosto» dista a mi juicio de ser verosímil, tanto por razones semánticas como morfológicas.

Frente a esos rasgos que parecen militar contra la condición celta de la lengua de los lusitanos, existen otros que han sido utilizados en pro de su celtismo. El primero es el hecho de que la toponimia en *-briga,* característicamente celta, como ya hemos visto, se encuentre presente en Lusitania. De ello infieren algunos la existencia de celtas allí y, avanzando un paso más, el carácter celta de la lengua de los textos lusitanos. Obsérvese, sin embargo, que de lo uno no se deduce necesariamente lo otro. Efectivamente, el que hubiera celtas, hecho que, por lo demás, confirman argumentos de toda índole, lo que no podría significar nunca es que en Lusitania *sólo* había celtas. De modo que los textos que conocemos podrían deberse a un pueblo (no celta) distinto del de la toponimia en-*briga* (celta). Pero es que, por otra parte, ese argumento no vale sólo para Lusitania sino para toda la Hispania indoeuropea. Y efectivamente, de ahí

concluyen algunos de manera igualmente infundada que puesto que la toponimia en *-briga* cubre toda la Hispania indoeuropea y *-briga* es indudablemente celta, todos los indoeuropeos peninsulares son celtas.

Otro argumento de la misma naturaleza es el de la homogeneidad de toda la antroponimia indoeuropea peninsular. Es decir, los nombres que se daban a sí mismos los antiguos habitantes de Hispania eran los mismos en Celtiberia, que en Lusitania, que en el resto de la Hispania indoeuropea. Y ello demostraría que toda esa zona estaba habitada por una sola lengua. Algunos, para rebatir este argumento, se han esforzado en hacer ver que, a pesar de una serie de elementos comunes a Lusitania y Celtiberia, hay también ciertos factores diferenciales. Pero lo que a mi juicio rebaja su fuerza es de nuevo una consideración de índole general. Los nombres propios, tal como he dicho más arriba, son elementos léxicos fácilmente prestables de una a otra lengua. Y de la utilización de nombres de una determinada filiación lingüística no siempre puede deducirse correctamente la lengua hablada por un pueblo.

Finalmente se aduce en favor del carácter celta de las inscripciones lusitanas, la presencia en ellas de una serie de rasgos compatibles con la celtidad, como nominativos de plural temáticos en *-oi* y, sobre todo, una cierta cantidad de vocabulario céltico. Ninguna de las dos tiene gran fuerza argumental. Efectivamente el nominativo de plural temático aparece en unas lenguas indoeuropeas como *-*ōs* y en otras como *-*oi*. El argumento en favor de la celtidad del lusitano consiste en decir que en lusitano hay la opción *-*oi*, la misma que en las lenguas célticas. Pero eso nada demuestra, por el hecho de que, *-*oi* también se encuentra en numerosas lenguas indoeuropeas, como latín, griego, báltico y eslavo. En cuanto a la presencia de léxico más o menos característicamente céltico en las inscripciones lusitanas, poco dice sobre su celtidad. Puede explicarse perfectamente como préstamo entre lenguas que conviven en territorios vecinos y comparten ampliamente un modo de vida y una cultura.

La mayoría de los rasgos celtas presentes en Lusitania pertenecen al ámbito del léxico (incluyendo la antroponimia, que tan fácilmente se transforma a instancia de las modas, y el elemento toponímico *-briga)*. Por consiguiente, podrían explicarse como el fruto del contacto entre lenguas indoeuropeas que han convivido siglos en territorio peninsular.

La celtidad/no celtidad del lusitano podría parecer en sí mismo un problema menor, casi anecdótico, sin entidad para merecer una larga discusión. Pero a veces una cuestión anecdótica puede tener una significación que trasciende ampliamente su propio y escueto ámbito. Por ejemplo, hace tiempo que los astrónomos se esfuerzan en buscar alguna estrella que tenga un sistema planetario. A un profano podría parecerle anecdótico que tal o cual estrella tenga o deje de tener un sistema planetario. Y, sin embargo, si se encontrara una, fuera la que fuese, podría significar que el desarrollo de un sistema planetario no es un suceso excepcional en la evolución del universo.

Y si no lo fuera, si se diera otras veces con un índice de probabilidad x, resultaría de ello un determinado modelo de la evolución del universo y un indicio cierto sobre las probabilidades concretas de existencia de vida en otros lugares del cosmos.

En un plano muy diferente, la celtidad del lusitano tiene también un significado que trasciende con mucho su propia anécdota. Veamos. Si el lusitano es una lengua céltica, si la antroponimia y la toponimia en *-briga* demuestran que en toda la Hispania indoeuropea tan sólo hay celtas, de ello se deriva un modelo de indoeuropeización de la Península Ibérica, defendido de hecho bajo esos supuestos por J. Untermann. En concreto, antes de los romanos, sólo una vez y sólo de una estirpe habrían entrado elementos indoeuropeos en la Península Ibérica, concretamente celtas. Por el contrario, si el lusitano se revela como una lengua indoeuropea no céltica, queda demostrado que el proceso de indoeuropeización ha sido más complejo de lo que inicialmente se creía, y probablemente más largo. Y si hay constancia histórica de dos estirpes concretas, nada nos asegura que esas dos hayan sido las únicas.

Intentaré ahora resumir el problema y aportar mi propia solución. Los rasgos supuestamente celtas de las inscripciones de Lusitania son inconsistentes (nominativo plural en *-*oi),* o explicables por préstamos entre lenguas en vecindad. En consecuencia, carecen de valor probatorio. Pero, a su vez, casi todos los rasgos no-celtas, si los analizáramos uno a uno, también podrían descartarse como préstamos, etimologías mal fundadas, etc. Pero tomados en conjunto, parece poco razonable negarlos todos y pretender que el capricho del azar haya reunido en tan escasos textos tantos indicios falsos contra la celtidad del lusitano.

Y está por otra parte el problema de la /p/. Aunque descartáramos las formas con /p/ de las inscripciones *(porcom, porgom, trebopala)* como préstamos, resultaría que con ello no resolvemos el problema de la presencia de /p/ en el ámbito indoeuropeo peninsular, ya que, como hemos visto, se encuentra igualmente en topónimos y antropónimos.

Si el celta de la Península Ibérica carece de muchos de los rasgos que caracterizan a las lenguas célticas y tiene en su lugar los correspondientes arcaísmos, ¿sería lícito suponer que conservaba también la /p/ como arcaísmo y que sólo una parte de los invasores celtas la perdieron ya en territorio peninsular? Y, en caso afirmativo, ¿qué queda entonces como constitutivo de la celtidad lingüística? Extremando la cuestión, ¿qué fundamento tendría llamar celta a una lengua cuando todavía no ha adquirido ni uno sólo de los rasgos que caracterizan a esa variedad indoeuropea?

Trasladando esas consideraciones a nuestro caso: Si la lengua de los lusitanos carece de los rasgos esenciales de la celtidad, ¿qué argumentos puede haber para afirmar que a pesar de todo son celtas? Ninguno lingüístico que pueda tenerse por firme, como acabamos de ver. ¿Bastaría la convicción de

que la lengua de esos lusitanos remonta en el pasado a la misma tradición lingüística que, instaurada en otros territorios, dio lugar a las lenguas celtas con sus características históricas? Creo que sólo en ese sentido, que sería un sentido étnico pero no lingüístico, podría decirse que los lusitanos sean celtas. Pero tal afirmación cae fuera de todo posible control.

En consecuencia, en virtud de los argumentos que un lingüista puede controlar, hay que afirmar que la variedad del indoeuropeo hablada por los lusitanos, a pesar de contener una cierta cantidad de léxico celta, no es clasificable como lo que se entiende normalmente por una lengua celta.

Una vez establecida su naturaleza no céltica, resultaría de extraordinario interés averiguar de qué otra estirpe indoeuropea se trata. D'Arbois de Jubainville y Jullian, tiempo atrás, consideraron que era ligur. Pero el ligur es algo tan mal conocido que difícilmente podría opinarse al respecto. Tovar, en un primer momento, creyó que se trataba de un espécimen escrito de *antiguo europeo*. Posibilidad que tampoco tiene buen fundamento, ya que la lengua de las inscripciones de Lusitania carece de uno de los rasgos característicos del *paleoeuropeo:* la confusión de /a/ y /o/ en una única vocal /a/.

Fue Schmoll el primero que supuso que se trataba de una nueva rama de la familia indoeuropea y la llamó *gallego-lusitano.* Y en la actualidad ésa es la opinión generalizada entre quienes no la consideran celta, aunque se ha impuesto el nombre de *lusitano* a secas. Y esa opinión ha ido abriéndose camino debido a que, de hecho, no coincide exactamente con la lengua de ninguna de las estirpes indoeuropeas conocidas previamente.

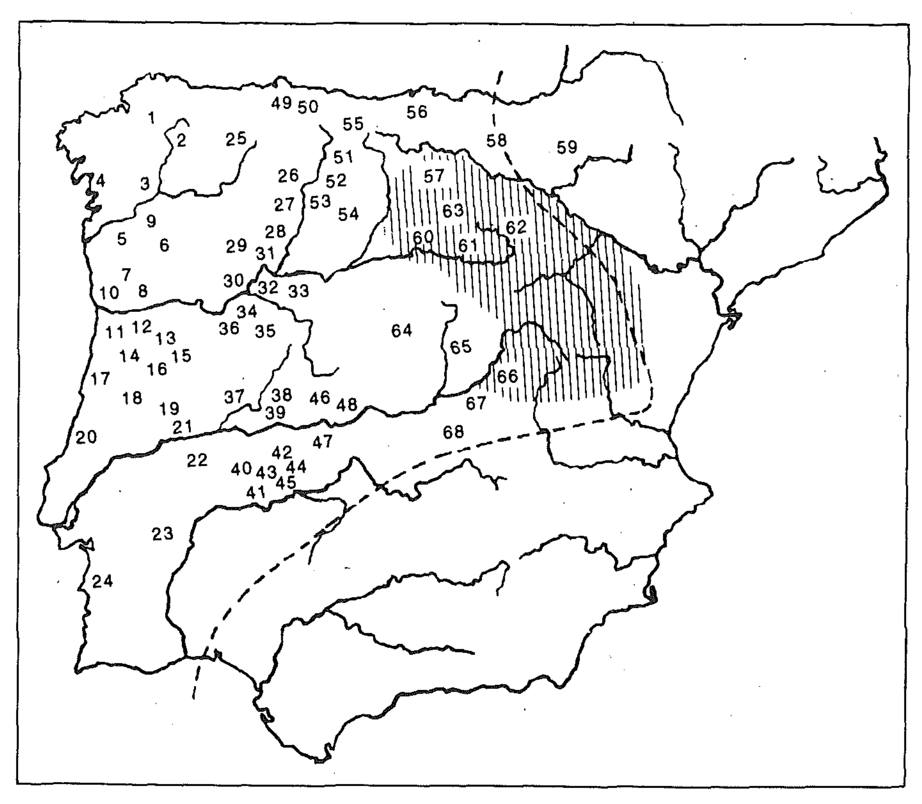
Tras establecer el lusitano como una rama independiente de la familia indoeuropea se plantea una cuestión ulterior: la de su clasificación dialectal, o mejor, su ubicación dentro del conjunto de los dialectos indoeuropeos. En términos generales puede decirse que se trata de una variedad *centum*, de tipo occidental o suroccidental. Pero más precisiones parecen no demasiado fundadas.

EL ANTIGUO EUROPEO (ALTEUROPÄISCH)

No han llegado hasta nosotros textos escritos de la Hispania prerromana en una tercera variedad de lengua indoeuropea. Solamente dos, como ya sabemos: celta y lusitano.

Sin embargo, cuando no hay textos escritos, nos queda todavía el recurso a la toponimia y la antroponimia. Ya hemos visto con cuánta cautela es necesario utilizar los argumentos toponomásticos. Pero ello no quiere decir que no sirvan para establecer sólidas conclusiones. El hipotético lingüista del futuro que quisiera establecer la presencia de elementos árabes en América sobre la base de Guadalajara, Guadalupe, etc., sin duda erraría. Pero el que estableciera

la conclusión de una emigración española sobre la base del *conjunto* de la toponimia acertaría de pleno.



Línea de separación entre la zona de toponimia -*briga* y la de toponimia *ili- ilti-*

Zona de epigrafía celtibérica

Nombres con /p/ en la Hispania prerromana (según J. Untermann):

1 Parraq(um); 2 Poemana; 3 Paramecus; 4 Pintavi; 5 Pentu; 6 Pictelancius; 7 Apil, Paugenda, Pelistus, Pinarea; 8 Peicana, Pintamus; 9 Praenia; 10 Pintamus, 11 Pugius, 12 Peda, Pisius; 13 Pucius; 14 Paisiciecus, 15 Pisirus; 16 Peinticis, Pellius; 17 Picera; 18 Picius; 19 Progela; 20 Pellius; 21 Pintamus, Piscisnus, Pucius; 22 Pelsinus; 23 Pacina; 24 Pagusicus; 25 Propeddus; 26 Petonus; 27 Pelgus, Pellius, Pentili; 28 Pelusius; 29 Pistirus; 30 Apilicus; 31 Pentius; Pintovius, Pistira; 32 Pintovius; 33 Apisa; 34 Pintovius; 35 Pacidus, Pentavi, Pistirus; 36 Apanus; 37 Apinus, Parecaius, Pisinus, Pisira, Pisocia; 38 Gapeticorum, Pellius; 39 Pellius, Pisira; 40 Pelliocus; 41 Pintamus, Pintana, Ponius, Pusinca; 42 Pellius, Ponceia; 43 Apaia; 44 Pellus; 45 Pintamus, Putia; 46 Pintolanq(um); 47 Apinus; 48 Apinus, Pellincius, Pentinic(um), Pisitric(um); 49 Pembelorum, Pentius; 50 Peniorum; 51 Palari; 52 Pallisi; 53 Pendieginorum; 54 Pentovius; 55 Pentoviecus; 56 Purana; 57 Plandida; 58 Plendia; 59 Peremusta; 60 Pitana, P[.]gancom; 61 Pusinca; 62 Pusinc(um); 63 Paesica, Pedolus, Petelius, Plandica; 64 Protenius; 65 Pusinca; 66 Pelicus; 67 Pentilia; 68 Pindusa; 69 Paramo y algunos derivados (Paramica, Paramera, Paramaecus, Paramecus, en varios lugares de la Península — León, Galicia, y la Celtiberia especialmente —)

Utilizando ciertos rasgos del comportamiento fonético, podemos establecer una especie de criterio mediante el que identificar las lenguas, algo así como sus huellas dactilares. Utilizaré provisionalmente dos rasgos bien conocidos:

1) Pérdida o conservación de /p/ inicial e intervocálica.
2) Carácter /a/ o carácter a/o de la lengua.

Las huellas dactilares o señas de identidad de las lenguas celtas, limitándonos a esos dos rasgos, son:

1) Pérdida de /p/ inicial e intervocálica.
2) Carácter a/o.

Por su parte, las del lusitano son:

1) Conservación de /p/ inicial e intervocálica.
2) Carácter a/o.

Pues bien, en la toponimia y la hidronimia prerromana encontramos elementos de indudable indoeuropeidad cuyas señas de identidad, sin embargo, no coinciden ni con el celta ni con el lusitano. Veamos algunos ejemplos.

Entre la hidronimia tenemos un conjunto formado por *Cambeses, Cambil, Cambuco, Cambrón, Cambrociño, Cambar,* derivados de la raíz **(s)kemb-* «curvar, doblar» [cf. con vocal /e/ en noruego *hempa* «asa»; con vocal /o/ hay griego κόμβος «nudo»]. Nuestros hidrónimos arriba citados deberían contener el grado /o/, pero en su lugar aparece /a/, lo que delata una lengua /a/. En otros términos, esos hidrónimos son indoeuropeos, pero no celtas ni lusitanos ya que sus señas de identidad no coinciden con las de ninguna de las dos, que son, ambas, lenguas a/o.

Otra de esas palabras es *Palantia* (actual Palencia y Palancia). Ésta, además del rasgo de la /a/ tiene el de la conservación de la /p/. Ejemplos como los que preceden hay en abundancia, particularmente entre los hidrónimos. Pero se dan igualmente en otro tipo de topónimos y también en antropónimos: *Paramo, Pellius, Pellus, Pacina, Palari, Apinus, Pusinca, Plandica,* etc.

Desde hace tiempo se ha advertido en términos generales que en la onomástica de etimología indoeuropea la vocal /a/ en lugar de /o/ tiene una abundancia considerable. Pero los estudiosos del tema se han contentado hasta ahora con constatar el hecho sin encontrar una explicación.

Normalmente a las peculiaridades fonéticas de esa onomástica y al problema de la identificación de la lengua indoeuropea que ellas representan se les dan explicaciones parciales, alguna de las cuales ni siquiera merece el nombre de explicación, ya que no va más allá del mero enunciado del problema. Y sin embargo, todo el conjunto de datos tiene una explicación solidaria, que permite por lo demás arrojar alguna luz sobre la prehistoria de nuestra Península.

En realidad los hidrónimos reciben frecuentemente un tratamiento aparte. En efecto tales hidrónimos están formados mediante raíces y sufijos característicos de la hidronimia *paleoeuropea.* Y, en consecuencia, se los considera como su manifestación peninsular. Como ya he tratado más arriba el tema de la hidronimia *paleoeuropea,* ahora me limitaré a añadir lo que afecta a su significación en la Península.

Krahe había constatado la presencia de esa clase de elementos en España y consideró que su implantación aquí era el resultado del desbordamiento del pueblo correspondiente desde sus emplazamientos centro-europeos hacia las penínsulas mediterráneas. J. de Hoz, en un trabajo de juventud, añadió más ejemplos hispanos. Pero está por hacer un estudio a fondo que permita evaluar el volumen en conjunto y la implantación diferencial por regiones de esta hidrotoponimia en la Península Ibérica. La labor es difícil, como todo estudio toponímico. En primer lugar porque los repertorios existentes son muy desiguales de una región a otra. Por otro, por lo resbaladizo de la etimología toponímica en sí misma. Y, finalmente, porque la envergadura de la empresa es considerable. No obstante vale la pena por el previsible interés de los resultados. De hecho desde hace algún tiempo vengo trabajando en este propósito, al que he dedicado en los últimos años una decena de trabajos a los que seguirán otros en un próximo futuro.

Krahe había encontrado una treintena larga de raíces productivas en esta clase de toponimia. De casi todas ellas tengo documentada la presencia en la Península en mayor o menor cuantía. Pero el repertorio de Krahe dista de ser completo. Por ahora, y sin que pueda considerarse agotado el tema, tengo ya recogidas no menos de otras quince raíces adicionales.

Una de las conclusiones generales más nuevas obtenidas en los citados trabajos es que en la lengua de los hidrónimos las sonantes vocalizan en /u/ tanto en función vocálica como en el grupo CSV. De manera que, por ejemplo, la raíz **ter-* aparecerá en grado /o/ como **tar-* y en grado ø como **tur-*. (Esa constatación está hecha en rigor sólo para el material hispano. Pero tengo razones para pensar que la vocalización en /u/ es un fenómeno general de esta toponimia dentro y fuera de Hispania, y no un factor de diferenciación dialectal dentro de la Península). Por otra parte, tengo indicios, aún no publicados, de que la lengua de esos hidrónimos podía haber conservado hasta épocas históricas el acento libre (es decir: capaz de recaer en cualquier sílaba de la palabra), sin haber fijado su posición mecánicamente como sucedió en latín, celta o germánico. Y a esos rasgos pueden añadirse otros, como la existencia en esa lengua de la palabra $*ak^{w}\bar{a}$ «agua», lo que no carece de valor para la clasificación dialectal porque, como es sabido, $*ak^{w}\bar{a}$ se encuentra en unas lenguas (latín, germánico), pero falta en otras (celta, eslavo, griego). Por añadidura, $*ak^{w}\bar{a}$ es utilizada en la lengua de los hidrónimos con el significado de «río», dando lugar a un

estereotipo hidronímico basado en ella, que ha dejado hidrónimos como el antiguo *Turaqua* (Pontecaldelas, Pontevedra), y el moderno *Turraguas* (Azurraya, Ezcaray, La Rioja), que originariamente significaron «río *Tura*». Hasta ahora el empleo como estereotipo topónimico de *$*ak^wā$* sólo era conocido en germánico. Finalmente, de los topónimos del tipo *Turaqua* se infiere un orden N(ombre) P(ropio) + N(ombre) C(omún) para la lengua de los hidrónimos, como el que tienen el inglés o el alemán *(Oxford street)*, y no NC + NP como el que tiene el lusitano, el árabe o el español *(calle Alcalá)*.

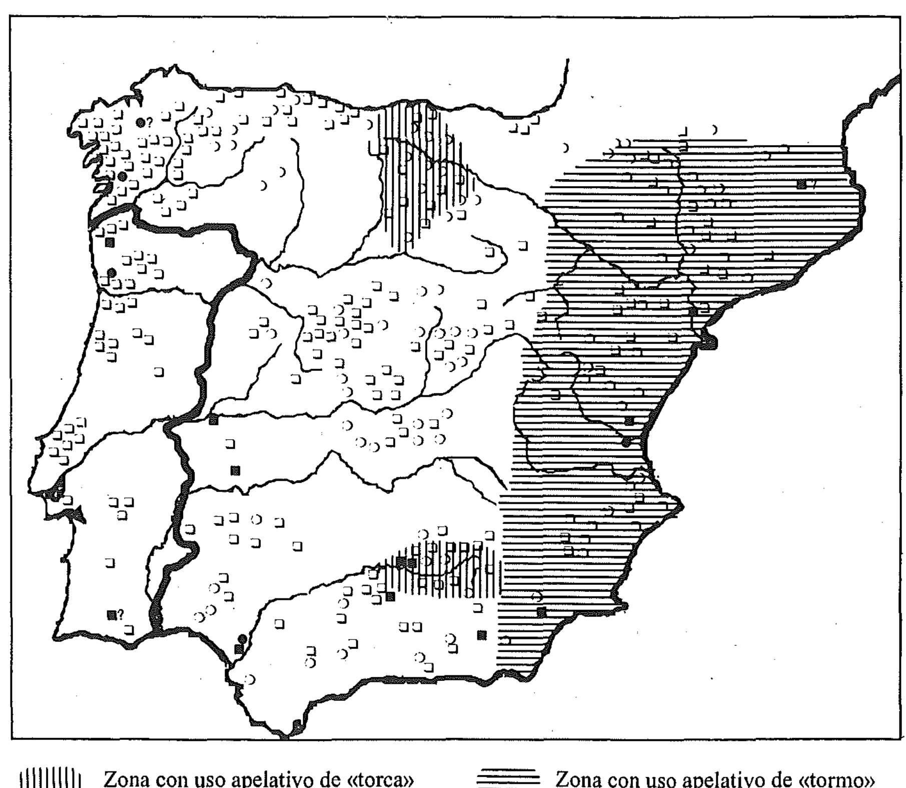
Los datos que preceden permiten establecer ya un respetable inventario de señas de identidad de la lengua de los hidrónimos:

1) Es una lengua /a/.
2) Conserva inalterada la /p/ inicial e intervocálica.
3) La serie sonora aspirada aparece como sonora.
4) No tiene ningún tipo de rotación consonántica.
5) No palataliza las velares.
6) Conserva intacta la labiovelar sorda (de las otras no hay por ahora indicios ciertos).
7) Vocaliza las sonantes en /u/.
8) Conserva libre la posición del acento.
9) Dispone del apelativo *$*ak^wā$*.
10) Utiliza *$*ak^wā$* como estereotipo hidronímico.
11) Tiene orden NP + NC.

Ese conjunto de rasgos, susceptible de ser ampliado por futuras investigaciones, confiere a la lengua de los hidrónimos una personalidad propia y bien diferenciada, que impide endosar los topónimos involucrados a ninguna de las lenguas históricamente conocidas. Y desde luego, por lo que se refiere a los problemas específicos de la Península, en ningún caso podrían ser ni celtas ni lusitanos.

Aunque el estudio toponímico dista todavía de estar concluido, bastará con los datos de una sola de las raíces ya estudiadas por mí para hacer algunas consideraciones sobre los aspectos territoriales de su implantación en la Península. La raíz **ter-* «frotar, restregar, romper por fricción, penetrar, perforar» resulta estar testimoniada en sus tres grados vocálicos, **ter-*, **tar-*, **tur-*. Y acaso sea el grado cero **tur-* el que proporciona un mayor número de hidrónimos y topónimos. El mapa que ofrezco sólo debe tenerse como orientativo. La desigualdad entre unas y otras regiones no se debe necesariamente a que los topónimos en *tur-* falten realmente o sean muy escasos en las zonas más blancas del mapa. De hecho las fuentes y repertorios de que he dispuesto son más ricos para unas zonas que para otras y eso condiciona obviamente la cuantía. Mucho menos significa que la toponimia *paleoeuropea* falte en conjunto en esas zonas menos densas. A pesar de lo cual, sí es lícito inferir algu-

nas conclusiones muy generales, que se ven corroboradas por los resultados obtenidos con otras raíces (o grados vocálicos) cuyos mapas no presento aquí (**tar-*, **ter-*, **tal-*, **tel-*, **tul-*, **tam-*, **war-*, etc.). La primera de ellas es que la implantación de estos topónimos no se limita a la comúnmente llamada «Hispania indoeuropea», sino que se extiende por todas las regiones. En realidad la división usualmente hecha entre «Hispania indoeuropea» e «Hispania



Zona con uso apelativo de «torca» — Zona con uso apelativo de «tormo»

Hidrónimo antiguo — Hidrónimo moderno

Topónimo antiguo — Topónimo moderno

Distribución en España de los hidrónimos paleo-europeos de la serie Tur- y de dos apelativos asociados con ellos

no indoeuropea», fundamentada muy principalmente en la toponimia en *-briga,* aunque también en factores epigráficos y algunos onomásticos, es más bien la división entre la Hispania afectada por la expansión céltica o no afectada por ella. En todo caso la toponimia (y, aunque en mucha menor medida, también la antroponimia) no respeta esa frontera. En efecto, además de la toponimia a que aludo primordialmente, en las inscripciones ibéricas hay antro-

pónimos de etimología indoeuropea, algunos de esta misma raíz *tur-* (*Turcilius*, *Turane*, etc.).

No es posible por el momento hacer inferencias precisas sobre el grado diferenciado de implantación por regiones de esta toponimia en la Península. Sólo cabe decir que también afecta a Cataluña, el Levante ibérico y al Sur. Provisionalmente me arriesgaría a decir que acaso el extremo suroccidental sea la zona menos afectada. Y en cambio Galicia al norte de la línea Miño-Sil es al parecer la zona más rica en ella.

Respecto a Cataluña y el Levante ya he dicho que, mientras la antroponimia de esta etimología ha sobrevivido tan sólo en forma de vestigios, en la toponimia hay considerable abundancia. Y ese cuadro resulta compatible con la idea de que los iberos se hayan extendido (al menos en parte) sobre un substrato indoeuropeo del que, como es usual en tales situaciones, ha sobrevivido ampliamente la toponimia, mientras que la antroponimia ha sido ampliamente eliminada.

Diversas razones técnicas, relacionadas con la forma en que se produjo la transmisión de estos topónimos al latín, que se refleja en algunas de sus peculiaridades fonéticas, me han llevado a sostener en trabajos anteriores que el pueblo responsable de esta toponimia había sobrevivido hablando su propia lengua hasta la llegada de los romanos. De manera que en diferentes rincones de Hispania quedaban aún hacia el s. II a. C. poblaciones habantes de lengua(s) de esta filiación, que transmitieron al latín su legado toponímico directamente, y no a través de una lengua intermediaria. Hablar de la cuantía y localización de estos reductos supervivientes del s. II a. C. no es posible por el momento. Pero lo que sí puede adivinarse ya por el material que tengo recogido es que esta toponimia es extraordinariamente abundante y constituye uno de los estratos más potentes y acaso más antiguos de nuestro actual entramado toponímico. La impresión que produce, por el momento provisional, es que el pueblo de estos hidrónimos hubiera sido el primero en haber llegado a contar en la Península Ibérica con una densidad de población suficiente —una masa crítica, en terminología tomada de la astrofísica— capaz de crear un entramado toponímico lo bastante denso como para asegurar su transmisión y perduración. Igualmente debemos a ese estrato el legado de no pocos apelativos (*tormo, turó, torca* son de nuestra raíz *tur-*) que en el futuro habrá que ir identificando y reuniendo.

En resumen, como hemos visto la lengua de los hidrónimos no puede ser celta porque tiene diversas señas de identidad diferentes: 1) El celta es una lengua a/o mientras que la de los hidrónimos es /a/; 2) La vocalización de las sonantes es muy diferente en una y otra; 3) La /p/ inicial e intervocálica es tratada de manera opuesta en una y otra; 4) El celta no dispone del apelativo $*ak^{w}\bar{a}$; 5) El celta no utiliza $*ak^{w}\bar{a}$ como estereotipo hidronímico. Pero tampoco puedes ser lusitano: 1) El lusitano es una lengua a/o; 2) El lusitano tiene un

orden NC + NP, al contrario que la lengua de los hidrónimos. Por añadidura, la lengua de los hidrónimos tiene una zona de implantación diferente (y más extensa) que las lenguas indoeuropeas históricamente identificadas. Ambas premisas permiten una conclusión razonablemente segura: esa lengua pertenece a una tercera estirpe indoeuropea presente en la Península.

No es fácil establecer la fecha en que las gentes indoeuropeas portadoras de la lengua de esa hidronimia han penetrado en la Península. Y para un lingüista es de todo punto imposible, dada su falta de medios para establecer cronologías absolutas. Sin embargo, aunque incapaz de fijar cronología absoluta, la Lingüística puede dar orientaciones sobre la cronología relativa. Y en ese sentido cabe hacer algunas deducciones.

Si se tiene por seguro que la entrada de los celtas en España ocurrió ya en el I milenio a. C., verosímilmente en torno a los siglos VIII-VII, es prácticamente imposible en una perspectiva histórica y arqueológica que los portadores de esa peculiar hidronimia hayan llegado después de los celtas. Es inevitable pensar que alcanzaron la Península antes que los pueblos indoeuropeos históricamente conocidos. Por otra parte, consideraciones meramente lingüísticas llevan a la misma conclusión. En efecto, el mero hecho de que el testimonio sea primordialmente toponímico, y afecte específicamente a la hidronimia, hace también pensar en un estrato más antiguo sobre el que se superpusieron las lenguas indoeuropeas más recientes. Y a la larga sus restos sólo sobrevivieron allí donde suelen sobrevivir los elementos de substrato: en la toponimia y quizás en una parte del léxico apelativo.

Probablemente es aquí donde hay que buscar la explicación de la inusual frecuencia de palabras con /a/ en el indoeuropeo peninsular. Esas palabras —tanto apelativos como nombres propios— no son otra cosa que préstamos tomados por las lenguas indoeuropeas más recientes (celtibérico, lusitano), que tenían tanto /a/ como /o/, a ese estrato indoeuropeo más antiguo que sólo tenía /a/ (y que no había eliminado la /p/). Las palabras como *páramo,* que es sin duda prerromana y cuya fonética, sin embargo, no se explica bien por ninguna de las lenguas prerromanas conocidas (ni indoeuropeas ni no indoeuropeas), encuentran así su cabal explicación. Se trata de palabras pertenecientes a la lengua (o las lenguas) de los hidrónimos, que penetraron como elementos de substrato en las lenguas indoeuropeas posteriores.

Aunque casar los datos de la Lingüística con los de la Arqueología es tarea a veces desesperada, no podemos dispensarnos del esfuerzo, sobre todo porque hasta que no encontremos respuestas que satisfagan a ambas disciplinas no podremos comenzar a considerar que el problema está en vías de solución. Tenemos, pues, que preguntarnos si la Arqueología detecta indicios de penetración de elementos centroeuropeos en la Península antes del I milenio a. C.

No pocos arqueólogos catalanes han tendido a considerar que en su región han existido elementos indoeuropeos, aparte de los no indoeuropeos (concretamente iberos) históricamente conocidos. Y de hecho, las excavaciones confirman la presencia de campos de urnas en esa zona, con el conjunto de elementos materiales asociados, característicamente centroeuropeos. Pues bien, esas penetraciones pueden datarse arqueológicamente en torno a 1500 a. C. Y no es el único punto de la Península en que la Arqueología ha detectado la presencia en el II milenio de elementos centroeuropeos. Otro punto es, por ejemplo, el yacimiento de La Hoya, cerca de Vitoria, donde han aparecido materiales típicamente centroeuropeos en un estrato fechado en el siglo XV. Y en estratos correspondientes al siglo XIII se detectan otras irrupciones de elementos de la misma procedencia.

Naturalmente, es ilegítimo —por indemostrable— asegurar que los portadores de esos elementos culturales centroeuropeos de los siglos XV-XIII a. C. sean los hablantes de la lengua de los hidrónimos. Ahí está la causa de tantos de nuestros males: los datos de la Arqueología, sin filiación étnica, no pueden conectarse legítimamente con los de la Lingüística, sin cronología absoluta. Pero al menos tenemos el indicio arqueológico de que antes de la llegada de los celtas, hubo elementos centroeuropeos que estuvieron durante siglos penetrando en la Península en cantidad suficiente como para ser arqueológicamente detectables. Y ese indicio arqueológico coincide con el dato lingüístico de que en la Península hay al menos tres variedades de lenguas indoeuropeas, una de las cuales —la de los hidrónimos— ha de responder a elementos inmigrados antes del I milenio.

La conclusión incontestable que de todo esto se desprende es que el proceso de indoeuropeización de la Península es enormemente más complejo de lo que hasta hace bien poco tiempo se suponía, y tal vez mucho más de lo que podamos hoy imaginar. Aun a sabiendas de que incurriré en una gran simplificación, voy a intentar dar una descripción a grandes rasgos de ese proceso, tal como yo lo veo en la actualidad.

Resulta imposible por ahora establecer cuándo llegaron a la Península los primeros hablantes de una lengua de la familia indoeuropea. Como la indoeuropeización de la Península no corrió a cargo directamente de elementos llegados de las estepas, sino de los centros previamente indoeuropeizados de Europa central, todo lo que podemos asegurar es que la cronología de la indoeuropeización de la Península Ibérica ha de ser necesariamente posterior en cada una de sus fases a la del centro de Europa. Y es inevitable suponer que desde Europa central ha ido llegando hasta el Occidente la variedad lingüística que sucesivamente allí había.

La más antigua variedad de lengua indoeuropea detectada en Europa central es el *antiguo europeo* o lengua de la hidronimia primitiva. Y, efectivamente, hasta la Península llegaron hablantes de esa variedad antigua del indoeuro-

peo, de cuya significación ya he hablado más arriba. Ése es el estrato indoeuropeo también más antiguo detectable por la Lingüística en España.

Como no sabemos hasta cuándo subsistió esa variedad arcaica del indoeuropeo en Europa central, no podemos ni siquiera establecer un *terminus ante quem* de su llegada a España. De forma que, en rigor, no podríamos asegurar si los elementos de población centroeuropea detectados por la Arqueología en España hacia el siglo XV son los portadores de la lengua de la hidronimia, o si, por el contrario, esos portadores habían penetrado mucho antes, en movimientos aún no detectados por los arqueólogos. De forma que, sobre ese punto, por el momento tan sólo nos podemos plantear interrogantes: ¿Son ésos los portadores de la hidronimia? ¿Estaba ya la hidronimia previamente implantada cuando irrumpieron los elementos detectados en el siglo XV? ¿A qué podrían corresponder entonces los inmigrantes del siglo XV? ¿Tal vez a los lusitanos?

Entraran en el momento que entraran, los indoeuropeos de la hidronimia se extendieron por casi toda la Península, a juzgar por las zonas de implantación de la misma. Únicamente no llegaron a alcanzar o alcanzaron más débilmente el rincón suroccidental, donde era lógico que tardaran más en llegar, dado que su penetración fue de Norte a Sur, a través de los Pirineos.

Tampoco podemos asegurar si llegaron a indoeuropeizar verdaderamente todo el territorio. Entiendo aquí por indoeuropeizar el imponer su lengua, indoeuropeo, a la población no indoeuropea previamente existente, con erradicación de la suya nativa. En rigor, eso no tuvo por qué suceder, ni hay indicio alguno de que así sucediera. Es igualmente posible que comunidades de lenguas diferentes coexistan solapadas durante dilatados períodos.

Siglos después fueron llegando nuevos elementos indoeuropeos, al menos lusitanos y celtas, que se impusieron sobre la población que encontraron, indoeuropea o no. Las lenguas de esa población fueron, por lo que sabemos, celtizadas y lusitanizadas. Pero buena parte de la hidronimia, de la toponimia, de la onomástica personal y algunos apelativos de la población indoeuropea previa se introdujeron en las nuevas lenguas como elementos de substrato. Eso explica la presencia de /p/ en territorios cuya celtización nos consta con mayor o menor seguridad. Y eso explica igualmente la presencia inusual de /a/ en la Hispania prerromana.

Un aspecto importante es lo sucedido en Cataluña, Aragón y parte del Levante. Allí, al contrario que en el noroeste peninsular, en época histórica encontramos asentada una lengua no indoeuropea: el ibero. Y si antes hemos deducido que hubo en esas zonas elementos indoeuropeos, responsables de la hidronimia, hay que preguntarse qué ha sucedido con ellos. En realidad no es una cuestión difícil. Y si bien una explicación específica no está a nuestro alcance por falta de datos de diversa índole, cabe imaginar un modelo genérico de ese tipo de situaciones.

Como decía, en esas zonas, al igual que en todas las demás, pudieron coexistir solapadas durante mucho tiempo poblaciones hablantes de lenguas indoeuropeas y no indoeuropeas. Con el paso del tiempo las lenguas indoeuropeas debieron ir desapareciendo, bien por extinción física de las correspondientes poblaciones, bien por haber sido iberizadas cultural y lingüísticamente. Cuando en un territorio conviven dos lenguas, cualquiera de las dos puede ser la que termine por imponerse a costa de la otra, dependiendo de un conjunto de factores de enorme complejidad. Podríamos llamar a este modelo de explicación el de «la indoeuropeización fallida». Expresado en otros términos: aunque allí hubo durante mucho tiempo poblaciones indoeuropeas, no lograron indoeuropeizar a los iberos, sino que éstos terminaron por absorberlos e iberizarlos.

Un segundo modelo de explicación sería el de la irrupción posterior de los iberos. Se habría producido una amplia indoeuropeización de Cataluña, Aragón y parte del Levante. Pero posteriormente un nuevo invasor, los iberos, habrían conquistado el territorio e introducido su lengua, desapareciendo total o parcialmente la indoeuropea previamente existente. Naturalmente esta explicación depende de una cuestión hoy no resuelta: de dónde proceden los iberos y cuánto tiempo llevaban asentados en ese territorio.

Basándonos en razones lingüísticas hemos logrado detectar tres estirpes indoeuropeas diferentes en la España prerromana. Pero sería una simplificación suponer que sólo en tres ocasiones han penetrado elementos indoeuropeos en la Península Ibérica.

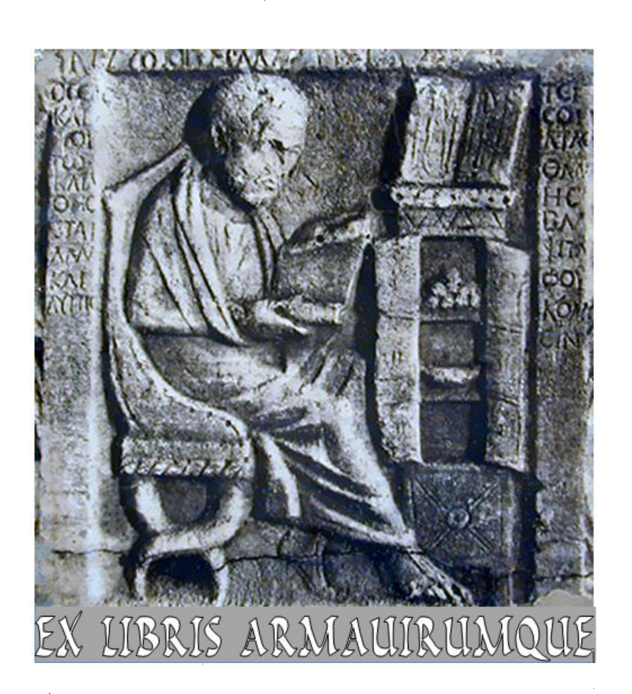
César *(BC* I, 51) narra que estando cerca de Lérida se acercó a su campamento un nutrido grupo de jinetes y arqueros procedentes de las Galias en número de 6.000, que, con sus hijos, mujeres y esclavos, alcanzarían tal vez la cifra de 20.000 personas. Sin duda habrían cruzado los Pirineos buscando tierras donde asentarse.

Hechos de esa naturaleza habrán ocurrido innúmeras veces, sin la fortuna de que un historiador haya dejado constancia. No hay que imaginarse que la indoeuropeización de la Península Ibérica (y probablemente de toda Europa) se produjo siempre, ni siquiera mayoritariamente, como consecuencia de oleadas masivas. Ha debido ser frecuente la infiltración de pequeños grupos como el del relato de César. Probablemente ese tipo de infiltración menor haya sido mucho más frecuente y en consecuencia más decisivo en el conjunto del proceso.

Tenemos, pues, razones para pensar que, al menos durante mil quinientos años, se ha estado produciendo una lenta penetración de elementos centroeuropeos en la Península Ibérica que han ido paulatinamente cambiando su composición lingüística. La densidad de población no ha debido ser demasiado alta, y de ese modo indoeuropeos y preindoeuropeos han podido convivir en

pequeñas comunidades imbricadas y con interrelaciones que frecuentemente han debido llegar hasta el bilingüismo.

A la larga, los elementos indoeuropeos iban a predominar en el Norte y en el Oeste, donde quizás encontraron menor resistencia. En el Este y en el Sur debieron encontrar desde el primer momento mayores dificultades, probablemente por encontrar instaladas culturas superiores (el Argar, más tarde Tartesos). Y allí subsistieron los elementos preindoeuropeos hasta el advenimiento de los romanos, que causaron la indoeuropeización definitiva y —salvo en lo que a los vascos se refiere— total.



PARTE VI

DIALECTOLOGÍA E HISTORIA

Capítulo I

LAS TRIBULACIONES DE LA DIALECTOLOGÍA

La Linguística indoeuropea fue en su día un descubrimiento capital no sólo en sí misma, sino también como potente foco de iluminación para acontecimientos históricos antes insospechados o apenas entrevistos. Y, en esa misma perspectiva, es fácil imaginar la importancia que para la Historia tendría un conocimiento preciso de las relaciones dialectales existentes entre las diferentes lenguas indoeuropeas. Si pudiéramos trazar un cuadro fidedigno de qué lenguas históricas se relacionan de una manera particularmente estrecha con qué otras; si pudiéramos establecer cuáles de ellas han atravesado por una etapa común y con qué otras —comunidad posterior a la indoeuropea, bien se entiende—; si pudiéramos establecer una gradación decreciente de las vinculaciones bilaterales; si pudiéramos fijar de manera fiable los préstamos entre unas y otras y determinar su cronología relativa; si pudiéramos lograr al menos una parte de todo eso, los historiadores tendrían información sobre el origen concreto de los diferentes pueblos de Europa, las distintas etapas por las que han atravesado, los emplazamientos en que se han establecido, los diferentes pueblos con que sucesivamente han estado en contacto. En una palabra, la Historia encontraría en la Dialectología indoeuropea un arsenal de información capaz de iluminar nuevos aspectos de la prehistoria y protohistoria de Europa.

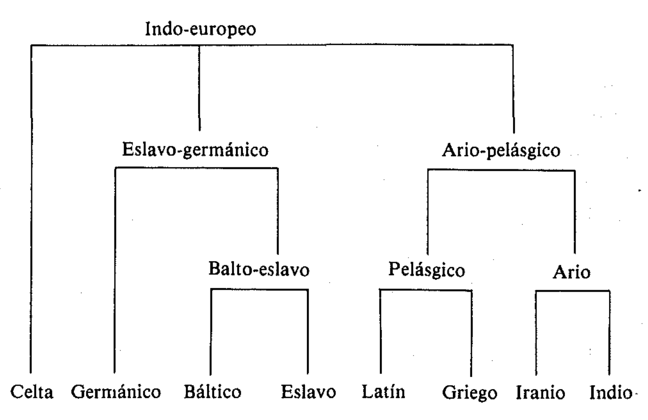
Desgraciadamente los indoeuropeístas no estamos en condiciones de proporcionar sobre esos puntos tanta información fiable como nosotros desearíamos y como los historiadores necesitarían. No es que no podamos suministrar ninguna información. Algo puede, sin duda, lograrse. Pero en ese terreno el avance del conocimiento encuentra severos obstáculos que hacen de la Dialectología una de las provincias de la Indogermanística que menos progreso efectivo ha experimentado.

Al parecer, la explicación que acude espontáneamente a la imaginación del hombre cuando se plantea el problema del parentesco genético de dos o más lenguas, es decir: su origen a partir de una única lengua anterior, es la que se recoge en la metáfora del *árbol genealógico*. Lo mismo que los parientes

(hermanos, primos) tienen un antepasado común más o menos remoto, las varias lenguas emparentadas lo tienen igualmente. Y, lo mismo que con las personas, hay diferentes grados de proximidad en el parentesco. La lengua de la que derivan todas las emparentadas, siguiendo la metáfora, suele ser llamada *lengua madre.* Y sus descendientes inmediatas son sus *hijas,* que a su vez son entre sí *hermanas.* Y, como cualquiera de las *hijas* puede a su vez convertirse en *madre* de nuevas lenguas, se podría hablar de *nietas, sobrinas* y *primas.* Hay, sin embargo, un cierto pudor entre los comparatistas que nos impide llevar demasiado lejos la terminología del parentesco aplicado a las lenguas. De hecho se habla —o al menos se ha hablado, porque explícitamente cada vez se emplea menos la imagen del árbol genealógico— de *madre* e *hijas.* Pero se emplean mucho menos los términos para parentescos más alejados.

No sabemos exactamente a quién se le ocurrió por vez primera representar la relación genética entre las lenguas mediante la metáfora de la familia humana. Pero su terminología la podemos rastrear al menos hasta el siglo XVII. Sin duda, es una de esas ideas cuya obviedad hace que no pueda hablarse propiamente de un descubridor, sino que debe de habérsele ocurrido a diversos estudiosos en diferentes lugares y épocas.

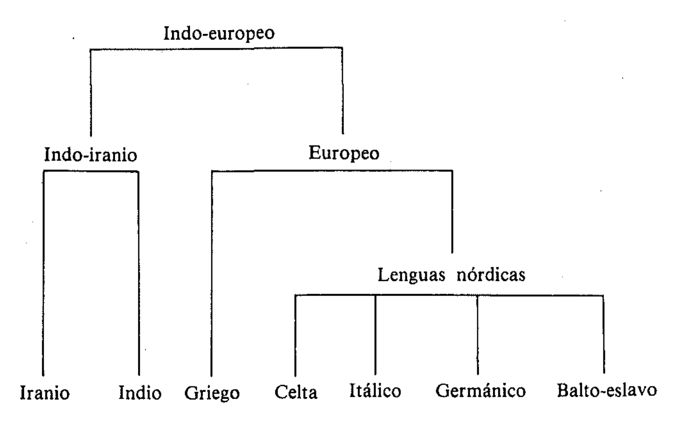
Para extremar el paralelo entre la familia humana y las lenguas, a mediados del siglo XIX se introdujo el uso de representar en esquema las lenguas emparentadas mediante el modelo de los *árboles genealógicos* humanos. De ello fueron responsables, sin que sepamos exactamente a quién de los dos se le ocurrió primero, Čelakovský y Schleicher, el primero para el grupo eslavo y el segundo para toda la familia indoeuropea. El primer árbol genealógico de nuestra familia lingüística es, pues, el de A. Schleicher y data de 1853. Prescindiendo de su aspecto formal concreto, inspirado en el tronco y las ramas de un verdadero árbol, así como de algunos aspectos de su terminología hoy obsoleta, su contenido dialectal es el siguiente:



Este esquema tenía consecuencias históricas importantes. Por ejemplo, que los germanos y los eslavos habrían sido alguna vez un mismo pueblo, que habría

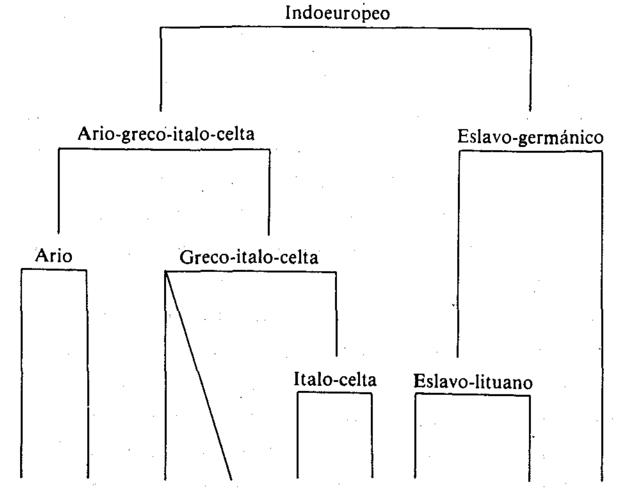
incluido también a los baltos. De ser ello cierto, los historiadores y arqueólogos tendrían que lanzarse a buscar la sede ancestral de ese pueblo e identificar su cultura, situarlo en un marco cronológico definido, etc. E igualmente suponía que los griegos y los romanos habrían sido en algún momento también un mismo pueblo, con idénticas implicaciones para la tarea de los historiadores. Sucede, por otra parte, que hay semejanzas particulares entre diferentes lenguas que no se deben ni al hecho de que ambas sean indoeuropeas (ésas serían semejanzas generales) ni al haber pertenecido a una misma lengua común intermedia, tal como se refleja en el esquema de Schleicher. Por ejemplo, las que se encuentren entre celta y germánico, o celta y latín, o griego e indo-iranio (sin participación del latín). Para ese tipo de relaciones el historiador debería pensar en intercambios acaecidos por contacto entre ambos pueblos, que unas veces podrían responder a circunstancias históricas bien conocidas (como la vecindad entre celtas y germanos) y otras, a coyunturas que ni se sospecharían si no fuera por los indicios lingüísticos, como entre el griego y el indo-iranio. Ningún historiador se sintió estimulado, que yo sepa, a desarrollar las implicaciones históricas de este primer esquema dialectal de A. Schleicher.

En 1858 C. Lottner propuso un modelo dialectal algo diferente:

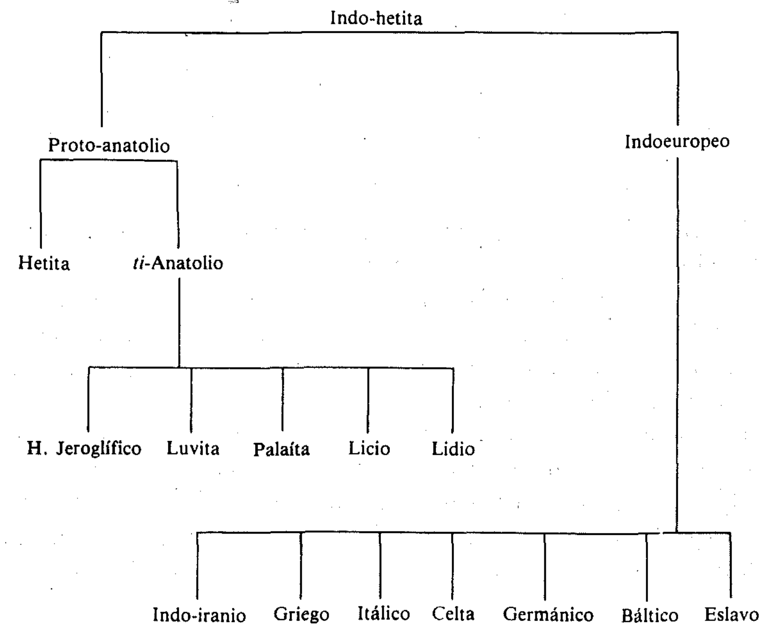


La diferencia esencial respecto a la primera propuesta de Schleicher es la desvinculación del griego y el latín, que pasa a ser, en cambio, relacionado con el celta. Y el celta, que allí se tenía por una rama independiente sin vinculaciones dialectales con ninguna otra, se integra aquí en una lengua común *nórdica*. Naturalmente, la prehistoria de los pueblos de Europa que con ello cabría escribir sería bien diferente.

La opinión de Lottner sobre las relaciones del celta con el latín influyeron grandemente sobre la opinión de su tiempo. Y el propio Schleicher, cuando en 1861 volvió a ofrecer un esquema dialectal de la familia indoeuropea, la aceptó, aunque sin renunciar a la inclusión del griego en una fase común anterior. Éste segundo es el esquema schleicheriano que se ha divulgado:



Algunos indoeuropeístas no tardaron en comprender que el problema de los árboles genealógicos de la familia indoeuropea no radicaba en los detalles concretos de su diseño. Que se diseñaran como se diseñaran, se introdujeran las modificaciones que se introdujeran, quedaban inevitablemente sin explicación un gran número de nexos dialectales. Y la verdad es que pronto se dejaron de realizar nuevas versiones del árbol genealógico de la familia indoeuropea. Una de las pocas que se realizaron, ya en este siglo, estuvo inducida por la necesidad de incluir a las recién descubiertas lenguas anatolias en un panorama dialectal de conjunto. Ese intento se debe a E. H. Sturtevant:



Prescindiendo de su componente anatolio, el árbol genealógico de Sturtevant ofrece una visible diferencia respecto a los anteriores: la única lengua común intermedia que contiene es el indo-iranio. Y es que por las fechas en que su autor lo diseñaba (principio de los años 30) habían caído en descrédito aquellas lenguas intermedias como *ario-pelásgico, lenguas nórdicas, greco-italo-celta* y otras cosas similares que sin duda no responden a ninguna realidad histórica, pero que tampoco tienen justificación lingüística. La piedra filosofal de aquella Dialectología que se practicaba en el siglo XIX consistía en suponer una lengua común para explicar toda coincidencia dialectal que se apreciaba entre las diferentes estirpes indoeuropeas. Pero era imposible introducir tantas cuantas pudieran ser necesarias para explicar todas las vinculaciones existentes, y por eso el sistema hizo quiebra y hubo que buscar explicaciones alternativas o complementarias.

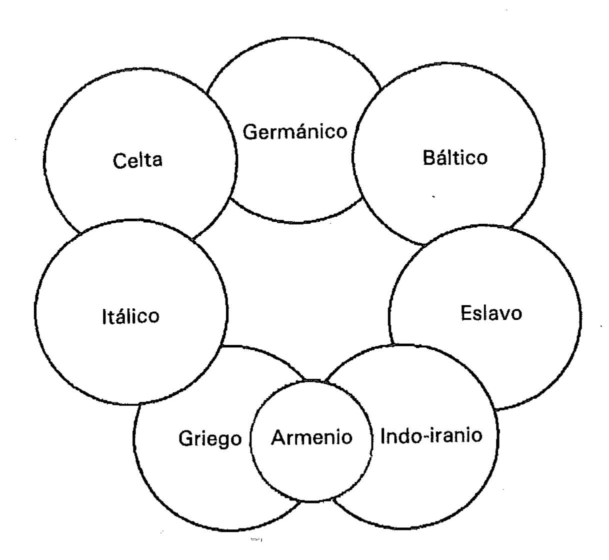
Un discípulo de Schleicher, J. Schmidt, encontró una nueva metáfora para describir procesos de dialectalización, que dio en llamarse *teoría de las ondas.* A pesar de que muchos historiadores de las lenguas la aceptaron como la «verdadera» explicación, negando en contrapartida la validez del árbol genealógico, la verdad es que ambas son perfectamente compatibles o, por mejor decir, complementarias. Y el propio J. Schmidt así lo consideró siempre.

El nombre de *teoría de las ondas,* se debe a la metáfora en que se basa. Una lengua común es comparada con un estanque de agua. En ella se producen continuamente innovaciones, que parten de un punto limitado y tienden a expandirse a zonas cada vez más extensas. En la metáfora, la innovación se compara con la caída de una piedra en el estanque que provoca una *onda,* que se propaga formando un círculo de creciente amplitud. Al cabo de muchos años, como cada innovación habrá surgido en un punto diferente y habrá tenido un ámbito de implantación cambiante, lo que en origen era una lengua, se habrá convertido en un conjunto de dialectos con transición gradual entre unos y otros.

Ambos procesos de dialectalización —árbol genealógico y ondas— se dan en la realidad, sólo que en circunstancias históricas diferentes. La dialectalización según el modelo del árbol genealógico se produce cuando los hablantes de una misma lengua se dividen o separan por emigración o cualesquiera otras circunstancias que comporten una interrupción completa del contacto recíproco. Tras varios siglos de separación, lo que antes era una única lengua, se habrá transformado en tantas cuantos grupos se hubieran producido en el momento de la separación. Ése es sin duda el modelo de dialectalización que operó entre el español peninsular y el de los sefardíes expulsados en el siglo XV. En cambio, el modelo de las ondas es el que se produce cuando no hay interrupción violenta en el contacto, ni traslado de la lengua a emplazamientos alejados, sino que todo ocurre *in situ.* Tal sucedió básicamente en la transformación del latín en las lenguas romances.

J. Schmidt observó que muchos de los nexos dialectales se producían entre lenguas correlativas en su ubicación histórica. Y supuso que esa contigüidad

era signo de que tales relaciones dialectales podían responder al esquema de las ondas. También Schmidt quiso plasmar en un diagrama su visión de la dialectalización del indoeuropeo. Éste es el que propuso en 1872:



Desde el punto de vista del interés para el historiador, este tipo de esquemas contiene poco valor informativo. En teoría, eso nos revelaría la posición relativa de los diferentes dialectos antes de la migración desde la patria originaria. Lo que supone que, en gran medida, la migración se habría producido cuando los diferentes dialectos estaban ya constituidos. Eso tiene diferentes inconvenientes en la cronología relativa de los fenómenos lingüísticos implicados, que lo hacen escasamente verosímil. Pero a ello se une una inverosimilitud de otra índole. Resulta que, si se echa una ojeada al diagrama de Schmidt, se observa que, tal como he dicho, la supuesta posición relativa de los diferentes dialectos en la patria originaria coincide punto por punto con la posición relativa que históricamente ocupan. Pisani señaló la improbabilidad de que tras un largo y complicadísimo proceso migratorio que duró milenios, fueran al final a encontrarse todos situados junto a los mismos vecinos que habían tenido en la patria ancestral. Meillet quiso minimizar el absurdo alegando que la posición relativa de los dialectos en la patria originaria no se habría distorsionado, sino simplemente ampliado. Pero Pisani ironizaba diciendo que los procesos de indoeuropeización de Eurasia no son precisamente como los movimientos de una compañía de soldados que hacen la instrucción en el patio del cuartel.

Pero hay más inconvenientes para el esquema de las ondas de Schmidt: es un sistema cerrado en el que se da cabida a siete u ocho dialectos. Tan pronto como aparezcan nuevos, resulta difícil ubicarlos sin romper el sistema. Y, naturalmente, cuando aparecieron las nuevas lenguas se hicieron necesarias nuevas formu-

laciones. De hecho hay más diagramas dialectales de la familia indoeuropea sobre el presupuesto de las ondas, que árboles genealógicos. Uno de los más conocidos tal vez sea el que propuso A. Meillet a principios de siglo:

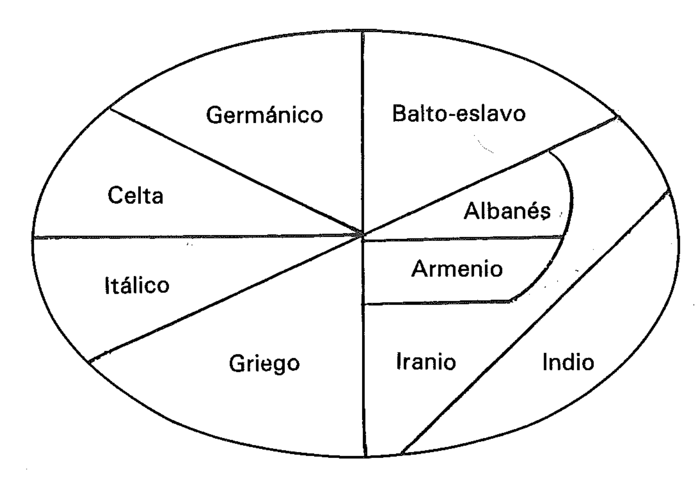


Diagrama dialectal de la familia indoeuropea (según A. Meillet)

Los años 30 fueron fecundos en esa clase de diagramas. A esa época pertenecen los de M. Bàrtoli, V. Pisani, Kerns-Schwartz y G. Bonfante. También los hay posteriores, desde luego, como el de R. Anttila (1972) y el muy original por su presentación de F. C. Southworth.

Una de las más graves deficiencias genéricas de este tipo de representación es su carencia de toda implicación diacrónica o, si se quiere, histórica, al limitarse a reflejar la posición relativa de los dialectos no se sabe bien en qué lugar ni época —cosa que puede cambiar según las personales concepciones de cada estudioso—. Los diagramas de dialectalización de la familia indoeuropea según el modelo de las ondas se convirtieron, pues, en una especie de recurso gráfico para representar *primo intuitu* el balance de un complicado rosario de isoglosas multilaterales. Pero realmente carecen de cualquier trasfondo histórico.

Tampoco desde una perspectiva meramente lingüística resultaban del todo satisfactorios los esquemas espaciales (u horizontales). Desde el prototipo de Schmidt su complejidad había ido creciendo para dar cabida a nuevas lenguas y se estaban convirtiendo en un ejercicio de ingenio para conseguir que contactaran sobre el papel, directamente o a través de dialecto interpuesto, cuantos más dialectos mejor, para explicar las numerosas vinculaciones multilaterales que cada uno de los dialectos parece tener. La impresión, vistos todos los trabajos de esa época en su conjunto, es que todos los dialectos tienen relaciones, mayores o menores, con todos los demás. Y eso no hay diagrama espacial que pueda reflejarlo. Y si, en un golpe de ingenio geométrico, alguien lo lograra, carecería de todo sentido histórico.

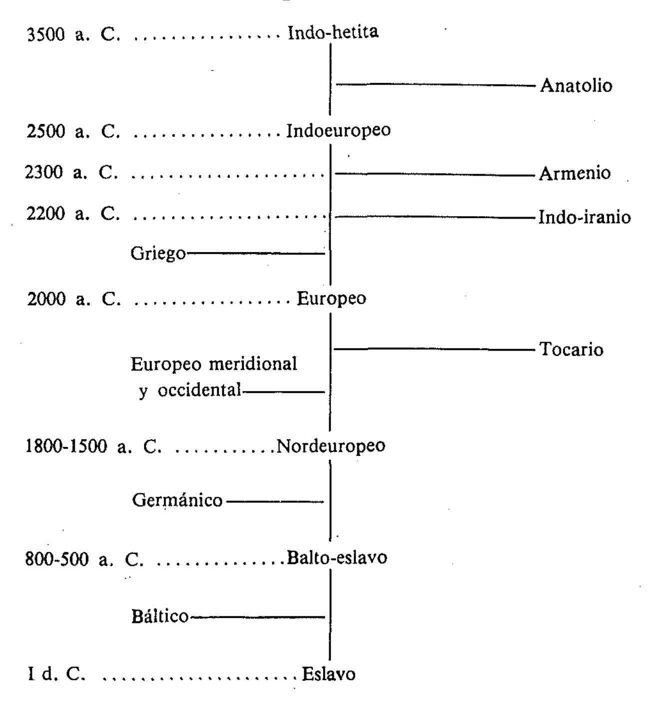
En cualquier caso el modelo se iba agotando. Y ya en los años 30, y por obra de algunos de los autores de diagramas, comenzó a circular otra explicación alternativa para los parecidos entre los dialectos: los *contactos secundarios.* Por *secundarios* se entienden aquí los habidos tras la ruptura de la comunidad indoeuropea, cuando los dialectos, ya en diferentes lugares de Eurasia, se establecieron en nuevos emplazamientos donde entraron en vecindad con otros dialectos indoeuropeos y allí se abrió una etapa de convivencia y de intercambios. En opinión de algunos lingüistas italianos, esos contactos habrían llegado en ocasiones a crear *continuos lingüísticos secundarios,* que habrían permitido la instauración de verdaderas comunidades dentro de las que se propagarían innovaciones compartidas. Es, lo que dio en llamarse *ligas lingüísticas.*

La explicación de coincidencias dialectales en virtud de la existencia de *contactos secundarios* y *ligas lingüísticas postindoeuropeas* es, en principio, una interesantísima fuente de información para el historiador. Si los lingüistas fuéramos capaces de obtener conclusiones fidedignas, iluminaríamos para los diferentes pueblos indoeuropeos la obscura etapa transcurrida desde la separación de la lengua común hasta su irrupción en la historia. Ya veremos más abajo en qué medida está capacitada la Dialectología para suministrar con fiabilidad tal clase de información. Diré aquí que, en cualquier caso, la explicación por contactos secundarios, o *ligas lingüísticas,* que son una forma particularmente íntima de esa clase de contactos, vio severamente limitada su área de aplicación por las ideas vigentes sobre las posibilidades del préstamo o intercambio entre lenguas diferentes. Es opinión muy extendida que entre lenguas distintas no puede intercambiarse todo tipo de material. El elemento más fácilmente transferible es el léxico (y aun dentro de él hay una escala de posibilidades), seguido en orden de creciente dificultad por ciertos sintagmas, articulaciones fonéticas y sufijos, mientras que el extremo de dificultad lo ocupan los morfemas, sobre los que reina la convicción de que no pueden ser intercambiados entre la lenguas, excepto quizás en el caso de comunidades bilingües. Más abajo comentaré el fundamento real que tienen esas ideas. Quiero ahora señalar simplemente que con esas limitaciones, en la práctica, los *contactos secundarios* sólo son utilizados por la mayoría de los indoeuropeístas para las coincidencias léxicas. La fórmula más íntima de las *ligas lingüísticas* ha tenido poca acogida fuera de Italia, donde surgió. Y una de las razones ha sido sin duda esas ideas vigentes sobre lo que es y no es posible en el intercambio entre lenguas diferentes. Tal como las concibieron y usaron sus patrocinadores, sobre todo italianos, en esas ligas las lenguas se habrían intercambiado todo tipo de material, desde el más fácil hasta el más resistente.

Durante el siglo XIX había reinado la convicción, explícita o implícita, de que el pueblo indoeuropeo se había fraccionado de un solo golpe en sus diferentes dialectos. Naturalmente esa concepción comportaba también unas consecuencias históricas: en un momento determinado, que entonces se situaba entre finales del

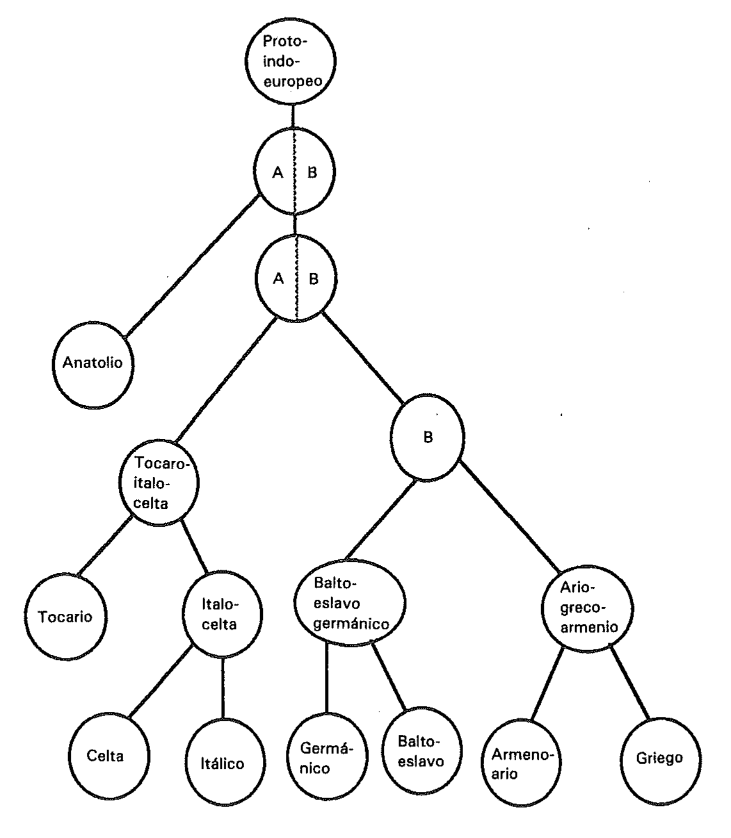
III milenio y principios del II a. C., lo que hasta entonces era un pueblo unitario hablante de una sola lengua, se habría roto en varios fragmentos que se habrían esparcido por las diferentes regiones de Eurasia. Eso implicaba ciertamente una etapa de enormes convulsiones casi sincrónicas en toda Europa y en una parte de Asia, que la Arqueología podría intentar identificar. Pues bien, A. Meillet fue, en el primer cuarto del siglo xx, uno de los primeros en hacer ver que la separación de los indoeuropeos en las diferentes estirpes no debió hacerse de un solo golpe, sino mediante una *desmembración escalonada.* Esto abría una nueva perspectiva histórica, con un evidente reflejo dialectal: si los dialectólogos fueran capaces de decir cuáles son las lenguas que parten de un estadio más antiguo del indoeuropeo, los historiadores tendrían una cronología relativa del proceso de indoeuropeización de Eurasia. Y añadía un nuevo componente al panorama de la dialectalización: las lenguas indoeuropeas pueden parecerse o diferenciarse por un factor más: el hecho de proceder de un mismo estadio o de un estadio distinto de la lengua común indoeuropea.

Meillet nunca intentó reflejar en un esquema el escalonamiento de la desmembración indoeuropea. Pero otros lo hicieron, y el tipo de esquema más frecuente en la segunda mitad del siglo es el que toma en cuenta ese factor, bien solo, bien asociado con la dimensión espacial. A principio de los años 50, Trager y Smith, en algunos trabajos que publicaron conjuntamente, intentaron un diagrama de la desmembración escalonada, proponiendo incluso una cronología absoluta. Aunque en él hay primordialmente una preocupación diacrónica, no están del todo ausentes las implicaciones espaciales:



La desmembración escalonada de la familia indoeuropea ha ido ganando terreno paulatinamente con el paso de los años. La vieja imagen de una diáspora instantánea, como en una explosión, de todos los pueblos simultáneamente, es de una evidente ingenuidad y carece de cualquier verosimilitud histórica. Entre quienes aceptan la escisión progresiva, están en la actualidad W. Meid y F. R. Adrados. El primero de ellos habla de tres estadios en la lengua común: 1) Indoeuropeo primitivo, 2) Indoeuropeo medio, 3) Indoeuropeo tardío. Del estadio primitivo no habría sobrevivido históricamente ninguna lengua. Las lenguas anatolias procederían del medio. Y las restantes del tardío. Por su parte, en este último (fechable entre el final del IV y el principio del III milenio a. C.) habría habido diferentes dialectos: concretamente el griego y el indo-iranio procederían de un dialecto oriental. Adrados habla también de tres estadios (que él llama I, II y III). Sin embargo, esas ideas, a pesar de su aspecto novedoso sobre todo en la terminología, coinciden en lo esencial con las propuetas de Sturtevant, que llamaba al indoeuropeo primitivo de Meid (I de Adrados) *pre-indo-hetita;* al medio (II), *indo-hetita;* y al tardío (III), *indoeuropeo.*

Tres estadios de la lengua común reflejan igualmente los soviéticos Ivanov y Gamkrelidze, que han combinado su propio esquema del árbol genealógico con la idea de la escisión escalonada, y una cierta división dialectal de la propia lengua común en el siguiente diagrama:



Como puede verse la desmembración escalonada cuenta a la postre, tal como usualmente se maneja, con un consenso amplio en un punto concreto: que las lenguas anatolias proceden de un estadio más antiguo que las restantes. Pero entre las restantes estamos muy lejos de tener referencias tan claras.

A mediados del siglo XIX sólo había una posible explicación para las coincidencias entre dialectos: el haber pertenecido a la misma lengua común intermedia. Pero poco a poco se fueron añadiendo otros. Y hoy sabemos que, en principio, dos o más lenguas indoeuropeas pueden tener entre sí rasgos coincidentes explicables por cualquiera de las siguientes razones:

1) Por el hecho de ser indoeuropeas. Teóricamente todas las indoeuropeas deben tener (o haber perdido) estos rasgos.
2) Por haber sido dialectos contiguos en el *continuum* lingüístico indoeuropeo.
3) Por haber sido una misma lengua tras las desmembración de la lengua común.
4) Por proceder de un mismo estrato indoeuropeo, de entre los varios sucesivos.
5) Por contacto secundario, de mayor o menor grado de intimidad (mero contacto, liga lingüística).
6) Por razones extrínsecas o intrínsecas que no implican vinculación dialectal (desarrollos paralelos, acción de un substrato común, etc.).

Entre la primera de esas causas y las restantes hay una diferencia esencial. La primera incluye todos aquellos rasgos que pertenecen a la lengua común. Se trata de los *arcaísmos*. Su presencia en una lengua no tiene ningún valor informativo ni dialectal ni histórico, fuera del hecho mismo de que ellos son los que en su conjunto confieren a una lengua su carácter de indoeuropea. La ausencia de uno de ellos de una determinada lengua, se entiende como *pérdida*. Cuando hablamos de que unas lenguas indoeuropeas son más arcaicas y otras más innovadoras nos referimos a que las primeras han perdido menos de aquellos rasgos que llamamos arcaísmos que las segundas. Naturalmente se trata de diferencias de grado.

Todas las demás clases de coincidencias son *innovaciones*. Y todas, menos la última, tienen significación dialectal, aunque no todas del mismo rango. Ellas constituyen el reino de la Dialectología.

Hasta ahora he hablado de las distintas visiones de la dialectalización del indoeuropeo y he comentado los puntos de vista generales que cada una introduce, así como sus limitaciones de índole igualmente general. Pero no he aludido todavía, o apenas lo he hecho, a sus diferencias a veces enormes, en el detalle concreto de la clasificación dialectal. Pondré algunos ejemplos entre

múltiples otros que podría aducir. A. Schleicher y otros dialectólogos creían que el latín tenía con el griego una vinculación más estrecha que con ninguna otra lengua. C. Lottner pensó en cambio que era con el celta con quien se vinculaba. A. Walde aceptaba relacionar con el latín tan sólo una parte del celta. Los italianos, en general, se inclinaron a negar toda realidad a la supuesta lengua intermedia italo-celta. Y últimamente K. H. Schmidt se inclina a vincular, ironías de las cosas, el celta con el griego, dejando de lado al latín. Otro ejemplo: cuando aparecieron las nuevas lenguas, tocario y hetita, Pedersen las consideró como lenguas de tipo netamente occidental, muy próximas al latín y al celta; Charpentier se arriesgó a asegurar incluso que los tocarios son simplemente celtas; A. Meillet coincidía en la vinculación del tocario con el italocelta, pero también lo aproximaba al eslavo y al armenio; E. Smith relacionaba al tocario con el griego, el tracio y el frigio; V. Pisani los entiende próximos sobre todo a los indo-iranios; etc.

No menos discrepancias hay cuando se intenta establecer de qué etapas de la lengua común, más antigua o más moderna, proceden las distintas lenguas históricas. Por una parte están quienes aún hoy, expresa o tácitamente, siguen operando con una desmembración instantánea. Entre los que operan con una separación escalonada hay, como ya he dicho, una amplia coincidencia en que son las lenguas anatolias las que proceden de un tipo más antiguo. Pero ahí se termina la comunión. Para Trager-Smith hemos visto que son el armenio, indo-iranio y griego los que le siguen en antigüedad, mientras que el eslavo es el dialecto que procede de un tipo más moderno. Para Adrados, sucede exactamente lo contrario: el tipo de indoeuropeo con un desarrollo más reciente, que él llama III A (politemático), es el representado por el armenio, indo-iranio y griego. Y lo mismo sucede en la clasificación de las lenguas como arcaicas e innovadoras: para M. Bàrtoli las más conservadoras serían griego, armenio, hetita, indo-iranio y albanés; y las innovadoras germánico, celta, itálico, báltico, eslavo y tocario. Para una gran cantidad de indoeuropeístas, en cambio, el báltico sería la lengua más conservadora. Para Bonfante, las más conservadoras serían el indo-iranio y eslavo. Para Devoto el latín y el indio serían conservadoras y el germánico y osco-umbro innovadoras; etc.

También hay una turbadora falta de coincidencia en otros aspectos más generales de la clasificación dialectal. Para unos existiría una gruesa división dialectal entre lenguas orientales y occidentales que, aunque mermada por su falta de correspondencia con la isoglosa *centum/satəm,* algunos continúan utilizando. Otros creen que tal división antigua no existe, y sí, en cambio, una septentrional/meridional que ya propuso van Schrijnen en los años 30 y que F. R. Adrados ha renovado recientemente. En cuanto a la posición relativa de los dialectos en el primitivo *continuum,* hubo en su momento la misma clase de discrepancias. Por ejemplo, el tocario fue considerado por unos un dialecto de la periferia oriental y por otros de la periferia occidental. Respecto a la exis-

tencia misma de lenguas intermedias, hay quienes siguen tímidamente postulando tres como máximo: italo-celta, balto-eslavo e indo-iranio. Pero, en general, sólo el indo-iranio parece haber resistido indemne al progresivo descrédito del que otrora fuera casi único recurso de la Dialectología.

Tras casi siglo y medio de investigación, nada o casi nada hay en el ámbito de clasificación dialectal que pueda considerarse un logro definitivo, capaz de ser utilizado de manera solvente en la investigación histórica. Es, a mi juicio, la parcela de la indogermanística que menos logros ha cosechado. Naturalmente, un tamaño fracaso obedece a poderosas razones que lo hacen casi inevitable.

Las discrepancias en el terreno de la Dialectología se deben a veces al descubrimiento de nuevos datos. Así, la reciente propuesta de K. H. Schmidt para aproximar el celta con el griego obedece fundamentalmente al mejor conocimiento del celta continental. Pero esos casos son excepcionales. La mayoría de las veces se trata de meras discrepancias en la valoración de unos mismos datos, lo que delata problemas o deficiencias de método.

El criterio metodal más firme de la ciencia de la Dialectología es el conocido como *principio de Leskien:* «Los criterios para establecer una comunidad [dialectal] estricta pueden encontrarse solamente en coincidencias positivas entre las lenguas en cuestión, que a la vez constituyan diferencias respecto a las demás». Es decir: los arcaísmos no tienen significación dialectal alguna. Y de entre las innovaciones, sólo las positivas, y no las negativas, que consisten en simples pérdidas.

El fundamento teórico de esa regla es el mismo de toda la Lingüística Histórico-Comparativa: la arbitrariedad del signo lingüístico. Si dos lenguas genéticamente emparentadas tienen un mismo signo para la voz pasiva, pongo por caso *-r,* eso teóricamente podría deberse a tres causas: 1) Que en la lengua común de que ambas proceden la pasiva se expresara con *-r* y ambas la han heredado y conservado; 2) Que sea una mera coincidencia fortuita; 3) Que ambas lenguas hayan innovado *en común* substituyendo la antigua marca de pasiva que heredaron de la lengua común por esta nueva *-r*.

Si la correcta es la primera posibilidad, tenemos un arcaísmo, que nada nos dice sobre la vinculación o no vinculación dialectal de las dos lenguas en cuestión. Si ése no es el caso, la segunda explicación resulta inadmisible en virtud del carácter arbitrario del signo lingüístico. Es decir: como entre la noción de «pasiva» y la forma *-r* no hay ninguna vinculación natural, si dos lenguas tienen *-r* con valor pasivo, las probabilidades de una mera coincidencia casual son prácticamente nulas. Y entonces sólo queda la tercera alternativa: es una innovación que han introducido en común. O lo que es lo mismo: ha habido entre ellas una relación particular, que solemos llamar dialectal, posterior a la etapa de comunidad general con las demás lenguas de la familia, en la que se ha producido esa innovación. Naturalmente la fuerza de ese argumento

será tanto mayor cuanto más numerosas sean las coincidencias particulares. Una sola coincidencia de esa clase, aunque es poco probable, en rigor podría ser una mera casualidad. Pero, a medida que se eleva el número de esas coincidencias, la posibilidad de que sean fortuitas va descendiendo.

Obsérvese que, en cambio, una coincidencia negativa no tiene fuerza probatoria. Imaginemos, por ejemplo, que en una lengua común, como en el latín, el futuro se expresaba con *-b- (amābo,* etc.). Y dos de sus dialectos posteriores, por ejemplo español y rumano, coinciden en haber perdido ese modo de expresión del futuro. Pues bien, eso *podría* haber sucedido en una supuesta etapa de comunidad hispano-rumana; pero también puede haber sucedido independientemente: una coincidencia en la pérdida no es ninguna inverosimilitud. Sucede lo mismo en la vida ordinaria.

Algunos estudiosos han intentado ampliar el elenco de normas objetivas para la clasificación dialectal. Pero, en realidad, casi todas son variantes de este gran principio que, sin embargo, no tiene valor absoluto. Como hemos visto, su validez se basa en la escasa verosimilitud de que una coincidencia positiva sea meramente casual. Pues bien, es obvio que su fuerza probatoria estará condicionada por el grado de verosimilitud del carácter casual de la coincidencia. Porque no todas tienen el mismo grado. Una coincidencia tan precisa entre significante y significado como la citada sobre la pasiva en *-r* tiene un alto valor indicativo. En cambio, hay ciertos procesos fonéticos que son tan naturales que pueden suceder independientemente en varios lugares y épocas. Por ejemplo, si el diptongo /ei/ monoptonga en /e/ en sánscrito, umbro y celta, por su obviedad, no prueba relación dialectal alguna por sí solo, a pesar de tratarse de una innovación de carácter positivo. Sería necesaria la acumulación de un cierto número de coincidencias de esta última clase para constituir prueba de afinidad dialectal, en cuyo caso no sería cada una de ellas aisladamente, sino precisamente su conjunción, lo que se erigiría en el fundamento de la prueba.

Como puede apreciarse por lo dicho hasta aquí, la Dialectología no es una ciencia exacta, sino que exige un componente de habilidad y competencia personal en el dialectólogo. Hasta ahí sucede lo mismo que en cualquier otra faceta de la Lingüística Histórico-Comparativa, como ya hiciera ver A. Meillet. Pero la Dialectología, al menos la Dialectología indoeuropea, tiene limitaciones específicas adicionales. Ya hemos visto que, para cualquier tema dialectal, es esencial la clasificación de cada una de las coincidencias como *arcaísmo* o *innovación.* Cualquier error o discrepancia en esa clasificación lleva a consecuencias fatales para la Dialectología. Volvamos a nuestro ejemplo de la pasiva en *-r.* Si la *-r* como marca de pasiva fuera un arcaísmo (es decir: si hubiera existido ya en la lengua común indoeuropea) el que celta, latín, hetita y tocario la tuvieran y los demás dialectos no, sólo supondría que los otros la han perdido, y de ello no podría obtenerse información dialectal alguna. En cambio, si

se clasifica como innovación (es decir: si no existía en indoeuropeo y se ha introducido con posterioridad) entonces cobra una significación dialectal de primer orden respecto a las lenguas que la presentan históricamente. De hecho la clasificación de esa pasiva en *-r* como innovación, junto con la creencia general de que los morfemas no pueden intercambiarse entre lenguas diferentes, llevó a Pedersen a considerar que el celta, el latín, el tocario y el hetita constituyeron una lengua común intermedia en la cual se habría creado esa pasiva en *-r* que luego heredaron esos cuatro, que serían sus dialectos.

La definición de cada uno de los rasgos como *innovaciones* o como *arcaísmos* es la primera y más importante fuente de discrepancias en la Dialectología. Pero no la única. Una vez que el dialectólogo establece su inventario de innovaciones, reales o supuestas, que vinculan dialectalmente a dos o más lenguas entre sí, viene el segundo problema: establecer cuáles de ellas obedecen al hecho de haber partido de un mismo estadio cronológico del indoeuropeo, cuáles exigen una etapa de comunidad intermedia; cuáles se explican por contactos secundarios de mayor o menor intimidad; y cuáles se deban a desarrollos paralelos o a influencias de un substrato similar.

Pues bien, no existe criterio alguno que permita determinar con objetividad a qué categoría pertenece cada una de las coincidencias innovadoras. Ni siquiera normas que indiquen: 1) Qué exige y qué no exige la comunidad prehistórica; 2) Qué puede y qué no puede ser objeto de desarrollo paralelo; 3) Qué puede y qué no puede intercambiarse por contacto (en este punto existen ciertas convicciones tradicionales, probablemente poco justificadas, como luego diré). Y por otra parte, tampoco conocemos gran cosa de los substratos sobre los que se asentaron las lenguas indoeuropeas. De modo que, falta de criterios objetivos, la Dialectología indoeuropea se convierte con frecuencia en el reino de la arbitrariedad y el subjetivismo.

Ayudaría mucho a progresar en el terreno de la Dialectología algo que no existe: un método capaz de datar las innovaciones, si no en términos de cronología absoluta, sí, al menos, de cronología relativa. Para obtener cronologías absolutas el comparatista carece de cualquier recurso, salvo los que dimanan de la cronología de los textos, cuando ésa es conocida. Y para la cronología relativa logra a veces ciertos indicios frecuentemente hipotéticos, siempre parciales, normalmente insuficientes para un cuadro de conjunto.

Durante un breve tiempo se anunció prometedor un nuevo recurso metodológico que se pretendía capaz de medir en años solares el plazo transcurrido desde la separación de dos lenguas que antes hubieran sido la misma. El procedimiento recibió el nombre de *glotocronología* y se basaba en una cuantificación del ritmo a que se produce la renovación del léxico nuclear de las lenguas. La teoría del método la desarrollaron en los años 50 M. Swadesh y R. B. Lees. Pero cuando comenzó a aplicarse a lenguas concretas, los resultados fueron decepcionantes y el método se abandonó de forma inmediata. No puede

dejar de sorprender cómo un procedimiento que resolvería muchas de nuestras dificultades, se abandonó tan rápidamente, en lugar de insistir con paciencia en mejorarlo, corregirlo por si había alguna posibilidad de perfilarlo y ponerlo a punto.

CAPÍTULO II

DIALECTOLOGÍA O HISTORIA DE LA INDOEUROPEIZACIÓN

Muchas de las limitaciones de la Dialectología y de las deficiencias de su método que he descrito en el capítulo anterior son insolubles por el momento, y las discrepancias y errores a que nos llevan, inevitables. Pero, aun así, cabe mejorar ciertos aspectos descartando determinados prejuicios y corruptelas que se arrastran atávicamente de generación en generación.

En primer lugar, el dialectólogo debe tener en cuenta que ningún panorama de la dialectalización indoeuropea puede aspirar a la verosimilitud, si no se atiene a un esquema viable en el marco de la historia de los pueblos indoeuropeos. Es frecuente que los dialectólogos operen como si se tratara de trenzar un esquema capaz de casar a cualquier precio, incluso el de la verosimilitud histórica, la maraña de relaciones multilaterales entre las lenguas indoeuropeas. El resultado es, con demasiada frecuencia, un montaje artificioso que carece de cualquier sentido histórico.

En segundo lugar, hay que revisar las ideas tradicionales sobre lo que se puede y no se puede prestar mediante contacto entre lenguas. Generalmente los indoeuropeístas operan con un esquema genérico de lo que es y no es posible, al que he aludido más arriba. Y normalmente no se tiene en cuenta que la capacidad de intercambio no es un factor constante entre cualesquiera dos lenguas, sino que varía en función de la similitud o disparidad entre donante y receptor. El elemento que de ordinario se tiene por más difícilmente intercambiable, el morfema, no lo es porque sí. La dificultad de su intercambio obedece a que los morfemas se integran en sistemas muy cerrados, donde no podría tener acoplamiento cualquier préstamo.

Sucede igual, por ejemplo, que con las piezas de reloj. ¿Puede utilizarse en un reloj una rueda dentada de otro? Depende del parecido entre los dos relojes. Desde luego sería imposible integrar funcionalmente una rueda dentada en un reloj de sol; o un eje en una clepsidra. Para poder integrar una rueda dentada

de un reloj en la maquinaria de otro, la primera condición es que éste segundo sea también de maquinaria convencional. Pero, además, tendrá que haber una similitud en el diseño y tamaño, lo que podría darse entre modelos parecidos. Pasando al préstamo entre lenguas, un morfema consistente por ejemplo en una desinencia de plural no podría intercambiarse ciertamente entre cualesquiera lenguas. Sería imposible de encajar tal morfema en una de tipo aislante que no cuenta con esa clase de morfemas; o en una que operara con prefijación y no conociera la sufijación. Igualmente sería más difícil para una lengua asimilar el morfema de plural de otra si ella misma, para empezar, no cuenta con la categoría del plural. Pero sería más fácil intercambiar un determinado morfema de plural entre dos lenguas que fueran ambas flexivas, ambas sufijantes, ambas contaran con la categoría del plural, ambas tuvieran un inventario de casos idéntico o equivalente. Y mucho más si tuvieran un léxico muy parecido.

Pues bien, todas esas condiciones favorables se dan concretamente entre las lenguas indoeuropeas antiguas, que son más parecidas entre sí cuanto más retrocedamos en el tiempo. Las lenguas indoeuropeas son líneas divergentes. Cuanto más hacia atrás recorramos las líneas, más se aproximan entre sí. E. Risch describió muy bien el gran parecido que aún sería perceptible por los hablantes del griego y el latín durante sus contactos en el Lacio a principios del I milenio a. C. Hoy sabemos que, gracias a la presencia micénica en el Lacio, ese contacto pudo darse en el II milenio, en que los parecidos entre griego y latín serían aun mayores. El intercambio de morfemas en esas condiciones puede operar sin grandes impedimentos. Pondré un ejemplo. Los griegos tienen desde época micénica un nominativo de plural femenino en *-ăi,* con el que habían substituido la forma heredada *-ās.* Con ello lograban un morfema de nominativo de plural paralelo entre el masculino y el femenino: *-ŏi/-ăi.* Se trata de una innovación originalísima que no se da fuera del griego. Solamente en latín. Ni siquiera en otras lenguas itálicas. Ése era uno de los más sólidos argumentos en favor de una comunidad dialectal italo-greca. Sin embargo, puede explicarse fácilmente por un préstamo o intercambio del griego al latín en suelo italiano. A finales del II milenio o principios del I, al encontrarse los hablantes de ambas lenguas, los griegos tenían como nominativos de plural masculino/femenino *-ŏi/-ăi* y los latinos *-ŏi/-ās.* El que los latinos substituyeran, por influencia griega, *-ās* por *-ăi* es algo tan factible y tan encajable dentro del propio sistema latino, que no hay dificultad alguna para admitir que así pudo suceder de hecho. De todas estas cuestiones ha tratado detenidamente C. Jordán en un reciente trabajo.

En el caso del latín y del griego es la Historia la que nos informa a los lingüistas de la existencia de tales contactos, y eso permite tal interpretación. En la mayoría de las ocasiones el dialectólogo no contará con una situación tan favo-

rable. Pero indudablemente ese tipo de hechos, con idénticas posibilidades de intercambio, debe haberse repetido numerosas veces en la prehistoria de Europa.

En términos generales, la dialectalización de la familia indoeuropea, que en su vertiente histórica es equivalente a la indoeuropeización de Eurasia, es un proceso enormemente más complejo de lo que podemos sospechar. Los movimientos de pueblos han debido de ser muy numerosos; las influencias de unos sobre otros, incesantes. Y un factor que complica el escenario es el de los focos secundarios de indoeuropeización. Hace unas décadas todo parecía muy sencillo: el indoeuropeo se escindió en diferentes ramas que se ubicaron en sus sedes históricas. Luego había habido ciertos movimientos secundarios de poblaciones, conocidos ya normalmente en etapas históricas.

Hoy sabemos que del centro primario de indoeuropeización, las estepas del sur de Rusia, salieron durante los milenios V-III a. C. constantes flujos de población con tres momentos de particular intensidad. La *desmembración* se *escalonó* durante más de dos mil años. Pero, a su vez, la región danubiana centro-oriental se convirtió en foco secundario de indoeuropeización para la Europa centro-occidental y nórdica. Y, a su vez, Europa central se convirtió en centro secundario de indoeuropeización del Occidente y del Sur europeos. En el estudio de la Dialectología, el centro de indoeuropeización con que cada lengua entronca se convierte así en un factor más de coincidencia o divergencia entre las diferentes lenguas.

Finalmente están los procesos de reindoeuropeización. Quiero decir que la variedad indoeuropea con que una región determinada emerge en la Historia puede proceder básicamente de un determinado centro de indoeuropeización A, pero haber actuado allí no sobre una población pre-indoeuropea, sino sobre una población, igualmente indoeuropea, pero procedente de otro centro de indoeuropeización B. Al actuar la segunda como substrato sobre la primera, la lengua histórica resultante podría contener rasgos de ambas procedencias.

Las circunstancias históricas de la indoeuropeización son tan complejas, las mezclas, trasvases, interferencias, tan abundantes, que el resultado para la Dialectología es una maraña inextricable de coincidencias y diferencias multilaterales que dejan en el dialectólogo la desalentadora impresión de que no hay una sola lengua indoeuropea que no ofrezca algún tipo de nexo dialectal con cualquiera otra. Naturalmente no todos tienen el mismo significado. Unos son debidos a proceder de un mismo estrato cronológico; otros a haber constituido una única lengua intermedia; otros a proceder de un mismo centro de indoeuropeización (primario o secundario); otros a contactos secundarios de mayor o menor duración, de mayor o menor intimidad; otros a acciones de un substrato similar (indoeuropeo de la misma variedad, o no indoeuropeo similar); otros a desarrollos paralelos... Y el dialectólogo carece la mayoría de las veces de criterios objetivos para diferenciar unos factores de otros.

En las últimas décadas se va agrandando cada vez más un foso entre los lingüistas y los arqueólogos, o al menos ciertos arqueólogos. Entre éstos últimos se extreman cada vez más las posturas antimigracionistas. En la primera mitad del siglo reinaba en el campo de la Arqueología lo que algunos han dado en llamar la *Lex Kossinna:* las *culturas* arqueológicas tienen una implicación étnica, de forma que cada una de ellas corresponde a un pueblo diferente; y un cambio de *cultura* en una zona obedece invariablemente a la inmigración de un pueblo nuevo que es su portador. Los arqueólogos e historiadores han reaccionado acertadamente contra ese abuso con un argumento razonable: los objetos materiales pueden transportarse, las técnicas de un solo artesano aprenderse, el arte imitarse. Y tienen toda la razón. Aunque «pueden» no quiere decir que haya ocurrido así siempre. Pero el argumento no es aplicable a las lenguas. Las lenguas no se trasladan de un lugar a otro sin sus hablantes; ni se abandona la lengua materna por la de un artesano o comerciante extranjero que se asiente en una región para ejercer su técnica o su mercadería. Un cambio de lengua necesita que una nueva población irrumpa en la zona. Aplicada a las lenguas en vez de a las culturas, la *Lex Kossinna* tiene, en términos generales, plena vigencia. Y como el proceso de indoeuropeización es un inmenso cambio de lengua reiterado y sucesivo, en él deben haber estado presentes como factor histórico de importancia mayor las emigraciones y los cambios de población. Lo que no quiere decir necesariamente que se trate siempre de grandes oleadas, como ya he dicho en anteriores ocasiones. Puede tratarse en muchos casos de grupos relativamente poco numerosos que han podido imponer su lengua a poblaciones numéricamente superiores. Pero la presencia, la irrupción de hablantes de la lengua nueva, es imprescindible.

Eso tiene una implicación dialectal importante. En las circunstancias históricas en que el proceso de indoeuropeización se realizó, la emigración de un núcleo de población desde uno de los centros de indoeuropeización hasta su destino comportaba con suma frecuencia una pérdida de contacto entre las dos partes de la población, la que se quedaba y la que emigraba. Y la separación dialectal subsiguiente responde a y debe ser descrita por el modelo del árbol genealógico. Denostada y criticada teóricamente desde hace muchos años, en la práctica los indoeuropeístas han seguido operando con ella de forma más o menos consciente. En realidad la mayoría de los procesos de dialectalización anejos a la indoeuropeización de Eurasia se han desarrollado de esa forma. Lo que no quiere decir que sea factible reflejarlos en un árbol genealógico esquemático a la manera de los tradicionales. M. Gimbutas ha hecho un esquema del proceso histórico. Su identificación de las lenguas históricamente conocidas con los movimientos migratorios prehistóricos es, sin embargo, altamente especulativa y no tiene buenas bases lingüístico-dialectales.

Ni tampoco quiere decir que el proceso del árbol genealógico haya sido el único que se ha dado. Sin duda ha habido también episodios que responden más bien al esquema de las ondas. Yo, personalmente, soy del todo escéptico sobre la posibilidad de recuperar nada del mapa dialectal del *continuum* lingüístico indoeuropeo en las estepas, anterior a los primeros movimientos migratorios. Ni tan siquiera las isoglosas más generales creo que sean atribuibles a diferencias dialectales de la lengua común. No ciertamente la isoglosa *centum/satəm.* Su cronología es, sin duda, alta. Al menos para algunas lenguas sabemos que es un fenómeno ya implantado en el II milenio. Así sucede en armenio, cuyos préstamos al hetita presentan la correspondiente palatalización. Y en el indo-iranio del II milenio en Asia Menor, los datos, aunque no son numerosos en ese sentido, apuntan más bien a que la palatalización ya se ha producido. Pero de otras lenguas *satəm* (báltico, eslavo) no tenemos indicios sobre su cronología. Y yo tiendo a pensar que la palatalización de las guturales se ha producido independientemente en unas y otras lenguas. Se trata de una de esas innovaciones cuya probabilidad es tan alta que no implica necesariamente relación dialectal alguna entre las lenguas que la introducen. Por lo demás, el detalle de los resultados es también diferente de unas lenguas a otras.

Es posible que en varias regiones de Europa centro-oriental y balcánica hayan tenido lugar procesos dialectales descriptibles por el modelo de las ondas. Desde las orillas del Báltico por el Norte hasta los Balcanes por el Sur hubo probablemente un *continuum* lingüístico resultante del proceso de indoeuropeización al que pertenecieron primariamente las lenguas bálticas, el dacio y el tracio; posiblemente a él se conectara, tal vez de una manera menos estricta, el eslavo por el Este y el ilirio en el Suroeste. Quizá, aunque es difícil saberlo por nuestro escaso conocimiento de los hechos, formaran parte de él otras lenguas luego sumergidas por nuevos procesos de reindoeuropeización. El griego no fue parte de ese *continuum,* sino que irrumpió en la zona más tarde, procedente de las estepas y de un estadio indoeuropeo más reciente. Y es posible que ese *continuum* sufriera diversas otras intrusiones de elementos indoeuropeos ajenos a él tanto desde Europa central como desde las estepas. Por no hablar de movimientos internos de población dentro de sus propios límites.

Un factor importante a tener en cuenta desde ahora en la historia de la indoeuropeización es el estado de las vocales *a/o.* Normalmente se tiene por arcaísmo la situación que históricamente exhiben el latín o el griego, y que consiste en que ambas vocales aparecen diferenciadas, como queda de manifiesto en griego ἀγρός (/agrós/) «campo». Frente a ello, se considera innovación la situación que presenta el sánscrito y que consiste en que ambas aparecen confundidas en /a/, como se ve en sánscrito *ájras* «campiña». Se trata de una convicción fuertemente arraigada en la mente de los indoeuropeístas y que se-

rá difícil de desterrar. Pero es decididamente errónea. La verdad es exactamente la contraria: en la familia indoeuropea es más antiguo un sistema sin /o/, sólo con /a/, que uno con ambas vocales. La argumentación estrictamente lingüística ya la he presentado en otro lugar de este libro. Aquí me limitaré a señalar sus implicaciones dialectales.

Las lenguas que tienen solamente /a/ (lenguas /a/) son las más numerosas de entre las indoeuropeas: antiguo-europeo, anatolias, indio, iranio, báltico, eslavo, germánico, albanés, tracio, dacio, ilirio y pelásgico. Frente a ello, las lenguas que tienen a/o diferenciadas (lenguas a/o) constituyen un grupo bastante menos numeroso: griego, frigio, armenio, itálico y celta. No incluyo al tocario en ninguno de los dos grupos porque el estado de las vocales a/o es confuso, y tal vez distinto en ambos dialectos. En cuanto al eslavo, ofrece un rasgo original, que le es exclusivo: presenta confundidas las vocales a/o, al igual que las lenguas /a/; pero la vocal única resultante, en vez de /a/ es /o/. Ese dato, sin embargo, carece de significación dialectal ya que hay sólidas razones para pensar que hasta los primeros siglos de la era cristiana el eslavo era una lengua /a/ a todos los efectos y que sólo posteriormente, por razones bien conocidas, alteró la /a/ en /o/.

Si el arcaísmo fuera a/o diferenciadas y la innovación su confusión en /a/, desde el punto de vista dialectal tendríamos el siguiente dilema: o el paso **o*>*/a/* es un hecho de alta probabilidad o, si no lo es, debe existir alguna conexión dialectal entre las lenguas que lo exhiben. En efecto, la supuesta confusión de las vocales a/o tiene un aspecto que hasta ahora nadie se ha planteado, que yo sepa: ¿Por qué son tantas las lenguas indoeuropeas que la efectúan? ¿Se trata de un hecho de alta probabilidad fonética o fonológica que sucedió espontáneamente de forma independiente en cada una de ellas? Desde el punto de vista tanto fonético como fonológico la respuesta es negativa: no hay ninguna razón que convierta el supuesto paso **o*> */a/* en un suceso predecible ni probable. Por el contrario, una lengua que tuviera un sistema de cinco vocales breves a/e/i/o/u difícilmente procedería a la confusión de a/o, porque ese sistema de cinco vocales es el más equilibrado y estable y de hecho el más frecuente entre las lenguas reales. Digamos que las lenguas tienden más bien a adquirirlo si no lo tienen, que a deshacerse de él si ya lo tienen. Las probabilidades de una confusión no motivada de a/o son muy escasas. No imposibles, pero sí muy escasas. Y sin embargo, la inmensa mayoría de las lenguas indoeuropeas la habrían producido. Naturalmente tendría que haber una causa.

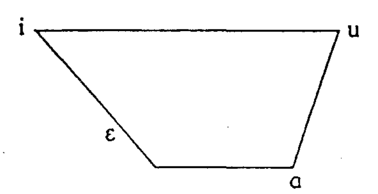
La única causa posible, descartada la probabilidad fonética y fonológica del cambio, sería de naturaleza dialectal: es un cambio poco probable, que sin embargo, se produjo *una sola vez,* en un área dialectal homogénea. Es decir: dado su carácter de innovación junto con su escasa probabilidad, el cambio **o*>*/a/* tendría, de haber ocurrido realmente, una fuerte implicación dialectal de acuerdo con el principio de Leskien. Y, sin embargo, tampoco la tiene de

hecho, porque se da en dialectos que obviamente carecen de conexión entre sí, como el indo-iranio en el extremo oriental y el antiguo europeo en el occidental; y en las lenguas anatolias, sin vinculación con ninguno de los dos. Y, en cambio, es un rasgo que separa dialectos por lo demás muy próximos como el indo-iranio respecto al griego.

Junto a estos inconvenientes dialectales existen otros de carácter meramente histórico, que señalo en otro lugar de este libro. Se trata de la aporía, ya vista por el propio Krahe, de que el antiguo-europeo tuviera, sin embargo, el rasgo supuestamente innovador de /a/ y /o/ confundidas, mientras que sus sucesores históricos en suelo europeo, celtas e itálicos principalmente, tuvieran el supuesto arcaísmo de a/o diferenciadas. Esa aporía resultaba del todo más inadmisible con los esquemas de Krahe, e igualmente los de continuadores suyos como W. P. Schmid, dado que él creía que las lenguas históricas de Europa occidental procedían directamente de aquel antiguo europeo, como lenguas hijas, por el sistema del árbol genealógico. Si la supuesta innovación **o>/a/* se había impuesto ya en antiguo europeo, como demuestra la hidronimia de zonas donde no hay históricamente lenguas /a/, es imposible que en sus lenguas hijas no se hubiera impuesto todavía.

En realidad, la aporía de Krahe era una aporía ficticia porque es falsa no una de sus premisas, sino las dos: ni las lenguas históricas de Europa son necesariamente y de manera lineal las hijas del antiguo-europeo, ni la confusión a/o es una innovación. En efecto, son las lenguas /a/ las que conservan la situación más arcaica en la familia indoeuropea. Con ese punto de partida, que no es un postulado, sino una conclusión a la que llego mediante argumentos estrictamente lingüísticos, presentados en el capítulo de la fonética, se resuelven significativamente todos los problemas implicados: los estrictamente lingüísticos, los dialectales y los históricos. Veamos a continuación sus implicaciones dialectales e históricas.

Si admitimos que la innovación es la introducción de la oposición vocálica a/o, el panorama dialectal se despeja. No se trata de una innovación que implique una vinculación necesaria entre todos los dialectos que la introducen porque, dadas las circunstancias en que se produjo, tiene una probabilidad del 50%. Cuando, vigente el sistema antiguo en la familia indoeuropea (a/e/i/u), realizado en detalle, según se analiza en el capítulo de la fonética, como se in-



trodujo una nueva vocal /a/ de varios orígenes, las posibilidades son *únicamente* dos: 1) La nueva vocal /a/ se confunde con la ya existente /a/ (solución de las lenguas /a/), 2) La nueva vocal /a/ no se confunde con la ya existente /a/ (solución de las lenguas a/o). Obviamente no hay una tercera posibilidad. Y es fácil de entender que, al haber sólo dos posibilidades, las lenguas se repartan entre ellas, sin que el caer del lado de la misma solución implique inevitablemente una especial conexión dialectal. Es posible que la elección entre ambas alternativas no sea absolutamente impredecible, sino que esté mediatizada por ciertas condiciones no fáciles de establecer. De hecho, la confusión de la nueva /a/ con la antigua /ɑ/ parece mucho más frecuente que la introducción de un quinto timbre, y por lo tanto, esta última podría tener algo más de valor como indicio dialectal que la primera. Pero como las alternativas son sólo dos, la coincidencia no implica *necesariamente* vinculación dialectal.

Sin embargo, la introducción del quinto timbre en las lenguas a/o aparece tan sólo en dos áreas bien definidas, una en Occidente y otra en Oriente, probablemente en forma independiente la una de la otra. La occidental incluye al celta y al itálico, a los que habría que añadir el lusitano de la Península Ibérica, sobre cuya filiación he hablado más arriba. La oriental incluye al griego, frigio y armenio, vinculados por varios otros rasgos dialectales. En ella no entra, en cambio, el indo-iranio, punto cuyo significado dialectal abordaré más abajo.

Si el valor dialectal del rasgo a/o, considerado como innovación, no es decisivo en el ámbito de las relaciones laterales de las lenguas, tampoco lo es como factor de determinación del estrato indoeuropeo de que procede cada una. En efecto, en indoeuropeo nunca se produjo la introducción de la vocal /o/ en ninguno de sus estratos cronológicos. Todas las ramas que sucesivamente han ido partiendo desde la lengua común han comportado invariablemente un sistema sin /o/, hasta los episodios más recientes. La mayoría de los dialectos han conservado ese sistema heredado. La vocal /o/ se ha introducido sólo en los dos ámbitos dialectales mencionados, siempre fuera de la patria originaria de las estepas, y ya en fecha relativamente tardía, puesto que la condición previa para que se plantee la alternativa de su introducción fue la eliminación de los fonemas laringales. Naturalmente, podría haberse producido en algún dialecto más del que no haya quedado constancia.

Si su valor como indicio de vinculación dialectal es casi nulo, en otras vertientes, en cambio, el *status* de las vocales /a/ y /o/ puede servir de gran ayuda a lingüistas e historiadores. Conretamente, es un poderoso instrumento para la detección de estratos indoeuropeos anteriores a los pueblos históricos de los lugares ocupados por las lenguas a/o, concretamente las tres penínsulas mediterráneas y los lugares de Europa central y occidental ocupados por celtas. Para ejemplificar lo que digo tomaré la raíz indoeuropea **sar-* «corriente de agua, río», que se encuentra en todo el ámbito indoeuropeo. De las estepas saldría con esa forma **sar-*, e igualmente con esa forma se trasladaría en boca

de los grupos que indoeuropeizaron Europa centro-oriental y más tarde de los que hicieron lo propio con Europa occidental y meridional.

Pero, en un momento determinado, en la región comprendida entre el sureste de Alemania, este de Francia y parte de Suiza apareció un pueblo, el celta, en cuya lengua se había introducido la innovación consistente en el paso de la antigua /a/ a /o/. Naturalmente en esa lengua la palabra **sarā* se habrá convertido en **sorā* si, como hay razones para pensar, seguía viva como apelativo. Si la transformación /a/>/o/ se produjo en aquella región que se considera patria originaria de los celtas, sería de esperar que toda la toponimia utilizada por ese pueblo que comportara la antigua /a/ viera cambiado su vocalismo en /o/, a la par que el vocabulario ordinario de la lengua, de forma que en esa región la toponimia pre-celta emergería con /o/.

Si eso fuera lo que realmente sucedió, podría pensarse que, efectivamente, el celta no es sino una evolución regional del llamado *Alteuropäisch,* tal como quería Krahe. En cambio, si la lengua celta hubiera penetrado en esa región con la antigua /a/ ya transformada en /o/ (y por lo tanto con la nueva /a/ introducida, es decir: con un sistema de cinco vocales a/e/i/o/u), y se hubiera asentado allí sobre un substrato de tipo antiguo-europeo, se esperaría que la toponimia con /a/ de ese substrato el celta la incorporara mayoritariamente con /a/, al identificar ese fonema con la /a/ de su propia lengua.

Ponía el ejemplo del celta tan sólo con ánimo de ilustrar cómo puede operar el mecanismo de detección que supone el estado de las vocales /a/ y /o/. En realidad no conozco ningún trabajo que aclare el reparto de ambas vocales en la toponimia de la región tenida por *patria originaria* de los celtas. Naturalmente las cosas en la realidad se complican: pensemos que en esa región los celtas fueron substituidos por los germanos y que ha habido al menos otra transmisión de la toponimia que inevitablemente obscurecerá las cosas. Pero un trabajo específico sobre ese problema sería de gran interés. En realidad la toponimia más antigua de Europa puede que guarde todavía mucha información histórica que suministrar.

Si no sabemos con certeza si los celtas desarrollaron su vocal /o/ *in situ* o su lengua se introdujo en aquella zona con esa innovación ya realizada, en cambio sabemos con seguridad que estaba ya desarrollada cuando los celtas se introdujeron en sus zonas de expansión posterior. E igualmente que los itálicos y los griegos entraron en sus sedes históricas con la distinción a/o establecida. Y de ello se desprende la explicación de diferentes hechos conocidos y el indicio de otros.

Cuando los celtas entraron en la Península Ibérica se asentaron sobre un substrato indoeuropeo previo, del que es testigo la hidronimia peninsular de tipo *paleoeuropeo* tal como he dicho con más detenimiento en otro capítulo. La transmisión hidronímica se haría desde una lengua /a/ (la del pueblo de esos hidrónimos) a una lengua /o/ (la de los celtas invasores). Como suele su-

ceder, y el hecho mismo de la existencia de una transmisión hidronímica lo demuestra para nuestro caso, la población anterior no fue aniquilada con la invasión celta. Fue simplemente sometida y se produjo la mezcla de la población y el triunfo del celta sobre la lengua de la población preexistente, con los consiguientes efectos de substrato.

Naturalmente, los hablantes preceltas tenían su sistema antroponímico. Y sería ingenuo pensar que la acción del substrato sobre el celta tuviera que haberse limitado a la transmisión hidronímica. Es evidente que se transferirían también palabras del vocabulario común y antropónimos. En los tres elementos tomados al substrato (topónimos, antropónimos y apelativos), por tratarse de una lengua /a/, se encontraría en abundancia la vocal /a/, nunca /o/. Y los celtas, que tenían en su sistema una /a/, identificaban normalmente la /a/ del substrato con el correspondiente fonema de su lengua. En concreto, aunque en celta «corriente de agua, río» se dijera ya **sorā,* en el substrato indoeuropeo peninsular sería **sar-,* e igual vocal tendrían los hidrónimos derivados de ese término. Por ello, los hidrónimos correspondientes se tomarían normalmente con /a/. E igualmente los antropónimos indígenas que comportaran /a/. Y los apelativos que el celta aceptara del substrato se incorporarían también al léxico celta con vocal /a/.

Siguiendo con la raíz que hemos utilizado como ejemplo, tenemos en la toponimia peninsular con probable transmisión celta, *Jarama* (Madrid), *Jaramillo* (Valladolid). Naturalmente, también tienen /a/ cuando han sido transmitidas por otras lenguas con /a/, sea el ibero, o acaso alguna vez directamente el latín: *Sarria, Sara, Sarramina, Sarela.*

Hay que advertir, sin embargo, que en determinadas ocasiones podría encontrarse una /a/ perteneciente a la toponimia de una lengua /a/ mediante una /o/ de una lengua /o/. Es decir: los celtas (y más tarde los romanos) identificaban mayoritariamente la /a/ de ese substrato con su propia /a/. Pero hay una posibilidad ocasional, que se da con menor frecuencia, de que identifiquen la /a/ del substrato con su /o/. Para que esa eventualidad se haga efectiva tiene que darse en la lengua de substrato un sistema vocálico similar al que considero indoeuropeo común, donde la /a/ tendría de hecho una articulación posterior /ɑ/ que para un hablante de una lengua con las cinco vocales (a/e/i/o/u) como eran el celta y el latín no correspondía exactamente con ninguna de las cinco. La más próxima era sin duda la /a/; pero dado su carácter intermedio, en determinadas circunstancias (etimología popular por parte de los receptores, u otras causas) podría identificarse con la /o/. De hecho, en el conjunto de la hidronimia *paleoeuropea* la mayoría de las transmisiones se producen con /a/; aunque hay un grupo minoritario de /o/.

Sea de ello lo que fuere, ése es el camino por el que se puede explicar el hecho que ha sido detectado por los especialistas en las lenguas prerromanas de la Península Ibérica: en las lenguas indoeuropeas que históricamente se

encuentran en ella (celta y lusitano, ambas lenguas a/o) hay una notable abundancia de palabras que tienen /a/ en vez de la /o/ esperable en ellas. Tras la explicación que precede, creo que las causas resultan obvias: se trata de palabras tomadas al substrato indoeuropeo precelta. A veces, esa condición precelta viene confirmada por un segundo rasgo que se da en la misma palabra: la presencia de una /p/ inicial, que tampoco puede ser de filiación celta. Ejemplos de palabras con tal combinación son, entre los topónimos *Palencia* (antiguo *Palantia);* entre los antropónimos *Pacina;* entre los apelativos *páramo.*

Otro rasgo de gran extensión dialectal es el resultado *sonoro* de las *sonoras aspiradas.* Tradicionalmente se considera que la serie III era en indoeuropeo *sonora aspirada* y que en consecuencia, las lenguas que históricamente presentan en su lugar *sonoras simples* han introducido una innovación. En el capítulo de la fonética justifiqué con argumentos estrictamente comparativos por qué opino que la naturaleza fonética de la tercera serie fue realmente en indoeuropeo la de *sonora simple.* Ahora intentaré hacer algunas reflexiones sobre las consecuencias dialectales que ello implica.

Las lenguas que históricamente presentan *sonoras simples* en la tercera serie constituyen la abrumadora mayoría: tracio, dacio, ilirio, germánico, báltico, eslavo, celta, albanés, iranio, armenio, frigio y pelásgico. El tocario ha confundido las tres series en sordas. Las únicas lenguas que tienen para la tercera serie un resultado que no sea el de sonora simple (aparte de hetita y tocario) son el griego, el indio (¡no el iranio!) y el itálico (no siempre). Cabría, dado ese reparto, hacerse la misma pregunta que para las vocales a/o: ¿Hay alguna razón de alta probabilidad fonética o fonológica que imponga ese cambio? Y, si no la hay, ¿existe alguna vinculación dialectal entre las lenguas con **bh>/b/?* Ambas preguntas tienen respuesta negativa. Y también aquí todo se aclara desde el punto de vista dialectal si se invierten los términos y se considera que la realidad fonética de la tercera serie indoeuropea es la de *sonora simple.* La inmensa mayoría de las lenguas conservan intacta la situación heredada. Y al menos para dos de las tres ramas en que aparece un resultado diferente (griego e indio) pudiera haber una buena razón que lo explicara. Para el indio esa razón es obvia: la existencia históricamente cierta de esa clase de fonemas (sonoros aspirados) en el substrato en que se asentó. No puede dejar de tener significación en ese sentido el hecho de que las lenguas iranias, tan cercanas por lo demás a las indias, pero que al contrario que ellas nunca penetraron en suelo indio, carezcan de esos fonemas y tengan sonoras simples como el resto de la familia. E incluso, lo que es aún más significativo, en la medida en que tenemos información, en la lengua aria del II milenio a. C. en Asia Menor las *sonoras aspiradas* son también *sonoras (Bagarriti* de la raíz **bhag-).*

Respecto al griego, que presenta sordas aspiradas como tercera serie, lo único que puedo decir es que el pelásgico, que al menos en parte le sirvió de substrato, en virtud de su rotación consonántica era una lengua con un sistema en que había sonora/sorda/sorda aspirada, exactamente el mismo con que emerge el griego históricamente. Tal vez sea algo más que una mera coincidencia.

Probablemente a más de un lector le habrá sonado el alegato que precede sobre las dificultades de la Dialectología indoeuropea algo así como una coartada para dispensarme de ejercer de dialectólogo en este libro. Y algo de verdad hay en ello. Pero, ya que no una dialectología completa, sí quiero ofrecer aquí su vertiente diacrónica, consistente en una visión sintética del proceso de indoeuropeización, ordenando las ideas que ya he ido exponiendo a lo largo de la Parte V de este libro.

La rama indoeuropea que, de las históricamente conocidas, procede de un estrato más antiguo de la lengua común, es la anatolia. Esta afirmación, que está hecha sobre consideraciones de naturaleza exclusivamente lingüística, es compartida por la gran mayoría de los indoeuropeístas que admiten una escisión escalonada. Pero carecemos de argumentos sólidos para identificar a los anatolios con uno en concreto de los movimientos migratorios, desde las estepas hasta Asia Menor, detectados por los arqueólogos. Todo lo más que podemos decir es que hablantes de la estirpe anatolia parecen haber estado asentados en Asia Menor al menos desde 2300 a. C. Y nada se opone a que lo estén desde mucho antes. Es posible que hayan entrado realmente en la penetración de elementos kurgánicos en Asia Menor que M. Gimbutas detecta entre 3500 y 3000 a. C. Posible, aunque en rigor indemostrable.

Como es sabido, la Arqueología detecta penetraciones en Europa centro-oriental ya desde el V milenio. Obviamente, tales penetraciones partirían de un estadio indoeuropeo más antiguo que el de 3500-3000 a. C. Pero ninguna de las lenguas históricamente reconocidas como indoeuropeas parece proceder de tan remota etapa. Si hubo alguna que, aunque desaparecida hoy, aún se conservara en la antigüedad procedente de ese estrato, no podemos asegurarlo ni negarlo. De ser cierta, la vinculación del etrusco con la familia indoeuropea pertenecería, a mi entender, a esos estratos muy antiguos, y no al mismo que las lenguas anatolias, como recientemente han sugerido algunos autores.

Europa centro-oriental fue indoeuropeizada, quizás sólo parcialmente, por grupos kurgánicos en el V milenio. De ellos, como he dicho, no ha sobrevivido lengua alguna. Pero en el IV milenio se produjeron desde las estepas nuevas penetraciones en esa zona, que causaron su indoeuropeización definitiva. Estos elementos reindoeuropeizadores llevaban consigo un tipo indeuropeo no sólo más reciente que el de los primeros episodios del V milenio, sino también más moderno que el que dio origen a las lenguas anatolias.

La Europa centro-oriental, indoeuropeizada definitivamente en el IV milenio, se convirtió en un *continuum* lingüístico, desde el Báltico hasta los Balcanes, que probablemente se viera afectado durante mucho tiempo por nuevas irrupciones desde las estepas que lo matizarían localmente, lo fraccionarían y lo distorsionarían. De él emergieron las lenguas históricas que conocemos como báltico, dacio y tracio. Es verosímil que también el ilirio fuera parte de ese *continuum,* aunque no cabe descartar para él influencias centroeuropeas secundarias que le confirieran un carácter peculiar. Un rasgo que comparten todas esas lenguas es el carácter *satəm,* aunque desconocemos la fecha exacta de su introducción. En todo caso no debe haber sido un fenómeno muy antiguo porque desde alli se indoeuropeizó el occidente de Europa antes de que se introdujera ese rasgo. En cuanto al eslavo, podría haber constituido una prolongación del *continuum* en una zona periférica, oriental o nordoriental, matizado por aportes directos de elementos de las estepas, concretamente iranios en las últimas fases.

De ese *continuum,* convertido en centro secundario de indoeuropeización, partirían los elementos que llevaron la indoeuropeidad a Europa centro-occidental y septentrional. En el rincón noroccidental de Europa y en el sur de Escandinavia, los elementos indoeuropeizadores se mezclaron con la población preexistente, verosímilmente de tipo fino-ugrio, y la mezcla cristalizó como el pueblo que llamamos germánico. Es posible que durante algún tiempo los germanos fueran la periferia noroccidental de aquel *continuum,* probablemente unido a él con vinculaciones más tenues.

A su vez, de la Europa centro-occidental penetraron elementos indoeuropeizadores hacia el Occidente y el Sur, dando lugar a un conjunto de dialectos de los que se ha conservado tan sólo los restos de la hidronimia que conocemos como *alteuropäisch.* Prescindiendo del hogar ancestral de los celtas, que según toda probabilidad, fue el rincón sudoriental de Alemania junto con una parte de Francia y otra de Suiza, toda la región hoy formada por el resto de Alemania originariamente no celta ni germánica, Holanda, Bélgica, resto de Francia, resto de Suiza, Italia y España, albergó un día un conjunto de lenguas indoeuropeas entreveradas, quizás, por núcleos sin indoeuropeizar. De ellas no podemos identificar históricamente a ninguna. Únicamente, quizás, aparte de la hidronimia característica, es herencia suya alguna lengua de la que nada ha llegado hasta nosotros, pero de cuya existencia en la antigüedad tenemos noticia, como es el caso del ligur. Todos los indicios apuntan en el sentido de que ese conjunto de dialectos eran, al igual que los del *continuum* centro-oriental y el norte de Europa, lenguas /a/.

Como sabemos, posteriormente toda esa zona fue reindoeuropeizada más de una vez, a cargo de pueblos históricamente bien conocidos, concretamente celtas, germanos e itálicos. De ellos, el germánico es claramente, como ya he dicho, la cristalización de la indoeuropeización del sur de Escandinavia y

norte de Alemania. Pero del celta y el itálico estamos menos seguros. Es posible que el celta sea, en forma paralela, la variedad en que históricamente emerge el dialecto paleoeuropeo local de aquella zona. Para ello no supone un inconveniente el que el celta sea una lengua a/o, mientras que su hipotético antecesor el paleoeuropeo fuera una lengua /a/. Por el contrario, eso armonizaría perfectamente con el hecho de que el antepasado (paleoeuropeo) tendría el arcaísmo (/a/), mientras que el descendiente (celta) tendría la innovación (/o/). Repito que ese origen del celta (como forma histórica del correspondiente dialecto local del paleoeuropeo) es posible. Pero también podría ser el celta el resultado de un contingente llegado tardíamente a Centroeuropa desde otro lugar, quizás los Balcanes, lo que adquiriría algún fundamento si K. H. Schmidt tuviera razón al encontrar conexiones del celta con el griego. Finalmente, no sabemos exactamente desde dónde ni cuándo llegó a Italia el itálico. Pero sea o no cierto que el celta cristalizó *in situ,* a partir de un dialecto del paleoeuropeo, no sería descabellado pensar que sí fue eso lo que sucedió exactamente con el itálico.

De una etapa de la lengua común más reciente que la reflejada en las lenguas de Europa derivan las que podríamos llamar *orientales.* Al parecer en la lengua común se habían producido entre tanto diversas innovaciones de las que no participaron ya ni el anatolio ni todo el complejo europeo. A modo de simple ejemplo citaré el llamado *aumento* como marca del tiempo pasado. En concreto, el armenio, el frigio y el griego proceden de ese estadio más reciente. Según todos los indicios, la migración de las estepas de que derivan esos grupos se asentó en los Balcanes, interfiriendo en aquel antiguo *continuum.* Desde allí los armenios parecen haber penetrado muy pronto en Asia Menor, seguidos más tarde por los frigios. Ambas lenguas comparten con las del *continuum* balcánico el rasgo de su carácter *satəm.* En cuanto a los griegos, se establecieron inicalmente, según parece, en el Epiro, para descender más tarde hasta la Hélade. El griego es por ello heredero de un tipo indoeuropeo de los más modernos. Tiene en común con el frigio y el armenio el ser lenguas /o/, aunque no sabemos si se trata de una innovación realizada en común o independientemente. Pero es razonable pensar que la innovación a/o debió producirse en esas lenguas de reciente incorporación a los Balcanes, fuera ya de las estepas. Porque las lenguas posteriores que de ellas van a salir seguirán siendo lenguas /a/. Es probable, pues, que la innovación /o/ se realizara por parte del griego, armenio y frigio ya en suelo balcánico. Y es posible que otras lenguas históricamente asentadas allí participaran de ella, como quizás el peonio. En cualquier caso, griego, armenio y frigio son lenguas con muchos rasgos dialectales comunes debidos por una parte a que proceden de un mismo estadio indoeuropeo, y de otro a que compartieron una estancia, quizás con vecindad, en los Balcanes. Pero no encuentro razones para establecer si los tres pertenecen a un mismo movi-

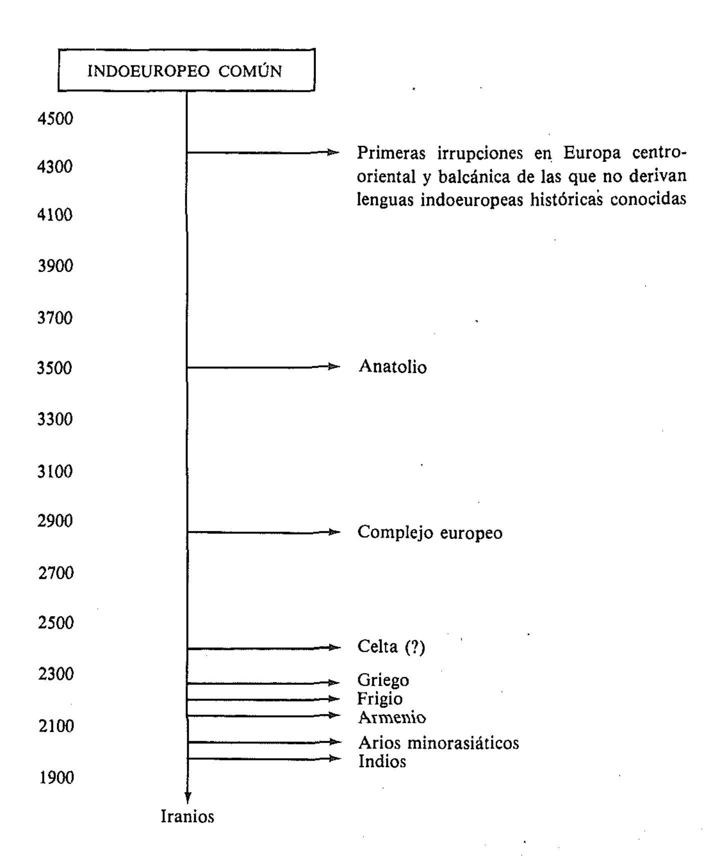
miento migratorio o a dos o tres sucesivos. Y, mucho menos, para establecer la cronología relativa de esos eventuales movimientos. En cambio, la relación del tracio con el frigio, que durante mucho tiempo se creyó tan cercana como para hablar de un grupo común traco-frigio, se ha ido diluyendo a medida que se ha conocido algo más de una y de otra.

Con la separación del griego, el frigio y el armenio, quedaba ya en la patria originaria de las estepas tan sólo la población cuya modalidad de indoeuropeo iba a emerger históricamente como indo-iranio. Pero aun así parece haber habido una gradación en los correspondientes procesos migratorios ulteriores. Los arios que en el II milenio aparecen en Babilonia, Mitanni y Palestina, son los siguientes indoeuropeos que salieron de las estepas, y a ellos les siguen los indios propiamente dichos. Pero no hay que pensar que el indio salió de las estepas en la forma en que nos lo presentan los vedas. El védico es ya una forma muy modificada, influida, sin duda, por el substrato en diversos puntos de su fonética como son: 1) Conversión en *sonora aspirada* de la tercera serie (que aún era *sonora simple* en el ario minorasiático), 2) Fonologización de una cuarta serie, la *sorda aspirada,* 3) Introducción de un orden *cerebral.*

Tanto la migración que dio origen a los griegos como la que dio origen a las arios minorasiáticos (y a los indios) se produjo en época cuya cronología absoluta puede ser horquillada con verosimilitud gracias a la circunstancia de que llevaron consigo la invención del carro tirado por caballos como arma de guerra. Tentativamente podría pensarse entre 2700 como pronto para los grupos más antiguos que partieron de las estepas con la técnica del carro (lo que incluye a los griegos), y 2000 como muy tarde para los más recientes, que son los arios minorasiáticos y los indios que, según todos los indicios, fueron los que introdujeron el carro de combate en Asia Menor, y de ellos lo tomaron otros pueblos, como los hetitas. En cuanto a los celtas, hay datos para pensar que para fines bélicos el uso del carro es entre ellos más antiguo que la monta.

Entre 2000 y 1500 se introdujo en las estepas la técnica perfeccionada del bocado, que permitía combatir a caballo. Los grupos que salieron de ellas tras los indios, las distintas variedades de iranios, son ya jinetes. Ellos fueron los últimos en ir abandonando durante un dilatado período de tiempo la patria ancestral de las estepas. Los últimos episodios de todo el proceso suceden ya a plena luz de la historia con los incursiones de cimerios, escitas y sármatas. Sin embargo, algunos quedaron allí al parecer. El dialecto oseta es el testigo viviente de que otrora las estepas fueron dominadas por gentes de estirpe indoeuropea. Pero posteriormente otros pueblos la ocuparon y poseyeron.

Sin otra implicación dialectal que el reflejar en un diagrama las etapas en la desmembración dialectal que acabo de describir, ofrezco el siguiente esquema:



Para la correcta interpretación de lo que quiero significar con este diagrama son necesarias algunas precisiones y advertencias. La primera de ellas, aunque obvia, no quiero silenciarla: las fechas, que aparecen en la primera columna en años a. C., desde luego son meramente orientativas. Aunque la historia de la lengua común indoeuropea, representada en su eje temporal por la línea vertical, constituye un devenir diario sin interrupciones ni cortes bruscos, mediante el esquema que presento quiero significar que de las modalidades habladas en el V milenio no ha quedado ningún heredero histórico entre las lenguas ordinariamente tenidas por indoeuropeas. De las formas habladas en el IV milenio son herederas principalmente las lenguas anatolias, y tal vez alguna(s) lengua(s) de substrato en Grecia. Del indoeuropeo del III milenio hay ya testimonio más abundante. Dentro de él podemos distinguir las variedades históricas derivadas del indoeuropeo del III milenio temprano, representadas por el complejo europeo, y las derivadas del III milenio tardío representadas por el celta, griego, frigio, armenio e indo-iranio. En mi opinión el tocario, que por las ambigüedades inherentes a su clasificación no introduzco en el dia-

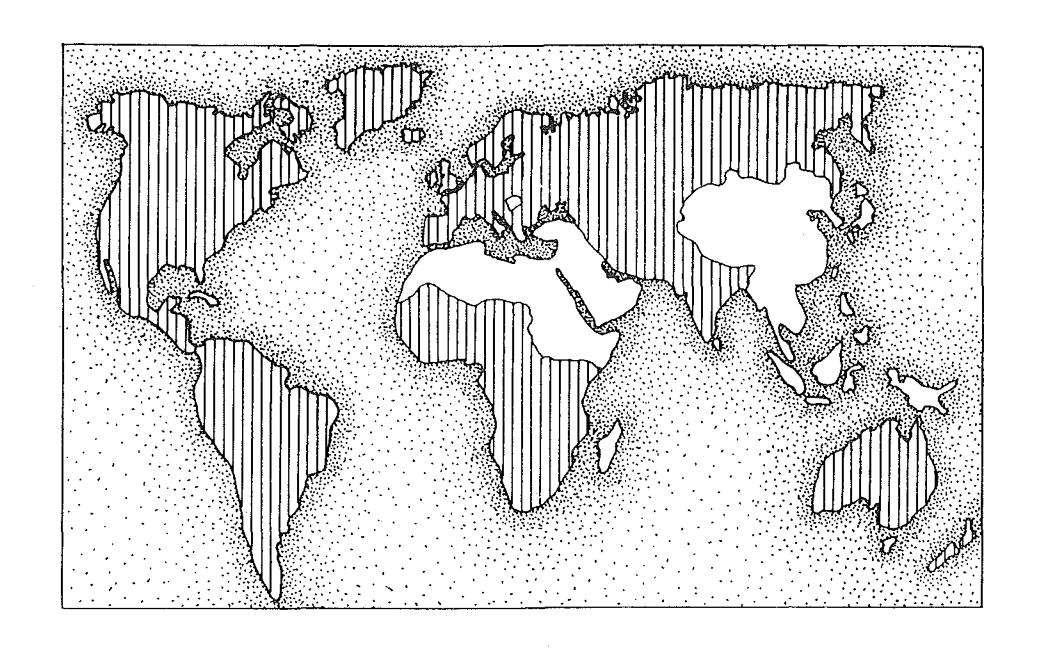
grama, procede desde luego del indoeuropeo del III milenio, aunque no me es posible establecer una mayor precisión cronológica.

Insisto en que el diagrama no pretende recoger más que la secuencia escalonada de la desmembración dialectal. En modo alguno intento recoger en él las restantes modalidades de nexos dialectales descritos en las páginas que preceden.

Con excepción de la primera separación del V milenio, incluida en el diagrama, no recojo los posibles movimientos de poblaciones desde las estepas que no han dado lugar a lenguas históricamente conocidas.

La flecha vertical representa la historia de la lengua común en la sede ancestral de las estepas del sur de Rusia, y las flechas horizontales simbolizan las sucesivas escisiones habidas. Tras las últimas de ellas representadas en el diagrama (la de los arios minorasiáticos y la de los indios), en las estepas solo quedaron los núcleos de población que emergerán en la historia como iranios. Eso y no otra cosa es lo que quiere indicar el nombre de los iranios en el extremo final de la flecha vertical.

Finalmente el concepto de «complejo europeo» se encuentra definido en las páginas que preceden.



Extensión de las lenguas indoeuropeas en la actualidad, bien como lenguas nativas, bien como lenguas con reconocimiento oficial (según Mallory)

Tras la caída del Imperio Romano y las grandes invasiones de los siglos v y vi el proceso de indoeuropeización de Europa estaba casi por completo concluido, y la tendencia expansiva que los indoeuropeos habían mostrado durante los cinco mil años precedentes quedó adormecida durante todo un milenio. Pero se reactivó de nuevo entre los siglos xv-xvi. España, Inglaterra y Rusia (y en menor medida otros pueblos europeos) se erigieron en los nuevos centros secundarios de indoeuropeización. Y comenzó el proceso de introducción en los otros continentes. Con el ruso, la indoeuropeización llegó hasta Vladivostok en el Extremo Oriente. Con el español y el portugués se indoeuropeizó América Central y del Sur. Con el inglés, América del Norte y Australia. En África se establecía en su extremidad sur una lengua germánica. Y el francés y el inglés ganaban terreno en otros lugares de su geografía. Nadie podría decir si el proceso de expansión se ha detenido definitivamente.

Epílogo

RECORRER HACIA ATRÁS
EL CAMINO DE LA HISTORIA

Hoy, en el siglo xx, las lenguas indoeuropeas son numerosas y están extendidas por los cinco continentes. Durante los últimos cinco o seis mil años no han hecho otra cosa que extenderse progresivamente a partir del pequeño núcleo original de las estepas del sur de Rusia. En las páginas de este libro he intentado describir algunos aspectos de ese espectacular crecimiento y difusión.

Hace seis o siete mil años, allá por el V milenio a. C., la lengua de nuestros remotos antepasados era tan sólo una pequeña lengua, hablada por un puñado de gente en un espacio más o menos limitado. Pero el V milenio a. C. no era en ningún sentido el principio de los tiempos, ni la lengua de aquellos primitivos indoeuropeos era la primera lengua de la humanidad. Muy al contrario, antes de ese momento hay un dilatado discurrir de acontecimientos, una larga cadena de fases de desarrollo del hombre. Y esa lengua no es sino el resultado de un largo proceso de evolución desde formas más antiguas. Y es por eso por lo que resulta inevitable preguntarse desde dónde habían llegado los indoeuropeos a las estepas, y si su lengua formó parte de un grupo más antiguo de lenguas emparentadas.

Se trata en definitiva de continuar la cadena. El español tiene lenguas *hermanas* como el italiano, el francés o el rumano, que derivan todas de un antepasado común, el latín; a su vez el latín —ascendiendo un escalón en la jerarquía— tiene lenguas *hermanas* como el griego, el sánscrito, el germánico y el eslavo, todas las cuales derivan de una lengua común más antigua que es el indoeuropeo. Parece legítimo preguntarse de la misma forma si el indoeuropeo tenía lenguas hermanas, cuáles eran y cuándo se habló la lengua común más antigua de la que ellas derivaron. Con ello daríamos un paso más en la búsqueda de nuestras propias raíces. Y, como era de esperar, han sido muchos los estudiosos que se han interesado en ese problema y muchas las candidatas a

lenguas hermanas del indoeuropeo. Sin duda, no tiene interés una exposición minuciosa de todas las propuestas más o menos razonables, más o menos descabelladas, que se han ido haciendo a lo largo de los dos últimos siglos. Creo que bastará con una muestra de lo más significativo.

El propio F. Bopp, el gran fundador de la ciencia de la indoeuropeística, fue también el primero en buscarle al indoeuropeo parientes exóticos. En 1842 propuso que el *malayo-polinesio* sería hermano del indoeuropeo. Y en 1847 se inclinó por las *lenguas caucásicas.* Estas propuestas, carentes de bases sólidas, no contaron en los años subsiguientes ni siquiera con el apoyo del propio Bopp, que en la segunda edición de su *Gramática comparada* (1858) no volvió a tomarlas en cuenta.

No menos exótico es el emparentamiento que propuso en 1928 un misionero, el padre Eckardt: el indoeuropeo sería lengua hermana del *coreano.* La hipótesis, más propia de un *dilettante* que de un profesional de la comparación, se basaba en correspondencias fonéticas demasiado laxas acompañadas de equivalencias semánticas arbitrarias y adobada de no pocos errores debidos a un conocimiento muy superficial del coreano. Y, sin embargo, sorprendentemente mereció crédito a ojos de un indoeuropeísta serio como H. Güntert. Algo después, en 1933, H. Koppelmann hizo una versión más profesional de la hipótesis. Pero, en el fondo, las deficiencias siguieron siendo las mismas y el eco alcanzado prácticamente nulo.

El *sumerio* es una lengua misteriosa desde muchos puntos de vista. Creadores de la gran civilización mesopotámica, los sumerios se nos presentan como un pueblo aislado, cuya lengua no tiene parientes ni en el presente ni en el pasado. Pero C. Autran creyó encontrarlos en la familia indoeuropea. La hipótesis del parentesco genético entre sumerio e indoeuropeo, que remonta también a los años 20 de este siglo, se basaba exclusivamente en ciertos parecidos léxicos como sumerio *agar* «campo», latín *ager;* sumerio *buru* «fruto», latín *frux;* sumerio *dam* «esposa», griego δάμαρ; etc. Como las coincidencias que prueban el parentesco genético son las sistemáticas, éstas esporádicas carecen de valor, y recuerdan el estado de cosas en que se encontraba el descubrimiento de la existencia de la familia indoeuropea cuando viajeros como F. Sasseti regresaban de la India sorprendidos por el curioso parecido de un puñado de palabras latinas y sánscritas. Pero mientras que la familia indoeuropea logró ver demostrada científicamente su realidad con el descubrimiento de pruebas incontestables, el parentesco del indoeuropeo con el sumerio no parece llamado a la misma fortuna. De hecho, no ha recibido ulteriores corroboraciones.

Quizás el más sorprendente de los emparentamientos endosados al indoeuropeo sea el propuesto por Jensen, también en la primera mitad de este siglo.

El indoeuropeo sería lengua hermana nada menos que del chino, lo que a su vez se utilizó como argumento en pro de un emplazamiento asiático de la patria originaria. Los argumentos aducidos por Jensen son escasos (se reducen prácticamente a cinco) y todos de naturaleza léxica: 1) el nombre de la «miel», que en chino derivaría de **myet* y que se relacionaría con indoeuropeo **medhu;* 2) el nombre del «perro» que en chino antiguo sería *k'i̯ʷen,* emparentable con indoeuropeo **kwôn;* 3) el nombre del «caballo» que en chino partiría de una forma **mar,* relacionable con la forma celta y germánica **marko-;* 4) el nombre de la «leche agria», que sería en chino *lak,* semejante al indoeuropeo **glak-t;* 5) el nombre de la «oca», que sería en chino **gan,* comparable a indoeuropeo **ghans-.*

En esta rápida enumeración de intentos de emparentamiento no puedo dejar de mencionar el del *ainú.* En el extremo oriental de Asia, concretamente en el sur de la isla Sajalín, en la de Hokkaido y en las Kuriles, habita un pueblo de características muy diferentes a los restantes de su entorno. En contraste con ellos, los ainú tienen la piel blanca y provista de tal cantidad de pelo, que algunos afirman que es el pueblo más piloso de la tierra. Tradicionalmente viven en pequeñas aldeas junto al mar, y subsisten cazando, pescando y recolectando plantas silvestres. Los hombres suelen llevar luengas barbas y las mujeres se decoran en torno a la boca con un tatuaje que semeja un bigote. Su religión se centra principalmente en el culto a las fuerzas naturales y en la veneración de los antepasados. Actualmente sufren una fuerte presión cultural por parte de sus vecinos japoneses, que poco a poco los van asimilando.

Sobre la base de algunas de sus características antropológicas se les ha buscado emparentamiento con las poblaciones de Australia y Nueva Guinea. Sin embargo, la lengua de los ainú no tiene relación alguna ni con las de su entorno ni con las australianas. Y tanto el pueblo como su lengua constituyen un verdadero misterio para la Lingüística, la Antropología y la Historia.

En lo que a la lengua ainú se refiere, hubo, como suele suceder en estos casos, diversos intentos fantásticos de emparentamientos propuestos por aficionados, concretamente con el asirio, el malayo o el hebreo. El primer estudio profesional se debe a H. Koppelmann, recién mencionado a propósito del coreano, que en realidad emparentaba al indoeuropeo, al coreano y al ainú como miembros de una misma familia.

La idea cayó en manos de un lingüista respetable, como Naert que intentó demostrarla según los criterios usuales en Gramática Histórico-Comparativa. Si bien, modificó un tanto la idea: la relación entre ainú e indoeuropeo consistiría simplemente en que el ainú sería un miembro más de la familia indoeuropea, al mismo título que el sánscrito o el celta.

Encontró Naert hasta 450 correspondencias (años más tarde ampliadas con algunas más por I. Lindquist) y se esforzó en buscar correlaciones fonéticas

sistemáticas. Y su argumentación hay que admitir que no carece por completo de fundamento. Tales correspondencias —argumentaba Naert— no pueden ser debidas al azar: sólo 200 coincidencias harían que las probabilidades de azar descendieran a una cifra de 40 decimales. Y tampoco pueden ser préstamos, ya que entre las coincidencias se encuentran elementos léxicos que generalmente no se intercambian entre las lenguas. Y por otra parte, ¿préstamos desde qué lengua indoeuropea, rodeado como está el ainú por lenguas de muy distinta filiación?

Entre los elementos comparables del ainú y el indoeuropeo difícilmente prestables se encuentran: 1) ainú *tu* «dos», indoeuropeo **dwō;* 2) ainú *wa* y *awa,* sufijos de participio, indoeuropeo **wes-/wos-/us-,* sufijo de participio de perfecto; 3) ainú *tan* «este», indoeuropeo **to;* 4) ainú *ku* «yo», indoeuropeo **egō;* 5) ainú *un* «nosotros», indoeuropeo **n̥s* (cf. alemán *uns,* etc.).

No hay, sin embargo, entre ainú e indoeuropeo coincidencias significativas en el ámbito de los sistemas gramaticales (sufijos y desinencias), que fueron las que resultaron decisivas en la demostración de la familia indoeuropea. Sin embargo, parece haber algunos paralelos sorprendentes en el terreno de las alternancias vocálicas, tanto en su vertiente meramente fonética como en su utilización gramatical.

Para valorar el posible significado de la coincidencia en las alternancias vocálicas, hay que tener en cuenta que al ser éstas un procedimiento redundante y en decadencia ya desde el indoeuropeo común, que tiende a ser liquidado en fases históricas (fase *sparita),* tenemos razones para pensar que es un recurso más arcaico que el de las desinencias. Y ello significaría que si el ainú comparte las alternancias vocálicas pero no las desinencias podría representar un parentesco de una fase muy remota. Lo que resultaría de extraordinaria importancia para penetrar más profundamente en la prehistoria de nuestra familia lingüística.

Sin embargo, aunque el panorama puede parecer prometedor, no ha logrado convencer a demasiados estudiosos. La mayoría sigue prefiriendo mantener el juicio en suspenso. Luego examinaré las causas de ese escepticismo y discutiré en qué medida resulta razonable. Porque en realidad, las dificultades que encuentra la tesis del ainú para abrirse camino son las mismas en definitiva que las de otros posibles emparentamientos que nos quedan aún por examinar.

Como he repetido varias veces a lo largo de este libro, las lenguas se agrupan por lo general en familias. Y una de las grandes familias lingüísticas es el *urálico,* que comprende varias ramas, principalmente el *fino-ugrio* de un lado y el *samoyedo* de otro. Lenguas bien conocidas de la rama fino-ugria son el *finlandés,* el *lapón,* el *estonio* y el *húngaro.* La rama samoyeda consta, en cambio, de lenguas de nombre poco familiar *(yurak, tavgi, kamasin, mator,*

etc.). Ubicados al principio de la era cristiana en las zonas suroccidentales de Siberia, ninguno de los pueblos samoyedos ha contado, ni en el pasado ni en el presente, con relevancia política y cultural que los haya hecho conocidos.

Las coincidencias entre las lenguas urálicas, particularmente las fino-ugrias, y las indoeuropeas son abundantes. Pero nos consta que las fino-ugrias han estado incorporando préstamos de las indoeuropeas desde hace milenios. Y por consiguiente, resulta particularmente difícil diferenciar con certeza las coincidencias que se deben a préstamos de las que pudieran tener algún eventual fundamento genético.

Los intentos de relacionar el fino-ugrio con el indoeuropeo remontan al siglo XIX. El primer trabajo sistemático corresponde a N. Anderson, que no tuvo demasiada fortuna. Y en la historia de la indagación se inscriben nombres como los de B. Munkácsi, K. B. Wiklund, H. Jacobsohn, H. Sköld y B. Collinder. Y a favor de la tesis de la relación genética entre indoeuropeo y fino-ugrio se pronunciaron lingüistas del prestigio de Pedersen. Pero el problema del urálico en general estaba llamado en la segunda mitad del siglo XX a ser englobado en un conjunto más amplio al que más abajo me referiré.

Las afinidades del indoeuropeo con el *ainú* y otras lenguas que examiné más arriba, están prácticamente circunscritas al léxico. Pero en el caso del urálico se dan coincidencias mucho más relevantes. Una buena cantidad de ellas pertenecen al ámbito de los pronombres, terreno éste que podría tener una significación particular. He aquí las más interesantes: 1) **mo* como elemento base para el pronombre de 1.ª persona de sg.; 2) **to,* para el de 2.ª; 3) **so,* para el reflexivo; 4) **e, o, ei, i* con valor demostrativo; 5) pronombre relativo en **yo;* 6) interrogativo-indefinido **ku, ki, ka.*

Por añadidura, se aducen varias coincidencias gramaticales. Entre ellas diversos sufijos verbales, algunos de los cuales resultan tan característicamente indoeuropeos como *-*y, -*n, -*sk.* Y, finalmente, entre ambos grupos coinciden incluso algunas desinencias, nominales y verbales: 1) nominal de acusativo *-*m;* 2) verbal de 1.ª sing. *-*m;* 3) verbal de 1.ª pl. *-*me;* 4) verbal de 2.ª pl. *-*te.*

Pero, junto a esas coincidencias, hay grandes discrepancias en el ámbito de los numerales, otra parcela del léxico generalmente muy conservadora e igualmente poco propicia a los préstamos. Es dudoso incluso que el sistema numeral haya sido en urálico de base decimal hasta épocas muy tardías. Sin embargo, de los dos sistemas originarios que se discuten como antiguos en urálico (el quinario y el sexagesimal) el quinario podría haber precedido también en la familia indoeuropea al decimal.

Quizás sea con el grupo de las lenguas semíticas con las que de una manera más insistente y sistemática se ha intentado establecer relaciones de afinidad genética. Pero entre el semítico y el indoeuropeo se plantea la misma limitación que en mayor o menor grado preside todas estas hipótesis: que las

coincidencias en el terreno de los sistemas gramaticales son prácticamente inexistentes. Pero los defensores del parentesco indo-semítico no se arredraron por eso. Muy al contrario, razonaron con buena lógica de la forma que sigue: los sistemas gramaticales de las lenguas indoeuropeas no pueden ser eternos. Como todo hecho de lengua se originaron en un momento indeterminado de la prehistoria y eventualmente van siendo liquidados a ritmo desigual en las diferentes ramas de la familia. Ello quiere decir que si el indoeuropeo tenía parientes de los que se separó en una época anterior al desarrollo de los sistemas gramaticales, esos parientes no han podido participar en su desarrollo. Y para descubrirlos y demostrar su existencia desgraciadamente no podremos disponer del precioso argumento de las *coincidencias en el terreno de la gramática.*

En lo que a las relaciones del semítico con el indoeuropeo se refiere, resultaban a sus defensores evidentes por igual dos cosas: 1) que las tales relaciones existían, y 2) que no incidían en el ámbito de los sistemas gramaticales. Y la consecuencia era obvia para ellos: entre el semítico y el indoeuropeo existe comunidad genética de origen, habida en una época anterior al desarrollo de los respectivos sistemas gramaticales históricos que uno y otro habrían desarrollado tras la separación. Los estudios tendentes a demostrar esa comunidad genética han de centrarse en consecuencia en la etapa *pregramatical.* Ese término y con ese contenido fue acuñado ya en el siglo pasado por Raumer y Delitsch.

Descartado el recurso a la gramática, no se desistió, sin embargo, en el empeño, sino que se esforzaron en encontrar otros procedimientos equivalentes en rigor y capacidad demostrativa. En concreto el terreno elegido fue por una parte el de las correspondencias fonéticas sistemáticas y por otro el de la estructura de la raíz. Y en ese ámbito se centró la indagación ulterior, si prescindimos de un intento desafortunado de encontrar coincidencias gramaticales llevado a cabo por el israelita Ascoli, muy deseoso por lo visto de emparentar ambas familias.

Entre el último cuarto del siglo pasado y la primera mitad de éste, la tesis del indo-semita fue defendida sobre todo por H. Møller y A. Cuny. Y cuando F. de Saussure descubrió los nuevos fonemas para los que Møller propuso el nombre de «laringales», ambos —Møller y De Saussure— creyeron haber encontrado un buen argumento en favor de la tesis indo-semítica, ya que en las lenguas semíticas existían característicamente fonemas de esa naturaleza.

Hay una anécdota graciosa, que revela bien el estado de opinión de la época. En 1881 Osthoff, en la cima de su autoridad, reaccionó tan violentamente y se opuso tan categóricamente a cualquier insinuación por ese camino, que tanto Møller como de Saussure se plantearon la posibilidad de abandonar definitivamente la Lingüística Comparativa para dedicarse a la crítica de la epopeya germánica.

Aquéllos eran malos tiempos para esas ideas. La posibilidad de un emparentamiento *pregramatical* entre semitas e indoeuropeos resultaba materia tabú para los neogramáticos, aterrados de perder pie con elucubraciones subjetivas sobre el origen del lenguaje, tan frecuentes poco antes. Porque ellos no tenían todavía la perspectiva temporal de que nosotros disponemos, al saber que la Humanidad ha estado hablando y sus lenguas evolucionando durante muchos milenios antes de la era cristiana. Hoy sabemos que el origen de los sistemas morfológicos indoeuropeos está cronológicamente muy alejado del origen de las lenguas. Y que discutir cómo surgieron esos sistemas no roza ni de lejos el origen del lenguaje humano. Pero los neogramáticos no lo sabían. Y se esforzaron, dentro de su sistema de referencias, en preservar la ciencia rigurosa de la Lingüística Histórica apartada de los caprichos de la mera elucubración.

La posible relación entre el semítico y el indoeuropeo atravesó en medio de un silencio e indiferencia general el final del siglo pasado y el primer tercio de éste. Y solamente en 1933 se le permitió a Cuny hablar de él en un congreso internacional de lingüistas. Pero el mayor interés por el tema que allí solicitó Cuny nunca llegó a suscitarse. Únicamente un discípulo de Møller, H. Pedersen, se atrevió a hacer pública profesión de fe en las tesis de su maestro. Y él constituye el punto de transición entre el pasado y el presente de esas ideas. En efecto, a él se deben al menos dos aportaciones que se han incorporado a la indagación moderna. La una es haber reunido en una sola familia no sólo a semitas e indoeuropeos, o a semitas y urálicos, sino todos ellos y algunos más (indoeuropeos, semitas, camitas, urálicos, altaicos, yukagir y esquimales) en una macro-familia. La otra es el nombre que propuso para esa lengua común originaria de la que supuestamente derivaría toda la macro-familia. Basándose en la analogía del nombre que los romanos daban al Mediterráneo *(Mare Nostrum),* Pedersen pensó en la *Lingua Nostra,* de donde extrajo el término *Nostrático,* que hoy se ha impuesto definitivamente.

Pero la postura favorable de Pedersen era del todo excepcional. En la primera parte de este siglo muchos lingüistas admitían en voz baja que no es inverosímil que el indoeuropeo se encuadre en una familia más amplia de lenguas. Pero, faltos de instrumento para acceder a una demostración del tenor al que los comparatistas estamos habituados, preferían no pronunciarse en público y refugiarse en un cauto escepticismo. Lo que no impidió que Meillet manifestara su impresión de que las lenguas de todos los pueblos de raza blanca podrían derivar de un antepasado común.

El Método Comparativo ha logrado éxitos espectaculares aplicado a la familia indoeuropea, a la semítica, a la románica o a la germánica. En el estudio de la historia y prehistoria de las lenguas ofrece unas garantías de rigor

como pocas ciencias humanas. Y es legítimo que muchos comparatistas se aferren a su aplicación en el estudio de los parentescos entre las lenguas y desdeñen toda hipótesis que no logre superar el alto listón de sus exigencias. Pero eso nos conduce inexorablemente a una aporía. El Método Comparativo tiene limitaciones cronológicas. Su validez, su aplicabilidad están circunscritas a unas determinadas coordenadas espacio-temporales. O, si se prefiere, a unos determinados niveles de parentesco.

Hablar, como venimos haciendo, de *parentesco* entre las lenguas es ciertamente una metáfora. Como tal, no debe entenderse literalmente. A pesar de lo cual, sigue siendo útil el empleo de la terminología de familia. Y ahora voy a avanzar un paso más por ese camino. Efectivamente, el parentesco entre las lenguas, como entre las personas, puede ser más o menos próximo. Y en esa perspectiva, podemos establecer tres niveles. Llamaremos *parentesco próximo* al que existe entre lenguas cuyo antepasado común se hablaba entre 1.500 y 2.500 años antes. Este tipo de parentesco es el que une entre sí a las lenguas romances, o a las germánicas. *Parentesco medio* (*parentesco* a secas) es aquel que se da entre lenguas cuyo antepasado común se habló hace 6.000 o 6.500 años. Este tipo de parentesco es el que une entre sí a las lenguas indoeuropeas o a las lenguas semíticas. Finalmente, *parentesco lejano* será el que se da entre lenguas cuyo antepasado común se habló hace 10.000 años o más. Obviamente, todo parentesco entre la familia indoeuropea y otras familias lingüísticas cae dentro de la categoría de parentesco lejano.

Pues bien, el Método Comparativo, que ha dado sus grandes frutos en el ámbito del parentesco próximo y medio, se revela bastante menos conclusivo en el del parentesco remoto. Y ahí está la aporía. Ningún lingüista negaría la existencia de parentescos remotos entre las lenguas. Ninguno dudaría de que el indoeuropeo, o el semítico, o el urálico, hubieron de tener parientes. Muy pocos vacilarían en reconocer el enorme interés que un conocimiento preciso de esos parentescos remotos ofrecería para penetrar más profundamente en la prehistoria de los pueblos indoeuropeos en particular y de la Humanidad en general. Y, sin embargo, son muy pocos los que estarían dispuestos a embarcarse en tal aventura científica en la que se sienten carentes del instrumento adecuado para obtener resultados rigurosos.

Una segunda dificultad, no pequeña, que obstaculiza igualmente el desarrollo de esta provincia de la Lingüística Histórico-Comparativa es su propia complejidad intrínseca. Ya es ardua la labor de un indoeuropeísta, que ha de conocer decenas de lenguas cuyo manejo es imprescindible en la comparación. Pero un *nostratista* ha de conocer no ya decenas, sino centenares de lenguas del más variado cuño, que pueden ir desde el hebreo al dravídico; del japonés al lapón; o del turco al eslavo antiguo. El bagaje de conocimientos previos que se necesitan hace la profesión de nostratista inasequible para la mayoría de los

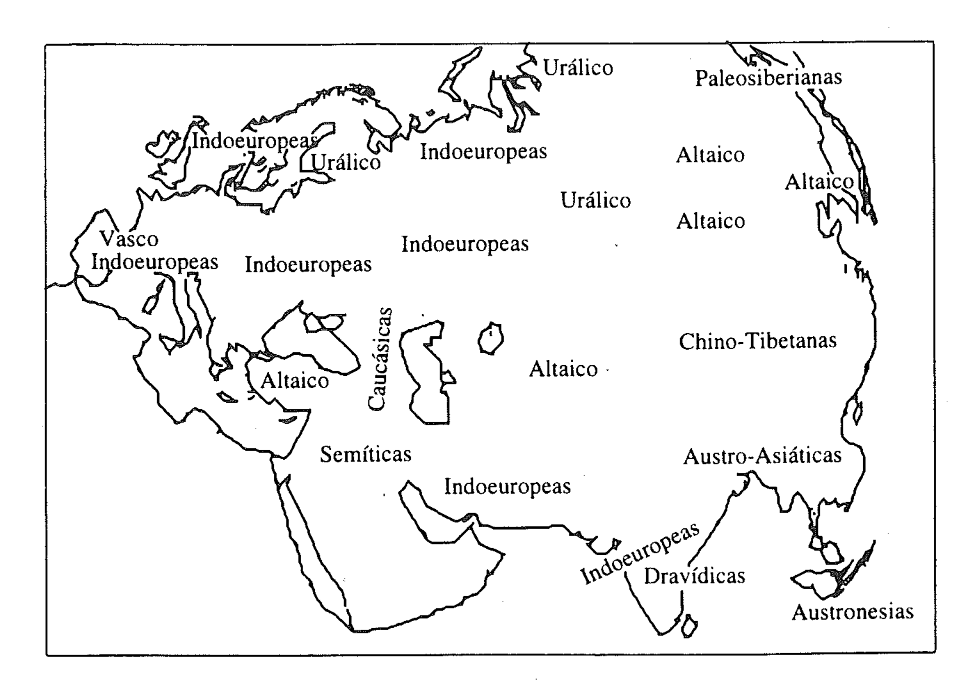
lingüistas. Y ahí, en esas dos circunstancias —debilidad del Método en distancias tan lejanas y dificultad de adquisición de centenares de lenguas— deben encontrarse las claves del estancamiento de un estudio, por lo demás tan apasionante y prometedor de descubrimientos revolucionarios para nuestra historia.

A pesar de todo, allí donde hay un misterio surge siempre una mente dispuesta a aceptar el reto. En nuestro caso fueron varios jóvenes y brillantes comparatistas rusos, particularmente V. M. Illič-Svityč y A. B. Dolgopolsky, quienes trabajando separadamente llegaron a conclusiones similares a mediados de los años 60. Según esos autores, el *indoeuropeo* pertenecería a la misma familia lingüística que el *afroasiático* (semítico, egipcio antiguo, bereber), *urálico* (finlandés, húngaro, samoyedo), *altaico* (turco, mongol, japonés, coreano), *kartvélico* (es decir, *caucásico meridional:* georgiano, svano, zano) y *dravídico* (telugú, tamil, kannada). El antepasado común de esta macro-familia sería el *nostrático,* que habría sido hablado en el Oriente Medio hacia 12000 o 15000 a. C. Sus hablantes se habrían desparramado desde allí hasta ocupar casi toda Eurasia y una parte de África.

La reacción de la comunidad científica a esta hipótesis ha sido muy dispar. Puede decirse que en el mundo occidental ha pasado ampliamente desapercibida, a pesar de algunos asentimientos aislados como los de Pisani, Anttila o Birnbaum. Pero en la antigua Unión Soviética han gozado de buena aceptación. Un indoeuropeísta prestigioso como V. V. Ivanov llegó a decir que la demostración del parentesco genético de las lenguas nostráticas llevada a cabo por Illič-Svityč era uno de los máximos logros del siglo xx, no sólo en el ámbito de la Lingüística sino en conjunto de las Ciencias Humanas.

V. M. Illič-Svityč murió prematuramente en 1966, cuando sólo contaba 32 años. Una pérdida irreparable para estos estudios, si tenemos en cuenta la dificultad de encontrar un lingüista con el dominio de un número de lenguas suficiente para la empresa. Y A. B. Dolgopolsky se vio obligado muy pronto a emigrar a Israel. A pesar de lo cual, el estudio del nostrático se ha mantenido en la antigua Unión Soviética a cargo de estudiosos como B. Cop y, en general, de alumnos de ambos, dirigidos ahora por V. A. Dybo. Y en los últimos años ha habido interesantes aportaciones de N. D. Andreev.

Lo que marca la diferencia entre los estudios antiguos y los modernos en el terreno de los parentescos eventuales del indoeuropeo con otras familias lingüísticas es un replanteamiento de los métodos. Para los estudiosos rusos resulta evidente lo que ya en el siglo pasado sospecharon algunos. El parentesco de estas macro-familias remonta a etapas anteriores al desarrollo de los sistemas morfológicos característicos de las lenguas indoeuropeas. Y, siendo así las cosas, no se puede seguir exigiendo la coincidencia morfológica. Procede

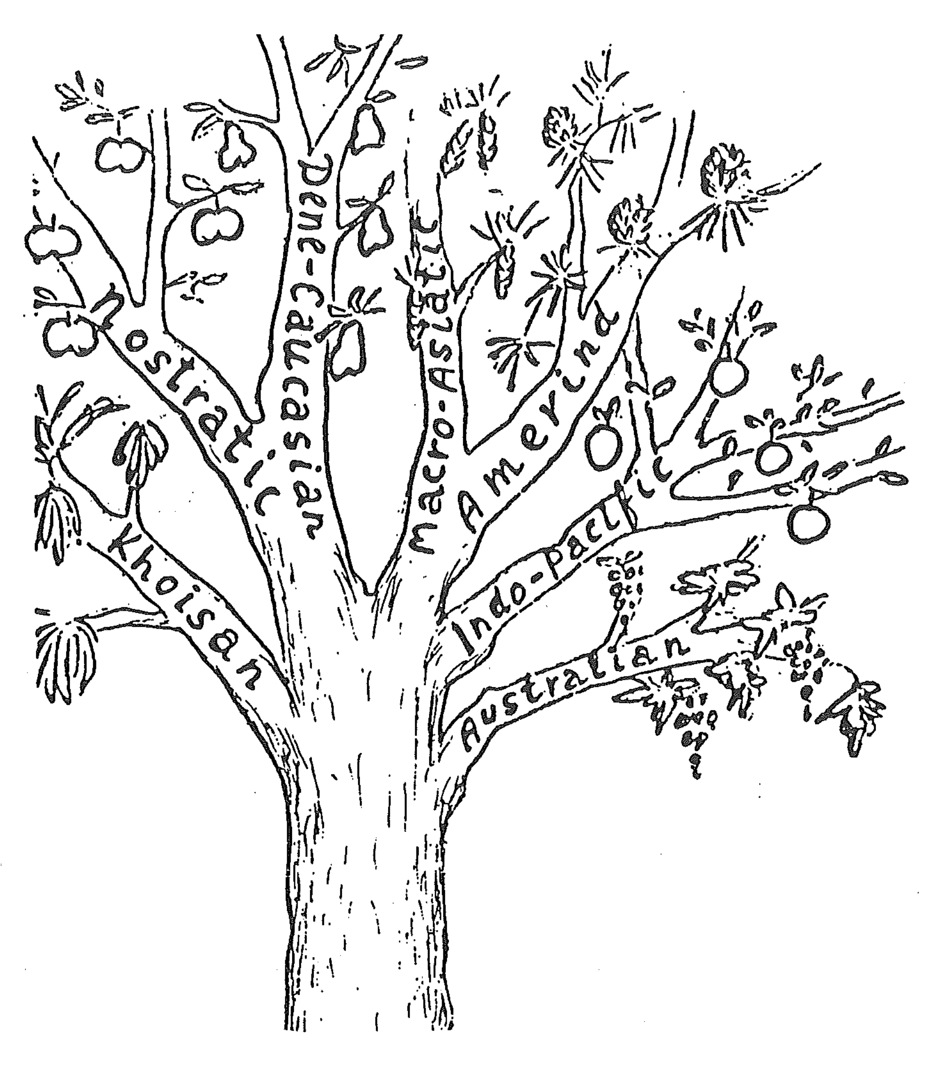


Las distintas familias lingüísticas en Eurasia actualmente

simplemente adaptar el método a las condiciones peculiares de este tipo de estudio.

Los estudiosos rusos de estas materias siguen exigiéndose a sí mismos la prueba de las *coincidencias sistemáticas.* Pero ahora se limitan a operar en el terreno de la fonética, buscando un alto nivel de coincidencias léxicas dotadas de correlaciones sistemáticas entre los términos emparentados. Ellos operan con leyes fonéticas regulares, al modo neogramático. Y no aceptan emparentamientos que no se atengan a tales leyes. A modo de ejemplo, las oclusivas nostráticas *t', t, d* dan en indoeuropeo respectivamente *t, d, dh* (en la versión tradicional del consonantismo indoeuropeo).

En el método utilizado resulta de capital importancia operar a la vez con un gran número de miembros de la familia. Las comparaciones bilaterales, como se hacían hasta la mitad de este siglo (por ejemplo, semítico e indoeuropeo) son menos probatorias que las multilaterales. Que dos grupos coincidan en la composición fónica de una determinada palabra podría ser atribuido más fácilmente al azar que si la coincidencia se da entre cuatro, cinco o seis grupos. Cuanto mayor sea el número de miembros que coinciden, menores las probabilidades de intervención del azar.



Árbol genealógico universal, según V. Shevoroshkin

Un importante problema que han afrontado estos estudiosos es el de distinguir las palabras patrimoniales comunes a todas las lenguas nostráticas de las coincidencias debidas a préstamo entre ellas. En efecto, la convivencia durante milenios entre unas y otras ha hecho que los préstamos cruzados sean una verdadera maraña en la que resulta muy difícil hacerse camino.

Para afrontar esas y otras dificultades, Dolgopolsky ha diseñado diversos recursos. Uno de ellos es el establecimiento de una lista de palabras concretas que nunca o rara vez se prestan de unas lenguas a otras. Las palabras más es-

tables, en orden descendente de resistencia al préstamo serían: *yo/me, dos/par, tú, qué/quién, lengua, nombre, ojo, corazón, diente, no, uña, llanto, agua, muerte, luna, mano, noche, sangre, cuerno, lleno, sol, oreja, sal.*

Como decía más arriba, los estudios sobre los parentescos remotos entre las lenguas han continuado en los años siguientes, siempre sobre todo en manos de lingüistas rusos. Uno de ellos, V. V. Shevoroshkin, actualmente en Norteamérica, avanza un paso más. Siguiendo los métodos de la escuela rusa, opina que pueden encontrarse indicios de que todas las lenguas conocidas de la Humanidad, excepto quizás unas pocas, tienen un origen común. Todas procederían de una lengua ancestral hablada hace 25.000 ó 30.000 años.

Si en el siglo pasado, en los albores de la Lingüística Histórica, A. Schleicher se atrevió a traducir al indoeuropeo la fabulilla que ya he presentado más arriba, V. M. Illič-Svityč no le ha ido a la zaga en imaginación y audacia. Compuso nada menos que un poema en *nostrático,* que puede servir como colofón a este libro:

ḳelhä weṭei ʕaḳun kähla
ḳaλai palhʌḳʌ na wetä
śa da ʔaḳʌ ʔeja ʔälä
jaḳo pele ṭuba wete

[La Lengua es un vado a través del río del tiempo.
Ella nos conduce a la morada de nuestros antepasados.
Pero aquéllos a quienes asustan las aguas profundas
nunca podrán alcanzarla].

BIBLIOGRAFÍA

Adelung, J. C., *Mithridates, oder allgemeine Sprachenkunde*, Berlín, 1806-1816.

Adiego Lajara, I. J. *Studia Carica. Investigaciones sobre la escritura y lengua carias,* Barcelona, 1993.

Adrados, F. R., *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo*, Madrid, 1963.

—, *Die räumliche und zeitliche Differenzierung des Indoeuropäischen im Lichte der Vor- und Frühgeschichte*, Innsbruck, 1982.

—, «The archaic structure of Hittite: the crux of the problem», *JIES,*, 10, 1982, 1-35.

—, «Etruscan as an IE Anatolian (but non Hittite) Language», *JIES,*, 17, 1989, 363-383.

—, «More on Etruscan as an IE-Anatolian Language», *KZ,* 107, 1994, 54-76.

—, Bernabé, A. y Mendoza, J., *Manual de Lingüística Indoeuropea* I: *Prólogo, Introducción, Fonética,* Madrid, Ediciones Clásicas, 1995.

Albertos, M. L. *La Onomástica personal primitiva de Hispania Tarraconense y Bética,* Madrid, 1966.

—, «Organizaciones suprafamiliares en la Hispania antigua», *Studia Archaeologica,* 37, Valladolid, 1975.

—, «Los topónimos en *-briga* en Hispania», *Veleia* 7, 1990, 131-146.

Alessio, G., «Le base preindoeuropee KAR(R)A/GAR(R)A», *Studi Etruschi,* 1, 1935, 133-152; 2, 1936, 165-189.

Alexander, S. M., «Was there an Indo-European Art?», *The Indo-Europeans in the 4th and 3rd Millennia* (E. Polomé, ed.), Ann Arbor, 1982, págs. 87-103.

Amiran, R. B. K., «Connection between Anatolia and Palestine in the Early Bronze Age», *Israel Exploration Journal,* 2, 1952, 89-103.

Ammerman, A. J. y Cavalli-Sforza, L. L., «A population model for the diffusion of early farming in Europe», *The Explanation of Culture Change, Models in Prehistory* (C. Renfrew ed.), Londres, 1973, págs. 343-358.

—, «The wave of advance model for the spread of agriculture in Europe», *Transformations, Mathematical Approaches to Culture Change* (C. Renfrew y K. L. Cooke eds.), Nueva York, 1979, págs. 275-294.

—, *Neolithic Transition and the Genetics of Populations in Europe,* Princeton, 1984 (versión italiana, *La Transizione Neolitica e la Genetica di Popolazioni in Europa,* Turín, 1986).

Anthony, D. W., «The "Kurgan culture", Indo-European origins and the domestication of the horse: a reconsideration», *Current Anthropology,* 27, 1986, 291-314.

—, y Brown, D. R., «The Origins of horseback riding», *Antiquity* 65, 1991, 22-38.
Barandiarán, J. M. de, «Los pueblos vascos», *II Coloquio Internacional de Arqueología,* Puigcerdá, 1978, págs. 225-229.
—, *Mitología Vasca,* San Sebastián, 1979.
Barber, E. J. W., «Archeolinguistics and the borrowing of Old European technology», *JIES,* 18, 1990, 239-249.
Beirão, C. M., *Une civilisation protohistorique du Sud du Portugal* (lère âge du fer), París, 1986.
Beltrán, A., «El vasco-iberismo. Alcance del término y estado de la cuestión», *Zephyrus,* 2, 1951, 15-19.
—, «De nuevo sobre el vasco-iberismo», *Zephyrus,* 4, 1953, 495-502.
—, y Tovar, A., *El Bronce con alfabeto «ibérico» de Botorrita,* Zaragoza, 1982.
Beltrán, F., «*useisu aiankum* no era bintis», *Actas del VI Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica,* F. Villar y J. d'Encarnaçao eds., Salamanca, en prensa.
Benveniste, E., *Origines de la formation des noms en indo-européen,* París, 1935.
—, *Le vocabulaire des Institutions indo-européennes* I-II, París, 1969.
Bergsland, K. «On the validity of glottochronology» *Current Anthropology,* 3, 1962, 115-153.
Best, J., «Comparative Indo-European Linguistics and Archeology: Towards a historical integration», *JIES,* 18, 1990, 335-340.
—, y Woudhuizen, F. *Ancient Scripts from Crete and Cyprus,* Leiden, 1988.
—, *Lost Languages from the Mediterranean,* Leiden, 1989.
Birnbaum, H., «The original homeland of the Slavs and the problem of early Slavic linguistic contacts», *JIES,* 1, 1973, 407-421.
—, «Indo-European between the Baltic and the Black Sea», *JIES,* 12, 1984, 235-259.
Blázquez, J. M., *Religiones prerromanas,* Madrid, 1983.
Bloch, R., *The Origins of Rome,* Londres, 1960.
Bloomfield, L., *Language,* Londres, 1935.
Bökonyi, S., «The earliest wave of domestic horses in East Europe», *JIES,* 6, 1978, 1-16.
—, «La domestication du cheval», *La Recherche,* 114, 1980, 919-926.
Bomhard, A., «The "Indo-European-Semitic" Hypothesis re-examined», *JIES,* 5, 1977, 55-99.
—, *Towards proto-Nostratic: A new approach,* Amsterdam-Filadelfia, 1984.
Bongard-Levin, G. M., *The Origin of Aryans,* Nueva Delhi, 1980.
Bopp, F., *Ueber das Conjugationssystem der Sanskritsprache in Vergleichung mit jenem der griechischen, lateinischen, persischen und germanischen Sprache,* Francfort del Main, 1816.
—, *Vergleichende Grammatik des Sanskrit, Zend, Griechischen, Lateinischen, Littauischen, Gothischen und Deutschen,* Berlín, 1833.
Bosch-Gimpera, P., «Two Celtic waves in Spain», *Proceedings of the British Academy,* 26, 1940, 29-148.
—, *El Problema Indoeuropeo,* México, 1960.
Brixhe, C. «La langue des inscriptions epichoriques de Pisidie», *A Linguistic Happening in Memory of B. Schwartz,* Lovaina, 1988, págs. 131-155.

—, «Comparaison et langues faiblement documentées: l'exemple du phrygien et de ses voyelles longues», *La Reconstruction des Laryngales* (J. Kellens, ed.), Lieja-París, 1990, págs. 59-99.

—, y Lejeune, M., *Corpus des Inscriptions Paleo-Phrygiennes*, París, 1984.

Brugmann, K. y Delbrück, B., *Grundriss der vergleichenden Grammatik der indogermanischen Sprachen* I-V (2.ª ed.), Estrasburgo, 1897-1916.

Buchvaldek, M., «Corded ware pottery complex in Central Europe», *JIES*, 8, 1980, 361-392.

Budimir, M., «Zur Protindogermanischen Schicht», *Actes du deuxième Congrès international des Linguistes*, Ginebra, 1933, págs. 182-184.

Budina, D. «L'appartenance ethnique illyrienne des tribus épirotes», *Les Illyriens et la genèse des Albanais*, Tirana, 1971, págs. 111-120.

Çabej, E., «Einige Grundprobleme der älteren albanischen Sprachgeschichte», *Studi Albanesi*, 1, 1964, 69-89.

—, «L'Illyrien et l'Albanais, questions de principe», *Studi Albanesi*, 7, 1970, 157-170.

Campanile, E. *Ricerche di cultura poetica indoeuropea*, Pisa, 1977.

Cardona, G. H., Hoenigswald, H. y Senn, A. (eds.), *Indo-European and Indo-Europeans*, Filadelfia, 1970.

Carnoy, A., *Dictionnaire Étymologique du Proto-Indo-Européen*, Lovaina, 1955.

Caro Baroja, J., «Observaciones sobre la hipótesis del vasco-iberismo considerada desde el punto de vista histórico», *Emerita*, 10, 1942, 236-286; 11, 1943, 1-59.

—, *Los Vascos*, Madrid, 1971.

—, *Los Vascones y sus vecinos*, San Sebastián, 1985.

Carruba, O., «Origini e Preistoria degli Indo-Europei d'Anatolia», *Revista di Filologia*, 97, 1969, 1-30.

—, «Per una storia dei rapporti luvio-ittiti», *Atti del I Congresso Internationale di Ittitologia* (O. Carruba, M. Giorgieri, C. Mora, eds.), Pavía, 1995, 63-80.

—, «L'arrivo dei Greci, le migrazioni indoeuropee e il 'ritorno' degli eraclidi», *Athenaeum* 73, 1955, 5-44.

—, «Ahhiyā e Ahhiyawā, la Grecia e l'Egeo», *Studio Historiae Ardens. Ancient Near Eastern Studies presented to Philo H. J. Houwink ten Cate on the Occasion of his 65th Birthday* (Th. P. J. van den Hout y J. de Roos, eds.), Estambul, 1995, 7-20.

Cavalli-Sforza, L. L. y Feldman, M. W., *Cultural transmission and evolution: a quantitative approach*, Princeton, 1981.

—, Menozzi, P. y Piaza, A., *The History and Geography of Human Genes*, Princeton, 1994.

Čelakovský, F. L., *Čtení o srovnací mluvnici slovanské na universitě Pražské*, Praga, 1853.

Chantraine, P., «La langue des macédoniens et leur onomastique», *BSL*, 61, 1966, 157-166.

Childe, V. G., *The Aryans. A Study of Indo-European Origins*, Londres, 1926.

—, *The Dawn of European Civilization* (6.ª ed.), Londres, 1957.

Chrétien, C. D., «The mathematical models of Glottochronology», *Language*, 38, 1962, 11-37.

Clark, G., *The Stone Age Hunters*, Nueva York, 1967.

Clark, D. L., *Analytical Archeology*, Londres, 1968.

Colebrooke, H. T., *A Grammar of the Sanskrit Language*, Calcuta, 1805.

Coles, J. M. y Hardin, A. F., *The Bronze Age in Europe*, Nueva York, 1979.

Correa, J. A., «Consideraciones sobre las inscripciones tartesias», *Actas del III Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, 1985, págs. 377-396.

—, «La epigrafía tartesia» *Andalusien zwischen Vorgeschichte und Mittelalter* (D. Hertel y J. Untermann eds.), Colonia-Weimar-Viena, 1992, págs. 75-114.

Crevatin, F., *Ricerche di Antiquità Indeuropee*, Trieste, 1979.

Crossland, R. A., «Indo-European origins: The linguistic evidence», *Past and Present,* 12, 1957, 16-46.

Cuny, A., *Études prégrammaticales sur le domain des langues indo-européennes et chamito-sémitiques*, París, 1924.

—, *Recherches sur le vocalisme, le consonantisme et la formation des racines en «nostratique», ancêtre de l'indo-européen et du camito-semitique*, París, 1943.

Darwin, C., *The Origin of Species by Means of Natural Selection,* Londres, 1859.

Davidson, I., «The Archaeology of Language Origins. A review», *Antiquity,* 65, 1991, 39-48.

De Simone, C., «La Lingua messapica. Tentativo di una sintesi», *Le genti non greche della Magna Grecia. Atti dell'undecimo Convegno di Studi sulla Magna Grecia,* Nápoles, 1974, págs. 125-201.

—, «La posizione linguistica dell'Epiro e della Macedonia», *Magna Grecia, Epiro e Macedonia. Atti del ventiquattresimo convegno di studi sulla Magna Grecia*, Nápoles, 1985, págs. 45-83.

Dečev, D., *Charakteristik der thrakischen Sprache,* Sofía, 1952.

—, *Die thrakischen Sprachreste,* Viena, 1957.

Deroy, L., «La valeur du suffixe préhellénique *-nth-* d'après quelques noms grecs en *-nthos», Glotta,* 35, 1956, 171-195.

Devoto, G., «Pelasgo e peri-indeuropeo», *Studi Etruschi,* 17, 1943, 359-367.

—, *Origini indeuropee,* Florencia, 1974

Diakonov, I. M., «On the original home of the speakers of Indo-European», *JIES,* 13, 1985, 92-174.

—, y Neroznak, V.P., *Phrygian,* Nueva York, 1985.

Diebold, A. R., «Contribution to the Indo-European Salmon Problem», *Current Progress in Historical Linguistics*, Amsterdam, 1976, págs. 342-387.

—, «Linguistic Ways to Prehistory» *Proto-Indo-European: The Archeology of a Linguistic Problem. Studies in Honor of M. Gimbutas*, (S. N. Skomal y E. C. Polomé, eds.), Washington, 1987, págs. 19-71.

Dillon, M., *Celts and Aryans. Survivals of Indo-European Speech and Society*, Simla, 1975.

Djahukian, G. B., «The Hayasa Language and its Relation to the Indoeuropean Languages», *Archiv Orientalnì,* 29, 1961, 363-404.

—, «Did Armenians Live in Asia Anterior before the Twelfth Century B. C.?», *When Worlds collide. Indo-Europeans and Pre-Indo-Europeans* (Markey, T. L. and Greppin, J. A., eds.), Ann Arbor, 1990, págs. 25-33.

Dolgopolsky, A. B., «A probabilistic hypothesis concerning the oldest relationships among the language families of North Eurasia», *Typology relationship and Time* (Shevoroshkin, V. V. y Markey, T., eds.), Ann Arbor, 1986, págs. 27-50.

Dolukhanov, P. M., *Ecology and Economy in Neolithic Eastern Europe*, Londres, 1979.
Dressler, W., «Methodische Vorfragen bei der Bestimmung der "Urheimat"», *Die Sprache,* 11, 1965, 25-60.
Drews, R., *The Coming of the Greeks*, Princeton, 1989.
Dumézil, G., *L' idéologie tripartite des Indo-Européens*, Bruselas, 1958
—, *Mythe et Épopée. L'idéologie des trois fonctions dans les épopées des peuples indo-européens*, Gallimard, 1968.
—, *Les dieux souverains des indo-européens*, París, 1977.
Durante, M., «Ricerche sulla preistoria della lingua poetica greca: l'epiteto», *RAL,* 17, 1962, 25-43.
Duridanov, I., «Die Stellung des Päonischen», *Actes du dixième Congrès international des Linguistes*, Bucarest, 1967, págs. 759-763.
—, «Die alten Bevölkerungsverhältnisse Makedoniens auf Grund der Toponymie», *Actes du premier Congrès International des études balkaniques et du sud-est européen*, Sofía, 1968, págs. 772-786.
—, *Thrakisch-dakische Studien I: Die thrakisch- und dakisch-baltischen Sprachbeziehungen,* Sofía, 1969.
—, *Die Sprache der Thraker*, Múnich, 1985.
Dyen, I., *Linguistic Subgrouping and Lexicostatistics*, La Haya, 1975.
Ehret, C., «Language change and the material correlates of language and ethnic shift», *Antiquity,* 62, 1988, 564-574.
Evans, D. E., «The labyrinth of Continental Celtic», *Proceedings of the British Academy,* 65, 1979, 497-538.
—, «Celts and Germans», *BBCS,* 29 1981, 230-255.
Everson, M., «Tenacity in Religion, Myth, and Folklore: The Neolithic Goddess of Old Europe preserved in a Non-Indo-European setting», *JIES,* 18, 1990, 277-295.
Fatás, G., *Tabula Contrebiensis,* Zaragoza, 1980.
—, *et alii, Tabula Imperii Romani,* Madrid, 1991-1993.
Faucounau, J., «Le lycien et la thèse "proto-indo-européenne" de P. Kretschmer», *BSL,* 77, 1982, 157-175.
—, «Le lycien, une langue "proto-indo-européenne"», *BSL,* 82, 1987.
Feist, S., *Kultur, Ausbreitung und Herkunft der Indogermanen*, Berlín, 1913.
Fick, A., «Zum makedonischen Dialekte», *KZ,* 22, 1874, 193-235.
Friedrich, P., «Proto-Indo-European kinship», *Ethnology,* 5, 1966, 1-36.
—, *Proto-Indo-European Trees*, Chicago, 1970.
Gamkrelidze, Th. V., «Proto-Indo-Europeans in Anatolia», *JIES,* 18, 1990, 341-350.
—, e Ivanov, V. V., «The Ancient Near East and the Indo-European Question»; «The Migration of Tribes speaking Indo-European Dialects», *JIES,* 13, 1985, 3-91.
—, «On the reconstruction of the Proto-Indo-European stop. Glotalized stops in Indo-European», *Typology Relationship and Time* (Shevoroshkin, V. V. y Markey, T., eds.), Ann Arbor, 1986, págs. 87-108.
—, *Indo-European and the Indo-Europeans*, Berlín-Nueva York, 1995.
García y Bellido, A., *La Península Ibérica en los comienzos de su historia*, Madrid, 1954.
Gellin, P. y Davidson, H. E., *The Chariot of the Sun and other Rites and Symbols of the Northern Bronze Age*, Londres, 1972.

Georgiev, V. I., *Vorgriechische Sprachwissenschaft* I-II, Sofía, 1941-1945.

—, *Lexique des inscriptions créto-mycéniennes*, Sofía 1955.

—, «Das Pelasgische» *Proceedings of the 8th international Congress of Linguists*, Oslo, 1958, págs. 406-413.

—, *La Toponymie Ancienne de la Péninsule Balkanique et la Thèse Mediterranéenne*, Sofía, 1961.

—, *Les deux langues des inscriptions crétoises en linéare A*, Sofía, 1963.

—, *Introduzzione alla Storia delle Lingue Indeuropee*, Roma, 1966.

—, «Hethitisch, Lydisch, Etruskisch», *Linguistique Balkanique* 11/2, 1967, 5-20.

—, «The arrival of the Greeks in Greece: the linguistic evidence», *Bronze Age Migrations in the Aegean*, (R. A. Crossland y A. Birchall, eds.), Londres, 1973, págs. 243-254.

—, «Die luwischen Abstracta auf *-ahi,* die hethitischen Nomina actionis auf *-(a)ai* und die *ā*-Stämme», *KZ,* 88, 1975, 117-121.

Ghirshman, R., *L'Iran et la migration des Indo-Iraniens*, Leiden, 1977.

Giles, P., *The Aryans*, Nueva York, 1922.

Gimbutas, M., *The Balts*, Londres, 1963.

—, «Proto-Indo-European culture: the Kurgan culture during the 5th to the 3rd millennia B. C.», *Indo-European and Indo-Europeans*, (G. Cardona, H. M. Hoenigswald y A. Senn eds.), Filadelfia, 1970, págs. 155-198.

—, *The Slavs*, Londres, 1971.

—, «Old Europe c. 7000-3500 B. C., the earliest European cultures before the infiltration of the Indo-European peoples», *JIES,* 1, 1973, 1-20.

—, «The beginning of the bronze age in Europe and the Indo-Europeans 3500-2500 B. C.», *JIES,* 1973, 163-214.

—, «The first wave of Eurasian steppe pastoralists into Copper Age Europe», *JIES,* 5, 1977, 277-338.

—, «The three waves of the Kurgan people into Old Europe», *Archives suisses d'anthropologie générale,* 43, 1979, 113-117.

—, «The Kurgan wave migration (c. 3400-3200 B. C.) into Europe and the following transformation of culture», *Journal of Near Eastern Studies,* 8, 1980, 273-315.

—, «Old Europe in the 5th Millennium B. C.: The European Situation on the Arrival of the Indo-Europeans», *The Indo-Europeans in the 4th and 3rd Millennia* (E. Polomé, ed.) Ann Arbor, 1982, págs. 1-60.

—, *The Language of the Goddess*, San Francisco, 1989.

—, «The social structure of Old Europe», *JIES,* 18, 1990, 197-214.

—, «The collision of two ideologies», *When Worlds collide. Indo-Europeans and Pre-Indo-Europeans* (T. L. Markey and J. A. Greppin, eds.), Ann Arbor, 1990, págs. 171-178.

Golab, Z., «Veneti/Venedi.- The oldest name of the Slavs», *JIES,* 3, 1975, 321-336.

Gómez Moreno, M., *Miscelanea. Historia, Arte, Arqueología*, Madrid, 1949.

Gordon, C. H., «Notes on Minoan Linear A», *Antiquity,* 31, 1957, 124-130.

Gorrochategui, J., *Onomástica indígena de Aquitania*, Bilbao, 1984.

—, «En torno a la clasificación del Lusitano», *Actas del IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica* (J. L. Melena y J. Gorrochategui, eds.), Vitoria, 1987, págs. 77-92.

Greene, D., «The coming of the Celts: The linguistic viewpoint», *Proceedings of the VIth International Congress of Celtic Studies*, Dublín, 1983, págs. 131-137.

Greppin, J., «Hittite -z(a), Armenian z- and the Theory of Armeno-Hittite Loan Words», *JIES*, 3, 1975, 87-94.

Grimm, J., *Geschichte der deutschen Sprache*, Leipzig 1848.

Haarmann, H., «Hieroglyphen- und Linearschriften: Anmerkungen zu alteuropäischen Schriftkonvergenzen», *Kadmos*, 28, 1989, 1-6.

—, «Writing from Old Europe to Ancient Crete.- A case of cultural continuity», *JIES*, 18, 1990, 251-75.

Haas, O., «Substrats et mélange de langue en Grèce ancienne», *LPosn.*, 3, 1951, 63-95.

—, *Messapische Studien*, Heidelberg, 1962.

—, *Die phrygischen Sprachdenkmäler*, Sofía, 1966.

—, «Das Problem der Herkunft der Phryger und ihrer Beziehung zu den Balkanvölkern», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae* 18, 1970, 31-69.

Hammond, N. G. L., *Epirus. The Geography, the Ancient Remains, the History, and the Topography of Epirus and Adjacent Areas*, Oxford, 1967.

Harbison, P., «The coming of the Indo-Europeans to Ireland: An Archeological viewpoint», *JIES*, 3, 1975, 101-119.

Harmatta, J., «Zum Illyrischen» *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae* 15, 1967, 231-234.

Haudricourt, A., «Les mutations consonantiques (occlusives) en indo-européen», *Mélanges Linguistiques offerts à E. Benveniste*, Lovaina, 1975, págs. 267-272.

Haudry, J., *L'Indo-Européen* (2.ª ed.), París, 1984.

Hawkes, C., «Archeologists and Indo-Europeanists: Can they Mate? Hinderances and Hopes», *Proto-Indo-European: The Archeology of a Linguistic Problem. Studies in Honor of M. Gimbutas*, (S. N. Skomal y E. C. Polomé, eds.), Washington, 1987, págs. 203-215.

Hester, D. A., «Pre-Greek Place Names in Greece and Asia Minor», *RHA*, 15, 1957, 107-19.

—, «Pelasgian-A New Indo-European Language?», *Lingua*, 13, 1964, 335-384.

—, «Methods of identifying loan-word strata in Greek», *Lingua*, 18, 1967, 168-178.

—, «Recent Developments in Mediterranean "substrate" Studies», *Minos*, 9, 1968, 219-235.

Heubeck, A., *Praegraeca: sprachliche Untersuchungen zum vorgriechisch-indogermanischen Substrat*, Erlangen, 1961.

Hiersche, *Untersuchungen zur Frage der Tenues Aspiratae im Indogermanischen*, Wiesbaden, 1964.

Hirt, H., «Die Urheimat der Indogermanen», *IF*, 1, 1892, 464-485.

—, *Die Indogermanen. Ihre Verbreitung, ihre Heimat, ihre Kultur* I-II, Estrasburgo, 1905-1907.

—, *Die Hauptprobleme der indogermanischen Sprachwissenschaft*, Halle, 1939.

Hirunuma, T., «Lepontic *pala*», *Studia Celtica Japonica*, 3, 1990, 61-68.

Hoffmann, O., *Die Makedonen. Ihre Sprache und ihr Volkstum*, Gotinga, 1906.

Hopper, P. J., «Glottalized and murmured occlusives in Indo-European», *Glossa*, 7, 1973, 141-166.

—, «Areal Typology and the Early Indo-European consonant system», *The Indo-European in the 4th and 3rd Millennia* (E. Polomé, ed.) Ann Arbor, 1982, págs. 121-139.

Hoz, J. de, «Hidronimia antigua europea en la Península Ibérica», *Emerita,* 31, 1963, 227-242.

—, «Crónica de lingüística y epigrafía de la Península Ibérica», *Zephyrus,* 24-25, 1982, 295-308.

—, «La Epigrafía Celtibérica», *Epigrafía Hispánica de época Romano-republicana,* Zaragoza, 1987, págs. 43-102.

—, «El desarrollo de la escritura y las lenguas de la zona meridional», *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir,* (M. E. Aubet, ed.), Sabadell, 1989.

Hrozný, F., «Etruskisch und die "hethitischen" Sprachen», *Zeitschrift für Assyriologie,* 38, 1929, 171-184.

Humboldt, W. von, *Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Hispaniens vermittelst der baskischen Sprache,* Berlín, 1821.

Ivanov, V. V., «L'organisation sociale des tribus indo-européennes d'après les données linguistiques», *Cahiers d'Histoire Mondiale,* 5, 1960, 796-799.

—, (reseñas al *Diccionario de las Lenguas Nostráticas* de V. M. Illič-Svityč I-II) en *Typology relationship and Time* (Shevoroshkin, V. V. y Markey, T., eds.), Ann Arbor, 1986, págs. 51-65.

Jakobson, R., «Typological Studies and their Contribution to Historical and Comparative Linguistics», *Selected Writings* I, La Haya, 1962.

Jensen, J., *The Prehistory of Denmark,* Londres-Nueva York, 1982.

Joki, A. J., *Uralier und Indogermanen,* Helsinki, 1973.

Jokl, N., «Die Verwandschaftsverhältnisse des Albanischen zu den übrigen indogermanischen Sprachen», *Die Sprache,* 9, 1963, 113-156.

Jordán, C., *Nueva revisión y valoración de isófonas e isomorfas compartidas por itálico y griego,* Zaragoza, 1993.

Jucquois, G., «La théorie de la racine en indo-européen», *La Linguistique,* 7, 1971, 73-91.

Kaiser, M. y Shevoroshkin, V., «Inheritance versus borrowing in Indo-European, Kartvelian and Semitic», *JIES,* 14, 1986, 365-78.

Kalléris, J. N., *Les anciens Macédoniens. Étude linguistique et historique* 1: *La Langue,* Atenas, 1954.

Katičič, R., «Namengebiete im römischen Dalmatien», *Die Sprache,* 10, 1964, 23-33.

—, «Illyrii propie dicti», *Ziva Antika,* 13-14, 1964, 87-97.

—, «Nochmals Illyrii propie dicti», *Ziva Antika,* 16, 1966, 241-244.

—, *Ancient Languages of the Balkans,* La Haya-París, 1976.

Kazarov, G., «Die ethnographische Stellung der Päonen», *Klio,* 18, 1922-1923, 20-26.

Kerényi, A., *Die Personennamen von Dazien,* Budapest, 1970.

Kiepert, H., *Lehrbuch der alten Geographie,* Berlín, 1878.

Kilian, L., *Zum Ursprung der Indogermanen,* Bonn, 1973.

—, *Zu Herkunft und Sprache der Preussen,* Bonn, 1980.

—, *Zum Ursprung der Indogermanen, Forschungen aus Linguistik, Prähistorie und Anthropologie,* Bonn, 1983.

Kortlandt, F., «Proto-Indo-European obstruents», *IF,* 80, 1978, 107-118.

Ködderitzsch, R., «Brygisch, Päonisch, Makedonisch», *Balk.E.*, 28/4, 1985, 17-41.

Kossinna, G., «Die Indogermanische Frage archäologisch beantwortet», *Zeitschrift für Ethnologie*, 34, 1902, 161-222.

—, *Ursprung und Verbreitung der Germanen in vor- und frühgeschichtlicher Zeit*, Leipzig, 1928.

Krahe, H., «Beiträge zur Makedonenfrage», *Zeitschrift für Ortsnamenforschung*, 11, 1935, 78-103.

—, «Die sprachliche Stellung des Illyrischen», *Panonia*, 3, 1937, 291-312.

—, «Der Anteil der Illyrier an der Indogermanisierung Europas», *Die Welt als Geschichte*, 6, 1940, 54-73.

—, *Sprache und Vorzeit*, Heidelberg, 1954.

—, *Die Sprache der Illyrier* I-II, Wiesbaden, 1955-1964.

—, «Indogermanisch und Alteuropäisch», *Saeculum*, 8, 1957, 1-16.

—, *Die Struktur der alteuropäischen Hydronymie*, Maguncia, 1963.

—, «Vom Illyrischen zum Alteuropäischen. Methodologische Betrachtungen zur Wandlung des Begriffes "Illyrisch"», *IF*, 69, 1964, 201-212.

—, *Unsere ältesten Flussnamen*, Wiesbaden, 1964.

Kretschmer, P., *Einleitung in die Geschichte der griechischen Sprache*, Gotinga, 1896.

—, «Die protindogermanische Schicht», *Glotta*, 14, 1925, 300-319.

—, «Zur ältesten Sprachgeschichte Kleinasiens», *Glotta*, 21, 1933, 76-100.

—, «Die Stellung der Lykischen Sprache», *Glotta*, 27, 1939, 256-267; 28, 1940, 101-116.

—, «Die vorgriechischen Sprach- und Volksschichten», *Glotta*, 28, 1940, 231-278; 30, 1943, 84-218.

—, «Die Leleger und die Ostmediterrane Urbevölkerung», *Glotta*, 32, 1953, 161-204.

Krogmann, W., «Das Buchenargument», *KZ*, 72, 1955, 1-29; 73, 1956, 1-25.

—, «Das Lachsargument», *KZ*, 76, 1960, 161-78.

Kronasser, H., «Zum Stand der Illyristik», *Linguistique Balkanique*, 4, 1962, 5-23.

—, *Etymologie der hethitischen Sprache*, Wiesbaden, 1962-1963.

—, «Illyrier und Illyricum», *Die Sprache*, 11, 1965, 155-183.

Krüger, B., *Die Germanen*, Berlín, 1983.

Kuhn, A., «Ueber die durch nasale erweiterten verbalstämme», *KZ*, 2, 1853, 467.

—, «Indische und germanische segenssprüche», *KZ*, 13, 1864, 49-74.

Larson, G. J., Littleton, C.S. y Puhvel, J. (eds.), *Myth in Indo-European Antiquity*, Berkeley-Los Ángeles, 1974.

Lees, R. B., «The basis of glottochronology», *Language*, 29, 1953, 113-125.

Lejeune, M., «Linguistique préhellénique», *REA*, 49, 1947, 25-37.

—, *Lepontica* , París, 1971.

Levine, M. A., «Dereivka and the problem of horse domestication», *Antiquity*, 64, 1990, 727-740.

Lincoln, B., «Death and resurrection in Indo-European thought», *JIES*, 5, 1977, 247-264.

—, *Priest, Warriors and Cattle*, Berkeley-Los Ángeles, 1981.

MacQueen, J., *The Hittites and their Contemporaries in Asia Minor*, Londres, 1986.

Makkay, J., «Cultural Groups of SE-Europe in the Neolithic: The PIE Homeland Problem and the Origins of the Proto-Greeks», *Annali del Dipartimento di Studi del Mondo Classico e del Mediterraneo Antico, Sezione linguistica (AION)*, 10, 1988, 117-137.

Maluquer de Motes, J., *Epigrafía Prelatina de la Península Ibérica,* Barcelona, 1968.
Mallory, P., «A history of the Indo-European problem», *JIES,* 1, 1973, 21-65.
—, «Indo-European and Kurgan Fauna I: Wild Mammals», *JIES,* 1, 1982, 193-222.
—, «Indo-European and Kurgan Fauna II: Fish», *JIES,* 11, 1983, 263-279.
—, *In Search of the Indo-Europeans,* Londres, 1989.
Mańczak, W., «Kamen die Goten aus Skandinavien?», *IF,* 87, 1982, 127-137.
Markey, T. L. y Greppin, J. A. (eds.), *When Worlds collide. Indo-Europeans and Pre-Indo-Europeans,* Ann Arbor, 1990.
Martinet, A., *Des Steppes aux Océans. L'Indo-Européen et les Indo-Européens,* París, 1986.
Masson, E., «L'"écriture" dans les civilisations danubiennes néolitiques», *Kadmos,* 23, 1985, 89-123.
Mayrhofer, M., *Die Indo-Arier im Alten Vorderasien,* Wiesbaden, 1966.
—, *Die Arier im Vorderen Orient -ein Mythos?,* Viena, 1974.
—, Meid, W., Schlerath, B. y Schmitt, R. (eds.), *Antiquitates Indogermanicae,* Innsbruck, 1974
Meid, W., «Probleme der räumlichen und zeitlichen Gliederung des Indogermanischen», *Flexion und Wortbildung* (H. Rix, ed.), Wiesbaden, 1975, págs. 204-218.
—, *Dichter und Dichtkunst in indogermanischer Zeit,* Innsbruck, 1978.
—, «The indo-europeanization of Old European concepts», *JIES,* 18, 1990, 298-307.
Meillet, A., «De quelques emprunts probables en grec et en latin», *MSL,* 15, 1908-1909, 161-165.
—, *Les Dialects Indo-Européens,* París, 1922.
—, *Les origines indo-européens des mètres grecs,* París, 1923.
—, *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes,* París, 1924.
—, *The Comparative Method in Historical Linguistics,* París, 1970.
Mellaart, J., *Çatal Hüyuk, A Neolithic Town in Anatolia,* Londres, 1967.
—, «Anatolia and the Indo-Europeans», *JIES,* 9, 1981, 135-149.
Menéndez Pidal, R., *Toponimia Prerromana Hispana,* Madrid, 1968.
Merker, I. L., «The ancient kingdom of Paionia», *Balkan Studies,* 6, 1965, 35-54.
Merlingen, W., *Das «Vorgriechische», und die sprachwissenschatflich-vorhistorischen Grundlagen,* Viena, 1955.
—, *Ein älterer Lehnwortschicht im Griechischen* 1: *Lautgeschichte,* Viena, 1963.
Michelena, L., «Comentarios en torno a la lengua ibérica», *Zephyrus,* 12, 1961, 5-23.
Milisauskas, S., *European Prehistory,* Nueva York-Londres, 1978.
Miller, D. G., «Some theoretical and typological implications of an Indo-European root structure constraint», *JIES,* 5, 1977, 31-40.
Miller, R.A., «Japanese, Altaic, and Indo-European», *JIES,* 7, 1979, 307-313.
Møller, H., *Semitisch und Indogermanisch: Konsonanten,* Copenhague, 1907.
—, *Vergleichendes indogermanisch-semitisches Wörterbuch,* Gotinga, 1911.
—, *Die semitisch-vorindogermanischen laryngalen Konsonanten,* Copenhague, 1917.
Moralejo, J. J., «Griego antiguo, migraciones y dialectos», *Revista Española de Lingüística,* 20, 1990, 271-308.
Mourant, A. E., *The distribution of the human blood groups,* Oxford, 1954.
Murray, J., *The First European Agriculture: A Study of the Osteological and Botanical Evidence until 2000 B.C.,* Edimburgo, 1970.

Mylonas, G., «The Luvian Invasions of Greece», *Hesperia,* 31, 1962, 284-309.
Nagy, G., *Comparative Studies of Greek and Indic Meter*, Cambridge, 1974.
Neu, E., «Zur Rekonstruktion des indogermanischen Verbalsystems», *Studies in Greek, Italic, and Indo-European Linguistics, offered to L. R. Palmer* (A. Morpurgo y W. Meid, eds.), Innsbruck, 1976, págs. 239-254.
Normier, R., «Indogermanischer Konsonantismus, germanische "Lautverschiebung" und Vernersches Gesetz», *KZ,* 91, 1977, 171-218.
O'Brien, S., «Indo-European Schatology: A model», *JIES,* 4, 1976, 296-320.
Paliga, S., «Proto-Indo-European, Pre-Indo-European, Old European: Archeological evidence and linguistic investigation», *JIES,* 18, 1990, 309-333.
Pallotino, M., *Etruscologia* (6.ª ed.), Milán, 1968.
—, *The Etruscans,* Londres, 1974.
Palmer, L. R., *Acheans and Indo-Europeans*, Oxford, 1955.
—, «Luvian and Linear A», *Athenaeum,* 36, 1958, 431-433.
—, «Luvian and Linear A», *Transactions of the Philological Society,* 1958, 36-74.
Pedersen, H., «Albanisch und Armenisch», *KZ,* 36, 1900, 340-341.
—, «Die Gutturale im Albanischen», *KZ,* 36, 1900, 277-340.
—, *Linguistic Science in the Nineteenth Century,* Cambridge, 1931.
—, *Die gemeinindoeuropäischen und die vorindoeuropäischen Verschlusslaute,* Copenhague, 1951.
Pellegrini, G. B. y Prosdocimi, A. L., *La Lingua Venetica* I-II, Padua, 1967.
Penka, K., *Origines ariacae*, Viena, 1883.
—, *Die Herkunft der Arier*, Viena, 1886.
Peruzzi, E., *Mycenaeans in Early Latium,* Roma, 1980.
Pictet, A., *Les Origines indo-européens* I-II, París, 1959-1963.
Piggot, S., *The Earliest Wheeled Transport*, Londres, 1983.
—, «The coming of the Celts: The archeological Argument», *Proceedings of the VIth International Congress of Celtic Studies*, Dublín, 1983, págs. 138-148.
Pilcher, J. R. y Baillie, M. G. L., «Implications of a European Radiocarbon Calibration», *Antiquity,* 52, 1978, 217-222.
Pisani, V., «Il problema illirico», *Panonia,* 3, 1937, 276-290.
—, *Indogermanisch und Europa*, Múnich, 1974.
Plank, F., «On Humboldt on the Dual», *Linguistic Categorization. Current Issues in Linguistic Theory, 16* , (R. Corrigan *et alii,* eds.), Amsterdam, 1989.
Pleiner, R., «Early Iron Metallurgy in Europe», *The Coming of the Age of Iron* (T. A. Wertime y J. D. Muhly, eds.), New Haven, 1980, págs. 375-425.
Poesche, Th., *Die Arier. Ein Beitrag zur historischen Anthropologie*, Jena, 1878.
Polomé, E. C., «The position of Illyrian and Venetic», *Ancient Indo-European Dialects* Berkeley-Los Ángeles 1966, págs. 59-76.
—, «Balkan Languages: Illyrian, Thracian, Daco-Moesian», *Cambridge Ancient History* III, Cambridge 1982, págs. 866-888.
—, «Indo-European Culture, with Special Attention to the Religion», *The Indo-European in the 4th and 3rd Millennia* (E. Polomé, ed.), Ann Arbor, 1982, págs. 156-172.
— (ed.), *The Indo-Europeans in the 4th and 3rd Millenia*, Ann Arbor, 1982.

—, «Who are the Germanic People», *Proto-Indo-European: The Archeology of a Linguistic Problem. Studies in Honor of M. Gimbutas*, (S. N. Skomal y E. C. Polomé, eds.), Washington, 1987, págs. 216-244.

Porzig, W., *Die Gliederung des indogermanischen Sprachgebiets*, Heidelberg, 1954.

Possehl, G. (ed.), *Harappan Civilisation, A Contemporary Perspective*, Warminster, 1982.

Prosdocimi, A. L. (ed.), *Popoli e Civiltà dell'Italia Antica* V: *Lingue e Dialetti*, Roma, 1978.

Puhvel, J. (ed.), *Myth and Law among the Indo-Europeans*, Berkeley-Los Ángeles, 1970.

Radulescu, M. M., «Illyrian, Thracian, Daco-Mysian, the Substratum of Romanian and Albanian», *JIES*, 12, 1984.

—, «The Indo-European position of Illyrian, Daco-Mysian and Thracian: A Historico-Methodological approach», *JIES*, 15, 1987, 239-71.

Rao, S. R., *The Decipherment of the Indus Script*, Bombay, 1982.

Rask, R., *Undersøgelse om det gamle Nordiske eller Islandske Sprogs Oprindelse*, Copenhague, 1817.

Reichenkron, G., *Das Dakische*, Heidelberg, 1966.

Renfrew, C., *Archeology and Language: The Puzzle of Indo-European Origins*, Cambridge-Nueva York, 1987.

—, «Models of change in Language and Archaeology», *TPhS* 87 (2), 1989, 103-155.

—, «Reply to comments», *TPhS* 87 (2), 1989, 172-178.

—, «Archaeology, Genetics and Linguistic Diversity», *Man*, 27, 1992, 445-478.

Rosén, H., «The stele of Lemnos, its text and alphabetic system», *Scripta Hierosolymitana*, 1, 1954, 1-21.

Rosenkranz, B., «Zur indo-uralischen Frage», *AION*, Sezione Linguistica VII, Roma, 1966.

Safronov, V. A., *The Indo-European Homelands*, Gorki, 1989.

Sakellariou, M., *Peuples Préhelléniques d'Origine Indo-Européen*, Atenas, 1977.

—, *Les Proto-Grecs*, Atenas, 1980.

Saussure, F. de, *Mémoire sur le système primitif des voyelles dans les langues indo-européennes*, Leipzig, 1879.

Schall, H., «Baltische Dialekte im Namengut Nordwestslawiens», *KZ*, 79, 1965, 123-170.

Scherer, A., «Das Problem der indogermanischen Urheimat vom Standpunkt der Sprachwissenschaft», *Archiv für Kulturgeschichte*, 33/3, 1950, 3-16.

—, «Hauptprobleme der indogermanischen Altertumskunde (seit 1940)», *Kratylos*, 1, 1956, 3-21.

—, «Der Ursprung der "alteuropäischen", Hydronimie», *Atti e memorie del VII Congresso Internazionale di Scienze Onomastiche* II, Florencia, 1963, págs. 405-417.

—, «Hauptprobleme der indogermanischen Altertumskunde (seit 1956)», *Kratylos*, 10, 1965, 1-24.

— (ed.), *Die Urheimat der Indogermanen*, Darmstadt, 1968.

Schlegel, F., *Ueber die Sprache und Weisheit der Indier*, Heidelberg, 1808.

Schleicher, A., «Eine Fabel in indogermanischer Ursprache», *Beiträge zur vergleichenden Sprachforschung*, 5, 1868, 206-208.

Schlerath, B., *Die Indogermanen: Das Problem der Expansion eines Volkes im Lichte seiner sozialen Struktur*, Innsbruck, 1973.

—, «Ist ein Raum/Zeit-Modell für eine rekonstruierte Sprache möglich?», *KZ,* 95, 1981, 175-202.

Schmid, W. P., «Baltische Gewässernamen und das vorgeschichtliche Europa», *IF,* 77, 1972, 1-18.

—, «Urheimat und Ausbreitung der Slawen», *Zeitschrift für Ostforschungen,* 28, 1979, 405-415.

—, «Der Begriff "Alteuropa" und die Gewässernamen in Polen», *Onomastica,* 27, 1982, 55-69.

Schmidt, K. H., *Die Festlandkeltischen Sprachen*, Innsbruck, 1977.

—, «A contribution to the identification of Lusitanian», *Actas del III Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, 1985, págs. 319-341.

— (ed.), *Geschichte und Kultur der Kelten*, Heidelberg, 1986.

—, «The Celts and the Ethnogenesis of the Germanic People», *KZ,* 104, 1991, 129-152.

—, «Latin and Celtic: Genetic Relationship and Areal Contacts», *BBCS,* 38, 1991, 1-19.

Schmitt, R., *Dichtung und Dichtersprache in indogermanischer Zeit*, Wiesbaden, 1967.

— (ed.), *Indogermanische Dichtersprache*, Darmstadt, 1968.

Schmoll, O., *Die Sprache der vorkeltischen Indogermanen Hispaniens und das Keltiberische*, Wiesbaden, 1959.

Schrader, O., *Prehistoric Antiquities of the Aryan Peoples*, Nueva York, 1890.

—, y Nehring, A., *Reallexikon der indogermanischen Altertumskunde* I-II, Berlín-Leipzig, 1917-1929.

Serebrennikov, B. A., «On the so-called "Nostratic" Languages», *Typology Relationship and Time* (V. V. Shevoroshkin y T. Markey, eds.), Ann Arbor, 1986, págs. 66-86.

Shaffer, J. G., «The Indo-Aryan invasions: cultural myth and archaeological reality», *The people of South Asia, the Biological Anthropology of India, Pakistan and Nepal*, Nueva York. 1984.

Sherratt, A. y Sherratt, S., «The Archeology of Indo-European, an alternative view», *Antiquity,* 62, 1988, 584-595.

Shevoroshkin, V. V., «Zur karischen Schrift und Sprache», *Kadmos,* 3, 1964, 72-87.

—, y Markey, T. (eds.) *Typology Relationship and Time*, Ann Arbor, 1986.

—, «On Carian Language and Writing», *Perspectives on Indo-European Language, Culture and Religion. Studies in Honor of Edgar C. Polomé* (R. Pearson, ed.), (*JIES,* Monograph Number Seven), Vol. I, págs. 117-135, Virginia, 1991.

Sihler, A., «The Etymology of PIE **rēg-* "king", etc.», *JIES,* 5, 1977, 221-246.

Singer, L., «Hittites and Hattians in Anatolia at the Begining of the Second Millenium B. C.», *JIES,* 9, 1981, 119-134.

Skomal, S.N. y Polomé, E. (eds.), *Proto-Indo-European: The Archeology of a Linguistic Problem. Studies in honor of M. Gimbutas,* Washington, 1987.

Southworth, F. C., «Family-tree diagrams», Language, 40, 1964, 537-565.

Stearns, M., Jr., *Crimean Gothic: Analysis and Etymology of the Corpus*, Saratoga, 1978.

Stipčević, A., *The Illyrians*, Nueva Jersey, 1977.

Strutynski. U. «The survival of Indo-European Mythology in Germanic Legendry: Towards a interdisciplinary nexus», *Journal of American Folklore,* 97, 1984, 43-56.

Sturtevant, E. H., «The Indo-Hittite hypothesis», *Language,* 38, 1962, 105-110.
Swadesh, M., «Lexico-statistic dating of prehistoric-ethnic contacts with special reference to North American Indians and Eskimos», *Proceedings of the American Philological Society,* 96, 1952, 452-463.
—, «Toward greater accuracy in Lexicostatistics», *IJAL,* 21, 1955, 121-37.
Szemerényi, O., «Studies in kinship terminology of the Indo-European languages», *Acta Iranica,* 7, 1977, 1-240.
Tagliavini, C., *Storia della Linguistica,* Bolonia, 1963.
Talbot, D., *The Scythians,* Londres, 1957.
Thieme, P., *Die Heimat der indogermanischen Grundsprache,* Wiesbaden, 1954.
—, «The "Aryan" gods of the Mitanni treaties», *JAOS,* 80, 1960, 301-317.
Thomas, H. L., «Archeological Evidence for the Migrations of the Indo-Europeans», *The Indo-Europeans in the 4th and 3rd Millennia* (E. Polomé, ed.), Ann Arbor, 1982, págs. 61-85.
—, «Indo-European: From the Paleolithic to the Neolithic», *Perspectives on Indo-European Language, Culture and Religion. Studies in Honor of Edgar C. Polomé* (R. Pearson, ed.), (*JIES,* Monograph Number Seven), vol. I, págs. 12-37, Virginia, 1991.
Thompson, E. A., *The early Germans,* Oxford, 1965.
Tilak, C., *The Arctic Home in the Vedas,* Poona, 1903.
Tischler, J., *Glottochronologie und Lexicostatistik,* Innsbruck, 1973.
Tovar, A., «Las inscripciones ibéricas y la lengua de los celtíberos», *BRAE,* 25, 1946, 7-42.
—, *Estudios sobre las primitivas lenguas de España,* Buenos Aires, 1949.
—, *The Ancient languages of Spain and Portugal,* Nueva York, 1961.
—, «Basque Language and the Indo-European spread to the West», *Indo-European and Indo-Europeans,* Filadelfia, 1970, págs. 267-278.
—, «Las inscripciones de Botorrita y Peñalba de Villastar y los límites orientales de los celtíberos», *Hispania Antiqua,* 3, 1973, 274-323.
—, *Krahes alteuropäische Hydronymie und die westindogermanischen Sprachen,* Heidelberg, 1977.
—, *Die Indoeuropäisierung Westeuropas,* Innsbruck, 1982.
Tringham, R., *Hunters, Fishers and Farmers of Eastern Europe 6000-3000 B. C.,* Londres, 1971.
Trubachev, O., «Linguistics and the ethnogenesis of the Slavs», *JIES,* 13, 1985, 203-256.
Ucko, P. J. y Dimbley, G. W. (eds.), *The Domestication and Exploitation of Plants and Animals,* Londres, 1969.
Udolph, J., *Studien zu den slavischen Gewässernamen und Gewässerbezeichungen. Ein Beitrag zur Frage nach der Urheimat der Slaven,* Heidelberg, 1979.
—, «Zur frühen Gliederung des Indogermanischen», *IF,* 86, 1981, 30-70.
Uesson, A. M., *On Linguistic Affinity: The Indo-Uralic Problem,* Malmo, 1970.
Uhlenbeck, C. C., «The Indogermanic mother language and mother tribes complex», *American Anthropologist,* 39, 1937, 385-393.
Untermann, J., *Sprachräume und Sprachbewegungen im vorrömischen Hispanien,* Wiesbaden, 1961.
—, *Monumenta Linguarum Hispanicarum* I-III, 1975-1990, Wiesbaden.

—, «Die althispanischen Sprachen», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* (W. Haase y H. Temporini, eds.), Berlín, 1983, vol. II, págs. 791-818.

—, «Lenguas y unidades políticas en el Sureste hispánico en época prerromana», *Forum Ibero-Americano,* 1, 1985, 1-40.

—, «Lusitanisch, Keltiberisch, Keltisch», *Actas del IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*, Vitoria, 1987, págs. 35-56.

—, «Comentarios sobre inscripciones celtibéricas 'menores'», *Studia Indogermanica et palaeohispanica in honorem A. Tovar et L. Michelena,* (F. Villar, ed.), Salamanca, 1990, págs. 351-374.

Vennemann, Th., «Linguistic reconstruction in the context of European prehistory», *Transactions of the Philological Society,* 92, 1994, 215-285.

Villar, F., «El problema de las sordas aspiradas indoeuropeas», *Revista Española de Lingüística,* 1, 1971, 129-160.

—, *Lenguas y Pueblos Indoeuropeos*, Madrid, 1971.

—, *Origen de la Flexión Nominal Indoeuropea*, Madrid, 1974.

—, «Hetita e Indoeuropeo», *Emerita,* 47, 1979, 171-188.

—, *Dativo y Locativo en el singular de la Flexión Nominal indoeuropea*, Salamanca, 1981.

—, *Ergatividad, Acusatividad y Género en la Familia Lingüística Indoeuropea*, Salamanca, 1983.

—, «Ergativity and animate/inanimate gender in Indo-European», *KZ,* 97, 1984, 167-96.

—, «El dativo temático indoeuropeo», *Symbolae L. Mitxelena Septuagenario Oblatae,* Vitoria, 1985, I, págs. 31-48.

—, «Tipología y Reconstrucción», *Habis,* 16, 1985, 9-42.

—, «The latin diphthongs -**āi*, -**ai* in final syllables», *IF,* 92, 1987, 135-67.

—, «On the origin of the person marking in the Indo-European verb», *Baltistica,* 26, 1990, 4-14.

—, «Indo-Européens et Pré-Indo-Européens dans la Péninsule Ibérique», *When Worlds collide. Indo-Europeans and Pre-Indo-Europeans* (Markey, T. L. and Greppin, J. A., eds.), Ann Arbor, 1990, págs. 363-394.

—, «The numeral 'two' and its number marking», *Perspectives on Indo-European Language, Culture and Religion. Studies in Honor of Edgar C. Polomé* (R. Pearson, ed.), (*JIES,* Monograph Number Seven), vol. I, págs. 136-354, Virginia, 1991.

—, «The Indo-European vowels /a/ and /o/ revisited», *Comparative Historical Linguistics. Indo-European and Finno-Ugric. Papers in Honor of O. Szemerényi III = Current Issues in Linguistic Theory, 97* (B. Brogyanyi and R. Lipp, eds.), Amsterdam-Filadelfia, J. Benjamins, 1993, págs. 139-160.

—, «Indo-European o-Stems and Feminine Stems in - ī», *Double Case. Papers of the F. N. Finck Memorial Symposium* (F. Plank, ed.), Oxford University Press, Nueva York, 1995, págs. 243-264.

—, *Estudios de celtibérico y de toponimia prerromana,* Salamanca (Ediciones Universidad de Salamanca), 1995.

Wagner, H., «The origin of the Celts in the light of Linguistic Geography», *Transactions of the Philological Society,* 1969, 203-250.

Watkins, C., «Vertretung der Laryngale in gewissen morphologischen Kategorien in den indogermanischen Sprachen Anatoliens», *Flexion und Wortbildung* (*Akten der*

V. Fachtagung der indogermanischen Gesellschaft) (H. Rix, ed.), Wiesbaden, 1975, págs. 358-378.

—, «NAMRA GUD UDU in Hittite: Indo-European Poetic Language and the Folk Taxonomy of Wealth», *Hethitisch und Indogermanisch* (E. Neu y W. Meid, eds.), Innsbruck, 1979, págs. 269-287.

—, «Aspects of Indo-European Poetics», *The Indo-European in the 4th and 3rd Millennia* (E. Polomé, ed.), Ann Arbor, 1982, págs. 104-120.

—, «Linguistic and Archeological Light on Some Homeric Formulas», *Proto-Indo-European: The Archeology of a Linguistic Problem. Studies in Honor of M. Gimbutas*, (S. N. Skomal y E. C. Polomé, eds.), Washington, 1987, págs. 286-298.

Weitenberg, J., «The meaning of the expression 'to become a wolf' in Hittite», *Perspectives on Indo-European Language, Culture and Religion. Studies in Honor of Edgar C. Polomé* (R. Pearson, ed.), (*JIES*, Monograph Number Seven), Vol. I, págs. 189-198, Virginia, 1991.

Wertime, T. A. y Muhly, J. D. (eds.), *The Coming of the Age of Iron*, New Haven, 1980.

West, M. L., «Indo-European Metre», *Glotta*, 51, 1973, 161-187.

Westphal, R., «Zur vergleichenden Metrik der indogermanischen Völker», *KZ*, 9, 1860, 437-458.

Whatmough, J., *The Dialects of Ancient Gaul*, Harvard, 1970.

Wheeler, R. E., «Harappan chronology and the Rigveda», *Ancient India*, 3, 1947, 78-82.

Whittle, A., *Neolithic Europe, a Survey*, Cambridge, 1985.

Wiesner, J., *Fahren und Reiten in Alteuropa und im Alten Orient*, Leipzig, 1939.

Wikander, S., «Sur la langue des inscriptions Sud-Hispaniques», *Studia Linguistica*, 20, 1966, 1-8.

Windekens, A. J. van, *Le Pélasgique. Essai sur une langue Indo-Européenne préhellénique*, Lovaina, 1952.

—, *Études Pélasgiques*, Lovaina, 1960.

Winn, M. M., «Thoughts on the Question of Indo-European Movements in Anatolia and Iran», *JIES*, 2, 1974, 117-142.

—, *Pre-writing in Southern Europe: The Sign System of the Vinča Culture, ca. 4000 B. C.*, Alberta, 1981.

Zadok, R., «Iranian names in late Babylonian documents», *Indo-Iranian Journal*, 17, 1975, 245-257.

Zeuner, F. E., *A History of Domesticated Animals*, Londres, 1963.

Zimmer, S., «The Investigation of Proto-Indo-European History: Methods, Problems, Limitations», *When Worlds collide* (T. L. Marky y J. A. C. Greppin eds.), Ann Arbor, 1990, págs. 311-362.

Zide, A. R. K., y Zvelebil, K. V. (eds.) *The Soviet Decipherment of the Indus Valley Script*, La Haya, 1976.

Zvelebil, M. y K. V. Zvelebil, «Agricultural transition and Indo-European dispersals», *Antiquity*, 62, 1988, 574-583.

ÍNDICE DE AUTORES

ÍNDICE DE MATERIAS

ÍNDICE DE PALABRAS

INDOEUROPEO
(Y OTRAS FORMAS RECONSTRUIDAS)

ALBANÉS

ANATOLIO

ANTIGUO EUROPEO

ARMENIO

BÁLTICO

CELTA

DACIO

ESLAVO

GRIEGO

ILIRIO

INDO-IRANIO

LENGUAS ITÁLICAS Y ROMÁNICAS

LIGUR

LUSITANO

MACEDONIO

PEONIO

TOCARIO

TRACIO

LENGUAS NO INDOEUROPEAS

ÍNDICE GENERAL

PARTE III

CÓMO ERA SU LENGUA

Págs.

PARTE IV

LOS INDOEUROPEOS EN LA HISTORIA

PARTE V

LOS INDOEUROPEOS EN ESPAÑA

PARTE VI

DIALECTOLOGÍA E HISTORIA

